





OBRAS

DE

D. F. SARMIENTO

OBRAS

DE

D. F. SARMIENTO

PUBLICADAS BAJO LAS AUSPICIOS DEL GOBIERNO
ARJENTINO

TOMO III

DEFENSA,
RECUERDOS DE PROVINCIA,
NECROLOJÍAS I BIOGRAFÍAS

SANTIAGO DE CHILE
IMPRENTA GUTENBERG
38—ESTADO—38

1885

INTRODUCCION

Comprende este tomo la parte histórica de las obras del señor Sarmiento.

Como es el primero que sale a luz, por haber sido el de mas fácil compajinacion de los que nos proponemos publicar, necesario es que demos breve noticia de las piezas que lo componen, ya que no podemos referirnos desde luego al estudio preliminar que se rejistrará al frente del primer tomo.

En su vida de ajitador i de polemista, de que dan testimonio todas sus obras, aun aquellas que por su naturaleza parecerian mas estrañas a tal objeto, el señor Sarmiento ha recibido i ha devuelto rudos golpes. Ardoroso, apasionado, especialidad para el ataque, se ha batido ya en fila, ya en combate singular, haciendo producir a su pluma el ruido del acero chocado con el acero, i esparciendo siempre el espanto en el campo enemigo.

En una de esas polémicas, en que a poco de entrar a la redaccion del *Progreso* trabóse con un ex-cónsul de Chile en San Juan, polémica desapiadada porque fué personal, creyó que los golpes acestados a su honor, i que en verdad no lo habian herido, exijian la manifes-

tacion de sus antecedentes, si modestos, limpios de feas tachas. Bajo el título de *Defensa* escribió entónces una rápida autobiografía que publicó en hojas sueltas, proponiéndose darle circulacion mas limitada que la del diario en cuyas columnas aparecia el resto de la polémica. Esa obra sin duda era anticipada e inmatura; pero con el andar del tiempo, ha llegado a ser la primera parte de las memorias políticas i literarias de un autor que si no hubiera escrito sus recuerdos, deberia ser invitado a escribirlos.

Ocho años despues de aquella temprana autobiografía, cuando el gobierno de Rosas, a quien el señor Sarmiento habia combatido dia a dia, contaba ocho años mas de desaciertos i universal execracion, i cuando el señor Sarmiento habia ya adquirido celebridad dentro i fuera de Chile, publicó su segunda defensa para responder a los dicterios personales con que la cancillería de Rosas contestaba a sus ataques.

Las injurias con que se acompañaba el nombre del señor Sarmiento en los papeles oficiales arjentinos, parecen hoi ridículas puerilidades o cosa de locos; pero la víctima de ellas no debió pensarlo así, i recojiendo el guante que de aquel modo se le arrojaba, escribió sus *Recuerdos de Provincia* para pintarse en ellos como el primero i mas implacable enemigo de aquel réjimen de atraso i de terror, no a nombre de teorías políticas abstractas, sino exhibiendo hechos concretos, sus escritos políticos i sobre educacion, i sus viajes. El dia de la reaccion, que no tardaria en llegar, sabria la República Ar-

jentina que aquel adversario del réjimen que la habia oprimido, le llevaba ideas nuevas i la esperiencia del gobierno adquirida en el estudio de los paises que habia recorrido durante su ostracismo; era la candidatura del réjimen del derecho, franco i verdadero, lanzada al rostro del tirano hipócrita que cada tres años se hacia prorogar el poder por una sala de representantes.

Bordan la superficie de los *Recuerdos de Provincia*, velando apénas esa intencion política que constituye su fondo, cuadros de costumbres criollas, cuentos i tradiciones locales, escenas de familia i de la guerra civil, i retratos llenos de vida i animacion de algunos personajes chilenos i arjentinos; no se olvida fácilmente, una vez leido, el de aquel embaidor político que se llamó don Domingo de Oro, a quien se ve consumirse en la inaccion i el aislamiento porque, de miedo a su perfidia, todos concluyen por huir de sus encantos; i tampoco se olvida el de aquel dean Funes que, despues de iniciar la revolucion en la universidad i en la sacristía con los prestijios de su saber i de su austeridad, desconocido al fin por los que tanto le habian aclamado, halla consuelo a sus tristezas en una tardía concupiscencia, i se estingue dulcemente en brazos de su querida, a los pálidos rayos de un sol de otoño i en medio de rosales que se marchitan.

Continuando esa galería de cuadros i de retratos que hace de los *Recuerdos* uno de los libros con mas tinte local i por decirlo así mas americanos, i para completar este volúmen de escritos históricos, hemos puesto en seguida

los artículos necrolójicos i biográficos que publicó el señor Sarmiento en la prensa de Chile.

En esta serie juzgamos de notable parecido el retrato, solo bosquejado, del filántropo don Manuel Salas; los de los clérigos Balmaceda e Irarrázabal, figuras que se destacan del fondo oscuro de su vida humilde i penitente, i el de doña Paula Jara–Quemada, heroina del patriotismo i de la caridad.

El bosquejo biográfico del jeneral San Martin contiene algunos errores de detalle, bebidos en la fuente, enturbiada por los años, de la informacion oral del jeneral Las Heras, a quien en este i otros trabajos siguió el señor Sarmiento.

Hemos completado el retrato político de don Manuel Montt en 1851, añadiéndole su necrolojía publicada por el señor Sarmiento en setiembre de 1880. Los pequeños errores de esta pieza, se esplican por haber sido escrita despues de veinticinco años que su autor habia dejado el pais, i en nada perjudican sus apreciaciones jenerales.

La necrolojía del célebre actor Casacuberta, que deberia formar parte de esta galería, fué incluida en la oracion fúnebre que entónces pronunció el señor Sarmiento, i se rejistra en sus *Discursos Populares* reimpresos hace poco tiempo en Buenos Aires.

LUIS MONTT.

Santiago, mayo 1.° de 1885.

MI DEFENSA

1843

«No hai cosa mas difícil, decia Sully, que defenderse de una calumnia forjada por un *cortesano*.»

Habiendo Apeles escapado de la acusacion capital que le suscitó Ptolomeo, compuso i dejó en la ciudad de Efeso su cuadro de la *Calumnia*.

La *Adulacion* abria la marcha de sus personajes, i daba, por la espalda, la mano al *Artificio* i a la *Astucia;* esta marchando hácia atras, atraia hácia ella a la *Credulidad*, con la boca abierta, el mirar abobado, las orejas paradas; a la derecha se apoyaba en la *Ignorancia*, representada bajo la forma de una mujer ciega, i a la izquierda en la *Sospecha*, atreviéndose apénas a poner el pié en el suelo. La *Calumnia* con miradas sombrías i feroces, la seguia arrastrando de una mano a la *Inocencia*, bajo el emblema de un niño, con los ojos levantados hácia el cielo. Con la otra mano la *Calumnia* ajitaba una antorcha, cuyos vapores formaban una nube que la *Verdad*, seguida del *Arrepentimiento*, vestidos ambos de duelo, no podian penetrar.

INTRODUCCION

«Je ferai mes honneurs en bien une égale liberté; celui qui n'ose se rendre bon temoignage a soi-méme, est presque toujours un láche qui sait, et eraint le mal qui on pourrait dire de sa personne, et celui qui hesite á avouer ses torts, n'a par la force de les soutenir, ni les moyens de les racheter.»—

MEMOIRES DE MADAME ROLAND.

Lanzado repentinamente en la vida pública, en medio de una sociedad que me ha visto surjir en un dia, sin saber de dónde vengo, quién soi, i cuáles son mi carácter i mis antecedentes; en dónde he templado las armas con que me he echado de improviso en la prensa, combatiendo con arrojo a dos partidos, defendiendo a otro; sentando principios nuevos para algunos; sublevando antipatías por una parte, atrayéndome por otra afecciones; complaciendo a veces, chocando otras, i no pocas reuniéndolos a todos en un solo coro de aprobacion o vituperios; predicando el bien constantemente i obrando el mal alguna vez; atacando las ideas jenerales sobre literatura; ensayando todos los jéneros; infrijiendo por ignorancia o por sistema las reglas; impulsando a la juventud, empujando bruscamente a la sociedad, irritando susceptibilidades nacionales; cayendo como un tigre en una polémica i a cada momento conmoviendo la sociedad entera, i siempre usando un lenguaje franco hasta ser descortés i sin miramiento; diciendo verdades amargas sin otro título que el creerlas útiles; empleado por el Gobierno, rentado i colocado al frente de una creacion nueva que exije aptitudes conocidas i con menoscabo de las esperanzas de muchos; gozando, en fin, de una colocacion social al parecer aventajada i llena de porvenir, el público ha debido preguntarse mil veces, quién es este hombre que así hace ocuparse de él a tantos, que comete tantos desaciertos, sin dejar alguna vez que otra de merecer simpatías? ¿Qué fascinacion, qué misterios i qué tramas ocultas lo han hecho aceptable a los que mandan? ¿Cuáles son sus títulos literarios i las aulas que ha cursado para tomar un lenguaje tan afirmativo? ¿Por qué se le presta

este apoyo que parece hijo de un espíritu de favoritismo, obra del capricho de un Ministro? ¿Quién es en fin? ¿Quién lo introdujo? ¿Quién lo conoce?

Nadie, sin embargo, responde a estas preguntas; todos se miran sin saber qué pensar de esta aparicion, i de esta elevacion caprichosa. Algunos rumores corren sobre su oríjen, su patria, su educacion, i en manera ninguna satisfacen la espectacion pública. El espíritu de resistencia natural en todos los hombres, i el de partido, a que ha causado algun mal, se apoderan de algunos rumores vagos que le desfavorecen; pero inciertos aun, confusos, aunque de un carácter odioso. En un rincon de la sociedad se halla sin embargo un hombre que dice a todos los que se le acercan: "Yo he conocido a este individuo en su propio pais, es un miserable, despreciado allí de todos, un hombre corrompido, un criminal, un asesino, sin aceptacion, sin amigos; es un detractor, un infame; yo lo conozco como a mis manos, se toda su historia; puedo probar lo que digo, es sabido de todo el mundo." I esta solucion a todas las dudas repetida diariamente, cayendo sobre el ánimo de los que le escuchan como una gotera de veneno, está disolviendo poco a poco la reputacion del individuo en cuestion, exacerbando las prevenciones que ha suscitado, resfriándole las simpatías que ha logrado arrebatar, quizás mal de su grado.

Repite este tal sus ataques cada vez mas virulentos, a medida que los primeros se han mostrado ménos eficaces, hasta estallar por la prensa en un diluvio de improperios, los mas espantosos que han podido caer sobre la cabeza de un individuo, i como la luz pública no ha visto jamas; derramando el oprobio a manos llenas, sublevando todo jénero de pasiones i prodigando las acusaciones con una brutalidad sin ejemplo. ¿Qué fenómeno es este, qué insano furor? ¿Qué encono tan inveterado hai entre estos dos hombres? ¿Será posible, Dios Poderoso! que el escritor que algunas veces ha dejado traslucir sentimientos nobles i elevados, que tanto interes ha manifestado por la cosa pública en Chile, que tanta aficion ha mostrado a la difusion de la enseñanza primaria; que el individuo, en fin, que sin sus escritos viviera ignorado, pues que sus acciones jamas han llegado a llamar la atencion de nadie i a quien todos han creido un hombre moral a toda prueba, i algunos virtuoso, sea tan hipócrita que haya conseguido engañar a una sociedad entera, i esta sociedad sea tan ciega, sus hombres públicos tan

inocentes, que han sido todos el juguete de un truan, despreciado en una pobre provincia, i que viene a alzarse en la capital i enrolarse con los escritores?

Este hombre, este miserable, este hipócrita soi yo! Yo el redactor de varios diarios i periódicos en Chile; yo el autor de algunos opúsculos sobre asuntos de utilidad pública; yo en fin, el Director de la Escuela Normal!

Presentado bajo una luz tan siniestra, denigrada mi vida presente con el sucio tizne de mi vida pasada, ¿no me será permitido presentar al público estos dos fragmentos de un mismo todo, i hacerle cotejar el que conoce con el que se le oculta o se le desfigura? ¿No me será permitido esplicarme a mi modo, cuando me ponen en el disparador, cuando tantos otros lo han hecho sin necesidad tan urjente? Enrolado en esta sociedad por simpatía, por intereses, por gratitud, por necesidad en fin, ¿no me será dado presentar mi fe de bautismo, mi hoja de servicio? Para conservar el aprecio de tantos hombres respetables que me favorecen con su distincion, ¿no puedo, no debo intentar, si es posible, vindicarme? ¡Oh! no! Yo sé que puedo i que debo decir todo lo que a mi buen nombre interesa, para satisfacer a los que bien me quieren; para disipar las prevenciones de los que alucinados por las calumnias que contra mí se vierten, o la indiscreta franqueza de mi lenguaje escrito, han formado opiniones erradas con respecto a mi carácter; para desarmar i confundir, en fin, a los que cuentan con mi silencio, con la imposibilidad en que, al parecer, me hallo de justificarme i de parar sus tiros. Yo me debo a mí mismo estos cuidados, estoi solo contra muchos; necesito, ya que la jeneralidad no tiene motivos para distinguirme, que nadie me desprecie, aunque haya muchos que se sientan impulsados a aborrecerme. "Me haré, pues, en bien i en mal justicia, como decia madama Roland, con igual libertad; el que no se atreve a darse buen testimonio asimismo, es casi siempre un infame que sabe i teme el mal que puede decirse de su persona; el que no acierta o confesar sus estravíos, no tiene fuerzas para vindicarlos, ni medios de hacérselos perdonar."

No sé hasta dónde haya jactancia en decir que todos los que me aborrecen, no me conocen personalmente, pero es mui larga la lista de hombres cuyas prevenciones han caido a mis piés, cuando se han acercado a mí sin mala intencion.

Un hecho hai notable en mi existencia que, atendido mi

carácter i mi posicion, me lisonjea en estremo. Yo he exitado siempre grandes animadversiones i profundas simpatías. He vivido en un mundo de amigos i enemigos, aplaudido i vituperado a un tiempo. Mi vida ha sido desde la infancia una lucha contínua; ménos debido esto a mi carácter, que a la posicion humilde desde donde principié, a mi falta de prestijio, de esos prestijios que la sociedad recibe como realidades, i a un raro concurso de circunstancias desfavorables. Los que creen que hace dos años que principió esta lucha con las resistencias con la sociedad, con las preocupaciones, i que es debida a mis indiscreciones solamente, se engañan mucho. Es mi vida entera un largo combate, que ha destruido mi físico sin debilitar mi alma, acerando i fortaleciendo mi carácter. Lo que me sucede en Santiago, me ha sucedido en mi tierra natal: siempre se me han presentado obstáculos para embarazarme el paso; nunca me ha faltado un *oficioso* que, no alcanzándome a los hombros, se me ha prendido en la cintura para que no me levante, i la corta carrera que he podido andar, me la he abierto a fuerza de constancia, de valor, de estudios i sufrimientos. Ah! la mitad del tiempo lo he perdido en estos trabajos, tan improductivos como inevitables. Cuando he logrado surjir para mi patria, ella se hunde bajo mis piés, se me evapora, se me convierte en un espectro horrible! Cuando he querido adoptar otra i he llamado a sus puertas, sale a recibirme un perro rabioso que me desconoce, me salta a la cara, me muerde i me desfigura a punto de quedar hecho un objeto de asco o de compasion. Oh! no! Déjenme que hable al público como a una numerosa concurrencia, que esplique una corta vida que se arrima, como una planta de débil tallo, a otras mas fuertes, i que ha sido trasplantada en diversos terrenos. A los que preguntan dónde he estudiado para tomar un lenguaje tan positivo, les mostraré mis aulas i mis títulos de suficiencia. A los que quieren de buena fe conocer mi carácter privado, les presentaré una vida llena de vicisitudes que he atravesado sin contaminarme. Los que quieran saber, en fin, cómo soi escritor, cómo Director de la Escuela Normal, óiganme una vez i júzguenme en seguida. Quizás caigan muchas preocupaciones, quizás se desvanezcan errores graves. No es una novela, no es un cuento; me apoyaré en cuanto pueda en testimonios que aun puedo usar aquí. En lo demas, desafío a mis enemigos privados i políticos que me desmientan.

He sido tan terriblemente atacado que no me queda es-

cusa para callar por mas tiempo. Estoi solo en medio de hostiles prevenciones; donde yo baje la voz, nadie se creerá obligado a alzarla por mí. I si aun merezco tener una reputacion, la necesito como una fortuna para mi propio bienestar, i, en seguida ofrecerla a la sociedad, para cimentar i difundir la educacion a que he dedicado mis esfuerzos.

Perdóneme el público lo que halle de jactancioso, de petulante, o de mezquino en mis escritos. Voi a recorrer las épocas de mi vida, porque necesito salvar de un naufrajio mi reputacion, que hace ya mucha agua, en fuerza de la andanadas que me disparan. Mostraré cómo me he educado, cuáles son mis tendencias i mis principios, de dónde nacen los extravíos mismos que me atraen tantas enemistades. ¡Quizás gane algo en este empeño!

MI INFANCIA.

Ya está mi espíritu restablecido, el aturdimiento producido por los golpes que han caido sobre mi reputacion tan de recio, ha pasado ya; voi ahora a cumplir con lo que el deber i la sociedad me imponen. Vean quien es el hombre que tantas importunidades causa, vean mis títulos.

He nacido en una provincia ignorante i atrasada, no como cree don Domingo S. Godoi, en el barrio de San Pantaleon, sino en otro mas oscuro todavía, llamado el Carrascal, nombre equivalente a Huangualí.[1] He nacido en una familia que ha vivido largos años en una mediocridad mui vecina de la indijencia, i hasta hoi es pobre en toda la estension de la palabra. Mi padre es un buen hombre que no tiene otra cosa notable en su vida que haber prestado algunos servicios, en un empleo subalterno, en la guerra de la independencia. Se halló en la batalla de Chacabuco, i por su exaltacion patriótica, le dieron sus contemporáneos el apodo de Madre Patria, El señor *gapucha, copucha, chancleta, buchaca,* o que sé yo como diablos se llama, sabe algunos pormenores sobre esto, que por caridad no ha dado a la prensa, pero que ha contado a todo el mundo; me refiero a lo que él sepa o diga. Mi madre es el verdadero tipo del cristianismo en su acepcion

1 Uno de los antiguos barrios de ranchería de Santiago. El E.

mas pura, la confianza en la Providencia fué siempre solucion a todas las dificultades de la vida.

De edad de cinco años entré a una escuela, que cuando he leido las obras de Mr. Cousin, he visto en ella un dechado de perfeccion. Un dia hablaré de esto cuando trate de educacion primaria. Se enseñaba a leer mui bien, a escribir, aritmética, áljebra i los rudimentos de relijion. La parte moral era cuidada con un esmero de que no he visto ejemplo despues en escuela alguna. Mi padre i los maestros me estimulaban desde mui pequeño a leer, en lo que adquirí cierta celebridad por entónces, i para despues una decidida aficion a la lectura, a la que debo la direccion que mas tarde tomaron mis ideas.

Cuando he escrito sobre educacion, he manifestado mi firme creencia de que la perfeccion i los estímulos en la lectura, pueden influir poderosamente en la civilizacion del pueblo. En mí no ha tenido otro oríjen mi aficion a instruirme que el haber aprendido a leer mui bien. Como permaneciera muchos años en la escuela, en cambio me aficioné al dibujo, principiando segun el método que propone Rouseau para su Emilio; logré perfeccionarme yo solo, sin modelos i sin maestros. Cuando en mi primer viaje a Chile ví lo que era dibujo i ví modelos, me convencí de que no sabia nada i abandoné para siempre la pretension de dibujar. Despues he enseñado todos los ramos de este arte i he llegado a formar retratistas. Muchos dibujos de discípulos mios corren en Santiago, i don Franklin Rawsson me debe algo de sus conocimientos.

De la escuela fuí llevado a Córdova a un colejio, de donde regresé mui luego por enfermedades que me atacaron. El gobierno de Buenos Aires pidió por entónces a cada una de las provincias, seis jóvenes para formar el colejio de ciencias morales, i fuí yo nombrado; pero habiéndose interesado muchos padres de familia por las vecas, se sortearon los jóvenes i no me tocó a mí. Me detengo en estas nimiedades, porque una rara fatalidad ha pesado siempre sobre mí, que parecia cerrarme las puertas de los colejios.

Un digno sacerdote, el presbítero don José Oro, hermano del obispo de aquel apellido, se encargó de mi educacion. Me enseñó latin i jeografía, i de nada se cuidaba mas que de formar mi carácter moral i de instruirme en los fundamentos de la relijion, i en los acontecimientos de la revolucion de la independencia, de la que él habia sido actor. Creo deberle a él una gran parte de mis ideas jenerales, mi amor a la patria i principios liberales, porque era mui liberal sin dejar de ser mui

cristiano. Aun ántes de concluir mis estudios de latin, los sucesos políticos nos separaron, pues que yo vivia con él.

En seguida entré de oficial de injenieros a estudiar jeometría, i cuando ya me hallaba en aptitud de continuar por mí solo con las operaciones para levantar el plano de la ciudad, que nos habia encargado el jefe de la seccion, un señor Barrau, me dejó solo, i el gobierno mandó suspender los trabajos, no creyéndome por mi corta edad capaz de desempeñarme con acierto, no obstante mis protestas. Era gobernador de San Juan entónces don José Antonio Sanchez, chileno, vecino de esta capital donde reside actualmente. Este señor se empeñó en mandarme a Buenos Aires al colejio de ciencias morales, a cuya efecto vió a mi madre, quien se negó a admitir el ofrecimiento, porque yo queria absolutamente ir a reunirme al destierro con mi tio i maestro el presbítero Oro que me llamaba. Fuí a donde él i continué mis estudios, hasta que llegó un enviado del gobierno de San Juan, este mismo señor Sanchez, que habia conseguido de mi madre su adquiescencia a su empeño i el de otros individuos, de costearme a sus espensas el colejio; todavía me negué porque no tenia valor de dejar a mi tio, que dulcificaba las penas del destierro, la escasez i la soledad de un lugar salvaje, con mi compañía i las diversas lecturas que hacíamos juntos, yo leyendo i él esplicándome i comentando. Despues llegó mi padre de un largo viaje, i ya no pude resistirme a las reiteradas solicitudes del gobierno. El dia que llegué a San Juan, fué depuesta esta administracion i se frustró todo.

Entónces entré en el comercio, donde continué mis lecturas, en que ocupaba buena parte del dia. Un tio mio, el presbítero Albarracin, cura hoi de Ovalle en Coquimbo, se contrajo a continuar mi educacion relijiosa, i durante año i medio, sin la interrupcion de un solo dia, tuvimos conferencias desde las 9 de la noche hasta las 11, esplicándome las escritúras que leí íntegras con ese objeto, el dogma, la disciplina i la moral relijiosa. A este otro de mis tios, no ménos liberal que el primero, debí el complemento de mi educacion relijiosa, que él primero me habia recomendado mucho.

Por este tiempo cayó en mis manos la *Vida de Ciceron* por Midleton, i esto me sujirió la idea de estudiar la historia romana de memoria i la de Grecia, por los *catecismos* de Ackerman, lo que realicé solo i en corto tiempo. Seguí solo estudiando jeometría elemental; pero me fastidió i la dejé. Volví al latin con otro sacerdote, pero asimismo me cansó, i

lo abandoné porque no sabia que hacer con estos conocimientos. Mis lecturas continuaban, i como unos libros me hacian conocer la existencia de otros, yo buscaba en San Juan todos los que llegaba a conocer por sus nombres i necesitaba para mis lecturas. Contaré una cosa de que he conservado siempre un vivo recuerdo. Una señora beata, pasaba por mi tienda todos los dias a misa i siempre me encontraba leyendo, con cuyo motivo decia a un amigo: "este mocito ha de ser libertino...—I por qué, señora?—Porque hace ya un año que todos los dias i a cualquiera hora que pase, está siempre leyendo, i no han de ser libros buenos los que lo tienen tan entretenido." De este modo i sin maestros ni colejios, he adquirido algunos rudimentos en las ciencias exatas, la historia, la moral i la filosofía, etc. Siendo aun mui jóven, hablamos en los Andes con don Ramon Barí sobre metafísica, i los estudios que él estaba haciendo entónces en el Instituto, i me tomé la confianza de rebatírselos, lo cual le arrancó esta pregunta: "I dónde has aprendido eso?" pregunta que no he olvidado nunca, porque análogas me hacen muchas a cada momento. Un amigo me decia: "tal artículo de usted está mui bueno; a la verdad nunca lo hubiera creido capaz de eso." Ni yo tampoco, hombre, fué mi respuesta; lo veo i no lo creo.

Para terminar la relacion de estos estudios tan desordenados i que continúan hasta ahora, diré que el año 29, durante un tiempo en que estuve escondido por motivos políticos, pude proporcionarme una *Gramática* vieja de Chantreau, i unos diccionarios, i cuando salí a luz, me habia traducido muchos libros; que durante doce años he andado atisbando la pronunciacion que aun no es correcta; que el año 34 aprendí en Chile el ingles, pagando por mes i medio un maestro que me iniciase en él, i que hasta ahora no he podido aprender a pronunciarlo; que el año 37, aprendí en mi pais el italiano, i el año 41 el portugués aquí, por necesitarlo para la redaccion del *Mercurio*.

Pero no han parado aquí mis constantes esfuerzos para formar mi razon i mi espíritu. El año de 1839 formamos en mi pais una sociedad para entregarnos a los estudios literarios. Los doctores Aberastein, Quiroga, Cortinez, otro jóven i yo, nos hemos reunido durante dos años consecutivos, por mi parte casi sin falta de una sola noche, a darnos cuenta de las lecturas que hacíamos, i formarnos un sistema de principios claros i fijos, sobre literatura, política i moral, etc. Entónces hemos estudiado de una manera crítica i ordena-

da la literatura francesa. Entónces he conocido a Hugo, Dumas, Lamartine, Chateaubriand, Thiers, Guizot, Tocqueville, Lerminier, Jouffroy, i los de la *Revista Enciclópedica*, cuyos escritos solo nosotros poseíamos, las revistas europeas i muchos otros escritores de nota que servian de texto a nuestros estudios. Esta útil e instructiva asociacion duró hasta el momento en que las persecuciones políticas nos desparramaron. Hoi están todos aquellos compañeros en Chile, i pueden darme su testimonio, debiendo yo a cada uno de ellos mui particulares beneficios, i el haberme creido siempre en materia de conocimientos, no mui inferior a ellos, i apoyándome con su amistad en la opinion de mis paisanos que nunca han llegado a persuadirse que, sin haber estado en un colejio, hubiese por mi propia constancia i esfuerzo, llegado a tener una razon tal cual ilustrada. Ellos me han dado confianza en mí mismo, i hasta ahora me prodigan los cuidados de unos hermanos, afeándome mi estravíos, exhortándome a la constancia, i suministrándome consejos e ideas.

Así se ha formado esta educacion lenta i oscuramente, i no es estraño que Godoy no haya visto nada de esto; porque a mas de necesitarse ojos para ver, mis palabras, ni ninguna arrogante apariencia en mis esterioridades, ha revelado nunca este trabajo interno, obra de la paciencia i de una idea fija, llevada adelante, durante veinte años, en despecho de la pobreza, del aislamiento, i de la falta de elementos de instruccion en la oscura provincia en que me he criado. En la infancia, en los viajes, en el destierro, en los ejércitos, en medio de las luchas de los partidos, en la emigracion en fin, no he conocido mas amigos que los libros i los periódicos; no he frecuentado mas tertulias que las de hombres de instruccion. Mis modales se resienten de esta falta de rose i mis apariencias desmienten todos los juicios favorables que alguna vez arranca una que otra produccion literaria. Pero sé que no son muchos los jóvenes de mi edad que puedan vivir solos, meses enteros encerrados en un pobre gabinete, profundizando una idea útil, masticándola; que son pocos los jóvenes que sin mendigar la proteccion de nadie, ni andar prodigando visitas, i sin fortuna, puedan bastar a sus cortas necesidades, i tengan el valor de despreciar las exijencias de la sociedad.

Ha dicho don Domingo S. Godoy que recien me estoi civilizando aquí, i es la pura verdad. Mis amigos i las personas que me tratan de cerca, se rien de mi torpeza de modales, de mi

falta de elegancia i de aliños, i de mis descuidos i desatenciones, i yo no soi de los últimos en acompañarles en sus burlas.

Un amigo me caracterizó una vez con estas palabras: "el niño dentro de casa, el hombre en la calle," i todos los que me conocen me consideran así. Algunos se han encargado de mis asuntos, porque ven que necesito un tutor. Don Domingo S. Godoy hallará materia de mui fino ridículo en todas estas cándidas confesiones, pero quiero darle armas mas honestas de las que ha usado hasta ahora conmigo. Cada dia lamento la falta que siento de luces en ciertas materias, luces que solo pueden adquirirse en los colejios, i que ya es demasiado tarde para ponerse a remediarla. Mis pobres estudios han sido pues desordenados e incompletos; pero a este desórden mismo, debo grandes ventajas, pues, que no teniendo maestros ni mas guia que mi propio juicio, yo he sido siempre el juez mas bien que el admirador de la importancia de un libro, sus ideas, sus principios. De esta falsa posicion ha nacido la independencia de mi pensamiento, i cierta propension de crearme ideas propias sin respetar la autoridad de los otros. Quizás a esto es debido mi espíritu de observacion, que me pone en el caso de desempeñarme sin mucho esfuerzo en la prensa periódica, hallándome en aptitud de tratar sin mucha dificultad cuestiones del momento. I a esta educacion que tiene por base el haber sido estimulado a leer bien i mucho cuando chico, mi decidida persuacion de que, reformando los métodos i sistemas de educacion primaria, puede civilizarse un pueblo mas bien que con colejios i universidades. Esta persuacion me ha arrastrado a reunir estos conocimientos sobre la enseñanza primaria, i a crear métodos nuevos en varios ramos.

He aquí pues, la educacion del pobre hombre que ha merecido que don Domingo S. Godoy para perderlo o perderse él, haya hecho decir a otro que va a mudarse a la imprenta con camas i petacas hasta que haya conseguido anonadarlo i hacerlo despedir ignominiosamente de Santiago. El partido es mui desigual, yo no me he propuesto perder a nadie. Yo no ataco; en todos mis actos i mis escritos, he querido defenderme de una persecucion horrible i tenaz. Todas las resistencias i las animadversiones que he suscitado en Santiago, se han personificado en don Domingo S. Godoy i C.ª, porque la maledicencia i la mala intencion pública han encontrado su hombre. Todo se personifica en el mundo. Napoleon es la personificion del saber, el valor i la audacia fran-

cesa; Rosas es una personificacion de la barbarie, la crueldad i la violencia de las masas. Godoy es un Napoleon, un Rosas en la chismografía i en el arte prolijo de dañar. Cuando analice sus escritos i sus palabras, haré notar el raro talento, la maña esquisita con que se ha sabido tocar cuanto resorte cabe para sublevarme la opinion pública, para irritar todo jénero de susceptibilidades. Su triunfo parece completo. Pero no ha triunfado de la enerjía de mi espíritu que no sabe lo que es plegarse i encontrarse ante la injusticia, aunque esta injusticia sea la del público, porque no es ménos injusticia porque son *muchos los injustos*. Echándome encima las preocupaciones populares i las redes de las formas judiciales, no ha podido sin embargo turbarme un momento; i él no goza, a fe mia, de las satisfacciones que me ha proporcionado queriendo emponzoñar mi existencia. Permanezco tranquilo porque no necesito mentir para defenderme; porque cuento que el público engañado hoi, me hará justicia mañana, cuando vea los hechos en su verdadera luz.

Ya he mostrado al público mi faz literaria; vea ahora mi fisonomía política, verá al militar, al asesino!!

EL MILITAR I EL HOMBRE DE PARTIDO.

Era comerciante el año 28, i demasiado joven todavía, no me interesaba el movimiento de los partidos, cuya existencia ignoraba. *Tomas Paine i la Revolucion de los Estados Unidos*, que cayeron en mis manos por ese entónces, me hicieron ocuparme de los principios constitutivos de los gobiernos, i de los derechos de los gobernados; pero todo esto era teóricamente i sin aplicacion ninguna a mi pais. No obstante mis resistencias, fuí hecho alferez de milicias, i a la segunda guardia que monté, dirijí al gobierno un oficio pidiendo mi exoneracion de aquel servicio, còn cumplimientos tales que me llevaron redondo a un calabozo i sirvieron de cuerpo de delito a una causa criminal. Luego me hicieron conocer que habia cometido una indiscrecion; pero yo sostuve mi posicion sin mengua, i el gobierno tuvo que abandonar la causa, porque el partido liberal que le hacia una terrible oposicion, halló en este asunto una arma para atacarlo. Entónces quise profundizar la fisonomía política de los acontecimientos, me

informé de las tendencias i objeto do los partidos, i no me fué difícil escojer el que me convenia. Veia en uno a los viejos retrógrados, a los antiguos godos, i a los gauchos ignorantes; en otro a los jóvenes, a los antiguos patriotas i a los que abogaban por la libertad. Nada mas necesitaba, fuí unitario desde entónces. Dos años despues, el partido a que yo pertenecia se apoderó del gobierno, aprovechándose de una sublevacion de las tropas, i toda la juventud decente voló a las armas; yo el primero.

Aquí principia mi carrera política i militar, las persecuciones, las campañas, los destierros, las emigraciones. Nutrido de las ideas dominantes en los libros que habia leido; preocupado con la suerte de la libertad, que la historia de Roma i de Grecia me habia hecho querer, sin comprender bien los medios de realizar este bello ideal, me lancé en las luchas de los partidos con entusiasmo i abnegacion; habiendo sacrificado toda mi vida de adulto a esta grande empresa. Para probar a don Domingo S. Godoy que a la edad de 15 años yo no era tan despreciable en mi pais, recordaré que fuí nombrado ayudante del jeneral de nuestras fuerzas, i que despues ocupé el mismo destino en Mendoza al servicio del jeneral Alvarado; que allí, durante la campaña que terminó con el terrible desastre del Pilar, me honró con una distincion mui especial el señor Salinas, que habia sido ministro de Bolívar. El señor don Nicolas Vega, residente en Copiapó, i el señor don Pedro Leon Zoloaga, actualmente establecido en San Fernando, podrán decir cual fué mi comportacion en todas partes i la decision que manifesté siempre. Durante las vicisitudes de la guerra, siempre me mantuve en el servicio militar, i jamás quise admitir empleo en la lista civil, como se interesaban muchos, no obstante que, en los campamentos, no habia mas sueldo que la racion i los sufrimientos, i en las oficinas holganza, honorario i comodidades. Durante la administracion de don Jerónimo Rosas, secretario actualmente del intendente de San Fernando, se tiró el decreto de mi nombramiento de oficial segundo de la secretaría de gobierno, que rehusé aceptar, porque mis ideas sobre los servicios a la patria i a la libertad, eran tan sublimadas i quijotezcas que creia deshonroso estarme en una oficina, cuando habia que hacer la guerra para hacer triunfar nuestros principios políticos.

El año 30 ocurrió un acontecimiento en mi pais, que ha suministrado a Godoy el medio de hacerme aparecer en Chi-

le como un asesino. El pobre hombre no ha hallado otra arma mas poderosa para estarme hiriendo durante dos años, hasta estamparlo en la prensa con todo el cinismo i el descaro que dá el hábito inveterado de herir las reputaciones ajenas impunemente; el hábito de la maledicencia, enjendrado por la envidia de los que, como él, conocen su propia nulidad, i necesitan deprimir el mérito que reconocen en otros, para mantenerse en el lugar usurpado que ocupan en la sociedad.

Las provincias del interior estaban en profunda tranquilidad. El jeneral Paz ocupaba a Córdoba, i un congreso de ajentes se habia reunido para preparar los medios de llevar la guerra a Buenos Aires. Yo me hallaba en San Juan licenciado del ejército, i el coronel Albarracin, residente hoi en Aconcagua, me habia mandado órden de incorporarme al rejimiento de coraceros a que pertenecia. Estaba sirviendo en comision en un escuadron de milicias que se hallaba de guarnicion cuando el suceso. El 4 de noviembre estalló una revolucion encabezada por el negro Panta, famoso bandido que estaba sentenciado a muerte i preso en la cárcel. Otro bandido que se hallaba en el cuartel de cabó de guardia, llamado Leal, estaba en la conjuracion, i tres mas de afuera. La revolucion se ejecutó con una audacia inaudita; sorprendieron la guardia, hirieron al sarjento i dos oficiales, mataron a un jóven militar de las primeras familias de San Juan, le abrieron la cabeza al comandante del cuerpo, i en seguida procedieron a prehender a los vecinos ricos i a saquear. La revolucion no tenia objeto político ninguno; el plan de los forajidos era arrancar una gruesa suma de pesos, fusilar a varios vecinos, poner en libertad dos reos de estado, i fugarse con la presa a Chile. Tan sin carácter político era la revolucion, que ningun federal se comprometió en ella, i uno que otro, que vino a la plaza en la noche, se alejó con horror al instruirse del objeto i miras de los conjurados. Al dia siguiente fué sofocada por un rasgo de heroicidad poco comun. Un coronel de ejército que se hallaba allí, con cuatro oficiales de milicias i tres soldados, se vino sobre el cuartel a las siete de la mañana, se apoderó de él, i en seguida se fué a la plaza donde lo aguardaban los principales de los sublevados en número de 60 formados en batalla. El coronel Rojo, con su diminuta banda atravesó la plaza i avanzó hácia ellos sin salir del trote i sin hablar una sola palabra, sufriendo una granizada de balas, hasta que llegó a la línea, que no pudo mantenerse por el desconcierto que introdujo en las filas esta invasion silenciosa de siete

hombres. Todos echaron a huir, i la persecusion continuó largo rato despues. A los tiros acudieron los que no habian sido presos i en la cárcel empezaron a quitar las prisiones a mas de veinte oficiales que estaban destinados a ser víctimas del furor de los bandidos. Todos acudieron al cuartel, donde se encontraron con los cadáveres de sus amigos i compañeros sacrificados esa noche, i los que habian sobrevivido, heridos i mutilados; una oreja de un jóven estaba en el zaguan i los charcos de sangre por todas partes. La tropa del escuadron sublevado por el cabo Leal, estaba formada allí; i una partida trajo a cuatro miserables de los que fueron tomados por las calles. La chusma i el pueblo gaucho nos era hostil; siempre habia que recelar de las masas. ¿Quién se sorprenderá de que hubiese uno que diese órden de ejecutar inmediatamente, al frente de la tropa, a los cuatro primeros aprehendidos con las armas en la mano? ¿Quién estrañará que jóvenes ardientes e irreflexivos que acababan de escapar a la muerte, despues de haber sufrido todo jénero de vejaciones, i con el espectáculo de los cadáveres sangrientos de sus amigos sacrificados, se abandonaran al furor que estos actos inspiran i quisiesen anticipar la venganza de la lei? ¿Quién llamará asesinos a los militares que sofocaban una revolucion de *carros*, [1] porque aquella no tenia otro carácter? ¿Quién en fin, sin injusticia dará el nombre de asesinato a actos cometidos en medio de la exaltacion ardiente de una larga i prolongada lucha de partidos?

I luego con mi carácter ardiente, impetuoso, con mi sangre i mi razon de diez i nueve años ¿qué se imajinan que haria yo entónces? ¿Se cree que tendria suficiente cachaza para pasar por sobre el cadáver de un amigo íntimo, el malogrado Cármen Gutierrez, con quien habia estado la noche ántes, sin vengar yo mismo su muerte? Pues bien! pues bien!.... nada de eso hice, no por falta de voluntad, sino porque llegué tarde i cuando el gobierno habia mandado suspender las ejecuciones. Cuando supe la revolucion en la noche, dí a mi padre mi caballo para que se salvase, i yo me acojí a casa de un amigo federal, don Ignacio Flores, compañero de negocios de don Vicente Lima, amigo de don Domingo S. Godoy, mi calumniador, de quien puede saber la

1 Sistema de prision entónces usado en Chile que consistia en unas jaulas de fierro con ruedas, para utilizar a los criminales en el trabajo de los caminos públicos. El E.

verdad de este asunto. Al otro dia vino mi asistente a avisarme que la revolucion estaba ya sofocada, habiendo sido él uno de los siete! Llegué al cuartel en los momentos mismos en que se ejecutaba a los cuatro aprehendidos, i mui luego llegaron el coronel Rojo, don Domingo Castro i Calvo, don Nicolas Vega i otros que traian la órden de suspension dada por el gobierno.

Pero la Providencia ha querido que para confundir a este cuitado, a este ridículo necio, de cada hecho que cite, tenga yo en Chile los testigos presenciales. Ah! si alguna vez mi espíritu ha sentido con gratitud la presencia de un Dios protector de la virtud desamparada, es en este solemne momento en que se decide ante la opinion pública el gran proceso que la ha ajitado por tantos dias.

El oficial que mandó ejecutar a los cuatro hombres que fueron ajusticiados en el cuartel, se halla en Santiago, es hoi ciudadano chileno, casado i afincado aquí; se llama don Vicente Morales, era mayor de plaza. Otro jóven no ménos distinguido por su moralidad i buenas costumbres, estaba de oficial de guardia. Ahora, pues, sin reconocer como criminales los actos de aquel dia, juro ante Dios i los hombres que yo no derramé una gota de sangre, i esto por motivos ajenos de mi voluntad!

Don Vicente Morales ha estado tres años en San Juan despues de aquel acontecimiento i cuando gobernaban los federales; ni los tribunales, ni el gobierno, ni el público, le han pedido cuenta de aquella accion. Yo he estado desde el año 36 al 40 bajo las mismas circunstancias i con los mismos resultados. Si aun queda duda sobre el carácter puramente de vandalaje de aquella revolucion, todavía hai mas pruebas que lo confirmen. Veamos sino. Uno de los Pablos Herreras fué ajusticiado en Mendoza el año 39 por salteo, robo de tiendas i asesinatos i como jefe de cuadrilla de bandoleros; Leal el año 39 o 40 en San Juan, fué aprehendido por el gobernador en persona, despues de una larga persecucion i ajusticiado como jefe de cuadrilla de salteadores i por haber hecho ocho muertes; el negro Panta en la Rioja, ajusticiado el año 39, despues de estar largo tiempo su cabeza a talla, por horrorosos salteos de caminos; otro Pablo el año 33, por Yanzon, por iguales causas; i el Pablo que sobrevivia, fué indultado el año 40, para ir de espia a la Rioja, despues de haber sido sentenciado a muerte tres veces.

Este ha sido el desdichado fin de los cinco que encabezaron

la revolucion del 4 de noviembre, cuyo carácter i pormenores ha ocultado cuidadosamente Godoi, para presentarme a mí como un individuo que, sin mas ni mas, habia ido a cebarse en presos de la cárcel, por saciar que sé yo que propension a derramar sangre.

He aquí el famoso asesinato que me atribuye el tontarron de Godoi; he aquí la lima sorda con que ha estado royendo mi reputacion durante dos años, con una constancia de presidario, con el encono de un furibundo. El dia que no ha hallado a quien decirle sin mas comentarios, sin mas atenuacion, que soi un asesino, no ha dormido sosegado, porque no ha llenado bien su dia, porque no ha podido destilar una gota de veneno.

A mas de cien individuos lo ha repetido con un empeño de ser creido, que parecia que le iba en ello su propio honor. Lo ha repetido públicamente cien veces don Joaquin Tocornal hijo, apoyándose en el testimonio de Godoi, i éste ha llevado su depravacion hasta darse por testigo presencial del hecho, i cuando ha sido desmentido en público por el que verdaderamente fué testigo, ha dicho que este último estaba loco entónces, i por fin ha ofrecido probarme el crímen de que tan gratuitamente me acusa. Pero esto lo prometia ántes de saber que yo le he hecho formar causa criminal apoyada en la informacion de los que lo han oido, en diversas ocasiones, proferirse contra mí con las calumnias mas odiosas que pueda dictar un alma carcomida, por la envidia, la rabia i la nulidad.

Veremos lo que prueba, veremos lo que le valen todos los improperios con que me ha cubierto por la prensa, veremos si cumple su juramento de perderme, veremos, en fin, si me vuelve a nombrar en su vida el zonzo chismoso.

He abrazado con el calor i el fanatismo de una relijion los principios políticos que han sucumbido hoi en mi patria; todo lo he pospuesto, reposo, familia, cuidados de fortuna, todo. En quince años de mi vida de adulto, solo he estado cuatro en la casa paterna; los restante los he pasado en el destierro, en los campamentos, en la emigracion, en los ejércitos. En mi juventud hubiera deseado que los que han trabajado por establecer el despotismo i hacer desaparecer toda forma constitucional, hubiesen tenido una sola cabeza para cegárselas de un golpe; i he tenido la satisfaccion de que Facundo Quiroga jurase a mi madre matarme donde quiera que me encontrase. Pero sea fortuna, sea disposicion de la Providencia, nunca he

tenido ocasion de echar sobre mis hombros la responsabilidad de ningun acto personal de los muchos que son frecuentes, necesarios i justificados en medio de las revoluciones. No tengo que reprocharme un solo acto de venganza, ni una sola accion que pueda mancillarme.

El año 1836 volví a mi patria arrancado de Copiapó por las órdenes, mas bien que instancias de mis paisanos, que temian que perdiese la razon a efecto de una afeccion cerebral que me atacaba. Mis padecimientos morales eran muchos i prolongados! En mi pais fuí recibido con distincion por Benavides, gobernador, i por todos mis enemigos políticos. Conservamos largo tiempo una amistad que no turbaba mi severidad de principios, que nunca oculté i de que hacia alarde.

Los primeros dos años me ocupé, en cuanto a cosas públicas, ayudado de otros amigos, en formar reuniones de teatro, máscaras, etc. Don Domingo Godoi, dirá si no era ese hombre despreciable el que dirijia i realizaba todas estas cosas, venciendo todo jénero de dificultades i teniendo en contínuo movimiento a la sociedad. Recordaré un dicho mui espiritual de un músico. Pasaba por el cuartel un pariente mio i lo detuvo para hacerle esta pregunta: "¿dígame, señor, estamos mañana a las órdenes de don Domingo Sarmiento?—Qué es eso?—Es, señor, que hacen dos meses que a cada rato viene la órden del gobierno, la música estará mañana a las órdenes de don Domingo Sarmiento." Cuando la revolucion empezó a organizarse, los jóvenes patriotas nos dejamos de máscaras i de teatro, i empezamos a prepararnos para la lucha que iba a trabarse. Yo fundé por ese entónces un colejio de señoras, que sostuve contra todas las resistencias que las preocupaciones i el orgullo de las familias oponian; fuí nombrado por el gobierno director de la imprenta del Estado, i fundé acompañado de otros amigos, un periódico a mi manera; i sin hablar jamas de la política, a los 6 números tuvo el gobierno que hacerlo callar i ponerme en la cárcel, porque vió que el gobierno de la provincia se le escapaba de la manos, i la autoridad pasaba a las de los RR. del *Zonda*, por la influencia sobre la opinion pública.

Mas tarde sobrevinieron ya los peligros. Nuestra vida estaba amenazada, i se tomó la resolucion de emigrar. Yo decidí dar este paso al doctor Aberastain, que por patriotismo vacilaba. Cuando él me preguntó "¿i Ud?—Yo? yo me quedo? —¿ I por qué?—Porque no quiero darles a mis enemigos la satisfaccion de ver destruido, por mi ausencia, el colejio que

tantos esfuerzos nos cuesta; que destruyan ellos; i porque ustedes necesitan tener en San Juan un corresponsal que tenga valor de correr todos los riesgos, i no hai otro que pueda hacerlo como yo.» Perdóneme el público que recuerde este hecho que me envanece. Aberastain está en Copiapó. Yo fuí el único unitario, i el mas comprometido, que quedó en San Juan a hacer frente a la tormenta que no tardó en descargar.

Recibia chasques del campamento de Brisuela enemigo del gobierno de San Juan, trabajaba públicamente contra su política, le creaba resistencias, le alejaba el apoyo de sus mismos amigos, i de palabra i por escrito trataba de hacer cambiar de rumbo al mismo gobernador. Un dia estuvo en un pelo que no reuniese a la Junta de representantes i al pueblo. En este estado de cosas recibí avisos de que habia en el gobierno el proyecto de dar un golpe que aterrase a sus enemigos, i de que la víctima destinada al sacrificio era yo.

Mis amigos se interesaban en que me ocultase, pero no quise hacerlo. El gobernador me mandó llamar con un edecan i tuve la audacia de asistir, no obstante que sabia que era para apoderarse de mi persona. A los diez dias las tropas se propusieron dar el golpe premeditado. Formaron en la plaza en cuadro, en número de 1,000 hombres de todas armas, i luego los oficiales, con las espadas desnudas, se dirijieron a la prision pidiendo a grandes voces mi cabeza. Sabia que el gobierno no queria participar de la responsabilidad del crímen intentado por la exaltacion de los militares, i me propuse comprometerlo ganando tiempo.

Salí al balcon de la cárcel, i resistiendo a las órdenes de bajar que me daban aquellos furibundos, sufriendo sin pestañear los golpes i sablazos del oficial de guardia, gané algunos minutos hasta que me convencí de que los avisos de lo que sucedia en la plaza, habrian llegado al gobierno, i no bajé sino cuando diez oficiales subieron arriba e hicieron imposible toda resistencia. Cuando llegué abajo, me aguardaba una mitad de tiradores encargados de mi ejecucion; tuve suficiente presencia de ánimo para burlarme de todos, ganar todavía tiempo, escaparme de entre las bayonetas i lanzas, hacer al fin llegar la suspirada órden del gobierno, i salvar la vida.

Don Domingo S. Godoi sabe lo demas como erudito en vidas ajenas. Este es el hombre despreciado en San Juan! Este es el hombre oscuro! Al dia siguiente de este suceso, estaba en marcha para Chile, desterrado, para salvarme del rencor de mis enemigos que en despecho del gobierno habian jurado mi muerte.

EL HIJO, EL HERMANO I EL AMIGO

Se ha dicho i repetido que la vida privada debia ser rodeada de un muro de bronce; preciso es que la calumnia sea mui poderosa, porque para ella es un juguete derribar este muro.

ALISSANT DE CHAZET.

Mi moral privada ha sido atacada horriblemente, i en este punto siento que las fuerzas me flaquean para justificarme. ¡Cómo presentar al público una vida entera de jóven que nada tiene de interesante, i, que sin medios de fortuna, no ha podido ser ni útil ni reglada? ¿Hablaré en nombre de un amigo para poder a mis anchas, como el pobre don Domingo S. Godoi, cubrirme de elojios i darme todas las buenas cualidades que pueden ganarme la aceptacion pública? Eh! esas supercherías son buenas para servir de albarda a los tontos. Yo no conozco en los asuntos que son personales, otra persona que el yo, i este es poco cómodo para hablar de virtud ni de buenas acciones.

No he sido un santo, ni he aspirado jamas a un dictado tan difícil de merecer. Mis costumbres han sido mas o ménos las de todos los jóvenes, i en la serie de visicitudes que forman el cuadro de mi vida, hai uno que otro momento de olvido que de buena gana quisiera rayar ahora de la lista de mis acciones. Sin embargo, nunca he cometido un delito, i hasta ahora bendigo a la Providencia i a los que formaron mi corazon, por haberme dado fuerzas para cruzar una juventud borrascosa sin caer nunca, aunque algunas veces haya bamboleado.

No he tenido mas vínculos que me liguen a la sociedad que los de hijo, hermano i amigo, i creo haber desempeñado mis obligaciones de un modo aceptable a Dios i a los hombres. Desde la temprana edad de quince años he sido el jefe de mi familia. Padre, madre, hermanas, sirvientes, todo me ha estado subordinado, i esta dislocacion de las relaciones naturales, ha ejercido una influencia fatal en mi carácter. Jamas he reconocido otra autoridad que la mia, pero esta subver-

sion se funda en razones justificables. Desde esa edad el cuidado de la subsistencia de todos mis deudos ha pesado sobre mis hombros, pesa hasta hoi, i nunca carga alguna ha sido mas gustosamente llevada.

De todas las partes en que me he encontrado, he partido con ellos el fruto de mi trabajo; los muchos paisanos que viajan de aquí a mi pais, podrán decir cuántas veces han sido portadores de dinero i efectos para mi familia. En su defecto diga don Diego Antonio Barros, don Pedro Salas, i otros comerciantes, cuántas letras les han sido cubiertas por mí, libradas desde San Juan por Laspiur i Yanei, mis amigos i encargados de facilitar dinero. Cuando los sucesos de mi pais me hicieron desesperar volver a él, arrastré como pude a mi familia a Chile, i ya que mis circunstancias no me han permitido gozar del placer de tenerla a mi lado, la he establecido en Aconcagua, donde goza de una colocacion respetable i adonde puedo atender a sus necesidades. Don Domingo S. Godoi ha tenido la villanía de esparcir rumores de mi mala conducta con mi padre i el abandono en que lo tengo en Aconcagua. Ah! esta sola amargura me faltaba! Mi padre me ha acompañado en todas mis peregrinaciones i hemos partido siempre entre ambos hasta de los cigarros. Cuando las enfermedades lo han asaltado, he sacrificado todo cuanto he tenido para su alivio, i hoi tiene en el señor don Pedro Ortiz en San Felipe, médico de cabecera que lo asiste diariamente con esmero, de que le estoi profundamente reconocido. Los boticarios de Santiago, si pudieran haberse fijado en este hecho, dirian las veces que les he comprado partidas de remedios, i las muchas que han necesitado esplicaciones de mi parte para venderme cantidades que han creido peligroso poner en manos desconocidas. En cuanto a mi padre i mi familia, don Lorenzo Leyton, comerciante de esta ciudad, podrá decir si de mas de 1,500 pesos a que ha ascendido mi cuenta corriente, los dos tercios no son de efectos para mi familia; que diga el señor Puelma, si en igual caso, todo lo que he tomado de su tienda no es ropa de señoras; que diga el señor Villegas, si el 1.° de cada mes no recibe de mí 20 pesos, arriendo de casa de su pertenencia en San Felipe; últimamente que digan todos los amigos que han penetrado en mi modesta habitacion, si me conocen un mueble, un objeto de valor cualquiera, i si descubririan a no decirlo ahora, en que he podido invertir en dos años unos tres mil pesos que he obtenido por precio de mis vijilias.

No han parado aquí mis cuidados con mi familia. He tenido la paciencia de educarla. Una de mis hermanas posee conocimientos suficientes para dirijir un colejio de señoras que ha fundado en San Felipe. El señor intendente, el gobernador de los Andes, el de Putaendo, i el señor cura párroco, han asistido a los exámenes rendidos el 17 de enero, i el señor intendente ha llevado su condescendencia hasta de encargarse él personalmente de distribuir los premios i suscribirlos con su firma. Otra de mis hermanas tiene instruccion en el paisaje, dibujo floreal i natural.

Con respecto a lo que he creido ser mis deberes para con mi patria, mis pretensiones son mui exajeradas. He creido siempre que en mí el patriotismo era una verdadera pasion con todo el desenfreno i estravío de otras pasiones.

Nunca he perdido de vista a mi pais, nunca he abandonado ni renunciado a la causa política a que he pertenecido. Despues de haber servido como pude al gobierno de Chile, en las elecciones que lo elevaron, i cuando cualquiera otro habria esperado el efecto de la proteccion del gobierno; apénas tomaron nuestros asuntos un aspecto favorable en Mendoza, cuando abandonando todo, me puse en marcha a cordillera cerrada, despreciando las ventajosas propuestas de don Manuel Rivadeneira para la redaccion de *El Mercurio*, i el nombramiento de Director de la Escuela Normal con que me brindaba el Ministro, a cuyas instancias de permanecer en el pais, me negué, por creer necesaria mi cooperacion en la guerra de mi pais. Los que hablan de mi venalidad, podrán juzgar por este hecho de mi apego a los intereses materiales. Pobres jentes!

¿Donde está, pues, mi inmoralidad, don Domingo Godoi el chismoso? Sabe Ud. que yo juegue i pierda de vez en cuando cuanto dinero adquiero? Me conoce Ud, algunas disipaciones, algunos gustos i hábitos viciosos? Ah! si yo he sido ántes un perdido, como Ud. lo dice, debo ser hoi un ejemplo de arrepentimiento mui notable. Yo vivo en mi cuarto encerrado casi constantemente. No visito a nadie, ni aun a mis amigos, no me conocen los que me tratan de cerca mas disipaciones que el teatro i los domingos en la Alameda. De veinte casas respetables en que he sido presentado i recibido con afecto, no he frecuentado cuatro, i esto porque se reunen jóvenes de mérito i de instruccion de cuya conversacion gusto mucho.

De mis relaciones con mis amigos, nada tengo que decir; tengo algunos, mui pocos; pero cuánto les debo! He sido ser-

vido por muchos, he podido a mi turno servir a otros. Muchas amistades se han roto, por mi culpa, por la ajena; i en cuanto a mis enemigos, porque tambien los enemigos son relaciones sociales, jamas he herido a ninguno en su honor, aunque muchas veces he humillado su amor propio. Don Domingo S. Godoi el palaciego, me ha dicho por la prensa corrompido, asesino, rufian, i mil otros denuestos, que cada uno es la imputacion de un delito. Yo le he dicho en cambio cobarde, chismoso, palaciego, galan–emplasto, i otras cosas que solo afectan a su amor propio, el amor propio de un necio. Los que han dicho que en mis escritos soi personal, dicen lo que quieren. He tratado bruscamente a los autores, nunca a las personas, i nadie podria descubrir por mis escritos, de qué persona hablo, aunque le haya dicho como a escritor ignorante, etc. El primer vestido de hombre que he cortado, es el de verano que le hice a Godoi en *Un refresco*; nadie me negará que no fuera, si siquiera dedicarme a la profesion, un sastre no mui chapucero.

Todos los dias irrito suceptibilidades i crio deseos de encontrar en mi conducta acciones que me denigren. Debiera ser mas prudente; pero en punto de prudencia, me sucede lo que a los grandes pecadores, que dejan para la hora de la muerte la enmienda. Cuando tenga cuarenta años, seré prudente; por ahora seré como soi i nada mas.

He salido por fin de la humillante tarea de describirme a mí mismo. Tendré que agradecer a Godoi el haberme hecho dejar el modesto incógnito que encubrió mi vida privada. De mi parte solo he puesto la sinceridad, en lo demas los hechos hablan de suyo, i el público podrá juzgar.

Ya he mostrado al hombre, tal como es, o como él mismo se imajina que es. En una segunda publicacion mostraré al libelista famoso, al escritor en Chile, al maestro de escuela, mis obras últimamente, mis principios políticos i sociales. Entónces no me dirijiré a Godoi, sino al público.

RECUERDOS DE PROVINCIA

Es este un cuento que con aspavientos i gritos, refiere un loco i que no significa nada.

SHAKESPEARE, *Hamlet*.

Decir de sí ménos de lo que hai, es necedad i no modestia. tenerse en ménos de lo que uno vale, es cobardía i pusilanimidad, segun Aristóteles.

MONTAIGNE, *Essais*.

A MIS COMPATRIOTAS SOLAMENTE

La palabra impresa tiene sus límites de publicidad como la palabra de viva voz. Las pájinas que siguen son puramente confidenciales, dirijidas a un centenar de personas i dictadas por motivos que me son propios. En una carta escrita a un amigo de infancia en 1832, tuve la indiscrecion de llamar bandido a Facundo Quiroga. Hoi están todos los arjentinos, la América i la Europa, de acuerdo conmigo sobre este punto. Entónces mi carta fué entregada a un mal sacerdote, que era presidente de una sala de Representantes. Mi carta fué leida en plena sesion, pidióse un ejemplar castigo contra mí, i tuvieron la villanía de ponerla en manos del ofendido, quien mas villano todavía que sus aduladores, insultó a mi madre, llamóla con torpes apodos i le prometió matarme donde quiera i en cualquier tiempo que me encontrase.

Este suceso, que me ponia en la imposibilidad de volver a mi patria, *por siempre,* si Dios no dispusiese las cosas huma-

nas de otro modo que lo que los hombres lo desean, este suceso, decia, vuelve a reproducirse dieziseis años mas tarde, con consecuencias al parecer mas alarmantes. En mayo de 1848 escribí tambien una carta a un antiguo bienhechor, en la cual tambien tuve la indiscrecion de que me honro, de haber caracterizado i juzgado el gobierno de Rosas segun los dictados de mi conciencia, i esta carta como la de 1832, fué entregada al hombre mismo sobre quien recaia este juicio.

Lo que se ha seguido a aquel paso, sábenlo hoi todos los arjentinos. El gobernador de Buenos Aires publicó aquella carta, entrabló un reclamo contra mí cerca del gobierno de Chile, acompañó la nota diplomática i la carta con una circular a los gobernadores confederados; el gobierno de Chile respondió a la solicitud, replicó Rosas, se repitieron las circulares, vinieron las contestaciones de los gobernadores del interior, continuó el sistema de dar publicidad a todas aquellas miserias que deshonran mas que a un gobierno, a la especie humana, i parece que continuará la farsa, sin que a nadie le sea posible preveer el desenlace. La prensa de todos los paises vecinos ha reproducido las publicaciones del gobierno de Buenos Aires, i en aquellas treinta i mas notas oficiales que se han cruzado, el nombre de D. F. Sarmiento ha ido acompañado siempre de los epítetos de *infame, inmundo, vil, salvaje*, con variantes a este caudal de ultrajes que parecen el fondo nacional, de otros que la sagacidad de los gobernadores de provincia ha sabido encontrar, tales como *traidor, loco, envilecido, protervo, empecinado* i otros mas.

Caracterízanme así hombres que no me conocen, ante pueblos que oyen mi nombre por la primera vez. Desciende el vilipendio de lo alto del poder público, reprodúcenlo los diarios arjentinos, lo apoyan, lo ennegresen, i sábese que en aquel pais la prensa no tiene sino un mango, que es el que tiene asido el gobierno; los que quisieran servirse de ella como medio de defensa, no encuentran sino espinas agudas, el epíteto de salvaje, i los castigos discrecionales.

I sin embargo, mi nombre anda envilecido en boca de mis compatriotas; así lo encuentran escrito siempre, así se estampa por los ojos en la mente, i si alguien quisiera dudar de la oportunidad de aquellos epítetos denigrantes, no sabe qué alegarse a sí mismo en mi escusa, pues no me conoce, ni tiene antecedente alguno que me favorezca.

El deseo de todo hombre de bien de no ser desestimado, el anhelo de un patriota por conservar la estimacion de

sus conciudadanos, han motivado la publicacion de este opúsculo que abandono a la suerte, sin otra atenuacion que lo disculpable del intento. Ardua tarea es sin duda hablar de sí mismo i hacer valer sus buenos lados, sin suscitar sentimientos de desden, sin atraerse sobre sobre sí la crítica, i a veces con harto fundamento; pero es mas duro aun consentir la deshonra, tragarse injurias, i dejar que la modestia misma conpire en nuestro daño, i yo no he trepidado un momento en escojer entre tan opuestos estremos.

Mi defensa es parte integrante del voluminoso protocolo de notas de los gobiernos arjentinos en que mi nombre es el objeto i el fondo envilecido. Mi contestacion, que se rejistra en el número 19 de la *Crónica,* mi protesta en el número 48, i este opúsculo, deberán pues ser leidos por los que no quieran juzgarme sin oirme, que eso no es práctica de hombres cultos.

Mis *Recuerdos de Provincia* son nada mas que lo que su título indica. He evocado mis reminiscencias, he resucitado, por decirlo así, la memoria de mis deudos que merecieron bien de la patria, subieron alto en la jerarquía de la iglesia, i honraron con sus trabajos las letras americanas, he querido apegarme a mi provincia, al humilde hogar en que he nacido; débiles tablas sin duda, como aquellas flotantes a que en su desamparo se asen los náufragos, pero que me dejan advertir a mí mismo, que los sentimientos morales, nobles i delicados, existen en mí por lo que gozo en encontrarlos en torno mio en los que me precedieron, en mi madre, mis maestros, i mis amigos. Hai una nobleza democrática que a nadie puede hacer sombra, imperecedera, la del patriotismo i el talento. Huélgome de contar en mi familia dos historiadores, cuatro diputados a los congresos de la República Arjentina i tres altos dignatarios de la Iglesia, como otros tantos servidores de la patria, que me muestran el noble camino que ellos siguieron. Gusto a mas de esto, de la biografía. Es la tela mas adecuada para estampar las buenas ideas; ejerce el que la escribe una especie de judicatura, castigando el vicio triunfante, alentando la virtud oscurecida. Hai en ella algo de las bellas artes, que de un trozo de mármol bruto puede legar a la posteridad una estatua. La historia no marcharia sin tomar de ella sus personajes, i la nuestra hubiera de ser riquísima en caracteres, si los que pueden, recojieran con tiempo las noticias que la tradicion conserva de los contemporáneos. El aspecto del suelo me ha mostrado a veces la fi-

sonomía de los hombres, i éstos indican casi siempre el camino que han debido llevar los acontecimientos.

El cuadro jenealójico que sigue, es el índice del libro. A los nombres que en él se rejistran, lígase el mio por los vínculos de la sangre, la educacion i el ejemplo seguido. Las pequeñeces de mi vida se esconden a la sombra de aquellos nombres, con algunos de ellos se mezclan, i la oscuridad honrada del mio, puede alumbrarse a la luz de aquellas antorchas, sin miedo de que revelen manchas que debieran permanecer ocultas.

Sin placer, como sin zozobra, ofrezco a mis compatriotas estas pájinas que ha dictado la verdad, i que la necesidad justifica. Despues de leidas, pueden aniquilarlas, pues pertenecen al número de las publicaciones que deben su existencia a circunstancias del momento, pasadas las cuales, nadie las comprenderia. ¿Merecen la crítica desapasionada? ¡Qué he de hacer! Esta era una consecuencia inevitable de los epítetos de infame, protervo, malvado, que me prodiga el gobierno de Buenos Aires. ¡Contra la difamacion, hasta el conato de defenderse es mancha!

LAS PALMAS

A pocas cuadras de la plaza de Armas de la ciudad de San Juan hácia el norte, elevábanse no ha mucho tres palmeros solitarios, de los que quedan dos aun, dibujando sus plumeros de hojas blanquiscas en el azul del cielo, al descollar por sobre las copas de verdinegros naranjales, a guisa de aquellos plumajes con que nos representan adornada la cabeza de los indíjenas americanos. Es el palmero planta exótica en aquella parte de las faldas orientales de los Andes, como toda la frondosa vejetacion que, entremezclándose con los edificios dispersos de la ciudad i alrededores, atempera los rigores del estío, i alegra el ánimo del viajero, cuando atravesando los circunvecinos secadales, ve diseñarse a lo léjos las blancas torres de la ciudad sobre la línea verde de la vejetacion.

Pero los palmeros no han venido de Europa como el naranjo i el nogal, fueron emigrados que traspasaron los Andes con los conquistadores de Chile, o fueron poco despues entre los bagajes de algunas familias chilenas. Si el que plantó

CUADRO JENEALOJICO DE UNA FAMILIA DE SAN J

DOMINGO DE ORO

Secretario de la Legacion Arjentina cerca de Bolivar. Diputado al Congreso Constituyente de 1826. Consejero de Lopez i de Rosas. Ajente del tratado cuadrilátero. Autor de *El tirano de los pueblos arjentinos*, imp. del Mercurio, 1840. Redactor de la *Crónica Contemporánea*, Valparaiso, 1841; de *La Epoca*, Bolivia, 1845.

José Antonio de Oro

Ministro de gobierno en 1827.

Presbítero José de Oro

Capellan del núm. 1 de Cazadores de los Andes. Diputado a la Convencion Nacional, 1827. Ministro de Gobierno, 1829.

Fr. JUSTO DE SANTA MARIA DE ORO

Provincial de la Recoleta Dominica de Chile. Diputado al Congreso de Tucuman, 1816. Jeneral de la O. Domínica, 1818. Obispo Taumacense i despues de Cuyo, 1830.

Tránsito de Oro

Fundadora del Colejio de Pensionistas de Santa Rosa, 1839.

Miguel de Oro

Descendiente del Conquistador, Capitan D. José Oro.

Elena Albarracin

Patrona del Convento de Santo Domingo.

Maestro F

Maestro

Enano. Se conser[...] porcion a su talla.

Frai

Doctor en teolojí[...] una obra sobre el [...] Lima, juzgado i als[...]

Pe

Co

DOMINGO F. SARMIENTO

Miembro de la Universidad de Chile,—del Instituto Historico de Francia,—de la Sociedad de Agricultura de Santiago,—de la de Profesores de Madrid,—de la Sociedad Sericícola Americana, —fundador de la Escuela Normal, 1842,—autor de *Civilizacion i Barbarie*,—*Viajes por Europa, Africa i América*,—*Educacion popular*,—Fundador o colaborador del *Zonda*, *Mercurio*, *Nacional*, *Progreso*, *Crónica Contemporánea*, *Heraldo*, *Crónica*, *Tribuna*,—Autor i traductor de una série de obras de educacion primaria, adoptadas por la Universidad de Chile.

Paula Albarracin

Hilandera, tejedora, tintorera i bordadora.

Juan Pascual Albarracin

Fraile dominico secularizado, cura de la Concepcion.

ANTO

Fundadora del tem[...]

Maria A

Procesa Sarmiento

Artista, discípula de Monvoisin.

Bienvenida Sarmiento

Directora de varios colejios de señoras.

Paula i Rosario Sarmiento

Obreras en bordados, tejidos, etc.

JOSE MANUEL EUFRACIO DE QUIROGA SARMIENTO

Doctor, Presbítero, Cura, Dean i actual Obispo de Cu[...]

José Clemente Sarmiento

Capitan de milicias, hallóse en Chacabuco.

E PROVINCIA

DE LA FRONTERA, EN LA REPUBLICA ARJENTINA

mijio Albarracin

usto Albarracin

tiempo un altar hecho en pro-

L ALBARRACIN

de un *Tratado de Filosofía* i de
, citado ante la Inquisicion de

Bernardino Albarracin

Maese de Campo.

lbarracin

Albarracin

RARRAZABAL

Santa Lucia.

José de la Cruz Irarrázabal

De Santiago de Chile.

ia Irarrázabal

José Ignacio Sarmiento

Juan Luis Funes

Capitan de milicias en 1811, depone a los españoles del mando de las tropas.

Teresa Funes

Juana Isabel Funes

Juana Morales

Abate D. MANUEL MORALES

Jesuita, autor de la *Historia de Cuyo*, i *Observaciones sobre la Cordillera i llanuras de Cuyo*, citado por Molina, *Historia Natural i Civil de Chile*.

Dr. D. GREGORIO FUNES

Dean de la Catedral de Córdova, Cancelario de la Universidad. Diputado a los Congresos de 1811 i 1819. Autor del *Ensayo sobre la historia civil del Paraguay*, traductor de *Daunou*, redactor del *Argos*, etc.

Dr. Ambrosio Funes

José Funes

alguno de ellos a la puerta de su domicilio, en los primeros tiempos, cuando la ciudad era aun aldea, i las calles caminos, i las casas chozas improvisadas, echaba de ménos la patria de donde habia venido, podia decirle como Abderahman, el rei árabe de Córdoba:

"Tú tambien, insigne palma, eres aquí forastera,
De Algarbe las dulces auras, tu pompa halagan i besan,
En fecundo suelo arraigas, i al cielo tu cima elevas,
Tristes lágrimas lloraras, si cual yo sentir pudieras[1]."

Aquellos palmeros habian llamado desde temprano mi atencion. Crecen ciertos árboles con lentitud secular, i a falta de historia escrita, no pocas veces sirven de recuerdo i monumento de acontecimientos memorables. Me he sentado en Bóston a la sombra de la encina bajo cuya copa deliberaron los Peregrinos sobre las leyes que se darian en el nuevo mundo que venian a poblar. De allí salieron los Estados Unidos. Los palmeros de San Juan marcan los puntos de la nueva colonia que fueron cultivados primero por la mano del hombre europeo.

Los edificios de la vecindad de aquellos palmeros, están amenazando ruina, muchos de ellos habiéndose ya destruido, i pocos sido reedificados. Por los apellidos de las familias que los habitaron, cáese en cuenta que aquel debió ser el primer barrio poblado de la ciudad naciente; en las tres manzanas en que están aquellas plantas solariegas, está la casa de los Godoyes, Rosas, Oros, Albarracines, Carriles, Maradonas, Rufinos, familias antiguas, que compusieron la vieja aristocracia colonial. Una de aquellas casas i la que sirve de asilo al mas jóven de los palmeros, tiene una puerta de calle antiquísima i desbaratada, con los cuencos en el umbral superior donde estuvieron incrustradas letras de plomo, i en el centro el signo de la Compañía de Jesus. En la misma manzana i dando frente a otra calle, está la casa de los Godoyes, donde se conserva un retrato romano de un jesuita Godoi, i entre papeles viejos encontróse, al hacer inventario de los bienes de la familia, una carpeta que envolvia manuscritos con este rótulo: "este legajo contiene la *Historia de Cuyo* por el abate Morales, una carta topográfica i descriptiva de Cuyo, i las

1 *Historia de la dominacion de los árabes en España*, tom. I, cap. IX. por Conde.

probanzas de Mallea." Hubo de caer alguna vez bajo mis miradas esta leyenda, i yo quise ver aquella suspirada historia de mi provincia. Pero ai! no contenia sino un solo manuscrito, el de Mallea, con fechas del año 1570, diez años despues de la fundacion de San Juan. Mas tarde leia en la *Historia Natural de Chile* del abate Molina, describiendo unas raras piedras que se encuentran en los Andes amasadas en arcilla, que el abate don Manuel de Morales, "intelijente observador de la provincia de Cuyo, su patria," las habia estudiado con esmero en su obra titulada: *Observaciones de la cordillera i llanuras de Cuyo* [1].

He aquí, pues, el leve i desmedrado caudal histórico que pude por muchos años reunir sobre los primeros tiempos de San Juan. Aquellas palmas antiguas, la inscripcion jesuítica i la carpeta casi vacia. Pero una de las palmas está en casa de los Morales, la inscripcion de plomo señala la morada del jesuita, i la leyenda quedaba para mí esplicada. Practícanse dilijencias en Roma i Bolonia en busca de los manuscritos abolengos, i no pierdo la esperanza de darlos a la luz pública un dia [2].

JUAN EUJENIO DE MALLEA

En el año del Señor de 1570, es decir, ahora unos doscientos ochenta años, "en la ciudad de San Juan de la Frontera, por ante el mui magnífico señor don Fernando Diaz, juez ordinario por su Majestad, don Juan Eujenio de Mallea, vecino de dicha ciudad, pareció, por aquella forma i manera que mas conviniese a su derecho, i dijo: que teniendo necesidad de presentar ciertos testigos para hacer *ad perpetuam reí memoriam*, una probanza, pedia i suplicaba que los testigos que ante su merced presentara, tomándoles juramento en forma debida i de derecho, so cargo del cual fuesen preguntados i examinados por el tenor del interrogatorio atras contenido, lo que dijeren i espusieren, signado i firma-

1 *Compendio de la historia jeográfica, natural i civil de Chile*, tom. I.

2 La obra del jesuita Morales, lijeramente incompleta, la hemos descubierto entre los MS. del abate Molina que por nuestra mediacion compró el Gobierno para la Biblioteca Nacional. El E.

do por escribano, interponiendo su merced su autoridad i decreto judicial, se lo mandase entregar para seguimiento de su justicia, mandando ante toda cosa citar i suplicar a los oficiales reales de esta ciudad para que se hallasen presentes a ver jurar i conocer a los dichos testigos, i decir i contradecir lo que vieren que les conviene.»

Fecha i evacuada la probanza, i no teniendo mas testigos que presentar, i «habiéndose acabado el papel en la ciudad,» pasó a la ciudad de Mendoza del Nuevo Valle de Rioja a continuar su dilijencia. Los testigos presentados en San Juan, e interrogados por ante el escribano público Diego Perez, lo fueron Diego Lucero, Gaspar Lemos, procurador i mayordomo de ciudad, Francisco Gonzalez, fiscal de la real justicia, Gaspar Ruis, Anse de Fabre, Lúcas de Salasar, Juan Contreras, Ernando Ruis de Arce, factor i veedor, Ernan Daria de Sayavedra, Juan Martin Jil, Diego de Laora, un Bustos, Juan Gomez, isleño, i otros dos. Del tenor de las respuestas dadas a las veinte i cuatro preguntas del interrogatorio, resulta a fuerza de confrontaciones i de conjeturas, la historia de los primeros diez años de la fundacion de San Juan, i la biografía interesantísima del fijodalgo don Juan Eujenio de Mallea, que habia sido juez ordinario, i era a la sazon contador de la real hacienda i alferez real, teniendo en su casa el estandarte, i manteniendo a sus espensas sus jentes i caballos. Dejando a un lado el enojoso estilo i fraseolojía de la escribanía, haré breve narracion de los hechos que en dicho interrogatorio quedan probados. La mayor parte de los testigos, vecinos entónces de San Juan, conocen a Mallea de diez i seis años ántes, i han militado con él en las campañas del sur de Chile, habiendo Mallea venido del Perú con el jeneral don Martin Avendaño en 1552.

En 1553 cuando acaeció la muerte de Pedro Valdivia, Mallea se hallaba en la Imperial, a las órdenes de Francisco de Villagra que tan notable papel hizo en las guerras de Arauco. Aquel jefe, sabiendo la situacion desastrosa en que habia quedado Concepcion despues de la derrota de Tucapel, acudió con su jente a aquella ciudad, puso órden a los negocios, i salió de nuevo a campaña con ciento ochenta hombres, entre los cuales contaba Mallea, quien se halló en la triste jornada del cerro de Mariguiñu, llamado desde entónces de Villagra en conmemoracion del desastre. Pasó en seguida a Concepcion, i mas tarde fué destacado a repoblar Villarica. En 1556 pasa a Valdivia en compañía de don Garcia Hurta-

do de Mendoza, hasta que en 1558, sale entre los ciento cincuenta soldados que mandó García, con el capitan Jerónimo de Villegas, a la repoblacion de Concepcion, que habia sido abandonada desde la derrota de Villagra. Es hijodalgo, i se le vió siempre entre los capitanes, habia servido durante veinte años a sus propias espensas "con sus armas i caballos, i hecho cuanto en la guerra le habia sido mandado que hiciese como bueno i leal vasallo de su Majestad," hasta que casado en San Juan con la hija del cacique de Angaco, que se llamó doña Teresa de Ascencio i le trajo en dote muchos pesos de oro i dióle varios hijos, estaba por fin adeudado en pesos de oro, habiendo perdido la hacienda de su mujer en el mantenimiento de su jente i casa, en servicio del rei, i no pagándole tributo los indios que le habian caido en encomienda en Mendoza, i que despues de la fundacion de San Juan, cayeron en los términos i jurisdiccion de la última ciudad.

El año de 1560 pasó con cien hombres de guerra el capitan Pedro del Castillo, la cordillera nevada hácia el oriente de Chile, i fundó la ciudad de Mendoza del Nuevo Valle de Rioja, que así está nombrada en los autos seguidos en 1571 por el escribano público don N. Herrera en la dicha ciudad. Por las declaraciones de los testigos resulta que se distribuyeron en Mendoza los habitantes que allí encontraron, siendo presumible que a Mallea le tocasen algunos de las lagunas de Guanacache, por lo que pudieron mas tarde caer dentro de los términos de San Juan. Poco tiempo despues salió de Mendoza el jeneral don Juan Jofré con alguna jente a descubrimiento hácia el norte, i descubrió en efecto varios valles que no se nombran, si no es el de Tulun, en el cual, volviendo a Mendoza i regresando a poco tiempo, fundó la ciudad de San Juan de la Frontera. La semejanza de Tulun, Ullun i Villicun, nombres que se conservan en las inmediaciones, permite suponer eran estos los valles con el de Zonda, "que hallaron mui poblados de naturales, i la tierra parecia ser mui fértil," como lo es en efecto. En 1561 gobernando en Chile don Rodrigo de Quiroga, pasó a la provincia de cuyo el jeneral don Gonzalo de los Rios con nueva jente de guerra a sofocar un alzamiento de indios. Despues de trazada la ciudad, se alzaron los huarpes, sus habitantes, i la tierra fué pacificada de nuevo. Tres leguas hácia el norte de la ciudad hai un lugar llamado las Tapiecitas, a causa de los restos de un fuerte cuyas ruinas eran discernibles ahora veinte o trein-

ta años, i su colocacion en aquel lugar, parece esplicar el nombre de San Juan de la Frontera, por no estar reducidos los indios de Jachal i Mogna, cuyo cacique último vivió hasta 1830, habiendo llegado a una senectud que pasaba de ciento veinte i mas años.

Aquel jeneral de los Rios, vuelto a Mendoza de su campaña, supo por un indio prisionero, que habia un pais lejano en cuyas montañas se encontraba oro, en abundancia tal que la imajinacion de los españoles lo bautizó desde luego con el nombre de Nuevo Cuzco. La espedicion de descubrimiento de aquel Dorado pasó de Mendoza a San Juan, i cuantos pudieron alistar caballos, se lanzaron a la conquista del vellocino de oro. Don Juan Eujenio de Mallea "salió con su jente i muchos caballos." Marcharon algunos dias, siguiendo al indio que los conducia, dieron vueltas i revueltas, los víveres escasearon, i una mañana al despertar para emprender nueva jornada, encontraron que el indio habia desaparecido. Hallábanse en medio de un desierto sin agua, sin atinar a orientarse del rumbo a que quedaban las colonias, i despues de padecimientos inauditos, llegaron tristes i mohinos a San Juan los chasqueados, habiendo perecido de sed i de hambre quince de entre ellos. I cosa singular! la tradicion de este suceso vive hasta hoi entre nosotros, i no se pasan diez años en San Juan, sin que se organicen espediciones en busca de montones de oro, que están por ahí sin descubrirse, i que intentaron los antiguos en vano habiéndose concluido los víveres, o fugádoseles el indio baqueano, en el momento en que habian encontrado una de las señas dadas por el *derrotero*. Como fué la preocupacion de los conquistadores hallar por todas partes oro tan abundante como en el Perú i en Méjico, la poesía colonial, los mitos populares, están reconcentrados en toda América en leyendas manuscritas que se llaman *derroteros*. El poseedor de uno de estos itinerarios misteriosos, lo cela i guarda con ahinco, esperando un dia tentar la peregrinacion preñada de incertidumbre i peligros, pero rica de esperanzas de un hallazgo fabuloso. Hai tres o cuatro de éstos en San Juan, siendo el mas popular el de las *Casas Blancas*, en el que despues de vencidas dificultades infinitas, a las que solo faltan, para ser verdaderos cuentos árabes, espantables dragones i jigantes descomunales que cierren el paso i sea fuerza vencer, han de encontrarse terminado el ascenso de una elevadísima i escarpada montaña, las suspiradas *Casas Blancas*, de cuya techumbre cuelgan en pescuezos

de huanacos, sacos de oro en pepitas que dizque dejaron allí escondidos los antiguos, habiéndose caido i derramado muchos, dice el derrotero, a causa de haberse podrido el cuero de los susodichos pescuezos. Me figuro a los primeros colonos de San Juan, en corto número en los primeros años, careciendo de todas las comodidades de la vida, bajo un cielo abrazador, i establecidos sobre un suelo árido i rebelde, que no da fruto si no se lo arranca el arado, descontentos de su pobre conquista, ellos que habian visto los tesoros acumulados por los incas, inquietos por ir adelante, i descubrir esa tierra inmensa que deja, desde las faldas orientales de los Andes, presumir un horizonte sin límites. Las indicaciones dudosas de algun huarpe, acaso de las minas de Hualilan o de la Carolina, reunian en corrillos a los conquistadores condenados a abrir acequias para regar la tierra, con aquellas manos avezadas solo a manejar el mosquete i la lanza. ¡Labradores en América! Valiera mas no haber dejado la alegre Andalucía, sus olivares inmensos i sus viñedos. La ubicacion de la mayor parte de las ciudades americanas, está revelando aquella preocupacion dominante de los espíritus. Todas ellas son escalas para facilitar el tránsito a los paises de oro; pocas están en las costas en situaciones favorables al comercio. La agricultura se desarrolló bajo el tardo impulso de la necesidad i del desengaño, i los frutos no hallaron salida desde los rincones lejanos de los puertos, donde estaban las ciudades.

LOS HUARPES

Grande i numerosa era sin duda la nacion de los huarpes que habitó los valles de Tulun, Mogna, Jachal i las Llanuras de Huanacache. La tierra estaba en el momento de la conquista "mui poblada de naturales" dice la probanza.

El historiador Ovalle, que visitó a Cuyo sesenta años despues, habla de una gramática i de un libro de oraciones cristianas en el idioma huarpe, de que no quedan entre nosotros mas vestijios que los nombres citados, i Puyuta, nombre de un barrio, i Angaco, Vicuña, Villicun, Huanacache, i otros pocos. ¡Ai de los pueblos que no marchan! Si solo se quedaran atras! Tres siglos han bastado para que sean borrados del catálogo de las naciones los huarpes. ¡Ai, de vosotros, colonos

españoles resagados! ménos tiempo se necesita para que hayais descendido de provincia confederada a aldea, de aldea a pago, de pago a bosque inhabitado. Teniais ricos ántes, como don Pedro Carril, que poseia tierras desde la Calle Honda hasta el Pie-de-Palo; ahora son pobres todos! sabios como el abate don Manuel Morales, que escribió la historia de su patria i las observaciones sobre la cordillera i las llanuras de Cuyo; teólogos como frai Miguel Albarracin, políticos como Laprida, presidente del congreso de Tucuman, gobernantes como Ignacio de la Rosa i Salvador M. del Carril hoi no teneis ya ni escuelas siquiera, i el nivel de la barbarie lo pasean a su altura los mismos que os gobiernan. De la ignorancia jeneral, hai otro paso, la pobreza de todos, i ya lo habeis dado. El paso que sigue es la oscuridad, i desaparecen en seguida los pueblos, sin que se sepa a dónde ni cuando se fueron!

Los huarpes tenian ciudades. Consérvanse sus ruinas en los valles de la cordillera. Cerca de Calingasta, en una llanura espaciosa, subsisten mas de quinientas casas de forma circular, con átrios hácia el oriente, todas diseminadas en desórden i figurando en su planta, trompas de aquellas que nuestros campecinos tocan haciendo vibrar con el dedo una lengueta de acero. En Zonda, en el cerro Blanco, vénse las piedras pintadas, vestijios rudos de ensayos en las bellas artes; perfiles de huanacos i otros animales, plantas humanas talladas en la piedra, cual si se hubiese estampado el rastro sobre arcilla blanda. Los médanos i promontorios de tierra, suelen dejar escapar de sus flancos, pintadas cántaras de barro llenas de maiz carbonizado, que las viejas sirvientes creen que es oro encantado para burlar la codicia de los blancos. Esto no estorba que en la ciudad huarpe de Calingasta, se encontrasen dos platos toscos de oro macizo que sirvieron largo tiempo de pasar fuego por lo bonitos, hasta que un pasajero dió un peso por cada uno de ellos, i los vendió despues en Santiago a don Diego Barros, al fiel de la balanza.

Vivian aquellos pueblos de la pesca en las lagunas de Huanacache, en cuyas orillas permanecen aun reunidos i sin mezclarse sus descendientes los laguneros; de la siembra del maiz sin duda en Tulun, hoi San Juan, segun lo deja sospechar un canal borrado, pero discernible aun, que sale desde el Albardon, i puede llevar hasta Causete las aguas del rio. Ultimamente hácia las cordilleras, se alimentaban de la caza de los huanacos, que pacen en manadas la gramilla de los faldeos. Hasta hoi se conservan tradicionalmente las leyes i formali-

dades de la gran cacería nacional que practicaban los huarpes todos los años. Nada se ha alterado en las costumbres huarpes, sino la introduccion del caballo. "Un correjidor i capitan jeneral que fué de la provincia de Cuyo, dice el padre Ovalle, me contó que luego que los indios huarpes reconocen a los venados (huanacos), se les acercan, i van en su seguimiento a pié a un medio trote, llevándolos siempre a una vista, sin dejarles parar ni comer, hasta que dentro de uno o dos dias, se vienen a cansar i rendir, de manera que con facilidad llegan i los cojen, i vuelven cargados con la presa a su casa, donde hacen fiesta con sus familias.... haciendo blandos i suaves pellones de los cueros, los cuales son mui calientes i regalados en el invierno [1]."

En los primeros meses de primavera, cuando los huanacos se preparan a internarse en las cordilleras, humedecidas i fertilizadas por el agua de los deshielos, córrese la voz en Jachal, Huandacol, Calingasta i demas parajes habitados, señalando el dia i el lugar donde ha de hacerse la reunion para la grande cacería. Los jóvenes i mocetones acuden presurosos, trayendo consigo sus mejores caballos, que han estado de antemano preparando, para aquella fiesta en que han de lucirse, i quedar pagadas en reses muertas la destreza del jinete, lo certero del pulso para lanzar las bolas, i la seguridad i lijereza del caballo. El dia designado vénse llegar a una espaciosa llanura los grupos de jinetes, los cuales reunidos a caballo, tienen consejo para nombrar el juez de la caza, que lo es el indio mas esperimentado, i trazar el plan de las operaciones. A su órden se divide su dócil i sumisa comitiva en los grupos que él dispone, los cuales se separan en direcciones diversas, cuales a cerrar el boquete de una quebrada, cuales a manguear las manadas de huanacos hácia la parte del llano donde ha de hacerse la correría. Dos dias despues los polvos que levantan los fujitivos rebaños, indican la aproximacion del momento tan deseado. Los cazadores toman distancias, i cuatro pares de libes, lijeros cuanto basta para bolear huanacos, empiezan con gracia i destreza infinita a voltejear a un tiempo en torno de las cabezas de los jinetes. Huyen los huanacos despavoridos, sueltan a escape los caballos, sin aflojarles la rienda, por temor de las rodadas que son mortales a veces, pero que el gaucho indio evita, aunque cuente de seguro salir parado, por temor de quedarse atras, i cuando

1 *Histórica relacion del Reino de Chile*, por Alonso de Ovalle, 1646.

los mas bien montados han logrado ponerse a tiro, cuatro pares de bolas parten de una misma mano, ligando unas en pos de otras tantas reses de montería. Otros cuatros pares de bolas reemplazan a la carrera del caballo las que ya fueron empleadas, i el cazador diestro puede asegurar así diez, quince i aun mas huanacos en la correría. Si la provision de bolas se ha agotado, salta listo a tierra, ultima su presa, desembaraza los libes, i saltando de nuevo sobre el enardecido redomon, se lanza tras la nube de polvo, los gritos de los cazadores i los relinchos de los caballos, hasta lograr si puede tomar posiciones. Suelen ocurrir una o dos desgracias por las caidas; vuelven los cazadores a reunir sus reses, que cada uno reconoce por las bolas que las amarran; i si acaece alguna disputa, lo que es raro, pues es inviolable la propiedad de cada uno, el juez de la caza la dirime sin apelacion. Vuelven los grupos a dispersarse en direccion a sus pagos; las mujeres aguardan con ansia los cueros de huanacos cuya lana sedosa están viendo ya en ponchos de listas matizadas, sin contar con la sabrosa carne que va a llenar la despensa, cuidado primordial de toda ama de casa. Los chicuelos hacen mil fiestas a un cervatillo de huanacos que cayó el primero en poder de los cazadores, i los alegres mocetones cuentan en interminable historia todos los accidentes de la caza i las rodadas que dieron, i las paradas.

Otra costumbre huarpe sobrevive, hija de la antigua i fatigosa caza a pié. Repetiré lo que observó el historiador Ovalle en su tiempo, i ahorraráme el lector entendido el trabajo de esplicárselo. "No dejaré de decir una singularísima gracia que Dios dió a estos indios, i es un particularísimo instinto para rastrear lo perdido o hurtado. Contaré un caso que pasó en la ciudad de Santiago (Chile) a vista de muchos. Habiendo faltado a cierta persona unos naranjos de su huerta, llamó a un huarpe, el cual le llevó de una parte a otra, por esta i la otra calle, torciendo esta esquina, i volviendo a pasar por aquella, hasta que últimamente dió con él en una casa, i hallando la puerta cerrada, le dijo: toca i entra, que ahí están tus naranjos. Hízolo así i halló sus naranjos. De estas cosas hacen todos los dias muchas de grande admiracion, siguiendo con gran seguridad el rastro, ora sea por piedras lisas, ora por yerbas o por el agua [1]."

Ilustre Calibar! no habeis dejenerado un ápice de tus abue-

1 *Ibid.* Ovalle.

los! El célebre rastreador sanjuanino, despues de haber hecho con su ciencia devolver a muchos lo hurtado, i dejado salir de las cárceles a los presos, como sucedió con mi primo M. Morales, sin acertar a cortarle el rastro que habia prometido no hallar, se ha retirado a morir a Mogna, morada de su tribu, dejando a sus hijos la gloria de su nombre, gloria que ha llegado a Europa de folletin en *Revista*, copiando el párrafo del *Rastreador* de *Civilizacion i Barbarie*, dejando Calibar mas duradero recuerdo en Europa, que las barbaridades de Facundo, el blanco perverso e indigno de memoria.

¿Hebeis visto por ventura unas canastillas de formas variadas que contienen los útiles de costura de nuestras niñas, cerradas de boca a veces, a guisa de cabeza de cebolla, o bien abiertas, por el contrario, como campana, con bordes brillantes i curiosamente rematados, salpicadas de motas de lana de diversos colores? Estas canastillas son restos que aun quedan en las lagunas de la industria de los huarpes. Servíanse en tiempo de Ovalle de ellas, como vasos para beber agua, tan tupido era el tejido de una paja lustrosa, amarilla i suave que crece a orillas de las lagunas de Huanacache. ¡Pobres lagunas destinadas a servir, mejor que las de Venecia, a poner en contacto sus lejanas riberas, llevando i trayendo en barquillas, o en goletas de vela latina, los productos de la industria i los frutos de la tierra! El huarpe todavía hace flotar su balsa de totora, para echar sus redes a las regaladas truchas; el blanco embrutecido por el uso del caballo, desfila por el lado de los lagos con sus mulas, cargadas como las del contrabandista español, i si vais a hablarle de canales i de vapores como en los Estados Unidos, se os rie, contento de sí mismo, i creyendo que vos sois el necio i el desacordado! I sin embargo, en Pié-de-Palo está el carbon de piedra, en Mendoza el hierro, i entre ambos estremos mécese la superficie tranquila de las sinuosas lagunas, que el zabullidor risa con sus patas por desaburrirse. Todo está allí, ménos el jénio del hombre, ménos la intelijencia i la libertad. Los blancos se vuelven huarpes, i es ya grande título para la consideracion pública, saber tirar las bolas, llevar chiripá, o rastrear una mula!

La idea que el jesuita Ovalle echaba a rodar en los reinos españoles, sobre las bendiciones del suelo privilejiado de San Juan, es todavía doscientos años despues, un clamor sin ecos, un deseo estéril.... "no hai duda que si comienza a acudir "*jente de afuera*, aquella tierra será una de las mas ricas de

"las Indias, porque su grande fertilidad i grosedad, no nece-
"sita de otra cosa que de jente que la labre, i gaste la grande "abundancia de sus frutos i cosechas[1]." Pobre patria mia! Estais en guerra, por el contrario, para rechazar a las *jentes de afuera* que acudieran, i arrojais ademas de tu seno a aquellos de tus hijos que os aconsejan bien!

LOS HIJOS DE JOFRÉ.

¿De dónde descienden los hombres que vemos brillar en nuestra época, en ministerios, presidencias, cámaras, cátedras i prensa? De la masa de la humanidad. ¿A dónde se encontrarán sus hijos mas tarde? En el ancho seno del pueblo. Hé aquí la primera i la última pájina de la vida de cada uno de nuestros contemporáneos. Aquellas antiguas castas privilejiadas que atravesaban siglos contando el número de sus antepasados, aquel nombre inmortal que se llamaba Osuna, Joinville u Orleans, ha desaparecido ya por fortuna. ¡Cuánto ha debido depurarse la masa humana, para arribar a sacar de su seno, los candidatos que han de llamarse Pitt, Washington, Arago, Franklin, Lamartine, Dumas, i ser nobles de su pais i aun reyes de la tierra, sin que su elevacion haya costado un jemido! Las antiguas familias coloniales han desaparecido en la República Arjentina; en Chile se agarran todavía de la tierra i resisten al nivel del olvido que quiere pasar sobre ellas.

Luminoso rastro de sus proezas i valimento habia dejado el capitan Juan Jofré en la conquista e historia civil de Chile. En 1556 el cabildo de Santiago, sabedor del plan de un levantamiento jeneral de indios que habia urdido Lautaro, ordena a Juan Jofré entrar con treinta soldados a la tierra de los promaucaes, i acudir con sus lanzas donde quiera que el incendio estalle; habiendo el capitan logrado el objeto i dado tiempo a precaverse i prepararse para mas decisiva jornada.

Mucha fama i peso debió darle esta proeza, pues que el 9 de julio del mismo año, decretando el cabildo de Santiago fuese fiesta solemne la de este santo, como patron de la capital, nombró alférez real a Juan Jofré, con encargo de presentar en el dia

1 Ovalle, *Histórica relacion*, lib. 11, cap. VI.

del santo el real estandarte en que salieron bordadas de oro las armas de la ciudad i en su cima la imajen del apóstol a caballo, cuya ceremonia quedó desempeñada el 24 del mismo mes, diciendo los alcaldes desde una ventana al alférez que estaba en la calle: *este estandarte entregamos a vuestra merced, señor alférez de esta ciudad de Santiago del Nuevo Estremo, en nombre de Dios i de S. M., nuestro rei i señor natural, i de esta ciudad, i del cabildo, justicia i rejimiento de ella, para que con él sirvais a S. M. todas las veces que se ofreciere;* i el dicho capitan Jofré dijo que *así lo recibia i prometia de hacerlo i de cumplir*, i lo recibió a caballo; i se fueron todos juntos con otros caballeros, acompañándolo a la iglesia mayor, a donde oyeron vísperas, i despues de acabadas tornaron a cabalgar, i anduvieron por las calles de esta ciudad hasta que volvieron a la casa de este capitan, a donde se quedó el estandarte[1]." Cuál fuese su influencia i valimiento en los complicados negocios de aquella época, puede traslucirse del hecho, de que siendo don Juan Jofré alcalde de Santiago en 1557, recibió órden de convocar el cabildo el 6 de mayo, ante quien fueron presentados los poderes i despachos de don García Hurtado de Mendoza, quien despues de reconido en la autoridad de justicia mayor, puso en su empleo de alcalde a Diego Araya, no sin queja de injusticia hácia Jofré que fué depuesto.

Yo alcancé al último descendiente de don Juan Jofré fundador de San Juan. Era don Javier, un grueso i ostentoso señor, digno representante en 1820 de su ilustre abuelo. Su casa estaba contigua al consistorio municipal, como era jeneral en las colonias, en que la cárcel i el gobernador ocupaban el mismo frente de la plaza de armas. La revolucion de la independencia lo halló vivo, i se dieron un abrazo, haciendo él la inauguracion solemne de la nueva época, en su salon espacioso, decorado de molduras de estuco de gusto delicado, obra de arquitectos de mérito que solian penetrar a las colonias, i aun producirse entre los jesuitas. Este salon, a que daban solemnidad colgaduras de damasco pendientes de perchas doradas, sirvió de sala para la inauguracion de la representacion provincial. Sus sillas de nogal i sus sofaes de terciopelo carmesí, han servido hasta ahora poco en todas las grandes solemnidades políticas, degradados ya i hechos trizas por la incuria gubernativa. El mismo salon sirve hoi de sala

1 Gay, *Historia de Chile*, t. 1 cap. 28.

de billar, despues de haber sido consagrado a funciones de teatro. Un álamo robusto se alzaba en el límite norte de su espacioso solar, que el hacha de la codicia no habrá respetado quizás. Era el padre de esos millones de álamos que hacen barata i fácil la construccion civil, era el primer emigrante de su especie que se estableció en San Juan. A diez cuadras de la plaza hácia el occidente, se levanta una aguja o pirámide, que hoi eleva su punta truncada en medio de un erial desapacible. Dos veces la he visto por las tardes rodeada de dos o tres vacas que iban a buscar abrigo bajo su sombra contra los rigores del sol. La pirámide aquella es la tumba de la revolucion, muerta en la infancia, ruina ya a los treinta años de erijida. Tambien señala la propiedad de don Javier Jofré i su patriotismo. De noche, cuando el aire reseco, tostado, se anda azotando por el rostro que baña sin refrescarlo, mi madre en el verano de 1816, iba con nosotros, niños aun, a pasearse en las alamedas en cuyo centro estaba la pirámide. Partian de allí dos diagonales a los estremos de un cuadrado, flanqueado de lindas alamedas, a cuyos piés corrian líneas de lirios blancos i de rosas encarnadas. Cuatro pilastras, a guisa de basamentos de estatuas, señalaban los cuatro ángulos, i no sé qué idea confusa recuerdo de laberinto de callejuelas i círculos de varias direcciones. Viénenme aun las ráfagas de aire fresco i perfumado, i diviso grupos de faroles que arrojaban su luz por entre el follaje de los árboles. Construyó la pirámide el injeniero español Diaz, de quien quedan tan chuscos recuerdos en la historia de la guerra de la independencia, i debia conmemorar la espedicion del ejército libertador a Chile.

En 1839 uno de los herederos de don Javier Jofré reclamaba el terreno en que habia estado el paseo público, por haber faltado la condicion i el objeto con que fué donado, i no encontrando objecion de parte del gobierno, el interesado preguntaba en mi presencia al ministro ¿i *el pírame*, señor? ....Queria decirle ¿qué hacemos con aquel monumento? a lo que el ministro contestaba con una bondad infinita: "en cuanto al *pírame*, puede U. echarlo abajo!........"

Yo lo he oido! Pocos dias despues escribí en el *Zonda* un artículo titulado *la Pirámide*, primera vez que las fantásticas ficciones de la imajinacion me sirvieron a encubrir la indignacion de mi corazon. No la han destruido todavía los bárbaros; se necesita comenzar por la cúspide i no sabrian armar un andámio.

MALLEA

Las familias españoles venidas posteriormente a establecerse a San Juan, se vengaron del fijodalgo Mallea, en los hijos de la india reina de Angaco. Decíanles mulatos! i yo los he alcanzado luchando todavía contra esta calumnia que se transmitió de padres a hijos. Mi madre, que no sabe que don Eujenio de Mallea servia a sus espensas, con sus propias armas i caballos, me cuenta que don Luciano Mallea, a quien decian tio Luciano Mallea, era mui conocedor en jenealojías, i sostenia que eran ellos mestizos de pura i noble sangre. Fué aquel viejo el tipo de la colonia española, especie de patriarca pobre i severo, sentencioso en sus palabras, i ademas poeta, que tenia un adajio o un verso para cada ocurrencia de la vida. Los pueblos que no piensan viven de la tradicion moral, i el libro de los proverbios anda desparramado entre los ancianos. Así decia con todo modulado el viejo Mallea, a los jóvenes novios:

Cásate i tendrás mujer;
Si es bonita que celar,
Si es fea que aborrecer,
Si es rica que obedecer,
Si es pobre a quien mantener;
Cásate i tendrás mujer.

Cuando oia palabras descompuestas en boca de persona respetable, increpándolo decia con sorna: "no se vé el moco, sino de donde cuelga,[1]" lo cual me trae a la memoria el haber visto a un personaje respetable de Chile, hacer un jesto de asco al leer en una nota oficial estas palabras: *asqueroso, infame, vil.* Este no veia el moco sino de donde colgaba.

Otra rama de Mallea se debió establecer en Mendoza, pues el padre de don Alejo Mallea, hoi gobernador de aquella provincia, era su descendiente i se llamaba como él Juan Eujenio. En fin, los actuales representantes del alferez real, entraron en nuestra familia por doña Anjela Salcedo, esposa de don Domingo Soriano Sarmiento, i don Fermin Mallea, marido

1 En la nariz se le columpia un moco, QUEVEDO.

de doña Mercedes. Doña Anjela, viuda, me encargó de los negocios de su marido i de la primera educacion de su hijo. Una esclava suya alzada, la denunció en mi ausencia por unitaria, prueba de ello que tenia en un agujero escondidas unas cuantas talegas de plata. Acudió la policía i el ministro de gobierno a verificar el hecho; i los primeros funcionarios del estado federalizado, atraidos irresistiblemente, seducidos por aquellos pesos fuertes....se llenaban los bolsillos en presencia de la inocente víctima de aquel salteo. Facundo, el ladron de pueblos, tuvo asco esta vez de los suyos, i Benavides quince años despues ha pagado parte del robo, por un movimiento de pudor que le honra.

Don Fermin Mallea, a quien aludo en mis *Viajes* con motivo de las ruinas de Pompeya, tuvo el fin mas desdichado. Su muerte acaecida en 1848, la deben los tribunales de justicia, i un dia han de pagarla en la ignominia de sus hijos, los jueces, escribanos, partidores, que fueron de ella causa; en ellos, en la comun ignorancia, en la torpeza de los jueces, en las pasiones desenfrenadas que asusa, en lugar de contener, un sistema de iniquidad que trae escrito yá en la frente el crímen, encabezando todos sus actos con el sacramental *mueran;* que al lanzar el decreto, deja escapar como la baba del leproso, la injuria *salvaje, inmundo, malvado*.... Ah! la pagareis en vuestros hijos, pueblos inmorales, víctimas degradadas que os haceis cómplices del vicio que desciende de lo alto! Era mi tio Fermin de carácter áspero i de condicion dura. Harto me lo hizo sentir en mi juventud; pero estas jenialidades no alcanzaban a empañar algunas dotes de corazon mui laudables. Creó a su lado un dependiente, Oro de apellido, que era la dulzura por excelencia, i tan honrado i laborioso, que Mallea, en recompensa, hubo de asociarlo en su negocio de tienda que ambos a dos manejaban. Discurrieron los años, los negocios marchaban. Mallea distraia fondos para sus necesidades, i jamás una sola nubecilla turbó la armonía que resultaba de la estrema oposicion de sus caracteres. Un dia hubieron de balancear el negocio, i resultó que todo él pertenecia por cuenta de utilidades al dependiente. Mallea se mezaba lo cabellos, echaba pestes, i negaba la evidencia; pero las cifras estaban ahí, matadoras, inflexibles. El habia sacado en diez años tanto, i el jóven no habia tocado nada! I aquí de la tenacidad de Mallea. Del balance se pasó al contador, del contador a los jueces, i a los escritos, i de allí a la exasperacion, las alcaldadas, i el pleito interminable.

La naturaleza suave i amorosa de Oro no pudo resistir a tan dura prueba. Amaba entrañablemente a Mallea, i aquella tierna planta empezó a doblarse sobre su tallo marchito; a la hipocondria del ánimo, se sucedió la prostracion física, i a la enfermedad, la muerte; porque el triste murió de pena, de ver la injusticia que le hacia su patron i protector. Los médicos abrieron su cadáver i aseguran que le hallaron el corazon seco!

Mallea, en tanto, que ajitaba aquel malhadado pleito, un mes ántes de la muerte del jóven, habia dejado de salir a la calle; hablaba a cuantos veia de su negocio, i a cada momento se le sorprendia abstraido, sacando una cuenta, cuyos números figuraba con el dedo en el aire. Los feudos i reyertas en las ciudades de provincia son, como todos saben, asuntos que glosan todas las mañanas los corrillos de comadres; i bajo aquel sistema de gobierno, donde no hai vida pública, donde es bueno callarse sobre todo, las cuestiones domésticas ocupan la atencion pública i llenan, en lugar de periódicos, debates, partidos, proyectos, noticias i leyes, los ocios de las personas mas graves. La muerte del jóven Oro conmovió hasta los cimientos la ciudad entera. Larga procesion de vecinos condolidos acompañaba al panteon el fúnebre carro, cuando cruje el rodado, rómpese, i es fuerza descender el féretro en la puerta misma del infortunado Mallea, que estaba a la sazon sacando afanado aquella fatal cuenta que lo traia confundido. La maledicencia se decia por lo bajo, con ojos espantados, "castigo de Dios!" miéntras que los jueces que habian con su incepcia traido este desenlace de una cuestion de cifras que no habian sabido aclarar en seis años, echaban plantas tambien de creer que hai una Providencia que castiga las malas acciones. Ya se vé, el crímen allí no es crimen si lo comete el funcionario! El último resto de razon abandonó desde entónces a Mallea, i llorando dia i noche, i borrajeando papel sin tregua, se fué desfigurando, carcomido por la duda, sacando su cuenta siempre por aclararla, ahullando, cuando el llanto de sus ojos se habia agotado, hasta que espiró despues de un suplicio de muchos años, que hacian mas agudo, el amor i la estimacion que conservaba por el jóven que habia mirado como hijo, i su propia honradez; pues que en todo este triste negocio, no hubo mas que terquedad de carácter, i pasiones desbordadas, que no supo ni quiso refrenar la injusticia e ineptitud de los jueces.

LOS SAYAVEDRAS

En el barrio de Puyuta habia ántes un antiguo pino, cuyo tronco sirve hoi de sosten del presbiterio en la iglesia de los Desamparados, el único edificio público construido en estos tiempos de barbarie, i un modelo de ignorancia de las reglas de la arquitectura, que un dia será visitado con asombro por jeneraciones mas ilustradas. Conocí a los dos últimos descendientes del soldado de este apellido; fué el uno sentenciado a muerte por asesinato. El otro, llamado el indio Saavedra, de talla jigantezca, de alma torba, fué bandido de profesion en Mendoza i San Juan, i llamado por su fama de desalmado al servicio de la federacion en 1839, cuando el desembarque de Lavalle. Hubo de lancearme el 18 de noviembre de 1840 en la plaza, apellidándome *salvaje*, i fué seis años despues ajusticiado por crímen de asesinato. Así las cualidades guerreras de los abuelos dejeneran en vandalismo, cuando las sociedades decaen i se degraden. ¡Ai, de los hijos que se están educando en la escuela de los *mueras*, i de la violencia!

LOS ALBARRACINES

A mediados del siglo XII, un jeque sarraceno, Al Ben Razin, conquistó i dió nombre a una ciudad i a una familia que despues fué cristiana.[1] M. Beauvais, el célebre sericicultor frances, ignorando mi apellido materno, i sin haberme visto con el bornoz, me hacia notar que tenia la fisonomía completamente árabe; i como le observase que los Albarracines tenian, en despecho del apellido, los ojos verdes o azules, replicaba en abono de su idea que, en la larga serie de retratos de los Montmorency, aparecia cada cuatro o cinco jeneraciones el tipo normal de la familia. En Arjel me ha sorprendido la semejanza de fisonomía del gaucho arjentino i del árabe, i mi *chauss* me lisonjeaba diciéndome que al ver-

1 *Diccionario jeográfico histórico*, art. Albarracin.

me, todos me tomarian por un creyente. Mentéle mi apellido materno que sonó grato a sus oidos, por cuanto era comun entre ellos este nombre de familia; i digo la verdad, que me halaga i sonrie esta jenealojía que me hace presunto deudo de Mahoma. Sea de ello lo que fuere, los viejos Albarracines de San Juan tenian en tan alta estima su alcurnia, que para ellos el hijo dela alba, habria sido a su lado, cuando mas, un cualquiera. Una tia mia casi mendiga, solia llegar a casa desde sus tierras de Angaco, coronando, sobre un rocin mal entrazado i huesoso, unas grandes alforjas atestadas de legumbres i pollos, echando pestes contra don Fulano de tal, que no la habia saludado, porque ella era pobre! i entónces se seguia la reseña de los cuatro abolengos del infeliz que no escapaba, a la segunda o tercera jeneracion, de ser mulato por un lado i zambo por el otro, i ademas escomulgado. Yo he encontrado a los Albarracines, sin embargo, en el borde del osario comun de la muchedumbre oscura i miserable. A mas de aquella tia, habia otro de sus hermanos inbécil que ella mantenia; mi tio Francisco ganaba su vida curando caballos, esto es, ejerciendo la veterinaria sin saberlo, como M. Jourdain escribia prosa sin haberlo sospechado. De los otros once hermanos i hermanas de mi madre, varios de sus hijos andan ya de poncho con el pié en el suelo, ganando de peones real i medio al dia.

I sin embargo, esta familia ha ocupado un lugar distinguido durante la colonia española, i de su seno han salido altos i claros varones que han honrado las letras en los claustros, en la tribuna de los congresos, i llevado las borlas de doctor o la mitra. Distínguense los Albarracines, aun entre la plebe, por los ojos verdes o celestes, como ántes dije, i la nariz prominente, afilada i aguda sin ser aquilina. Tienen la fama de trasmitir de jeneracion en jeneracion aptitudes intelectuales que paracen orgánicas, i de que han dado muestras cuatro o cinco jeneraciones de frailes domínicos, padres presentados, i que terminan en frai Justo de Santa María, obispo de Cuyo. Los jefes de esta familia fundaron el convento de Santo Domingo en San Juan, i hasta hoi se conserva en ella el patronato i la fiesta del Santo, que todos hemos sido habituados a llamar, Nuestro Padre. Hai un Domingo en cada una de las ramas en que se subdivide, como hubieron siempre dos i aun tres frailes domínicos Albarracines a un tiempo. Fuélo un hermano de mi madre, secularizado, don Juan Pascual, cura de la Concepcion, excelente teólogo, i empecinado unitario, i

hasta la clausura del convento en 1825, se halló entre sus coristas un representante de la familia patrona de la órden. Sábese que en aquella edad media de la colonozacion de la América, las letras estaban asiladas en los conventos, siendo una capucha de fraile signo reconocido de sapiencia, talisman que servia a preservar acaso el cerebro contra todo pensamiento herético. No celó del todo, no obstante, al del célebre frai Miguel Albarracin, cuya gloriosa memoria se ha conservado hasta hoi como la gala i alarde del convento.

Hai raras manías que aquejan el espíritu humano en épocas dadas; curiosidades del pensamiento que vienen no se sabe porqué, como si en los hechos presentes estuviese indicada la necesidad de satisfacerlas. A la piedra filosofal que produjo en Europa la química, se sucedió en América la cuestion famosa del milenario, en que todo un San Vicente Ferrer habia quedado chasqueado. Sobre el milenario han escrito varios, haciéndose notar Lacunza, chileno, cuya obra se publicó en Londres no ha muchos tiempos. Mucho ántes que él, habia ensayado su sagacidad en resolver tan árduo problema, el doctor frai Miguel, de quien es tradicion conventual que tenia ciencia infusa, tanto era su saber. El infolio que escribió sobre la materia, fué examinado por la inquisicion de Lima, el autor citado ante el santo oficio, acusado de herejía; i con ansiedad de sus cofrades, fué a aquella remota corte a responder a tan temible cargo.

Era la inquisicion de Lima un fantasma de terror que habia mandado la España a América, para intimidar a los *estranjeros*, únicos herejes que temia; i a falta de judaizantes i heretizantes, la inquisicion cebaba de cuando en cuando alguna vieja beata que se pretendia en santa comunicacion con la vírjen María, por el intermedio de ánjeles i serafines, o alguna otra ménos delicada que preferiria entenderse con el ánjel caido. La inquisicion se hacia la desentendida por largo tiempo, jugaba a la gata muerta, i cuando la fama de santidad o de endiablamiento estaba madura, caia sobre la infeliz ilusa, traíala al santo tribunal, i despues de largo i erudito proceso, hacia de su flaco cuerpo, agradable i vivaz pábulo de las llamas, con grande contentamiento de las comunidades, empleados i alto clero, que por millares asistian a la ceremonia.

Existen en Lima varios procesos de *autos de fe*, entre ellos uno mui notable contra Anjela Carranza, natural de la ciudad de Córdoba del Tucuman, quien pasó a la ciudad de Lima por los años de 1665, i empezó a adquirir fama de santidad i de fa-

vorecida del cielo. Dióse a escribir sus revelaciones ocho años mas tarde, diciéndose asistida e inspirada por los doctores de la iglesia. Estos escritos llegaron a componer mas de 7,500 fojas, en forma de diario hasta el mes de diciembre de 1688, época en que cayeron en poder del santo oficio de Lima, el cual los calificó de heréticos i blasfemos. Encerrada en las cárceles de la inquisicion el 21 de diciembre de 1668, entablaron contra ella un proceso que duró por espacio de seis años, resultando condenada a "salir en auto de fe público en forma de penitente con vela verde, soga a la garganta, i a estar encerrada en un monasterio por espacio de cuatro años." La ejecucion de esta sentencia tuvo lugar a 20 de diciembre de 1693, como consta de una relacion publicada en Lima por la Imprenta Real el año 1695. El nombre de esta mujer se conserva aun en todos los pueblos del Perú, i la dicha descripcion del auto de fe, en que se habla de ella, es uno de los libros mas raros de cuantos se han impreso en Lima.

El gran delito de esta beata fué prendarse de un amor místico mui subido de dos personajes pacíficos de nuestra historia cristiana; Santa Ana i San Joaquin, a quienes describe con todos sus pormenores. Era nuestra señora Santa Ana, "mui hermosa, algo metida en carnes, befa de lábios, las manos mui blancas. I San Joaquin de facciones toscas i nariz grande; aunque viejo, no inspiraba asco a su esposa, porque era aseado i se vestia bien. Del preñado de la señora santa Ana nacieron *Cristo i María*, pero Cristo como cabeza de María, i cuando Cristo nació de la señora Santa Ana, renacieron tambien Joaquin i Ana; i cuando Santa Ana alimentó con su leche a la Vírjen Santísima, Jesucristo tambien lo mamaba, i de los pechos de Santa Ana solamente mamaron Cristo i María; pero quien primero mamó fué Jesucristo."

Despues de las beatas venian los *estranjeros*, de los cuales, entre otros hai un Juan Salado, frances, que fué quemado, sin otra causa racional que la novedad de ser frances, *rara avis* entónces en las colonias i objeto de odio para los pueblos españoles. Pero como sucede siempre con todos los poderes absolutos e inícuos, en Lima, entre las víctimas de la inquisicion cayó una vez un deudo de San Ignacio de Loyola, quien acusado de judio judaizante, por sus criados que querian robarlo, murió en la prision, i el santo tribunal le hizo enterrar secretamente. Andando el tiempo, empero, hubo de morir uno de los criados, i declaró en artículo de muerte, su villanía, i la inquisicion se propuso reparar el daño con el ca-

dáver que se hizo exhumar al efecto. De las costumbres, horriblemente pueriles de aquella época, podrá formarse idea por los estractos de la sentencia absolutoria que sigue: "Don Juan de Loyola Haro de Molina, natural de la ciudad de Ica donde obtuvo los honrosos empleos de maestre de campo del batallon, i varias veces el de alcalde ordinario, siendo de primer voto en su ilustre cabildo i rejimiento, de poco mas de 60 años de edad, de estado soltero, que preso por este santo oficio, murió: salió al auto en estatua, i estando en forma de inocente con palma en las manos i vestido de blanco, se le leyó su sentencia absolutoria, dándole por libre de los delitos de *herejía* i *judaismo*, que por maliciosa conspiracion i falsa calumnia se le imputaron. Restituido, pues, al buen nombre, opinion i fama que ántes de su prision gozaba, se mandó saliese en el acompañamiento entre dos sujetos distinguidos, que el santo tribunal señaló para que le apadrinasen en la procesion de reos, i que al tiempo de alistarse la funcion en la iglesia, se colocase la estatua en medio de los mas calificados del concurso; i levantándose cualesquiera secuestros i embargos, hechos en sus fincas i bienes, se entregasen del todo, segun el inventario que de ellos se hizo cuando se secuestraron, i que si sus hermanos, sobrinos i parientes quisiesen pasear la estatua por las calles públicas i acostumbradas, en un caballo blanco hermosamente enjaezado, lo ejecutasen al dia siguiente al auto, en que los ministros del santo tribunal habian de hacer cumplir la pena de azotes que se impuso a cada reo; i que en atencion a haberse de órden del santo tribunal sepultado secretamente su cadáver en una capilla de la iglesia de Santa María Magdalena, recoleccion de Santo Domingo, pudiesen exhumarlo para hacerle públicas exequias, trasladándole al lugar que por su última voluntad señaló para su entierro; i que a sus hermanos i parientes se despachasen testimonios de este hecho, para que en ningun tiempo la padecida calumnia, les sea embarazo a obtener los mas sobresalientes empleos, así políticos, como cargos del santo oficio, honrándoles el Tribunal con las gracias que juzgare proporcionadas para comprobar la inocencia del espresado don Juan de Loyola, difunto. Fueron sus padrinos don Fermin de Carbajal, conde del Castillejo, i don Diego de Hesles Campero, brigadier de los reales ejércitos de S. M. i secretario de cámara del Excmo. señor conde de Super-Unda, virei de Lima."

Describiendo un autor limeño esta rara rehabilitacion, di-

ces: « en la procesion del santo oficio desde su casa hasta Santo Domingo... dos lacayos vestidos de costosa librea, cargaban una estatua, que trayendo al pecho un rótulo grabado en una lámina de plata de delicado buril, espresaba el nombre i apellido del inocente don Juan de Loyola que falsamente calumniado de los abominables delitos de *hereje* i *judío judaizante,* murió por los años de 1745 preso por este santo tribunal, aunque poco ántes de su fallecimiento, ya habia empezado a descubrirse la inícua conspiracion de los falsos calumniantes. Era el vestido que llevaba de *lama blanca,* color que simboliza su inocencia, guarnecido de finísimos sobrepuestos de oro de *Milan* con botonaduras de diamantes, i salpicado de varias joyas de cuantioso precio, que hermoseaban toda la tela. En la una mano traia la palma, insignia de su triunfo, i en la otra su baston de puño de oro con riquísima pedrería, por haber obtenido en la ciudad de Ica, de donde era nativo, siendo orijinario de la ilustrísima casa de Loyola, en el lugar de Aspeytía de la provincia de Guipuscoa, los honores i distinguidos cargos de maestre de campo de la caballería, i varias veces el de alcalde ordinario[1].»

Así el verdugo de la pobre confederacion, cuando ya no encuentra algun *salvaje* unitario que entregar al santo oficio de la mazorca, coje una Camila O'gorman, un niño de vientre, i un cura en pecado, para hacerlos matar como a perros, a fin de refrescar de cuando en cuando el terror adormecido por la abyecta sumision de los pueblos envilecidos. El despotismo brutal nunca ha inventado nada de nuevo. Rosas es el discípulo del D.r Francia i de Artigas en sus atrocidades, i el heredero de la inquisicion española en su persecucion a los hombres de saber i a los estranjeros. Los tres han embrutecido el Paraguai, la España i la República Arjentina, dejándoles en herencia la nulidad i la vergüenza para años i siglos. La Bruyére, el moralista francés, escribia ahora cerca de un siglo: «no se necesita ni arte ni ciencia para ejercer la tiranía, i la política que no consiste mas que en derramar sangre es por demas limitada i sin refinamiento; ella inspira matar a aquellos cuya vida es un obstáculo a nuestra ambicion; i un hombre que ha nacido cruel, hace eso sin dificultad. Es esta

1 Relacion del auto particular de fe celebrado en la iglesia de Santo Domingo, el 19 de octubre de 1749, etc., por don J. Eusebio del Llano Zapata, literato que ha escrito muchas obras interesantes; viajó mucho por Europa i América, i pocos saben que nació i se educó en Lima

la manera mas horrible i mas grosera de sostenerse o de elevarse [1]."

¿Qué mas podremos ahora decir de Rosas, pobre remendon de viejo, con algunas brutalidades de su propia invencion? La cinta colorada mandóla usar Tiberio en su retrato, i ahora dos mil años, eran en Roma azotados los ciudadanos en las calles, cuando no llevaban en su pecho la efijie del emperador, segun nos lo refiere Tácito. La inquisicion tenia sus frases de proscripcion, *herejes, judaizantes*, como el *salvajes unitarios* de ahora; i tan inerrable es la filiacion de estas ideas, que el coronel Ramirez, me ha llamado *judío* para adular al inquisidor arjentino. Pobres españoles!

Vuelvo a frai Miguel Albarracin. Ante aquel tribunal debia presentarse el docto frai Miguel Albarracin, i justificar osadas doctrinas que sobre el *milenario* habia emitido. Afortunadamente, era, dicen, elocuente el fraile como un Ciceron, cuyo idioma poseia sin rival, profundo como un Tomas, sútil como un Scott, i Dios mediando i a lo que yo creo, no entendiendo ni él ni la inquisicion jota de todo aquel fárrago de conjeturas sobre una profecía que anuncia un cambio en los destinos del mundo, salió victorioso de la lucha, maravillando a sus jueces, por instituto domínicos tambien, con aquellos tesoros de la escolástica argucia de que hizo ostentacion i alarde. Lo que es digno de notarse, es que pocos años despues de producidos los *milenarios*, apareció la revolucion de la independencia de la América del Sur, como si aquella comezon teolójica, hubiese sido solo barruntos de la próxima conmocion.

Mi tio frai Pascual, viéndome niño entendido i ansioso de saber, me esplicaba la obra de Lacunza, diciéndome con orgullo indignado: estudia este libro, que esta es la obra del grande frai Miguel, mi tio, i no de Lacunza, que le robó el nombre, sacando el manuscrito de los archivos de la inquisicion, donde quedó depositado; i me mostraba entónces la alusion que Lacunza hace de una obra sobre el milenario de autor americano que no osó citar. Despues he creido que la vanidad de familia hacia injusto a mi tio con el pobre Lacunza.

El maese de campo don Bernardino Albarracin venia, dicen, de Esteco, la ciudad sumerjida, en cuyos alrededores poseia la familia centenares de leguas de una donacion real, i que

1 *Caractéres de Labruyére*, tom. I, páj. 232.

heredó mas tarde una señora Balmaceda; apellido estinto hoi que ha dejado el nombre de un puente, i dado por la línea materna un gobernador a San Juan. El hijo del maese de campo, don Cornelio, casó con hija de don José de la Cruz Irarrázabal, oriundo de Santiago de Chile, familia estinta allá tambien, que ha dejado el templo de Santa Lucía, fundado i rentado por la munificencia de doña Antonia Irarrázabal, i la fiesta del Dulce Nombre de María, cuyo patronato se conserva en una rama de nuestra familia. Las casas del Dulce Nombre, degradadas hoi a fuerza de servir de cuarteles a las tropas, a causa de su estension, sirvieron de habitacion suntuosa a la rica i poderosa doña Antonia, a quien, no teniendo hijos, iban sucesivamente a acompañar mi madre u otras de sus sobrinas.

Hai pormenores tan curiosos de la vida colonial que no puedo prescindir de referirlos. Servian a la familia bandadas de negros esclavos de ambos sexos. En la dorada alcoba de doña Antonia, dormian dos esclavas jóvenes para velarla el sueño. A la hora de comer, una orquesta de violines i arpas, compuesta de seis esclavos, tocaba sonatas para alegrar el festin de sus amos; i en la noche dos esclavas, despues de haber entibiado la cama con calentadores de plata, i perfumado las habitaciones, procedian a desnudar al ama de los ricos faldellines de brocato, damasco o melania que usaba dentro de casa, calzando su cuco pié media de seda acuchillada de colores, que por canastadas enviaba a *repasar* a casa de sus parientes ménos afortunadas. En los grandes dias las telas preciosas recamadas de oro, que hoi se conservan en casullas en Santa Lucía, daban realce a su persona, que entre nubes de encaje de Holanda, abrillantaban aun mas, sarcillos enormes de topacios, gargantillas de coral, i el rosario de venturinas, piedras preciosas de color café entremezcladas de oro, i que divididas de diez en diez por limones de oro torneados en espiral i grandes como huevos de gallina, iban a rematar cerca de las rodillas en una gran cruz de palo tocado en los Santos Lugares de Jerusalen i engastada en oro e incrustrada de diamantes. Aun quedan en las antiguas testamenterías, ricos vestidos i adornos de aquella época que asombran a los pobres habitantes de hoi, i dejan sospechar a los entendidos, que ha habido una dejeneracion. Montaba a caballo con frecuencia, precedida i seguida de esclavos, para dar una vista por sus viñas, cuyos viejos troncos vénse aun en las capellanías de Santa Lucía.

Una o dos veces al año tenia lugar en la casa una rara faena. Cerrábanse las gruesas puertas de la calle, claveteadas de enormes clavos de bronce, i poníanse en incomunicacion ambos patios, para apartar a la familia menuda; entónces, cuéntame mi madre que la negra Rosa, ladina i curiosa como un mico, la decia en novedoso cuchucheo, hoi hai *asoléo!* Aplicando con tiento en seguida una escalera de mano a una ventanilla que daba hácia el patio, la astuta esclava alzaba a mi madre, aun chicuela, cuidando que no asomase mucho la cabeza, para atisbar lo que en el gran patio pasaba. Cuan grande es, me cuenta mi madre que es la veracidad encarnada, estaba cubierto de cueros en que tendian al sol en gruesa capa pesos fuertes ennegrecidos, para despejarlos del moho; i dos negros viejos que eran los depositarios del tesoro, andaban de cuero en cuero removiendo con tiento el sonoro grano. ¡Costumbres patriarcales de aquellos tiempos, en que la esclavitud no envilecia las buenas cualidades del fiel negro! Yo he conocido a tio Agustin, i a otro negro Antonio, maestro albañil, pertenecientes a la testamentaría de don Pedro del Carril, el último rico-home de San Juan, que guardaban hasta 1840 dos tejos de oro i algunas pocas talegas. Fué la manía de los colonos atesorar peso sobre peso, i envanecerse de ello. Aun se habla en San Juan de entierros de plata de los antiguos, tradicion popular que recuerda la pasada riqueza, i no hace tres años que se ha escavado la bodega i patios de la viña de Rufino, en busca de los miles que ha debido dejar i no se encontraron a su muerte. ¡Qué se han hecho, oh, colonos! aquellas riquezas de vuestros abuelos! I vosotros gobernadores federales, militares verdugos de pueblos, podriais reunir estrujando, torturando a toda una ciudad, la suma de pesos que ahora sesenta años no mas encerraba el solo patio de doña Antonia Irarrázabal!

Yo me he asombrado en los Estados Unidos al ver en cada aldea de mil almas uno o dos bancos, i saber que existen por todas partes propietarios millonarios. En San Juan no ha quedado una fortuna en veinte años de federacion: Carriles, Rosas, Rojos, Oros, Rufinos, Jofré, Limas, i tantas otras familias poderosas, yacen en la miseria, i descienden de dia en dia a la chusma desvalida. Las colonias españolas tenian su manera de ser, i lo pasaban bien, bajo la blanda tutela del rei; pero vosotros habeis inventado reyes con largas espuelas nazarenas i apénas desmontados de los potros que domaban en las estancias, creyendo que el mas negado es el que mejor

gobierna. La riqueza de los pueblos modernos, es hija solo de la intelijencia cultivada. Foméntanla caminos de hierro, vapores, máquinas, fruto de la ciencia; dan la vida, la libertad de todos, el movimiento libre, los correos, los telégrafos, los diarios, la discusion, la libertad en fin. Bárbaros! os estais suicidando; dentro de diez años, vuestros hijos serán mendigos o salteadores de caminos. Ved la Inglaterra, la Francia, los Estados Unidos, donde no hai *Restaurador de las leyes*, ni estúpido *Héroe del desierto*, armado de un látigo, de un puñal, i de una banda de miserables para gritar i hacer efectivo el *mueran los salvajes* unitarios, es decir los que ya no existen, i entre quienes se contaron tantos ilustres arjentinos! ¿Habeis oido resonar en el mundo otros nombres que los de Cobden, el sabio reformador ingles, Lamartine, el poeta, o los de Thiers i Guizot, historiadores, i siempre por todas partes, en la tribuna, en los congresos, en el gobierno, sabios i no labriegos o pastores rudos, como los que vosotros habeis armado del poder absoluto para vuestro daño?

LOS ORO

Casóse doña Elena Albarracin con don Miguel de Oro, hijo, segun tradicion de la familia, del capitan don José de Oro que vino a la conquista despues de terminadas las guerras del Gran Capitan en Italia. Llevóle en dote bienes de fortuna i el patronato de Santo Domingo, que se conserva aun entre sus descendientes; i si dos jeneraciones no habian desmentido la reputacion de sesudos que traia la sangre Albarracin, por la línea de don Miguel vínoles a sus hijos, una imajinacion ardiente, caractéres osados, i tal actividad de espíritu i de accion, que hasta las mujeres de aquella casa se distinguen por cualidades notabilísimas en que el conato de la ambicion i la sed de gloria corren parejas. Tenia don Miguel un hermano clérigo loco, está loca hoi una de sus hijas, monja, i el presbítero don José de Oro, mi maestro i mentor, tenia tales rarezas de carácter que, a veces por disculpar sus actos, se achacaba a la locura de familia, las estravagancias de su juventud. Capellan del número 11 del ejército de los Andes, jinete como el primero, compañero de camorras i locuras del célebre Juan Apóstol Martinez, no estorbándole la sotana por llevar el uniforme de su batallon i sable largo de la época,

tenia desenfado bastante para atravesar su caballo con una real moza en ancas, a la puerta de un baile, i desnudar su alfanje i chirlear al mas pintado, si tenia la rara ocurrencia de hallárselo a mal. Compañeros suyos de francachela, me han asegurado que habia en esto mas malicia i travesura que verdadero libertinaje.

Lígase mi infancia a la casa de los Oro por todos los vínculos que constituyen al niño miembro adoptivo de una familia. Era mi madrina, i esposa de don Ignacio Sarmiento, mi tio, la matrona doña Paula, blanda de carácter como una paloma, grave i afectuosa a la par como una reina, i un tipo de la perfeccion de la madre de familia entre nosotros. Don José el presbítero, llevóme de la escuela a su lado, enseñóme el latin, acompañéle en su destierro en San Luis, i tanto nos amábamos maestro i discípulo, tantos coloquios tuvimos, él hablando i escuchándole yo con ahinco, que a hacer de ellos uno solo, reputo que daria un discurso que necesitaria dos años para ser pronunciado. Mi intelijencia se amoldó bajo la impresion de la suya, i a él debo los instintos por la vida pública, mi amor a la libertad i a la patria, i mi consagracion al estudio de las cosas de mi pais, de que nunca pudieron distraerme ni la pobreza, ni el destierro, ni la ausencia de largos años. Salí de sus manos con la razon formada a los quince años, valenton como él, insolente contra los mandatarios absolutos, caballeresco i vanidoso, honrado como un ánjel, con nociones sobre muchas cosas, i recargado de hechos, de recuerdos, i de historias de lo pasado i de lo entónces presente, que me han habilitado despues para tomar con facilidad el hilo i el espíritu de los acontecimientos, apasionarme por lo bueno, hablar i escribir duro i recio, sin que la prensa periódica me hallase desprovisto de fondos para el despilfarro de ideas i pensamientos que reclama. Salvo la vivacidad turbulenta de su juventud, que yo fuí siempre taimado i pacato, su alma entera trasmigró a la mia, i en San Juan mi familia, al verme abandonarme a raptos de entusiasmo, decia: ahí está don José Oro hablando; pues hasta sus modales i las inflecciones de voz alta i sonora se me habian pegado. Creílo durante el tiempo en que vivimos juntos, un santo, i me huelgo de ello, que así pudo trasmitirme sus sabios consejos, sin que embotara su eficacia, la duda que trae el ejemplo contrario. De hombre barbado i por la voz pública, supe de otros su historia. Era insigne domador, de apostárselas a don Juan Manuel Rosas, i a la fiesta del *acequion*, descendia de las

montañas donde tenia su hacienda de ganados de los *Sombreros*, cabalgando un potro, garantidas sus piernas por espesos guardamontes que le permitian salvar barrancos i esteros, i arremeter con los altos i tupidos espinos que embarazan el tránsito en nuestros campos. La enerjía de su físico le acompañaba hasta la vejez, i una vez le ví cojer a un español cuadrado i hacerlo rodar diez varas por el suelo. Era valiente i se preciaba de serlo, gustaba de las armas, i una chapa de pistolas adornaba siempre la cabecera de su silla. Vestia de paisano con chaqueta, i no rezaba el breviario por concesion especial del papa. Gustaba con pasion de bailar, i él i yo hemos fandangueado todos los domingos de un año enredándonos en pericones i contradanzas en San Francisco del Monte, en la Sierra de San Luis, en cuya, capilla, estando él de cura, reunia por las noches despues de la plática de la tarde, las huacitas blancas o morenas, que las hai de todo pelaje i lindas como unas Dianas, para domesticarlas un poco, porque ningun pensamiento deshonesto se mezcló nunca a estos recreos inocentes. No digo que no hiciese de las suyas cuando jóven, que eso no me atañe. Tenia un profundo enojo con la sociedad, de que huia, no viéndosele en la ciudad sino en la fiesta de Santo Domingo, o en el púlpito. Díjome una vez que llevaba predicados setenta i seis sermones hasta 1824; i como yo le escribí tres o cuatro de ellos, puedo hablar de su oratoria concisa, llena de sensatez i de ideas elevadas, espresadas en lenguaje fresco, i sin aquel aparato de citas latinas i palabras abibliadas. Señores, decia al comenzar su sermon, dirijiéndose al público desde el fondo del púlpito, donde permanecia inmóvil, cruzados los brazos sobre el pecho, para evitar el manoteo de ceremonial, i pronunciaba su oracion en tono de conversacion, parecido al sistema que Mr. Thiers ha introducido con tanto brillo en la cámara francesa. Una vez dictándome un sermon de San Ramon, recordó una escena de infancia en que habia sido aplastado por una tapia, i sido necesario desmoronarla sobre sus hombros, a golpes de azadon, para desembarazarlo. Salváronlo los huesos de hierro en que estaba armado su cuerpo, colocado de bruces sobre piés i manos, i la intercesion de San Ramon, a quien invocaba llorando su madre, sobre cuyo corazon resonaba cada golpe de azada, temiendo que le reventaran el hijo de sus entrañas, miéntras que el fornido travieso gritaba desde abajo: "den no mas que todavía aguanto." Hacia alusion a este milagro del santo, i el llanto de la gratitud empezó a humedecer su

voz, a medida que me iba dictando; anublábanseme a mí los ojos, i caian sobre el papel gruesas lágrimas que echaban a perder lo escrito e impedian continuar, hasta que soltando él el llanto de recio, pude yo desahogarme, i oyéndome él, me llamó con sus brazos, i sollozamos juntos largo rato, hasta que me dijo, dejémoslo para mañana.... somos unos niños!

La manera de trasmitirme las ideas, habria hecho honor a los mas grandes maestros. Llevábamos un cuaderno, con el título de *Diálogo entre un ciudadano i un campesino,* que siento haber perdido no hace mucho tiempo. Era yo el ciudadano, i sabiendo la gramática castellana i comparando con ella la latina, me iba enseñando las diferencias. Declinaciones distintas de las de Nebrija servian de tema, i al estudio de las leyes de la conjugacion, se seguia el de los verbos regulares formados por mí sobre las radicales. De mis preguntas i de sus respuestas, íbase de dia en dia engrosando el diario, i a poco, i siempre estudiando los rudimentos, empecé a traducir en lugar de *Ovidio* i *Cornelio Nepos*, un libro de jeografía de los jesuitas. Dábale lectura casi siempre a la sombra de unos olivos, i mas que del latin, me aficionaba a la historia de los pueblos, que él animaba con digresiones sobre la tela jeográfica de la traduccion. Así olvidé i volví a estudiar varias veces el latin, pero desde niño fué mi estudio favorito la jeografía. Pasábamos en pláticas variadas el tiempo, i de ellas algun dato útil se quedaba siempre asentado en mi memoria. Todos los accidentes de la vida suministraban asidero a alguna observacion, i yo sentia de dia en dia que el horizonte se me agrandaba visiblemente. Una vez me dijo: "pásame tal libro de sobre la cómoda." Al tomarlo hube de remover el mueble, i un crucifijo de bella escultura que habia en ella, se estremeció, escurriéndosele la corona de cordel entretejido sobre el cabello de madera hasta detenerse sobre los hombros. "¿Qué le ha sucedido al Señor? me preguntó con tono blando.—Es que yo fuí a tomar el libro, i la cómoda.... —No importa, me replicó, esplícame lo que ha sucedido i por qué"—Hícelo en efecto, i añadió: en Chile sucedió en un temblor lo mismo que tú has visto, i me contó la historia del Señor de Mayo, con comentarios que al vulgo de los creyentes habrian parecido impíos, citándome las disposiciones del Concilio de Trento sobre imájenes innobles i sobre la autenticidad de los milagros i los requisitos *legales,* diré así, para estar en el deber de darles crédito. No hace muchos años que dando cuenta de una pieza de teatro, añadí sin saberlo,

qué sé yo que frase en que entraba la monja Zañartu. Grande alboroto en Santiago! Gruesas i gordas injurias me llovieron sobre la calumnia, i hasta un personaje de la iglesia metió su cucharada contra el *escándalo*. ¿De dónde diablos, me decia yo a mí mismo confundido, he sacado yo este maldito cuento? Era segun pude recordarlo, historia que me habia contado mi tio José; pero que yo creia pasada en autoridad de cosa juzgada i de ahora cien años. Guardéme mi esplicacion para mí mismo, mandando de retirada algunas merecidas andanadas a mis adversarios.

Cuidábase don José de espulgar mi tierno espíritu de toda preocupacion dañina, i las candelillas, los duendes i las ánimas, desaparecieron despues de largas dudas i aun resistencias de mi parte. Estábamos una noche solos ambos en nuestra solitaria habitacion de San Francisco del Monte, i habia velándose en la vecina iglesia el cadáver de una mujer hidrópica. Anda Domingo, me dijo, i tráeme de la sacristía el misal, que necesito ver un *speibus* que hai, contra lo que dice Nebrija. Tenia yo que entrar por la puerta de la Iglesia, dejar atras el ataud rodeado de velas, tomarle una, o resolverme a engolfarme en el cañon oscuro del edificio, i entrar en la sacristía. Estuve sudando a mares en la puerta gran rato, avanzando un paso i retrocediendo, hasta que desenvolviéndose el miedo que se estimula a sí mismo i multiplica sus fuerzas, yo renuncié a entrar, i me volvia cola entre piernas, a confesarle a mi tio que tenia miedo a los difuntos; iba resuelto como un baladron puesto a prueba, a pasar por la vergüenza de humillarme hasta merecer el desprecio, cuando por una ventanilla ví la cara plácida, tranquila, de mi tio que dejaba deslizar lentamente el humo de una reciente fumada del cigarro. Al ver esta fisonomía noble me creí un vil, i volviendo sobre mis pasos, entré a la iglesia, dejé atras al difunto, i en alas del sentimiento del honor, que no ya del miedo, tomé a tientas el libro i salí levantándolo alto, como si dijera ya a mi maestro; hé aquí la prueba de que no tengo miedo. De regreso, empero, parecíame de léjos que no habia espacio suficiente para pasar sin esponerme a que el difunto me echase garra de las piernas. Esta séria reflexion me conturbó un momento, i describiendo en torno suyo un círculo, vuelto el cuerpo i los ojos hácia él, rozando la espalda contra la muralla, marchando de lado, despues para atras por no perderlo de vista hasta tomar la puerta, yo salí de aquella

aventura sano i salvo, i mi tio recibió el libro, i buscó en él i halló el caso. Pero él ignoró toda su vida las peripecias que habian ajitado mi espíritu en seis minutos. Yo habia sido vil, grande, heróico i miedoso, i pasado por un infierno, por no sentirme indigno de su aprecio.

La historia de don José de Oro puedo recomponerla de mis recuerdos. Estudió i se ordenó en Chile i sé casi todos los accidentes de su vida de colejio. Clérigo jóven, ardiente i gaucho, hacia arreos de mulas para Salta, cuando la reconquista de Chile hubo de ofrecer a su ardorosa virilidad campo mas digno. Hallóse en la batalla de Chacabuco i auxilió a varios moribundos en medio de la metralla. Nunca pude hacer a San Martin en Francia entrar en pormenores, sobre sus desagrados con el clérigo Oro; pero ellos habian chocado, i los Oros sido presos como partidarios de los Carreras, o mas bien como enemigos de San Martin i de don Ignacio de la Rosa, su teniente en San Juan. Conservábales una profunda enemiga, i me hablaba siempre de sus feudos. Algo de sério debió sin embargo ocurrir, puesto que, cuando nos reunimos, hacia años que estaba sepultado en su viña, sin relaciones, i separado de toda injeriencia en las cosas públicas. Durante la administracion ilustrada de don Salvador M. del Carril, fué nombrado representante de la junta provincial, i su presencia bastó para cortar una grave cuestion que se debatia de mucho tiempo, i traia alborotado al público que acudia a las ventanas i puertas del salon de Jofré, en que se tenian las sesiones. Tratábase de abolir el derecho de óleos, aquel peaje que pagamos a la entrada de la vida, i el clérigo Astorga, que habia sido *godo empecinado* i era entónces *católico rancio*, para ser despues *federal neto*, azuzaba el fanatismo de los mismos pobres a quienes se queria alijerar de aquella gabela, ni mas ni ménos como ahora los bárbaros llaman *salvajes*, i *estranjeros*, a los que se interesan por volverlos a contar entre los pueblos civilizados. El presbítero Oro, no bien hubo prestado juramento, pidió la palabra, apartó la cuestion de relijion de lo que era puramente financiero, confundió a Astorga que arañaba la silla con sus dedos crispados, i los óleos fueron abolidos i continúan así hasta hoi.

Mas tarde don José se separó del partido de los hombres de progreso de entónces, que eran centenares, i se disgustó con Carril, no tanto por las ideas liberales, cuanto por algunas susceptibilidades heridas. He oido contar un hecho de entónces, que muestra la rara mezcla de cualidades altas

con las mas injustificables estravagancias. Dábase un convite en el Tapon de los Oros, represa hecha sobre un arroyo, a que asistian Carril i medio San Juan para sondear la opinion sobre la carta de mayo; don José no habia sido invitado, i en despique desnudóse en su casa como para echarse en el baño, montó en pelo un caballo, i presentóse a la vista de los convidados al arrojarse a la represa de agua; bañóse tranquilamente buen rato, i saltando con gracia en el caballo negro en que resaltaban sus formas blancas i nerviosas como un atleta antiguo, tomó la vuelta hácia su casa, sin responder a los que lo llamaban. No respondo de la veracidad del hecho, que yo nunca le ví hacer nada estravagante.

Estos incidentes lo echaron en el partido federal de entónces, que contaba en su seno hombres de pro e ilustrados.

Era el doctor don Salvador María del Carril el mayor de los hijos de don Pedro del Carril, graduado en la Universidad de Córdoba, discípulo aventajado del célebre dean Funez, lleno del espíritu de Rivadavia i trasluciendo en sus modales elegantes i altaneros, la cultura de la época, i la hidalguía de su familia.

Su palabra era breve, precipitada, como la del jefe que se escusa de esplicarse ante sus subalternos, acompañada de movimientos rápidos, i jesticulaciones desdeñosas e impacientes. Era Carril el jeneroso aristócrata, que otorgando instituciones a la muchedumbre, parecia estar de antemano convencido de que no sabrian apreciar el don, i se cuidaba poco de hacerlo aceptable. Sed libres, les decia en la carta de mayo, que sois demasiado inhábiles para que os tome por esclavos. Tenia razon! Los colonos españoles han mostrado el mismo sentimiento de los negros viejos emancipados, que prefirieron la esclavitud a la sombra del techo de sus amos, desechando una libertad que habria exijido que pensasen por sí mismos. Carril dictaba con una rapidez que traia atareados a sus escribientes, dando en esto muestra de la claridad i fuerza con que se sucedian sus ideas.

Ejerció en San Juan tal influencia que llegaba hasta la fascinacion. Tenia fé la poblacion en masa en sus talentos i saber, i todas las reformas que adoptó, eran de antemano apoyadas i sostenidas por el asentimiento público. Tal debia ser su popularidad en los primeros tiempos de su gobierno, que para oponerse a la sancion de la carta de mayo, se corrieron listas entre las mujeres, tan conocido era de sus opositores mismos su escaso número. Las altas cuestiones de organiza-

cion que propuso, le suscitaron descontentos, i una guarnicion de cincuenta hombres, bastante apénas para cubrir las guardias, se sublevó contra él i lo depuso del mando. Carril con los suyos emigró a Mendoza, de donde vino una division i sofocó el motin. Tuvo lugar entónces un hecho que muestra la noble escuela a que pertenecia. La víspera de la batalla de las Leñas, reunió en su tienda de campaña a todos los que le seguian, i les espuso la necesidad de costear de sus bolsillos los gastos de la espedicion, que serian reembolsados por el tesoro nacional. Mas el triunfo cegó aquellos ánimos visoños, i el resentimiento por las injusticias, exacciones i violencias de que habian sido víctimas, les aconsejó imponer multas a los vecinos implicados en el motin del 26 de julio. La mayoría inmensa de votos sofocó su voz, i no queriendo mancharse, renunció el mando. ¡Harto caro la han pagado los que desoyéndolo, se dejaron arrastrar por la pasiones del momento! Las medidas de persecucion de entónces, tuvieron horrible desquite mas tarde, i todos, con lijerísimas escepciones, han espiado despues una primera falta.

Don Salvador María fué llamado al ministerio de hacienda por Rivadavia, i mostró en aquel destino poderes a la altura de su situacion. Renunció con Rivadavia, hasta que con la revolucion del 1.º de diciembre fué nombrado de nuevo ministro por el. gobierno provisorio, siguiendo mas tarde la suerte de su partido. Casóse en Mercedes, en la Banda Oriental, ejerció la profesion del comercio algun tiempo, reapareció en 1840 con Lavalle, como comisionado de los arjentinos de Montevideo; asistió a las conferencias tenidas en Martin García con los jefes de la escuadra francesa; fué nombrado despues intendente del ejército, i a haber seguido Lavalle sus consejos, otro rumbo hubiera tomado la revolucion. Reside hoi en el Brasil, en Santa Catalina, respetado de cuantos le conocen.

San Juan le debe la creacion de su única imprenta, inutilizada, ya despues de veinte i cuatro años de rudo servicio, la formacion del *Rejistro Oficial*, la delineacion de la ciudad, una alameda, i la vana tentativa de dar una carta fundamental, que contuviese i reglamentase los poderes. Rodeóse de los hombres mas eminentes que la provincia tenia, i entónces eran muchos, i la época de su gobierno fué sin duda la mas brillante de San Juan. Su memoria está hoi olvidada, como la de Laprida, la de Oro, i tantos otros hombres de jenio de que debiera honrarse aquella provincia.

Cinco familias de Carriles, hermanos de don Salvador María, están hoi establecidas definitivamente en Copiapó, Santa Catalina i Coquimbo, rayando en cosa de medio millon de pesos, la fortuna que entre todos han sabido reunir en el destierro; la casa paterna en San Juan ha servido hasta este año de palacio episcopal, i los cuantiosos bienes del antiguo jefe de la familia, el ricacho de San Juan, don Pedro, se han consumido i desmoronado en una particion, que la impericia, la pereza i las malas pasiones, prolonga inconclusa hace ya doce años. Miden sesenta i seis cuadras cuadradas las viñas de la testamentaría, i las tierras incultas describen una línea de siete leguas de costado desde la calle Honda hasta las faldas del Pie-de-Palo.

Despues de la batalla de las Leñas, en que los suyos fueron vencidos, don José de Oro emigró a San Luis, i fuí yo a poco a reunírmele, abandonando la carrera de injeniero que habia principiado. Nos queríamos como padre e hijo, i yo quise seguirlo, i mi madre por gratitud lo aprobaba. Algunos rastros han debido quedar en San Francisco del Monte de nuestra residencia allí. Introdujimos flores i legumbres que nosotros cultivábamos, pasando horas enteras en derredor de un alhelí sencillo, el primero que nos nació. Fundamos una escuela, a que asistian dos niñitos Camargos, de edad de veinte i dos i de veinte i tres años, i a otro discípulo fué preciso sacarlo de la escuela, porque se habia obstinado en casarse con una muchacha lindísima i blanca, a quien yo enseñaba el deletreo. El maestro era yo, el menor de todos, pues tenia quince años; pero hacian dos por lo ménos a que era hombre, por la formacion del carácter, i ¡ai! del domador de aquellos que hubiese osado salirse de los términos de discípulo a maestro, a pretesto de que tenia unos puños como perro de presa! La capilla estaba sola en medio del campo, como acontece en las campañas de Córdova i San Luis. Yo tracé, pues que tenia unos tres meses de injeniero, el plano de una villa, cuya plaza hicimos triangular para darnos buena maña con la escasa tela; delineóse una calle, en cuyo costado trabajó un señor Maximiliano Gatica, si no me olvido. Demolimos el frente de la iglesia que habia pulverizado un rayo, i construimos un primer piso de una torre i coro, compuesto de pillares robustos de algarrobos, coronado de un garabato natural, encontrado en los bosques, que describia tres curvas, la del centro mas elevada que las otras, en la cual tallé yo en grandes letras de molde, esta inscripcion: *San Francisco del*

Monte de Oro 1826. ¡Por qué rara combinacion de circunstancias mi primer paso en la vida era levantar una escuela, i trazar una poblacion, los mismos conatos que revelan hoi mis escritos sobre *Educacion popular* i colonias?

Vagaba yo por las tardes a la hora de traer leña; por los vecinos bosques, seguia el curso de un arroyo trepando por las piedras; internábame en las soledades, prestando el oido a los ecos de la selva, al ruido de las palmas, al chirrido de las víboras, al canto de las aves, hasta llegar a alguna cabaña de paisanos, donde conociéndome todos por el discípulo del cura i el maestro de la escuelita del lugar, me prodigaban mil atenciones, regresando al anochecer a nuestra solitaria capilla, cargado con mi hacesillo de leña, algunos quesos o huevos de avestruz con que me habian obsequiado estas buenas jentes. Aquellas correrías solitarias, aquella vida selvática en medio de jentes agrestes, ligándose sin embargo a la cultura del espíritu por las pláticas i lecciones de mi maestro, miéntras que mi físico se desenvolvia al aire libre, en presencia de la naturaleza triste de aquellos lugares, han dejado una profunda impresion en mi espíritu, volviéndome de continuo el recuerdo de las fisonomías de las personas, del aspecto de los campos, i aun hasta el olor de la vejetacion de aquellas palmas en abanico i del árbol peje, tan vistoso i tan aromático. Por las tardes vuelto a casa, oia en la cocina cuentos de brujos a una Ña Picho, i volvia mas tarde al lado de mi tio a promover conversacion sobre lo pasado, a leer un libro juntos i preparar las lecciones del dia siguiente. Una mañana aparecióse uno de mis duedos que venia a llevarme a San Juan, para mandarme de cuenta del gobierno a educar a Buenos Aires. Dejóme optar libremente mi tio, i escribí a mi madre la carta mas indignada i mas llena de sentimiento que haya salido de pluma de niño de quince años. Todo lo que en ella decia, era sin embargo, un puro disparate! Vino a poco por mí mi padre, i entónces no habia que replicar. Nos separamos tristes sin decirnos nada, estrechándome él la mano i volviendo los ojos para que no lo viera llorar. Ah! cuando nos juntamos despues de su regreso de la Convencion de Santa Fe, a que fué nombrado diputado en 1827, era yo... unitario! La razon que él habia desenvuelto con tanto esmero, habia visto claro, i una vez que tocamos el asunto, vió él que habian de mi parte convicciones profundas, lójicas, razonadas, que podian ser respetadas. Despues nos veíamos como amigos; visitábalo yo despues en su viña

de noche, i ya hombre i teniente de línea, pasaba las mas gratas horas al lado de su lecho, en que estaba postrado, oyéndole hablar i abandonarse sin reserva a los recuerdos de lo pasado. Alguna vez le ví poseido de tal preocupacion, que dudé por la primera vez si en aquel momento estaba fresca su razon. Mas tarde supe que los vapores del vino avivaban aquella existencia monótona, para remontar su alma cuando el cuerpo decaia. Miéntras vivimos juntos, nunca le ví señal ninguna de exaltacion estraordinaria, sin embargo, usaba del vino en cantidades moderadas, i en San Juan, es esta una enfermedad que se lleva a centenares de vecinos. Al declinar de la edad, desencantados de la vida, sin esperanzas, sin emociones, sin teatros, sin movimiento, porque no hai ni educacion, ni libertad, dan muchos en irse temprano a sus viñas. La soledad i el vacío del espíritu traen el tedio, este llama al vino, como antídoto, i concluyen por perderse de la sociedad i darse a la embriaguez misantrópica, solitaria i perenne.

Murió don José de Oro en 1836, como habia vivido, el hijo de la naturaleza, el campesino, como gustaba apellidarse en el *Diálogo* conmigo. Dormia entre dos puertas en el invierno, bajo la techumbre celeste en el verano. Saltaba de la cama a las tres de la mañana en todos tiempos, i su tos, mui conocida, se oia en la soledad de la noche, miéntras vagaba por las vecindades de su viña. Jamas el sol pudo sospechar que se acostaba en la cama. Cuando su fin se aproximaba, fuése a las cordilleras donde estaba su hacienda, para respirar aires mas puros, i allí murió rodeado de algunos de sus deudos, bendecido de todos, i casi sin sentirlo. La bondad de este hombre rarísimo, pasaba todos los límites conocidos. Preveníanle una vez que su mayordomo le robaba, i contestaba riéndose: "ya lo sé, pero qué diablos quieren que haga? tiene este canalla, un cardúmen de hijos, i si lo despido se mueren de hambre." Siendo ministro de gobierno de don José Tomas Albarracin el año 30, cúpole a mi madre por mi cuenta, una contribucion de seis bueyes gordos, a tres dias vista. Habia firmado mi tio José la implacable órden, i cuando mi madre se desolaba no sabiendo de donde pintar seis bueyes, ella que no tenia qué comer, el ministro entraba en su casa diciéndole: "no llore, no sea zonza; hace media hora que partió un propio para bajar de los *Sombreros* ocho novillos gordos que le traerán para que pague la contribucion i haga sus provisiones de invierno. Ultimamente Facundo le echaba una contribucion de vestuarios; i el buen clérigo sabiéndolo,

trajo a casa su guarda ropa de pantalones, levitas i manteos, se dió maña i trazó media docena de piezas de guarnicion.

FRAI JUSTO DE SANTA MARIA DE ORO

De entre aquellos sabandijas vivarachos, turbulentos i traviesos de los hijos de don Miguel, el mayor de todos, Justo, contrastaba por el reposo de su espíritu reflexivo, i la blandura de su carácter. Era la víctima de la malicia inquieta de sus hermanos José i Antonio en la niñez; tirábanle con las almohadas cuando dormia, mcábanle las botas cuando iba a levantarse, i a toda hora del dia suscitábanle tropiezos, tendíanle asechanzas, i lo acusaban a su severa madre de diabluras que ellos hacian exprofeso para ponerlo en aprietos.

El niño Justo fué llamado así para perpetuar el nombre de frai Justo Albarracin su tio, que era cuando él nació, la lumbrera del convento de Santo Domingo i el timbre de la familia; i en aquellos tiempos en que las familias aristocráticas estaban debidamente representadas en los claustros, el primojénito de la famila Oro fué destinado a seguir, bajo el hábito domínico, la no interrumpida cadena de frailes sabios de la familia. Mostróse desde luego digno sucesor de sus antepasados, i en prosecucion de sus estudios, fué enviado a Santiago, capital entónces de las provincias de Cuyo, donde distinguiéndose por su capacidad, desempeñaba cátedras de teolojía a la edad de 20 años; recibió las órdenes sagradas a los 21 años por dispensa de Pio VI, i pasó a la Recoleta Domínica luego en prosecucion de la perfeccion monástica. Sus prendas de carácter, saber i costumbres, debian ser mui relevantes, puesto que los recoletos lo pidieron a pocos años de incorporado en su órden por director vitalicio, i que el jeneral de la órden en España acordó esta solicitud.

El nuevo prelado se entregó desde luego al instinto creador de su jenio. La hacienda de Apoquindo, perteneciente a la comunidad, debia transformarse en una sucursal de la Recoleta Domínica, i para obtener los permisos necesarios, o hacer adoptar sus planes al jeneral de la órden, hizo un viaje a España, la Europa de aquellos tiempos, en donde lo sorprendió la revolucion de la independencia. Como Bolívar, como San Martin i todos los que se sentian con fuerza para

obrar, voló a incorporarse a los suyos, desembarcó en Buenos Aires, aplaudió la revolucion, vió de paso a su familia, regresó a Chile a su convento, i despues de haber prestado su cooperacion a los patriotas hasta 1814, emigró a las Provincias Unidas en el momento de la restauracion de la dominacion española. Nombrado diputado al congreso de Tucuman por la provincia de San Juan, con el ilustre Laprida que fué electo presidente, tuvo la gloria de poner su firma en el Acta de la Declaracion de Independencia de las Provincias Unidas, tomando parte en todos los audaces trabajos de aquel congreso; siendo suya la mocion que adoptó el congreso de aclamar por patrona de la América i protectora de la independencia sud-americana, a Santa Rosa de Lima.

La reconquista de Chile abria de nuevo a su actividad el teatro de su primeros honores, acrecentados ahora con el prestijio que daba la participacion en las decisiones del congreso de Tucuman, que a lo léjos inspiraban una especie de estupor, a fuerza de ser solemnes i decisivas. En 1818 zanjó una de las mas graves cuestiones que embarazaban la marcha de los negocios. Las órdenes relijiosas divididas en realistas i patriotas, dependian del vicario jeneral de la órden establecido en España; i la influencia popular del fraile, podia echarse de traves en la marcha de la revolucion aun no bien asegurada. El provincial frai Justo de Santa María declaró la independencia de la Provincia de San Lorenzo Mártir de Chile en la órden de predicadores, como los patriotas chilenos habian declarado la independencia civil i política de la nacion, como él mismo habia firmado el acta de la emancipacion de las Provincias Unidas. Al leer las actas capitulares del definitorio de la órden de predicadores, se reconoce que han sido inspiradas por el jenio del congreso de Tucuman. "Fr. Justo de Santa María de Oro, dicen, Profesor de Sagrada Teolojía i humilde Prior i Provincial de la misma Provincia: Venerables padres i hermanos carísimos: conforme a los principios inmutables de la razon i justicia natural, declaró Chile su libertad dada por el Creador del Universo, decretada por el órden de los sucesos humanos, i confirmada por la gracia del Evanjelio. A despecho de la ambicion i del fanatismo del antiguo trono español, despedazó las cadenas de su esclavitud, rompió todos los vínculos que lo ligaban a la triste condicion de una colonia, i declaró ser, segun los designios de la Providencia, un Estado soberano, independiente de toda dominacion estranjera. Reivindicando su libertad i en

ejercicio de ella misma, constituyó los altos poderes que han de regular i dirijir la nacion a su felicidad.

"La Iglesia en todos tiempos ha seguido los progresos de la civilizacion i engrandecimiento de los imperios para apoyar i sostener la independencia nacional..... Desde que un estado recobra su libertad, al punto caduca al respecto del clero secular i del regular, toda la jurisdiccion que ejercian en ellos los prelados de otro territorio. Esta se devuelve al Sumo Pontífice...[1]."

Sobre tan sólida base se declaró la independencia de la provincia de Santiago, quedando resumidas las atribuciones de vicario jeneral de la orden en el mismo frai Justo, provincial de la Recoleta Domínica.

El convento habia dado, pues, todo lo que podia en honores, trabajos i títulos. El doctor frai Justo necesitaba un nuevo campo; una mitra sentaria bien sobre la cabeza del prior, provincial i jeneral de la órden. Leon XII trabajaba por entónces en anudar las relaciones interrumpidas por la revolucion entre la Sede Apostólica i las colonias americanas. Una buena política le aconsejaba congraciarse la América independiente para cohonestar el cargo que sobre la Sede Apostólica pesaba de complicidad i connivencia con los reyes de España. El por tantos títulos digno diputado de uno de los congresos américanos, era, pues, un candidato para el episcopado, que acreditaria aquellas buenas disposiciones de la Santa Sede. Sabíalo el padre Oro, i tenia sus ajentes en Roma que le avanzaban la jestion de sus negocios. En 1827 le vine recomendado por su hermano don José, como un miembro de la familia; acojióme con bondad, i a la segunda entrevista me inició en sus proyectos, contándome todo lo obrado, a fin de que pudiese, a mi regreso a San Juan, satisfacer plenamente la curiosidad de sus deudos. Sus bulas de obispo Taumacense no tardaron en llegar en efecto. Consagrólo en San Juan el señor Cienfuegos en 1830, i poco despues fué creado obispo de Cuyo por Gregorio XVI, que al efecto segregó esta provincia del obispado de Córdoba.

Esta ereccion de un nuevo obispado dió motivo a que Oro volviese a tomar la pluma para desbaratar los obstáculos que

1 Los documentos de la separacion de la Provincia de San Lorenzo Martir, fueron publicados en 1819, en Santiago, en un cuaderno de 70 páj. en 4.° bajo el título de: *Orden de Predicadores en el Estado de Chile.* El E.

a sus designios querian oponerse. Era por entónces vicario capitular en sede vacante de la catedral de Córdova, el doctor don Pedro Ignacio de Castro Barros, antiguo diputado del congreso de Tucuman i cura titular de la matriz de San Juan, la misma que iba a ser elevada a catedral. Desde 1821 en que habia sido nombrado cura, los gobiernos sucesivos de la provincia le habian prohibido entrar en funciones, por librarse de las malas artes de aquel caudillo del fanatismo, desempeñándolo, como cura sufragáneo, el presbítero Sarmiento, hoi obispo de Cuyo, i para quien venian bulas que lo elevaban a la dignidad de dean de la nueva catedral. El doctor Castro Barros, fuese ambicion, fuese terquedad, se negó a reconocer las bulas pontificias, reunió el cabildo de Córdova, i por una série de irregularidades, poniendo aun en duda la autenticidad de los diplomas, elevó una representacion a la curia, para que desistiese de la segregacion ya ordenada i consumada. El obispo Oro mandó imprimir a Chile un folleto [1]. El doctor Castro Barros ha publicado su recurso al respaldo de un panejírico de San Vicente Ferrer [2]. En los documentos publicados por el obispo Oro, nótase esta frase del oficio del gobernador de San Juan, dictado por el mismo obispo: "Por lo cual el gobierno advierte al señor don Pedro Ignacio de Castro que considera atentatoria a la relijion, unidad de la Iglesia, obediencia al Romano Pontífice, i consideraciones debidas a este gobierno de San Juan, las pretensiones que promueve en la nota de 15 de agosto, que se le dirije de Córdova, i deja terminantemente contestada con la reserva en el archivo secreto de esta administracion." Barros, por la nota así contestada, habia querido sublevar la autoridad civil, como lo consiguió en Mendoza, a fin de oponerse a la decision de la silla apostólica. El párrafo 31 de la impugnacion del obispo Oro lo dice terminantemente: "se ha puesto igualmente el reparo de faltar al breve de que se trata, el plácito de la autoridad temporal, i para ello se dice que este es un asunto *esencialmente nacional, que esclusivamente pertenece al congreso jeneral;* se incita a los señores gobernadores de Cuyo a protestar contra la bula; se toca el influjo del Excmo. de Córdova, encareciendo la eminencia del puesto que ocupa;

1 Defensa de la Vicaría Apostólica etc.... impugnada por el provisor sede vacante de Córdova. Impreso en Santiago de Chile, año de 1831. Imprenta Nacional, por M. Peregrino.

2 Buenos Aires. 1836. Imprenta Arjentina.

i recordando a los demas Excmos. señores, hallarse *constituidos* en los mismos deberes."

Por fin, en la nota (d) añade: "el señor Castro Barros escribió proponiendo una transaccion entre aquella curia i el vicario apostólico, sin que cosa alguna se hiciera trascendental. En 6 de agosto propone al capítulo ajenciar este negocio con los gobiernos de Cuyo, (ésta no se ha remitido en copia); hace suspender la primera sobre el obedecimiento del cabildo en 25 de julio; con sus oficios de *ajenciamiento* alarma a dichos señores gobernadores, provocándolos a un desobedecimiento a la silla apostólica; da al público impreso su dictámen de resistencia al Santo Padre......"

Estas intrigas del doctor Castro Barros fueron fatales a su ambicion. Un año despues recibió de Roma el aviso de estar su nombre inscrito en las notas negras de la curia romana, como sacerdote rebelde a la autoridad pontificia, i por tanto inhábil para desempeñar durante su vida funcion ninguna eclesiástica. En vano Castro Barros envió a *sus espensas* al clérigo Allende, su amigo, a Roma, a sincerar su conducta: todas las puertas se cerraban a la aproximacion de Allende, quien tuvo que regresar a América sin una palabra de consuelo para su amigo, fulminado por los rayos de la iglesia. Desde entónces el doctor Castro Barros se echó en el ultramontanismo mas exajerado, gastó mas de cinco mil pesos en reimprimir cuanto panfleto cayó en sus manos, contra el patronato real, en defensa de los jesuitas, de la estinta inquisicion, i cuanto absurdo puede sujerir el deseo de congraciarse con la autoridad pontificia, a cuyo reconocimiento él habia querido poner trabas, cuando aquel reconocimiento no convenia a sus intereses particulares. En 1847, cuando estuve en Roma, me preguntaron por Castro Barros personas que tenian injerencia en la curia romana, repitiéndome la proscripcion irrevocable que pesaba i pesaria sobre él hasta su muerte. Las principales obras espiatorias de Castro Barros, son el *Triario literario o tres sábios dictámenes sobre los poderes del sacerdocio i del imperio, reimpreso en Buenos Aires, a espensas del doctor Castro Barros con el loable objeto de que se salve su recíproca independencia;—Restablecimiento de la Compañía de Jesus en la Nueva Granada, reimpreso a solicitud del doctor Castro Barros, con notas suyas*, que dicen: "Los Papas, Inquisicion, Compañía de Jesus, i todos los institutos relijiosos, han sido siempre impugnados i zaheridos por los herejes, impíos i demas enemigos

de la relijion católica;" "Con mas razon los jesuitas serán los *granaderos* del Papa en la Nueva Granada...." equívoco ridículo, al que puede añadirse el verso de Beranger: *Les capucins son nos cosaques;* "Nada de esto agrada a los filósofos del dia, porque dicen que no hai Dios, cielo ni infierno. Ah! bestias!" Estos i otros desahogos del ambicioso condenado por la iglesia, le merecieron a su muerte en Chile los honores de santo, i uno de sus panejiristas esclamaba al fin: "si no temiese anticiparme a los fallos de la Iglesia, yo solicitaria la proteccion de San Pedro Ignacio Castro." Pero como no se hacen santos sin la beatificacion de la Iglesia, podemos estar seguros de no tener que doblar la rodilla ante uno de los majaderos que mas sangre han hecho derramar en la República Arjentina, por fanatismo, por ambicion personal, por intolerancia i por hipocresía. Abandoné su biografía por no contrariar los propósitos de sus adoradores, pero aquí me permito estampar la verdad en asuntos que son puramente domésticos i que atañen a mi familia.

Despues de consagrado i reconocido obispo, frai Justo se entregó a la multiplicidad de creaciones accesorias a la catedral que habia levantado, i en esta tarea de todos los instantes de su vida, mostró la enerjía de aquel carácter, i la pertinacia de designio que enjendra las grandes cosas. En una provincia oscura, destituida de recursos, debia establecerse una catedral, un seminario conciliar, un colejio para laicos, un monasterio abierto a la educacion de las mujeres, un coro de canónigos dotados de rentas suficientes; i todo esto lo emprendia frai Justo a un tiempo, con tal seguridad en los medios i tan clara espectacion del fin, que se le habria creido poseedor de tesoros, no obstante que a veces i casi siempre faltánbanle los medios de pagar el salario de los peones. Queria construir un tabernáculo i faltábale el modelo i el artista que debia ejecutarlo; pero él tenia todo lo demas, la idea i la voluntad que son el verdadero plano i el artista. Llamábame entónces a mí, tenido por él i por su familia por mozo injenioso, i a tientas i con mal delineados borrones, tomando de un libro un capitel de columna i aun consultando a Vitrubio, llegamos al fin a trazarnos nuestro tabernáculo sobre seis columnas dóricas i una cúpula a guisa de linterna de Diójenes, para que un carpintero ménos idóneo aun, realizase aquel imperfecto bosquejo. Pero ¡ai! que el tabernáculo estaba destinado para servir de docel a mas humilde objeto de veneracion. Estrenelo yo en el catafalco hecho en sus exé-

quias, i en el cual, simbolizando las dos grandes faces de su vida, se apoyaban la estatua de la Libertad con el Acta de la Independencia en la mano, i la de la Relijion con la Bula que le constituia obispo, esfuerzos de voluntad mas que de arte, hechos en honor de aquella vida tan llena, i sin embargo, interrumpida tan a deshora. Todos sus trabajos estaban ya a punto de concluirse, cuando lo sorprendió la muerte; i en los momentos de expirar: "dése prisa, decia, al notario que le servia de escribiente, dése prisa que quedan pocas horas, i tenemos mucho que escribir;" i en efecto, en aquel momento supremo, daba disposiciones para la terminacion de la iglesia del monasterio, la manera cómo debia enmaderarse, los recursos i materiales que tenia acumulados, sobre su correspondencia a Roma, idea de un adorno para la construccion del coro, el destino de algunas sumas de que le era deudora la Recoleta Domínica, detalles de familia, su testamento, su alma entera i su pensamiento prolongándose al traves de la muerte; i como se lo decia al señor dean que lo acompañaba en sus últimos momentos "mi corazon está en Dios, pero necesito mi pensamiento aquí, para arreglar la continuacion i terminacion de mi obra." La muerte interrumpió aquel dictado, dejando cortada una frase!. . . .

Su instruccion era vastísima para su tiempo. Habia aprendido el frances, el italiano i el ingles; era profundo teólogo, esto es filósofo, i de sus pláticas frecuentes pude colejir que sus ideas iban mas adelante, sin traspasar los límites de lo lícito, de aquello que exijia su estado. La cualidad dominante de su espíritu era la tenacidad, tranquila a la par que persistente. Sabia esperar, aguantándose a palo seco sin perder camino, cuando las dificultades arreciaban. Si solicitaba una concesion necesaria, ensayaba su influencia para obtenerla; desesperanzado, pedia otra que conducia al mismo fin, i despues la primera bajo una nueva forma. Diez años mas de vida habrian dado a San Juan, por conducto del obispo Oro, progresos que todos sus gobiernos no han sido parte a asegurarle. Quiroga le estorbó fundar un colejio, i la muerte terminar su monasterio docente; i como él debia toda su importancia a la estension de sus luces, i a la claridad de su injenio, habria puesto toda aquella fuerza de voluntad, que hacia el caudal de sus medios de accion, en jeneralizar la instruccion. El obispo Oro ha muerto pues, prematuramente a los 65 años, habiendo gastado toda su vida en el penoso ascenso que de humilde fraile de un convento lo llevaba al obispado; mala

estrella comun a muchos hombres de mérito que tienen que levantar uno a uno todos los andamios de su gloria, crearse el teatro, formar los espectadores, para poder exhibirse en seguida. ¡Cuántas veces es destruida la obra, que es fuerza volver a comenzar! ¡Cuántos dias i años pasados en presencia de un obstáculo que embaraza el paso!

El monasterio que intentó fundar revelaba la elevacion de sus miras, i los resultados de una larga esperiencia, auxiliados i bonificados por el estudio de las verdaderas necesidades de la época. Los votos de las monjas no debian ser obligatorios sino por cierto número de años, concluido los cuales, debian volver a la vida civil, si así lo tenian por conveniente, o renovar sus votos por otro período determinado. El monasterio debia ser un asilo, i ademas una casa de educacion pública. Debia fundarlo una monja hermana suya que estaba en el monasterio de las Rosas en Córdova i que hoi ha vuelto a San Juan.... loca.

Algunos años despues, yo emprendí con doña Tránsito de Oro, hermana del obispo, i digno vástago de aquella familia tan altamente dotada de capacidad creadora, la realizacion de una parte del vasto plan de frai Justo, aprovechando los claustros concluidos, para fundar el colejio de Pensionistas de Santa Rosa, advocacion patriótica dada por él al monasterio i que cuidamos de perpetuar nosotros. Hija única de doña Tránsito i de uno de mis maestros, era una niña que desde su mas tierna infancia revelaba altas dotes intelectuales. Frai Justo, habiéndome conocido en Chile en 1827, i gustado mucho de hallarme mui instruido en jeografía i otras materias de enseñanza, escribió mas tarde a su hermana que me confiase la educacion de su hija, i de mi aceptacion i de los resultados obtenidos, salió entero el programa de educacion, i el intento del colejio de pensionistas de Santa Rosa, que abrimos el 9 de julio de 1839, para conmemorar la declaracion de la independencia, en que frai Justo habia tenido parte, i hacer de los exámenes públicos del colejio una fiesta cívica provincial, puesto que Laprida, el presidente del congreso de Tucuman, era nuestro compatriota i aun deudo mio.

En el discurso de apertura del colejio, que se rejistra en el núm. 1.º del *Zonda*, dando cuenta de la escena el malogrado jóven Quiroga Rosas, decia: «la primera voz que sonó, fué la del jóven director, don Domingo Faustino Sarmiento, que leia el acta de la independencia, lo que el concurso es-

chó con místico silencio. El mismo, en seguida, pronunció el siguiente discurso, modesto por su forma, inmenso por el fondo: "Señores, un dia clásico para la patria, un dia caro al corazon de todos los buenos, viene a llenar las espectaciones de los ciudadanos amantes de la civilizacion. La idea de formar un establecimiento de educacion para señoritas, no es enteramente mia. Un hombre ilustre cuya imájen presencia esta escena, (*el retrato del obispo estaba colocado en la sala*), i cuyo nombre pertenece doblemente a los anales de la República, habia echado de antemano los cimientos a esta importante mejora. En su ardiente amor por su pais, concibió este pensamiento, grande como los que ha realizado, i los que una muerte intempestiva ha dejado solo en bosquejo. Por otra parte, yo he sido el intérprete de los deseos de la parte pensadora de mi pais. Una casa de educacion era una necesidad que urjia satisfacer, i yo indiqué los medios; juzgué era llegado el momento i me ofrecí a realizarla. En fin, señores, el pensamiento i el interes jeneral lo convertí en un pensamiento i en un interes mio, i esta es la única honra que me cabe."

El colejio aquel cuya piedra fundamental pusimos entónces, vivió dos años, i alcanzó a dar frutos envidiables. ¡Oh, mi colejio, cuánto te queria! Hubiera muerto a tus puertas por guardar tu entrada! Hubiera renunciado a toda otra aficion por prolongar mas años tu existencia! Era mi plan hacer pasar una jeneracion de niñas por sus aulas, recibirlas a la puerta, plantas tiernas formadas por la mano de la naturaleza, i devolverlas por el estudio i las ideas, esculpido en su alma el tipo de la matrona romana. Habríamos dejado pasar las pasiones febriles de la juventud, i en la tarde de la vida vuelto a reunirnos para trazar el camino a la jeneracion naciente. Madres de familia un dia, esposas, habriais dicho a la barbarie que sopla el gobierno: no entrareis en mis umbrales, que apagariais con vuestro hálito el fuego sagrado de la civilizacion i de la moral que hace veinte años nos confiaron. I un dia aquel depósito acrecentado i multiplicado por la familia, desbordaria i traspiraria hasta la calle, i dejaria escapar sus suaves exalaciones en la atmósfera. Es posible, Dios mio! que hayamos de hacernos una relijion del conato de conservar restos de cultura en los pueblos arjentinos, i que el deseo de instruir a los otros tome los aires de una vasta i meditada conspiracion? Vuélvenme en los años maduros las candorosas ilusiones de la intelijencia en las primeras manifesta-

ciones de su fuerza, i aun creo en todo aquello que la juvenil inesperiencia me hacia creer entónces, i espero todavía.

Fué solemne i tierna nuestra despedida. Seis u ocho niñas de diez i seis años, cándidas i suaves como los lirios blancos, agraciadas como los gatillos que triscan en torno de su madre, fueron a darme leccion al último asilo que me ofreció mi patria en 1839, la cárcel donde me tenia preparado para arrojarme de su seno por la muerte, la humillacion o el destierro; i en aquel calabozo infecto, desmantelado i cuyas paredes están llenas de figuras informes, de inscripciones insípidas, trazadas por la mano inhábil de los presos, seis niñas, la flor de San Juan, el orgullo de sus familias, la promesa del amor, recitaban a la luz de una vela de sebo, colocada sobre adobes, sus lecciones de jeografía, frances, aritmética, gramática, i enseñaban los ensayos de dibujo de dos semanas. De vez en cuando una rata disforme que atravesaba el pavimento, tranquila, segura de no ser incomodada, venia a arrancar chillidos comprimidos de aquellos corazones susceptibles a las impresiones como la temblosa sensitiva. Las lágrimas de la compasion habian arrasado al principio aquellos ojos destinados a suscitar mas tarde tormentas de pasiones; i terminada la leccion, i depuesta la gravedad del maestro, abandonáronse sin reserva a la charla interminable, precipitada, curiosa e inconexa, que hace santas i anjelicales las efusiones del corazon de la mujer. Algunas golosinas enviadas al preso por las amigas, fijaron el ojo codicioso de alguna, i a la indicacion de estarles abandonadas, echáronse sobre ellas como banda de avecillas, charlando, comiendo, riendo i estirando los blancos cuellos en torno del plato, de cuyo centro salian por segundos dedos de marfil, escapándose con un bocado. Cantáronme un cuarteto del *Tancredo* de que yo gustaba infinito, i despidiéronse de mí sin pena, i animadas de nuevo anhelo para continuar sus estudios. No nos hemos vuelto a ver mas! Ni volveré a verlas nunca, cuales las tengo en mi mente a aquellas cándidas imájenes de la nubilidad abiertas a las castas emociones, como el cáliz de la flor que aspira el rocío de la noche. Son hoi esposas, madres, i el roce áspero de la vida ha debido ajar aquel cútis aterciopelado cual la manzana no tocada por la mano del hombre, i la perdida inocencia quitar a sus fisonomías la espansion curiosa i presumida que muestra por su desenfado mismo a veces, que ni aun sospecha que hai pasiones en su alma, a las que bastaria acercar una chispa para hacerlas estallar con estrépito!

DOMINGO DE ORO.

Es el hijo mayor de don José Antonio Oro, hermano del presbítero i del obispo, Domingo de Oro, cuyo nombre ha oido todo hombre público en la República Arjentina, en Bolivia i en Chile, i de quien Rosas escribia "es una pístola de viento que mata sin hacer ruido," i a quien los arjentinos no han podido clasificar, viéndolo asomar en cada pájina de la historia de la guerra civil, a veces en malas compañías, i casi siempre rodeado del misterio que precede a la intriga; i como sus actos no pueden inspirar terror porque nada hubo jamas de cruento en su carácter, desconfian de él a lo léjos, prometiéndose huir de las seducciones irresistibles, de las artes encantadoras de este Mefistófeles de la política. I, sin embargo, Domingo de Oro pudiera apostar que saldria sano i salvo de la caverna de una tigre parida, si las tigres pueden ser sensibles a los encantos de la voz humana, a la elocuencia blanda, risueña, sin aliño, pérfida, si es posible decirlo, como los espíritus que atacando una a una las fibras adormecen el cerebro i entregan maniatada la voluntad. Este ensalmo se ha ensayado con el mismo éxito sobre Bolívar i sobre Portales, sobre Rosas i sobre Facundo Quiroga, sobre Paz i sobre Ballivian, sobre unitarios i federales, sobre amigos i enemigos; i en los consejos del gabinete, como en los estrados i en las tertulias, la paladra de Oro ha resonado única, dominante, atractiva, haciéndose un círculo de auditores, domeñando todas las aversiones, acariciando artificiosamente las objeciones para poder desnudarlas de sus atavíos, i así en descubierto entregarlas al ridículo. Oro, de quien todos los hombres que de él han oido hablar, han pensado mucho mal, i a quien han amado cuantos lo han tratado de cerca, no es el pensador mas sesudo, no es el político mas hábil, no es el hombre mas instruido, es solo el tipo mas bello que haya salido de la naturaleza americana. Oro es la palabra viva, rodeada de todos los accidentes que la oratoria no puede inventar. Yo he estudiado este modelo inimitable, he seguido el hilo de su discurso, descubierto la estructura de su frase, la maquinaria de aquella fascinacion májica de su palabra. Sus medios son simples, pero la ejecucion es tan artística, tan peculiar del maestro, como la pincelada de Rafael o la mas

rápida de Horace Vernet. La nobleza de su fisonomía entra por mucho en los efectos de su dialéctica, como las decoraciones de la ópera de Paris, en *Roberto el Diablo.* Su alta estatura sostenida con abandono i flexibilidad, está ya protestando contra la idea de arte o aliño en la frase; su cara oval, pálida, morena, prolongada, se baña por segundos en emociones de sonrisas que se derraman de su boca acentuada i graciosa, como el perfume de la palabra que va a abrir su capullo, como las luces crepusculares que preceden a la salida de la luna, convidando a todos los concurrentes a estar alegres. Sus ojos llenos de bondad, de animacion i de escepticismo, dan a aquella fisonomía alegre, juguetona, un aire melancólico al mismo tiempo, lo que dobla la fascinacion ejercida por una frente que prematuramente ha invadido toda la parte superior del cráneo, limpio i brillante cual si nunca hubiese tenido cabellos. Así cree uno estar oyendo a un sabio, a un anciano quebrantado por los sinsabores del desencanto, i que se rie de lástima i de pena de que haya tanto de que reirse en esta vida.

He aquí, pues, uno de los grandes secretos de Oro; los otros son de ejecucion, i no son ménos certeros. Pronuncia las palabras nítida i pausadamente, modulando cada una con el finido de una miniatura, con un esmero que se conoce ser obra de un estudio largo i perseverante, que ha concluido por convertirse en segunda naturaleza. La pasion, el fervor de una réplica fulminante no lo harán jamás precipitar la frase, dejar inapercibida una coma, sin rotundidad un período, aunque no se trate sino de dar órdenes a su criado. Si combate la idea ajena, Oro la adopta, la prohija, i teniéndola en sus brazos la presenta al que la emite, preguntándole con cariño, si tal otra forma no le convendria mejor, si no la reconocería por hija suya con tales o cuales lunares ménos, i el padre embobado empieza a negar a su criatura, i a acariciar i adoptar la que Oro supone ser la lejítima; si asiente, lo hace de tal manera que preste al pensamiento ajeno, la fuerza de un axioma, de un resultado confirmado por su esperiencia de los hombres i de las cosas; si discute, oye las réplicas con interes, con mil sonrisas de benevolencia hasta que la impertinencia de su adversario le deja tomar la palabra, i entónces, si la cosa no vale la pena de discutirla, ni el contrario de convencerlo, lleva por rodeos infinitos la conversacion a mil leguas de distancia, a pretesto de digresiones involuntarias, sembrando el camino de los dichos mas picantes, de los chis-

tes mas risibles; porque Oro sabe todo lo ridículo que ha sucedido en América, i posee la tradicion íntegra de cuanto la lengua posee inventado para reir; historias de frailes enamorados, de zafios consentidos, de decretos i leyes dictados por estúpidos, con un repertorio de cuentos eróticos, para solaz i animacion de mozos i solterones, que harian de él siempre un compañero de pagar a tanto el minuto de francachela, en la cual hace entrar al neófito, por una esclamacion de sarjenton, lanzada oportunamente, a fin de que cada uno se halle a sus anchas, desprendido de todo encojimiento i sujecion.

Este hombre tan espléndidamente dotado ha abierto a don Juan Manuel Rosas su camino, i abandonádolo con estrépito, el dia que se lanzó en la carrera de violencias inútiles de donde no puede salir hoi; ha combatido al lado del caudillo Lopez, sido el predilecto de Bolívar, el amigo del jeneral Paz, figurado en los mas ruidosos acontecimientos de la República Arjentina, i hoi, si no me engaño, es mayordomo en una casa de amalgamacion, lidiando con patanes que muelen metales, como lidió toda su vida con patanes jenerales, gobernadores i caudillos que demolian pueblos. Estos pueblos no le han perdonado, no, sus actos, sino su superioridad. Nos vengamos siempre hablando mal de nuestros amos, i el rato de fascinacion involuntaria ejercida por Oro, lo paga en las desconfianzas que suscita, porque nadie se cree realmente tan pequeño i tan tonto como se ha visto al lado de él, sino porque ha de haber habido de parte del embaucador un engaño i un fraude manifiesto, pero que no se puede esplicar en qué consiste.

Oro con las cualidades de esposicion que lo adornan, seria un hombre notable entre los hombres notables de Europa. Jóvenes he visto, que acababan de salir del seno de la sociedad mas culta de Madrid i a quienes dejaba azorados aquella distincion esquisita de maneras, hechas aun mas fáciles por el tinte americano, arjentino, gaucho, que da Oro a los modales cultos sin hacerlos descender a la vulgaridad; porque Oro, salido de una de las familias mas aristocráticas de San Juan, ha manejado el lazo i las bolas, i cargado el puñal favorito como el primero de los gauchos. Vílo una vez en la fiesta del *Corpus* en San Juan con un hachon en la mano i envuelto en su poncho, que caia en pliegues lleno de gracia artística. Estas predilecciones adquiridas en su contacto con las masas de jinetes en Corrientes, Santa Fé, Córdova i Bue-

nos Aires, han subido hasta su cabeza i organizádose en sistema político, de que aun hasta hoi puede curarse. Pero estas predilecciones gauchas en él, son un complemento sin el cual el brillo de su palabra habria perdido la mitad de su fascinacion; el despejo adquirido por el roce familiar con los hombres mas eminentes de la época, el conocimiento de los hombres, la seguridad de juicio adquirido en una edad prematura, i las dotes que traia ya de la naturaleza, toman aquel tinte romanesco que dan a la vida americana las peculiaridades de su suelo, sus pampas, sus hábitos medio civilizados. Oro ha dado el modelo i el tipo del futuro arjentino, europeo hasta los últimos refinamientos de las bellas artes, americano hasta cabalgar el potro indómito, parisiense por el espíritu, pampa por la enerjía i los poderes físicos. Conocí a don Domingo de Oro en Santiago de Chile en 1841, i tal era la idea que de la República Arjentina traia de su superioridad, que cuando publiqué en *El Mercurio* mi primer escrito en Chile, mandé secretamente un amigo a la tertulia en que Oro solia hallarse, para que leyese en su fisonomía qué efecto le causaba su lectura. Si él hubiese desaprobado mi ensayo, si él lo hubiese hallado vulgar o ridículo, *c'en était fait*, yo habria perdido por largo tiempo mi aplomo natural i mi confianza en la rectitud de mis ideas, única cualidad que puede formar escritores. El amigo volvió despues de dos horas de angustiosa espectativa, diciéndome, desde lejos: "bravo! Oro ha aplaudido." Yo era escritor, pues, i lo he probado hasta cierto punto. Despues ví en él una de las dotes que mas lo distinguen. A diferencia de muchos, Oro, a medida que yo salia de mi oscuridad, iba dejando agrandarse en su espíritu la pequeña idea que habia tenido al principio de mi valimiento. Creo que un dia empezó a creer que yo le llegaba a la barba ya, sin manifestar otra cosa que placer e induljencia, i llegaria a persuadirse de que puedo continuar sin desdoro la carrera que él ha abandonado, sin que esta persuacion le cause pena ni descontento.

La vida de Oro es una prueba de mi modo de comprender su rara elocuencia, obra toda de una naturaleza rica i esplendorosa. Su carácter político es el mismo en todos tiempos, i en medio de aquellas contradicciones aparentes de las diversas faces de su vida, hai una unidad tal de intento que constituye la serie mas lójica de actos.

Oro cuenta los años con el siglo diez i nueve. Su infancia se deslizó sin aquellas sujeciones que debilitan las fuerzas de

accion por el conato mismo de educar la intelijencia que ha de dirijirlas; un poco de latin en San Juan, algo de áljebra i jeometría en Buenos, Aires i el conocimiento del frances, he aquí todo el caudal que hasta los diez i nueve años tenia atesorado, cuando la vida política se levantó a su lado para lanzarlo en una serie de actos que debian trazarle su porvenir. El presbítero Oro, su tio, habia incurrido en el desagrado de los partidarios de San Martin. La familia de los Oros se halló bien pronto comprometida, i sobreviniendo la revolucion de Mendizábal, Oro de veinte años, fué el intermediario entre aquel oficial sublevado i San Martin, para proponer una transaccion que, firmada en Mendoza por el coronel Torres, hoi residente en Rancagua, San Martin rehusó ratificar. Vuelto Oro a San Juan, encontró una segunda revolucion del número 1.° de cazadores de los Andes, i habiendo acercádose a los sublevados, fué preso i desterrado por el gobierno a Valle Fértil o Jachal. La nueva faz sin embargo que la revuelta tomaba, cambiando de promotores, reconciliaba al gobierno de San Juan con Oro.

En 1821, i apénas se habia visto San Juan libre de los amotinados, un peligro nuevo, imprevisto, hacia echar ménos la cooperacion de aquellos valientes desertores del ejército de los Andes, estraviados por intrigas que venian desde léjos; don José Miguel Carrera emprendia su campaña para pasar a Chile a vengar la esclusion hecha de su bando i la muerte de sus hermanos.

Carrera, inspirado por la venganza, se presentó en la tienda de Ramirez, el montonero teniente de Artigas, tocó ese resto de hidalguía, que no falta nunca en el alma del bandolero, i de entre sus jinetes tomó los guias i de su fogon la tea con que iba a correr la pampa, incendiar los pajonales para trazar un horizonte de llamas i humo que avanzase con él tierra adentro, hasta descubrir en el occidente las crestas nevadas de los Andes, que se proponia escalar con sus jinetes. La montonera, como avalancha de hombres desalmados, se desplomaba sobre las villas de las campañas arjentinas, degollaba los rebaños, saqueaba las habitaciones i robaba las mujeres; i de la orjía del festin que iluminaban los campos i las techumbres incendiadas, partian vencedores i vencidos, hombres i mujeres, poseidos ya del mismo vértigo de pillaje i de sangre de que acababan los unos de ser víctimas. Las mujeres peleaban como furias en los combates; i sé de lance en que un montonero tomando por un estremo un escuadron

que estaba formado esperando órdenes, lo deshizo, a fuerza de estarle matando cabos en el estremo.

El terror de los pueblos dura aun en la tradiciones locales; muéstranse en los caminos las osamentas blancas de los ganados que degolló a su tránsito, por aquel esquisito sentimiento del mal que aguijoneaba a aquellos filibusteros que traian a la cabeza un heróico Morgan que habia echado llave a su corazon, para que no oyese el clamor de las víctimas ni el espanto de las poblaciones. Pero para aquellos pueblos, el patriota chileno i sus feudos con San Martin, desaparecieron en presencia del pavoroso nombre de la montonera. Carrera, en efecto, para atravesar con seguridad la pampa, se habia hecho arjentino, i tomado el tinte nacional, en su color mas negro. Fuerzas inponentes de San Juan i Mendoza se adelantaron a salirle al encuentro, i en el Rio IV fueron destrozadas, aumentando los dispersos con la abultada relacion de las atrocidades de la montonera de Carrera, el terror que precedia ya a su nombre. Carrera habria ocupado a San Juan i Mendoza, los dos pueblos que tienen la llave de los Andes, sin que sus propios elementos bastasen a salvarlos. A Oro le ocurrió lanzar a la circulacion una buena idea, i el terror pánico se asió de ella como de la única tabla de salvacion; Oro mismo fué encargado de hacerla efectiva, yendo en busca de Urdininea i ocho oficiales mas, bolivianos, que se hallaban en la Rioja, para rogarles que viniesen a organizar la resistencia. Urdininea vino, i aquella provincia tan desolada, cambió su abatimiento en exaltacion como no la ha presentado despues; todos los hombres en estado de llevar las armas se presentaron sin distincion de clases ni edad. Urdininea traia consigo la ciencia militar que habia faltado en el Rio IV, i todos se creyeron salvados. Como una de las reminiscencia de mi niñez, recuerdo la figurita estravagante i diminuta de Rodriguez que se atraia la atencion de los muchachos. Este es el mismo Rodriguez que se encontró asesinado en la playa de Buenos Aires, quedando su muerte un arcano entre los muchos que aclarará mas tarde el tiempo que recompone i endereza la historia.

Carrera llegó a seis leguas de San Juan; un soldado chileno, Cruz, que se le pasó en la Majadita, le instruyó del aspecto nuevo que las cosas habian tomado, i cambió de rumbo echándose sobre Mendoza, por campos áridos que destruyeron sus caballos, i le hicieron caer en manos de sus enemigos A San Juan le cupo la ménos gloriosa parte en los hechos

de armas, recojer prisioneros, lo cuales por un decreto de venganza, fueron condenados a muerte con todos los que hubiesen acompañado a Carrera, como oficiales, amigos o consejeros. Cúpole la mala suerte de caer entre los prisioneros a Urra, jóven de veinte i ocho años, secretario de Carrera, dotado de talentos rarísimos, lleno de instruccion, i como era raro entónces, poseedor de muchos idiomas. Mas que su mérito i su juventud, abogaban por Urra la causa misma que se le habia seguido, por la cual constaba que léjos de haber participado en los crímenes de la *montonera* que eran horribles, habia estorbado muchos por su influencia. Oro se puso en campaña para salvar la vida de aquel malhadado jóven que se habia cautivado la voluntad de la poblacion entera, intercedió el clero en su favor, i pidiéronlo las tropas mismas que habian hecho la campaña. Pero líbrenos Dios de los gobiernos i de los hombres a quienes aconseja el miedo; son implacables con los vencidos. Urra fué fusilado de noche, al fin de unos muros viejos, como aquel duque d'Enghien tan estimable. La vida de Oro estuvo por horas pendiente de un hilo, por haber interesado a las tropas en favor de Urra, i no estuvo libre de cuidados, sino cuando se hubo alejado de su provincia, para principiar aquella romanesca peregrinacion que aun no ha terminado todavía. Visitó a Córdova, a donde lo persiguieron las asechanzas de sus enemigos; pasó a Buenos-Aires, donde Agrelo lo hizo trasladarse a Corrientes; i allí, al lado del jeneral Mancilla, gobernador de aquella provincia, concluyó de formarse su fisonomía especial, revistiendo el fondo aristocrático que traia de su familia, con aquel barniz que da el contacto inmediato con los pastores arjentinos. Allí habia visto Oro levantarse de nuevo la montonera, en su suelo nativo, por decirlo así, sobre la huella fresca aun de Artigas i Ramirez; allí se le presentaba por la primera vez aquel odio de las provincias contra los porteños, odio de pura descomposicion i de desórden, pero que tan poderoso instrumento político habia de ser mas tarde; allí debia educarse, sirviendo al partido de las ciudades en la lucha impotente contra la montonera, i de allí sacar aquel profundo convencimiento, de que era desesperada la oposicion de los hombres de la cultura europea contra aquellos titanes de la guerra, que estaban destinados a vencer; conviccion que Oro ha conservado hasta 1842, en que disputábamos largamente sobre este punto, i que conserva segun entiendo hasta hoi. Oro por separacion del mando de Man-

cilla, quedó de secretario de un Sola, gobernador del partido gaucho, con quien, como era de esperarlo, no pudo entenderse jamas, como que era imposible poner coto a las estúpidas voluntariedades de aquellos hijos de la naturaleza, que desde Artigas hasta el último capataz de pueblos, tienen las ideas de Aaroun al Raschild en materia de gobierno. En esta época, sin embargo, tuvo el jóven Oro hospedado en su casa a otro jóven de Buenos-Aires, gaucho tambien, i cuyo nombre debia ser conocido, aunque de una manera bien triste, de todos los pueblos del mundo. Este jóven estanciero era un tal don Juan Manuel Rosas, con quien Oro hizo desde entónces conocimiento.

Don Domingo de Oro habia, sin embargo, desde aquella polvorosa oscuridad que en torno suyo hacian en Corrientes las montoneras interiores, los brasileros i orientales que las instigaban, llamado la atencion del gobierno de Rivadavia que cuidaba mucho de poner de relieve todos los hombres notables que veia a lo léjos despuntando en el horizonte político. Era el ánimo de Rivadavia enviar a Bolívar, cuyo nombre aspiraba a eclipsar el de la República Arjentina, una mision, i para ello escojió al jeneral Alvear, el mas brillante militar de la época, al doctor Diaz Velez, i a don Domingo de Oro, nombrado secretario. La legacion arjentina llegó a Chuquisaca, i por lo que respecta a Oro, Bolívar, Sucre, Míller, Infante i Moran, hallaron en él un digno representante en la diplomacia de aquella juventud arjentina que habian visto representada en la guerra por Necochea, Lavalle, Suarez, Pringles i tantos calaveras brillantes, los primeros en las batallas, lo primeros para con las damas, i si el caso se presentaba, nunca los postreros en los duelos, la orjía i en las disipaciones juveniles. Bolívar i Sucre se disputaban sucesivamente las horas de aquella charla, amena como una mañana de primavera, vivaz i picante como espumosa copa de champaña, nutrida ya de la savia que dan los riesgos corridos, las dificultades vencidas en la vida política tan tormentosa de la República Arjentina, sol que agosta las plantas débiles, pero que zazona i madura el fruto que anticipa en las bien nacidas.

Oro, malogrado el objeto de la mision, recibió despachos de secretario de legacion en Lima; i aun ántes de pasar a desempeñar este nuevo destino, recibió los de secretario del diputado que debia enviarse al congreso de Panamá, que tampoco tuvo lugar.

Aun no habia regresado a la República Arjentina, cuando fué nombrado diputado al Congreso Constituyente, por San Juan, al cual no se incorporó sin embargo [1]. De aquellos comienzos de carrera política i diplomática de Oro, habia quedado en todos los espíritus la persuacion de que veia claro en todos los negocios, i que su palabra era un poder que podia oponerse a las fuerzas materiales que empezaban a desencadenarse en torno de la presidencia de Rivadavia.

En Santiago del Estero encontró Oro cartas de los ministros de Rivadavia que le ordenaban pasar a San Juan, a organizar la resistencia contra Facundo Quiroga. Facundo habia entrado ya en San Juan, por faltar un hombre que, como Oro, supiese señalar donde estaba la parte débil de la situacion política para reforzarla. Pasó sin embargo a Córdova i Mendoza, donde encontró que los amigos mismos del gobierno jeneral conspiraban con los Aldaos. Mandó a Buenos Aires el cuadro estadístico de la opinion pública i de los intereses que se rozaban, sin que acto ninguno posterior revelase que aprovechaban de su consejo. La presidencia cayó, i en aquel punto final que se ponia a uno de los mas brillantes capítulos de la historia arjentina, Oro volvió a ver a su familia en San Juan, cargado de años, puesto que desde su partida habian corrido siete, i transformado de fisonomía con aquel barniz que dejan sobre el rostro humano, el contacto con los hombres notables i los grandes acontecimientos.

Oro regresó a Buenos Aires, cuando Dorrego, su conocido i su compañero de viaje un año ántes, estaba a la cabeza del gobierno. Dorrego era la realizacion de la idea política que Domingo de Oro habia sacado de su largo aprendizaje en Corrientes, i que sus viajes por las provincias no habian hecho mas que corroborar, el gobierno de los hombres cultos a nombre de los caudillos; pero los hombres de principios no gobiernan en nombre de lo que destruye esos principios; los gobiernos en América son aprobados o reprobados por la minoría culta de la nacion en que está la vida política. Fuera de este terreno no se gobierna a la manera de los pueblos cristianos, se desquicia i se estermina todo lo que se opone: así lo habia hecho Artigas, así lo hizo Facundo, así lo hizo mas tarde Rosas. Oro se equivocaba, como se equivocó Do-

1 Consta de acta celebrada en San Juan en 18 de julio de 1828 declarándolo diputado electo por la provincia de San Juan. Núm. 18 del *Rejistro Oficial.*

rrego, i Oro tuvo que ir bien pronto a poner el dedo en la herida que ya empezaba a sangrar. Detras de Dorrego la mentira constitucional i culta, estaba Rosas, la verdad horrible, que encubrian las formas i los nombres de los partidos. Oro no simpatizaba con el partido caido, ni acababa de decidirse por Dorrego, quien lo llamó pocos dias despues de su llegada a Buenos Aires a servir en un ministerio, que rehusó por entónces, si bien aceptó otro destino mas tarde en el ministerio de la guerra, bajo la espresa condicion de no escribir en la prensa política. Renunció aquel destino en un momento en que sus simpatías personales por la mayoría de los hombres públicos, lo empezaba a inclinar a decidirse por el partido unitario. Tomó una imprenta, la del *Rio de la Plata,* publicó como editor el primer número del *Porteño,* periódico de oposicion, i hubiera publicado el *Granizo,* si sus RR. hubiesen consentido en darle una firma abonada.

Rosas era entónces comandante jeneral de campaña, estaba encargado de fundar la nueva frontera, i del *Negocio pacífico,* que era un arreglo hecho con los salvajes, por el cual, mediante cierta subvencion del gobierno, los bárbaros ocuparian ciertos lugares, sometiéndose a la juridiccion del gobierno. Rosas solicitó a Oro, a quien habia conocido en Corrientes, para correr con la contaduría de aquel negocio, i Oro aceptó creyendo salvar así de la decision que lo determinado de los partidos políticos exijia imperiosamente de todo hombre notable. Pero Rosas se ocupaba ya de traer la frontera a la plaza de Buenos Aires, i Dorrego ménos temia la oposicion de los amigos del congreso i la presidencia, que habia desbaratado, que la insurreccion abierta del Comandante de Campaña. Oro empleó su influjo por evitar o postergar el rompimiento. Dorrego queria separar a Oro del lado de Rosas, por temor de que a la astucia i tenacidad de su adversario, viniese a añadirse la sagacidad i claridad de percepcion del jóven, cuya capacidad habia tenido ocasion de apreciar ántes; insistiendo Rosas en conservarlo a su lado, seguro de haber encontrado lo que hasta entónces le faltaba, un barniz culto a sus designios. En este quita-hijos, o como lo ha dicho Oro una vez, entre aquellas dos piedras de molino, él trató de ponerse a salvo, aprovechando la ocasion que el gobierno le ofreció de ir a interponer su influencia en Corrientes para estorbar que estallase una revolucion que se preparaba, por intigaciones de Rivera; quien debia apoderarse de aquella provincia, lo cual se logró com-

pletamente, si bien reapareció mas tarde. Dominóla algunos momentos, hasta que nuevas complicaciones hicieron imposible todo esfuerzo. Oro se retiró a Santa Fé, desde donde reunido a Mancilla, volvió a desbaratar la revolucion, hasta que apoderado de ella aquel Sola, antiguo gobernador de Corrientes, entró en su verdadero terreno, la esclusion de toda idea política, la saciedad de las pasiones egoistas.

En Santa Fé, Oro formó un proyecto de esplotacion de los bosques de dominio público, i pasó a Buenos-Aires a formar una compañía para el efecto. Buenos Aires ardia en aquel momento, i a sus amigos de Santa Fé escribió cuanta conmocion sentía bajo sus piés i los rumores que anunciaban la crísis. El 1.º de diciembre era apénas el estallido de las fuerzas que habian estado hasta aquel momento comprimidas. La conducta de Oro en este momento supremo, fué sublime a fuerza de ser franca, audaz i estraviada. Hoi que nos hemos reunido en el destierro, arrojados por la misma mano los que sostenian la revolucion i él que la combatió, puede convencerse él de que el esfuerzo, por ser bien intencionado, no era ménos inútil. Oro venia de las provincias, i estaba en contacto con todas las fuerzas desorganizadoras; las habia compulsado i sentídoles su peso; la revolucion del 1.º de diciembre no hacia mas que provocar toda su enerjía i hacerlas aparecer en la superficie. Oro combatió el intento, despues de consumado, desaprobó el hecho, i en la plaza de la Victoria, en medio de aquel pueblo embriagado por la esperanza de triunfo que le daba la presencia del ejército, delante de dos mil ciudadanos apiñados en torno suyo, asombrados de tanta audacia i de tanta elocuencia, i de Salvador María del Carril, Oro, rodeado de aquellos militares que, acariciando su bigote i apoyados en sus tizonas imperiales, sonreian de lástima de los que osasen avistar sus lanzas, hizo la mas elocuente, la mas desesperada protesta contra aquella revolucion que parecia ser el fin de todos los males pasados, i que segun él, no era sino el precursor de todas las calamidades que iban a sobrevenir. Hablábale Carril de derechos ultrajados, de violencias cometidas, i Oro le oponia el detalle de violencias, de crímenes i de males aun ignorados, como la muestra del hecho dominante, irresistible. Oro no defendia la justicia de los procedimientos inculpados, sino la ineficacia de los medios adoptados para derribarlos. Dorrego fué vencido, fusilado; i el 14 de diciembre en el café de la Victoria, Oro volvió a insistir en su teoría, calificando en medio de los ven-

cedores, de asesinato aquel acto que parecia por el momento desmentir sus anteriores predicciones. Sostenia él que los gobernadores no eran causa sino efecto de un mal que venia trabajando a la República desde los tiempos de Artigas; que este mal habia invadido poco a poco la República entera; que la elevacion de Dorrego al gobierno de Buenos-Aires, era el complemento de su triunfo, i su toma de posesion de la República;—que la revolucion parecia poner en cuestion lo decidido entónces, pero que en realidad, no era mas que provocar al vencedor;—que desenfrenado el elemento gaucho iba a hacer ahora lo que no habia hecho ántes; que degollaria al partido que contenia mas hombres de luces i de dinero i nos llevaria a la barbarie;—que debia combatirse la revolucion en Buenos-Aires ántes que prendiera en el interior i la desolacion se hiciese jeneral.

Esta version de la cuestion me la hizo Oro en 1842, i sin duda que era yo el mas dispuesto entónces a comprenderla, puesto que de largos años venia estudiando la misma cuestion, i cuya solucion intenté dar en *Civilizacion i Barbarie*, solucion que han adoptado todos los partidos, i que hoi se abre paso en Europa, disipando la nube de oscuridades que ha levantado la astucia de Rosas. Esta teoría dará bien pronto sus frutos, como la enfermedad crónica ha dado sus últimos resultados; su término está ménos léjos de lo que se cree. Lo único en que disentiamos con Oro, era en la posibilidad de haber dado un nuevo rumbo a la marcha de los negocios públicos. Dorrego habia conculcado el edificio político, apoyándose en las fuerzas desorganizadoras del interior; si los hombres de luces i el ejército, depositario hasta entónces de las tradiciones de la independencia, no intentaban un esfuerzo, ellos i Dorrego hubieran sucumbido en presencia del Comandante de Campaña, el Artigas del sur de Buenos-Aires; si la capital se reconcentraba dentro de sí misma, como en 1820, los hombres de luces de las provincias eran abandonados a Quiroga i los demas bárbaros, sin caridad i sin justicia, i así como Dorrego habia coordinado i disciplinado aquellas fuerzas brutas, así los amigos de la presidencia estaban en todas partes en evidencia i no podian romper la cadena fatal que los ligaba a Buenos-Aires. Lo que hicieron en 1829 era, pues, fatal, lójico i necesario. Debieron jugar el último albur, a trueque de combatir el mal, cuan hondo fuese.[1]

1 Esta doctrina fué hábilmente desenvuelta por don V. F. Lopez, en una serie de artículos en *El Progreso* de Santiago.

No triunfaron porque no debian triunfar; faltáronles hombres a la cabeza del ejército, ménos valientes i arrogantes, i mas conocedores del asunto que tenian entre manos; faltóles el tiempo i la fortuna; faltóles que triunfase el mal mismo para que produjese todos sus horrores i su esterilidad; faltaban veinte años de administracion de Rosas, para enseñarles a los pueblos a comprender a dónde conduce el sistema iniciado por Artigas, seguido por Facundo, i completado por Rosas; en fin, faltaba que Oro viniese al odio i a la execracion del caudillaje, cuyo desenfreno brutal creyó poder retardar, para que hoi estuviésemos, desde el último hombre de Rosas hasta el mas alto de los unitarios, de acuerdo en un solo sentimiento, i es que gauchos i hombres cultos, todos necesitan hoi proteccion i seguridad contra las violencias i el terror.

Don Domingo de Oro, libre de todo compromiso con los revolucionarios, conocido de los caudillos, salió de Buenos Aires en febrero de 1829, i se reunió con Lopez, el de Santa Fé, para prestarle sus consejos, ya que su triunfo era para Oro claro como la luz del dia.

En el Rosario hubo de encontrar a don Juan Manuel Rosas, el tirano predestinado de Buenos-Aires. Entónces Oro valia mas que él; Rosas estaba desconcertado, indeciso, i Oro le inspiró confianza. Temia Rosas acercarse a Lopez que le tenia una aversion invencible, i Oro le allanó el camino. Dióscle a Rosas, a pedido de Oro, un gran título en el ejército de Lopez, pero sin funciones; i volviendo a revivirse en el ánimo del gaucho santafesino sus antiguas antipatías, a cada momento queria despedirlo con vejámen, i Oro era entónces su padrino i su amparo. Hai cosas que los hombres sin mérito real no perdonan cuando han llegado al poder. ¡Ai, del que los haya visto pequeños, humillados i sometidos! ¡Ai, de los que los hayan visto temblar! Huyan a mil leguas de distancia, esos no obtendrán perdon jamas! Qué odio le profesa Rosas a Oro!

Las vicisitudes de la campaña no son aquí del caso. La derrota de Puente de Marquez, fué para Oro una ocasion de penetrar solo en Buenos-Aires i abocarse a los ministros a rogarles que se salvasen por un tratado con Lopez. Todavía era tiempo; pero los unitarios no estaban aun convencidos su de impotencia. Oro despues de hacer los últimos esfuerzos para persuadirlos, regresó a su campo a terminar el triunfo de sus partidarios. El jeneral Paz habia sido mas feliz en Córdova

que Lavalle en la campaña de Buenos Aires, i Oro, llevando adelante su sistema, volvió desde aquel momento sus miradas al jeneral Paz, como una incorporacion necesaria de aquel hecho en la masa de hechos victoriosos en todas partes. Paz, afirmándose en Córdova, era todavía un dique contra la barbarie del interior encabezada por Quiroga. Paz era, pues, una barrera que convenia no destruir, una áncora que aun quedaba sin garrear. Oro fué enviado a Córdova, i aunque Paz i Oro no pudieron entenderse sobre lo que habia en el fondo de la terrible cuestion, se estimaron ambos desde entónces i su relacion dura hasta hoi íntima.

En estas circunstancias Lavalle cedia en Buenos Aires a la presion de la campaña que en el Puente de Marquez habia ahogado, mas bien que vencido, al ejército con sus millallares de jinetes. El consejo de Oro prevalecia ahora, pero impuesto por la victoria, i la orgullosa revolucion del 1.º de diciembre se habia contentado con una capitulacion que garantía la vida de los unitarios i de los militares. Oro llegó a Buenos Aires cuando Rosas mandaba, aquel Rosas a quien él habia recojido en el Rosario, i quitádole de la cabeza el pensamiento de emigrar a San Pedro en el Brasil. El gobernador Rosas ostentó para con su protector toda la solicitud de un amigo; i sin embargo, Oro empezó a comprender que en aquella alma fria, helada como el vientre de una víbora, no habia sentimiento ninguno humano. Oro era todo para don Estanislao Lopez, bajo cuya ala se habia levantado Rosas, i este en Oro acataba simplemente al poder que esperaba ocasion de avasallar. Despues de la batalla del Puente de Marquez, Lopez i Rosas habian suscrito un plan político sujerido por Oro, que tenia por base el respeto de la vida, las propiedades i la libertad del partido vencido, siguiendo Oro en esto su sistema de contener al vencedor en el último límite de su carrera. Los actos posteriores de Rosas han mostrado la sinceridad con que suscribia aquel plan, de cuya sujecion trataba de zafarse desde luego.

En 1830 se reunieron en San Nicolas de los Arroyos los gobernadores de las cuatro provincias litorales, a cuya reunion fué invitado Oro por Lopez i Rosas. Por Corrientes asistia Ferré, por Entre Rios un enviado no recuerdo quién, i aquel desgraciado Maza, degollado en el seno de la representacion en Buenos Aires, i cuya docilidad se prestaba mejor que la de Oro para los designios secretos de la zabandija. En aquel congreso de gobiernos, se convino en enviar al jeneral Paz

una mision confidencial, i se designó a Oro para desempeñarla. Redactáronse las notas bajo la influencia de Rosas, i Oro rehusó hacerse el portador de ellas, sino se modificaban. Lopez, Ferré i Oro obraban de acuerdo, i de buena fe querian terminar la guerra, miéntras que el designio, apénas disimulado de Rosas, era prolongarla, suscitar dificultades, i ganar tiempo. En este conflicto Lopez i Ferré exijieron de Oro que aceptase la mision, por temor de que cayese en manos ménos bien intencionadas, lo que hizo al fin logrando modificar en parte las notas i las instrucciones. Oro, gozando en Córdova de la confianza completa del jeneral Paz, solo trató de evitar que Rosas esterilizase por bajo de cuerda el avenimiento proyectado. Oro entónces preparó una entrevista entre Rosas, el jeneral Paz, Lopez, Ferré, etc.; lo puso en conocimiento de estos últimos i guardó a Rosas el secreto hasta que la realizacion estuviese próxima, para evitar que fuese frustrada. Pero la cosa transpiró, i el jeneral Paz recibió un anónimo que le prevenia que se trataba de asesinarlo en la entrevista. A Lopez le envió Rosas ajentes en el mismo sentido. Afectaba prestarse al proyecto; pero postergaba su ejecucion, suscitando disputas con el gobierno de Córdova, hasta que las provincias de Catamarca i Salta invadieron a Santiago del Estero, i quebrantándose, aunque mui a pesar del jeneral Paz i sin su participacion, el *statu quo*, base ofrecida para el arreglo, toda tentativa de negociacion fué interrumpida.

Desde este momento don Domingo de Oro abandona toda iniciativa política. La túnica de la República Arjentina iban a jugarla a los dados, i cualquiera que la ganase érale indiferente. El mal que que quiso evitar se habia consumado en su despecho; desde entónces viaja por las provincias belijerantes, bien recibido de todos, porque es un estraño a las cuestiones que se ajitan. Va a Buenos Aires i Santa Fé, vuelve a Córdova de trásito para San Juan, i dá al jeneral Paz un mensaje insidioso de Rosas, pero diciendo como Ulises a Telémaco: "atended para que no os engañen mis palabras." Aquellos dos proscritos, los últimos hombres sinceros i bien intencionados que iban a dejar el campo de la política arjentina, para dar lugar al esterminio de un partido, conversaron tristemente sobre lo pasado i sobre el porvenir de la lucha. Paz, minado ya por la discordia (1831) i por la falta de recursos, conocia su situacion. "Su deber era, decia, morir combatiendo, no siéndole permitido abandonar al cuchillo a

los hombres a quienes Rosas pretendia hacer desaparecer a millares."

Despues de algunos meses de residencia en San Juan, Quiroga se apodera de Mendoza, i no siendo el ánimo de Oro pasar plaza de unitario, aguarda que entre el caudillo para evadirse con disimulo. Tiene con Quiroga, el terrible Facundo, una estrepitosa entrevista, i este otro bárbaro cree haber encontrado en él, como Rosas, un complemento necesario; pero Oro ya no espera nada del desenfreno de aquellas pasiones brutales i se pone en marcha para Chile. Hácelo alcanzar Quiroga en Uspallata, rogándole que volviese a encargarse de la secretaría de gobierno, a lo que se negó formalmente, regresando, sin embargo, para no dejar creer que su partida era una fuga, con lo que recibió del gobierno encargo de reclamar en Chile las armas i caballos traidos por los emigrados. Esto motivó una entrevista entre Oro i Portales, que principió bajo los auspicios mas amenazadores para el primero, i concluyó pacífica i cordialmente. Regresó en seguida a San Juan, en circunstancias que Quiroga preparaba la espedicion a Tucuman; viéronse poco; pasó despues a Buenos Aires, i visitó a Rosas en su campamento del Arroyo del Medio, donde Rosas para engañarlo sobre lo que ambos no podian engañarse ya, lo hospedó en su propia tienda. Volviéronse a ver mas tarde en Buenos Aires, i esta vez rompieron para siempre de un modo claro i solemne. La *Gaceta* publicaba un decreto por el cual se faltaba con los militares del ejército de Lavalle a todas las garantías que les habia asegurado la capitulacion de Buenos Aires. Oro veia venir a Rosas a este punto, pero aun dudaba de que tuviese cinismo bastante para consignar en un documento público aquella violacion flagrante de un tratado. Oro sin poder contenerse, desgarró la *Gaceta* en presencia de muchos, exhalándose en imprecaciones contra el malvado. Súpolo Rosas, i afectando serenidad, encubriendo bajo aquella máscara helada el volcan de las pasiones cruentas i vengativas que lo roen, trató de atraerlo a una reconciliacion. El jeneral Mancilla era el encargado de pedir a Oro que se viese con Maza para este fin; don Gregorio Rosas intercedió tambien, pero sin lograr de parte de Oro otra cosa que la protesta pública, reiterada, contra los actos de perversion del que habia traicionado sus esperanzas. Este acto era de su parte una justificacion ante su conciencia i ante la historia, de la sinceridad de sus miras al prohijar la causa de los caudillos. El dia que Rosas inició su nueva política, ese dia

don Domingo de Oro hizo saber a todos que él no era cómplice en ninguno de los actos de demencia sangrienta que se veian en jérmen en aquel decreto. Oro ha sido el único federal de los que elevaron a Rosas, que no se haya prostituido, manchado i degradado, dejándose llevar por la corriente de los sucesos; el único hombre de principios que haya dicho: hasta aquí es mi obra, para en adelante yo me lavo públicamente las manos; prefiriendo ser víctima que cómplice. Sublime esfuerzo de conciencia para mantenerse puro en medio del lodo que iba a caer sobre todos.

Una duda me ha asaltado al espíritu muchas veces, i es qué rumbo habria tomado la revolucion de 1.º de diciembre, si don Domingo de Oro la hubiese prohijado en lugar de combatirla, con tal que él hubiese podido llevar al gobierno el convencimiento, que los decembristas no tenian, de la fuerza de resistencia que poseian los caudillos. En cuanto a Lopez, lo habria inducido a encerrarse en sus tolderías de Santa Fe; Rosas no habria surjido tan pronto sin Lopez i sin él, i Oro conocia ya su situacion para desarmarle pacíficamente la máquina de destruccion que estaba preparando en la campaña del sur; Buenos Aires asegurado, Santa Fe, quieta, Córdoba ocupada por Paz, la República estaba salvada; pero la hipótesis es imajinaria, i no hai que pedir condiciones imposibles de realizarse. En tal caso la revolucion del 1.º de diciembre no habria tenido lugar, i entónces no es posible adivinar la marcha que habrian seguido los negocios.

La vida posterior de Oro es ya la de una luz que se estingue, la de una existencia perdida. Oro para ser, necesitaba patria, gobierno con formas europeas, i en el caos de barbarie i de violencia que comienza desde entónces, sus talentos políticos, su carácter eminentemente diplomático, su brillante elocuencia, todo debia hacerle un objeto de desconfianzas, de celos, de persecucion. Los unitarios no podian perdonarle, haberlos vencido; los bárbaros el no haber querido sancionar sus crímenes; ¿a dónde, pues, poder encontrar lugar para reposarse en la inaccion i en la oscuridad siquiera?

Oro vuelve a San Juan a su casa, labrado secretamente de una enfermedad de espíritu que ocultaba con cuidado. Oro temia que un puñal lo alcanzase, i se guardaba. Facundo regresa de Tucuman, trátalo bien algun tiempo, i de repente se vuelve sombrío. Oro pasa a Chile en 1833, comprendiendo de dónde parten las asechanzas que amenazan su vida. En Chile lo persiguen las desconfianzas del gobierno i

de Santa Cruz, uno i otro creyéndole un ajente de los caudillos arjentinos. En 1835 vuelve a San Juan, a recojer su herencia por muerte de su padre, i con aquella hidalguía del que tantas cosas habia hecho sin tocar de los despojos de los vencidos, cambia sin inventario las viñas de sus padres, bodegas, aperos de labranza, por una hacienda de pastos. Gobernaba entónces Yanzon, en San Juan, un bárbaro que tenia sin embargo el corazon sano, i éste quiso entregar a Oro el gobierno, ignorando que Oro estaba ya bajo la cuchilla de la proscripcion de Rosas. Cartas de Rosas llegan luego, en efecto, denunciando a Oro a la animadversion de los caudillos. Oro acepta un ministerio, i entónces tiene lugar un acto que ha prestado asidero al primer cargo hecho contra él. El coronel Barcala estaba asilado en San Juan, i Oro habia garantido ante Yanzon su buena conducta. Barcala fragua una conspiracion en Mendoza, es traicionado i descubierto, i el fraile Aldao pide su estradicion, en virtud del tratado cuadrilátero aceptado por aquellos gobiernos. Una partida se presenta repentinamente en San Juan, las cartas de Barcala sorprendidas, no dejan lugar a subterfujio alguno; Barcala no trata de escaparse, i Yanzon, que quiere salvarse de una ruptura con todos los gobiernos federales, i Oro que no es unitario, entregan a Barcala, que es fusilado en Mendoza, inculpando a Oro de complicidad en su conspiracion. Oro se hace sospechoso para con Yanzon, lo juzgan, lo condenan, lo absuelven en apelacion i lo destierran.

Don Domingo de Oro llegó a Copiapó en 1835. En *La Puerta*[1] estaban a su llegada reunidos muchos arjentinos notables, que le oyeron entónces hacer la pintura de todos los horrores que iban a seguirse a la dominacion absoluta de don Juan Manuel Rosas. Recuerdo algunas de sus palabras. "La América va a estremecerse de espanto; la inquisicion en sus épocas mas tenebrosas, no ha presentado espectáculos iguales. La conciencia de los hombres que han visto ya a Quiroga i a otros, no podrá creer en lo que va a verse luego. Conozco a este horrible malvado; no tiene entrañas, no se inmuta por nada; su cara no traiciona jamas una sola chispa de la sed de venganza que aqueja sus hijares: está hablando con usted sobre cosas frívolas, i mirándole el lugar del cuello en donde ha de entrar el cuchillo que le prepara. Ustedes van a verlo luego; un solo hombre importante no quedará vivo,

1 Establecimiento minero de don Mariano Fragueiro. *El E.*

un solo militar sobre todo; lo he visto mandar matar a veinte i siete prisioneros en San Nicolas, i gozarse en ello como el tigre harto de sangre.... " Algunos meses despues llegó a Chile la noticia de la carnicería de los ochenta indios en la plaza del Retiro, i todos repetian instintivamente: Oro lo decia; los asesinatos en las casas, i los prisioneros degollados, i todos repetian espantados: lo predijo Oro, en el *La Puerta* en 1835! Estos conceptos los reprodujo por la prensa.

Desde entónces Oro se confunde con los desterrados en Chile, siente como ellos, vive con ellos, pero sin esperar como ellos, porque todavía no cree que ha pasado el letargo en que ha caido la enerjía moral de las poblaciones espantadas por el cúmulo de males de que han sido víctimas; triste marasmo en que caen los espíritus que han visto desenvolverse el jérmen, crecer, estenderse i cubrir como de una lepra la República entera.

En 1840, Oro escribia en Chile estas notables palabras: "la naturaleza concedió a don Juan Manuel Rosas una constitucion robusta, que su ejercicio de ganadero i labrador desenvolvió completamente, habilitándole por mas de un respecto para desempeñar el tremendo papel que representa. Su semblante en el círculo de los hombros de su confianza, o de aquellos cuyas simpatías le interesa conquistar, es agradable, i cuando se le habla, hai en su rostro una espresion de atencion i de seriedad que halaga; pero en el trato de otros hombres, se nota una tosquedad de maneras i descompostura de lenguaje, que concuerda con cierto aire de taciturnidad que parece en él característico. En estos casos rara vez mira a la persona con quien habla, i si lo hace con intervalos por movientos rápidos de los ojos, es para ver el efecto de sus palabras. Por lo demas ninguna señal revela jamas contra su voluntad los afectos de su alma; i nadie al mirarlo sospechará cuánta es la bastardía de las pasiones brutales que fermentan en su pecho. Pero, aunque tiene el disimulo que se atribuye a Tiberio, el miedo en el momento del peligro pone descolorido su semblante, que es encendido, sin que carezca del valor necesario para arrostrar aquel, cuando es indispensable o mui urjente. Es verdad que entónces sus facultades se perturban i cae en cierto estado de entorpecimiento mental o casi estupidez. Rosas es frugal i parco en alto grado, i lo era ántes que el temor de un envenenamiento viniese a atormentarlo. Es pensador, reflexivo, laborioso como pocos. No tiene ideas relijiosas ni morales, i todas las faculta-

des de su alma están subordinadas a la pasion del mando absoluto i la pasion de la venganza, las dos calidades dominantes de su carácter. En la historia del nuevo mundo hasta nuestros dias, no se encuentra el nombre de un tirano tan reflexivamente atroz i cruel como Rosas. La actividad febril con que trabaja, dejenera en una extravagancia loca i feroz en sus momentos de descanso i distraccion."

Pertenece a Oro este pensamiento digno de Labruyére: "los que no conocen a Rosas se inclinarán a creer que este bosquejo es exajerado.... La especie humana rechaza instintivamente la idea de que puedan existir tales seres; i la inverosimilitud de los horrores de que se han hecho culpables, i que deberian atraerles el odio universal, pone en problema la verdad, i se convierte en un refujio protector de los perversos [1]." Bellísimo pensamiento el último, i que se está realizando hace veinte años. La América i la Europa han dudado largo tiempo de la verdad; la historia viene, empero, en pos de los hechos; i cuando las pasiones, los intereses i las opiniones del momento callen, presentará a los ojos del mundo espantado, la pájina mas negra de la criminalidad humana. Ni un solo hecho, entre mil, escapará de ser verificado, aclarado, comprobado, i la verdad, la terrible verdad avergonzará entónces a una jeneracion entera. "La verdad no se entierra con los muertos; triunfa de la lisonja de los pueblos i del miedo de los poderosos, que nunca lo son bastante para sofocar el clamor de la sangre; la verdad transpira al traves de los calabozos i hasta al traves de la tumba [2]

Oro en sus peregrinaciones fué a Bolivia donde el gobierno del jeneral Ballivian reclamó sus consejos. El último que le dió fué el de dejar el mando, si no queria aguardar a que se lo arrebatase la triste revolucion, que está labrando hoi a Bolivia, mui parecida en lo desorganizadora, a aquella otra que él habia estudiado en su cuna i seguido hasta perderla de vista. La conducta de Oro, i de algunos otros arjentinos emigrados, arrancó al jeneral Ballivian en su refujio en Valparaiso, esta esclamacion: "sin la noble abnegacion de estos arjentinos, yo habria llegado a maldecir de la especie humana."

1 *El tirano de los pueblos arjentinos;* Valparaiso 1840. Este es otro folleto distinto del escrito de Garcías del Rio bajo el mismo título en el *Museo de ambas Américas* de 1843.

2 *La Rusia en 1839* por el Marquez de Custine.

Oro escapando de esta revolucion, asilado en Tacna, sentíase abrazado por detras en el puerto de Arica en 1848, por persona que intentaba hacerse reconocer por solo el acento de su voz. Libre del lazo que retenia su curiosidad, volvióse, i entónces pudimos abrazarnos de nuevo, él que tendia por tercera vez las alas para lanzarse al incierto mar del destierro, yo que volvia de rodear el mundo, para entrar de nuevo a Chile, de donde por via opuesta habia partido; i en pláticas amistosas en las banquetas calientes del vapor, viendo desfilar la desierta ribera americana en el horizonte, i hundiendo nuestras miradas en la desierta superficie del océano, recojí de su boca la mitad de los datos que forman estas memorias para complemento de otros que ya poseia. Oro está varado cual casco abandonado qué se yo dónde, miéntras yo sigo sin rumbo, sin blanco fijo, cediendo a impulsos que me llevan adelante.

La última noticia que de él he tenido, es la que contiene la siguiente carta:

"S. D. Domingo F. Sarmiento.—Copiapó, noviembre 6 de 1849. Mi apreciado amigo: He recibido un ejemplar de su libro *Educacion popular*. El carácter de su *Crónica* me habia ya llamado la atencion, por su tendencia a traducir en práctica, en hechos, las teorías sobre que no se ha cesado de charlar. Me parece que Ud. la concibió como una máquina para empujar a obrar en el sentido de la industria i del movimiento mecánico i material. Su libro es la máquina de dar el mismo impulso al movimiento intelectual, i diré así, a la *industria intelectual i moral*, que a su tiempo aumentará con su fuerza el resorte del movimiento material e industrial.

Su libro ha exaltado tanto mis antiguos sentimientos de filantropía i de patriotismo, que casi han revivido mis pasadas ilusiones, estando a pique de creer en la felicidad venidera de nuestros paises. No le diré cuántos sueños llegaron a pasar por mi cabeza! Han sido los movimientos de la vida, ejecutados por un cadáver, a favor del galvanismo. Desalentado i escéptico, he llegado a tener un momento fe en los inmensos bienes que nos iba a traer la jeneralidad de la instruccion que brotaria de la lectura de su libro. Pero la exaltacion ha pasado, i solo me queda mucha admiracion por los esfuerzos de Ud., mucha simpatía por la jenerosidad i elevacion de sus sentimientos, muchísimo i mui vivo afecto por su persona, i ninguna esperanza de que el éxito corone tan nobles, jenerosos i sabios trabajos. Suyo, ORO.

EL HISTORIADOR FUNES

Tiene esto por lo ménos de interesante el exámen de los individuos notables de las familias, que a medida que pasan jeneraciones, ve uno transformarse poco a poco los personajes, cambiar de forma el atavío de hechos de que se revisten, i presentar casi completa las diversas faces de la historia. Si tomamos la familia de los Albarracines, por ejemplo, desde frai Miguel, frai Justo de Santa María i Domingo de Oro, nos dan por resultado estos hechos: el convento, la teolojía, el milenario, la inquisicion, viajes a España, la declaracion de la independencia, Bolívar que la termina, la guerra civil, los caudillos, Rosas i el destierro. Tres jeneraciones han bastado para consumar estos hechos, tres individuos los han reflejado en sí por actos notables i significativos. Hai un momento como hai una persona que es a la vez el término medio entre la colonia i la república. Todos los hombres notables de aquella época, son como el dios Término de los antiguos, con dos caras, una hácia el porvenir, otra hácia lo pasado.

Distinguida muestra de este hecho fué el dean Funes. El sacerdocio fué, cual convenia a la situacion de las colonias españolas, el teatro en que iba a desenvolverse su carrera. Educado por los jesuitas, conservóles siempre aficion, no obstante las diversas transformaciones que mas tarde tomaron sus ideas; a ellos debió la aficion a las letras que, aun entre el sacerdocio, ellos solos cultivaban con provecho. A los pocos años de ordenado el presbítero don Gregorio Funes, negocios de familia o sed de instruccion, lo llevaron a España en los últimos años del reinado de Cárlos III, en que las letras españolas fueron cultivadas con esmero. Doctoróse en España en derecho civil, i gracias a la alta posicion de su familia i a su mérito conocido, obtuvo una canonjía de merced para regresar así condecorado a su patria. Era Córdova entónces el centro de las luces i de las bellas artes coloniales. Brillaban su universidad i sus aulas; estaban poblados de centenares de monjes sus varios conventos; las pompas relijiosas daban animado espectáculo a la ciudad, brillo al culto, autoridad al clero, i prestijio i poder a sus obispos. El canónigo Funes venia de la corte, habia estudiado en Alcalá, gozado del trato de los sabios, i traia ademas tesoros de ciencia en una esco-

jida cuanto rica biblioteca, cual no la habia soñado la universidad de Córdova. El siglo XVIII entero se introducia así al corazon mismo de las colonias. Su prestijio de ciencia debió ser desde aquel momento inmenso; pruébalo mas que todo la enemiga del canónigo majistral de Córdova, despues obispo del Paraguai, don Nicolas Videla del Pino, que veia en el canónigo de merced un rival temible para optar a las altas dignidades de la Iglesia. Desde entónces comienza una lucha sorda, o estrepitosa entre ambos canónigos, que produce resultados políticos, no sin atravesarse el primero varias veces al paso del segundo para desviarle o embarazarle su marcha.

Elevado a la mitra de Córdova el señor don Anjel Moscoso, hijo de una ilustre familia de Arequipa, por traslacion del obispo San Alberto a la metropolitana de Charcas, el canónigo Funes, a despecho del majistral Videla, fué nombrado provisor, vicario jeneral i gobernador del obispado. En aquel gobierno teocrático, el provisorato era como en nuestros tiempos, un ministerio de lo interior, que daba sancion a las reputaciones que se estaban formando, i medios de justificarlas por los hechos, llevándolas a los confines del obispado. Funes fué durante toda la vida de Moscoso el árbitro supremo en materias eclesiásticas, i despues de su muerte, elejido dean de la catedral, ejerció por algunos años mas el gobierno de la diócesis en sede vacante, sin temer rivalidad posible, desde que Videla habia sido nombrado ya obispo del Paraguai.

A la muerte de Cárlos III pronunció Funes una oracion fúnebre que debia acrecentar mas su prestijio literario. Rico de erudicion en las mas célebres obras de los autores franceses que él solo poseia, i lleno de ideas de otro jénero que las limitadas que circulaban en las colonias, el orador sagrado habia sabido elevarse a la altura de su asunto, apreciando en frases pomposas las medidas gubernativas que habian hecho notable el reinado del muerto rei. Hablaba del comercio libre en las colonias con el aplomo de un financista, describiendo la desolacion de sus vasallos con palabras que por desgracia no eran suyas.

Otro sermon congratulatorio al advenimiento de Cárlos IV, i algunos pleitos que sostuvo en defensa del señor Moscoso ante la Real Audiencia de Buenos Aires, i que pasaron en apelacion al Supremo Consejo de Indias en España, eran mas que sobrados motivos para darle una reputacion colosal que desbordaba de los límites del vireinato.

Pero otra querella, mui en el espíritu de aquellos tiempos, debia proporcionar al sabio dean, materia de nuevos trabajos, campo vasto a su actividad, poner en sus manos un arma poderosa de que hacia tiempo trataba de apoderarse. Con motivo de la espulsion de los jesuitas, el Colejio i Universidad de Córdova, donde él mismo habia adquirido los primeros rudimentos del saber, habian sido encargados provisoriamente a la órden de los frailes franciscos, que eran los que en el cultivo de las ciencias seguian de cerca a los espulsos. Pertenecia a esta órden el célebre padre García, a quien en 1821 o 22, oí predicar un sermon de 25 de mayo, en presencia de Bustós, gobernador de Córdova, que dejó azorados a los oyentes, por las incriminaciones que el fraile patriota le dirijia desde el púlpito, recordando la revolucion de Arequito al hacer reseña de la marcha de la revolucion. Tengo presente la estructura del trozo oratorio a que aludo, el cual comenzaba así: 25 de mayo de 1810! Dia memorable, etc. 25 de mayo de 1811! i seguia concretando los hechos históricos, hasta que llegando al año 20, cambió el encomio en ataque, mostrando avergonzado al sol de mayo de aquel año por los hechos que habia presenciado. Las jentes se miraban unas a otras en la catedral; a Bustos veíalo yo jugar con una borla del almohadon de terciopelo que tenia por delante de su mesa apoyando el misal, miéntras que el fraile implacable, revestido de las insignias doctorales de ambos derechos, seguia fulminando al poderoso mandatario, sobre quien tenia fijas sus miradas.

El clero secular de Córdova habia en tiempo atras reclamado para sí la direccion de los estudios, ocurrido a los vireyes, apelado a la corte de España, la que al cabo de veinte o treinta años de lucha entre ambos cleros, espidió una real cédula, ordenando que pasase la jestion de la enseñanza a los clérigos seculares. Pero una real cédula era poca fuerza para desasir a los poderosos e influyentes frailes de la direccion que por tantos años habian ejercido, i cuyo despojo amenazaba eclipsar el brillo de la órden seráfica. Córdova estaba dividida en partidos, los monasterios seguian a los frailes, la juventud estudiante arrastraba en pos de sus maestros a las familias, i gobernadores i aun vireyes, ganados por las intrigas i las influencias franciscanas, mostrábanse tardos i remisos para hacer efectivos los reales decretos. "El espíritu monástico, dice un manuscrito que consulto, el aristotelismo, i las distinciones *virtuales* i *formales* de Santo Tomas

i de Scott, habian invadido los tribunales, las tertulias de señoras i hasta los talleres de los artesanos. Con pocas escepciones, los clérigos eran frailes, los jóvenes coristas i la sociedad toda un convento." Todavía conozco algunos cordoveces que no han dejenerado de sus abuelos. Tal era el espíritu que presidia a los estudios universitarios de Córdova, que los directores franciscanos tomaban entre ojos, envilecian i aun castigaban al malhadado jóven que preferia el estudio del derecho civil al de la teolojía de aquel tiempo, que pretendia esplicar por la esencia i la forma, las cuestiones naturales que hoi resuelve la química por las afinidades i las cristalizaciones.

El dean Funes tomó parte activa en la querella; marchó dos veces a Buenos Aires a reclamar denodadamente el cumplimiento de las reales cédulas; pero las nuevas provisiones obtenidas, venian a estrellarse ante las dilatorias opuestas por el doctor don Victorino Rodriguez, gobernador de Córdova, entregado a la influencia de los franciscanos, i enemigo de Funes por celos literarios i rencores de familia.

El año 1806, empero, habiendo despues de la reconquista de Buenos Aires, ocupado la silla del vireinato Liniers, amigo de Funes i frances ilustrado, se espidieron nuevas órdenes en confirmacion de las anteriores, que aunque fueron eludidas al principio, motivaron la reiteracion de ellas en 1807, con encargo al doctor don Ambrosio Funes, hermano del dean, de intimar al gobernador, si a los tres dias no estaban ejecutadas, el cese de sus funciones, en virtud de la órden escrita que para ello se le acompañaba. Traspirólo el gobernador, i en el acto puso en posesion al clero secular, en la persona del dean Funes, del rectorado del colejio de Montserrat i del cancelariato de la Universidad de Córdova, en diciembre de 1807. Así la edad media habia librado la mas cruda batalla para no dejarse desposeer de la direccion de los espíritus; cuarenta años de lucha; la órden real desobedecida; eludidos cinco mandatos de ejecucion consecutivos, no cediendo sino cuando un hijo de la Francia estuvo a la cabeza del vireinato. ¡No ha sido tan renitente la ciudad sapiente en los últimos tiempos, cuando a sus antiguos doctores se sucedieron en el mando, los hijos venidos de las campañas pastoras!

Las ideas rejeneradoras, pues, habian tomado aquella ciudadela de las colonias. El doctor Funes, al aceptar cargos que tanto habia codiciado, dió muestras de pureza de intencion, renunciando a las rentas que les estaban afectos, destinándolas a la dotacion de una cátedra de matemáticas, que se abrió

con aprobacion de Liniers, no obstante órdenes precedentes de la corte de España que lo prohibian formalmente.

Este primer paso dado dejaba ya traslucir la marcha nueva que la conspiracion del espíritu americano iba a imprimir a los estudios universitarios, bajo la influencia de Funes. El dean formuló entónces un reglamento de estudios que, pasado a la corte de España para la superior aprobacion, fué mandado seguir en las demas Universidades de América. "No teniendo entónces, dice en su *Ensayo Histórico*, que respetar la barbarie de los tiempos góticos, a que con cuatro años de teolojía escolástica lo sujetaban los preceptos del ministerio eclesiástico, se propuso dar una mejor disciplina al hombre intelectual. A mas de haberse introducido el estudio de las matemáticas, i mejorado el de las facultades mayores, se procuró tambien promover la cultura de las bellas letras, i el renacimiento del buen gusto. Es innegable que bajo este método ha debido ganar mucho la educacion i que promete buenos frutos el árbol del saber[1]."

La educacion dejó de ser teocrática en sus tendencias, i degradante en su disciplina. En lugar de la filosofía aristotélica de *Goudin* i la teolojía de *Gonet* i *Polanco*, entraron a servir de testo mas modernos autores, sustituyéndose a la teolojía escolástica, la dogmática de *Gott*, *Bergier* i otros, la moral por *Antoine*, la física por *Brison*, *Sigaud de la Fond*, *Almeida* i los mas modernos autores conocidos en aquella época. Establecieronse cátedras de matemáticas, física esperimental, i derecho canónico, subdividiéndose en dos la que hasta entónces comprendia el derecho romano, civil i español. Estableció Funes, a sus espensas, en el interior del colejio clases de jeografía, música i frances, i como si quisiera dejar traslucir la importancia que daba a estos ramos, reputados indignos del sabio entónces, el dean de la catedral i gobernador del obispado, el valido del virei, el canciller de la Universidad en persona, las asistia i profesaba!

La fama de la saludable revolucion se esparció por toda la América. El virei Liniers envió sus tres hijos a recibir lecciones del profundo sabio, dos jóvenes de Filipinas les siguieron bien pronto; el jeneral Córdova mandó el suyo que tanto ha figurado despues en España; un jóven romano Arduz, que ha servido mas tarde en la majistratura de Bolivia, i centenares de americanos del Perú i del Paraguai, de Mon-

1 *Ensayo Histórico de las provincias del Paraguay, etc.*, tom. III.

tevideo i de Chile les siguieron. Lo que para la libertad de la República Arjentina, para las letras i el foro produjo la revolucion obrada en las ideas, apreciarálo el lector arjentino pasando en revista los siguientes nombres, de otros tantos discípulos formados bajo la inspiracion del dean Funes.

Don Juan Cruz Varela, el mas severo de los poetas arjentinos en su tiempo, a quien cupo la suerte de permanecer orijinal sin apartarse de los grandes modelos. Es el Quintana del Rio de la Plata; así como éste rejuveneció la lira española, llamando a la independencia i cantando la invencion de la imprenta, así Varela introdujo nuevos asuntos dignos de la musa moderna, entonando odas sublimes a los actos de beneficencia pública, a las empresas de reforma social, i particularmente flajelando al fanatismo, enemigo que persiguió encarnizadamente durante su vida entera. Fué diputado al congreso que debió reunirse en Córdova el año de 1816; secretario del congreso de Buenos Aires, hasta su disolucion; oficial primero en una de las secretarías de Estado. Redactó muchos periódicos durante las administraciones de Rodriguez, Las Heras i Rivadavia; el *Centinela*, el *Tiempo*, el *Granizo*, i el *Patriota*, desde los calabozos de la cárcel jeneral de policía, despues de haber salvado la vida, merced a la entereza de su espíritu, en tiempo del gobernador Dorrego, cuya marcha retrógrada atacaba con burlas que todos conservan en la memoria como muestras de chiste i de agudeza ática. Murió desterrado en Montevideo, ocupado de una traduccion en verso de la *Eneida*, cuyos dos primeros cantos dejó concluidos i limados con el esmero que le era característico.

El doctor Alsina es otro digno discípulo del dean Funes; uno de los mas brillantes abogados del foro de Buenos Aires, como lo ha mostrado en la defensa del coronel Rojas, en la de los Yáñez, acusados de un asesinato, i en la defensa del derecho que asiste al Gobierno arjentino sobre las islas Malvinas ocupadas por los ingleses. Catedrático de derecho en la Universidad hasta 1840, en que preso i en vísperas de ser entregado a la mazorca, su mujer, hija del doctor Maza, presidente de la junta de Representantes i de la Suprema Corte de justicia i degollado por Rosas en la sala misma de las sesiones, lo sacó del ponton en que estaba preso i huyó con él a Montevideo. Ha defendido causas célebres en ambos foros del Plata. Acaba de traducir i anotar a *Chitty*, i desde su juventud, en su patria i en el destierro, ha consagrado su vida a la defensa de la libertad de su pais, de lo que da noble

prueba el apartar el cadáver aun caliente de su amigo Varela, para sentarse en el puesto peligroso que le costaba la vida. Al dia siguiente del asesinato del honrado escritor, leíase en el tema del *Comercio del Plata*: "Su fundador i redáctor don Florencio Varela, fué asesinado traidoramente el 20 de marzo de 1848. Lo dirije hoi don Valentin Alsina, su *Redactor principal*." Salud Alsina! La República que tales hijos tiene no está aun perdida!

El doctor Gallardo, redactor de *El Tiempo* i otros diarios de la época de Rivadavia; ejerce hoi con brillo su profesion de abogado en el puerto de Valparaiso, que honra sus talentos con una numerosa clientela,

Los doctores Ocampo, residentes en Santiago de Chile, en Copiapó i en Concepcion; el nombre solo de Ocampo es ya en Chile un testimonio de la importancia i profundidad de los estudios.

Salvador M. del Carril, gobernador de San Juan, residente hoi en Rio Grande; Javier i Joaquin Godoi, muerto el primero en la emigracion, residente el segundo en Copiapó.

Los Bedoyas, dos de ellos en Copiapó, uno de los cuales en Santiago arrancó del pecho a uno i pisoteó el trapo colorado que ostentaba aun en Chile el brutal *mueran los salvajes unitarios*.

El doctor Zorrilla, emigrado en Bolivia diez i ocho años, muerto seis meses ha, en camino, habiéndosele desterrado de Chuquisaca.

Subiría, ciudadano distinguido de Salta que ha permanecido emigrado diez i ocho años; Olañeta, de Chuquisaca.

Ellauri, de Montevideo, enviado del Uruguai en Francia.

Lafinur, célebre poeta, músico aventajado, el primero talvez que introdujo en estas partes de América, las doctrinas modernas en puntos de filosofía, cuya ciencia profesó en Buenos Aires.

Los Agüeros, de Buenos Aires; i otros de menor significancia política: Saravia, Orjera, Colinas, Villafañe, los Fraguciro, Allende, Cabrera, Urtubee, Aguirre, el doctor Velez, de Córdova, Uriburu, Alvarado, Indebeirus i Pinedo.

De estos arjentinos, los mas ilustres, todos los que han desempeñado cargos públicos, están en el destierro o han muerto en las matanzas i en las persecuciones que les ha suscitado don Juan Manuel Rosas, que no habia estudiado bajo la direccion del dean Funes, sino que aprendió a leer con el doctor Maza, degollado en la sala de Representantes de Buenos Aires.

Olvido aun dos discípulos de aquel maestro, que como uno de los de Jesus, se apartaron de la escuela, i se pusieron de acuerdo con los fariseos. Echagüe, doctor en teolojía, hecho jeneral por Lopez, de Santa Fe, que se sentaba en los talones a conversar, i hoi gobernador de la aldea donde ántes hubo una ciudad. De su instruccion teolójica puede dar muestra este trozo de estilo, de una nota oficial suya: "el infrascrito ha leido el contenido de la *sediciosa anárquica, irritante* carta del *contumáz, salvaje, unitario, lojista* Sarmiento.... "

El otro es un señor Otero, de Salta, que está nombrado enviado estraordinario a Chile, i a quien Rosas improbó en nota oficial "usar de la i latina en los casos que su gobierno usaba de la y griega," ordenándole abstenerse en adelante de incurrir en desliz tan imperdonable!

Pero cerremos esta dolorosa pájina de las pérdidas que la República ha hecho de aquella cosecha de claros varones que produjo Córdova bajo la inspiracion del sabio dean. El martirio, el destierro o el envilecimiento, han dado ya cuenta de ellos.

No por haber desposesionado a los franciscanos de la Universidad i colejio de Monsserrat, la lucha de las viejas ideas fué ménos tenaz. La edad media se parapetaba en los numerosos claustros, i desde allí, lanzando sus guerrilleros calzados o descalzos, de blanco o de negro uniforme, traia turbadas las familia i las conciencias, espantadas como estaban de que en un colejio se enseñase frances. En España misma, solo a mediados del siglo diez i siete, sino a fines, vióse por la primera vez en un libro, una cita en aquel idioma. Acusábase al venerable dean, con sobradísima razon, de estar abriendo el campo a *Voltaire, Delambert, Diderot* i *Rousseau*, i a los jacobinos franceses. Acusábasele con mayor razon de la preferencia que daba al estudio del derecho sobre el de la teolojía escolástica, dejando así desguarnecida de toda defensa el alma de sus discípulos contra la temida i posible impiedad. Ni las matemáticas merecian induljencia, atendida su afinidad con la nigromancia i la májia, que existian aun en algunos doctos cerebros. Era la música distraccion mundana, camino de flores que conducia bailando i cantando a la perdicion eterna, sin dejar de ser por eso habilidad asaz plebeya, puesto que solo los esclavos de los conventos se ejercitaban en violines, harpas i guitarras. Últimamente, el dean Funes, cuan blando i suave de carácter era, pues su induljencia paternal llegó a relajar la disciplina del colejio, habia dejado establecer una clase de esgrima que provocaba a las penden-

cias i desafíos. ¿Pero dónde iba este santo varon, con todas aquellas innovaciones, que traian alborotada la jente tonsurada i la larga cola de beatas que anda siempre en torno de conventos i monasterios? El dean se guardaba para sí su secreto, i seguia adelante su obra. El doctor don Leopoldo Allende, rector del colejio de Loreto, que gozaba de una grande influencia en la ciudad, se opuso formalmente a que sus alumnos asistiesen a las nuevas clases de derecho, matemáticas, francés, jeografía, etc. El cancelario de la Universidad llamó al altivo i fanático rector para reconvenirlo, encontrando, sin sorpresa de su parte, que hacia público alarde de la oposicion a la reforma, bien apoyados sus razonamientos en testos sagrados que probaban que el sacerdote no debia saber jeografía ni frances, para mejor combatir la herejía. Funes salió esta vez de su habitual mansedumbre i lo mandó preso a su colejio de Loreto, órden que afectó tanto al orgulloso rector que cayó desmayado i fué preciso conducirlo en brazos. Pocos dias despues, el doctor Allende en casa del obispo Orellana, al pie de una boleta de exámen de órdenes que rendia el doctor Caballero, de Córdova, escribió *Doctor Leopoldo All*. . . i cayó muerto. Como era de temerlo, este triste incidente abultado, desfigurado, fué a engrosar la lista de los cargos contra el innovador, que habia quebrantado la fatuidad del ignorante doctor. La vacante que aquella muerte dejó en el rectorado de Loreto, fue llenada, no obstante, por persona idónea, i la reforma se introdujo entónces sin dificultad.

Por este tiempo, estamos en el año nueve, empezaban a sentirse lijeros movimientos en el mundo político de la España. Ventilábanse con ardor en Chuquisaca entre la audiencia i su presidente Pizarro, los derechos de la *Carlota* al trono de España i América durante la cautividad de Fernando; i Monteagudo, Otero, Bustamante, Postillo i otros porteños o arjentinos, no pudieron estorbar los movimientos revolucionarios que retardaban planes que se estaban urdiendo en Buenos Aires i tenian ramificaciones en La Paz, Chuquisaca, Lima i otros puntos de América. Muchos hilos de la trama, sino todos, pasaban por Córdova bajo la mano suave i entendida del doctor i dean. Su fama de sabiduría, su influencia en el clero, sus relaciones con todos los hombres distinguidos de ambos vireinatos, la reunion misma de tantos alumnos de tan varios paises, hacian del célebre dean el centro natural de todos los movimientos preparatorios de la revolucion de la independencia.

El primer aviso que se tuvo en Córdova de la revolucion del 25 de mayo de 1810, llególe al dean, circunstancia que lo comprometia sobremanera ante las autoridades reales. Hallábase a la sazon en Córdova, su amigo el ex-virei Liniers, i habiéndose reunido una junta para deliberar sobre el cambio obrado en Buenos Aires, a consecuencia de las circulares que el nuevo gobierno enviaba a las provincias, presidida por Liniers i compuesta en su mayor parte de peninsulares, del gobernador Concha, el obispo Orellana, españoles, el dean Funes invitado, como era debido, a dar su voto en tan solemne deliberacion, en presencia de su obispo, como ante el cónclave de carnenales Sixto V, arrojó las muletas del disimulo i se declaró americano, arjentino, patriota i revolucionario. A su amigo Liners pudo decirle entónces como Franklin a Lord Strahane: "vos sois miembro del parlamento i de esa mayoría que ha condenado mi pais a la destruccion.... Vos i yo fuimos largo tiempo amigos. Vos sois ahora mi enemigo!"

Ni un solo voto reunió el dean en favor de su idea de que se reconociese simplemente la Junta Gubernativa de Buenos Aires. Liniers, el obispo, el jeneral Concha, el coronel Allende, don Victorino Rodriguez, asesor de gobierno i hombre de grande i merecida influencia, apoyados en todos los europeos de Córdova, i en la momentanea turbacion de los ánimos no preparados para golpe tan osado, declararon su oposicion al gobierno de Buenos Aires i la guerra al ejército que habia salido en proteccion de las provincias. Pero el mal estaba ya hecho, i lanzado el dardo que dejaba herido de muerte el sistema español. Como en todas las grandes revoluciones, no eran ni decretos, ni soldados los instrumentos que debian preparar los acontecimientos, eran sanciones morales, eran prestijios, principios; la revolucion se dirijia al espíritu i no al cuerpo, i el voto único del dean Funes, del sabio americano, era el voto de los pueblos. El dean, mandó ejemplares de su voto a todas las provincias i aun a Lima, sede del mas poderosos de los vireinatos, i cuando el virei Abascal decia en sus proclamas i gacetas que la revolucion de Buenos Aires era hecha por unos cuantos hombres perdidos, por algunos *salvajes* criollos, la conciencia pública de un estremo a otro de la América, repetia el nombre del doctor don Gregorio Funes, cancelario de la Universidad de Córdova, que habia educado en las nuevas ideas una jeneracion de atletas. El virei Abascal, como es frecuente en estos casos, mandó confiscar en el Perú los bienes pertenecientes a los *salvajes* revoluciona-

rios arjentinos, ascendiendo la cosecha a cerca de cuatro millones de pesos, en los valores que tenian arjentinos residentes en Lima i transeuntes que a la sazon se encontraban con cuantiosos arreos de mulas. Tocóle al dean perder sesenta mil pesos de su fortuna, que manejaba su sobrino don Sixto, i responder por créditos que habian quedado abiertos en Córdova i Buenos Aires, participando igualmente del contraste don Ambrosio su hermano, don Domingo i otros deudos que poseian grandes intereses en Lima. Un señor Candiote, de Santa Fé, perdió él solo seiscientos mil pesos. Por lo que hace al dean, este golpe de habilidad despótica, sin apartarlo de su propósito, que no se inquieta mucho el cerebro que piensa por la calidad de los alimentos que han de entrar en el estómago, ejerció, sin embargo, una triste influencia sobre los últimos dias de su vida. El gobierno español de Córdova puso en actividad sus medios de accion sobre los otros pueblos para inducirlos a desconocer la Junta Gubernativa de Buenos Aires. Dependian entónces de Salta las ciudades de Santiago del Estero, Tucuman i Catamarca. Era obispo de aquella diócesis, aquel majistral Videla que habia pasado del Paraguai a Salta, por apartar de la cabeza de Funes esta mitra; i decidióse por rivalidad con el dean en favor de la pasiva obediencia a los reyes; i el rencoroso obispo apoyado por el gobernador Isasmendi, hubiera arrastrado a aquellas provincias a declararse por la resistencia, si Moldes, Gurruchaga, Castellano, Cordejo i Saravia, amigos i admiradores de Funes, no hubieran hecho viva oposicion al desacordado intento, en despecho de la intendencia de Potosí, que se habia dejado arrastrar por las sujestiones de Córdova.

El ejército de Buenos Aires penetró por fin en Córdova, i la influencia moral del dean Funes i sus principios, empezaron a prevalecer en la ciudad, pudiendo desde entónces estenderse, sin dificultad i sin trabas, sus doctrinas a todas las clases de la sociedad, i diseminarse por las otras provincias. Por esta época, su sobrino, don Juan Luis Funes, miembro de la rama de su familia establecida en San Juan, siendo oficial de milicias, depuso, mediando un discurso hecho al frente de la tropa cívica, a todos los españoles que aun estaban en el servicio público, con lo cual quedaba consumada en San Juan la revolucion iniciada en Buenos Aires i triunfante ya en Córdova.

Pero aun habia campo mas digno para que se ejerciese su pacífica influencia. La revolucion iniciaba su triunfo abando-

nándose a movimientos terribles de cólera, señalando ya ilustres víctimas espiatorias, dignas de su culto, i en Córdova iba a levantarse el altar en que debian ser inmoladas. Es el dean mismo quien nos ha conservado los detalles del suceso.

"La junta, dice, habia decretado cimentar la revolucion con la sangre de estos hombres aturdidos, e infundir con el terror un silencio profundo en los enemigos de la causa. En la vijilia de esta catástrofe pude penetrar el misterio. Mi sorpresa fué igual a mi afliccion cuando me figuraba palpitando tan respetables víctimas. Por el crédito de una causa, que siendo tan justa iba a tomar desde este punto el carácter de atroz, i aun sacrílega en el concepto de unos pueblos acostumbrados a postrarse ante sus obispos; por el peligro de que amortiguase el patriotismo de tantas familias beneméritas; en fin, por lo que me inspiraban las leyes de la humanidad, yo me creí en la obligacion de hacer valer estas razones, ante don Francisco Antonio Ocampo i don Hipólito Vieytes, jefes de la espedicion, suplicándoles suspendiesen la ejecucion de una sentencia tan odiosa. La impresion que estos motivos i otros que pudo añadir mi hermano don Ambrosio Funes, produjo el efecto deseado pocas horas ántes del suplicio [1]

Los presos fueron trasladados a Buenos Aires; pero en el camino encontraron en lugar aciago, al terrible Representante del Pueblo, que hizo ejecutar la implacable sentencia de la Junta Gubernativa contra los que habian osado encender la primera chispa de la guerra civil, como si desde entónces hubiesen previsto, que ahí estaba el cáncer que mas tarde debia devorar las entrañas de la República.

La Junta Gubernativa para dar sancion a sus actos, habia convocado un congreso de diputados de las provincias, i el dean Funes acudió a Buenos Aires por la ciudad de Córdova a prestar el concurso de sus luces i de su influencia al nuevo gobierno. ¿Cuáles debian ser las funciones de este congreso? ¿Continuaria la Junta Gubernativa como hasta entónces, ejerciendo el poder bajo la sancion, pero separadamente del congreso incompleto que acaba de reunirse? Hé aquí un atolladero, de donde no pudieron salir sin desmoralizacion, i sin dejar hondas brechas abiertas en la armonía de las provincias i de la capital. Traida a discusion la materia, el diputado por Mendoza dijo: "que se incorporasen los diputados a la

1 *Bosquejo de nuestra revolucion*, páj. 491.

junta para ejercer las mismas funciones que los vocales que hasta entónces la habian formado."

El secretario de la junta, doctor don Juan José Passo, dijo: "que los diputados de las provincias no debian incorporarse a la junta, ni tomar parte activa en el gobierno provisorio que ésta ejercia."

El presidente de la junta, don Cornelio Saavedra, dijo: "que la incorporacion de los diputados a la junta no era segun derecho; pero que accedia a ella por conveniencia pública."

El secretario de la junta, don Mariano Moreno, dijo: "que considera la incorporacion de los diputados en la junta contraria a derecho, i al bien jeneral del Estado, en las miras sucesivas de la gran causa, de su constitucion, etc.[1]" Sobre estos diversos pareceres, i la peticion formal que habian hecho los nueve diputados de las provincias, reclamando "el derecho que les competia para incorporarse en la junta provisional, i tomar una parte activa en el mando de las provincias hasta la celebracion del congreso que estaba convocado," se decidió la incorporacion, formándose un gobierno ejecutivo de veinte i dos miembros, preñado de tempestades, de celos de provincia, i mas que todo, lleno de una inesperiencia candorosa en todo lo que concernia a las prácticas de los gobiernos libres. "El mas influyente de todos los diputados, dice un autor contemporáneo, i que mas concurria a esta falta, Funes, se esplica así, en su *Ensayo sobre la revolucion:* "dando a los diputados una parte activa en el gobierno, fué desterrado de su seno el secreto de los negocios, la celeridad de la accion i el vigor de su temperamento.[2] "

Pero era aun mayor el cúmulo de males que esta medida i los desaciertos que la provocaron i siguieron, iban a traer para el porvenir de la República. La cuestion apénas despertada en aquella junta indefinible, se diseñó bien claro i se deslindó en la opinion, que se dividió en bandos de *provincialistas* i *ejecutivistas*, jérmen ya de la cuestion de federales i unitarios que habia de enjendrar el monstruoso híbrido que se ha llamado *Héroe del Desierto*, porque ha sa-

1 Acta de la junta provisional gubernativa de 18 de diciembre de 1810.

2 *Arengas del doctor Moreno*, tom. 1. páj. 170 del prefacio; i Funes, *Ensayo histórico* ya citado.

bido despoblar en efecto a su patria. ¿Qué es ese gobierno, federal o unitario? Que responda él, el torpe!

Como debia esperarse, la convencion ejecutiva se desmoralizó bien pronto, viéndose forzada a disolverse por su impotencia, delegando en una comision los no deslindados poderes, hasta la reunion de una asamblea nacional. El descontento público se cebó bien luego contra la comision, i una tentativa de subversion, atribuida a influencias de Funes, trajo a este su encarcelamiento. Entónces reapareció en Córdova la antigua ojeriza con Buenos-Aires, a quien diputaba la supremacia la docta ciudad central. El clero de Córdova, la Universidad i el colejio de Monserrate, en despecho de los ejecutivistas que estaban en el gobierno, enviaron sus respectivas disputaciones a Buenos-Aires a pedir por la libertad del que llamaban su padre comun. El gobierno de Buenos-Aires desoyó aquellas peticiones, i la ciudad de Córdova se echó en la contra–revolucion, apegándose i favoreciendo a cuanto caudillo queria ahogar la libertad en el crímen, desde Artigas, el bandido montevideano, hasta Bustos, el desertor de Arequito. La lucha de ideas entre las dos ciudades pasó, dejenerándose de la ciudad a la campaña, i el último representante del orgullo doctoral de Córdova, es hoi un pastor de ganados, gobernador federal.

El dean Funes, olvidado bien pronto por Córdova i Buenos-Aires, por ejecutivistas i provincialistas a cuyos desmanes no queria prestar su sancion, se consagró al estudio de la historia de su patria, i en 1816 la imprenta de Gandarillas i socios, emigrados chilenos, dió a luz el *Ensayo histórico de la historia civil del Paraguai, Buenos-Aires i Tucuman, escrita por el doctor don Gregorio Funes, dean de la Santa Catedral de Córdova*, en tres volúmenes en cuarto, i terminada su impresion en 1817, por Benavente, hoi presidente del senado de Chile, que así anduvieron siempre chilenos i arjentinos en sus respectivas emigraciones.

Esta obra que venia confeccionando de treinta años atras, pues ya tocaba a los setenta de edad cuando la publicó, revela que ha sido escrita en los tiempos coloniales, i preparada para recibir el sello de la censura oficial sin mancharla. Hai, sin embargo, en su introduccion conceptos dignos de memoria. "Habia de llegar por fin, dice el ilustre patriota, el dia en que no fuese un crímen el sentimiento tierno i sublime del amor a la patria. Bajo el antiguo réjimen el pensamiento era un esclavo, i el alma misma del ciudadano no le

pertenecia. Siempre en accion la tiranía, los vicios de los que nos han gobernado nos servirán de documentos para discernir el bien del mal, i elejir lo mejor." "Los reyes de España, bajo cuyo cetro de acero hemos vivido, temian la *verdad;* el que se hubiese atrevido a proferirla, habria sido tenido por un mal ciudadano, por un *traidor!* Ya pasó esa época tenebrosa[1]. . . . "

Ah! aun no ha pasado para vuestros descendientes, ilustre Funes! La negra nube que pesó sobre las colonias tres siglos, rompióse un dia para dejar escapar de su seno el 25 de mayo, Chacabuco, Maipú, la libertad de cultos, i los varios congresos arjentinos, i se cerró otra vez, torba, hedionda, sangrienta! Desde entónces, como ántes, se temió la verdad, i el que se atreve a proferirla, es llamado mal ciudadano, traidor. Oid a vuestro discípulo renegado, el doctor Echagüe, a cuyo asentimiento ha apelado el tirano para finjir que hai una opinion pública que me condena, realizando lo que vuestra ciencia de la historia os habia revelado, cuando decíais "que no se nos hable de ratificacion de los pueblos: la fuerza en el que manda i la *hipocresía en el que obedece,* caminan por lo comun a pasos paralelos[2]." Precursor ilustre de la revolucion! seguiré yo i seguirán otros tus consejos; "solo para los pueblos pusilánimes, decíais, sirven de desaliento los peligros; los varoniles cuentan el número de sus esfuerzos por el de sus desgracias; la fortuna entra en el cálculo de las cosas dudosas; no confian sino en su virtud[3]."

En 1819 vuelve a aparecer en la vida pública el dean Funes, presidente del Congreso Constituyente. En el manifiesto en que daba cuenta de los trabajos del congreso que habia sancionado la *Constitucion de la Provincias Unidas de Sud América,* mandada publicar en 30 de abril de 1819, decia entre otras cosas: "la escasa poblacion del Estado pedia de justicia que nos acercásemos al oríjen de un mal que nos daba por resultado nuestra comun debilidad. Este no era otro que el despotismo del antiguo réjimen, cuyos estragos son siempre la *incultura,* la *esterilidad,* i el desierto de los campos. Autorizando el Congreso al supremo Director del Estado, para adjudicar tierras valdías, dió la señal de que se rejia por

1 *Ensayo.* Prólogo, páj. X.

2 *Bosquejo de nuestra revolucion.* Tom. III del *Ensayo histórico,* páj. 500.

3 *Bosquejo,* ibid. 502.

un espíritu reparador" .... "La ignorancia es la causa de esa inmoralidad que apoca todas las virtudes, i produce todos los crímenes que aflijen las sociedades. El Congreso escuchó con el mayor interes i aprobó la solicitud de varias ciudades, en órden a recargar sus propios haberes, para establecer escuelas de primeras letras, i otras benéficas instituciones. No hai cosa mas consoladora que ver propagado el cultivo de la educacion pública. Los trabajos consagrados por el supremo Director del Estado al progreso de las letras en los estudios de esta capital, i los que se emplearon en las demas provincias, servirán con el tiempo para formar hombres i ciudadanos. Sensible el Congreso a sus laudables conatos, aplicó la parte del erario en las herencias transversales a la dotacion de los profesores[1]."

Este era el último acto de la vida pública del dean Funes. En pos del congreso constituyente venia aquella descomposicion de la vieja sociedad, aquella lucha de todos los elementos de organizacion, aquel frenesí que llevaba a la discusion a bayonetazos en las calles de Buenos Aires, la resolucion de las mas frívolas personalidades, i que terminó en 1820 con el triunfo de Martin Rodriguez, i el principio de una nueva era de nuestra historia. Habia dicho al principio que los hombres de la época de Funes tenian dos caras, dos existencias, una colonial, otra republicana. Desde Martin Rodriguez adelante, esta jeneracion intermediaria se oscurece i anonada en presencia de hombres nuevos, que parece no han conocido las colonias; porvenir puro, si es posible decirlo, pues no tienen en cuenta nada de lo pasado. El dean Funes comprende ménos lo que se pasa desde entónces a su vista, como no es ya comprendido él, ni estimado por la nueva jeneracion de literatos, de escritores, filósofos, poetas i políticos que se eleva. Su papel tan grande, tan espectable en 1810, se apoca, se anonada en presencia de la olvidadiza ingratitud de la jeneracion próxima, ¿Ni qué podia quedar ya para el anciano cancelario de la universidad de Córdova, i diputado a aquellos primeros congresos, ensayos casi infantiles de la impericia gubernativa? Su estado lo alejaba de los negocios seculares, su edad apartaba de su mente la idea de esperar del tiempo la realizacion de todo designio, i hai hombres a quienes nada puede salvar de la muerte, porque se ha modificado la atmósfera en que se habian desenvuelto.

1 Sesiones del Congreso.

Todavía circunstancias accidentales precipitaban en los ánimos su decaimiento. La reaccion de Córdova, que a nombre suyo, i por laudables motivos habia sido preparada por él en 1812, se habia ensañado contra él mismo, en sus estravíos posteriores. El virei Abascal le habia quitado toda su fortuna, la catedral de Córdova renegado a su dean, i él, que durante tantos años habia sido la gloria de sus letras, la joya de su coro i el árbitro del destino de tantos hombres, desde 1809 adelante, tuvo para vivir necesidad de vender uno a uno los libros de su biblioteca, deshacerse de su enciclopedia francesa tan estimada i rara entónces, desbaratar su coleccion de raros manuscritos, cambiando por pan para el cuerpo lo que habia servido para alimentar su alma. Aquella moralidad que le habia permitido encabezar la mas difícil de las reformas, que es aquella que cambiando el objeto i la idea de la ciencia, deja ignorante i sin valimiento a una jeneracion entera, flaqueaba esta vez en los conflictos de una vida miserable, sin rehabilitacion posible, sin objeto ya, i trasplantada a otro terreno. Háblase de pasiones amorosas encendidas en aquel corazon que habia ya resistido a sus seducciones durante sesenta i cinco años; i cuando la pobreza suma habia entrado a su hogar, una mujer vino a apartar de aquel espíritu fuerte, la desesperacion que sucede al desencanto. Debilidad humana! si estos hechos merecen consignarse en el recuerdo de los contemporáneos, debemos agradeceros, que hubiéseis atacado el cadáver del ilustre reformador, despues que estuvieron consumados los frutos de su alta i noble mision.

Otra circunstancia aun venia a amenguar en la opinion pública su antiguo valimiento. La cosmopolita república que habia palpitado con todas las emociones de la América, i hallado por tanto tiempo su sangre i sus tesoros tan bien empleados en Chile, como en Montevideo, en Lima como en su propio seno, empezaba entónces a concentrarse en sí misma para darse una nacionalidad arjentina. A su paso habia encontrado un hombre grande en gloria, en servicios a la independencia, que en influencia sobre la América pretendia oscurecerla i anonadarla; aquel hombre grande i aquella república habian empezado a odiarse i a perseguirse. El anciano dean no comprendia nada de estas esclusiones i de aquellas antipatías, i como si aun estuviera en el siclo de oro de la revolucion, cuando se aunaban en un propósito los colonos, ya residiesen en Charcas, Buenos Aires o Santiago de Chile, aceptaba candorosamente el cargo de ajente caracterizado de Bolí-

var en la República Arjentina, i en recompensa la renta de un deanato en Charcas, sustraida por aquél a la circunscripcion de las Provincias Unidas del Rio de la Plata; hartos motivos todos i sobrados para justificar la decadencia de su influjo en los dominios de la política.

Su reputacion literaria no debia escapar tampoco a la lima del tiempo i del progreso. Tenemos una preocupacion en América, que hace a hombres bien intencionados dar suma importancia al estudio de nuestra historia de colonos. Pero aquella historia ha sido repudiada por la revolucion americana, que es la negacion i la protesta contra la lejitimidad de los hechos i la rectitud de las ideas del pueblo de que procedemos. Norte América se separaba de la Inglaterra sin renegar la historia de sus libertades, de sus jurados, sus parlamentos i sus letras. Nosotros, al dia siguiente de la revolucion, debíamos volver los ojos a todas partes buscando con qué llenar el vacío que debian dejar la inquisicion destruida, el poder absoluto vencido, la esclusion relijiosa ensanchada.

Una historia de las colonias para incorporarse en nuestra vida actual, necesita, pues, un grande i severo estudio de nuestro modo de ser, i el *Ensayo de la historia civil del Paraguai* estaba mui léjos de llenar aquellas condiciones. Nutrido su autor de la lectura de cerca de cuarenta cronistas que sobre aquellas rejiones han hablado, flaqueaba su trabajo por la parte crítica, dejándose llevar del pésimo gusto de los antiguos historiadores de las cosas americanas, de intercalar prodijios, milagros i patrañas de su invencion o recojidas entre las vulgares tradiciones, en la narracion de hechos, que por ser mezquinos i materiales, alejan toda simpatía i cansan la curiosidad del lector. Añádase a esto que el autor usa de los tesoros de su erudiccion, tanto en las americanas crónicas, como en los libros clásicos de la Europa, que casi él solo poseia, con un total olvido de que escribia en el albor de una época que iba a poner al alcance de todos, los elementos mismos de su saber. Así, el lector empezó a percibirse en muchos de sus trabajos de que ocurrian frases, períodos, que ya habian sonado gratos a sus oidos, i pájinas que los ojos se acordaban de haber visto. Sobre el dean Funes ha pesado el cargo de plajiario, que para nosotros se convierte mas bien que en reproche, en muestra clara de mérito. Todavía tenemos en nuestra literatura americana autores distinguidos que prefieren vaciar un buen concepto suyo, en el molde que a la idea imprimió el decir clásico de un autor esclarecido,

García del Rio es el mas brillante modelo de aquella escuela erudita, que lleva en sus obras incrutados como joyas, trozos de amena literatura i pensamientos escojidos. Una capa anterior a este bello aluvion de los sedimentos de la buena lectura dejó la compilacion, la apropiacion de los productos del injenio de los buenos autores a las manifestaciones del pensamiento nuevo. Campmany, en España, pertenece a esta familia de escritores que traducen pájinas francesas i las emiten a la circulacion bajo la garantía de su nombre i engalanadas con el ropaje de un lenguaje castizo; *el Médico a palos* de Moratin era *le Médecin malgré lui* de Molière.

Aquello, pues, que llamamos hoi plajio, era entónces erudicion i riqueza; i yo prefiriera oir segunda vez a un autor digno de ser leido cien veces, a los ensayos incompletos de la razon i del estilo que aun están en embrion, porque nuestra intelijencia nacional no se ha desenvuelto lo bastante, para rivalizar con los autores que el concepto del mundo reputa dignos de ser escuchados.

Los escritos del dean Funes muestran que hubiera podido vivir sin tomar de nadie nada de prestado. Así lo juzgaron jueces competentes, entre ellos el obispo Gregoire, que rindiendo el mas alto homenaje a su talento i vasta instruccion, motivó con su crítica la refutacion del dean Funes sobre el papel que Las Casas habia desempeñado en la propagacion de la esclavatura; querella literaria sostenida con lucimiento i cortesanía desde Francia i Buenos-Aires, i que hizo conocer en Europa la obra del dean Funes, que le habia dado motivo.

En medio de tantas atenciones profanas, su ciencia de las cosas sagradas no quedó ociosa tampoco, dedicando a Bolívar su refutacion de *Un proyecto de Constitucion relijiosa*, propuesto por el señor Llorente, sabio español, célebre por sus *Anales de la Inquisicion*.

Ensayóse en la biografía, tomando por asunto la interesante vida del jeneral Sucre, en lo que servia sus predilecciones por Bolívar.

Rivadavia encargó al anciano dean la traduccion de la obra de Daunou, *Ensayo sobre las garantías individuales que reclama el estado actual de la sociedad*, con cuyo motivo decia en el prólogo, en nota del traductor, elojiando aquella solicitud de un gobierno de propagar entre sus gobernados los principios que sirven de sustentáculo a la libertad: "no hai tirano tan incauto que abra los ojos a aquellos a quienes

tiraniza i les ponga las armas en las manos con que lo deban combatir." Acompañó su trabajo de anotaciones propias, muchas de ellas de un raro mérito. Parece estudiada esta observacion colocada al fin de la nota 2.ª: "el temor de las leyes es saludable; el temor a los hombres, es oríjen funesto i fecundo de crímenes." ¡Cuán amarga confirmacion ha tenido este axioma en su pobre patria, ahora que la voluntad de un estúpido brutal es la suprema lei del Estado! Su tolerancia en materias relijiosas, la ha dejado espresada con una profundidad de miras que sorprende en su nota 8.ª, que mereceria ser reproducida íntegramente: "la emulacion en todas materias, dice, es lo que da un nuevo ser i una nueva vida. Ella ha sido siempre la fuente de un celo ardiente, i de esos jenerosos sentimientos que elevan el alma i la llenan de una noble altivez i de una confianza magnánima. ¿Quién puede dudar que esta se dejaria sentir en un estado entre profesores de diversos cultos?" i en la nota 13, justificando las reformas necesarias añade: "no hai que temer esas ajitaciones que escandalizaron los siglos pasados; el volcan del Vaticano se apagó ya, i pasó el tiempo en que con un pliego de papel se podian conmover los sentimientos de un estado."

El doctor Anchoris, editor de la edicion segunda de la traduccion de Daunou, aseguró en aquella época a un respetable señor que nos comunica algunas noticias a cerca de Funes, que éste habia merecido la aprobacion del autor frances en cuanto a las doctrinas que rebatió en las notas de la traduccion. "Muchas de las opiniones de Ud., le decia desde Paris, son preciosas, i han servido para rectificar mis juicios."— En aquellos tiempos, el nuevo i el antiguo mundo estabán anillados por el pensamiento. Rivadavia era el amigo i el corresponsal de Lafayette i de Bentham, cuyas máximas de derecho se enseñaban en la universidad de Buenos Aires; i el dean Funes, levantaba la cabeza hasta la altura de Gregoire i de Daunou, con quienes discurria de igual a igual.

Tambien redactó el *Argos* en Buenos Aires, cerca de cuatro años, por proporcionarse medios de vivir, i en aquella coleccion de escritos puede el lector entendido encontrar reflejadas las preocupaciones de la época, i el tinte especial del prisma de su intelijencia.

Despues de estos trabajos el ilustre patriota se eclipsa entre los dolores de la vejez, de la miseria i el olvido. El dean Funes hacia tiempo que habia muerto en la opinion de sus contemporáneos, no obstante que las colonias no han presen-

tado quizá vida mas larga ni mas completamente llenada. Sus trabajos literarios pueden ser por el progreso de las luces eclipsados, no obstante que su *Ensayo* es hasta hoi la única historia escrita de la colonizacion de las comarcas a que se contrae, la única que la Europa ha recibido de la América, mostrando este hecho cuán fácil i pretensiosa es la crítica que destruye, sin poner nada en cambio de lo que declara de poca lei. Sus teorías políticas han pasado con su época, i sus trabajos en congresos i gobiernos, confundido su nombre en el catálogo de tantos otros ilustres obreros; pero su reforma de los estudios de la universidad de Córdova, la rara intelijencia que mostró en época en que tan pocos conocian en América el nuevo campo en que se habia lanzado la intelijencia humana, constituyen al dean Funes el precursor de la revolucion americana en su manifestacion mas bella, en reformador de las ideas coloniales; i en este sentido su lugar en la historia no debe ceder en nada la preferencia a Bolívar, Moreno, San Martin i tantas otras poderosas palancas de accion. Son muchos los que pueden pararse en medio del camino de la historia para hacerla cesgar por el rumbo que le señalan las ideas nuevas, poquísimos, empero, los que tienen la prevision de tomar la intelijencia misma para inocularla un principio grande, i lanzarla en el mundo a dar nueva faz a los pueblos; i el célebre dean pertenece a este número. ¡Cuántos esfuerzos debió costarle la realizacion de su pensamiento! ¡Cuánto amor para fecundarlo! Cuánta entereza para llevarlo a cabo! ¿I a quién, sino a él le ha cabido la gloria de sembrar la semilla, i ver florecer la planta, aunque hubiesen de clavar sus manos las espinas de que venia rodeada?

En 1830 preludiaba una nueva era en la historia de la República Arjentina, indecisa aun como la frontera que divide dos naciones distintas. A la década de la independencia, que alcanzó hasta el congreso de 1819, se había seguido la de la libertad hasta 1829; a ésta se sucedia otra, preñada de amenazas i de peligros. El aire se habia sosegado ya de traer a los oidos las detonaciones del combate de los partidos: habíase disipado la densa nube de polvo de las masas de jinetes que Rosas habia empujado sobre la altiva Buenos Aires para compelerla a recibirlo. En una de esas noches tristemente tranquilas que ofrecen las capitales despues de sometidas, paseábase el mas que octojenario dean Funes en las callejuelas tortuosas del *Wauxhall*, jardin ingles en el corazon de Buenos Aires, fundado por una sociedad como lugar de recreo i pro-

piedad entónces de Mr. Wilde, que lo habia creado. Aquel espacio de tierra cultivado con la gracia del arte ingles, aquellas flores que se combinan con arbustos florescentes, aquellos zotillos en que la mano del hombre remeda las gracias de la naturaleza, eran hasta entónces el mejor contraste que la cultura europea podia hacer con la desierta pampa; era un fragmento de la Europa trasportado a la América, para mostrarle cuál deben ostentarse un dia sus campañas, cuando al abandono de la naturaleza silvestre, se haya sucedido la ciencia i los afanes del labrador intelijente. Al *Wauxhall* acudian las familias de Buenos Aires a creerse civilizadas, en medio de aquellos árboles, frutas i flores tan esmeradamente cultivadas; a *Wauxhall* pedian circo i espectadores los equilibristas, equitadores i saltinbanquis que llegaban de Europa; a *Wauxhall*, en fin, asistia de vez en cuando el octojenario dean Funes a aspirar los últimos perfumes de la vida, a engañar sus miradas i sus oidos en aquel oásis de civilizacion que tardaba en estender sus ramificaciones sobre el agreste erial de la pampa; i en aquellas callejuelas sinuosas que esconden a la vista una sorpresa convidando a la plácida contemplacion de la naturaleza, rodeado de aquella familia póstuma a su vida pública, a las virtudes de su estado i aun a la edad ordinaria de las emociones mas suaves del corazon, al aspirar el perfume de una flor, el dean se sintió morir, i lo dijo así a los tiernos objetos de su cariño, sin sorpresa, i como de un acontecimiento que aguardaba. Murió a pocos minutos, en los últimos dias de la república que él habia mecido en su cuna, en el seno de la naturaleza, ménos feliz que Rousseau, que dejaba la tierra preñada de un jérmen fecundo que no debia ver agotarse. Moria la víspera de triunfar Rosas, divisando a lo léjos la sangrienta orla de llamaradas que anunciaba la vuelta del *antiguo réjimen*, rejuvenecido, barbarizado en el caudillo salvaje de la pampa, como si hubiese querido salirse del teatro de la vida en que tan horrible drama iba a representarse; como si cerrase los ojos para no ver a sus discípulos los Carriles, Alsinas, Varelas, Gallardos, Ocampos, Zorrillas proscritos; las universidades cerradas, envilecida la ciencia, i una pájina horrible de baldon agregada a la historia que él habia escrito. Un dia iré a buscar con recojimiento relijioso, entre otras tumbas de patriotas, el lugar que ocupa la que un decreto mandó erijir a su memoria.

EL OBISPO DE CUYO

José Manuel Eufracio de Quiroga Sarmiento, hijo de doña Isabel Funes i de don Ignacio Sarmiento, hoi obispo de Cuyo, rayando en los setenta i tres años, es uno de los caractéres mas modestos que pueden ofrecerse a la consideracion de los hombres.

A mediados del siglo pasado el apellido Sarmiento se estingue en San Juan por la línea masculina. Entónces los hijos de una señora doña Mercedes Sarmiento i de un Quiroga, toman el apellido de la madre, tradicion que perpetúa el actual obispo de Cuyo, apellidándose de Quiroga Sarmiento. En 1650 encuéntrase en los archivos, rejistrado el nombre de una señora doña Tránsito Sarmiento; de ahí para adelante se me pierde la traza de esta familia, i los mas laudables esfuerzos de mi parte no han alcanzado a ligarla al adelantado Sarmiento, fundador de la colonia de Magallanes, de aciaga memoria, no obstante haber tradicion de que los Sarmientos de San Juan eran viscainos como aquél. Habria saltado de contento de haber podido referir a tan noble oríjen mis esfuerzos por repoblar el estrecho. Entónces reclamaria como propiedad de familia, aquel imponente pico llamado Monte Sarmiento que alza su majestuosa frente en la punta de la América del Sud, contemplando ambos mares, desolado por las tormentas del Cabo, i engalanado de cascadas sublimes que se despeñan al mar desde sus cimas. Pero, debo decirlo en conciencia, no me considero con títulos suficientemente claros partan altas i polares pretensiones.

El obispo Sarmiento es simplemente un viejo soldado de la iglesia, que ha hecho centinela durante medio siglo a la puerta de la casa del Señor, sin que los trastornos de que ha sido testigo, lo hayan distraido un momento de sus tareas evanjélicas. Clérigo, sota-cura, vicario sufragáneo, cura rector, dean i obispo de aquella iglesia matriz i despues catedral de San Juan, él ha sido el administrador solícito en la conservacion del templo, el ejecutor pasivo de los progresos obrados por otros mas osados. Su vida pública se liga solo a las grandes calamidades que han pesado sobre San Juan; entónces el cura es el representante nato del pueblo, la iglesia el refujio de los perseguidos, i el obispo el paño de lágrimas de

los que padecen. Cuando el número 1 de cazadores de los Andes se sublevaba, cuando Carrera invadia con su espantable montonera, cuando Quiroga erizaba la plaza de banquillos, en todos los dias de conflicto, la casa del cura o del obispo, era el campo neutro en que perseguidores i perseguidos, verdugos i víctimas, podian verse sin temor i sin saña. He aquí toda la historia política de este hombre, miembro i jefe de todas las comisiones enviadas por el pueblo delante de todos los opresores, a pedir gracia por las familias; gobernador de la ciudad en los dias de acefalía, a la mañana siguiente de una derrota, la víspera de la entrada del enemigo, en aquellas tristes horas en que la luz del sol parece opaca, i se aguza instintivamente el oido para escuchar rumores que se espera oir a cada momento, como ruido de armas, como tropeles de caballos, como puertas que despedazan, como alaridos de madres que ven matar a sus hijos.

I sin embargo del modesto papel de este tímido siervo, hai en San Juan una historia suya escrita en caractéreres indelebles, la única que las pasiones del momento no amancillan, la única que sobrevive a las vicisitudes de la opinion, mas destructoras que las del tiempo mismo. Lo que hoi es catedral de San Juan, fué ántes el templo de la Compañía de Jesus, hermoso edificio de arquitectura clásica, correctísima en el interior, si bien su fróntis terminado mas tarde, es ménos severo, aunque gracioso. Todos los antiguos templos de San Juan han desaparecido uno a uno, desmoronados por la incuria, desiertos por la muerte natural de las órdenes relijiosas que atraian a los fieles a frecuentarlos con sus novenas, maitines i solemnidades. La construccion civil i relijiosa ha tenido un dia en San Juan en que ha hecho alto, para que comenzase desde entónces la destruccion rápida que la barbarie de los que gobiernan obra por todas partes. La *pirámide* de Jofré fué la última obra pública acabada; las casas consistoriales construidas en 1823, en la esquina de la plaza i a punto de terminarse, son hoi un hediondo monton de ruinas, guarida de sabandijas; i archivos públicos, imprenta, hospitales, escuela de la patria, alamedas, todo ha sucumbido en veinte años, todo ha sido destruido, robado, aniquilado. En medio de esta disolucion universal, de aquel destrozo de todo cuanto es de la incumbencia de la autoridad pública conservar i mejorar, grande esfuerzo habria sido resistir al mal espíritu dominante; pero es muestra sublime de consagracion la de aquella autoridad que ella sola adelanta, miéntras las otras

dejan destruir o impulsan la destruccion; i este es el raro mérito del doctor don José Manuel Eufracio de Quiroga Sarmiento, ya sea que se le haya apellidado cura, dean u obispo de la iglesia encargada a su cuidado. En 1824 emprendió estucar el hermoso fróntis, i levantar la segunda torre que habia quedado sin terminar. En 1826, encomendó a don Juan Espada, herrero i armero español de estraordinario mérito, la construccion de una gran puerta de hierro forjado para el bautisterio, que es una obra de arte i la única que puede ostentar San Juan. En 1830 habilitó, parapetándolas de balaustradas, las tribunas que los jesuitas habian preparado entre los claros de las columnas toscanas que embellecen de distancia en distancia los lienzos de las murallas del templo, i que en las grandes solemnidades, dan, cuando llenas de jente, graciosa animacion al espectáculo. En el entretanto reunia una coleccion esquisita de ornamentos bordados de realce, como pocas catedrales pueden ostentar hoi en América, figurando entre ellos los ternos de un faustuoso cardenal de Roma, que se hizo procurar. Las columnas han sido revestidas de colgaduras en 1847, i artistas italianos fueron llamados de Buenos Aires no ha mucho, para renovar o completar el dorado de los altares que son de una construccion elegantísima; i la catedral hoi en su ornato, belleza i frescura, se muestra como el único oásis de civilizacion i de progreso, en aquella malhadada provincia que desciende a pasos rápidos a aldea, indigna de ser habitada por hombres cultos.

Dícese que el anciano obispo ha testado ya en favor de su iglesia, como aquellos navegantes que han envejecido mandando su buque, i hacen al casco su legatario universal; i a punto estoi de perdonarle esta que pareceria estraviada caridad con la compañera de su vida, el instrumento de su elevacion, i el objeto de sus desvelos durante medio siglo de existencia. Es preciso que en la sociedad haya virtudes de todo jénero, i no hai que exijirle, aunque nos dañe, al que ejerce una especial, que atienda a un tiempo a todas las otras.

El ántes cura Sarmiento, ha confesado cuatro horas al dia durante cuarenta años; cantado la misa del sacramento todos los juéves; predicado todos los domingos, no obstante su tartamudeo, a veces invencible; diversificando este trabajo diario, uniforme como el de las ruedas de un reloj, con la conmemoracion de las *ánimas*, el *Corpus*, la semana santa i las funciones de San Juan Bautista, patrono de la ciudad, i la solemne de San Pedro, con su correspondiente banquete da-

do a los magnates del vecindario; i como si estas tareas no fuesen bastantes a desobligar su celo, a la *escuela de Cristo* instituida por él, añadió despues la *salve*, cantada los sábados, tierna devocion que dejaron huérfana los frailes domínicos, cuando se desbandaron despues de la destruccion del templo, i que él recojió i trajo a su casa para honrarla. Otro tanto hizo con la *via sacra*, que se celebraba en la iglesia de Santa Ana, i que hubo de interrumpirse por la ruina de aquel edificio.

Comenzó a enseñarme a leer mi tio a la edad de cuatro años; fuí su monacillo durante mi infancia, i en los últimos años de mi residencia en San Juan su sobrino predilecto, atributo que conservo sin duda hasta hoi, si no es que el pobre viejo, sobre cuyos nervios obra tan fácilmente el miedo, no se lastimara de verme espuesto a quedar un dia en las astas del toro, como les ha sucedido a tantos otros que han pagado caro el tener un alma mas bien puesta que la del afortunado tirano que me fuerza a contar todas estas cosas.

El obispado que su antecesor el Iltmo. Oro habia creado, no ha ganado mucho durante la administracion del segundo obispo de Cuyo. La sublevacion contra las disposiciones de la Santa Sede obrada en 1839, por el doctor don Ignacio de Castro Ramos, continúa hasta hoi. Las provincias de Mendoza i San Luis no reconocen circunscripcion alguna en el mapa de la jeografía católica. Separadas por el papa de la diócesis de Córdova, no han querido reconocer como cabeza de la iglesia al obispo de Cuyo. Alienta i santifica estas querellas, el espíritu de aldea, que hace cuestion de amor propio provincial, pertenecer a la jurisdiccion de Córdova con preferencia a la de San Juan; i tal es la subversion de las ideas, que personas timoratas i aun el clero, viven en paz con su conciencia, en aquel estado de cisma i acefalía que no tiene razon que pueda justificar. Este asunto ha sido una fuente inagotable de pesares i de disgustos que han agriado la vida del anciano obispo.

Debido a estos pueriles disentimientos, el obispado que tantos bienes preparaba, ha sido una manzana de discordia echada en aquellos pueblos. Tengo entendido que entre las bulas del obispo hai una jeneral i como inherente a la fundacion del obispado, para celebrar matrimonios mistos, en cambio de una prohibicion de no permitir libertad de cultos, prohibicion que viola el tratado con Inglaterra, como lo hizo notar Rosas al gobernador de San Juan. El ilustrísimo Oro,

fundador del obispado, manifestó en 1821 al canónigo don Julian Navarro, de la catedral de Santiago, de cuya boca lo he obtenido, su firme creencia de que la iglesia no podia oponerse a las leyes civiles, que asegurasen el libre ejercicio de su culto a los cristianos disidentes, habiéndole suministrado datos i razones en qué fundar el escrito titulado: *El sacerdote Cristófilo. Doctrina moral cristiana, sobre los funerales de los protestantes*, que dicho canónigo dió a luz en defensa de un decreto de O'Higgins, que permitia establecer en Santiago i Valparaiso cementerios para protestantes, i contra cuya medida habian elevado una representacion treinta i nueve sacerdotes de Santiago, empeñados, en su celo estraviado, en negar sepultura a los hombres que no habian nacido católicos, i tuviesen la desgracia de morir en Chile. Recuerdo estos antecedentes, porque no ha mucho se ha negado en San Juan dispensa al único estranjero protestante que la ha solicitado para contraer matrimonio con una señorita de Mendoza, sin abandonar su culto; i aunque este acto esté mui en los instintos de esclusion que nos han legado nuestros padres, no es ménos funesto para la poblacion de aquellos paises, i establecimiento en ellos de europeos industriosos, morales e intelijentes. El señor Cienfuegos, obispo mas tarde de Concepcion ,dió en caso semejante, en 1818, por causal de la dispensa, la escasez de poblacion; i esta será siempre una razon que militará en su abono en los pueblos americanos.

LA HISTORIA DE MI MADRE

Siento una opresion de corazon al estampar los hechos de que voi a ocuparme. La madre es para el hombre la personificacion de la Providencia, es la tierra viviente a que adhiere el corazon, como las raices al suelo. Todos los que escriben de su familia, hablan de su madre con ternura. San Agustin elojió tanto a la suya, que la Iglesia la puso a su lado en los altares; Lamartine ha dicho tanto de su madre en sus *Confidencias*, que la naturaleza humana se ha enriquecido con uno de los mas bellos tipos de mujer que ha conocido la historia; mujer adorable por su fisonomía i dotada de un corazon que parece insondable abismo de bondad, de amor i de entusiasmo, sin dañar a las dotes de su intelijencia su-

prema que han enjendrado el alma de Lamartine, aquel último vástago de la vieja sociedad aristocrática que se transforma bajo el ala materna para ser bien luego el ánjel de paz que debia anunciar a la Europa inquieta el avenimiento de la república. Para los efectos del corazon no hai madre igual a aquella que nos ha cabido en suerte; pero cuando se ha leido pájinas como las de Lamartine, no todas las madres se prestan a dejar en un libro esculpida su imájen. La mia, empero, Dios lo sabe, es digna de los honores de la apoteósis, i no hubiera escrito estas pájinas, sino me diese para ello aliento el deseo de hacer en los últimos años de su trabajada vida, esta vindicacion contra las injusticia de la suerte. Pobre mi madre! En Nápoles, la noche que descendí del Vesuvio, la fiebre de las emociones del dia me daba pesadillas horribles, en lugar del sueño que mis ajitados miembros reclamaban. Las llamaradas del volcan, la oscuridad del abismo que no debe ser oscuro, se mezclaban qué se yo a que absurdos de la imajinacion aterrada, i al despertar de entre aquellos sueños que querian despedazarme, una idea sola quedaba tenaz, persistente como un hecho real: mi madre habia muerto! Escribí esa noche a mi familia, compré quince dias despues una misa de *requien* en Roma, para que la cantasen en su honor las pensionistas de Santa Rosa, mis discípulas, e hice el voto i perseveré en él miéntras estuve bajo la influencia de aquellas tristes ideas, de presentarme en mi patria un dia, i decirle a Benavides, a Rosas, a todos mis verdugos: vosotros tambien habeis tenido madre, vengo a honrar la memoria de la mia; haced, pues, un paréntesis a las brutalidades de vuestra política, no mancheis un acto de piedad filial. Dejadme decir a todos, quién era esta pobre mujer que ya no existe! I, vive Dios! que lo hubiera cumplido, como he cumplido tantos otros buenos propósitos, i he de cumplir aun muchos mas que me tengo hechos!

Por fortuna, téngola aquí a mi lado, i ella me instruye de cosas de otros tiempos, ignoradas por mí, olvidadas de todos. A los setenta i seis años de edad, mi madre ha atravesado la cordillera de los Andes, para despedirse de su hijo, ántes de descender a la tumba! Esto solo bastaria a dar una idea de la enerjía moral de su carácter. Cada familia es un poema, ha dicho Lamartine, i el de la mia es triste, luminoso i útil, como aquellos lejanos faroles de papel de las aldeas, que con su apagada luz enseñan, sin embargo, el camino a los que vagan por los campos. Mi madre en su avanzada edad, conserva

apénas rastros de una beldad severa i modesta. Su estatura elevada, sus formas acentuadas i huesosas, apareciendo mui marcados en su fisonomía los juanetes, señal de decision i de enerjía, he aquí todo lo que de su esterior merece citarse, sino es su frente llena de desigualdades protuberantes, como es raro en su sexo.

Sabia leer i escribir en su juventud, habiendo perdido por el desuso esta última facultad cuando era anciana. Su intelijencia es poco cultivada, o mas bien destituida de todo ornato, si bien tan clara, que en una clase de gramática que yo hacia a mis hermanas, ella de solo escuchar, miéntras por la noche escarmenaba su vellon de lana, resolvia todas las dificultades que a sus hijas dejaban paradas, dando las definiciones de nombres i verbos, los tiempos, i mas tarde los accidentes de la oracion, con una sagacidad i exactitud raras.

Aparte de esto, su alma, su conciencia, estaban educadas con una elevacion que la mas alta ciencia no podria por sí sola producir jamas. Yo he podido estudiar esta rara beldad moral, viéndola obrar en circunstancias tan difíciles, tan reiteradas i diversas, sin desmentirse nunca, sin flaquear ni contemporizar, en circunstancias que para otros habrian santificado las concesiones hechas a la vida. I aquí debo rastrear la jenealojía de aquellas sublimes ideas morales, que fueron la saludable atmósfera que respiró mi alma miéntras se desenvolvia en el hogar doméstico. Yo creo firmemente en la trasmision de la aptitud moral por los órganos, creo en la inyeccion del espíritu de un hombre en el espíritu de otro por la palabra i el ejemplo. Jóvenes hai que no conocieron a sus padres, i rien, accionan i jesticulan como ellos; los hombres perversos que dominan a los pueblos, infestan la atmósfera con los hálitos de su alma, sus vicios i sus defectos se reproducen; pueblos hai, que revelan en todos sus actos quiénes los gobiernan; i la moral de los pueblos cultos que, por los libros, los monumentos i la enseñanza, conservan las máximas de los grandes maestros, no habria llegado a ser tan perfecta, si una partícula del espíritu de Jesucristo, por ejemplo, no se introdujera por la enseñanza i la predicacion, en cada uno de nosotros para mejorar la naturaleza moral.

Yo he querido saber, pues, quién habia educado a mi madre, i de sus pláticas, sus citas i sus recuerdos, sacado casi íntegra la historia de un hombre de Dios, cuya memoria vive en San Juan, cuya doctrina se perpetúa mas o ménos pura en el corazon de nuestras madres.

A fines del siglo XVIII, ordenóse un clérigo sanjuanino don José Castro, i desde sus primeros pasos en la carrera del sacerdocio mostró una consagracion a su ministerio edificante, las virtudes de un santo acético, las ideas de un filósofo, i la piedad de un cristiano de los mas bellos tiempos. Era ademas de sacerdote, médico, quizá para combinar los ausilios espírituales con los corporales, que a veces son mas urjentes. Padecia de insomnios o los finjia en la edad mas florida de la vida, i pasaba sus noches en el campanario de la matriz sonando las horas, para ausilio de los enfermos; i tan seguro debia estar de sus conocimientos en el arte de curar, que una vez llamado a hacer los honores del entierro de un magnate, descubrió, como tenia de costumbre, el rostro del cadáver, i levantando la mano hizo señal de callar a los cantores, mandando en seguida deponer el cadáver en tierra al aire libre, i rezando en su breviario, hasta que viendo señales de reaparecer la vida, nombrándole en alta i solemne voz por su nombre "levántese, le dijo, que aun le quedan luengos años de vida," con grande estupefaccion de los circunstantes i mayor confusion de los médicos que lo habian asistido, al ver incorporarse el supuesto cadáver, paseando miradas aterradas sobre el lúgubre aparato que le rodeaba.

Vestia don José Castro con desaliño, i tal era su abandono, que sus amigos cuidaban de introducirle ropa nueva, finjiendo que era el fruto de una restitucion hecha por un penitente en el confesonario, u otras razones igualmente aceptables. Sus limosnas disipaban todas sus entradas; diezmos, primicias i derechos parroquiales, eran distribuidos entre las personas menesterosas. Don José Castro predicaba los seis dias de la semana; en Santa Ana los lúnes, en la Concepcion los mártes, en los Desamparados los miércoles, en la Trinidad los juéves, en Santa Lucía los viérnes, en San Juan de Dios los sábados, i en la Matriz los domingos.

Pero estas pláticas doctrinales, en que sucesivamente tenia por auditorio la poblacion entera de la ciudad, tienen un carácter tal de filosofía, que me hacen sospechar que aquel santo varon conocia su siglo XVIII, su Rousseau, su Feijóo i sus filósofos, tanto como el evanjelio.

En los pueblos españoles, mas que en ningunos otros de los cristianos, han resistido a los consejos de la sana razon prácticas absurdas, cruentas i supersticiosas. Existian procesiones de santos i mojigangas que hacian sus muecas delante del santísimo sacramento; i penitentes aspados en semana

santa, disciplinantes que se enrojecian los lomos con azotes desapiadados; otros enfrenados que se pisaban las riendas al marchar en cuatro pies, i otras prácticas horribles que presentan el último grado de degradacion a que puede el hombre llegar. Don José Castro apénas fué nombrado cura, descargó el látigo de la censura i de la prohibicion sobre estas prácticas brutales, i depuró el culto de aquellas indignidades.

Existian entónces en la creencia popular duendes, aparecidos, fantasmas, candelillas, brujos i otras creaciones de antiguas creencias relijiosas, interpoladas en las de casi todas las naciones cristianas. El cura Castro las hizo desaparecer todas, perseguidas por el ridículo i la esplicacion paciente, científica, hecha desde la cátedra, de los fenómenos naturales que daban lugar a aquellos errores. Fajábanse los niños, como aun es la práctica en Italia i otros paises de Europa, ricos en preocupaciones i tradiciones atrazadas. El cura Castro, acaso con el *Emilio* escondido bajo su sotana, enseñaba a las madres la manera de criar a los niños, las prácticas que eran nocivas a la salud, la manera de cuidar a los enfermos, las precauciones que debian guardar las embarazadas, i a los maridos en conversaciones particulares o en el confesonario, enseñaba los miramientos que con sus compañeras debian tener en situaciones especiales.

Su predicacion se dividia en dos partes, la primera sobre los negocios de la vida, sobre las costumbres populares, i su crítica, hecha sin aquella grosería de improbacion que es comun en los predicadores ordinarios, obraba efectos de correccion tanto mas seguros, que venian acompañados de un ridículo lleno de sal i de espiritualidad, a punto de ser jeneral la risa en el templo, de reir él mismo a llenarse los ojos de lágrimas, para añadir en seguida nuevos chistes que interrumpian la plática; hasta que el inmenso concurso atraido por los goces deliciosos de esta comedia, descargado el corazon de todo resabio de mal humor, tranquilizado el ánimo, el sacerdote decia, limpiándose el rostro: vamos hijos, ya nos hemos reido bastante, prestadme ahora atencion: *por la señal de la santa Cruz*.... etc.; i a continuacion venia el testo del evanjelio del dia, seguido de un torrente de luz plácida i serena, de comentarios morales, prácticos, fáciles, aplicables a las situaciones todas de la vida. Ai! i qué lástima es que aquel Sócrates, propagador en San Juan de los preceptos mas puros de la moral evanjélica, no haya dejado nada escrito sobre su interpretacion del espíritu de nuestra

relijion, hallándose solo en los recuerdos de las jentes de su época, fragmentos inconexos i que demandan perspicacia, estudio i discernimiento para darles forma de doctrina seguida. La relijion de mi madre es la mas jenuina version de las ideas relijiosas de don José Castro, i a las prácticas de toda su vida, apelaré para hacer comprender aquella reforma relijiosa intentada en una provincia oscura, i donde se conserva en muchas almas privilejiadas. Alguna vez mis hermanitas solian decir a mi madre, rezemos el rosario, i ella les respondia: esta noche no tengo disposicion, estoi fatigada. Otra vez decia ella: rezemos, niñitas, el rosario que tengo tanta necesidad! I convocando la familia entera, hacia coro a una plegaria llena de uncion, de fervor, verdadera oracion dirijida a Dios, emanacion de lo mas puro de su alma, que se derramaba en accion de gracias, por los cortísimos favores que le dispensaba, porque fué siempre parca la munificencia divina con ella. Tiene mi madre pocas devociones, i las que guarda revelan las afinidades de su espíritu a ciertas alusiones, si puedo espresarme así, de su situacion con la de los santos del cielo. La vírjen de Dolores es su Madre de Dios, San José, el pobre carpintero, su santo patron; i por incidencia Santo Domingo i San Vicente Ferrer, frailes domínicos, ligados por tanto a las afecciones de familia por la órden de predicadores; Dios mismo ha sido en toda su angustiada vida el verdadero santo de su devocion bajo la advocacion de la Providencia. En este carácter, Dios ha entrado en todos los actos de aquella vida trabajada; ha estado presente todos los dias, viéndola luchar con la indijencia, i cumplir con sus deberes. La Providencia la ha sacado de conflictos, por manifestaciones visibles, auténticas para ella. Mil casos nos ha contado para edificarnos, en prueba de esta vijilancia de la Providencia sobre sus criaturas. Una vez que volvia de casa de una hermana suya mas pobre que ella, desconsolada de no haber encontrado recursos para el hambre de un dia, que habia amanecido sin traer consigo su pan, halló sobre el puente de una acequia, en lugar aparente i visible, una peseta. ¿Quién la habia conservado allí, si no es la Providencia? Otra vez sufrian ella i sus hijos los escozores del hambre, i a las doce del dia abre con estrépito las puertas un peon trayendo un cuarto de res que le enviaba uno de sus hermanos, a quien no veia hacia un año. ¿Quién sino la Providencia habia escojido aquel dia aciago para traer a la memoria del hermano, el recuerdo de su hermana? I en

mil conjeturas difíciles he visto esta fe profunda en la Providencia no desmentirse un solo momento, alejar la desesperacion, atenuar las angustias, i dar a los sufrimientos i a la miseria, el carácter augusto de una virtud santa, practicada con la resignacion del mártir, que no protesta, que no se queja, esperando siempre, sintiéndose sostenida, apoyada, aprobada. No conozco alma mas relijiosa, i sin embargo, no ví entre las mujeres cristianas otra mas desprendida de las prácticas del culto. Confiésase tres veces en el año, i frecuentara ménos las iglesias si no necesitara el domingo cumplir con el precepto, el sábado ir a conversar con la vírjen, i el lúnes encomendar a Dios las almas de sus parientes i amigos. El cura Castro aconsejaba a las madres no descuidar el decoro de su posicion social por salir a la calle para ir a misa; debiendo una familia presentarse siempre en público con aquel ornato i decencia que su rango exije; i este precepto practicábalo mi madre en sus dias de escasez, con la modestia llena de dignidad que ha caracterizado siempre sus acciones.

Todas estas lecciones de tan profunda sabiduría, eran parte diminuta de aquella simiente derramada por el santo varon, i fecundada por el sentido comun i por el sentimiento moral que encontró en el corazon de mi madre.

Para mostrar una de las raras combinaciones de las ideas, añadiré que el cura Castro, cuando estalló la revolucion en 1810, jóven aun, liberal, instruido como era, se declaró abiertamente por el rei abominando desde aquella cátedra que habia sido su instrumento de enseñanza popular, contra la desobediencia al lejítimo soberano, prediciendo guerras, desmoralizacion i desastres que por desgracia el tiempo ha comprobado. Las autoridades patriotas tuvieron necesidad de imponer silencio a aquel poderoso contra-revolucionario; la persecucion se cebó en él, por su pertinacia fué desterrado a lás Brucas, de triste recuerdo, i volvió de allí a pié hasta San Juan, herido de muerte por la enfermedad que terminó sus dias. Sepultóse en Angaco, i allí, en la miseria, en la oscuridad, abandonado e ignorado de todos, murió besando alternativamente el crucifijo i el retrato de Fernando VII, el deseado. Mostrómelo llorando una vez mi madre, al pasar cerca de él por la casa de su refujio, i algunos años despues, a fuer de muchacho que anda rodando por los lugares públicos, ví desenterrar su cadáver, enjuto, intacto, i hasta sus vestiduras sacerdotales casi inmaculadas. Reclamó una de sus hermanas

el cadáver, i durante muchos años ha sido mostrado a las personas que obtenian tanta gracia, para contemplar todavía aquellas facciones plácidas, en cuya boca parece que un chiste se ha helado con el frio de la muerte, o que algun consejo útil a las madres, alguna receta infalible de un remedio casero, o bien una buena máxima cristiana, se han quedado encerrados en su pecho, por no obedecer ya su lengua ni sus labios endurecidos por la accion de la tumba, que ha respetado sus formas, como suele hacerlo con las de los cuerpos que han cobijado el alma de un santo. Recomiendo a mi tio obispo de Cuyo, recojer esta reliquia i guardarla en lugar venerando, para que sus cenizas reciban reparacion de los agravios que a su persona hicieron las fatales necesidades de los tiempos.

La posicion social de mi madre estaba tristemente marcada por la menguada herencia que habia alcanzado hasta ella. Don Cornelio Albarracin, poseedor de la mitad del valle de Zonda i de tropas de carretas i de mulas, dejó despues de doce años de cama, la pobreza para repartirse entre quince hijos, i algunos solares de terrenos despoblados. En 1801 doña Paula Albarracin, su hija, jóven de veintitres años, emprendia una obra superior, no tanto a las fuerzas, cuanto a la concepcion de una niña soltera. Habia habido en el año anterior una grande escasez de anascotes, jénero de mucho consumo para el hábito de las diversas órdenes relijiosas, i del producto de sus tejidos reunido mi madre una pequeña suma de dinero. Con ella i dos esclavos de sus tias Irarrazabales; echó los cimientos de la casa que debia ocupar en el mundo al formar una nueva familia. Como aquellos escasos materiales eran pocos para obra tan costosa, debajo de una de las higueras que habia heredado en su sitio, estableció su telar, i desde allí, yendo i viniendo la lanzadera, asistia a los peones i maestros que edificaban la casita, i el sábado, vendida la tela hecha en la semana, pagaba a los artífices con el fruto de su trabajo. En aquellos tiempos una mujer industriosa, i lo eran todas, aun aquellas nacidas i creadas en la opulencia, podia contar consigo misma para subvenir a sus necesidades. El comercio no habia avanzado sus facturas hasta lo interior de las tierras de la América, ni la fabricacion europea habia abaratado tanto la produccion como hoi. Valia entónces la vara de lienzos crudos hechizos, ocho reales los de primera calidad, cinco los ordinarios, i cuatro reales la vara de anascote dando el hilo. Tejia mi madre doce varas

por semana, que era el corte de hábito de un fraile, i recibia seis pesos el sábado, no sin trasnochar un poco para llenar las canillas de hilo que debia desocupar al dia siguiente.

Las industrias manuales poseidas por mi madre son tantas i tan variadas, que su enumeracion fatigaria la memoria con nombres que hoi no tienen ya significado. Hacia de seda suspensores; pañuelos de mano de lana de vicuña para mandar de obsequio a España, a algunos curiosos, i corbatas i ponchos de aquella misma lana suavísima. A estas fabricaciones de telas se añadian añasjados para albas, randas, miñaques, mallas, i una multitud de labores de hilo que se empleaban en el ornato de las mujeres i de los paños sagrados. El punto de calceta en todas sus variedades i el arte difícil de teñir, poseyólo mi madre a tal punto de perfeccion, que en estos últimos tiempos se la consultaba sobre los medios de cambiar un paño grana en azul, o de producir cualquiera de los medios tintes oscuros del gusto europeo, desempeñándose con tan certera práctica, como la del pintor que tomando de su paleta a la ventura colores primitivos, produce una media tinta igual a la que muestra el modelo, La reputacion de omniscencia industrial la ha conservado mi familia hasta mis dias; i el hábito del trabajo manual, es en mi madre parte integrante de su existencia. En 1842, en Aconcagua, la oimos esclamar: esta vez es la primera de mi vida que me estoi mano sobre mano! i a los setenta i seis años de su edad, es preciso para que no caiga en el marasmo, inventarla quehaceres al alcance de su fatigada vista, no escluyéndose de entre ellos, labores curiosas de mano de que hace aun adornos para enaguas, i otras superfluidades.

Con estos elementos la noble obrera se asoció en matrimonio, há poco de terminada su casa, con don José Clemente Sarmiento, mi padre, jóven apuesto, de una familia que tambien decaia como la suya, i le trajo en dote la cadena de priváciones i miserias en que pasó largos años de su vida. Era mi padre un hombre dotado de mil calidades buenas, que desmejoraban otras, que sin ser malas, obraban en sentido opuesto. Como mi madre, habia sido educado en los rudos trabajos de la época, peon en la hacienda paterna de la *Bebida*, arriero en la tropa, lindo de cara, i con una irresistible pasion por los placeres de la juventud, carecia de aquella constancia maquinal que funda las fortunas, i tenia, con las nuevas ideas venidas con la revolucion, un odio invencible por el trabajo material, inintelijente i rudo en que se habia creado. Oíle decir

una vez al presbítero Torres, hablando de mí: oh! nó; mi hijo no tomará jamas en sus manos una azada! i la educacion que me daba, mostraba que era esta una idea fija nacida de resabios profundos de su espíritu. En el seno de la pobreza, criéme hidalgo, i mis manos no hicieron otra fuerza que la que requerian mis juegos i pasatiempos. Tenia mi padre encojida una mano por un callo que habia adquirido en el trabajo; la revolucion de la independencia sobrevino, i su imajinacion fácil de ceder a la excitacion del entusiasmo, le hizo malograr en servicios prestados a la patria, las pequeñas adquisiciones que iba haciendo. Una vez en 1812 habia visto en Tucuman las miserias del ejército de Belgrano, i de regreso a San Juan, emprendió una colecta en favor de la madre patria, segun la llamaba, que llegó a ser cuantiosa, i por sujestion de los godos, fué denunciada a la municipalidad como un acto de espoliacion. La autoridad, habiéndose enterado del asunto, quedó de tal manera satisfecha, que él mismo fué encargado de llevar personalmente al ejército su patriótica ofrenda, quedándole desde entónces el sobrenombre de Madre Patria, que en su vejez fué oríjen en Chile, de una calumnia con el objeto de deslucir a su hijo. En 1817 acompañó a San Martin a Chile empleado como oficial de milicias en el servicio mecánico del ejército, i desde el campo de batalla de Chacabuco, fué despachado a San Juan llevando la plausible noticia del triunfo de los patriotas. San Martin lo recordaba mui particularmente en 1847, i holgóse mucho de saber que era yo su hijo.

Con estos antecededentes, mi padre pasó toda su vida en comienzos de especulaciones, cuyos proventos se disipaban en momentos mal aconsejados; trabajaba con tezon i caia en el desaliento; volvia a ensayar sus fuerzas, i se estrellaba contra algun desencanto, disipando su enerjía en viajes largos a otras provincias, hasta que llegado yo a la virilidad, siguió desde entónces en los campamentos, en el destierro o las emigraciones, la suerte de su hijo, como un ánjel de guarda para apartar si era posible los peligros que podian amenazarle.

Por aquella mala suerte de mi padre i falta de plan seguido en sus acciones, el sosten de la familia recayó desde los principios del matrimonio sobre los hombros de mi madre, concurriendo mi padre solamente en las épocas de trabajo fructuoso con accidentales auxilios; i bajo la presion de la necesidad en que nos criamos, ví lucir aquella ecuanimidad

de espíritu de la pobre mujer, aquella resignacion armada de todos los medios industriales que poseia, i aquella confianza en la Providencia, que era solo el último recurso de su alma enérjica contra el desaliento i la desesperacion. Sobrevenian inviernos que ya el otoño presajiaba amenazadores por la escasa provision de miniestras i frutas secas que encerraba la despensa, i aquel piloto de la desmantelada nave, se aprestaba con solemne tranquilidad a hacer frente a la borrasca. Llegaba el dia de la destitucion de todo recurso, i su alma se endurecia por la resignacion, por el trabajo asiduo, contra aquella prueba. Tenia parientes ricos, los curas de dos parroquias eran sus hermanos, i estos hermanos ignoraban sus angustias. Habria sido derogar a la santidad de la pobreza combatida por el trabajo, mitigarla por la intervencion ajena; habria sido para ella pedir cuartel en estos combates a muerte con su mala estrella. La fiesta de San Pedro fué siempre acompañada de un espléndido banquete que daba el cura nuestro tio, i sábese el derecho i el deseo de los niños de la familia a hacer parte de la estrepitosa fiesta. No pocas veces el cura preguntaba ¿i Domingo que no lo veo? i la Paula?.... i hasta hoi sospechaba que esta dolorosa ausencia, era ordenada e hija de un plan de conducta de parte de madre. Tuvo mi madre una amiga de infancia de quien la separó la muerte a la edad de 60 años, doña Francisca Benegas, última de este apellido en San Juan, i descendiente de las familias conquistadoras, segun veo en el interrogatorio de Mallea. Una circunstancia singular revelaria sin eso, la antigüedad de aquella familia que, establecida en los suburbios, conservaba peculiaridades del idioma antiguo. Decian ella i sus hijas, *cojeldo*, *tomaldo*, *truje*, *ansina*, i otros vocablos que pertenecen al siglo XVII, i para el vulgo prestaban asidero a la crítica. Visitábanse ambas amigas, consagrando un dia entero a la delicia de confundir sus familias en una, uniendo a las niñas de una i otra la misma amistad. Poseia cuantiosos bienes de fortuna doña Francisca, i el dia que mi madre iba a pasarlo con ella, su criada pasaba a la cocina a disponer todas las provisiones de boca que debia consumir en el dia, sin que la protesta de veinte años contra esta práctica de mi madre, hubiese alterado jamas en lo mas mínimo su firme e inalterable propósito, de que al placer inefable de ver a su amiga, se mezclase la sospecha de salvar así por un dia siquiera el rudo deber de sostener a sus hijos, doblar la frente ante las desigualdades de la fortuna. Así se ha practicado en

el humilde hogar de la familia de que formé parte la noble virtud de la pobreza. Cuando don Pedro Godoi, estraviado por pasiones ajenas, quiso deshonrarme, tuvo la nobleza de apartar a mi familia del alcance de sus dardos emponzonados, porque la fama de aquellas virtudes austeras habia llegado hasta él, i se lo agradezco.

Cuando yo respondia que me habia creido en una situacion vecina de la indijencia, el presidente de la república en su interes por mí, deploraba estas confesiones desdorosas a los ojos del vulgo. ¡Pobres hombres, los favorecidos de la fortuna, que no conciben que la pobreza a la antigua, la pobreza del patricio romano, puede ser llevada como el manto de los Cincinatos, de los Arístides, cuando el sentimiento moral ha dado a sus pliegues la dignidad augusta de una desventaja sufrida sin mengua! Que se pregunten las veces que vieron al hijo de tanta pobreza, acercarse a sus puertas sin ser debidamente solicitado, en debida forma invitado, i comprenderán entónces los resultados imperecederos de aquella escuela de su madre, en donde la escasez era un acaso i no una deshonra. En 1848 encontréme por accidente en una casa con el presidente Búlnes, i despues de algunos momentos de conversacion, al despedirnos, díjele maquinalmente, tengo el honor de conocer a Su Excelencia; disparate impremeditado que llamó su atencion, i que bien mirado no carecia de a propósito, puesto que en ocho años era la segunda vez que estaba yo en su presencia. Bienaventurados los pobres que tal madre han tenido!

EL HOGAR PATERNO

La casa de mi madre, la obra de su industria, cuyos adobes i tapias pudieran computarse en varas de lienzo tejidas por sus manos para pagar su construccion, ha recibido en el trascurso de estos últimos años, algunas adiciones que la confunden hoi con las demas casas de cierta medianía. Su forma orijinal, empero, es aquella a que se apega la poesía del corazon, la imájen indeleble que se presenta porfiadamente a mi espíritu, cuando recuerdo los placeres i pasatiempos infantiles, las horas de recreo despues de vuelto de la escuela, los lugares apartados donde he pasado horas enteras i semanas

sucesivas en inefable beatitud, haciendo santos de barro para rendirles culto en seguida, o ejércitos de soldados de la misma pasta para engreirme de ejercer tanto poder.

Hácia la parte del sud del sitio de treinta varas de frente por cuarenta de fondo, estaba la habitacion única de la casa, dividida en dos departamentos; uno sirviendo de dormitorio a nuestros padres, i el mayor, de sala de recibo con su estrado alto i cojines, resto de las tradiciones del divan árabe que han conservado los pueblos españoles. Dos mesas de algarrobo indestructibles, que vienen pasando de mano en mano desde los tiempos en que no habia otra madera en San Juan que los algarrobos de los campos, i algunas sillas de estructura desigual, flanqueaban la sala, adornando las lisas murallas dos grandes cuadros al óleo de Santo Domingo i San Vicente Ferrer, de malísimo pincel, pero devotísimos, i heredados a causa del hábito domínico. A poca distancia de la puerta de entrada, elevaba su copa verdinegra la patriarcal higuera que sombreaba aun en mi infancia aquel telar de mi madre, cuyos golpes i traqueteo de husos, pedales i lanzadera, nos despertaba ántes de salir el sol para anunciarnos que un nuevo dia llegaba, i con él la necesidad de hacer por el trabajo frente a sus necesidades. Algunas ramas de la higuera iban a frotarse contra las murallas de la casa, i calentadas allí por la reverberacion del sol, sus frutos se anticipaban a la estacion, ofreciendo para el 23 de noviembre, cumpleaños de mi padre, su contribucion de sazonadas brevas para aumentar el regocijo de la familia.

Deténgome con placer en estos detalles, porque santos e higuera, fueron personajes mas tarde de un drama de familia en que lucharon porfiadamente las ideas coloniales con las nuevas.

En el resto de sitio que quedaba de veinte varas escasas de fondo, tenian lugar otros recursos industriales. Tres naranjos daban fruto en el otoño, sombra en todos tiempos; bajo un durazno corpulento, habia un pequeño pozo de agua para el solaz de tres o cuatro patos, que multiplicándose, daban su contribucion al complicado i diminuto sistema de rentas sobre que reposaba la existencia de la familia; i como todos estos medios eran aun insuficientes, rodeado de cerco, para ponerlo a cubierto de la voracidad de los pollos, habia un jardin de hortalizas, del tamaño de un escapulario, i que producia cuantas legumbres entran en la cocina americana, el todo, abrillantado e iluminado con grupos de flores comunes, un ro-

sal morado i varios otros arbustillos florescentes. Así se realizaba en una casa de las colonias españolas, la esquisita economía de terreno, i el inagotable producto que de él sacan las jentes de campaña en Europa. El estiércol de las gallinas i la bosta del caballo en que montaba mi padre, pasaban diariamente a dar nueva animacion a aquel pedazo de tierra, que no se cansó nunca de dar variadas i lozanas plantas; i cuando he querido sujerir a mi madre algunas ideas de economía rural, cojidas al vuelo en los libros, he pasado merecida plaza de pedante, en presencia de aquella ciencia de la cultura que fué el placer i la ocupacion favorita de su larga vida. Hoi a los setenta i seis años de edad, todavía se nos escapa de adentro de las habitaciones, i es seguro que hemos de encontrarla aporcando algunas lechugas, respondiendo en seguida a nuestras objeciones, con la violencia que se haria de dejarlas, al verlas tan mal tratadas.

Todavía habia en aquella arca de Noé algun rinconcillo en que se enjebaban o preparaban los colores para teñir las telas, i un pudridor de afrecho de donde salia todas las semanas una buena proporcion de esquisito i blanco almidon. En los tiempos prósperos, se añadia una fábrica de velas hechas a mano, alguna tentativa de amacijo que siempre terminaba mal, i otras mil granjerías que seria superfluo enumerar. Ocupaciones tan variadas, no estorbaban que hubiese órden en las diversas tareas, principiando la mañana con dar de comer a los pollos, desherbar ántes que el sol calentase las heras de legumbres, i establecerse en seguida en su telar, que por largos años hizo la ocupacion fundamental. Está en mi poder la lanzadera de algarrobo lustroso i renegrido por los años, que habia heredado de su madre, quién la tenia de su abuela, abrazando esta humilde reliquia de la vida colonial un período de cerca de dos siglos en que nobles manos la han ajitado casi sin descanso; i aunque una de mis hermanas haya heredado el hábito i la necesidad de tejer de mi madre, mi codicia ha prevalecido i soi yo el depositario de esta joya de familia. Es lástima que no haya de ser jamas suficientemente rico o poderoso, para imitar a aquel rei persa que se servia en su palacio de los tiestos de barro que le habian servido en su infancia, a fin de no ensoberbecerse i despreciar la pobreza.

Para completar este menaje debo traer a colacion dos personajes accesorios; la Toribia, una zamba, criada en la familia la envidia del barrio, la comadre de todas las comadres de mi

madre, la llave de la casa, el brazo derecho de su señora, el ayo que nos crió a todos, la cocinera, el mandadero, la revendedora, la lavandera, i el mozo de manos para todos los quehaceres domésticos. Murió jóven, abrumada de hijos, especie de vejetacion natural de que no podia prescindir, no obstante la santidad de sus costumbres; i su falta dejó un vacío que nadie ha llenado despues, no solo en la economía doméstica, sino en el corazon de mi madre; porque eran dos amigas ama i criada, dos compañeras de trabajo, que discurrian entre ambas sobre los medios de mantener la familia; reñian, disputaban, disentian, i cada una seguia su parecer, ambos conducentes al mismo fin. ¡Qué pensar en sorprender a la cocinera los niños de vuelta de la escuela, con su mendruguillo de pan escondido, introduciéndonos en via i forma de visita, para soparlo en el caldo gordo del puchero! Si el tiro se lograba, era preciso tener listas las piernas i correr sin mirar para atras hasta la calle, so pena de ser alcanzado por el mas formidable cucharon de palo que existió jamas, i que se asentó por lo ménos treinta veces en mi niñez sobre mis frájiles espaldas. La otra era Ña Cleme, el pobre de la casa; porque mi madre, como la Rigoleta de Sue, que *no se mezquinaba nada*, tenia tambien sus pobres a quienes ayudaba con sus desperdicios a vivir. Pero el pobre de la familia era como la criada, un amigo, un igual, i un mendigo. Sentábanse mi madre i Ña Cleme en el estrado, conversaban de gallinas, telas i cebollas, i cuando la infeliz queria pedir su limosna, decia invariablemente: *pues, vóyeme yo*, frase que repetia hasta que algun harapo caido en desuso, en consideracion a sus muchos servicios, alguna cemita redonda i sabrosa, una vela, si las habia en casa, unos zapatos viejos, i allá por muerte de un obispo un medio en plata, a falta de menores subdivisiones de la moneda, acudian a hacer cierto e inmediato el sacramental *vóyeme yo*, que no era al principio mas que una voz preventiva.

Segun he podido barruntar aquella Ña Cleme, india pura, renegrida por los años que contaba por setenta, habitante de los confines del barrio de Puyuta, habia sido en sus mocedades querida de uno de mis deudos maternos, cuyas relaciones pecaminosas dejaban traslucir los ojos celestes i la nariz prominente i afilada de sus hijas. Lo que habia de mas notable en esta vieja, es que se la creia bruja, i ella misma trabajaba en sus conversaciones por darse aires de tal bruja, i confirmar la creencia vulgar. Rara flaqueza del espíritu hu-

mano, que despues el conocimiento de la historia me ha hecho palpar! Mas de tres mil de los brujos de Logroño, que quemó por centenares la inquisicion, i los de Maryland, en Norte-América, se confesaban i ostentaban brujos de profesion, i estaban contestes en sus declaraciones sobre el conciliábulo, el cabro negro que los reunia, i la escoba en que viajaban por los aires, i esto en presencia de los suplicios a que la imbecilidad de los jueces los condenaba. Tenemos decididamente una necesidad de llamar la atencion sobre nosotros mismos, que hace a los que no pueden mas de viejos, rudos i pobres, hacerse brujos; a los osados sin capacidad, volverse tiranos crueles; i a mí acaso, perdónemelo Dios, el estar escribiendo estas pájinas. Ña Cleme contaba sus historias en casa, escuchábala mi madre con induljencia i finjiendo asentimiento para no mortificarla; atisbábamos nosotros sus misteriosas palabras, hasta que cuando se habia alejado, mi madre hacia farsa de los cuentos de la vieja, i disipaba con su buen sentido los jérmenes de superstícion que hubiesen podido abrigarse en nuestras almas, para lo que venia, si el caso lo hacia necesario, el testo favorito, las pláticas del inolvidable cura Castro, que habia perseguido a las brujas i desacreditádolas en San Juan, a punto de no causar su trato inquietud ninguna. No fué nunca perseguida Ña Cleme por sus creencias relijiosas a este respecto, aunque lo fueron mas tarde i en épocas no mui remotas, varias brujas del barrio de Puyuta, afamado hasta hoi en la creencia del vulgo por servir de escondite a varias sectarias del maldito. No hace en efecto doce a catorce años que la policía, eran los federales los que mandaban, anduvo en pesquizas tras de un hecho de embrujamiento, sacando en limpio un enredo de cuentos que dejaron perplejas a las autoridades. Hablábase mucho en el pueblo de una muchacha bruja, i la policía quiso averiguar la verdad del caso. Al efecto, trajeron a la acusada i en presencia de numerosos testigos, se confesó en relacion ilícita con el diablo; i como se preparasen a azotarla, no dice la historia si por su impudente descaro, o para correjirla de sus males hábitos, dijo llorando: es bueno que me castiguen a mí que soi pobre! a fe que no han de castigar a doña Teresa Funes (mi tia) a doña Bernarda Bustamante, i otras respetables señoras ancianas que fué nombrando, i que segun declaró, asistian los sábados al campo santo, donde se practicaban los ritos consabidos de la brujería. Espantados i boquiabiertos hubieron de quedarse

al oir nombres tan respetables, i temerosos de cometer una grave injusticia, dejaron escapar a la taimada, dejando en mui mal olor, en el concepto de muchos, la reputacion de aquellas matronas. ¡Qué sabemos, pues, en cosas tan escondidas!

Tal ha sido el hogar doméstico en que me he criado, i es imposible que a no tener una naturaleza rebelde, no haya dejado en el alma de sus moradores, impresiones indelebles de moral, de trabajo i de virtud, tomadas en aquella sublime escuela en que la industria mas laboriosa, la moralidad mas pura, la dignidad mantenida en medio de la pobreza, la constancia, la resignacion, se dividian todas las horas. Mis hermanas gozaron de la merecida reputacion de las mas hacendosas niñas que tenia la provincia entera, i cuanta fabricacion femenil requeria habilidad consumada, fué siempre encomendada a estos supremos artífices de hacer todo lo que pide paciencia i destreza, i deja poquísimo dinero. El confesado intento de denigrarme de un escritor chileno, se detuvo hace algunos años en presencia de aquellas virtudes, i pagó su tributo de respeto a la laboriosidad respetable de mis hermanas, no sin sacar partido de ello, para hacer de mí un contraste.

Nuestra habitacion permaneció tal como la he descrito, hasta el momento en que mis dos hermanas mayores llegaron a la edad núbil, que entónces hubo una revolucion interior que costó dos años de debates, i a mi madre gruesas lágrimas, al dejarse vencer por un mundo nuevo de ideas, hábitos i gustos que no eran aquellos de la existencia colonial de que ella era el último i mas acabado tipo.

Son vulgarísimos i pasan inapercibidos los primeros síntomas con que las revoluciones sociales que opera la intelijencia humana en los grandes focos de civilizacion, se estienden por los pueblos de oríjen comun, se insinúan en las ideas i se infiltran en las costumbres. El siglo XVIII habia brillado sobre la Francia i minado las antiguas tradiciones, entibiando las creencias, i aun suscitado odio i desprecio por las cosas hasta entónces veneradas; sus teorías políticas trastornado los gobiernos, desligado la América de España, i abierto sus colonias a nuevas costumbres i a nuevos hábitos de vida. El tiempo iba a llegar en que habia de mirarse de mal ojo i con desden la industriosa vida de las señoras americanas, propagarse la moda francesa, i entrar el afan en las familias de ostentar holgura, por la abundancia i distribucion de las ha-

bitaciones, por la hora de comer retardada de las doce del dia en punto, a las dos, i aun a las cuatro de la tarde. ¿Quién no ha alcanzado a algunos de esos buenos viejos del antiguo cuño, que vivian orgullosos de su opulencia en un cuarto redondo, con cuatro sillas pulvurulentas de baqueta, el suelo cubierto de cigarros i la mesa por todo adorno con un enorme tintero, erizado de plumas de pato, sino de cóndor, sobre cuyos cañones de puro antiguas, se habian depositado cristalizaciones de tinta endurecida? Este ha sido, sin embargo, el aspecto jeneral de la colonia, este el menaje de la vida antigua. Encuéntrasele descrito en las novelas de Walter Scott o de Dumas, i vénse frecuentes muestras vivientes aun en España i en la América del Sur, los últimos de entre los pueblos viejos que han sido llamados a rejuvenecerse.

Estas ideas de rejeneracion i de mejora personal, aquella impiedad del siglo XVIII, quien lo creyera! entraron en casa por las cabezas de mis dos hermanas mayores. No bien se sintieron llegadas a la edad en que la mujer siente que su existencia está vinculada a la sociedad, que tiene objeto i fin esa existencia, empezaron a aspirar las partículas de ideas nuevas, de belleza, de gusto, de confortable, que traia hasta ellas la atmósfera que habia sacudido i renovado la revolucion. Las murallas de la comun habitacion fueron aseadas i blanqueadas de nuevo, cosa a que no habia razon de oponer resistencia alguna. Encontróla la manía de destruir la tarima que ocupaba todo un costado de la sala, con su *chuse* [1] i sus cojines, divan como he dicho ántes, que nos ha venido de los árabes, lugar privilejiado en que solo era permitido sentarse a las mujeres, i en cuyo espacioso ámbito, reclinadas sobre almohadones (palabra árabe), trababan visitas i dueños de casa, aquella bulliciosa charla que hacia de ellas un almácigo parlante. ¿Por qué se ha consentido en dejar desaparecer el estrado, aquella poética costumbre oriental, tan cómoda en la manera de sentarse, tan adecuada para la holganza femenil, por sostituirle las sillas en que una a una i en hileras, como soldados en formacion, pasa el ojo revista en nuestras salas modernas? Pero aquel estrado revelaba que los hombres no podian acercarse públicamente a las jóvenes, conversar libremente, i mezclarse con ellas, como lo autorizan nuestras nuevas costumbres, i fué sin inconveniente repudiado por las mismas que lo habian aceptado como un privilejio suyo. El

1 Palabra quichua que significa alfombra.

estrado cedió, pues, su lugar en casa a las sillas, no obstante la débil resistencia de mi madre, que gustaba de sentarse en un estremo a tomar mate por las mañanas, con su brasero i caldera de agua puesto en frente en el piso inferior, o a devanar sus madejas, o bien a llenar sus canillas de noche para la tela del dia siguiente. No pudiendo habituarse a trabajar sentada en alto, hubo de adoptar el uso de una alfombra, para suplir la irremediable falta del estrado, de que se lamentó largos años.

El espíritu de innovacion de mis hermanas atacó en seguida objetos sagrados. Protesto que yo no tuve parte en este sacrilejio que ellas cometian, las pobrecitas, obedeciendo al espíritu de la época. Aquellos dos santos, tan grandes, tan viejos, Santo Domingo, San Vicente Ferrer, afeaban decididamente la muralla. Si mi madre consintiera en que los descolgasen i fuesen puestos en un dormitorio, la casita tomaba un nuevo aspecto de modernidad i de elegancia refinada, porque era bajo la seductora forma del buen gusto, que se introducia en casa la impiedad iconoclasta del siglo XVIII! Ah! cuántos estragos ha hecho aquel error en el seno de la América Española. Las colonias americanas habian sido establecidas en la época en que las bellas artes españolas enseñaban con orgullo a la Europa los pinceles de Murillo, Velasquez, Zurbarán, a par de las espadas del duque de Alba, del Gran Capitan i de Cortez. La posesion de Flandes añadia a sus productos los del grabado flamenco, que dibujaba en toscos lineamentos i con crudos colores las escenas relijiosas que hacian el fondo de la poesía nacional. Murillo en sus primeros años hacia facturas de vírjenes i santos para esportar a la América; los pintores subalternos la enviaban vidas de santos para los conventos, la pasion de Jesucristo en galerías inmensas de cuadros, i el grabado flamenco, como hoi la litografía francesa, ponian al alcance de las fortunas moderadas, cuadros del hijo pródigo, vírjenes i santos, tan variados como puede suministrar tipos el calendario. De estas imájenes estaban tapizadas las murallas de las habitaciones de nuestros padres, i no pocas veces entre tanto mamarracho, el ojo ejercitado del artista podia descubrir algun lienzo de manos de maestro. Pero la revolucion venia ensañándose contra los emblemas relijiosos. Ignorante i ciega en sus antipatías, habia tomado entre ojos la pintura, que sabia a España, a colonia, a cosa antigua e inconciliable con las buenas ideas. Familias devotísimas escondian sus cuadros de santos, por no dar muestras de mal gusto

en conservarlos, i ha habido en San Juan i en otras partes, quienes remojándolos, hicieron servir sus lienzos mal despintados para calzones de los esclavos. ¡Cuántos tesoros de arte han debido perderse en estas estúpidas profanaciones de que ha sido cómplice la América entera, porque ha habido un año o una época al ménos, en que por todas partes empezó a un tiempo el desmonte fatal de aquella vejetacion lozana de la pasada gloria artística de la España!

Los viajeros europeos que han recorrido la América, de veinte años a esta parte, han rescatado por precios ínfimos, obras inestimables de los mejores maestros, que hallaban entre trastos, cubiertas de polvo i telarañas; i cuando el momento de la resurreccion de las artes ha llegado en América, cuando la venda ha caido de los ojos, las iglesias, los nacientes museos, i los raros aficionados, han hallado de tarde en tarde, algun cuadro de Murillo que esponer a la contemplacion, pidiéndoles perdon de las injusticias de que han sido víctimas, rehabilitados ya en el concepto público, i restablecidos en el alto puesto que les correspondia. No de otra manera i por las mismas causas, una jeneracion próxima venerará el nombre de los unitarios en nuestra patria, vilipendiado hoi por una política estúpida, i aceptado el vilipendio por uno de esos errores vertijinosos que se apoderan de los pueblos. Pero cuántos de los cuadros de aquella escuela culta, habrán ya desaparecido, i cuán pocos, degradados por las injurias del tiempo, merecerán los honores de la apoteósis, en la resurreccion del buen sentido i de la justicia que se les debe!

El mejor estudio que de las bellas artes hice durante mi viaje en Europa, aquel curso práctico de un año consecutivo, pasando en reseña cien museos sucesivamente, me sujerió la idea de escribir a Procesa, el artista capaz de traducir mi pensamiento, para que tomando las precauciones imajinables, a fin de que no se traslujese el objeto, recolectase poco a poco los cuadros dispersos, i formase la base de un museo de pintura. Vano empeño! No bien manifestó interesarse en algun cuadro, cuando los que los tenian abandonados en algun aposento oscuro, los hallaron interesantes, ni mas ni ménos como el labriego que no ha podido deshacerse de sus trigos, si le hacen propuestas de compra, les sube el precio, sospechando que el trigo vale, puesto que lo buscan. Trigo i cuadros se quedan en el granero.

En la capilla de la Concepcion habia seis cuadros de santos obispos, de buen pincel, que han sido no ha mucho devorados

por las llamas. En los Desamparados, hai una vírjen de pintura i ropajes de la edad media. En San Clemente, existia un gran depósito de cuadros sobre asuntos varios, entre los cuales descollaba un Jesus en el huerto, ántes de la resurreccion. Limpiólo Procesa, restauróle i despues de barnizado a sus espensas, la galantería del donador lo halló digno adorno de su casa, i lo reclamó. Las señoras Morales, tienen una Magdalena enviada de Roma por el jesuita Morales. En casa de los Oros, hai un San José de buena escuela italiana; en la casa de los Cortinez un San Juan excelente. En materia de retratos hai poquísimos, pero selectos: el retrato romano del jesuita Godoi, compañero del padre Morales; el de San Martin, feo mamarracho, no tanto, sin embargo, como el que se conserva en el museo de Lima, pero digno de memoria por ser tomado del orijinal; los retratos de los papas Leon XII i Gregorio XVI, obra ambos del pincel de un pintor napolitano de bastante mérito; el de Pio IX, de mano inhábil i que no pude evitar en Roma fuese enviado a San Juan; i los de los obispos Oro i Sarmiento, de Graz el primero i de Procesa el segundo.

Sobre todo lo primero, i aun otros cuadros mas que omito, daba a mi hermana desde Roma detalles de ubicacion i de asunto. Sobre los retratos de papas i obispos, sujeria a mi tio obispo la buena idea de formar una galería de papas, contemporáneos al obispado, i de los obispos de San Juan. Pocos años habrian bastado para enriquecerla de muchos personajes. Hai en San Juan todavía algo que mereciera examinarse. Un Miguel Anjel americano, si la comparacion fuese permitida, ha dejado allí numerosas obras de la universalidad de su talento. Escultor, arquitecto, pintor, en todas partes ha puesto su mano. *San Pedro el Pontífice*, la *Nuestra Sra. del Rosario del Trono*, como la *Vírjen Purísima* del Sagrario, i la *Visitacion de Santa Isabel*, son dignas obras del cincel o de la paleta que sucesivamente manejaba; un altar de San Agustin, varios de la catedral, no sé si el mayor, que es obra de gusto, i una torre o el frontis de la iglesia, bastante de mal gusto, es verdad, constituyen las obras de Cabrera, salteño, compañero de Laval, Grande, i otros vecinos de aquella ciudad, artistas i ebanistas, no obstante su excelente educacion. El obispo de San Juan puede todavía reunir en una galería todas aquellas obras de arte, cuyo mérito principal estaria en formar uná coleccion, i fomentar el naciente arte de la pintura que cuenta entre aficionados, dos retratistas, Franklin Rawsson i Procesa. Una vírjen del primero, para reemplazar

la de Cabrera mui estropeada, i un Belisario de la segunda, pidiendo limosna, víctima de los celos de un tirano, podrian con el tiempo añadirse como ensayos. Pero el mal espíritu que reina allí, como en todas partes, dejará al diente de las ratas i a las injurias del tiempo, espuestos aquellos pobres restos del antiguo gusto por la pintura que formó parte de la nacionalidad española, i que nosotros hemos repudiado por ignorancia, i a fuer de malos españoles, como lo son los que en la Península se han dejado desposeer de uno de sus mas claros títulos de gloria.

La lucha se trabó, pues, en casa entre mi pobre madre que amaba a sus dos santos domínicos, como a miembros de la familia, i mis hermanas jóvenes, que no comprendian el santo oríjen de estas afecciones, i querian sacrificar los lares de la casa al bien parecer i a las preocupaciones de la época. Todos los dias, a cada hora, con todo pretesto, el debate se renovaba; alguna mirada de amenaza iba a los santos, como si quisieran decirles, han de salir para afuera; miéntras que mi madre contemplándolos con ternura, esclamaba: pobres santos! que mal les hacen donde a nadie estorban. Pero en este continuo embate, los oidos se habituaban al reproche, la resistencia era mas débil cada dia; porque vista bien la cosa, como objetos de relijion, no era indispensable que estuviesen en la sala, siendo mucho mas adecuado lugar de veneracion el dormitorio, cerca de la cama, para encomendarse a ellos; como legado de familia, militaban las mismas razones; como adorno, eran de pésimo gusto; i de una concesion en otra, el espíritu de mi madre se fué ablandando poco a poco, i cuando creyeron mis hermanas que la resistencia se prolongaba no mas que por no dar su brazo a torcer, una mañana que el guardian de aquella fortaleza salió a misa o a una dilijencia, cuando volvió, sus ojos quedaron espantados al ver las murallas lisas donde habia dejado poco ántes dos grandes parches negros. Mis santos estaban ya alojados en el dormitorio, i a juzgar por sus caras, no les habia hecho impresion ninguna el desaire. Mi madre se hincó llorando en presencia de ellos, para pedirles perdon con sus oraciones, permaneció de mal humor i quejumbrosa todo el dia, triste el subsiguiente, mas resignada al otro dia, hasta que al fin el tiempo i el hábito trajeron el bálsamo que nos hace tolerables las mas grandes desgracias.

Esta singular victoria dió nuevos bríos al espíritu de reforma; i despues del estrado i los santos, las miradas cayeron en mala hora, sobre aquella higuera viviendo en medio del

patio, descolorida i nudosa en fuerza de la sequedad i los años. Mirada por este lado la cuestion, la higuera estaba perdida en el concepto público; pecaba contra todas las reglas del decoro i de la decencia; pero para mi madre, era una cuestion económica, a la par que afectaba su corazon profundamente, Ah! si la madurez de mi corazon hubiese podido anticiparse en su ayuda, como el egoismo me hacia o neutral o inclinarme débilmente en su favor, a causa de las tempranas brevas! Querian separarla de aquella su compañera en el albor de la vida i el ensayo primero de sus fuerzas. La edad madura nos asocia a todos los objetos que nos rodean; el hogar doméstico se anima i vivifica; un árbol que hemos visto nacer, crecer i llegar a la edad provecta, es un ser dotado de vida, que ha adquirido derechos a la existencia, que lee en nuestro corazon, que nos acusa de ingratos, i dejaria un remordimiento en la conciencia, si lo hubiésemos sacrificado sin motivo lejítimo. La sentencia de la vieja higuera fué discutida dos años; i cuando su defensor, cansado de la eterna lucha, la abandonaba a su suerte, al aprestarse los preparativos de la ejecucion, los sentimientos comprimidos en el corazon de mi madre, estallaban con nueva fuerza, i se negaba obstinadamente a permitir la desaparicion de aquel testigo i de aquella compañera de sus trabajos. Un dia, empero, cuando las revocaciones del permiso dado habian perdido todo prestijio, oyóse el golpe mate del hacha en el tronco añoso del árbol, i el temblor de las hojas sacudidas por el choque, como los jemidos lastimeros de la víctima. Fué este un momento tristísimo, una escena de duelo i de arrepentimiento. Los golpes del hacha higuericida, sacudieron tambien el corazon de mi madre, las lágrimas asomaron a sus ojos, como la sávia del árbol que se derramaba por la herida, i sus llantos respondieron al estremecimiento de las hojas; cada nuevo golpe traia un nuevo estallido de dolor, i mis hermanas i yo arrepentidos de haber causado pena tan sentida, nos deshicimos en llanto, única reparacion posible del daño comenzado. Ordenóse la suspension de la obra de destruccion, miéntras se preparaba la familia para salir a la calle, i hacer cesar aquellas dolorosas repercuciones del golpe del hacha en el corazon de mi madre. Dos horas despues la higuera yacia por tierra enseñando su copa blanquecina, a medida que las hojas marchitándose, dejaban ver la armazon nudosa de aquella estructura que por tantos años habia prestado su parte de proteccion a la familia!

Despues de estas grandes reformas, la humilde habitacion nuestra fué lenta i pobremente ampliándose. Tocóme a mí la buena dicha de introducir una reforma sustancial. A los piés de nuestro solarcito, estaba un terreno espacioso que mi padre habia comprado en un momento de holgura. A la edad de diez i seis años, era yo dependiente de una pequeña casa de comercio. Mi primer plan de operaciones i mis primeras economías, tuvieron por objeto rodear de tapias aquel terreno para hacerlo productivo. Esta agregacion de espacio, puso a la familia a cubierto de la indijencia, sin hacerla traspasar los límites de la pobreza. Mi madre tuvo a su disposicion teatro digno de su alta ciencia agrícola; a la higuera sacrificada, se sucedieron en su afeccion cien arbolillos que su ojo maternal animaba en su crecimiento; mas horas del dia hubieron de consagrarse a la creacion de aquel plantel, de aquella viña de que iba a depender en adelante gran parte de la subsistencia de la familia.

Cuando yo hube terminado esta obra, pude decir en mi regocijo de haber producido un bien: *et vidi quod esset bonum*, i aplaudirme a mí mismo.

MI EDUCACION

Aquí termina la historia colonial, llamaré así de mi familia. Lo que sigue es la transicion lenta i penosa de un modo de ser a otro; la vida de la República naciente, la lucha de los partidos, la guerra civil, la proscripcion i el destierro. A la historia de la familia se sucede como teatro de accion i atmósfera, la historia de la patria. A mi projenie, me sucedo yo; i creo que siguiendo mis huellas, como las de cualquiera otro en aquel camino, puede el curioso detener su consideracion en los acontecimientos que forman el paisaje comun, accidentes del terreno que de todos es conocido, objetos de interes jeneral, i para cuyo exámen mis apuntes *biográficos*, sin valor por sí mismos, servirán de pretesto i de vínculo, pues que en mi vida tan destituida, tan contrariada, i sin embargo tan perseverante en la aspiracion de un no sé que elevado i noble, me parece ver retratarse esta pobre América del sud, ajitándose en su nada, haciendo esfuerzos supremos por desplegar las alas, i lacerándose a cada tenta-

tiva, contra los hierros de la jaula que la retiene encadenada.

Estrañas emociones han debido ajitar el alma de nuestros padres en 1810. La perspectiva crepuscular de una nueva época, la libertad, la independencia, el porvenir, palabras nuevas entónces, han debido estremecer dulcemente la fibras, exitar la imajinacion, hacer agolpar la sangre por minutos al corazon de nuestros padres. El año 10 ha debido ser ajitado, lleno de emociones, de ansiedad, de dicha i de entusiasmo. Cuéntase de un rei que temblaba como un azogado a la vista de un puñal desnudo, efecto de las emociones que lo conmovieron en las entrañas de su madre, en cuyos brazos apuñalearon a un hombre. Yo he nacido en 1811, el noveno mes despues del 25 de mayo, i mi padre se habia lanzado en la revolucion, i mi madre palpitado todos los dias con las noticias que llegaban por momentos sobre los progresos de la insurreccion americana. Balbuciente aun, empezaron a familiarizar mis ojos i mi lengua con el abecedario, tal era la prisa con que los colonos, que se sentian ciudadanos, acudian a educar a sus hijos, segun se ve en los decretos de la junta gubernativa i los otros gobiernos de la época. Lleno de este santo espíritu el gobierno de San Juan, en 1816, hizo venir de Buenos Aires unos sujetos dignos por su instruccion i moralidad de ser maestros en Prusia, i yo pasé inmediatamente a la apertura de la escuela de la patria, a confundirme en la masa de cuatrocientos niños de todas edades i condiciones, que acudian presurosos a recibir la única instruccion sólida que se ha dado entre nosotros en escuelas primarias. La memoria de don Ignacio i don José Jenaro Rodriguez, hijos de Buenos Aires, aguarda aun la reparacion que sus inmensos, sus santos servicios merecen, i no he de morir, sin que mi patria haya cumplido con este deber sagrado. El sentimiento de la igualdad era desenvuelto en nuestros corazones, por el tratamiento de *señor* que estábamos obligados a darnos unos a otros entre los alumnos, cualquiera que fuese la condicion, o la raza de cada uno; i la moralidad de las costumbres, estimulábanla el ejemplo del maestro, las lecciones orales, i castigos que solo eran severos i humillantes para los crímenes. En aquella escuela, de cuyos pormenores he hablado en *Civilizacion i Barbarie*, en *Educacion popular*, i conoce hoi la América, permanecí nueve años, sin haber faltado un solo dia bajo pretesto ninguno, que mi madre estaba ahí, para cuidar con inapeable severidad de que cumpliese con mi deber de

asistencia. A los cinco años de edad leia corrientemente en voz alta, con las entonaciones que solo la completa intelijencia del asunto puede dar, i tan poco comun debia ser en aquella época esta temprana habilidad, que me llevaban de casa en casa para oirme leer, cosechando grande copia de bollos, abrazos i encomios, que me llenaban de vanidad. Aparte de la facilidad natural de comprender, habia un secreto detras de bastidores que el público ignoraba, i que debo revelar para dar a cada uno lo que le corresponde. Mi pobre padre, ignorante, pero solícito de que sus hijos no lo fuesen, aguijoneaba en casa esta sed naciente de educacion, me tomaba diariamente la leccion de la escuela, i me hacia leer sin piedad por mis cortos años la *Historia Crítica de España* por don Juan de Masdeu, en cuatro volúmenes, el *Desiderio i Electo*, i otros librotes abominables que no he vuelto a ver, i que me han dejado en el espíritu ideas confusas de historia, alegorías, fábulas, países i nombres propios. Debí, pues, a mi padre, la aficion a la lectura, que ha hecho la ocupacion constante de una buena parte de mi vida, i si no pudo despues darme educacion por su pobreza, dióme en cambio por aquella solicitud paterna, el instrumento poderoso con que yo por mi propio esfuerzo, suplí a todo, llenando el mas constante, el mas ferviente de sus votos.

Siendo alumno de la escuela de lectura, construyóse en uno de sus estremos un asiento elevado como un sólio, a que se subia por gradas, i fuí yo elevado a él, con el nombre de *primer ciudadano!* Si el asiento se construyó para mí, dirálo don Ignacio Rodriguez que aun está vivo; sucedióme en aquel honor un jóven Domingo Moron, i cayó despues en desuso. Esta circunstancia, la publicidad adquirida desde entónces, los elojios de que fuí siempre objeto i testigo, i una serie de actos posteriores, han debido contribuir a dar a mis manifestaciones cierto carácter de fatuidad de que me han hecho apercibirme mas tarde. Yo creia desde niño en mis talentos como un propietario en su dinero, o un militar en sus actos de guerra. Todos lo decian, i en nueve años de escuela no alcanzaron a una docena, entre dos mil niños que debieron pasar por sus puertas, que me aventajasen en capacidad de aprender, no obstante que al fin me hostigó la escuela, i la gramática, la aritmética, el áljebra, a fuerza de haberlas aprendido en distintas veces. Mi moralidad de escolar debió resentirse de esta eterna vida de escuela, por lo que recuerdo que habia caido al último en el disfavor de los maestros. Estaba

establecido el sistema seguido en Escocia de ganar asientos. Proponíase una cuestion de aritmética i los que no sabian bien me miraban. Si habian de perder en la votacion los que se paraban, yo finjía pararme para precipitarlos; si por el contrario convenia pararse, yo me repantigaba en el asiento i me paraba repentinamente, para soplarles el lugar a los que me habian estado atisbando. Ultimamente obtuve carta blanca para ascender siempre en todos los cursos, i por lo ménos dos veces al dia llegaba al primer asiento; pero la plana era abominablemente mala, tenia notas de policía, habia llegado tarde, me escabullia sin licencia, i otras diabluras con que me desquitaba del aburrimiento, i me quitaban mi primer lugar, i el medio de plata blanca, que valia conservarlo todo un dia entero, lo que me sucedió pocas veces.

Dábanme ademas una superioridad decidida mis frecuentes lecturas de cosas contrarias a la enseñanza, con lo que mis facultades intelijentes se habian desenvuelto a un grado que los demas niños no poseian. En medio de mi abandono habitual, prestaba una atencion sostenida a las esplicaciones del maestro, leia con provecho, i retenia indeleblemente cuanto entraba por mis oidos i por mis ojos. Contó en una serie de dias el maestro, la preciosa historia de Robinson, i repetíala yo, tres años despues, íntegra, sin anticipar una escena, sin olvidar ninguna, delante de don José Oro i toda la familia reunida.

Hiciéronme sombra, sin embargo, de tiempo en tiempo, niños altamente dotados, de brillante intelijencia i mayor contraccion al estudio que yo. Entre ellos Antonio Aberastain, José Alvarez, un Leites de capacidad asombrosa, i otros cuyos nombres olvido.

En aquel naufrajio de mis cualidades morales de los últimos tiempos de la escuela por desocupacion de espíritu, salvé una que me importa hacer conocer. La familia de los Sarmientos tiene en San Juan una no disputada reputacion, que han heredado de padres a hijos, diré1o con mucha mortificacion mia, de embusteros. Nadie les ha negado esta calidad, i yo les he visto dar tan relevantes pruebas de esta innata i adorable disposicion, que no me queda duda de que es alguna cualidad de familia. Mi madre, empero, se habia premunido para no dejar entrar con mi padre aquella polilla en su casa, i nosotros fuimos criados en un santo horror por la mentira. En la escuela me distinguí siempre por una veracidad ejemplar, a tal punto que los maestros la recompensaban pro-

poniéndola de modelo a los alumnos, citándola con encomio, i ratificándome mas i mas en mi propósito de ser siempre veraz, propósito que ha entrado a formar el fondo de mi carácter, i de que dan testimonio todos los actos de mi vida.

Concluyó mi aprendizaje de la escuela por una de aquellas injusticias tan frecuentes, de que me he guardado yo cuando me he hallado en circunstancias análogas. Don Bernardino Rivadavia, aquel cultivador de tan mala mano, i cuyas bien escojidas plantas debian ser pisoteadas por los caballos de Quiroga, Lopez, Rosas, i todos los jefes de la reaccion bárbara, pidió a cada provincia seis jóvenes de conocidos talentos para ser educados por cuenta de la nacion, a fin de que concluidos sus estudios, volviesen a sus respectivas ciudades a ejercer las profesiones científicas, i dar lustre a su patria. Pedíase que fuesen de familia decente, aunque pobres, i don Ignacio Rodriguez fué a casa a dar a mi padre la fausta noticia de ser mi nombre el que encabezaba la lista de los hijos predilectos que iba a tomar bajo su amparo la nacion. Empero se despertó la codicia de los ricos, hubo empeños, todos los ciudadanos se hallaban en el caso de la donacion, i hubo de formarse una lista de todos los candidatos; echóse a la suerte la eleccion, i como la fortuna no era el patrono de mi familia, no me tocó ser uno de los seis agraciados. ¡Que dia de tristeza para mis padres aquel en que nos dieron la fatal noticia del escrutinio! Mi madre lloraba en silencio, mi padre tenia la cabeza sepultada entre sus manos.

I sin embargo, la suerte que habia sido injusta conmigo, no lo fué con la provincia, sino es que ella no supo aprovechar despues de los bienes que se le prepararon. Cayóle la suerte a Antonino Aberastain, pobre como yo, i dotado de talentos distinguidos, una contraccion férrea al estudio, i una moralidad de costumbres que lo ha hecho ejemplar hasta el dia de hoi. Llamó la atencion en el colejio de ciencias morales por aquellas cualidades, aprendió ingles, frances, italiano, portugues, matemáticas i derecho, graduóse en esta facultad, i regresó a su pais, donde fué compelido, al dia siguiente de su llegada, por la Junta de Representantes a desempeñar la primera majistratura judicial de la provincia. En 1840, emigró de su pais para no volver a él; fué nombrado ministro del gobierno de Salta, por la fama de capacidad de que gozaba, salió al último de aquella provincia por entre las lanzas de las montoneras, pasó a Chile, fué hecho secretario del intendente Copiapó, i reside hoi en aquella provincia viviendo de

su profesion de abogado, i gozando de la estimacion de todos. Nadie mejor que yo ha podido penetrar en el fondo de su carácter, amigos de infancia, su protejido en la edad adulta, cuando en 1836, llegábamos ambos a un tiempo a San Juan, desde Buenos-Aires él, de Chile yo, i empezó a poco de conocerme, a prestarme el apoyo de su influencia, para levantarme en sus brazos, cada vez que la envidia maliciosa de aldea echaba sobre mí una ola de disfavor o de celos, cada vez que el nivel de la vulgaridad se obstinaba en abatirme a la altura comun. Aberastain, doctor, juez supremo de alzadas, estaba ahí siempre, defendiéndome entre los suyos, contra la masa de jóvenes ricos, o consentidos que se me oponía al paso. He debido a este hombre bueno hasta la médula de los huesos, enérjico sin parecerlo, humilde hasta anularse, lo que mas tarde debí a otro hombre en Chile, la estimacion de mí mismo por las muestras que me prodigaba de la suya; sirviéndome ambos a enaltecerme mas que no lo hubiera hecho la fortuna. La estimacion de los buenos, es un galvanismo para las sustancias análogas. Una mirada de benevolencia de ellos, puede decir a Lázaro, levántate i marcha. Nunca he amado tanto como amé a Aberastain; hombre alguno a dejado mas hondas huellas en mi corazon de respeto i aprecio.

Desde su salida de San Juan, el supremo tribunal de justicia, es desempeñado por hombres sin educacion profesional, i a veces tan negados los pobres, que para arrieros serian torpes. Últimamente, la honorable sala de representantes, ha declarado que ni en defecto de abogados sanjuaninos, pueda ser juez un *extranjero*, es decir, un individuo de otra de las provincias confederadas, i basta citar este acto lejislativo para mostrar la perversion de espíritu en que han caido aquellas jentes.

Don Saturnino Salas fué otro de los agraciados; dedicóse a las matemáticas, para las que lo habia dotado la naturaleza de una de aquellas organizaciones privilejiadas que hacen los Pacal i los D'Ampère. Cultivó aquella ciencia con pasion, daba lecciones a sus concolegas para vestirse, haciendo uso de su habilidad fabril para confeccionarse zapatos, i remendar sus vestidos en la suma pobreza i horfandad en que lo dejó la destruccion del colejio de Ciencias Morales, que es uno de los mil crímenes cometidos por el partido reaccionario, por vengarse Arana i Rosas de la malquerencia que justamente les profesaban los colejiales, como la luz debe aborrecer al apaga lámparas.

Aquella cualidad industrial es inherente i orgánica en la familia de lòs Salas. Su padre don Joaquin Salas inventaba máquinas i aparatos para todas las cosas, i perdió una inmensa fortuna heredada de doña Antonia Irarrázaval, parte en aquellos ensayos de su injenio. Don Juan José Salas, su hijo, despunta por la misma capacidad fabril, que en San Juan, dado los hábitos de rutina española, se malogra en curiosidades improductivas. En fin, las señoras Salas, solteras, viven en una honesta medianía del producto de una industria, que ellas han inventado, perfeccionado en todos sus detalles, i elevado a la categoría de una de las bellas artes. Son célebres en San Juan las flores artificiales de mano de las Salas, que sin exajeracion rivalizan con las mas bellas de Paris, cuyas muestras estudian a fin de adivinar los procederes fabriles; que en cuanto a la belleza artística, imitan ellas a la naturaleza misma, i no pocas veces la harian aceptar una rosa de sus manos, o una rama de azahares, tal es la paciente habilidad que han puesto en copiarla hasta en los mas mínimos accidentes. Su hermano don Saturnino ha continuado por largos años estudiando por vocacion las matemáticas, enseñándolas por necesidad, enrolado en el cuerpo de injenieros en Buenos Aires, i contento en la miseria, única recompensa hoi en su patria del saber que no se hace delincuente e inmoral. Miéntras que aquel profundo matemático vejeta en la miseria, el gobierno de San Juan pagaba tres mil pesos anuales a un zafio desvergonzado que se daba por hidráulico, maquinista, injeniero, abogado, i entendido en cuanta materia se mencionaba. Defendió pleitos, fué empresario de teatro, escritor, coronel, mazorquero, director de obras públicas, juez de aguas, el amigo de los federales, el terror de los unitarios, i en verdad, el ser mas vil que ha deshonrado a la especie humana, habiendo para oprobio de aquella ciudad, durado diez años esta innoble farsa. Salud federacion! por el fruto se conoce el árbol!

Era el tercero don Indalicio Cortinez que se consagró a las ciencias médicas, con aplauso de la clase entera, i tal dedicacion a la cirujía, que tenia concesion especial de cadáveres, hecha por los catedráticos, a fin de que pudiese en su cuarto entregarse a sus estudios favoritos sobre el organismo humano. Volvió a San Juan a ejercer su profesion científica, despues de doctorado en tres facultades; levantó una casa de altos en la plaza, adquiriendo el local de la iglesia de Santa Ana arruinada, i emigró a Coquimbo abandonando cuanto

poscia, para salvar de la persecucion que se cebaba sobre todos los que tenian ojos para prever el abismo de males en que iba a ser sepultada la República por el triunfo de los caudillos, que no saben hoi por donde salir del pantano en que ellos mismos se han metido. El doctor Cortinez refresca hasta hoi sus conocimientos, teniéndose por las *Revistas* a que está suscrito, al corriente de los progresos que la ciencia hace en Europa; i San Juan ha perdido en él un médico hábil, i la fortuna que acumula hoi en Coquimbo, recompensa de sus aciertos, la que han disipado sus perseguidores de San Juan.

Esperando por momentos estoi, la lei que prohiba en San Juan, a los médicos *estranjeros*, curar a los enfermos, prefiriendo, como en los tribunales, a los curanderos nacidos i criados en la provincia.

Los tres restantes fueron don Fidel Torres, que no ha vuelto a su pais, don Pedro Lima, que murió, i don Eufemio Sanchez que profesa, a lo que he oido, la medicina en Buenos Aires. Lo único que hai claro, es que ninguno de los seis jóvenes educados por don Bernardino Rivadavia ha permanecido en San Juan; privándose esta provincia de recojer el fruto de aquella medida que por sí sola bastaria para hacer perdonar a aquel gobierno muchas otras faltas.

Quiero ántes de entrar en cosas mas serias, echar una mirada sobre los juegos de mi infancia, porque ellos revelan hábitos solariegos, de que aun se resiente mi edad madura. No supe nunca hacer bailar un trompo, rebotar la pelota, encumbrar una cometa, ni uno solo de los juegos infantiles a que no tomé aficion en mi niñez. En la escuela aprendí a copiar zotas i me hice despues de un molde para calcar una figura de San Martin a caballo que suelen poner los pulperos en los faroles de papel, i de adquisicion en adquisicion, yo concluí en diez años de perseverancia, con adivinar todos los secretos de hacer mamarrachos. En una visita de mi familia a casa de doña Bárbara Icasate, ocupé el dia en copiar la cara de un San Jerónimo, i una vez adquirido aquel tipo, yo lo reproducia de distintas maneras en todas las edades i sexos. Mi maostro cansado de correjirme en este pasatiempo, concluyó por resignarse i respetar esta manía instintiva. Cuando pude por el conocimiento de los materiales de la enseñanza del dibujo, faltóme la voluntad para perfeccionarme. En cambio esparcí mas tarde en mi provincia la aficion a este arte gráfico, i bajo mi direccion o inspiraccion se han

formado media docena de artistas que posee San Juan. Pero aquella aficion se convertia en mis juegos infantiles, en estatuaria, que tomaba dos formas diversas, hacia santos i soldados, los dos grandes objetos de mis predilecciones de niñez.

Creábame mi madre en la persuacion de que iba a ser clérigo i cura de San Juan, a imitacion de mi tio, i a mi padre le veia casacas, galones, sable i demas sarandajas. Por mi madre me alcazaban las vocaciones coloniales; por mi padre se me infiltraban las ideas i preocupaciones de aquella época revolucionaria; i obedeciendo a estas impulsiones contradictorias, yo pasaba mis horas de ocio en beata contemplacion de mis santos de barro debidamente pintados, dejándolos en seguida quietos en sus nichos, para ir a dar a la casa del frente una gran batalla entre dos ejércitos que yo i mi vecino habíamos preparado un mes ántes, con grande acopio de balas, para ralear las pintorreadas filas de monicacos informes.

No contara estas bagatelas, si no hubiesen tomado mas tarde formas colosales, i proporcionádome uno de los recuerdos que hasta hoi me hacen palpitar de gloria i de vanidad. Por lo que hace a mi vocacion sacerdotal, asistia cuando niño de trece años a una devota capilla, en casa del jorobado Rodriguez, capaz de contener veinte personas, i dotada de sacristía, campanario, i demas requisitos, con una dotacion de candeleros, incensarios i campanas sonoras, hechas por el negro Rufino de don Javier Jofré, i de que hacíamos enorme consumo en repiques i procesiones. Estaba consagrada la capilla a nuestro padre Santo Domingo, desempeñando yo durante dos años por aclamacion del capítulo, i con grande edificacion de los devotos, la augusta dignidad de provincial de la órden de predicadores. Acudian los frailes del convento de Santo Domingo a verme cantar misa, para lo que parodiaba a mi tio el cura que cantaba mui bien, i de quien siendo yo monacillo, atisbaba todo el mecanismo de la misa, no sin marcar la pájina del misal en que estaban el evanjelio i epístola del dia para reproducirlos íntegros en mi misa particular.

Por la tarde de los domingos, el provincial se tornaba en jeneral en jefe de un ejército de muchachos, i, ai! de los que quisiesen hacer frente a aquella lluvia de piedras que salia del seno de mi falanje.

Andando el tiempo yo habia logrado hacerme de la afeccion de una media docena de pilluelos, que hacian mi guardia imperial, i con cuyo ausilio repetí una vez la hazaña de Leo-

nidas, a punto de que el lector al oirla la equivocará con la del célebre espartano. Este es un caso serio, que requiere traer uno a uno los personajes que brillaron en aquel dia memorable.

Habia en casa de los Rojos un mulato regordote que tenia el sobrenombre de *Barrilito*; muchacho inquieto i atrevido, capaz de una fechoría. Otro del mismo pelaje, de Cabrera, de once años, diminuto, taimado, i tan tenaz que cuando hombre, elevado a cabo por su bravura, desertó de las filas de Facundo Quiroga con algunos otros, i en lugar de fugarse, tiroteó al ejército en marcha hasta que se hizo cojer i fusilar. A este llamábanle *Piojito*.

Descollaba el tercero, bajo el sobrenombre de *Chuña*, ave desairada, un peon chileno de veinte a mas años, un poco imbécil, i por tanto mui bien hallado en la sociedad de los niños. Era el cuarto José I. Flores, mi vecino i compañero de infancia, a quien tambien distinguia el sobrenombre de *Velita*, que él ha logrado quitarse a fuerza de buen humor i jovialidad. Era el quinto el *Guacho* Riberos, excelente muchacho i mi condiscípulo, i agregóse mas tarde Dolores Sanchez, hermano de aquel Eufemio, a quien por envolverse el capote en el brazo para defenderse de las piedras, llamábamos *Capotito*. Este nuevo recluta se educó a mi lado, i probó mui luego ser digno de la noble compañía en que se habia alistado. En el año, pues, del Señor no sé cuantos, que los niños no saben nunca el año en que viven, hicimos tres o cuatro jornadas mas o ménos lucidas, con mas o ménos pedradas i palos dados i recibidos, terminando un domingo en deshacer un ejército i tomar prisioneros jenerales, tambores i chusma, quo paseamos insolentemente por algunas calles de la ciudad. Esta humillacion impuesta a los vencidos trajo su represalia, i no mas tarde que el miércoles o juéves de la semana siguiente, supimos que los barrios de la Colonia i de Valdivia, cuan grandes son, i poblados de cardúmenes de muchachos, se aprestaban a volvernos la mano al domingo siguiente. Viérnes i sábado me llovian los avisos cada vez mas alarmantes de los progresos de la liga colono-valdiviana, miéntras que yo citaba a toda mi jente para hallarme en aptitud de recibirlos dignamente. Sobrevino el domingo tan esperado por los unos, tan temido por los otros, i llegó la tarde i se avanzaba la hora i mis soldados no aparecian, tanto miedo les ponia la noticia de los preparativos i amenazas de nuestros enemigos.

En fin, convencidos de la imposibilidad de aceptar el combate, dirijímonos yo i aquellos seis de que he hecho mencion, i que no habrian dejado de reunirse aunque se hubiera despoblado el cielo, hácia los puntos por donde era presumible viniese el ejército aliado para tener el gusto de verlos siquiera. Así marchando a la ventura llegamos hasta la *Pirámide*, en donde oimos ya el fragor de las aclamaciones i gritos de entusiasmo de los chiquillos i el sonido de los tambores de calabazas o de cuero que los precedian. Momentos despues apareció la columna i se derramó en el erial vecino. Dios mio! eran quinientos diablejos con veinte banderas, i picas i sables de palo que no reflejaban los rayos del sol. Contamos mas de treinta adultos mezclados entre la imberbe turba, tanta era la novedad que causaba aquella inusitada muchedumbre.

Nosotros instintivamente retrocedimos, temerosos de ser sepultados por aquella avalancha de muchachos ávidos de hacer una diablura, sobre todo en venganza de lo pasado en el domingo anterior.

Tomamos los siete por la calle de atravieso que conduce hácia el molino de Torres, desconcertados, cabizbajos, i punto ménos que huyendo. Precede al puente echado sobre el ladron del molino hácia el norte, un terreno sólido, gredoso i unido, miéntras que en torno del puente habia una enorme cantidad de guijarros sacados del fondo de la acequia. Una idea me vino, que Napoleon me la habria aplaudido, que Horacio Cócles me habria disputado como suya. Ocurrióme que, parados los siete en el estrecho puente i con aquella bendicion de piedras a la mano, podíamos disputar el paso al ejército aliado de la Colonia i de Valdivia. Detengo a los mios, les esplico el caso, los arengo, i concluyo arrancándoles un *está bueno* firme, i chisporroteando de entusiasmo. Me prometen obediencia ciega, tomo yo con dos mas, Riberos i el *Barrilito*, el centro del puente, distribuyo dos de cada lado de la trinchera hecha por la acequia, i todos nos ocupamos dilijentemente en acopiar piedras, de manera de suplir el número por la vivacidad del fuego. Habíannos apercibido en tanto, i el aire se estremecia con los gritos de aquella muchedumbre que se avanzaba rápidamente sobre nosotros. Mi plan era no disparar una piedra hasta tenerlos a tiro. Acercóse la turba i de repente arrojamos tal granizada de piedras, que los chillidos de diez o doce a quienes en el monton alcanzaron, dieron prueba sonora de que no se habian malogrado del todo. Huyó aquella chusma desordenada, querian

lanzarse los mios a la persecucion, pero el jeneral lo habia calculado todo, i visto que la interposicion del puente era el único medio posible de defensa.

Cuando digo que lo habia calculado todo, olvidaba que lo mejor no se me habia pasado por las mientes, i era que las mismas piedras que habíamos tirado, podian volvérnoslas a su turno, i que a su retaguardia tenia la inmensa columna la calle de San Agustin, rica en guijarros a despear los caballos que la transitan. Vueltos en efecto de su espanto los agresores, i mandando muchachos por centenares a traer piedras a ponchadas, se trabó el mas rudo combate de que hayan hecho jamas mencion las crónicas de los pilluelos vagabundos. Acercóse a la trinchera que yo defendia un muchacho, Pedro Frias, i me propuso, a fuer de parlamentario, que peleásemos a sable. ¡Nosotros siete contra quinientos! Despues de bien reflexionada la propuesta, la deseché terminantemente, i un minuto despues el aire se veia cubierto de piedras que iban i venian, a tal punto que aun habia riesgo de tragarlas. Al *Piojito* le rompieron la cabeza, i destilando sangre i mocos de llorar, i echando sendas puteadas, disparaba piedras a centenares como una catapulta antigua; el *Chuña* habia caido desmayado ya dentro de la acequia a riesgo de ahogarse; estábamos todos contusos, i la refriega seguia con encarnizamiento creciente; la distancia era ya de cuatro varas i el puente no cedia el paso, hasta que el negro Tomas, de don Dionisio Navarro, que estaba en primera línea, gritó a los suyos: "no tiren, vean al jeneral que no puede mover los brazos." Cesó con esto el combate i se acercaron los mas inmediatos hácia mí, silenciosos i mas contentos de mí que de su triunfo. Era el caso, que a mas de las pedradas sin cuento que yo tenia recibidas en el cuerpo, habíanme tocado tantas en los brazos, que no podia moverlos, i las piedras que aun lanzaba por puro patriotismo, iban a caer sin fuerza a pocos pasos. De mis valientes habian flaqueado i huido dos, que no nombro por no comprometer su reputacion, que no ha de exijirse a todos igual constancia. Estaba aun a mi lado Riberos, chillaba i puteaba todavía el *Piojito*, i sacamos al *Chuña* de la acequia, a fin de cuidar de nuestros heridos. Quisieron algunos desalmados compelerme a seguir en clase de prisionero; opúseme yo con el resto de enerjía que me quedaba, teniendo mis dos brazos caidos i empalados; intervinieron en mi favor los hombres que venian en la comitiva, dando su debido mérito i todo el honor de la jornada a los vencidos, i

retiréme bamboleándome de estenuacion a casa, donde con el mayor sijilo me administré durante una semana frecuentes paños de salmuera para hacer desaparecer aquellas negras acardenaladuras que me habrian hecho aparecer, si me hubiese desnudado, a guisa de poroto overo, tan frecuentes i repetidas eran. ¡O vosotros compañeros de gloria en aquel dia memorable! O vos, *Piojito*, si viviérais! *Barrilito*, *Velita*, *Chuña*, *Guacho* i *Capotito*, os saludo aun desde el destierro, en el momento de hacer justicia al ínclito valor de que hicisteis prueba! Es látima que no se os levante un monumento en el puente aquel para perpetuar vuestra memoria. No hizo mas Leonidas con sus trescientos espartanos en las famosas Termópilas. No hizo ménos el desgraciado Acha en las acéquias de Angaco, poniendo con la barriga al sol a tanto imbécil que no sabia apreciar lo que vale una acequia puesta de por medio, cuando hai detras una media docena de perillanes clavados en el suelo.

Volviendo a mi educacion, puede decirse que la fatalidad intervenia para cerrarme el paso. En 1821, fuí al seminario de Loreto en Córdova, i hube de volverme sin entrar. La revolucion de Carita me dejó sin maestro de latin. En 1825 principié a estudiar matemáticas i agrimensura, bajo la direccion de Mr. Barreau, injeniero de la provincia. Levantamos juntos el plano de las calles de Rojo, Desamparados, Santa Bárbara, i de allí rodeando hácia el Pueblo Viejo; i yo solo, por haberme abandonado el maestro, la de la Catedral, Santa Lucía, i Legua. En el mismo año fuí a San Luis a continuar con el clérigo Oro la educacion que habia interrumpido la revolucion del año anterior. Un año mas tarde era llamado por el gobierno para ser enviado al colejio de Ciencias Morales, i llegaba a San Juan, despues de haberme negado una vez, en el momento que las lanzas de Facundo Quiroga venian en bosque polvoroso ajitando sus siniestras banderolas por las calles.

En 1826 entraba tímido dependiente de comercio en una tienda, yo que habia sido educado por el presbítero Oro, en la soledad, que tanto desenvuelve la imajinacion, soñando congresos, guerra, gloria, libertad, la república en fin. Estuve triste muchos dias, i como Franklin, a quien sus padres dedicaban a jabonero, él que debia "robar al cielo los rayos i a los tiranos el cetro", toméle desde luego ojeriza al camino que solo conduce a la fortuna. En mis cavilaciones en las horas de ocio, me volvia a aquellas campañas de San Luis en

que vagaba por los bosques con mi Nebrija en las manos, estudiando *mascula sunt maribus*, e interrumpiendo el recitado para tirarle una pedrada a un pájaro. Echaba ménos aquella voz sonora que habia dos años enteros sonado en mis oidos, plácida, amiga, removiendo mi corazon, educando mis sentimientos, elevando mi espíritu. Las reminiscencias de aquella lluvia oral que caía todos los dias sobre mi alma, se me presentaban como láminas de un libro, cuyo significado comprendemos por la actitud de las figuras. Pueblos, historia, jeografía, relijion, moral, política, todo ello estaba ya anotado como en un índice; faltábame empero, el libro que lo detallaba, i yo estaba solo en el mundo, en medio de fardos de tocuyo i piezas de quimones, menudeando a los que se acercaban a comprarlos vara a vara. Pero deben haber libros, me decia yo, que traten especialmente de estas cosas, que las enseñen a los niños; i entendiendo bien lo que se lee, puede uno aprenderlas sin necesidad de maestros; i yo me lancé en seguida en busca de esos libros, i en aquella remota provincia, en aquella hora de tomada mi resolucion, encontré lo que buscaba, tal como lo habia concebido, preparado por patriotas que querian bien a la América, i que desde Lóndres habian presentido esta necesidad de la América del Sur, de educarse, respondiendo a mis clamores, enviándome los *catecismos* de *Ackermann*, que habia introducido en San Juan, don Tomas Rojo. ¡Los he hallado! podia esclamar como Arquímedes, por que yo los habia previsto, inventado, buscado aquellos catecismos, que mas tarde en 1829 regalé a don Saturnino Laspiur para la educacion de sus hijos. Allí estaba la historia antigua, i aquella Persia, i aquel Ejipto, i aquellas Pirámides, i aquel Nilo de que me hablaba el clérigo Oro. La historia de Grecia la estudié de memoria, i la de Roma en seguida, sitiéndome sucesivamente Leonidas i Bruto, Arístides, i Camilo, Hamodio i Epaminondas; i esto miéntras vendia yerba i azúcar, i ponia mala cara a los que me venian a sacar de aquel mundo que yo habia descubierto para vivir en él. Por las mañanas, despues de barrida la tienda, yo estaba leyendo, i una señora Laora, pasaba para la iglesia i volvia de ella, i sus ojos tropezaban siempre dia a dia, mes a mes, con este niño, inmóvil, insensible a toda perturbacion, sus ojos fijos sobre un libro, por lo que meneando la cabeza, decia en su casa «este mocito no debe ser bueno! si fueran buenos los libros no los leeria con tanto ahinco!»

Otra lectura ocupóme mas de un año, la Biblia! Por las

noches despues de las ocho, hora de cerrar la tienda, mi tio don Juan Pascual Albarracin, presbítero ya, me aguardaba en casa, i durante dos horas, discutíamos sobre lo que iba sucesivamente leyendo, desde el *Jénesis*, hasta el *Apocalipsis*. ¡Con cuánta paciencia escuchaba mis objeciones, para comunicarme en seguida la doctrina de la iglesia, la interpretacion canónica, i el sentido lejítimo i recibido de las sentencias, donde decia blanco, no obstante que yo leia negro, i las opiniones diverjentes de los santos padres! La *Teolojía natural*, de Paley, *Evidencia del Cristianismo*, por el mismo, *Verdadera idea de la Santa Sede*, i Feijóo, que cayó por entónces en mis manos, completaron aquella educacion razonada i eminentemente relijiosa, pero liberal, que venia desde la cuna trasmitiéndose desde mi madre al maestro de escuela, desde mi mentor Oro hasta el comentador de la Biblia, Albarracin.

Por entónces pasó a visitar a San Juan el canónigo don Ignacio Castro Barros, e hizo su mision pública, predicando quince dias sucesivamente en las plazas, a la luz de la luna, teniendo por auditorio cuanta jente cabe apiñada en una cuadra cuadrada de terreno. Yo asistia con asiduidad a estas pláticas, procurando ganar desde temprano lugar favorecido. Precedíale la fama de gran predicador, i durante muchos dias me tuvo en febril excitacion. Habia logrado despertar en mi alma el fanatismo rencoroso que vertia siempre de aquella boca, espumosa de cólera, contra los impíos i herejes, a quienes ultrajaba en los términos mas innobles. Furibundo, frenético, andaba de pueblo en pueblo, encendiendo las pasiones populares contra Rivadavia i la reforma, i ensanchando el camino a los bandidos, como Quiroga i otros, a quienes llamaba los Macabeos. Hice confesion jeneral con él, para consultarme en mis dudas, para acercarme mas i mas a aquella fuente de luz, que con mi razon de diez i seis años, hallé vacía, oscura, ignorante i engañosa. Los estragos que aquel iluso hizo en San Juan, pueden colejirse del decreto de 28 de julio de 1827, espedido por el gobierno enemigo de Rivadavia i sus partidarios. „Una funesta esperiencia, dice, ha enseñado cuanta es la facilidad con que se pasa de la diferencia de opiniones, a la discordia, i de ésta a la guerra. Esta misma esperiencia es la que ha producido en el gobierno el convencimiento de que, si bien debe asegurarse a cada individuo la libertad de manifestar decorosa i legalmente su opinion, es tambien necesario impedir que procure estender aquella atacando a los que piensan de otro

modo, por medios reprobados i sumamente peligrosos. Cuando se han tocado estos arbitrios, cuando ciertas instituciones santas i venerables se han hecho hablar en favor de lo que se llama una disputa política, se halla minada la tranquilidad pública. En fuerza de estas consideraciones i por haberse llegado a entender, que algun ministro del santuario ha hablado directa i aun personalmente en la cátedra del Espíritu Santo de las mismas cuestiones políticas que ya han ocasionado otra vez derramamiento de sangre en San Juan, el gobierno ha venido en decretar:

1.° Queda prohibido hacer mencion de cuestiones políticas en ningun discurso público relijioso que se pronuncie en el templo del Señor, donde no debe oirse sino la moral santa del Evanjelio, los preceptos del Redentor del mundo, los consuelos de la relijion divina i los ruegos de los fieles.

2.° Comuníquese al venerable clero, i dése al *Rejistro.—Quiroga*[1]*—José Antonio de Oro*[2], secretario.

Hízome dudar de su sinceridad el espectáculo de una de esas farsas que le habian valido su celebridad. Terminaba una prédica dentro de la iglesia, ensañándose contra Llorente, a quien llamó impío, vivorezno, por haber calumniado al santo tribunal de la inquisicion, asegurando al auditorio que habia muerto comido de gusanos en castigo de sus iniquidades. Seguíale yo con avidez en aquellas imprecaciones destilando veneno, sangre, maldiciones i ultrajes, contra Rousseau i otra retahila de nombres, para mí desconocidos, i su bílis se iba exaltando, i la rabia de un poseido se asomaba a sus ojos inyectados de sangre, i a su boca, en cuyos estremos se colectaban babas resecas; cuando de repente se levanta, i estendiendo los brazos i levantando su voz estentórea, a que respondian los ecos de las bóvedas del templo, invocó al demonio mandándole presentarse ante él, asegurando en términos positivos i terminantes que él tenia potestad del cielo para hacerlo comparecer, i que iba a presentarse en el acto; i sus ojos lo buscaban i sus manos crispadas señalaban los lugares oscuros de la iglesia, i las mujeres inquietas se movian i volvian la cara para huir, miéntras yo clavaba los ojos en aquella fisonomía del clérigo descompuesta i cárdena, esperando encontrar en ella signos de fascinacion, por no atreverme todavía a creer todo aquello una patraña. Despues he visto a Casacuberta hacer con igual

1 Don Manuel Gregorio,

2 Hermano del obispo Oro.

pasion papeles mas difíciles, i he sentido bullir mi sangre de indignacion contra aquella prostitucion de la cátedra.

El padre Castro Barros echó en mi espíritu la primera duda que lo ha atormentado, el primer disfavor contra las ideas relijiosas, en que habia sido creado, ignorando el fanatismo, i despreciando la supersticion. Despues he sabido la historia de aquel insano. Era su resorte favorito en las campañas, entre las jentes incultas, arrojar desde el púlpito una plumilla, i decirla el alma de un condenado, i asegurar que aquella persona a quien se le asentase la pluma, estaba ya predestinada a los suplicios eternos; i las infelices mujeres, a quienes habia hecho apiñarse en torno de la cátedra, con sus llantos i movimientos ajitaban el aire, i la vagorosa plumilla revoloteaba i cambiaba de direccion, paseando el espanto i la desolacion por sobre las cabezas de la muchedumbre, que al fin se ponia de pié, enajenada de terror, dando alaridos i desbandándose por los campos. Omito mil escenas horribles de este jénero, i la calavera i el crucifijo, para entablar coloquios risibles, sino fueran odiosos entre dos objetos tan venerandos, i hacer cantar a la calavera tonaditas mundanas, i describir despues sus tormentos en el infierno, i gozarse él en ellos, recordándole entónces uno a uno sus deslices pasados. De esa escuela de predicadores salen en las colonias españolas los terroristas políticos, de sus blasfemias contra los impíos ha salido el *mueran los salvajes unitarios*. De ahí han salido las chispas que apasionaron a la muchedumbre, i la lanzaron a los crímenes, a las matanzas de que hemos sido víctimas. De la boca de Castro Barros, como de la de los puritanos de Inglaterra, salia siempre la Sagrada Escritura empapada en sangre, azuzando las pasiones brutales de la muchedumbre. Afortunadamente para la gloria de Castro, tuvo la fuerza de alma de volver mas tarde sobre sus pasos, cuando se mostraron los crímenes i la barbarie que él habia armado de un pretesto santo. Prestó en 1829 su ardorosa cooperacion al jeneral Paz en Córdova, le atrajo las simpatías de sus compatriotas, i algunas arrobas de plata labrada de conventos i monasterios fueron por influjo suyo, a engrosar el desmedrado caudal del ejército, como muestra decidida de su adhesion. En los diarios de la época publicó el doctor Castro una esposicion de las razones que lo habian hecho cambiar de partido, i volver sobre Facundo Quiroga i sus partidarios las mismas armas con que habia preparado la sangrienta lucha. Despues siguió la suerte de los unitarios, escapó de ser azotado por Quiroga, fué mas tarde echado en un ponton por Ro-

sas, donde para vivir le era necesario achicar la bomba todos los dias, por meses enteros, para conservar su canzada i enfermiza existencia. Llegó mas tarde a Chile, donde volviendo con la vejez a los escesos de fanatismo de la primera época de sus predicaciones, abogó con calor por la inquisicion i otras ideas estremas, hasta que la muerte dió reposo el año pasado a aquella vida por tantas pasiones ajitada. *La Revista Católica* hallóle en olor de santidad, i de paso se sirvió insinuar con caridad evanjélica, que el muerto doctor tenia émulos, aludiendo a mí que habia principiado a escribir su biografía, con otros conceptos ménos equívocos, si bien mas injuriosos. Perdóneles Dios su petulancia, que no era el pobre clérigo digno objeto de mi emulacion.

Desde aquella época me lancé en la lectura de cuanto libro pudo caer en mis manos, sin órden, sin otro guia que el acaso que me los presentaba, o las noticias que adquiria de su existencia en las escasas bibliotecas de San Juan. Fué el primero la *Vida de Ciceron* por Middleton, con láminas finísimas, i aquel libro me hizo vivir largo tiempo entre los romanos. Si hubiese entónces tenido medios, habria estudiado el derecho, para hacerme abogado, para defender causas, como aquel insigne orador a quien he amado con predileccion. El segundo libro fué la *Vida de Franklin*, i libro alguno me ha hecho mas bien que este. La vida de Franklin fué para mí lo que las vidas de Plutarco para él, para Rousseau, Enrique IV, Mma. Roland i tantos otros. Yo me sentia Franklin; i porqué nó? Era yo pobrísimo como él, estudioso como él, i dándome maña i siguiendo sus huellas, podia un dia llegar a formarme como él, ser doctor *ad honorem* como él, i hacerme un lugar en las letras i en la política americana. La vida de Franklin debiera formar parte de los libros de las escuelas primarias. Alienta tanto su ejemplo, está tan al alcance de todos la carrera que él recorria, que no habria muchacho, un poco bien inclinado, que no se tentase a ser un Franklincito, por aquella bella tendencia del espíritu humano a imitar los modelos de la perfeccion que concibe. Escribir una vida de Franklin adaptada para las escuelas, ha sido uno de los propósitos literarios que he acariciado largo tiempo; i ahora que me creia en aptitud de realizarlo, llevado de las mismas ideas, lo ha efectuado Mr. Mignet, por encargo de la Academia Francesa, con un éxito completo, aunque mi plan era diverso, mas popular i mas adaptable a nuestra situacion. Tal como es el libro de Mignet, pedílo a Francia, i lo

he hecho poner en castellano para jeneralizarlo, porque yo sé por esperiencia propia cuánto bien hace a los niños esta lectura. ¡Santas aspiraciones del alma juvenil a lo bello i perfecto! ¿Dónde está entre nuestros libros el tipo, el modelo práctico, hacedero, posible, que puede guiarlas i trazarlas un camino? Los predicadores nos proponen los santos del cielo para que imitemos sus virtudes ascéticas i sus maceraciones; pero por mas bien intencionado que el niño sea, renuncia desde temprano a la pretencion de hacer milagros, por la razon sencilla de que los que lo aconsejan, se abstienen ellos mismos de hacerlos. Pero el jóven que sin otro apoyo que su razon, pobre i destituido, trabaja con sus manos para vivir, estudia bajo su propia direccion, se dá cuenta de sus acciones para ser mas perfecto, ilustra su nombre, sirve a su patria, ayudándola a desligarse de sus opresores, i un dia presenta a la humanidad entera un instrumento sencillo para someter los rayos del cielo, i puede vanagloriarse de redimir millones de vidas con el preservativo con que dotó a los hombres, este hombre debe estar en los altares de la humanidad, ser mejor que Santa Bárbara, abogada contra rayos, i llamarse el Santo del Pueblo.

Para los pueblos del habla castellana, aprender un idioma vivo, es solo aprender a leer, i debiera uno por lo ménos enseñarse en las escuelas primarias.

El clérigo Oro al enseñarme el latin, que no sé, me habia dotado de una máquina sencilla de aprender idiomas, que he aplicado con suceso a los pocos que conozco. En 1829, escapado de ser fusilado en Mendoza por el fraile Aldao, por la benéfica i espontánea intercesion del coronel don José Santos Ramirez, a cuyo buen corazon no deben perjudicar las flaquezas de su juicio, tuve en San Juan mi casa por cárcel, i el estudio del frances por recreo. Vínome la idea de aprenderlo con un frances soldado de Napoleon, que no sabia castellano, i no conocia la gramática de su idioma. Pero la codicia se me habia despertado a la vista de una biblioteca en frances, perteneciente a don José Ignacio de la Rosa, i con una gramática i un diccionario prestados, al mes once dias de principiado el solitario aprendizaje, habia traducido doce volúmenes, entre ellos las *Memorias* de Josefina. De mi consagracion a aquella tarea, puedo dar idea por señales materiales. Tenia mis libros sobre la mesa del comedor, apartábalos para que sirvieran el almuerzo, despues para la comida, a la noche para la cena; la vela se estinguia a las dos de la mañana, i cuando la lectura me apasionaba, me pasaba tres dias sen-

tado, rejistrando el diccionario. Catorce años he puesto despues en aprender a pronunciar el frances, que no he hablado hasta 1846, despues de haber llegado a Francia. En 1833, estuve de dependiente de comercio en Valparaiso, ganaba una onza mensual, i de ella destiné media para pagar al profesor de ingles Richard, i dos reales semanales al sereno del barrio para que me despertase a las dos de la mañana a estudiar mi ingles. Los sábados los pasaba en vela para hacerlos de una pieza con el domingo; i despues de mes i medio de lecciones, Richard me dijo que no me faltaba ya sino la pronunciacion, que hasta hoi he podido adquirir. Fuíme a Copiapó, i mayordomo indigno de la *Colorada*, que tanta plata en barra escondia a mis ojos, traduje a volúmen por dia los sesenta de la coleccion completa de novelas de Walter Scott, i otras muchas obras que debí a la oficiosidad de Mr. Eduardo Abott. Conservan muchos en Copiapó el recuerdo del minero, a quien se encontraba siempre leyendo, i aun en Lima, el señor Codecido recordóme, a mi vuelta de Europa, un suceso relativo a aquellos tiempos. Por economía, pasatiempo i travesura, habia yo concluido por equiparme completamente con el pintoresco vestido de los mineros, i habituado a los demas a mirar este disfraz como mi traje natural. Calzaba babucha i escarpin; llevaba calzoncillo azul i coton listado, engalanando este fondo, a mas del consabido gorro colorado, una ancha faja de donde pendia una bolsa capaz de contener una arroba de azúcar, i en la que tenia yo siempre uno o dos manojos de tabaco tarijeño. Por las tardes ascendia de la mina del *Desempeño* don Manuel Carril, juntos pasábamos al *Manto de los Cobos*, en cuya cocina reunidos, discutiamos política media docena de mayordomos, patrones o peones arjentinos, añadiéndose a este parlero i ahumado congreso, un jóven parisiense, a quien dábamos lecciones de un castellano tan castizo que, una vez que encontró señoras, dejó lastimados sus oidos, i a nosotros, que éramos sus maestros, confundidos de los progresos que en tan corto tiempo habia hecho el alumno, no sin reconvenirlo despues i esplicarle todas las frases, palabras e interjecciones castellanas, que no tenian fácil curso en otra sociedad que aquella de la cocina del *Manto de los Cobos* de que él formaba parte.

Era juez de minas en 1835, el mayor Mardones que habia militado en la República Arjentina en los tiempos de la guerra de la independencia, su señora tenia trato, costumbres,

aseo, i algunos muebles que nos reconciliaban con la vida civilizada, i solíamos por la noche bajar a su habitacion, en la Placilla, i pasar allí agradablemente el rato. Una noche encontramos hospedado a un señor Codecido, pulcro i sibarita ciudadano que se quejaba de las incomodidades i privaciones de la jornada. Saludáronlo todos con atencion, toquéme yo el gorro con encojimiento, i fuí a colocarme en un rincon, por sustraerme a las miradas en aquel traje que me era habitual, dejándole ver, sin embargo, al pasar mi tirador alechugado, que es la pieza principal del equipo. Codecido no se fijó en mí, como era natural con un minero a quien sus patrones consentian que los acompañase, i a haber yo estado mas a mano, me habria suplicado que le trajese fuego, u otra cosa necesaria. La conversacion rodó sobre varios puntos, discreparon en una cosa de hecho que se referia a historia moderna europea, i a nombres jeográficos, e instintivamente Carril, Chenaut i los demas, se volvieron hácia mí, para saber lo que habia de verdad. Provocado así a tomar parte en la conversacion de los caballeros, dije lo que habia en el caso, pero en términos tan dogmáticos, con tan minuciosos detalles, que Codecido abria a cada frase un palmo de boca, viendo salir las pájinas de un libro de los labios del que habia tomado por apir. Esplicáronle la causa del error en medio de la risa jeneral, i yo quedé desde entónces en sus buenas gracias.

Divertia a los mineros, en *Punta Brava*, con dibujos de animales i pájaros; daba lecciones de frances a unos jóvenes, i encontré allí un mayordomo con tan estraordinaria facultad de retener lo que leia, que recitaba libros enteros sin olvidar una coma. Este tenia los ojos prominentes, como lo requiere Gall. Pertenece a mis estudios de Chañarcillo la edicion de un libro sobre *emigracion*, desde San Juan i Mendoza a las orillas del *Colorado* hácia el sur, que a falta de prensa recité una vez a Manuel Carril, teniéndolo durante dos horas de tal manera embobado con mi cuento, que cuando me paraba a cobrar aliento, me decia continúe, continúe, i al fin esclamó entusiasmado, yo pongo hasta la camisa para llevar a cabo el proyecto; pues yo solo pedia ochenta mil pesos, para que un millar de muchachos de buena voluntad, nos fuésemos al sur, i fundásemos una colonia, en un rio navegable, i nos enriqueciésemos. Recuerdo esto, porque me complace mostrar cuán antigua es la manía de mi espíritu por continuar la obra de la ocupacion de la tierra, que paralizó la guerra de

la independencia, i despueblan hoi la ignorancia e incapacidad de aquellos gobiernos.

En 1837 aprendí el italiano en San Juan, por acompañar al jóven Rawson, cuyos talentos empezaban desde entónces a manifestarse. Ultimamente en 1842, redactando el *Mercurio*, me familiaricé con el portugues, que no requiere aprenderse. En Paris me encerré quince dias con una gramática i un diccionario, i traduje seis pájinas de aleman, a satisfaccion de un intelijente a quien dí leccion, dejándome desmontado aquel supremo esfuerzo, no obstante que creia haber cojido ya la estructura del rebelde idioma.

He enseñado a muchos el frances, por el deseo de propagar la buena lectura, i a varios de mis amigos, sin darles lecciones, para echarlos en el camino que yo habia seguido, les decia primero: Ud, no se ha de contraer a estudiar, ya lo estoi viendo; i cuando los veia picados de amor propio, les daba algunas lecciones sobre la manera de estudiar por sí solos. Bustos, el de la Escuela Normal, i P...., mi tierno amigo, me avisaron un mes o dos despues, que ya sabian frances, i en efecto lo habian estudiado.

¿Cómo se forman las ideas? Yo creo que en el espíritu de los que estudian sucede como en las inundaciones de los rios, que las aguas al pasar depositan poco a poco las partículas sólidas que traen en disolucion, i fertilizan el terreno. En 1833 yo pude comprobar en Valparaiso que tenia leidas todas las obras que no eran profesionales, de las que componian un catálago de libros publicado por el *Mercurio*. Estas lecturas, enriquecidas por la adquisicion de los idiomas, habian espuesto ante mis miradas el gran debate de las ideas filosóficas, políticas, morales i relijiosas, i abierto los poros de mi intelijencia para embeberse en ellas. En 1838 fué a San Juan mi malogrado amigo Manuel Quiroga Rosas, con su espíritu mal preparado aun, lleno de fe i de entusiasmo en las nuevas ideas que ajitaban el mundo literario en Francia, i poseedor de una escojida biblioteca de autores modernos. Villemain i Schlegel, en literatura; Jouffroi, Lerminnier, Guizot, Cousin, en filosofía e historia; Tocqueville, Pedro Leroux, en democracia; la *Revista Enciclopédica*, como síntesis de todas las doctrinas; Charles Didier i otros cien nombres hasta entónces ignorados para mí, alimentaron por largo tiempo mi sed de conocimientos. Durante dos años consecutivos prestaron estos libros materia de apasionada discusion por las noches en una tertulia, en la que los doctores Cortinez, Aberastain,

Quiroga Rosas, Rodriguez i yo, discutíamos las nuevas doctrinas, las resistíamos, las atacábamos, concluyendo al fin por quedar mas o ménos conquistados por ellas. Hice entónces, i con buenos maestros a fe, mis dos años de filosofía e historia, i concluido aquel curso, empecé a sentir que mi pensamiento propio, espejo reflector hasta entónces de las ideas ajenas, empezaba a moverse i a querer marchar. Todas mis ideas se fijaron clara i distintamente, disipándose las sombras i vacilaciones frecuentes en la juventud que comienza, llenos ya los vacíos que las lecturas desordenadas de veinte años habian podido dejar, buscando la aplicacion de aquellos resultados adquiridos a la vida actual, traduciendo el espíritu europeo al espíritu americano, con los cambios que el diverso teatro requeria.

En todos estos esfuerzos estuvo siempre en actividad el órgano de instruccion i de informacion, que tengo mas espedito, que es el oido. Educado por medio de la palabra por el presbítero Oro, por el cura Albarracin; buscando siempre la sociedad de los hombres instruidos, entónces i despues, mis amigos Aberastain, Piñero, Lopez, Alberdi, Gutierrez, Oro, Tejedor, Fragueiro, Montt, i tantos otros, han contribuido sin saberlo, a desenvolver mi espíritu, trasmitiéndome sus ideas, o dando asidero a las mias para un desenvolvimiento que viene de suyo a completarlas. Así preparado presentéme en Chile en 1841, maduro, puedo decir, por los años, el estudio i la refleccion, i los escritos que la prensa ponia a mi vista, me hicieron creer desde luego que los hombres que habian recibido una educacion ordenada, no habian atesorado mayor número de conocimientos, ni masticádolos mas despacio. No al principio de mi carrera de escritor, sino mas tarde, levantóse en Santiago un sentimiento de desden por mi inferioridad, de que hasta los muchachos de los colejios participaron. Yo preguntara hoi, si fuera necesario, a todos esos jóvenes del *Semanario* si habian hecho realmente estudios mas serios que yo. ¿Tambien a mí querian embaucarme con sus seis años de Instituto Nacional? Pues qué! no sé yo, hoi exáminador universitario, lo que en los colejios se enseña?

LA VIDA PÚBLICA

A los diez i seis años de mi vida entré a la cárcel, i salí de ella con opiniones políticas, lo contrario de Silvio Pellico, a quien las prisiones enseñaron la moral de la resignacion i del anonadamiento. Desde que cayó en mis manos por la primera vez el libro de *Las Prisiones,* inspiróme horror la doctrina del abatimiento moral, que el preso salió a predicar por el mundo, i que hallaron tan aceptable los reyes que se sentian amenazados por la enerjía de los pueblos. Ya anduviera adelantada la especie humana, si el hombre necesitase para comprender bien los intereses de la patria, tener ejercicios espirituales por ocho años en los calabozos de Espiberg, la Bastilla i los Santos Lugares. ¡Ai del mundo, si el czar de Rusia, el emperador de Austria o Rosas, pudiesen enseñar moral a los hombres! El libro de Silvio Pellico es la muerte del alma, la moral de los calabozos, el veneno lento de la degradacion del espíritu. Su libro i él han pasado por fortuna, i el mundo seguido adelante, en despecho de los estropeados, paralíticos i valetudinarios que las luchas políticas han dejado. Era yo tendero de profesion en 1827, i no sé si Ciceron, Franklin, o Temístocles, segun el libro que leia en el momento de la catástrofe, cuando me intimaron por la tercera vez cerrar mi tienda e ir a montar guardia en el carácter de alférez de milicias, a cuyo rango habia sido elevado no hacia mucho tiempo. Contrariábame aquella guardia, i al dar parte al gobierno de haberme recibido del principal sin novedad, añadí un reclamo en el que me quejaba de aquel servicio, diciendo: "con que se nos *oprime* sin necesidad." Fuí relevado de la guardia i llamado a la presencia del coronel del ejército de Chile, don Manuel Quiroga, gobernador de San Juan, que a la sazon tomaba el solcito, sentado en el patio de la casa de gobierno. Esta circunstancia, i mi estremada juventud, autorizaban naturalmente el que, al hablarme, conservase el gobernador su asiento i su sombrero. Pero era la primera vez que yo iba a presentarme ante una autoridad, jóven, ignorante de la vida, i altivo por educacion, i acaso por mi contacto diario con César, Ciceron i mis personajes favoritos; i como no respondiese el gobernador a mi respetuoso saludo, ántes de contestar yo a su pregunta, ¿es ésta, señor su firma?

levanté precipitadamente mi sombrero, calémelo con intencion, i contesté resueltamente: sí, señor. La escena muda que pasó en seguida habria dejado perplejo al espectador, dudando quién era el jefe o el subalterno, quién a quién desafiaba con sus miradas, los ojos clavados el uno en el otro, el gobernador empeñado en hacérmelos bajar a mí, por los rayos de cólera que partian de los suyos, yo con los mios fijos, sin pestañear, para hacerle comprender que su rabia venia a estrellarse contra una alma parapetada contra toda intimidacion. Lo vencí, i enajenado de cólera, llamó un edecan i me envió a la cárcel. Volaron algunos a verme, entre ellos Laspiur, hoi ministro, i que me tenia cariño, quien me aconsejó hacer lo que él ha hecho siempre, cejar ante las dificultades Mi padre vino en seguida, i contándole la historia, me dijo: "ha hecho U. una tontera; pero ya está hecha; ahora sufra las consecuencias, sin debilidad." Siguióseme causa, preguntóseme si habia oido quejarse del gobierno, respondí que sí, i a muchos. Preguntado quiénes son, respondí que los que han hablado en mi presencia no me han autorizado para comunicar a la autoridad sus dichos. Insisten, me obstino; me amenazan, sácoles la lengua; i la causa fué abandonada, yo puesto en libertad, e iniciado por la autoridad misma en que habia partidos en la ciudad, cuestiones que dividian la República, i que no era en Roma ni en Grecia donde habia de buscar yo la libertad i la patria, sino allí, en San Juan, en el grande horizonte que abrian los acontecimientos que se estaban preparando en los últimos dias de la presidencia de Rivadavia. Hasta la casualidad me empujaba a las luchas de los partidos que aun no conocia. En una fiesta del Pueblo-Viejo, disparé un cohete a las patas de un grupo de caballos, i salió de entre los jinetes a maltratarme mi coronel Quiroga, ex-gobernador entónces, atribuyendo a ultraje intencional lo que no era mas que atolondramiento. Hubimos de trabarnos de palabras i estrecharnos, él a caballo i yo a pié. Hacíanle a él voluminosa cauda cincuenta jinetes, i yo, que tenia en él i en su ájil caballo fijos los ojos, para evitar un atropellon, empecé a sentir un objeto que me tocaba por detrás de una manera apremiosa e indicativa. Estiro una mano a reconocerlo, i toco.... el cañon de una pistola que me abandonaban. Yo tambien era en aquel instante la cabeza de una falanje que se habia apiñado en mi defensa. El partido federal, encabezado por Quiroga Carril, estaba a punto de irse a las manos con el partido unitario, a quien yo servia

sin saberlo en aquel momento de punta. El ex-gobernador se retiró confundido por la rechifla, i acaso asombrado de tener segunda vez que estrellarse en presencia de un niño, que ni lo provocaba con arrogancia, ni cedia con timidez una vez metido en el mal paso. Al dia siguiente era yo unitario. Algunos meses mas tarde conocia la cuestion de los partidos en su esencia, en sus personas i en sus miras, porque desde aquel momento me aboqué el proceso voluminoso de las opiniones adversas.

Cuando la guerra estalló, entregué a mi tia doña Anjela la tienda que tenia a mi cargo, alistéme en las tropas que se habian sublevado contra Facundo Quiroga en las Quijadas, hice la campaña de Jachal, halléme en el encuentro de Tafin, salvé de caer prisionero con las carretas i caballadas que habia tomado yo en el Pocito, bajo las órdenes de don Javier Angulo; escapéme con mi padre a Mendoza, donde se habian sublevado contra los Aldaos las tropas mismas que nos habian vencido en San Juan, i a poco, fuí nombrado con don J. M: Echegarai Albarracin, ayudante del jeneral Alvarado, quién hizo donacion de mi persona al jeneral Moyano que me cobró aficion, i me regaló un dia, en premio de una buena travesura, el caballo bayo obero en que fué vencido don José Miguel Carrera. Despues he sido ayudante de línea incorporado al 2.º de coraceros del jeneral Paz; instructor aprobado de reclutas, de lo que puede dar testimonio el coronel Chenaut, bajo cuyas órdenes serví quince dias; mas tarde declarado segundo director de academia militar, por mi conocimiento profundo de las maniobras i táctica de caballería, lo que se esplica fácilmente por mi hábito de estudiar. Pero la guerra con todas las ilusiones que enjendra, i el humo de la gloria que ya embriaga a un capitan de compañía, no me han dejado impresiones mas dulces, recuerdos mas imperecederos, que aquella campaña de Mendoza, que concluyó en la trajedia horrible del Pilar. Fué para mí aquella época la poesía, la idealizacion, la realizacion de mis lecturas. Jóven de dieziocho años, imberbe, desconocido de todos, yo he vivido en el éxtasis permanente del entusiasmo, i no obstante que nada hice de provecho, porque mi comision era la de simple ayudante, sin soldados a su mando, era o hubiera sido un héroe, pronto siempre a sacrificarme, a morir donde hubiese sido útil, para obtener el mas mínimo resultado. Era el primero en las guerrillas, i a media noche el tiroteo lejano me hacia despertar, escabullirme, i lanzarme por calles desconocidas,

guiándome por los fogonazos, hasta el teatro de la escaramuza, para gritar, para meter bulla i azuzar el tiroteo. Ultimamente me habia proporcionado un rifle con que hacia, donde habia guerrillas, un fuego endemoniado, hasta que me lo quitó el jeneral Moyano, como se les quita a los niños el trompo, a fin de que hagan lo que se les manda i de cuyo cumplimiento los distrae el embeleco. Mi padre, que me seguia como el ánjel tutelar, se me aparecia en estos momentos de embriaguez, a sacarme de atolladeros que sin su prevision habrian podido serme fatales. De dia en dia iba haciéndome de mayor número de amigos en la division, i en la mañana del 29 de setiembre, dia de la derrota nuestra, despues de haber por mi vijilancia i prevision, salvado el campo de un ataque, por un lienzo de muralla que habian echado abajo, en la noche, un jóven Gutierrez me prestó su partida de 20 hombres para ir a escaramucear con el enemigo por otro lado Era yo esta vez dueño de una fuerza imponente, i la calle, de paredes largas como una flauta, ahorraba al jeneral la necesidad de trazarse un plan estratéjico mui complicado. Avanzar para adelante, i huir para atrás, hé aquí las dos operaciones jefes, *pivotales* de la jornada. Los soldados de ambos bandos, milicianos por lo jeneral, lo que ménos deseaban era irse a las manos, i esta era la curiosidad que yo tenia i que me proponia satisfacer. Ordeno un tiroteo que sirva de introduccion al capítulo; avánzome en seguida a provocar de palabras, diciéndole montonero, avestruz i otras lindezas al oficial adverso, quien sin avanzarse mucho, me hace fusilar con tres o cuatro de los suyos, que se estaban un minuto apuntándome los tiros. Me injenio del modo mas decente que puedo para no seguir sirviendo de blanco, despues de haberme aguantado quince tiros a veinte i cinco pasos. Mando cargar, nos entreveramos un segundo, i los mios i los ajenos retroceden a un tiempo, cada partida por su lado, dejando en el fugaz campo de batalla, al pobre jeneral mohino de que no siguiera un rato mas la broma. Reúnome a los mios, i siento en todas las evoluciones del caballo, que me acompaña un soldado. Estrañan su fisonomía los otros, reconócenlo enemigo que se ha quedado entre los nuestros, siendo el poncho el uniforme de todos; lo atacan, lo defiendo; insisten en matarlo, se dispara; salgo a su alcance, i al reunirse a los suyos, logro metérmele de por medio, i al cesgar el caballo, acomodarle un chirlo en buena parte, echarlo dentro de la acequia que corria al costado de la calle, i dejar a disposicion

de los nuestros el caballo ensillado, miéntras yo hacia frente a los que venian en su socorro. Hé aquí la hazaña mas *contabile* que he hecho en mis correrías militares. Despues era ya hombre hecho, capitan de línea, i por necesidad circunspecto.

Asistia con frecuencia a los debates que tenia el jeneral Alvarado con el pobre Moyano. Alvarado no tenia nunca razon, pero tenia el prestijio de la guerra de la independencia i oponia a todo la fuerza de inercia, que es el poder mas temible. Moyano fué fusilado, i Alvarado se retiró tranquilo a San Juan, despues de vencido. Mas tarde mandaba decir al señor Sarmiento, escritor en Chile, que en la *Vida de Aldao* hacia alusion a su conducta de entónces, que ya él se habia vindicado de esos cargos. Mucha sorpresa causó a Frias mi respuesta: dígale al jeneral que un ayudantito que dió él a Moyano, i reprendió una vez por el ahinco con que oia las conversaciones entre los jefes, es el señor Sarmiento a quien se dirije ahora. Oh! diez veces han perdido la República hombres honrados, pero frios, incapaces de comprender lo que tenian entre manos. Tomóme aficion don José Maria Salinas, ex-secretario de Bolívar, patriota entusiasta, adornado de dotes eminentes i que fué degollado por Aldao, mandado mutilar, desfigurado con una barbaridad hasta entónces sin ejemplo. Ultimamente en los dos dias que precedieron a la derrota del Pilar, por la amistad del doctor Salinas, i las simpatías de los Villanuevas i de Zuloaga, que habia tomado el mando de la division, fuí admitido a los consejos de guerra de los jefes, no obstante mi poca edad, contando con mi discrecion; debo creer que suponiéndome rectitud de juicio, pues que de mi resolucion no habia que dudar.

Terminaron este episodio incidentes que son necesarios al objeto de esta narracion. Saben todos el oríjen de la vergonzosa catástrofe del Pilar. El fraile Aldao borracho, nos disparó seis culebrinas al grupo que formábamos sesenta oficiales en torno de Francisco Aldao, su hermano, que habia entrado en nuestro campo, despues de concluido un tratado entre los dos partidos belijerantes. El desórden de nuestras tropas, dispersas merced a la paz firmada, se convirtió en derrota en el momento, en despecho de esfuerzos inútiles para restablecer las posiciones. Jamas la naturaleza humana se me habia presentado mas indigna, i solo Rosas ha escedido en cinismo a los miserables que le preparaban así el camino. Yo estaba

aturdido, ciego de despecho; mi padre vino a sacarme del campo i tuve la crueldad de forzarlo a fugar solo. Laprida, el ilustre Laprida, el presidente del congreso de Tucuman, vino en seguida i me amonestó, me encareció en los términos mas amistosos el peligro que acrecentaba por segundos. Infeliz! fuí yo el último, de los que sabian estimar i respetar su mérito, que oyó aquella voz próxima a enmudecer para siempre! Si yo lo hubiera seguido, no pudiera deplorar ahora la pérdida del hombre que mas honró a San Juan, su patria, i ante quien se inclinaban los personajes mas eminentes de la República, como ante uno de los padres de la patria, como ante la personificacion de aquel congreso de Tucuman que declaró la independencia de las Provincias Unidas. A poco andar lo asesinaron, sanjuaninos, se dice, i largos años se ignoró el fin trájico que le alcanzó aquella tarde. Yo salí del campo del Pilar, despues de haber visto morir a mi lado al ayudante Estrella, i haber ultimado uno de los nuestros a un soldado enemigo que me cerraba el paso, miéntras bregábamos con la lanza i el sable con que yo habia logrado herirlo. Salí por entre los enemigos, por una serie de peripecias i de escenas singulares, entrando en espacios de calle en que nosotros éramos los vencedores, para pasar a otro en que íbamos prisioneros. Mas allá dos hermanos Rosas, de partidos contrarios, se disputaban un caballo; mas adelante juntéme con Joaquin Villanueva, que fué luego lanceado, reuniéndome con José María su hermano, que fué degollado tres dias despues; i todos estos cambios de situacion se hacian al andar del caballo, porque el vértigo de vencedores i vencidos que ocupábamos en grupo media legua en una calle, apartaba la idea de salvarse por la fuga. Pocos sabian lo que pasaba realmente atras, i de esos pocos era uno yo. Cuando la hora de la reflecion, de la zozobra i el miedo vino para mí, fué cuando habiendo salido de aquel laberinto de muertes, por un camino que entre ellas me trazó mi buena estrella, vine a caer en manos de las partidas que se dirijian a la ciudad a saquear, i una de ellas, despues de haberme desarmado i desnudado, me entregó al comandante don José Santos Ramirez, en cuyo honor debo decir, que venia cargado de noble botin, hecho en el campo de batalla: heridos i prisioneros que traia a salvar de la carnicería bajo el techo doméstico. El comandante Ramirez me salvó entónces, i cuatro dias despues, cuando llegó de San Juan órden de fusilar a los jóvenes sanjuaninos que habian sido tomados prisioneros, entre los cuales cayeron

Echegarai, Albarracin, Carril, Moreno i otros, la mayor parte pertenecientes a las primeras familias, que por convicciones habian momentáneamente tomado las armas, don José Santos Ramirez, contestó a los que me reclamaban para matarme "ese jóven es el huésped de mi hogar, i solo pasando sobre mi cadáver llegarán hasta él." Entregóme a poco a Villafañe para que uno de mis tios me restituyese al seno de mi familia. De mi padre, salvado al principio de la derrota, hai un hecho digno de recuerdo. La ignorancia de mi paradero, llevábalo inconsolable, fuera de sí, i como avergonzado de haber salvado su existencia. Parábase a cada momento a esperar los últimos grupos de fujitivos, para ver si su hijo venia entre ellos, hasta ser el último de los que precedian a las partidas enemigas. Llegado a lugar de salvamento, no quiso seguir hácia Córdova a los prófugos, i permaneció dias enteros rondando en torno de las avanzadas enemigas, hasta que cayó en su poder, como aquellas tigres a quienes han robado sus cachorros, i vienen llevadas del instinto maternal a entregarse a los cazadores implacables. Trajéronlo a San Juan, pusiéronlo en capilla, i escapó de ser fusilado mediante una contribucion de dos mil pesos.

Paso en blanco el riesgo de que salvé de ser asesinado en el cuartel en la revolucion de Panta, Leal i los Herreras, todos bandidos de profesion, i fusilados despues por Benavides, i el peligro mayor aun que corrí al dia siguiente de manchar mis manos con la sangre de algunos de entre los miserables sublevados, peligro de que me libraron circunstancias independientes de mi voluntad. Paso asimismo en blanco otras peripecias, ascensos militares i campañas estériles, hasta el triunfo de Quiroga en Chacon, que nos forzó en 1831 a emigrar a Chile, i a mí a pasar de huésped de un pariente en Putaendo, a maestro de escuela en los Andes, de allí a bodegonero en Pocuro con un pequeño capitalito que me habia enviado mi familia; dependiente de comercio en Valparaiso, mayordomo de minas en Copiapó, tahur por ocho dias en el Huasco, hasta que en 1836, regresé a mi provincia, enfermo de un ataque cerebral, destituido de recursos i apénas conocido de algunos, pues con los desastres políticos, la primera clase de la sociedad habia emigrado, i hasta hoi ha vuelto. Una complicada operacion de aritmética que necesitaba el gobierno, púsome a poco en evidencia, i pasando los dias, i comiéndome privaciones, llegué por la amistad de mis parientes a colocarme entre los jóvenes que descollaban en San

Juan, siendo mas tarde el compañero inseparable de mis antiguos condiscípulos de escuela, los doctores Quiroga Rosas, Cortinez, Aberastain, hombres de valer, de talento i de luces, dignos de figurar en todas partes de América. De aquella asociacion salieron ideas utilísimas para San Juan, un colejio de señoras, otro de hombres que hicieron fracasar, una sociedad dramática, i mil otros entretenimientos públicos, tendentes a mejorar las costumbres i pulirlas, i como capitel de todos estos trabajos preparatorios, un periódico, el *Zonda*, que fustigaba las costumbres de aldea, promovia el espíritu de mejora, i hubiera producido bienes incalculables, si el gobernador, a quien el *Zonda* no atacaba, no hubiese tenido horror a la luz que se estaba haciendo. I de aquí vino mi segunda prision, por haberme negado a pagar veinte i seis pesos, que en violacion de las leyes i decretos vijentes, se proponia robarme el gobierno. Débenme don Nazario Benavides i don Timoteo Maradona, de *mancomun et in solidum*, veinte i seis pesos todos los dias que amanece; i me los pagarán ¡vive Dios! uno u otro, ahora o mas tarde, el segundo mas bien que el primero, porque un ministro está ahí para prestar su consejo al gobernador, poco conocedor de las leyes de su pais, demasiado voluntarioso para detenerse ante esas frájiles barreras opuestas al capricho, pero que se hacen insuperables por el respeto que entre los hombres cultos merecen los derechos ajenos. La lei de imprenta de la provincia, siendo la única imprenta que hai propiedad pública, provee a los medios de pagar las publicaciones, dejando a beneficio de la imprenta la venta de periódicos, para facilitar de este modo su publicacion. El gobernador de San Juan, queriendo librar a la provincia de los graves males que podria acarrearle la publicacion de un periódico, redactado por cuatro hombres de letras mui competentes, esto es, para no tener quien examinase sus actos ni ilustrase la opinion pública, mandóme decir que valia doce pesos el pliego de papel impreso, desde el número 6.° del *Zonda* adelante. Ordené al impresor que tirase el tal número, i el *Zonda* murió así sofocado. Un dia recibo órden de comparecer ante el gobierno. ¿Ha satisfecho U. el valor del último número del *Zonda*?—Satisfacer? a quién?—A la imprenta.—A la imprenta? Porqué?—Porque así está mandado.—Mandado, por quién?—A U. se le ha comunicado la órden.—A mí? no es cierto.—Que se haga venir al impresor Galaburri. Entra Galaburri.—¿No ha comunicado al señor la órden de pagar doce pesos por pliego de impre-

sion del número 6 del *Zonda*?—Sí, señor.—¿Cómo dice U. señor Sarmiento, que nó?—Repito que no se me ha comunicado órden.—Sí, señor, se la he comunicado.—Repito que no he recibo órden ninguna; Galaburri me ha dado un mensaje de don Nazario Benavides; Galaburri es lo mismo en este caso que la cocinera de Su Exa., a quien no querrá permitirse hacerla intermediaria entre el gobierno i los ciudadanos. Sobre asuntos de imprenta i de cosas públicas, el gobierno se entiende por decretos, i miéntras las leyes existentes no estén abolidas por otra lei que las modifique, no tengo nada que ver con los chismes que Galaburri me traiga de lo que dice el gobernador o el ministro.

El Ministro. ¿Dónde están esas leyes que U. invoca?

—Vergüenza es que un ministro me pregunte eso; él que está encargado de hacerlas cumplir, vaya, rejistre el archivo.

El Gobernador.—U. pagará lo que se ha mandado.

—Su Exa. me permitirá asegurarle que nó.

El Gobernador.—Señor edecan Coquino, a las cuatro de la tarde, ocurrirá U. a casa del señor, a recojer la suma que adeuda.

—A las cuatro de la tarde, recibirá S. Exa. la misma respuesta. No es la pequeña suma de dinero lo que resisto, sino la manera de cobrarla i la ilegalidad del cobro. Defiendo un principio, no me someto a la arbitrariedad del gobierno que no tiene facultades estraordinarias.

A las cuatro de la tarde se presenta el edecan, i con mi negativa, me intima la órden de acompañarle a la prision. Estando en el calabozo, me dice: tengo órden de intimarle que si no paga a la oracion, se prepare para salir desterrado a donde el gobierno lo mande.—Bien.—Pero ¿qué respondo al gobierno?—Nada.—Pero, señor, se pierde U.—Le agradezco su interes.—Pero, qué le digo?—Qué le ha de decir U? que me ha comunicado la órden.

El oficial salió triste i desconsolado; Benavides i Maradona pasaron luego a caballo, preocupados tambien ellos del rumbo que tomaria el asunto. Llegaron a poco mis amigos Rodriguez, Quiroga, Cortinez i Aberastain; tuvimos consejo, i la mayoría decidió que transijiese, en atencion a que era preciso salvar el colejio de que era director; siendo el íntegro, el animoso Aberastain, el único que me apoyaba en mi propósito de hacer frente hasta el último a aquella arbitrariedad. Vino el edecan, i recibió un libramiento contra un comerciante, con el cual i su firma al pié, me procuré un do-

cumento por donde cobrar a su debido tiempo, en vista de las leyes i decretos violados en mi daño, la suma espoliada, con daños i perjuicios. Don Timoteo Maradona, hoi presbítero! U. que se confesaba cada ocho dias, i que hoi perdona a los otros sus pecados, interrogue su conciencia, i si no le dice que ha robado, arrancando por la violencia veinte i seis pesos, que debe U. a todas horas, si no pesan éstos sobre su conciencia, le diré yo que U., señor presbítero, es un corrompido malvado!

Mi situacion a fines de 1839 se hacia en San Juan cada vez mas espinosa, a medida que el horizonte político se cargaba de nubes amenazadoras. Sin plan ninguno, sin influencia, rechazando la idea de conspirar, en cafées i tertulias, como en la presencia de Benavides, decia mi parecer, con toda la lisura que me es propia, i los recelos del gobierno me rodeaban en todas partes, como una nube de moscas, zumbando a mis oidos.

Un incidente vino a complicar la situacion. El fraile Aldao fué derrotado i se anunció su llegada instantánea a San Juan. Los pocos hombres que hacian sombra al gobierno, temieron por su vida. El doctor Aberastain era el único que no queria fugar. Yo lo decidí, se lo pedí i se resignó. Yo solo entre todos conocia a Aldao de cerca. Yo solo habia sido espectador en Mendoza de las atrocidades de que habian sido víctimas doscientos infelices, veinte de entre ellos mis amigos, mis compañeros. Cuando se me habló de prepararme para la intentada fuga, yo dí las razones de conveniencia i de deber que me imponian la obligacion de permanecer en San Juan, i tuvieron que asentir a ellas.

Aldao no vino, pero sobre mí se reconcentraban los temores del gobierno, i la rabia de los hombres nuevos, desconocidos, en cuyas manos habia puesto las armas. Aberastain defendia a una pobre mujer, a quien un propietario habia asesinado el hijo ebrio, en una tentativa de robarle una oveja. El juez de alzadas decia a la madre: "Vaya U., mujer, al ladron se le mata, i se le arroja de una pata a la calle." I con esta formidable sentencia, se la negaba audiencia, i hacia un año que estaba dando pasos, porque se levantara informacion sumaria del caso. Como Aberastain faltase, el juez puso un proveido, ordenando a la mujer que si dentro de cuatro dias no presentaba acusacion en forma, *se sobreseeria* en la causa. Al segundo dia la mujer desvalida presentó la pieza requerida, estableciendo el delito por un lado, i por otro recapitu-

lando todas las iniquidades del juez, comprobadas por la causa misma. El juez principió a mirar con ojo serio el asunto, i fué a verme a casa para probarme que la carta de mayo, es decir, la Constitucion política, autorizaba a matar al que penetrase en la casa de un particular!

Los escritos arreciaban, la evidencia del crímen del propietario se hacia mas palpable, i a faltar al juez el apoyo del poder, lo que no era imposible en aquellos momentos, el tal podria ser declarado cómplice. Entónces, un personaje federal i mi amigo, me escribió diciéndome que yo defendia el crímen contra la propiedad, i que él era desde entónces el defensor del homicida. Contestéle que le sentaba bien a él, que era rico, defender la propiedad, que yo defendia el derecho a conservar la vida que teniamos los pobres, que por tanto cada uno estaba en su terreno, dependiendo del éxito de la causa i de la importancia de las pruebas, el saber si habia un ladron o un asesino en ella. Un tercer escrito de la mujer puso en campaña al juez para obrar una transaccion entre partes, a condicion que ese escrito no se incorporase en la causa. El juez se veia convicto, confeso de complicidad i sentenciado. La mujer era menesterosa, su hijo muerto no podia volver a la vida, hicieron lucir ante sus ojos un poco de oro, i convino en la transaccion. De ese oro tomé quince pesos para mí, por mis tres escritos que hubieran podido costarme la cabeza, i cincuenta que mandé al destierro al doctor Aberastain, que habia defendido a la pobre un año, i que le supieron a talega de pesos, tan bien venidos le fueron.

Por entónces hice un esfuerzo supremo. Ví a Maradona, ex-ministro, a los representantes de la sala, a cuanto hombre podia influir en el ánimo de Benavides, para que lo contuviesen, si era posible, en la pendiente en que ya lo veia lanzado, el despotismo, el caudillaje, el trastorno de todos los fundamentos en que reposan las sociedades. Llamóme el naciente tiranúelo a su casa.—Sé que U. conspira, don Domingo.—Es falso, señor, no conspiro.—U. anda moviendo a los representantes.—Ah! Eso es otra cosa! Su Exa. ve que no hai conspiracion; uso de mi derecho de dirijirme a los majistrados, a los representantes del pueblo, para estorbar las calamidades que Su Exa. prepara al pais. Su Exa. está solo, aislado, obstinado en ir a su propósito, i me intereso en que los que pueden, los que deben, lo contengan en tiempo.—Don Domingo, U. me forzará a tomar medidas.—I qué importa!—Severas! —I qué importa?—U. no comprende lo que quiero decirle?

—Sí comprendo, fusilarme! i qué importa?—Benavides se quedó mirándome de hito en hito; i juro que no debió ver en mi semblante signo ninguno de fanfarronada; estaba yo poseido en aquel momento del espíritu de Dios; era el representante de los derechos de todos, próximos a ser pisoteados. Ví en el semblante de Benavides señales de aprecio, de compasion, de respeto, i quise corresponder a este movimiento de su alma. —Señor, le dije, no se manche. Cuando no pueda tolerarme mas, destiérreme a Chile; miéntras tanto cuente Su Exa. que he de trabajar por contenerlo, si puedo, en el estravío a donde se lo lleva la ambicion, el desenfreno de las pasiones. I con esto me despedí.

Algunos dias despues, fuí llamado de nuevo a casa de gobierno.—He sabido que ha recibido U. papeles de Salta i del campamento de Brizuela.—Sí, señor, i me preparaba a traérselos.—Sabia que le habian llegado esos papeles, pero ignoraba, añadió con zorna, que quisiese mostrármelos.—Es que no habia puesto en limpio la representacion de mi parte con que queria acompañárselos. Aquí tiene Su Exa. lo uno i lo otro.—Estas proclamas son impresas aquí.—Se equivoca, señor, son impresas en Salta.—Hum! a mí no me engaña U.—Yo no engaño jamas, señor. Repito que son impresas en Salta. La imprenta de San Juan no tiene esta letra versalita, este otro tipo, aquél....

Benavides insistia, hizo llamar a Galaburri, i se convenció de su error.—Déme U. el manuscrito ese.—Yo lo leeré, señor, está en borrador.—Léalo U. Yo guardaba silencio.—Léalo pues.—Haga Su Exa. salir para afuera al señor jefe de policía, a quien no es mi voluntad hacerle confidencias.

I cuando hubo salido, echándome miradas que eran una amenaza de muerte, como si yo debiese pagar por su mala educacion que lo hacia permanecer de tercero, yo leí mi *factum* con voz llena, sentida, apoyando en cada concepto que queria hacer resaltar, dando fuerza a aquellas ideas que me proponia hacer penetrar mas adentro. Cuando concluí la lectura que me tenia exaltado, levanté los ojos, i leí en el semblante del caudillo.... la indiferencia. Una sola idea no habia prendido en su alma, ni la duda se habia levantado. Su voluntad i su ambicion, eran una coraza que defendia su corazon i su espíritu.

Benavides es un hombre frio; a eso debe San Juan el haber sido ménos ajado que los otros pueblos. Tiene un excelente corazon, es tolerante, la envidia hace poca mella en su

espíritu, es paciente i tenaz. Despues he reflexionado que el raciocinio es impotente en cierto estado de cultura de los espíritus; se embotan sus tiros, i se deslizan sobre aquellas superficies planas i endurecidas. Como la jeneralidad de los hombres de nuestros paises, no tiene conciencia clara del derecho ni de la justicia. Le he oido decir candorosamente, que no estaria bien la provincia sino cuando no hubiese abogados, que su compañero Ibarra vivia tranquilo i gobernaba bien, porque él solo en un dos por tres decidia las causas. Rosas tiene en Benavides su mejor apoyo; es la fuerza de inercia en ejercicio, llamando todo al quietismo, a la muerte, sin violencia, sin aparato. La provincia de San Juan, salvo la Rioja, San Luis i otras, es la que mas hondamente ha caido; porque Benavides le ha impreso su materialismo, su inercia, su abandono de todo lo que constituye la vida pública, que es lo que el despotismo exije. Coman, duerman, callen, rian si pueden, i aguarden tranquilos, que en veinte años mas.... sus hijos andarán en cuatro piés.

Benavides tenia prisa de desembarazarse de toda traba; queria salir a campaña, ser jeneral de ejército, i puso todos los medios que Rosas habia ya puesto en juego para llegar a sus fines. Hízose conceder facultades estraordinarias, reclutó jente i puso a su cabeza hombres oscurísimos, sin que un solo federal de algun valer en la provincia, entrase a componer el personal del ejército. Mandábalo en jefe un Espinosa, tucumano que habia sido teniente o capitan con Quiroga, jóven valiente, borracho consuetudinario, i sin roce alguno. Fué sacado de la cárcel uno de los Herreras; el último de tres bandidos chilenos del mismo nombre, condenados a muerte por asesinatos i salteos, ajusticiados dos ya, i este último mas tarde por Benavides mismo, cuando recayó en su profesion de salteador. Llamóse al servicio al indio Saavedra, salteador i asesino, muerto despues de una puñalada en una borrachera, i no ajusticiado como, por error, dije hablando al principio de su familia. Fué capitan un cómico limeño, Mayorga, que murió borracho a manos del jeneral Acha. Llamó Benavides a su lado como edecan para repartir contribuciones a Juan Fernandez, jóven de buena familia, descendido voluntariamente a la chusma, con quien vivia encenagado en la borrachera i el juego; la criatura mas despreciable i despreciada de todas las que habia entónces en San Juan. Un italiano embustero, corrompido, záfio e ignorante, fué hecho mayor. Bajo las órdenes de estos jefes, la escoria de la sociedad, ha-

bian llamado al servicio muchos jóvenes oscuros, pero que tenian el noble deseo de surjir i elevarse, todos sin educacion, salidos muchos de las clases abyectas de la sociedad, i de entre las cuales se han formado despues, aunque en tan mala escuela, buenos militares, i ciudadanos honrados. Los Estados Unidos son federales, i la igualdad de todos los hombres es, como debe ser, la base de las instituciones; pero la oficialidad del ejército se prepara en la academia militar de West Point, célebre en el mundo hoi por la ciencia que profesan, por la distincion de los cadetes salidos de las familias mas influyentes, hijos de los hombres mas notables. Chile mismo no ha gozado de reposo i de prosperidad, sino el dia en que ennobleció el ejército llamando a sus filas, por la educacion, a los hijos de las familias mas elevadas. Así han trastornado la sociedad en la República Arjentina, elevando lo que está deprimido, humillando i apartando lo que es de suyo elevado; así triunfó la federacion i así se sostiene, llena de miedo siempre, teniendo necesidad para vivir de humillar, de aterrar, de cometer nuevas violencias i nuevos crímenes. Benavides no tenia ministro entónces, todos los federales le huian el bulto i él solo con sus tropas llevaba adelante su insano designio. Así toman el nombre de los pueblos para llamarse gobiernos, despues que los han envilecido i ajado!

Ultimamente, una cuarta vez fuí llamado a casa de gobierno. Esta vez estaba yo prevenido, sabia que se preparaba un golpe de terror i que yo era la víctima designada. Era domingo, i me habia despedido de casa de algunos entre chanzas i veras, i escrito afuera que mi existencia estaba en peligro. Fuí, no obstante, al llamado, haciéndome acompañar de un sirviente, para que diese la noticia de mi prision en caso de ocurrir. Ví de paso a uno de mis amigos, i resistí a sus ruegos, a sus súplicas, de que desistiese de presentarme: "Lo van a prender, todo está dispuesto.—Deje U., me ha hecho llamar Benavides por un edecan, i tendria vergüenza de no asistir al llamado." Me prendieron, i a la oracion, al presentarse la escolta que debia conducirme a la cárcel, el ruido de sables me hizo estremecer los nervios; zumbábanme los oidos, i tuve miedo, pavor. La muerte, que creí decretada en ese momento, se me presentó triste, sucia, indigna; i no tuve valor para recibirla en aquel carácter. Nada sucedió, sin embargo, i en mi calabozo me remacharon una barra de grillos. Pasaron los dias, i como los ojos a la oscuridad, el espíritu se habituó a dominar las zozobras i el desencanto.

Era una víctima pasiva, i si no es mi familia, nadie estaba cuidadoso de mi suerte. Mi causa era la mia no mas. Sufria porque habia sido indiscreto, porque habia deseado atajar el mal sin poseer los medios de atajarlo; a los hechos materiales oponia protestas, abnegacion aislada, i los hechos seguian su camino.

La noche del 17 de noviembre a las dos de la mañana, un grupo de a caballo gritó, parándose enfrente de la cárcel, *¡mueran los salvajes unitarios!* Tan sin antecedentes era esta aclamacion, tan helado i acompasado salia aquel grito de las bocas de los que lo pronunciaron, que se conocia que era una cosa calculada, convenida, sin pasion. Comprendí que algo se urdia. A las cuatro repitieron la misma dósis, miéntras yo velaba escribiendo una zoncera que me tenia entretenido. Al alba se introdujo en la prision un andaluz que la echaba de borracho, i entre agudezas i bromas risibles para distraer a los centinelas, al pasar, haciendo équis cerca de otro preso que me acompañaba, dejaba caer en frases entre cortadas: "Los van a asesinar!....Las tropas vienen a la plaza!....El comandante Espinosa los va a lanzear....Al señor Sarmiento!!!....salven si pueden........!!!

Esta vez estaba yo montado a la altura de la situacion; pedí a casa un niño, escribí al obispo que no se asustase, i que tratase con su presencia de salvarme...., pero el pobre viejo hizo lo contrario, se asustó, i no pudo hacer que sus piernas lo sostuviesen. Las tropas llegaron i formaron en la plaza. El niño que estaba a la puerta del calabozo, a guisa de telégrafo, me comunicaba todos los movimientos. Algunos gritos se oyeron en la plaza, carreras de caballos; vi pasar la lanza de Espinosa que la pedia. Hubo un momento de silencio! I luego ochenta oficiales se agruparon bajo la prision, gritando ¡abajo los presos! El oficial de guardia subió i me ordenó salir.—De órden de quién?—Del comandante Espinosa.—No obedezco. Entónces pasó al calabozo vecino, i estrajo a Oro, i lo exhibió; pero al verlo gritaron de abajo: a ese no! a Sarmiento!—Vaya pues, me dije yo, no hai manera de escusarse aquí; porque ya le habia a mi compañero jugado otra vez el chasco de hacerle poner los grillos mas gordos, por una negativa imperiosa a recibirlos ántes en mis delicadas piernas. Salí i me saludaron con un *hurra* de mueras i denuestos aquellos hombres que no me conocian, salvo dos que tenian razon de aborrecerme. Abajo! abajo! *Crucifige eum!*—No bajo! ustedes no tienen derecho de mandarme.—Oficial

de guardia! bájelo a sablazos!—Baje usted, me decia éste, con el sable enarbolado.—No bajo, tomándome yo de la baranda. —Baje usted! i descargaba sablazos de plano.—No bajo, respondia yo tranquilamente.—Dele usted de filo.... carajo! gritaba Espinosa, espumando de cólera. Si subo yo lo lanceo, señor oficial, de guardia!—Baje usted, señor, por Dios, me decia bajito el buen oficial, verdugo a su pesar i medio llorando, miéntras me descargaba sablazos, voi a darle de filo *ya*.—Haga usted lo que guste, le decia yo quedo, no bajo. Algunos gritos de espanto de dos ventanas de la plaza, salidos de bocas que me eran conocidas, al ver subir i bajar aquel sable, me habian conturbado un poco. Pero queria morir como habia vivido, como he jurado vivir, sin que mi voluntad consienta jamas en la violencia. Habia ademas en aquella situacion una pillería de mi parte, que debo confesar humildemente. Yo me habia cerciorado de que Benavides no estaba en la plaza, i este dato me habia servido para combinar rápidamente mi plan de defensa. La baranda de los altos del cabildo era realmente mi tabla de salvacion. Las tropas han venido a la plaza, me decia yo, luego Benavides tiene parte en la broma; no está aquí para achacarla al *entusiasmo* federal, i decir como Rosas, al asesinar a Maza, que era aquel un acto de "atroz licencia en un momento de inmensa, profunda irritacion popular". Ahora la cárcel está en línea recta, a cuadra i media de casa de Benavides. El sonido corre a tantas leguas por minuto, i para llegar a 225 varas solo se necesitaba un segundo. En vano el gobernador habria querido lavarse las manos de aquella tropelía anónima, que ahí estaba yo, en lugar alto i espectable, para enviar a su fuente i oríjen el delito. Los criados de la casa de Benavides, uno de sus escribientes, su edecan, corrieron al ver brillar el sable que revoloteaba sobre mi cabeza, gritando despavoridos uno en pos de otro, señor! señor! están matando a don Domingo! Tenia pues, cojido en su propia red a mi gaucho taimado! O se confesaba cómplice, o mandaba órden de dejarme en paz, i Benavides no tenia coraje entónces para cargar con aquella responsabilidad; mi sangre habria estado destilando sobre su corazon gota a gota toda su vida!

Cuando los furibundos de abajo se convencieron de que yo no queria morir en las patas de los caballos, gustándome mas hacerlo en lugar decente i despejado, subieron diez o doce de ellos, i cojiéndome de los brazos, me descendieron abajo, en el momento que llegaban doce cazadores que Espinosa habia

pedido para despacharme. Pero Espinosa queria verme la cara i aterrarme. El cómico limeño, a quien yo silbaba en el teatro por ridículo, hecho capitan de la federacion, me tenia apoyada la espada en el pecho, con los ojos fijos en Espinosa para empujarla; el comandante, en tanto, me blandia la lanza, i me picaba en el corazon, gritando blasfemias. Yo tenia compuesto mi semblante, estereotipado en él el aspecto que debia conservar mi cadáver. Espinosa picó mas fuerte entónces, i mi semblante permaneció impasible, a juzgar por la rabia que le dió, pues recojiendo su lanza, me mandó una horrible lanzada. La moharra tenia media vara de largo i un palmo de ancho, i yo conservé por muchos dias el cardenal que me quedó en la muñeca de rebotarle la lanza léjos de mí. Entónces el bruto se preparaba para saciar su rabia burlada, i yo inspirado por el sentimiento de la conservacion, i calculando que debia Benavides mandar a su edecan, levantando la mano estendida, le dije con imperio: oiga U. comandante! i como él prestase atencion, yo dí vuelta, metíme debajo del corredor para rodear el grupo de los caballos, llegué al estremo, cayeron sobre mí, apartéme una nube de bayonetas del pecho con ambas manos, i llegó el edecan de gobierno que mandó suspender la farsa, consintiendo solamente en que me afeitasen, cosa que habian hecho con otros. Si en el fondo no hubo permiso para mas, Espinosa habia perdido ya el dominio de sus pasiones de bandido, i yo habria tenido frescura suficiente para hacer caer la máscara con que Benavides queria ocultarse. Metiéronme a la cárcel baja, i entónces ocurrió una escena que dobló el terror de la poblacion. Mi madre i dos de mis hermanas atropellaron las guardias i subieron a los altos; vióseles entrar i salir de los calabozos vacíos; descendieron como una vision i fueron a rematar a casa de Benavides, a pedirle el hijo, el hermano! Oh! tambien el despotismo tiene sus angustias! Lo que pasó en seguida sábenlo varios; i no fuí yo sin duda quien suplicó ni dió satisfacciones, holgándome todos los dias de que en aquella prueba no se desmintiese la severidad de mis principios, ni flaquease mi espíritu.

Algo mas hai sobre este suceso, i quiero consignarlo aquí, para consuelo de los que desesperan de que los atentados cometidos impunemente hace diez años, reciban su condigno castigo en la tierra. Los ejecutores de aquella farsa sangrienta, *todos*, sin escapar uno, han muerto de muerte trájica. A Espinosa lo atravesó una bala en Angaco. En la oscuridad de la noche, viendo Acha un bulto en la calle, hizo disparar al-

gunos tiros al retirarse de la chacarilla a la plaza, i cayó muerto del caballo el cómico aquel que esperàba la órden de atravesarme; el indio Saavedra que me habia dado un puntazo, acabó su carrera asesinado. I el gaucho Fernandez, tullido, encenegado en la borrachera i en la crápula, si vive todavía, es para mostrar quién fué ayudante del gobernador en aquellos dias de vértigo i de infamia. Como mi madre, yo creo en la Providencia, i Bárcena, Gaetan, Salomon i todos los mazorqueros, asesinados entre ellos mismos, ajusticiados por el que les puso el puñal en las manos, carcomidos por el remordimiento, la desesperacion, el delirio i el oprobio, atormentados por la epilepsis o disueltos por la pulmonía, me hacen esperar todavía el fin que a todos aguarda. Rosas está ya desahuciado! Su cuerpo es un cadáver tembloroso i desencajado. El veneno de su alma está royendo el vaso que la contiene, i vais a oirlo estallar luego, para que la podredumbre de su existencia deje lugar a la rehabilitacion de la moral i de la justicia, a los sentimientos comprimidos por tantos años. ¡Ai, entónces de los que no hayan hecho penitencia de sus pasados delitos! El mayor castigo que puede dárseles es el de vivir! i yo he de *influir* para que a todos, sin escepcion, se les castigue así.

Mi residencia de cuatro años en San Juan, i esta es la única época de mi vida adulta que he residido en mi patria, fué un continuo i porfiado combate. Tambien queria yo, como otros, elevarme, i la menor concesion de mi parte me habria abierto de par en par las puertas de la administracion i del ejército de Benavides; él lo deseaba, i tenia al principio grande estimacion por mí. Pero queria elevarme sin pecar contra la moral, i sin atentar contra la libertad i la civilizacion. Bailes públicos, sociedades, máscaras, teatros, me tuvieron siempre a la cabeza; a la ignorancia creciente i en boga, oponia colejios; al conato de gobernar sin trabas, respondia con un periódico; contra la prisa de suprimirlo ilegalmente, entregaba mi persona a las prisiones; contra las facultades estraordinarias, hacia valer de palabra i por escrito el derecho de peticion a los representantes, para hacerlos cumplir con su deber; a la intimidacion, la entereza i el desprecio; al cuchillo del 18 de noviembre, un semblante impasible i la paciencia para dejar burladas maulas i trapacerías innobles. Todo se ha dicho de mí en San Juan, algun mal han creido; pero nadie ha dudado nunca de mi honradez ni de mi patriotismo, i apelo de ello al testimonio de los que han escojido llamarse

mis enemigos. Viví honorablemente haciendo de perito partidor, para lo que me habilitaban algunos rudimentos de jeometría práctica i el arte de levantar planos que habia adquirido en mi infancia. Forzado, por falta de abogados, defendí algunos pleitos, i siendo el doctor Aberastain supremo juez de alzada i mi amigo íntimo, perdí ante su tribunal los dos mas importantes. Si este hecho no aboga por mi capacidad leguleya, muestra al ménos la incorruptibilidad del juez.

CHILE

En 19 de noviembre de 1840, al pasar desterrado por los baños de Zonda, con la mano i el brazo que habian llenado de cardenales el dia anterior, escribí bajo un escudo de armas de la república: *On ne tue point les idèes,* i tres meses despues en la prensa de Chile, hablando a nombre de los antiguos patriotas: "Toda la América está sembrada de los gloriosos campeones de Chacabuco. Unos han sucumbido en el cadalso, el destierro o el estrañamiento de la patria han alejado a los otros, la miseria degrada a muchos, el crímen ha manchado las bellas pájinas de la historia de algunos; tal sale de su largo reposo (aludia a *Cramer*) i sucumbe por salvar la patria de un tirano horroroso; i cual otro (*Lavalle*) lucha casi sin fruto contra el colosal poder de un suspicaz déspota, que ha jurado esterminio a todo soldado de la guerra de la independencia, porque él no oyó nunca silbar las balas españolas, porque su nombre oscuro, su nombre de ayer, no está asociado a los inmortales nombres de los que se ilustraron en Chacabuco, Tucuman, Maipo, Callao, Talcahuano, Junin i Ayacucho[1]."

Los que han recibo una educacion ordenada, asistido a las aulas, rendido exámenes, sentídose fuertes por la adquisicion de diplomas de capacidad, no pueden juzgar de las emociones de novedad, de pavor, de esperanza i de miedo, que me ajitaban al lanzar mi primer escrito en la prensa de Chile. Si me hubiese preguntado a mí mismo entónces, si sabia algo de política, de literatura, de economía i de crítica, habríame respondido francamente que nó, i como el caminante solitario

1 *Mercurio* del 11 de febrero de 1841.

que se acerca a una grande ciudad vé solo de léjos las cupúlas, pináculos i torres de los edificios excelsos, yo no veia público ante mí, sino nombres como el de Bello, Oro, Olañeta, colejios, cámaras, foro, como otros tantos centros de saber i de criterio. Mi oscuridad, mi aislamiento, me anonadaban ménos que la novedad del teatro i esta masa enorme de hombres desconocidos, que se me presentaban a la imajinacion cual si estuvieran todos esperando que yo hablase para juzgarme. Bajo el aguijon de la duda, como el dramatista novel, aguardé la llegada del *Mercurio* del 11 de febrero de 1841. Un solo amigo estaba en el secreto; yo permanecia en casa escondido de miedo. A las once trájome buenas noticias, mi artículo habia sido aplaudido por los arjentinos; esto era ya algo. A la tarde se hablaba de él en los corrillos, a la noche en el teatro; al dia siguiente supe que don Andres Bello i Egaña lo habian leido juntos, i halládolo bueno. Dios sea loado! me decia a mí mismo, estoi ya a salvo. Atrevíme a presentarme en casa de un conocido, i a poco de estar allí entra un individuo: i bien, le dice, qué dice U. del artículo? Arjentino no es el autor, porque hai hasta provincialismos españoles. Yo me atreví a observar, tomando parte en la conversacion, con timidez que podia creerse mal disimulada envidia, que no era malo, sin embargo de ciertos pasajes en que el interes se debilitaba. Rebatióme con indignacion académica mi interlocutor que, segun supe despues, era un señor don Rafael Minvielle, i por cortesanía tuve yo que asentir al fin en que el artículo era irreprochable de estilo, castizo en el lenguaje, brillante de imájenes, nutrido de ideas sanas revestidas con el barniz suave del sentimiento. Esta es una de las veces que me he dejado batir por Minvielle. El éxito fué completo i mi dicha inefable, igual solo a la de aquellos escritores franceses que, desde la desmantelada guardilla del quinto piso, arrojan un libro a la calle i recojen en cambio un nombre en el mundo literario i una fortuna. Si la situacion no era igual, las emociones fueron las mismas. Yo era escritor por aclamacion de Bello, Egaña, Olañeta[1], Orjera, Minvielle, jueces considerados competentes. Cuántas vocaciones erradas habia ensayado ántes de encontrar aquella que tenia afinidad química, diré así, con mi esencia!

En 1841, se batian como hoi los partidos chilenos en vís-

1 El estadista boliviano don Casimiro Olañeta, que estaba entónces en Santiago representando a su pais. *El E.*

pera de las elecciones; como hoi i con mas razon, se presentaba al gobierno como un tirano, como el único obstáculo para el progreso del pais. Yo salia de aquel infierno de la República Arjentina; frescas estaban aun las amoratadaduras que el despotismo me habia hecho al echarme garra. Con mi educacion libre, con mis treinta años llenos de virilidad, las ideas liberales debian ser un hechizo, cualquiera que fuere el que las pronunciara. El partido pipiolo me envió una comision para inducirme a que tomase en la prensa la defensa de sus intereses, i para asegurar el éxito, el jeneral Las-Heras fué tambien intermediario. Pedí ocho dias para responder, i en esos ocho dias medité mucho, estudié a ojo de pájaro los partidos de Chile, i saqué en limpio una verdad que confirmaron las elecciones de 1841, a saber, que el antiguo partido pipiolo no tenia elementos de triunfo, que era una tradicion i no un hecho; que entre su pasada existencia i el momento presente, mediaba una jeneracion para representar los nuevos intereses del pais. Pasados los ocho dias reuní a varios arjentinos, cuya opinion respetaba, entre ellos a Oro, i haciéndoles larga esposicion de mi manera de mirar la cuestion, les pedí su parecer. En cuanto a mi carácter de arjentino habia otras consideraciones de mas peso que tener presentes. Estábamos acusados por el tirano de nuestra patria de perturbadores, sediciosos i anarquistas, i en Chile podian tomarnos por tales, viéndonos en oposicion siempre a los gobiernos. Necesitábamos, por el contrario, probar a la América, que no era utopías lo que nos hacia sufrir la persecucion, i que dada la imperfeccion de los gobiernos americanos, estábamos dispuestos a aceptarlos como hechos, con ánimo decidido, yo al ménos, de inyectarles ideas de progreso; últimamente que estando para decidirse por las elecciones el rumbo que tomaria la política en Chile, seria fatal para nuestra causa habernos concitado la animadversion del partido que gobernaba en aquel momento, si triunfaba, como era mi conviccion íntima que debia suceder. Oro, que habia sido encarcelado i perseguido por ese gobierno, fué el primero en tomar la palabra i aprobar mi resolucion, i así apoyado en el asentimiento de mis compatriotas, me negué a la solicitud de los liberales chilenos.

Entónces podia acercarme a los amigos del gobierno, a quienes estaba encargado de introducirme aquel don Rafael Minvielle, que acertó a encontrarme en un cuarto desmantelado, debajo del Portal, con una silla i dos cajones vacíos que

me servian de cama. Fuí, pues, introducido a la presencia de don Manuel Montt, ministro entónces, i jefe del partido que de pelucon habia pasado, rejuveneciéndose en su personal e ideas, a llamarse moderado. Es don del talento i del buen tino político, arrojar una palabra como al acaso, i herir con ella la dificultad. „Las ideas, señor, no tienen patria„ me dijo el ministro al introducir la conversacion, i todo desde aquel momento quedaba allanado entre nosotros, i echado el vínculo que debia unir mi existencia i mi porvenir al de este hombre. Estaba en 1841 curado ya, o afectaba estarlo, que es un tributo rendido a la verdad, de la fea mancha de las preocupaciones americanas, contra las cuales he combatido diez años; i de las que no se mostraban libres hasta 1843, Tocornal, García Reyes, Talavera, Lastarria, Vallejo i tantos jóvenes chilenos que en el *Semanario*, estampaban este concepto esclusivo: „*todos* los Redactores somos chilenos, i lo repetimos, no nos mueven otros alicientes que el crédito i la prosperidad de la patria.„ Ellos dirán hoi si *todos* ellos han hecho en la prensa mas por la prosperidad de esa patria, que el *solo* estranjero a quien se imajinaban escluir del derecho de emitir sus ideas, sin otro aliciente tampoco que el amor del bien.

Un punto discutimos larga i porfiadamente con el ministro, i era la guerra a Rosas que yo me proponia hacer, concluyendo en una transaccion que satisfacia por el momento los interereses de ambas partes, i me dejaba espedito el camino para educar la opinion del gobierno mismo, i hacerle aceptar la libertad de imprenta lisa i llanamente como depues ha sucedido.

Lo que hice en la prensa política de Chile entónces, los principios e ideas con que sostuve al gobierno, tuvieron la aceptacion de los hombres mismos a quienes ayudaba a vencer, i fueron formulados por el viejo Infante, juez intachable de parcialidad al gobierno. Hablando el *Valdiviano Federal* de un periódico de la época [1], decia: „Entre la multitud de periódicos que desde los principios de la República se han dado a luz, difícilmente habrá habido alguno que haya emitido opiniones mas peligrosas a la causa de la libertad; en este concepto haremos desde nuestro siguiente número lijeras observaciones sobre algunas de sus pájinas, no obstante que poco habrá que añadir a la sabia i filantrópica impugna-

1 *El Elector chileno* redactado por el liberal don Pedro F. Vicuña. *El E.*

cion del *Mercurio*, en varios puntos cardinales que sostiene.» Reivindico para mí aquella gloria del *Mercurio* de haber impugnado, al lado del gobierno, las ideas peligrosas a la libertad. No me envanece ménos el haber merecido entónces la adhesion del patriota Salas [1], que se hacia llevar el *Mercurio* al lecho en que estaba muriendo, i se inquiria con interes de lo que me tocaba, sin conocerme, pues me negué a visitarlo por una falta de cortesanía que no me perdono hasta hoi, creyéndolo, por ignorar sus bellos antecedentes, algun poderoso que se ahorraba la molestia de buscarme.

Para tomar el hilo de los hechos volveré a don Manuel Montt, mi arrimo ántes, mi amigo hoi. Su nombre es uno de los pocos que de Chile hayan salido al esterior con aceptacion, i jeneralizádose en el pais, suscitando impresiones diversas de afecto o de encono como hombre público, sin tacha del carácter personal que todos tienen por circunspecto, moral, grave, enérjico i bien intencionado. Su encuentro en el camino de mi vida ha sido para mí una nueva faz dada a mi existencia; i si ella hubiese de arribar a un término noble, deberíalo a su apoyo prestado oportunamente. Algunas afinidades de carácter han debido cimentar nuestras simpatías, confirmadas por diferencias escenciales de espíritu, que han hecho servir el suyo de peso opuesto a la impaciencia de mis propósitos, no sin que alguna vez haya yo quizás estimulado i ensanchado la fuerza de su voluntad en la adopcion de mejoras. El aspecto grave de este hombre, de quien hai persona que cree que no se ha reido nunca, está dulcificado por maneras fáciles, que seducen i tranquilizan al que se acerca, encontrándolo mas tratable que lo que se habia imajinado. Habla poco, i cuando lo hace, se espresa en términos que muestran una clara percepcion de las ideas que emite. Es tolerante mas allá de donde lo deja sospechar a sus adversarios, i yo tendria mas encojimiento de dar rienda suelta a la imajinacion delante de un poeta o un proyectista destornillado, que delante de don Manuel Montt, que oye sin sorpresa mis novelas, con gusto muchas veces, tocándolas con la vara de su sentido práctico, para hacerlas evaporarse con una palabra, cuando las ve mecerse en el aire. Tiene una cualidad rara, i es que se educa; el tiempo, las nuevas ideas, los hechos, no se azotan en vano sobre su sien, sin dejar vestijios de su pasaje. Don Manuel Montt pretende no saber nada, lo que

1 Don Manuel Salas.

permite a los que le hablan esponer sin rebozo su sentir, i poder contradecirlo sin que su amor propio salga a la parada, a diferencia en esto de la jeneralidad de los hombres con poder i con talento, que se aferran a su propia idea, negando hasta la existencia a las adversas; i un ministro letrado o un orador que no sea pedante, es una rara bendicion en estos tiempos en que cada hombre público está haciendo la apoteosis de su fama literaria en decretos i discursos. Durante muchos años nos hemos entendido por signos, por miradas de intelijencia, sin que hayan mediado esplicaciones sobre puntos capitalísimos, de los que yo tocaba en la prensa. Nunca me habló de mis rencillas literarias, i cuando mas por don Ramon Vial, llegaba a mis oidos alguna palabra que me dejaba sospechar que sentia que me estraviase. Si me oia elojiar por otros, guardaba silencio; si me vituperaban con injusticia buscando su asentimiento, les entregaba a examinar su semblante, impasible, frio, tabla rasa, i los desconcertaba. Una vez que me tiranizaba la opinion por lo de *estranjero*, mandóme decir con don Rafael Vial, que le diese al público sin piedad; i cuando me dí por vencido, dejando la redaccion de *El Progreso* por la primera vez, me dijo con imperio: "es preciso que U. escriba un libro, sobre lo que U. quiera, i los confunda!" Si él no tenia fe en mí, hacia de manera que yo lo creyese, i esto me alzaba del suelo. De él dependió que en 1843 no me fuese a Copiapó a buscar fortuna, afeándome tan negro propósito. Delante de don Miguel de la Barra me ha rogado, me ha suplicado, que no atacase al ajente de Rosas, resignándose él, ministro, a aceptar mi repulsa formal de acceder a su deseo. Algunas veces nos entendimos de antemano para tratar en la prensa algunos puntos en via de esploracion; i duraron una vez un mes las negaciones suyas para apartarme de una lucha peligrosa en que habia entrado con la *Revista Católica*, a condicion de que ella se retiraria sin ajarme. Quejándome yo de un artículo de la *Revista*, es decir como me quejo yo por la prensa, que es mandándole con lo mas duro al adversario, me escribia don Manuel Montt: "algunos clérigos de la *Revista* han prometido dejar toda cuestion, i quizás el artículo a que U. se refiere i que yo no he visto, se ha publicado ántes de esta promesa." Cuando en 1845, resigné de nuevo el puesto de escritor público por escapar a la vileza de los medios puestos en ejercicio para fatigarme, don Manuel Montt me dijo: "lo siento, pero yo habria hecho otro tanto; no se sacrifica la fama en defenza de ninguna causa;" como le comunicase mi idea de

marcharme a Bolivia, desde donde me hacia propuestas el gobierno para ir a establecerme, se opuso redondamente a ello: "Eso pareceria una caida. Bolivia está mui a trasmano. ¿No pensaba U. ántes ir a Europa?...." I al despedirme para aquel destino: "U. volverá a su pais probablemente, segun el aspecto que hoi ofrecen los negocios; si alguna vez quiere volver a Chile, será U. aquí lo que U. quiera ser. Desengáñese, esos odios que lo alarman, andan en la superficie; nadie lo desprecia a U. i muchos lo estiman."

Un ministro así, puede hacer como Deucalion, hombres de las piedras. En Europa, a todas partes me alcanzaron sus cartas, con mas frecuencia que las de mi familia, i en cada una de ellas está apuntada de paso alguna materia útil de estudiar, una esperanza de que haria tal cosa, que es indicacion para que la hiciera. Don Manuel Montt tiene todas las dotes del hombre público, faltándole la única que debiera darle complemento i objeto, la ambicion decidida, sin la cual la fama adquirida, el prestijio, la estimacion pública, no son sino un mal hecho al pais, una desviacion de fuerzas que se alejan del punto céntrico a donde son llamadas, i establecen un contrapeso esterior que puede causar perturbaciones al Estado, como aquellos planetas que desvían a los otros de sus órbitas, haciéndoles hacer aberraciones injustificables. Los errores de ideas que le atribuyen, dependen de las preocupaciones nacionales, o mas bien del estado de las ideas jenerales, que es malísimo, i que los flojos estudios filosóficos i políticos de los establecimientos de educacion, no alcanzan a correjir.

Yo creo haber estudiado la conciencia política de los que han escrito en Chile i de los personajes públicos a quienes he escuchado, i podria hacer la escala en que deben colocarse unos con respecto a otros, si esto tuviese un objeto útil. Don Manuel Montt cree en la educacion popular; i las discusiones de la cámara en 1849, han mostrado hasta la evidencia que, entre jóvenes i viejos, entre liberales i retrógrados, no hai en Chile un solo estadista que vaya mas adelante a este respecto. Lastarria, Bello, Sanfuentes, han tenido esta vez que presentarse al público como hombres mas moderados, ménos utopistas, mas prácticos i mas cachacientos que don Manuel Montt; cosa que revela lo falso de la posicion, i puede ser que un dia les pese haber tomado este papel que tan mal sienta a sus juveniles años, i a su ultra-liberalismo. En materia de emigracion europea, hablóme de ello en 1842 i desde entón-

ces no hemos perdido de vista este asunto. Tres o cuatro ideas simples, pero capitales, hacen todo el caudal político de don Manuel Montt, abandonando con gusto a otros la esplotacion de las demas. Como todos los hombres esencialmente gubernativos, deplora la desmoralizacion de los elementos lejítimos de fuerza i de estabilidad en el gobierno, si bien la mala escuela de Luis Felipe, que dominó desde 1830 hasta 1848 en todos los gabinetes de la tierra, i mui acatada en Chile, tuvo paralizada en él la espansion que debe darse al progreso, única cosa que hace santa i útil la conservacion del órden. La revolucion actual del mundo le ha sido en este sentido útil. Tiene todos los jéneros de coraje que traen las glorias difíciles de alcanzar; el coraje de hablar pocas veces en la cámara, no obstante la lucidez que sus enemigos le conceden; el coraje de no ir adelante de la popularidad, como aquellos diputados a quienes se vé afanados raspando su bola para hacerla correr; el coraje, en fin, de ser honrado, el mas difícil de todos, en estos momentos en que el vértigo del cinismo político, viene desde Barrot abajo, hasta oradores estraviados que me repugna nombrar. Don Manuel Montt marcha a rehabilitar en esta América española, podrida hasta los huesos, la dignidad de la conciencia humana tan envilecida i pisoteada por los poderes mismos destinados a representarla. El cinismo en los medios, ha traido por todas partes el crímen en los fines, i vénse tartufos imberbes haciendo muecas en la senda de fango que ha seguido Rosas, a nombre tambien de un fin honesto. Dos veces ha traido a sus piés en la cámara de este año propósitos culpables, que se han dejado vencer por solo los prestijios de la moralidad mas severa. La elocuencia es inútil arma aun, en pueblos i en hombres toscos de corazon i duros de cerebro, cuando la voluntad tenaz del bárbaro con fraque endereza hácia algun rumbo. Ojalá que el cielo alumbre el camino de mi digno amigo, i despues de los astutos tiranuelos, apoyados a nombre del pueblo, en chusma de soldados, mazorqueros o diputados, nos dé una escuela de políticos honrados, que está pidiendo la América para lavarse del baño de crímenes, inmundicias i sangre, en que se ha revolcado de cuarenta años a esta parte. Es la única revolucion digna de emprenderse. ¿Llaman revolucion continuar siendo siempre la canalla que somos por todas partes hasta hoi? Hombres hai que creen que tienen coraje en ser inmorales, pillos i arteros en la América del Sud. Sed virtuosos si os atreveis!

En 1841, a principios de setiembre, terminada la campaña electoral, i seguros ya del triunfo de nuestro candidato, despedíme del ministro Montt i de la redaccion de *El Nacional* i de *El Mercurio*, para regresar a mi patria.—"Qué! se vuelve U? oh, nó! No hai seguridad. La situacion del jeneral Madrid es crítica.—Es por eso, señor, que quiero ir a prestarle la ayuda de mis esfuerzos en Cuyo." Mi resolucion era irrevocable, i yo partí luego premunido para el jeneral Madrid de esta carta de introduccion: "Setiembre 10 de 1841. A. S. el director de la Coalicion del Norte, jeneral en jefe del 2.° ejército libertador:—La Comision Arjentina se permite recomendar a S. Exa. al Sr. D. D. F. Sarmiento. A sus antecedentes tan favorables, se agrega la circunstancia de haber sido miembro suyo, i haber desempeñado honrosamente sus comisiones. Adornado de patriotismo i entusiasmo por la libertad, su capacidad es otro título para que se aproxime a S. Exa. i para que S. Exa. le proporcione ocasion de hacer a nuestra causa los servicios que puede. Tiene la confianza de sus compatriotas aquí i merece la de S. Exa. La comision reitera, &c.—*J. Gregorio de Las-Heras.—Gregorio Gomez.—Gabriel Ocampo.—Martin Zapata.—Domingo de Oro.*

En la tarde del 25 de setiembre, yo i tres amigos mas asomábamos sucesivamente las cabezas sobre la areta principal de la cordillera de los Andes. El penoso ascenso de un dia a pié, hundiéndonos en la nieve reblandecida por los débiles rayos del sol, nos traia fatigados, i reclamaban nuestros miembros un momento de reposo en aquel páramo batido por la brisa glacial que ha desenvuelto el deshielo del dia. La vista descubre hácia el oriente cadenas de montañas que achican i orlan el horizonte, valles blancos como cintas que fueran serpenteando por entre peñascos negros que brillan al reflejarse el sol; i abajo al pié de la eminencia, como una cabeza de alfiler, la casucha de ladrillo que ofrece amparo i abrigo al viajero. ¡Salud República Arjentina, esclamábamos cada uno, saludándola en el horizonte i tendiendo hácia ella nuestros brazos!

En aquel piélago blanco i estrecho que se estiende abajo, divisó uno de nosotros bultos de caminantes, i este encuentro de seres humanos, que tan bien venido es siempre en aquellas soledades, nos conturbó instintivamente a todos, i nos miramos unos a otros, sin atrevernos a comunicar la idea siniestra que habia atravesado nuestro espíritu. Descendimos hácia el lado arjentino ménos gozosos que ántes, i apénas, i

aun ántes de llegar a la casucha, la palabra *derrota* hizo de dolor zumbar largo rato mis oidos. Los restos del ejército de Madrid venian a poco marchando a pié, a asilarse en Chile.

Era preciso obrar. Despaché en el acto un propio a los Andes para que subieran mulas a la cordillera; i despues de hablar con los primeros prófugos, volvimos a remontar aquella montaña que creí haber dejado atras para siempre. Llegado a los Andes, establecí mi oficina en casa de un amigo; desde la una de la tarde, fuí un poder ejecutivo con la suma del poder público, para favorecer a los infelices arjentinos que quedaban comprometidos en la cordillera. Un anciano, vecino de los Andes, respetable por sus cualidades morales, mi amigo íntimo desde la edad en que yo tenia veinte años i él sesenta, don Pedro Bari, era mi secretario jeneral. He aquí los actos de aquel gobierno de doce horas de trabajo: buscar, contratar i despachar a la cordillera esa misma tarde, doce peones de cordillera para ausiliar a los que se fatigasen; comprar, reunir i despachar seis cargas de cueros de carnero para forro de piés i piernas, sogas, charqui, ají, carbon, algunas velas, tabaco, yerba, azúcar, etc., etc., etc.; despachar un propio a San Felipe, avisando al intendente la catástrofe ocurrida, i pidiendo proteccion para los necesitados; hablar a varios vecinos con el objeto de mover su filantropía; un espreso a la comision arjentina para ponerla en movimiento; carta al ministro Montt, reclamando la asistencia del gobierno, pidiendo médicos i otros ausilios; carta a los Viales i al señor Gana para que excitasen la caridad pública; al director del teatro para que se diese una funcion a beneficio de los que sufrian; un artículo a *El Mercurio* de Valparaiso para alarmar la nacion entera i despertar la piedad. Cuando todo estuvo hecho, las cargas en marcha, los correos despachados, i agotada la bolsa hasta el último maravedí, yo resigné el puesto buscando el reposo que reclamaban el pasar i repasar la cordillera como por apuesta, descender corriendo desde los Ojos de Agua hasta los Andes, para sentarme a escribir largo i tendido. Contestáronme dos dias despues el señor Gana i el jeneral Las-Heras, en términos que recuerdo para su honra. [1]

1. Señor don Domingo Sarmiento.—*Santiago, octubre* 1.° *de* 1841.—Compatriota i amigo: Por toda respuesta a la mui apreciable carta de U. le acompaño esa órden para que con su resultado, atienda U. a dar carne i pan a los infelices arjentinos hambrientos que vienen. Es preciso que se limite U. a carne i pan, porque para ese mezquino socorro, hemos agota-

Cuando llegué mas tarde a Santiago, tuve que responder en la prensa al cargo de habermo quejado de la dureza de muchos, al mismo tiempo que hacia el elojio de cuántos lo habian merecido; i despues al de haber malversado aquellos escasísimos fondos destinados para acudir a tantas necesidades. El hombre que me hacia este cargo no era mi compatriota, no habia contribuido a aquella suma, no sabia qué uso habia yo hecho de ella, i solo por la mas esquisita mala intencion me inventaba aquella calumnia para dañarme. El jeneral Las-Heras contestó vindicándome, i yo quedé largo tiempo espantado de aquel acto gratuito, espontáneo de depravacion, i helado como si me hubiesen echado un jarro de agua fria.

Poco despues volví a tomar la redaccion del *Mercurio*, i desde entónces principió una de las faces de mi vida mas ac-

do todos los recursos, i vencido dificultades de que solo tendrá idea cuando venga i se imponga.

Ahora mismo excitamos a los de Valparaiso a ver cómo nos ayudan a socorrer a nuestros infelices compatriotas. Ha sido solicitado el gobierno i nos ha prometido para esta noche las órdenes que pudiéramos desear para socorrer la aflijida humanidad.

El espreso ha sido despachado ántes de la hora de llegado.

Nada diré a U. de lo que ha conmovido la relacion de los horrores que U. no ha hecho mas que indicar. Esto dejémoslo para sentido.

Abrace U. a los valientes i desgraciados. Somos arjentinos i son arjentinos. Algun dia Dios nos dará patria, i habrá gratitud para los beneméritos, o no merecerá aquel pais tener tales hijos.

Adios, amigo. Siempre afectísimo de U.—*J. Gregorio de Las-Heras.*

El escribiente saluda a U. i a todos los valientes desgraciados.

Señor don Domingo Sarmiento.—*Santiago. 1.° de octubre de* 1841.—Apreciable señor: Espantado de la catástrofe que U. me anuncia, salí al momento a casa de Orjera, donde acabaron de imponerme de las desgracias sucedidas en Mendoza. Estremamente sensibles a tantos males, no hemos hallado otro arbitrio para detener el progreso de los mas urjentes, que levantar una suscricion implorando la jenerosidad de nuestros compatriotas en favor de las infelices víctimas de la causa de la civilizacion. Ya se están dando los primeros pasos; i debe U. creer que si el éxito corresponde a nuestro empeño e interes, se remediarán sin duda las mas premiosas necesidades. Jamas he deseado tanto como ahora, en este instante el ser hombre de influjo i fortuna; pero, para qué hemos de poner en cuenta los deseos? Hacemos lo posible, o solo me atrevo a ofrecer por ahora, juntamente con mi amistad, como su mas apasionado servidor Q. B. S. M.—*José Francisco Gana.*

Octubre 2 de 1841.—Regresa el propio que hoi hemos recibido de U... El gobierno nos ha hecho entender que hará cuanto esté de su parte respecto al objeto de la comunicacion.

He entregado tambien su carta para el ministro Montt i estoi esperando su contestacion para incluírsela.

tiva, mas ajitada, i mas fructuosa para mí i quizás tambien para otros. Poco a poco fuí sublevando preocupaciones, enconos, celos, odios, no sé si envidia, hasta que aquel volcan de pasiones que habia humeado todos los dias escapándose por comunicados, venia a estallar en algun ruidoso acontecimiento que tenia preocupados los espíritus por quince dias. Hoi he triunfado completamente; la palabra *estranjero* está proscrita de la prensa; proscritos i oscuros andan los tres que de ella se hicieron una arma para vulnerarme en lo mas íntimo que el hombre tiene, aquello que nadie tiene derecho de tocar; i ahora es posible recordar aquellas luchas que nos trajeron a tantos conmovidos, hostiles i preocupados. Dejo a un lado las muchas palabras descorteces i ofensivas que debieron escaparse de mi pluma, jóven, ardiente en la lucha, sensible a las ofensas, poco ceremonioso para decir la verdad. Habia una causa de todos los dias, de todas las horas, que destilaba su veneno lento para exacerbar mi espíritu i predisponerlo a endurecerse contra las resistencias. Nada hai que pula tanto la rudeza del escritor público, como la frecuencia de la sociedad para la cual escribe. El cortesano

Aquí se están corriendo algunas suscripciones entre los ciudadanos chilenos, en auxilio de nuestros compatriotas que vienen. I creo que el gobierno hará algo por su parte aquí mismo. Se trabaja con suceso.

En este momento va a despachar el gobierno otro propio con comunicaciones para el intendente. Le remito un bulto que contiene varias piezas de ropa, que entre la mia i la de algunos amigos he podido reunir para que pueda habilitar a los que vengan desnudos.

Le incluyo una correspondencia del gobierno para el intendente, entréguela en el acto, porque su contenido interesa a los desgraciados que vengan enfermos.

Amigo: le estoi envidiando la suerte que le ha cabido en esta vez. Continúe U. sus nobles esfuerzos; es U. un héroe; no desista ni afloje un solo instante. Animo, amigo!—*Martin Zapata.*

2 de octubre.—Sarmiento: Los Viales se han portado como unos grandes hombres. Don Antonio me encargó de hacer un encabezamiento de la suscripcion, que ahora mismo va a imprimirse; varios personajes escojidos por él, i él mismo, van a correr la suscripcion entre el clero, el comercio, los empleados, los ministros, etc., etc.

Toda la compañía dramática está pronta a dar los beneficios que desea Casacuberta. Ya el público ansía por ver a éste en las tablas. El *Otelo*, el *Marino Faliero*, i no sé qué otra pieza han sido escojidas con este objeto, i con el de hacer admirar los talentos de dicho actor.

Se trata tambien por los Viales de hacer dar un concierto a las señoritas principales, a beneficio de la emigracion. Ojalá se viniese Casacuberta cuanto ántes. Pregunte por mi familia i dígame algo de ella, de don Hilarion Godoi, de nuestros amigos, de Villafañe, Todo suyo.—*Quiroga Rosas.*

Voltaire tenia encantada a la nobleza entre la cual vivia, i no era cáustico sino para el sacerdocio con quien no trataba. El solitario Rouseau, por el contrario, ha dicho las verdades mas crudas i conservado su independencia selvática, en medio de la sociedad mas frívola. Yo me he mantenido seis años en el aislamiento, para no dejarme influir por las ideas ajenas, i esto es el sacrificio mas duro que me imponia. Habia, por otra parte, hasta descortesía en ciertos mozalvetes que me alargaban su amistad en via de proteccion, a fuer de nobles i emparentados los unos, de ricos los otros, i hasta de literatos, que me sacaban de paciencia i me forzaban a disimular mi disgusto. Pero lo que me tenia en la exasperacion, era que por *estranjero*, yo debia ser mas prudente, mas medido que los hijos del pais. Hoi me parece que es un hecho conquistado la conviccion íntima del público, de la sinceridad de mis miras, del exceso de amor al bien que siempre dirijió mi pluma; mas, entónces no era así. Atribuíaseme a envidia, a celos, a deseo de abajar el pais la crítica de las cosas que son del dominio de la prensa, i el público se obstinaba en no querer leer *Mercurio* donde decia *Mercurio*, i sí, Sarmiento, estranjero, arjentino, cuyano, i demas; i yo me exaltaba contra esta injusticia pública, i seguia cada dia con mas amargura. Era un diario chileno quien hablaba, i yo creí siempre i creo que no debe el público traslucir a traves de las pájinas, los encojimientos que una situacion particular impone al redactor. Yo he hecho triunfar este principio *en vers et contre tous*, i hoi es la regla de la prensa.

¡Qué lucha aquella, tan obstinada i tan cruenta! El patriotismo esclusivo era una hidra que asomaba diez cabezas nuevas, cuando yo creia haberle cegado i quemado otras tantas. A cada paso se personificaba con nuevos atributos. En el *Desmascarado*, se reunió en mi daño todo lo que hai de encono en el corazon del hombre; la calumnia confesada, el tizne, el barro, la inmundicia arrojada al rostro como armas dignas de combate. El *Desmascarado* quedó ahí, yo seguí adelante, i los autores de aquella produccion, hoi que las pasiones que los estraviaron se han calmado, dirán si el *Desmascarado* me dañó efectivamente, i si la posicion social de ellos mejoró en un ápice. Uno de ellos estaba entónces en vísperas de ser nombrado intendente, i el otro gozó de la fama de escritor, hasta la aparicion del *Diario de Santiago* que tantas infamias publicó contra mí. Es la detraccion arma de dos filos envenenados, i cada golpe que descarga, hiere de

rechazo la mano del que la maneja, i la herida supura largos años i arroja mal olor. Aquellos dos hombres están borrados de la lista de los hombres públicos, sin que sea fácil que en adelante se restablezcan de su caida, a que yo no he contribuido por ataque personal ninguno.

Las letras tuvieron tambien su representante en el *Semanario*, i nadie puede darse idea del placer que tuve cuando ví engolfarse a sus autores, en el terreno escurridizo del romanticismo i el clasicismo. Fuíme a casa de López, ajitando en el aire el número consabido, i combinamos un plan de ataque por el cual yo debia hacer guerrillas desde *El Mercurio* i él desde *La Gaceta* venir con el bagaje pesado de erudicion, para aplastar al que quedase parado. Garcia del Rio estaba apostado en la prensa de Valparaiso, i cuando yo escribia a Rivadeneira, espantado del alboroto que causaba esta lucha en Santiago, que limasen algunas puntas incisivas de mis artículos, Garcia del Rio las palpaba, las sentia su fuerza, i las mandaba así punzantes a Santiago. El rival mas formidable, empero, que se alzó en la prensa fué Jotabeche, a quien inspiró en sus principios la pasion de los celos. Tanto talento ostentaba en sus ataques, tan agudo era su chiste incisivo, que hubiera dado al traste con mi petulancia, si él no hubiese flaqueado por el fondo de ideas jenerales de que carecen sus artículos, i por el lado de la justicia que estaba de mi parte. Jotabeche, digno representante del esclusivismo nacional, era un Viriato, que debia concluir por ser vencido. Venciéronlo los arjentinos de Copiapó, en quienes halló sostenedores celosos i largos para fundar el *Copiapino*; vencílo yó, tomando la defensa del señor Vallejo, víctima de una tropelía de un gobernador; i acabó de vencerlo la reputacion merecida que se conquistó, siéndole inútiles los andamios de odio i persecucion que estimularon su pluma. Hoi somos amigos, i pudiera insertar aquí una de sus cartas como muestra de laconismo incisivo i decidor.

Dejo a un lado la nube de comunicados en que *un chileno, dos chilenos, diez chilenos, mil chilenos*, me estuvieron fastidiando durante cinco años con las sandeces i las chocarrerías mas vulgares. Los españoles que tenian el candor de creer que yo les guardaba rencor, los clérigos que me denunciaban por impío, los estudiantes que se sublevaban contra quien los estimulaba al estudio i les abria ancha huella para elevarse, haciendo espectables las letras; todos, unos primero, otros despues, por este o el otro motivo: cuál por haber nombrado

a la monja Zañartu, quién por haber dicho que la constitucion era un letrero escrito con carbon, i quién otro por haberle escupido la cara, sin otro inconveniente que aguantarme un tiron de cabellos, i todos por intolerancia, por ociosidad i por tiranía, me zaherian i martirizaban. Un dia la exasperacion tocó en el delirio; estaba frenético, demente, i concebí la idea sublime de desacierto, de castigar a Chile entero, de declararlo ingrato, vil, infame. Escribí no se qué diatriba; púsele mi nombre al pié, i llevéla a la imprenta de *El Progreso*, poniéndola directamente en manos de los compositores, hecho lo cual me retiré a casa en silencio, cargué mis pistolas, i aguardé que estallase la mina que debia volarme a mí mismo; pero que me dejaba vengado, i satisfecho de haber hecho un grande acto de justicia. Las naciones pueden ser criminales i lo son a veces, i no hai juez que las castigue, sino sus tiranos o sus escritores. Quejábame del presidente, de Montt, de los Viales, para que no escapase uno solo de mi justicia, i a los escritores i al público en masa, los ponia overos, con verdades horribles, humillantes, suficientes para amotinar una ciudad, ponerla demente de cólera, i hacerla pedir la cabeza del osado que tales injurias la hacia.

Salvóme de este peligro cierto la bondad de don Antonio Jacobo Vial, a quien los cajistas espantados mostraron el manucristo que estaban componiendo. Don Antonio Jacobo Vial se dirijió a casa, triste, i me habló con la voz dulce i compasiva con que se habla a los enfermos. Ninguna señal de encono, de resentimiento, se traslucia en su semblante. Don Domingo, me dijo, me han mostrado los impresores el artículo dado para mañana.—Lo siento.—Ha calculado Ud. las consecuencias?—Perfectamente, mostrándole con los ojos las pistolas.—Inútil.—Ya lo sé; déjeme en paz.—Ha visto Lopez esto?—Nó.

Don Antonio tomó su sombrero i se fué a casa de Lopez i al ministerio a avisar a don Manuel Montt lo que sucedia, i desde aquel momento no puso el pié hasta dejar zanjado aquel atolladero. Lopez vino, i me hizo consentir en que él revisaria el escrito i quitaria algunas palabras demasiado inaguantables, i consentí en que lo hiciera. Esto era a las tres de la tarde: a las doce de la noche, don Antonio me trajo una esquela de Lopez, en que me decia que habia desistido de quitar palabras, porque eso mostraba ya que se hacian concesiones; que si no obstante la desaprobacion de mis amigos, insistia, tomase en el acto un birlocho i me fuese a Val-

paraiso. Lopez, con su sagacidad ordinaria, hàbia tocado la tecla para hacerme ceder: primero, no contrariarme abiertamente, lo que se hace con los dementes; segundo, desaprobarme, i esto me hacia impresion; tercero, mostrarme una debilidad en atenuar la frase, i yo habria huido de dar muestra de flaqueza; cuarto, señalarme el camino de la fuga, i esto me anonadaba. Nó; yo no entendia la cosa así: herirlos de muerte, en su orgullo necio a todos i esperar i sufrir las consecuencias. La almohada vino a traerme sus consejos ya que no el sueño. Al dia siguiente bien temprano mandóme llamar el ministro; me habló de cosas indiferentes, de la escuela normal, de no sé qué asunto de actualidad. Al fin descendió con tiento a tocar la herida, esforzándose en aplicarla el bálsamo, mostrándome cuántas personas me distinguian i respetaban en cambio de esas injurias sin consecuencia. Tomé yo la palabra, me fuí exaltando, me paré, i en el momento en que iba a perder todos los miramientos debidos al ministro i al amigo, abrió la puerta don Miguel de la Barra, que por acaso o de intento llegaba en el momento preciso para evitar un escándalo, por aquello de que palabra i piedra suelta no tienen vuelta. Así este Chile a quien queria ensambenitar, me mostraba en aquel momento virtudes dignas de respeto, delicadeza i tolerancia infinita, i muestras de simpatía i aprecio, que hacian injustificable el suicidio que yo me habia preparado. Desde entónces acá, el público i el escritor se han educado recíprocamente. El ha aprendido a ser tolerante, ha hecho justicia a la sanidad de la intencion, i yo me he habituado a mirarlo como parte necesaria de mi existencia, a no temer sus cóleras ni a provocarlas, i ya estoi declarado por unanimidad bueno i leal chileno. Ai! del que persista en llamarme estranjero! Este tiene que espatriarse a California.

De aquellas luchas nada ha quedado tanjible, i los escritos que las motivaron, se harán cada dia que pasa mas insignificantes, porque esa es la condicion del progreso humano. Lo que está al principio es imperfecto, mirado desde mas adelante, cuando aquellas ideas han pasado al sentido comun, i nuevos escritores mas bien preparados han dejado atrás a los que no hicieron mas que trazar el camino. Pero desde 1841, la prensa de Chile fué adquiriendo en el Pacífico mayor reputacion, i Chile ganó mucho en ello, por la vivacidad de su polémica i por el combate de las ideas que trajeron todos a la discusion. *El Mercurio* ensanchó sus columnas; las

cuestiones literarias sostenidas en él i en *La Gaceta*, provocaron la aparicion del *Semanario*. El *Semanario* trajo la idea de crear el *Progreso* en Santiago, donde no habia hasta entónces diario. De aquellas luchas salieron poetas, para probar lo infundado de los cargos; salió *Jotabeche*, reivindicando con éxito la aptitud nacional para los escritos lijeros.

La escuela normal, las instituciones que han querido hacer progresar la educacion primaria, no pueden desligarse absolutamente de aquel oríjen comun, que calentaba todas las cuestiones, i daba fuerza de hecho i de necesidad a las cosas que estaban en la cabeza de todos, como desideratum, como cosas posibles, pero no inmediatamente hacederas. Porque debe notarse esto, que son raros los casos en que un escritor puede imprimir a una sociedad su pensamiento propio, pero es condicion de la prensa tomar de la sociedad las ideas que están en jérmen e incubarlas, animarlas, i allanarles el camino para que marchen; i el redactor de *El Mercurio*, de *El Nacional*, de *El Progreso*, de *La Crónica*, pudiera señalar la huella de muchas ideas que han sido avanzadas así, hasta convertirse en preocupacion pública. Desde 1842, *El Mercurio*, por ejemplo, tomó los caminos como materia de ridículo, de burlas pesadas i punzantes, de que quedan trazas en *Un Viaje a Valparaiso* i otros escritos de la época. El ministro Irarrázabal, llamó a los RR. de *El Progreso*, para quejarse de la injusticia que le hacian. Los caminos de Chile son hoi los mejores de la América del sur. *Mercurio* i *Progreso* tomaron sucesivamente las municipalidades por delante; cuando la de Valparaiso daba señales de vida, se la hacia servir de azote a la de Santiago; cuando iba a lejislarse la materia, *El Progreso* amenazaba formalmente hacer cruda oposicion a las ideas del gobierno. ¿Quién se ha olvidado de aquel fastidioso, aldeano *aaavee maaría* del sereno; de aquellas bombas rotas i cojas que nunca acababan de llegar al lugar donde eran necesarias; de aquellas calles sin nombre i sin número? Todas esas mejoras tienen su antecedente en la prensa, que ha hecho tanto en Chile, por el bien público como las autoridades mismas. La ocupacion de Magallanes ha salido de los trabajos de *El Progreso*, como la reivindicacion de los títulos de posesion de Chile, salió despues de las investigaciones de *La Crónica*. El *congreso americano*, fué sentenciado a muerte por *El Progreso*, i en vano fué que todos los gobiernos del Pacífico se propusiesen ponerlo en pié.

Si fuera permitido a un escritor caracterizarse a sí mismo

yo no trepidaria en señalar los rasgos principales de mis trabajos en la prensa diaria. Salido de una provincia mediterránea de la República Arjentina, al estudiar a Chile, habia encontrado, no sin sorpresa, la similitud de toda la América española, que el espectáculo lejano del Perú i Bolivia no hacia mas que confirmar. A principios de 1841 escribia en *El Nacional* estos conceptos: "Treinta años han trascurrido desde que se inició la revolucion americana; i no obstante haberse terminado gloriosamente la guerra de la independencia, vése tanta inconsistencia en las instituciones de los nuevos estados, tanto desórden, tan poca seguridad individual, tan limitado en unos i tan nulo en otros el progreso intelectual, material o moral de los pueblos, que los europeos.... miran a la raza española, condenada a consumirse en guerras intestinas, a mancharse con todo jénero de delitos i ofrecer un pais despoblado i exhauto, como fácil presa de una nueva colonizacion europea." Este triste concepto forma el fondo filosófico de mis escritos, i se halla reproducido en *El Mercurio*, *El Progreso*, *Viajes por Europa*, *La Crónica*, &.; i sin duda que nadie me disputará en América la triste gloria de haber ajado mas la presuncion, el orgullo i la inmoralidad hispano-americana, persuadido de que ménos en las instituciones, que en las ideas i los sentimientos nacionales, es preciso obrar en América una profunda revolucion, si queremos salvarnos de aquella muerte, cuya agonía sonó en el Paraguay, da ya las últimas boqueadas en Méjico, i está a la cabecera de la República Arjentina i de Bolivia. De ahí tambien el doble remedio indicado con igual anticipacion, emigracion europea i educacion popular, que serian seguro antídoto, si no hubiesen de administrárselo los mismos enfermos, que le hacen perder su eficacia a fuerza de volver la cara, haciéndole ascos, no obstante estar persuadidos de su acierto.

Esto en la política trascendental, que en cuanto a la de circunstancias, i que se liga a las personas i a los partidos, mi carácter en la prensa de Chile venia marcado desde el principio, asociándome espontánea i deliberadamente al partido de los de Chile en que militan Montt, Irarrázaval, García Reyes, Varas, i tantos otros jóvenes distinguidos, i al que no son hostiles Aldunate, Blanco, Benavente, i otros políticos, El movimiento en las ideas, la estabilidad en las instituciones, el órden para poder ajitar mejor, el gobierno con preferencia a la oposicion, he aquí lo que puede de mis escritos colejirse con respecto a mis predilecciones. Puedo lisonjearme

de no haber cortejado pasion vulgar ninguna, para hacerme propicio el público; i no haber sostenido en política nada que repruebe la sana moral, transacciones que, a nombre de las ideas liberales, se han permitido no pocos escritores.

Al terminar esta rápida reseña de los actos que constituyen mi vida pública, siento que el interes de estas pájinas se ha evaporado ya, aun ántes de haber terminado mi trabajo; i les diera de mano aquí si, teniendo que responder con estas pájinas á la detraccion sistemada de un gobierno, no me fuese necesario mostrar mi hoja de servicios por decirlo así, que son las diversas publicaciones que de mis ideas i pensamientos ha hecho la prensa. El espíritu de los escritos de un autor, cuando tiene un carácter marcado, es su alma, su esencia. El individuo se eclipsa ante esta manifestacion, i el público ménos interes tiene ya en los actos privados que en la influencia que aquellos escritos han podido ejercer sobre los otros. Hé aquí, pues, el desmedrado índice que puede guiar al que desee someter a mas ríjido exámen mis pensamientos.

DIARIOS I PUBLICACIONES PERIÓDICAS

Las publicaciones periódicas son en nuestra época como la respiracion diaria; ni libertad, ni progreso, ni cultura se concibe sin este vehículo que liga a las sociedades unas con otras, i nos hace sentirnos a cada hora miembros de la especie humana, por la influencia i repercucion de los acontecimientos de unos pueblos sobre los otros. De ahí nace que los gobiernos tiránicos i criminales necesitan, para existir, apoderarse ellos solos de los diarios, i perseguir en los paises vecinos a los que pongan de manifiesto sus iniquidades. Rosas, a espensas de las rentas nacionales que pagan los pobres pueblos arjentinos, ha establecido una red de diarios pagados en todos los paises para que lo defiendan i cohonesten sus atrocidades. *El Defensor de la Independencia Americana* en el campamento de Oribe, *O americano* en el Brasil, el *Courrier du Havre* i la *Presse* en Francia, estos cuatro periódicos i la *Gaceta Mercantil*, cuestan a la República Arjentina mas de cuarenta mil pesos al año. Toda la persecucion de que soi víctima hoi, nace de que con la aparicion de *La Crónica* hice que la redaccion de *El Progreso*, entregada a la

influencia de Rosas, tuviese que pasar a otras manos i cambiar de espíritu. Rosas teme mas a la prensa que a las conspiraciones; una conspiracion puede ser ahogada en sangre, pero un libro, una revelacion de la prensa, aunque haya un puñal como el que dió fin con Varela, queda ahí siempre; porque lo que está impreso queda estampado para siempre, i si en el momento presente es inútil i sin efecto, no lo es para la posteridad que, juzgando por el exámen de los hechos i libre de toda preocupacion i de toda intimidacion, pronuncia su fallo inapelable.

1839.—He fundado, acompañado por jóvenes instruidos i competentes, *El Zonda*, en San Juan, cuya publicacion cesó por una tropelía i una espoliacion de Benavides, poniéndome en la cárcel como queda referido, no obstante no ocuparse aquel periódico sino de costumbres, educacion pública, cultivo de la morera, minas, literatura etc.

1841.—Bajo el seudónimo de *un teniente de artillería* publiqué un artículo en Chile, que me valió ser solicitado para la redaccion de *El Mercurio*, que conservé hasta la fundacion de *El Progreso*. Entre las cuestiones de literatura, caminos, municipalidades, i cuestiones políticas suscitadas entónces, hai algunos artículos que aun pueden ser leidos con interes, no obstante los progresos jenerales que la prensa periódica ha hecho en Chile.

En la misma época fuí encargado por los amigos del jeneral Búlnes, entónces candidato para la presidencia, de la redaccion de *El Nacional*, en Santiago, periódico que ejerció grande influencia en la fusion obrada entónces entre los jefes del partido pipiolo i el del jeneral Búlnes.

1842 hasta 1845.—La capital de Chile habia hasta esta época permanecido sin tener un diario. Yo emprendí con suceso la redaccion del primero que se estableció bajo el nombre de *El Progreso*, acompañado en este trabajo por don Vicente F. Lopez. La primera redaccion, que duró ocho meses, tuvo una alta importancia por la gravedad de las materias tratadas en él, entre otras la cuestion de colonizacion de Magallanes. Desagrados de empresa nos hicieron abandonar la redaccion, hasta que habiéndose desacreditado el diario, fuí solicitado de nuevo para rehabilitarlo, lo que se consiguió.

Al mismo tiempo redacté *El Heraldo Arjentino* para combatir a Rosas, cuya publicacion abandoné cuando llegó la noticia de la derrota de Rivera en el Arroyo Grande, creyendo que la lucha estaba terminada.

1846 i 1847.—Durante mis viajes, escribí en el *Comercio del Plata*[1] una série de artículos defendiendo a los arjentinos residentes en Chile de las difamaciones de Rosas; en Rio Janeiro, en el *Courrier du Bresil*, sobre el americanismo; en el *Courrier de la Gironde*, en Burdeos, publiqué una descripcion de los toros en España; en Madrid varios artículos contra la espedicion del jeneral Flores, que fueron reproducidos en toda América i con un artículo mui encomiástico en *La Gaceta de Buenos Aires*, que me tendia sus redes, i me hallaba un buen americano, sin nada de salvaje ni asqueroso, porque le habian hecho concebir a Rosas desde Paris, la esperanza de que yo me plegaria a su sistema de iniquidades. Se hablaba públicamente bien de mí en Buenos Aires i en la tertulia de la Manuelita, hasta que llegó la *Revista de Ambos Mundos* que cambió de nuevo en cólera i despecho los elojios que me habian prodigado.

1849.—Publiqué *La Crónica*, en la que me propuse llamar la atencion del público sobre inmigracion, educacion pública, cultivo de la seda, i jeneralmente sobre todas las cuestiones americanas que no he dejado de ajitar desde 1839. La coleccion de documentos sobre emigracion que contiene *La Crónica*, es única en América i puede ser consultada con provecho. *La Crónica* se ha terminado con el primer año, por evitar la necesidad de contestar a todas las inepcias que contra mí escribe Rosas en sus notas al gobierno de Chile, i a las majaderías de los gobiernos de las provincias que hacen coro a todas aquellas torpezas.

La importancia de las cuestiones suscitadas por *La Crónica*, puede inferirse de este hecho, que sobre cada uno de sus tópicos, educacion, moneda, inmigracion, pasaportes, se ha dictado o puesto una lei.

FOLLETOS

Programa de un colejio de señoritas en San Juan. Esposicion de la necesidad, las ventajas i el conjunto de la educacion de las mujeres en las provincias apartadas de la

1 De Montevideo.—*El E.*

República Arjentina. Mi primer escrito, lleno de reflexiones que no carecen de oportunidad. La provincia de San Juan oyó mis consejos, i coadyuvó poderosamente a mi intento.

Método de lectura en quince cuadros por Bonifaz, jóven español, residente hoi en Montevideo; publiquélo en 1841 a *mis espensas*, para hacerlo conocer en el pais, i fué adoptado en colejios i escuelas con buen éxito para la enseñanza primaria.

Análisis de las cartillas, silabarios, i otros métodos de lectura conocidos i practicados en Chile, 1842. Trabajo encargado por el gobierno, i que tenia por objeto mostrar la imperfeccion de los métodos usados, i que podia conducir, «a suscitar las observaciones de los intelijentes para formar un método de lectura fácil i espeditivo; a despertar el interes de todos sobre la mejora de las escuelas, introduciendo en ellas nuevos medios de instruccion.»

Memoria leida a la Facultad de Humanidades. 1843.— Esta memoria produjo, despues de un luminoso debate en la Universidad i en la prensa, una sancion sobre la cuestion de ortografía i un acuerdo en favor del autor. En *Educacion Popular* se encuentra al fin tratada estensamente esta cuestion. Los estudios del autor sobre la cuestion de *ortografía castellana* son nuevos en el idioma español. Su objeto fué simplificar la enseñanza de la lectura i de la escritura, i habiendo visto violadas por la Academia todas las reglas etimolójicas, sujetar la ortografía a la pronunciacion, como lo han deseado todos los ortólogos españoles. Si el resultado no ha correspondido a sus esfuerzos, la utilidad del objeto i la inatacable lójica en que están fundados sus argumentos, lo pone a cubierto de los ataques del ridículo. Ha remitido a la Academia Española sus últimos trabajos, suplicándola i apercibiéndola que se esplique en la cuestion.

Método de lectura gradual, adoptado por la Facultad de Humanidades, i mandado seguir por el Gobierno en las escuelas públicas. Este es un sistema nuevo de enseñar a leer el castellano, fundado en el estudio de las dificultades que ofrece a los niños, i de las analojías de que ellos se sirven para vencerlas. El señor Aribau en España habia llegado a las mismas conclusiones que el autor.

Instruccion a los maestros de escuela, con el objeto de hacer intelijible el *Método de lectura gradual*.

Memoria sobre la cria del gusano de seda. Enviada de Paris a la Sociedad de Agricultura de Santiago de Chile, i

publicada en el *Agricultor*. A este trabajo se han debido algunos progresos en esta industria.

Sociedad Sericícola Americana. Contiene una esposicion del autor sobre la conveniencia i oportunidad de jeneralizar esta industria, i los estatutos de la sociedad que se fundó al efecto.

Mi defensa. Coleccion de escritos autobiográficos, en que el autor, difamado como ahora, respondió a los ataques, haciendo conocer los principales rasgos de su vida.

Programa de estudios del Liceo de Santiago. Redactado en compañía de don Vicente F. Lopez; contiene algunas ideas nuevas sobre el órden i la eleccion de los estudios, colocando el latin en el lugar que le corresponde. El público i los jóvenes de los colejios aceptaron con interes nuestra reforma; pero el clero i algunos directores de colejios nos minaron con calumnias, i no quisimos luchar contra enemigos tan desleales i encapotados.

Discurso pronunciado en Francia al recibirme de miembro del Instituto Histórico, publicado por el *Investigateur*. Su asunto es una apreciacion de los motivos i consecuencias de la entrevista de Guayaquil entre Bolívar i San Martin.

Memoria sobre emigracion alemana al Rio de la Plata. 1846. Publicada en aleman por el Dr. Wappaüs, profesor de jeografía i estadística de la Universidad de Gotinga, acompañada de notas i comentarios por el editor, a quien el autor dejó la obra del injeniero i jeógrafo arjentino Arenales, i otros papeles i libros para mayor ilustracion del asunto. El Dr. Wappaüs se espresa en estos términos en la introduccion: "La disertacion siguiente sobre las provincias del Rio de la Plata, es una agregacion hecha por el autor, el señor Sarmiento, a un pequeño folleto que publiqué en 1846, sobre colonizacion i emigracion alemana.... El deseo del autor de hacer conocer en Alemania las ventajas de aquellos paises, motiva este trabajo complementario."

El Dr. Wappüs acompañó la *Memoria* con ciento setenta i nueve pájinas de anotaciones ilustradas sobre las estensas comarcas, de cuya riqueza, si estuviesen pobladas en proporcion de sus recursos, apénas me era posible dar una idea compendiada. Para juzgar la importancia de esas notas, basta enumerar los autores que el erudito sabio aleman consultó para ilustrar su juicio sobre la materia: *Arenales, Diario de Matorras, Coleccion de Angelis, Arredondo, Azara, Viaje de Soria, Sir Woodvine Parish, Núñez, Félix Frias,*

Lozano, Viaje en la América del Sud por Lindau, Tadeo Aenke, Walkenaer; Rengger i Longchamp, viaje al Paraguai, D'Orbigny; King, veintitres años de residencia en la República Arjentina; Robertson, cartas sobre el Paraguai, De Baralt, Codazi, Gay.

La publicacion de esta obra seria de la mayor importancia para la República Arjentina, pues contiene los mas preciosos detalles sobre la topografía de las provincias, sus rutas de comercio, sus rios, i las ventajas que para el comercio del mundo i la riqueza del pais traeria su navegacion. Pero no es posible publicarla en Chile, donde no tiene interes, estando prohibidos hoi en la Confederacion Arjentina mis escritos, i espuestos a penas discrecionales los que los lean.

Sírvame de disculpa la necesidad de opener a las difamaciones de Rosas los conceptos con que me han honrado sábios europeos, la triste necesidad de intercalar aquí lo que el doctor Wappaüs dice en su obra respecto de mí. "No podemos dar a nuestros lectores idea mas completa de esto, que citando las mismas palabras del señor Sarmiento, arjentino dotado de conocimientos variados como profundamente instruido, el cual siguiendo con toda la pasion ardiente del americano del sur la historia de su patria, de la cual lo desterraron persecuciones políticas, presenta en todas sus manifestaciones de palabra i de obra, i en su manera de ver el mundo, la idea del verdadero republicano de Sud-América, aspirando a la completa realizacion de la libertad. A él debemos, a mas de la memoria que dá principio a esta obra, muchas instruccciones variadas sobre la República Arjentina, por lo cual le damos aquí las mas sinceras gracias, principalmente por sus animadas esplicaciones verbales. El bosquejo siguiente que sacamos de las obras de este escritor, el cual para darse idea de la situacion íntima de la Europa, ha visitado recientemente la Italia, Francia, Alemania, etc. . . . "

BIOGRAFIAS

Apuntes Biográficos. Bajo este nombre se publicó la vida del fraile Aldao, apóstata, jeneral de Rosas; obrita mui gustada por los intelijentes como composicion literaria. El autor se propone para mas tarde bajo el título de VIDAS AMERICA-

NAS, colectar las diversas biografías que ha publicado, de personajes chilenos o arjentinos, dignos de recuerdo. La biografía es el libro mas orijinal que puede dar la América del Sur en nuestra época, i el mejor material que haya de suministrarse a la historia. Los *Apuntes biográficos* fueron traducidos al frances por Mr. Eugene Tandonnet, candidato dos veces a la Asamblea Nacional, quien, aunque partidario de Rosas por amistad personal con Oribe, se esplica en estos términos con respecto al autor. "Sin pretender a la perfeccion literaria ha querido solamente poner de relieve algunas de las figuras mas enérjicas de la era de la independencia, i dejarnos entrever la fisonomía jeneral de las provincias arjentinas, las costumbres, las preocupaciones, las pasiones, en una palabra, la vida de aquellos pueblos a la vez guerreros i pastores. Hai bajo este aspecto un mérito superior, incontestable en los *Apuntes Biográficos* del señor Sarmiento. Es ciertamente un estudio al natural, aunque trazado al correr de la pluma i de la pasion. En la marcha del estilo i en el movimiento jeneral de las ideas, se encuentra el abandono melancólico i los raptos de violencia que caracterizan a los habitantes de las provincias arjentinas,........ El señor Sarmiento, por la elevacion de espíritu, por sus estudios serios, se separa completamente de los principales jefes del bando unitario........ Pero cuando los recuerdos de la Patria se presentan a la imajinacion del desterrado, cuando recapacita en el papel brillante i útil que sus facultades le habrian asegurado en aquella patria tan cara, entónces la cólera desborda de su corazon, i se derrama en maldiciones ardientes contra el afortunado adversario, cuyo triunfo ha causado su destierro."

Otras biografías he publicado en los diarios, tales como la del presbítero Balmaceda, la del presbítero Irarrázabal, la del coronel Pereira, arjentino, fundador de la escuela militar de Chile, la del senador don Manuel Gandarillas, la de don José Dolores Bustos, sanjuanino, visitador jeneral de escuelas en Chile.

El Facundo, o Civilizacion i Barbarie, i estos *Recuerdos de Provincia* pertenecen al mismo jénero.

LIBROS

Civilizacion i Barbarie. Escribí este libro, que debia ser trabajo meditado i enriquecido de datos i documentos históricos, con el fin de hacer conocer en Chile la política de Rosas. Cada pájina revela la precipitacion con que está escrito, dándose orijinales a medida que se imprimia, i habiéndose perdido manuscritos que no pude reemplazar. Este libro, sin embargo, me ha valido un nombre honroso en Europa, a consecuencia del *compte rendu* de la *Revista de Ambos Mundos.* Publicóle el *Nacional de Montevideo*; ha sido traducido al aleman, ilustrado por Rugendas, i ha dado a los publicistas de Europa la esplicacion de la lucha de la República Arjentina; *Rosas i la Cuestion del Plata,* i muchas otras publicaciones europeas, están basadas en los datos i maneras de ver de *Civilizacion i Barbarie.* Este libro contiene en jérmen muchos otros escritos, i está destinado a perder a Rosas en el concepto del mundo ilustrado. El mismo ha sentido que era un golpe mortal a su política, i en cinco años de injurias dirijidas contra mí, la *Gaceta Mercantil* no ha nombrado jamás este libro, no obstante que no hai en Buenos Aires un federal de importancia que no lo tenga o no lo haya leido, i que circulen en la República mas de quinientos ejemplares; no habiendo libro alguno quizás que haya sido mas buscado i leido allí. Rosas solo afecta no saber que tal libro exista por miedo de despertar la atencion sobre él.

La *Revista de Ambos Mundos* en un artículo *Del Americanismo i de las Repúblicas del Sud, Sociedad arjentina, etc.*, dijo con respecto al libro i al autor: "Durante su mansion en Santiago, que ha precedido a sus viajes por Europa, el señor Sarmiento ha publicado esta obra llena de atractivo i novedad, instructiva como la historia, interesante como un romance, brillante de imájenes i de colorido. *Civilizacion i Barbarie* no es solamente uno de aquellos escasos testimonios que nos llegan de la vida intelectual de la América meridional, es un documento precioso.... Sin duda, la pasion ha dictado mas de una de aquellas pájinas vigorosas; pero hai en el talento, aun cuando se muestra exaltado por la pasion, yo no sé qué fondo de imparcialidad de que no puede desha-

cerse, i con cuyo ausilio deja a los personajes su verdadero carácter, a las cosas su color natural...."

"No habria ménos interes en someter la América del Sur al mismo análisis que la América del Norte. Seria esta la obra del filósofo i del viajero, del poeta i del historiador, del pintor de costumbres i del publicista. El señor Sarmiento ha intentado realizarlo en un libro publicado en Chile, que prueba que si la civilizacion tiene enemigos en aquellas rejiones, puede contar tambien con elocuentes órganos."

Viajes por Europa, Africa i América. La prensa de Chile ha juzgado favorablemente esta obra que revela el pensamiento íntimo del autor, i las impresiones que le ha dejado el espectáculo de los pueblos que ha recorrido. Cúpome la buena fortuna de tocar de cerca todos los hilos de la política europea sobre la cuestion del Rio de la Plata, i maravillarme de la mezquindad de las miras, de la ignorancia de los antecedentes i de la incapacidad de los hombres que mas alto papel han hecho en aquel asunto. Los viajes son el complemento de la educacion de los hombres, i si el contacto con personajes eminentes eleva el espíritu i perfecciona las ideas, puedo vanagloriarme de haber sido mui feliz en mi escursion, pues que he podido acercarme, no sin haber sido favorablemente introducido, a los hombres mas eminentes de la época. A Mr. Guizot, fuí presentado por recomendacion del gobierno de Chile, siendo intermediario el señor Rosales; a Mr. Thiers, por el ajente de Montevideo; al célebre Cobden i al mariscal Bugeaud, en Africa, por Mr. Lesseps, que ha sido embajador en España i despues representante del pueblo en Roma; a Alejandro Dumas, por Mr. Blanchard i Girardet, pintores célebres; a Gil de Zárate, por el coronel Sesé; a Breton de los Herreros, Ventura de la Vega, Aribau i otros literatos españoles, por recomendaciones que llevaba de literatos franceses, i por Rivadeneira. Al célebre Baron de Humboldt i a los ministros del rei de Prusia, que me prodigaron mil atenciones en honor al gobierno de Chile, por el Dr. Wappüs i el jefe de la oficina de estadística, Mr. Dieterice; a Pio IX, por la recomendacion de ser sobrino de los obispos de Cuyo, Oro i Sarmiento, habiendo conocido en América al primero: a Mr. Merimée, por el pintor Rugendas; a Mme. Tastu, por Mr. Laserre; a San Martin, por los arjentinos que me habian recomendado con encarecimiento a él; a Mr. Mann, en los Estados Unidos, por un senador del Congreso, a quien Mr. Ward, de Valparaiso, dió los mas favorables informes; i a cien personas

mas que seria prolijo enumerar, con quienes he pasado horas enteras tratanto de los asuntos mas graves, habiendo merecido de todos las mas lisonjeras distinciones, i con muchos de ellos gozado de la mayor intimidad. Dos gobernadores de provincia, un tal Tamayo, un ministro Laspiur i otros nombres que no puedo retener en la memoria, pueden esplayarse en hora buena en decirme vil, protervo, inmundo, i todas esas porquerías dignas de sus autores, con toda seguridad de que si nos vemos alguna vez les guarde rencor alguno. Tengo, por el contrario, certeza de mas de ocho de entre ellos de que me estiman en mucho, i Rosas puede reconocerlos en la virulencia de su lenguaje. Cuanto mas me aprecian, mas subidos son los epítetos, para que el amo no sospeche sus afectos.

Educacion Popular. Este libro es aquel que mas estimo. Cada pájina es el fruto de mi dilijencia, recorriendo ciudades, hablando con hombres profesionales, reuniendo datos, consultando libros, estados i folletos, mirando i escuchando. Es el fruto sazonado de aquella semilla que en mi niñez asomó en la escuela de San Francisco del Monte, en la campaña semibárbara de San Luis. Desde allá venia caminando en la enseñanza de escuela en escuela, hasta llegar a la normal de Versalles i a los seminarios de Prusia, que son el pináculo de la humilde profesion del maestro. La ciencia i la carrera de la enseñanza primaria me la he inventado yo, i en despecho de la indiferencia jeneral, he traido a la América del Sud el programa entero de la educacion popular. No sé qué crítico deploraba que no hubiese indicado los medios de hacer efectivas las observaciones i doctrinas en esta obra acumuladas. Una sola palabra bastaria a completarla i satisfacer este deseo. Denme patria donde me sea dado obrar, i les prometo convertir en hechos cada sílaba, i eso en poquísimos años. A aquel libro con preferencia a cualquiera otro de los mios, apénas lejible para el comun de las jentes, confiara la guarda de mi nombre. El mejor elojio que me ha valido, es la aplicacion de las palabras dirijidas al autor de una obra francesa en favor de la civilizacion: "Su libro no atestigua solamente laboriosas investigaciones i estudios hechos con conciencia, sino que revela tambien el alma de un pensador honrado i el corazon de un buen ciudadano." Si el amigo que me dirijió estas palabras queria complacerme, muestra en su eleccion que conoce lo mas íntimo de mi corazon. En la desmoralizacion de ideas i de sentimientos obrada por nuestro tirano, es la mas

difícil, pero la mas necesaria de las reputaciones, la de *honrado*, i la única que puede oponerse a la astucia del verdugo i al disimulo de las víctimas.

TRADUCCIONES

Todas las traducciones que he hecho tienen por objeto dotar a la instruccion primaria de tratados útiles, descollando entre ellas los libros que tienen un espíritu eminentemente moral i relijioso. Hai en Chile personas candorosas que temen mis ideas, un poco libres en materias filosóficas, lo que léjos de ocultar, me hago un deber i un honor en mostrar a todos, porque la idea solo del disimulo me indigna. Jamas aceptaré sujecion ninguna, impuesta por preocupaciones estúpidas del vulgo, o por la intolerancia de los clérigos españoles. Pero para la educacion primaria son otros los principios que me guian. Las altas cuestiones filosóficas, relijiosas, políticas i sociales, pertenecen al dominio de la razon formada; a los niños, solo debe enseñárseles aquello que eleva el corazon, contiene las pasiones, i los prepara a entrar en la sociedad. Esta esplicacion dí al obispo de San Juan para aquietar sus temores en ocasion análoga, i el resultado justificó mis asertos.

Pertenecen a estos libros: *Conciencia de un Niño*; libro precioso de moral i de relijion para despertar en el corazon de los niños las primeras nociones del conocimiento de Dios, i los deberes del hombre,

La *Vida de Jesucristo*, que no existia en castellano, i que es una historia sencilla a la par que una luminosa esposicion de la doctrina del Evanjelio.

Manual de la Historia de los Pueblos. Exelente tratado elemental de Levi Alvarez, que contiene en jérmen todos los desarrollos ulteriores de la historia.

El *Por qué o la Física popularizada*, que bien comprendida su lectura, bastaria para abrir la intelijencia de los niños, revelándoles las causas naturales de todos los fenómenos que se ofrecen a cada paso a su consideracion.

Vida de Franklin. Encomendé a un amigo su traduccion, a fin de popularizar el conocimiento de este hombre estraordinario, porque sé cuánto bien puede obrar en el alma impresionable de los niños, el ejemplo de sus virtudes i de sus tra-

bajos. Si los catorce gobernadores de las provincias arjentinas creen que deben prohibir la circulacion de este libro, pueden encargar a Angelis que escriba una vida de don Juan Manuel Rosas, desde que se escapó de la casa paterna, hasta que se hizo domador, i todas las bellezas de aquella vida, i mandarla adoptar en las escuelas, para que sus propios hijos imiten aquel sublime modelo.

CASAS DE EDUCACION

El primer acto administrativo de Rosas fué quitar a las escuelas de hombres i mujeres en Buenos Aires, las rentas con que las halló dotadas por el Estado; haciendo otro tanto con los profesores de la Universidad, no teniendo pudor de consignar en los mensajes el hecho de que aquellos ciudadanos beneméritos continuaban enseñando por patriotismo i sin remuneracion alguna. Los estragos hecho en la República Arjentina por aquel estúpido malvado, no se subsanarán en medio siglo; pues, no solo degolló o forzó a espatriarse a los hombres de luces que contaba el pais, sino que cerró las puertas de las casas de educacion, porque tiene el olfato fino i sabe que las luces no son el apoyo mas seguro de los tiranos.

El instinto natural me llevó desde los principios a echarme en un camino contrario. Desde niño he enseñado lo que yo sabia a cuantos he podido inducir a aprender. He creado escuelas donde no las habia, mejorado otras existentes, fundado dos colejios, i la escuela normal me debe su existencia. De allí han salido una multitud de jóvenes distinguidos que se han hecho una profesion relijiosa de la enseñanza, i prometen a Chile nuevos i mas seguros progresos en la carrera de la civilizacion.

Tal es el cuadro modesto de mis pequeños esfuerzos en favor de la libertad i del progreso de la América del sur, i como ausiliares poderosos, la educacion de todos i la inmigracion europea. Esfuerzos, es preciso decirlo, hechos a la par que luchaba con las dificultades de la vida para vivir, que combatia a los instrumentos de Rosas para tener patria, que educaba mi espíritu para completar mis ideas; esfuerzos que en la América del sur no son comunes ni por la constan-

cia i tenacidad de ellos, ni por la homojeneidad; esfuerzos que desde el primer dia hasta el último, desde el primer artículo de un diario, hasta la última pájinana de un libro, forman un todo completo, variantes infinitas de un tema único, cambiar la faz de la América, i sobre todo de la República Arjentina, por la sostitucion del espíritu europeo a la tradicion española, i a la fuerza bruta como móvil, la intelijencia cultivada, el estudio i el remedio de las necesidades.

En estos ensayos informes en que domina la buena intencion i la perseverancia de propósito, he alcanzado el último término de la juventud, tomado estado despues de haber recorrido la tierra, i llegado con el estudio, la discusion de las ideas, el espectáculo de los acontecimientos, los viajes, el contacto con hombres eminentes, i mis relaciones con los jefes de la política de Chile, a completar aquella educacion para la vida pública que principiaba en 1837, entre las prisiones i los calabozos. No he llegado, sin duda, a la virilidad de la razon, sin que el corazon haya perdido nada de su entereza para anonadarme en el ocio, el dia que he vencido las dificultades, como aquel tirano que se hace facultar para no *despachar en muchos años* los negocios públicos, cuando ha logrado en diez i ocho años de violencias anular toda otra voluntad que la suya. Nuestra suerte es distinta, luchar para abrirnos paso a la patria; i cuando lo hayamos conseguido, trabajar por realizar en ella el bien que concebimos. Este es el mas ardiente i el mas constante de mis votos.

Este opúsculo, pues, es el prólogo de una obra apénas comenzada. Llámase el primer volúmen *Viaje por Europa, Africa i América.* El segundo está todavía en manos de la Providencia. Don Juan Manuel Rosas pretende que no ha de publicarse sin su visto bueno, i que él sabe desparpajar los libros en su fuente. Florencio Varela! estais tambien en el secreto?

FIN DE RECUERDOS DE PROVINCIA.

NECROLOJÍAS I BIOGRAFÍAS

DON MANUEL SALAS [1]

(*Mercurio* de 9 de diciembre de 1841)

Hacia algun tiempo que los amigos del finado don Manuel Salas veian estinguirse lentamente una vida que honraba tanto a Chile, i pocos eran los que se dejaban fascinar por aquellos momentos de alta en los progresos de la última enfermedad de un anciano, o los espirantes esfuerzos de la vida que parece alentarse un momento, como los últimos resplandores de una lámpara próxima a estinguirse para siempre. Don Manuel Salas se ha desprendido de la vida, sin sufrimiento i sin agonía, despues de haber recorrido con honor el largo período de su existencia, dejando útiles ejemplos de virtud i patriotismo a la imitacion de los que le sobreviven. Don Manuel Salas poseia uno de aquellos caractéres tan raros como felices, a los que sin faltar a los deberes de su época,

1 Fallecido en Santiago el 28 de noviembre de 1841, a los 86 años de edad. *El Editor.*

les es dado cruzar por el campo turbulento de las grandes revoluciones sociales, sin sublevar pasiones encarnizadas en perseguirlos, i sin contaminarse en los estravíos tan reprensibles como indispensables que aquellas enjendran. Dotado de una intelijencia ventajosamente cultivada, de maneras insinuantes i corteses, de un jenio festivo i decidor, i mas que todo, de una rara moderacion, desde mui temprano se echó con todo su corazon en la gloriosa lucha de la revolucion, en la que prestó eminentes e importantes servicios; i con su jenial franqueza i sinceridad, con su ardiente patriotismo i su espíritu conciliador, supo en las diversas fases que los sucesos han dado a nuestra política interna, conciliarse el respeto i aun el aprecio de sus adversarios, careciendo por otra parte de aquel temple de alma que no perdiendo toda esperanza en el porvenir de la patria, nos hace intolerantes i absolutos con los hechos que se desenvuelven en el momento presente, e irreconciliables con las opiniones e ideas que prevalecen. Persuadido de que los progresos se obran muchas veces a pesar de la política de los gobiernos, i que el tiempo les ofrece con su lenta marcha un camino mas seguro, si bien mas largo, estaba siempre dispuesto a aplaudir todo proyecto de mejora, i toda reforma que tendiese a asegurar la libertad i el órden, dos fines constantemente unidos en su corazon.

Una de las prendas que mas han caracterizado esta noble existencia, i que mas exita nuestras simpatías, porque por desgracia aun no es mui comun entre nosotros, es ese amor entrañable por el pueblo, que le distinguió siempre, i su anhelo constante por la adopcion de todas aquellas mejoras que independientes del gobierno i de la política, pueden introducirse en un pais nuevo, por el solo impulso del verdadero ciudadano amante de su pais. Don Manuel Salas era un filántropo, un patriota, i son muchos los bienes que ha hecho a su patria, sin necesidad de desempeñar un empleo que lo pusiese en el deber de hacerlos.

Sus últimos dias han sido dignos de una vida tan pura i tan sencilla. Rodeado de sus amigos, se hacia leer los periódicos, tomando en las materias de que se ocupaban el interes de un hombre que creyera vivir por largo tiempo aun. I no se crea que se hacia ilusiones sobre la duracion de sus dias. Un hecho característico i que revela a la vez el temple alegre i chistoso de su jenio i el convencimiento en que estaba de su cercano fin, merece referirse. Un individuo se hacia anunciar en uno de los dias de su enfermedad. El señor Salas, que no

se sentia inclinado a recibirlo, "dile a ese señor, dijo al sirviente, que le agradezco su atencion, que no me es posible recibir visitas ahora; pero que le pagaré su fineza tan luego como me levante de la cama," apoyando estas últimas palabras con cierta sonrisa burlona que les daba un sentido picante e irónico.

Dos cosas fijaban profundamente su atencion en sus últimos momentos. La una era el cultivo de la morera i la cria de gusanos de seda, de que hablaba con entusiasmo a sus amigos, enseñándoles capullos de seda i hojas de *morus multicaulis*, de que su cama estaba rodeada. La otra eran las desgracias de la República Arjentina, que le afljian profundamente, haciéndose instruir todos los dias de los rumores que sobre los últimos sucesos corrian, i alegrándose vivamente cada vez que un acontecimiento favorable a la causa de sus amigos políticos, venia a interrumpir la larga cadena de contrastes que les han sobrevenido en la terrible i abatida lucha que sostienen.

Liberal en sus ideas i principios, i quizás un poco dominado de la incredulidad del siglo XVIII, cuyas doctrinas ha debido beber en su época, no ha querido salir de este mundo sin saber a que atenerse con respecto al otro. Atribuimos a este motivo su prediileccion por la lectura del *Evanjelio en triunfo*, que se hacia leer diariamente, i cuyos raciocinios filosóficos sobre las creencias relijiosas i las discusiones a que ellas dan oríjen, le preocupaban profundamente.

Así ha terminado su vida este digno chileno, cuya muerte deploran todos los buenos patriotas, cualesquiera que por otra parte sean sus opiniones políticas. Deja en la memoria de sus conciudadanos los mas gratos recuerdos a la patria, una deuda de reconocimiento, i a lo juventud un noble ejemplo. Su vida fué un dechado de decision por la causa de la libertad que sirvió con integridad i desinteres. Su vida pública estuvo siempre fuera del alcance de los tiros de la calumnia, que se ceba de continuo en herir las mas altas reputaciones. La gratitud pública rodeará de guilnardas su tumba, i el recuerdo de sus virtudes, de su patriotismo, de sus dignas acciones, prolongará en la memoria de sus conciudadanos, esta vida que solo deja de continuarse, pero que se sobre vive a sí misma, conservándose siempre presente a las miradas de la nacion a quien tantos servicios prestó.

El *Araucano*, nuestro digno colaborador, nos ha precedido en dedicar sus pájinas a honrar la memoria de este ilus-

tre patriota, i nosotros como los editores de aquel periódico, sentimos entrañablemente no poseer pormenores mas detalladossobre la vida i hechos de este buen ciudadano. Desgraciadamente carecemos de toda clase de datos escritos, i cada dia desaparece de entre nosotros una figura del noble grupo de las grandes reputacienes de nuestra revolucion, llevándose consigo la relacion exacta de sus hechos, i dejando a la historia a ciegas sobre lo que mas le interesa conocer. Los grandes hombres son partes visibles, que ella colocada en sus cuadros, para hacerles desarrollar los sucesos i desenvolver las instituciones; ellos representan las ideas, los instintos, las creencias i las necesidades de los pueblos. La biografía es la materia primera de la historia, i la duestra va irremediablemente a ser pobre de materiales. Las tintes de la filosofía i los adornos característicos de la época, caerán sobre una tela tosca i preparada con desaliño; la tradicion solo recuerda hechos jenerales, i los acumula sin concierto, sin hilacion i sin órden; el tiempo los confunde, en fin, los mezclas de asuntos estraños i desfigura con relaciones inexactas el bello tipo orijinal.

No hacemos sin objeto estas observaciones, i desearíamos que los jóvenes que gozan hoi de los inestimables beneficios que los esfuerzos i sacrificios de patriotas como el que nos ocupa les ha proporcionado, empleasen sus nacientes talentos, su juvenil actividad, en reunir cuantos datos puedan obtenerse sobre la vida de este ciudadano eminente; interrogando para ello las actas públicas, las reminicencias de sus amigos, las tradiciones populares. ¿No se haria con esto un grande servicio a la república, a la moral i a la gloria? ¿No es digno de la ambicion de un jóven dedicar su pluma a reproducir en un cuadro fiel los hechos de los hombres que honran a la patria, para presentar en ellos nobles dechados a la imitacion de sus contemporáneos? ¿No podria el gobierno premiar una búena produccion de este jénero, para echar a la juventud estudiosa en esta nueva via de progreso? ¿No bastaria para recompesar al que con mas acierto la desempeñase, la aprobacion del público i la gloria de haber honrado a uno de nuestros héroes i llevado dignamente su nombre a la historia i a la posteridad? ¿Habremos siempre de quejarnos inútilmente de esta neglijencia de nuestra juventud, que no hace cuanto podria para aplicar a cosas de utilidad social las luces que cada dia acumula, i que parece absorverlas en su mente? Creemos positivamente que aprovecharán nuestros

jóvenes la presente ocasion i esplotarán la rica mina que se ofrece a su actividad, patriotismo i entusiasmo por lo que es grande, noble i bello. Si así no lo hiciesen, nosotros probaremos a ensayar nuestras débiles fuerzas en una tarea, que desde ahora sentimos, por mas de un motivo, mui superior a nuestra capacidad. Debemos a la memoria de este eminente patriota la honrosa i entusiástica distincion de haber favorecido con su aprobacion algunas de las humildes publicaciones de nuestro diario, i honrádonos con su particular interes i aprecio, aun sin conocernos.

EL CORONEL DON JOSÉ LUIS PEREIRA [1]

(*Mercurio de Valparaiso* de 6 de mayo de 1842)

Cada año que trascurre nos arrebata entre sus torbellinos una de las preciosas fojas del libro viviente de la revolucion americana. Arbol fecundo que dió sus frutos, el otoño del tiempo se lleva una a una sus marchitas hojas. La tumba es el campamento jeneral a que dentro de pocos años habrán llegado, cual mas temprano, cual mas tarde, todos estos viejos campeones de la lucha de la independencia, que como los artífices de un templo gótico, desaparecen de la escena dejando a las jeneraciones venideras su obra, mas venerable cuanto mas antigua, imperfecta cuando los ojos de la presuntuosa crítica se fijan en sus proporciones; pero sólidamente reclinada sobre sus anchas bases, sufriendo sin murmurar los ultrajes de los siglos, i escuchando con desden los juicios de las nuevas jeneraciones que no alcanzan a comprender el pensamiento sublime que la enjendró, i que achacando a defecto su misteriosa oscuridad i su silencio majestuoso, se detienen a admirar los bellos arabescos que decoran su superficie. Uno de esos instrumentos de la libertad americana acaba de responder muriendo a la voz del Eterno que repentinamente le llamó a su seno. El coronel Pereira nos ha

1 Muerto en Santiago el 1.º de mayo de 1842. *El E.*

dejado mas temprano de lo que su patria adoptiva, sus discípulos i su familia tenian derecho a esperar. Queremos detenernos un momento a contemplar esta vida que se estingue, como el viajero que, solo en medio de los campos, se queda mirando tristemente el punto del horizonte en que se ha escondido el sol que le abandona. Fieles a los instintos de la grande jeneracion que nos ha precedido, quisiéramos recojer cuanto ántes todos los escombros gloriosos del sacudimiento social que ha enjendrado nuestra existencia política, para presentarlos a la historia para que los coloque i clasifique segun su importancia.

No nos proponemos hacer una biografia. El coronel Pereira no pertenece a aquellas brillantes reputaciones militares que detienen a veces el furor de los combatientes, para verles descargar los golpes de la espada que relampaguea en los aires. Durante la lucha de la independencia fueron comunes estos brillos gloriosos; pocos fueron, empero, los que con un grande conocimiento del arte militar, sabian preparar en los duros ejercicios del campamento, a los soldados que habian de fecundar i hacer útil tanto brío. El coronel Pereira era de este corto número; si no era la flor mas brillante de los ejércitos, era una de las raices que les daban consistencia en medio de los conflctos de una larga i azarosa campaña.

La heróica resistencia que la ciudad de Buenos Aires, su patria, opuso a la invasion de los ingleses el año 1806, suscitó el ardor marcial de Pereira, jóven de 16 años, i le hizo echarse como muchos otros en la carrera de gloria que ha recorrido. San Martin, jefe distinguido de la guerra de la Península, trajo para hacer triunfar la revolucion, un poderoso ausilio a los patriotas, cual era el de la disciplina, la táctica i la estratejia que habia aprendido combatiendo en España contra los ejércitos mas poderosos entónces i mas bien formados del mundo; i el jóven Pereira fué escojido entre otros, para llevar a cabo en los granaderos a caballo el primer ensayo de la ciencia militar. El combate de San Lorenzo mostró cuanto podia esperarse de soldados endurecidos por la disciplina, habituados a la obediencia mas ciega, e instruidos profundamente segun el uso europeo. Con San Martin i los granaderos fué despues a hacer la campaña del Perú, pasando en seguida a servir bajo las órdenes del jeneral Belgrano.

El año de 1809, le vemos atravesar el Plata custodiando en calidad de reo al señor Sasney, enviado secreto de Napoleon, que creyó tentar la fidelidad de un pueblo que, sintiéndose con

demasiado brío para soportar sin murmurar un yugo, no se contentaba con cambiar de amos, sino que queria sentarse él tambien en el congreso de las naciones. Cuando la revolucion del año 10 vino a despertar al pueblo para ceñirle la espada de los combates, Pereira tenia ya la suya en la mano, i la habia ofrecido al gobierno revolucionario; i con los nuevos conscriptos tomó parte en las campañas que con suerte varia hicieron los ejércitos de las Provincias Unidas en el Alto Perú. Un hecho que caracteriza las calidades militares del coronel Pereira, ocurrió en una de ellas, i merece recordarse. La derrota de Zipezipe introdujo la confusion en todo el ejército arjentino que huia despavorido durante algunos dias. Cuando el jeneral Belgrano hubo de reunir sus dispersos, halló una masa informe de soldadesca, jefes i oficiales, hacinados en la mayor confusion. Un solo escuadron habia conservado sus filas i se retiraba mas bien que huia. El capitan Pereira se habia apoderado del mando i lo habia salvado de la disolucion jeneral del ejército. El jeneral Belgrano abrazó al único militar de su ejército que habia sabido conservar la disciplina del soldado, i lo presentó a los jefes como un modelo para su ejemplo.

El mayor Pereira trajo desde Tucuman a Mendoza dos escuadrones de los célebres granaderos a caballo que para cojer tantos laureles habian sido creados. Con el rejimiento formado sobre aquel escojido plantel, pasó los Andes, se distinguió en Chacabuco, donde recibió una herida; i en Maipú, abriendo bajo el fuego mortífero del batallon Burgos las cercas de la viña de Espejo, penetró con sus granaderos en este atrincheramiento, desde donde los españoles fusilaban sus soldados, parapetados aquellos por las tupidas cepas, i contribuyó con este acto de valor a la decision de la batalla. Hizo despues la campaña de Chiloé, i adoptando nuestro pabellon nacional, pasó desde entónces al servicio de la república que con los demas valientes de los Andes acababa de libertar.

Desde ese tiempo data una segunda época en la vida militar del coronel Pereira. Quedando al mando de la guardia de honor i los cazadores que permanecieron en Chile al tiempo de la espedicion libertadora que zarpó el año 20 para el Perú, el infatigable coronel dedicó toda la actividad de sus facultades físicas i morales i toda la enerjía de su carácter, a la formacion de nuestros cuerpos militares; i pocos son los coroneles, i no muchos los jenerales chilenos que no hayan recibido de este

escuadronista las primeras lecciones del arte. Pereira poseia en un grado eminente todas las cualidades que deben acompañar al que se ocupa de la formacion del soldado. Moralidad, instruccion militar, enerjía, celo i actividad, no eran todas las dotes que en él sobresalian. Discípulo distinguido de la severa escuela militar con que San Martin vino a suplantar el entusiasmo de los primeros años de la guerra de la independencia, Pereira sabia amasar esos soldados de hierro que resistian con estóica perseverancia las fatigas i miserias de una guerra americana, en las que una tienda de campaña es un lujo afeminado, una racion de pan un regalo que solo se gusta al entrar en un pueblo. Pereira ha concurrido a la formacion de un gran número de nuestros cuerpos, i pocos jefes han osado disputarle la preeminencia en este ramo de la profesion militar.

Pero al antiguo coronel estaba reservado otra tarea mas fecunda en resultados, i que mas duradera influencia debia ejercer en el arte militar en Chile. Pereira fué escojido por el gobierno para realizar la academia militar, bello plantel en donde debian perpetuarse las tradiciones de la disciplina de los ejércitos, ausiliadas de una práctica rigorosa e ilustradas por un nuevo i mas copioso caudal de luces, en cuyo cargo sus vijilias i sus continuados ejercicios le hicieron contraer la enfermedad de que ha sido víctima. Si el pensamiento de esta escuela era facundo, la eleccion del instrumento era aun mas acertada. Pereira era el único hombre capaz de realizar en todos sus detalles esta brillante empresa; i gracias a su perseverancia invencible, a su infatigable celo, nuestra juventud militar puede gloriarse de haber recibido con mayor ilustracion, la misma educacion ríjida, dura, bárbara si es posible decirlo, que hizo a sus mayores sobrellevar tantas fatigas i cojer tantos laureles; i que solo ella puede dar al brillo de las charrateras su verdadero valor. La campaña de Yungai ha sido la piedra de toque en que se ha ensayado la suficiencia de los discípulos i la capacidad del maestro; i en honor del uno i de los otros, debe decirse que rarísimos son los que no han acreditado la excelencia de su preparacion. La disciplina estóica i severa introducida por San Martin en América i con la que se llevó acabo la revolucion, ha sido trasmitida por Pereira sin relajacion a la juventud chilena, que la trasmitirá a las nuevas jeneraciones militares. No hai un solo jóven militar que no le haya mirado como a un padre, i si bien severo, la voz estentórea i penetrante del escuadronista i del jefe de parada, resuena aun en el fondo de sus corazones

imponiendo silencio, esplicando la táctica, o reprendiendo las faltas.

Tal es el lijero cuadro que hemos podido trazar de la vida de este soldado que durante treinta i seis años ha ceñido la espada en dos repúblicas distintas, i que durante veinte i cuatro años ha soportado con honor las paletas de coronel. El mas antiguo jefe de su graduacion, el escuadronista que ha enseñado a la juventud el arte militar, ha dejado una familia numerosa, una esposa, unos discípulos i unos amigos que lo deplorarán largo tiempo.

El mártes por la mañana cruzaba con lento paso por las calles de Santiago el carro fúnebre que llevaba sus restos, seguido de un grupo de oficiales a caballo i del batallon Portales, encargado de hacerle los honores fúnebres. Numeroso cortejo de rodados seguian el triste acompañamiento. Entre los concurrentes se hallaban varios jefes arjentinos, entre ellos el señor Melian, su coronel en granaderos, el señor Necochea, i otros. Una descarga del batallon anunció en el Panteon a los concurrentes que nueva losa sepulcral habia caido para ocultar los restos mortales de uno de nuestros antiguos guerreros, i enseñar en su lugar su helada, e insensible frente, ironía de la vida, último esfuerzo del orgullo humano que se afana por poner un apéndice a la existencia, diciendo a todos los pasantes con su boca cerrada, aquí yace uno que dejó de ser!

Era el coronel José Luis Pereira de estatura i proporciones atléticas, de formas garbosas i planta arrogante. A un profundo conocimiento de la instruccion militar de infantería i caballería, reunia un carácter amable, una probidad sin tacha que le granjeaba el respeto del soldado, el afecto de los oficiales, i la estimacion del público i del gobierno. Ha muerto a los 51 años de edad.

La órden jeneral ha honrado su memoria dándole los epítetos de benemérito e ilustre, i recordando con encomio una vida entera consagrada al servicio público.

NECROLOJIA DEL JENERAL O'HIGGINS[1]

(*Progreso* de 21 de noviembre de 1842)

El bravo campeon de la independencia chilena i el mas antiguo i constante promovedor de la de toda esta América, el digno i virtuoso O'Higgins no existe! I a los chilenos, sus hijos predilectos, no les ha sido dado recojer los postreros adioses del héroe de la patria, recibir su bendicion, i llorar sobre sus restos mortales! ¡Justo castigo, i ojalá fuera el único, de nuestros anteriores desórdenes i estravíos!

Pero la patria siempre habia hecho justicia al grande hombre. Hacia tiempo que sofocando la voz jeneral de la admiracion i gratitud a la de los partidos i las facciones, el jeneral O'Higgins habia sido llamado por las cámaras lejislativas i la inmensa mayoría de sus conciudadanos, a disfrutar en medio de ellos de las bendiciones de la paz i del órden; i a gozarse, rodeado de respeto i honores, en la prosperidad de esta patria fundada por él, i a la que no habia cesado de amar con idolatría i servir con entusiasmo, aun en medio del destierro i las persecuciones.

Mas la espiacion talvez no habia sido completa, i un destino fatal parecia cerrarle todavía las puertas de su pais; dos años habia que el jeneral O'Higgins preparaba su vuelta, frustrada siempre por dificultades domésticas i enfermedades; la última fatal quiso pasarla en el puerto del Callao, a vista de las naves que iban i volvian de su patria, ocupado continuamente en ella, trabajando por ella, apesar de la decadencia de sus facultades i contra la prohibicion de los médicos, respirando en cierto modo el aire natal. Los últimos suspiros de este hijo amante de Chile i sus últimas plegarias, estamos ciertos han de haber sido a Chile i por Chile.

Toca a Chile reconocer en algun modo la inmensa deuda de gratitud i respeto que carga sobre la nacion, respecto de uno de sus mas esclarecidos varones. Un luto nacional debe ser ordenado al momento, i sus restos mortales trasladados in-

1 Nacido en Chillan el 20 de agosto de 1776, muerto en Lima el 24 de octubre de 1842. *El E.*

mediatamente al pais por una comision en la que sean representados al mismo tiempo el Supremo Gobierno, el Ejército i cada una de las Cámaras Lejislativas, fuera de los demas honores que tengan a bien decretar estos cuerpos. Solo así podrán los chilenos honrar debidamente la memoria del héroe de su independencia, rodear su tumba i esparcir flores i coronas sobre ella; i de este modo únicamente borrar el baldon de oprobio que pesaria sobre nosotros i nuestros descendientes, por la injusta persecucion que sufrió en otro tiempo la reputacion mas bien establecida i mas gloriosa entre los hijos de este pais.

EL PRESBITERO OVALLE I BALMACEDA [1]

(*Progreso* de 26 de noviembre de 1842)

Los fastos mortuorios de Santiago han inscrito anteayer en su lúgubre rejistro un nombre que nunca se oyó sin veneracion i respeto, que nadie repetirá sin gratitud i sin amor. Ha muerto el presbítero Balmaceda! Nuestro clero pierde en él un modelo inimitable de todas las virtudes que deben honrar tan santo ministerio, la humanidad su timbre mas glorioso, la horfandad i la indijencia su cotiadiano paño de lágrima. ¡Pobre viejo! sus restos mortales se levantarian todavía de la tumba si llegase a penetrar en sus cabidades un solo jemido de miseria i de afliccion; su santo espíritu sollozaria a los piés del Eterno, si sus oraciones no pudieran remediar los males que en su mancion terrestre le dieron tanto que hacer. La desgracia va ahora a llamar de puerta en puerta en su busca, sin que el buen anciano salga a consolarla. ¡Cuántos tienen que deplorar la irreparable pérdida! ¡Cuántas lágrimas correrán sin que haya una mano piadosa que las enjugue! ¡Cuántos van a encontrarse ahora solos, sin apoyo alguno sobre la tierra!

No se tema que prodiguemos sin mesura palabras de fórmula, para adornar con algunas flores la tumba de un muerto.

1 Nacido el 2 de octubre de 1772, muerto en Santiago el 2 de noviembre de 1842. *El E.*

¡Líbrenos Dios de ello! Nuestro temor solo consiste en que no acertemos a honrar debidamente al sublime representante de la caridad cristiana en Chile, al monumento mas cándido de la humanidad en la tierra. El presbítero Balmaceda no ha figurado en los altos puestos de los honores humanos; ningun título se añadió al simple dictado de presbítero que él redujo a su significacion primitiva, i solo a su caridad evanjélica i a su inocente pureza de costumbres, debe la grata reputacion que lo ha hecho un objeto de veneracion en todos los estremos de la república, pues a todas partes se ha estendido la fama i el olor de su santidad. Nunca oireis en la cabaña del pobre recordar su nombre, sin que alguien miente alguna accion loable del bondadoso presbítero, alguna familia salvada por él de la desgracia, o alguna cándida e inofensiva jenialidad del buen anciano. No es en las actas públicas donde debe ir a buscarse la larga enumeracion de sus caritativas acciones, sino en la memoria del pueblo donde se hallan depositados todos los hechos que pudieran formar su biografía. Hai tradicion tan larga como ha sido su útil i laboriosa vida, tradicion que las madres han podido pasar a sus hijos, i estos añadir a los multiplicados actos de beneficencia que ha ejercido últimamente, i a las austeras privaciones de su vida ejemplar. Tal ha sido la inocencia de sus costumbres, el ardiente espíritu de caridad que lo animaba que mereció ser apellidado el *siervo de Dios, el santo,*

El cristianismo ha producido en todos tiempos dos jéneros de virtudes cristianas: las unas que reconcentran el individuo en sí mismo, i le hacen ocuparse enteramente de preparar por la penitencia la salvacion de su alma; las otras que estienden sobre la sociedad entera sus miradas i hallan el cumplimiento de sus deberes en el alivio de la desgracia. No siempre han andado juntas estas virtudes, i las primeras cuando han aparecido solas, han sido tachadas de exajeracion i de estravío; porque es lo que nuestra relijion tiene de santo i de grande, que pone en el amor del prójimo la base de toda virtud i de toda su práctica. Es una relijion social, humana, que tiende a la union de todos sus individuos, i a hacer respetable la misma desgracia. Nuestro santo varon dividió en iguales partes sus acciones i sus prácticas, i fué no ménos ascético i penitente que filántropo i caritativo.

El venerable presbítero Balmaceda era oriundo de esta ciudad, i de estraccion noble i elevada, i como primojénito se halló heredero de un mayorazgo. Las vanidades munda-

nas lo convidaban desde luego con sus atractivos i sus goces; pero por educacion, por carácter, por instinto, prefirió desde temprano la carrera ménos esplendorosa del sacerdocio, a cuya santificacion se sentia dispuesto a consagrar todas las fuerzas de su alma.

La revolucion de la independencia, que para no pocos fué una piedra de escándalo, halló a nuestro presbítero perfectamente preparado, i sin dejarse alucinar por el aparato de una pretendida fidelidad, abrazó con ardor la causa de su patria.

Pero habia todavía algo que removia mas profundamente su corazon, i que excitaba en su alma el mas vivo interes. El alivio de las desgracias era su propension innata; i la prevision solícita de su piedad, le indicó mui temprano el lugar donde debia poner su inmenso capital de caridad i beneficencia para que redituase utilidades mayores i mas duraderas. Los hospitales en que la indijencia i las enfermedades piden a la caridad pública proteccion i amparo, fueron desde luego su objeto favorito, i desprendiéndose jenerosamente de su fortuna, fundó rentas para el de San Juan de Dios, que le debe su existencia. Ochenta mil pesos fueron consagrados por el buen presbítero a este filantrópico establecimiento, i ni el temor del porvenir, ni los consejos prudentes i ruegos de sus amigos, pudieron hacerle reservar parte de aquel dote que consagraba a la caridad, su verdadera esposa.

Toda su vida es un asombroso conjunto de hechos memorables. Encargado por un moribundo de testar a su nombre de una cuantiosa fortuna, la distribuyó entre todos los parientes pobres del finado, i reservándose solo una imájen de la vírjen, i arrodillándose ante ella, al terminar su obra, exclamó con lágrimas en los ojos: *limpio entré, Vírjen santísima, i limpio salgo.*

Tenia por práctica habitual no cerrar sus puertas de noche, i no obstante haber sido en una de ellas amarrado i desnudado por algunos ladrones, jamas cambió de conducta. Temia que algun menesteroso se arredrase de turbar su sueño. Ah! qué sueño! Triste ironía del reposo necesario a nuestra existencia. Ascético por principios relijiosos como filántropo por carácter, cruel para consigo mismo, i solo humano para con los demas, dormia a imitacion de los santos de la edad de oro del cristianismo, en una tarima, teniendo por despertadores solícitos, cilicios i maceraciones austeras.

Economizaremos la relacion de una serie tan larga como

su vida, de acciones loables i de actos de beneficencia, que cada uno de ellos habria bastado para honrar la memoria de un individuo. Muchos son los que le deben su fortuna i el bienestar de sus hijos, millares los que encontraron en él un abundante socorro para las necesidades del momento.

Por lo demas, sencillo, inocente, candoroso i alegre, nadie habria sospechado la austeridad de sus penitencias, si los años, su palidez i su vacilante paso no lo revelaran. Tenia jenialidades características i conforme a ese sentimiento exaltado de humanidad que hacia el fondo de su carácter. Del cuidado de los hombres pasaba a los animales, i en su hacienda jamas se castraban bestias, ni consentia voluntariamente en que se matasen para proveerse de carne.

Murió el presbítero don Francisco Ruiz de Ovalle i Balmaceda a los 64 años de edad, de la muerte mas dulce, la muerte que proviene de la estincion del último pábulo que en un anciano alimenta la vida. Se le encontró muerto en el interior de su casa. Al remover su cadáver descubrió bajo el hábito sacerdotal.... ¡la mortaja!

ENSAYO SOBRE LA VIDA I ESCRITOS

DE D. MANUEL J. GANDARILLAS[1]

(*Progreso* de 3 i 5 de diciembre de 1842.)

Algunos dias han trascurrido desde aquel en que el lúgubre tañer de las campanas anunció que un ciudadano habia dejado de ser. Los periódicos de la capital han desparramado ya sobre la tumba de D. Manuel J. Gandarillas algunas guirnaldas de cipres i siempre-vivas. El *Progreso* faltó, sin embargo, en el fúnebre acompañamiento, i se presenta hoi a deshora, cuando los demas han dado por terminada la ceremonia. No se le culpe por eso de indiferente o desafecto; quisiera, léjos de merecer esta imputacion, hacerse el rejistro de todas nuestras glorias pasadas, i tener la imparcialidad en la

1 Nació en 1790, en Santiago, donde murió el 21 de noviembre de 1842. *El E.*

manera de considerar a nuestros hombres públicos, i la autenticidad de datos necesaria para que la historia visitase un dia sus pájinas para recojer de allí los nombres que le han de servir de núcleo.

D. Manuel J. Gandarillas ha figurado de un modo mui notable en los pasados acontecimientos, i el foro, la tribuna, el gabinete i la prensa periódica se han honrado mas de una vez en contarlo en el número de sus campeones. Es lástima que la necrolojía sea un terreno en que la severa verdad no acostumbre siempre presentarse sin el cortejo de alabanzas no pocas veces inmerecidas; mayor lástima es aun que los acontecimientos en que aquel patriota figuró, estén aun demasiado cercanos, para que puedan ser considerados bajo su verdadero punto de vista. El juicio que sobre su carrera política abriéramos no para todos seria aceptable, pues que no todos se hallarian colocados del mismo lado para contemplarlo. Nos limitaremos a la simple enumeracion de los principales hechos de su vida, que no carecen de un gran interes por cuanto se ligan a los acontecimientos públicos mas notables.

Gandarillas desde su mas tierna infancia, se hizo espectable por su asiduidad en el estudio, a que se dedicó desde mui temprano, i su talento no tardó en hacerse notar desde luego, no obstante una constitucion enfermiza i la imperfeccion de la enseñanza en los tiempos de la dominacion española. El año de 1814 habia terminado sus estudios de derecho, pues que sus padres lo destinaban para la carrera del foro; estaba ademas incorporado en la academia de práctica i desempeñaba interinamente la secretaría del cabildo de esta ciudad. La revolucion de 1810, no obstante su poca edad, hizo vibrar en su corazon la cuerda de la libertad i del patriotismo, i cuando los españoles volvieron a apoderarse del pais el año 14, el jóven Gandarillas prefirió como tantos otros patriotas, las privaciones i las miserias del destierro, a someterse voluntariamente al yugo de la servidumbre. Emigrado en Mendoza, no se abandonó al destino, pues que felizmente dotado de una capacidad admirable para la industria, halló en ella siempre medios honestos e independientes para proporcionarse su subsistencia. Gracias a esta propension natural habia logrado iniciarse en el arte de la relojería, i deshaciéndose en Mendoza de una heramienta completa que para ejercer esta profesion poseia, pudo transportarse a Buenos-Aires, donde se trabajaba por organizar la espedicion libertadora. No deja de ser esto un hecho notable en un hombre educado bajo la influencia de

las preocupaciones españolas, que tan adversas eran al ejercicio de una útil industria, tenida por deshonrosa i como indigna del hombre noble. Gandarillas no bien hubo llegado a la ciudad de Buenos-Aires, cuando estableció, ayudado con capitales por varios otros emigrados chilenos, una fábrica de naipes i una imprenta, en cuyos dos establecimientos pudo proporcionarse medios abundantes de subsistencia para sí i para muchos otros de sus paisanos ménos afortunados que él.

Triunfo glorioso de la industria sobre las viejas preocupaciones españolas, que conservan hasta hoi su mortífero influjo sobre nosotros. Es, sin embargo, un bien esprimido de entre el conjunto de males de la emigracion, el de despertar el ánimo de los que sufren este azote, i dar al esfuerzo individual toda la espansion de que es susceptible. Los hombres que han nacido i permanecen siempre a la orilla de la corriente de bienestar que fluye de la fortuna de sus padres, si no conocen la sed de la necesidad, no saben tampoco cómo satisfacerla cuando los vaivenes de las revoluciones secan la fuente, o soplando el viento de la desgracia, se ven alejados de sus cercanías i echados en tierra desierta para ellos, sin amigos, sin parientes, sin fortuna; i no es raro ver a estos hombres que en su pais dominaban por una posicion social heredada, abatirse hasta la abyeccion i recibir favores de aquellos a quienes ántes desdeñaron. En los establecimientos de Gandarillas en Buenos Aires, hallaron muchos personajes un pan conquistado noblemente por el trabajo. Su carácter de fabricante no le estorbaba ejercer la abogacía, en virtud de un decreto del gobierno que habilitaba ante los tribunales a todos los letrados chilenos.

La batalla de Chacabuco que abrió con estrépito las puertas de la patria a todos los que a su pesar la habian abandonado, permitió volver a D. Manuel J. Gandarillas al seno de su familia; pero por desgracia en aquellos terribles tiempos no bastaba ser patriota, ni haber emigrado; era ademas preciso ser patriota adicto a la faccion dominante, i en las dos grandes divisiones de carreristas i o'higginistas, que fraccionaron desde los principios la revolucion i que tanta sangre, tantas lágrimas i tantas víctimas costaron, Gandarillas se habia enrolado en la que por entónces estaba caida. La animadversion del gobierno fijó desde su llegada sus ojos suspicaces sobre él, los esbirros del poder se encargaron de responder de sus acciones, i el destierro mismo no bastó a librarlo de las asechanzas de sus enemigos, pues que la política de las Provin-

cias Unidas se habia identificado entónces con la de Chile. Ordenes de persecucion tiradas en Santiago iban a descargar su rayo sobre la cabeza proscrita a las orillas del Plata, i los límites de la patria se habian estendido entónces en una gran circunferencia, para que los hijos desechados no pudiesen escapar a sus golpes. Vuelto Gandarillas a la condicion de espatriado, apeló para vivir a lo que ni la revolucion, ni la desgracia podian robarle, a su industria, a sus propios talentos. Llenaria de asombro hoi decir que aun en esto la política era entónces tan poderosa, que podia cerrar todas las puertas a los que habia tomado entre ojos, i atarles las manos a cuatrocientas leguas de distancia. En Buenos Aires se estorbó a D. Manuel Gandarillas abrir por segunda vez su fábrica de naipes. Establecer una imprenta, habria sido ridículo intentarlo. Se enroló, pues, para vivir entre los oficiales de una relojería, i ni aun en condicion tan humilde pudo tranquilizar a los que tenian el encargo de perseguirle. Desde el taller de relojero fué arrastrado a un fortin de la frontera de los bárbaros, donde permaneció por muchos meses preso i vijilado mui de cerca.

Fácil es imajinarse la tétrica impresion que haria sobre una alma ardiente, impetuosa i activa, la vida salvaje de la pampa, el aspecto de una naturaleza muda, la inaccion de un presidio, la falta de comunicacion con sus amigos, la soledad, la reconcentracion forzada, la contemplacion de la injusticia de los que tanto ahinco mostraban en perseguirle. Cansado de esperar i de sufrir, se fugó de la prision i ganó a bordo de la fragata inglesa *Mercurio* que venia a Chile, a donde Gandarillas queria volver, aunque la persecucion saliese a recibirlo a los puertos de su patria. ¡Son tan amargos los sinsabores causados por los estraños! Pero aun no habia rebalsado para él la copa de la desgracia. Una horrorosa borrasca estuvo a punto de sumerjir la nave en el Cabo de Hornos, la cual tuvo que volver de arribada a reparar sus averías a las islas Malvinas. Allí se encontraron con la fragata francesa *Urania* que habia naufragado, despues de haber terminado un viaje de descubierta, i el baron Tressinet, que la mandaba, compró la *Mercurio* para regresar a Francia, i dejó a Gandarillas en Montevideo, donde tuvo que hacer escala. Montevideo era entónces esclava, las fuerzas brasileras la tenian subyugada. Gandarillas podia allí encontrar los medios de vivir, i acaso los de labrarse una fortuna grande; pero ¿qué vale la fortuna comprada a precio de renunciar a

la libertad, al porvenir de la patria, para las almas ardientes a quienes la persecucion i la injusticia de sus propios conciudadanos, léjos de entibiar, exaltan?

Porque la persecucion no se ase con ahinco sino de aquellos que saben merecerla i provocarla. La independencia del espíritu, la enerjía del carácter, el patriotismo mismo que nos hace indeferentes al bienestar e inspira la idea de una mision, de una tarea que en la patria está confiada, hace difíciles, sospechosos e intolerantes, a estos caractéres arrojados por la Providencia en el seno de las sociedades, para removerlas, trastornarlas i rejenerarlas. Gandarillas vejetaba en Montevideo cual planta arrancada del suelo natal i arrastrada por las aguas a climas impropicios i lejanos; los dias pesaban sobre él i los años traian un nuevo recargo de sufrimiento i de desconsuelo. Al fin los acontecimientos del Perú cambiaron la faz de la política de Chile, el año 23; la rueda revolucionaria habia trastornado las posiciones respectivas de los partidos, i la cualidad de perseguido por la administracion que caia, servia de título a la consideracion de la que se elevaba. En 1824 volvió el señor Gandarillas a ver las suspiradas playas de su patria, libre ya del enojoso cuidado de precaverse contra enemigos poderosos, satisfecho de ver ante sus ojos abierto un campo de accion para sus talentos i sus principios. El foro le ofreció desde luego no pocas palmas. El gobierno le nombró defensor de las temporalidades de regulares, que por entónces habian sido incorporadas al fisco, i poco despues fué llamado al ministerio de hacienda, desde donde pasó al del interior, hasta que el movimiento revolucionario de 1826 lo hizo retirarse a la vida privada i al ejercicio de su profesion de letrado, sin que por eso dejase de influir en los negocios públicos i en la mejora i progresos de su pais, tomando parte mui activa en la redaccion de varios periódicos sucesivos.

Mas aun no habia llegado el momento propicio para que Gandarillas asumiese el rol que le estaba deparado. Ya se habia hecho conocer como un patriota acalorado, i habia hecho su aprendizaje en la carrera de escritor público. La guerra de la independencia habia sido terminada, i en toda la estension del continente americano habia cesado el terrible batallar de los precedentes quince años. Cada una de las secciones americanas, libre ya de la perturbacion de los combates, habia descansado, despues de la refriega, lo bastante para consagrarse a la obra de la organizacion social. Las pren-

sas americanas se ajitaban con la discusion de las bases de los diversos proyectos de constituciones que debian rejir i asegurar los futuros destinos de cada pais; por todas partes se convocaban congresos, i el murmullo de los debates de las asambleas lejislativas llegaba a los oidos de todos lados. Chile tomó en este movimiento jeneral la parte que le correspondia; pero pronto en Chile, como en los demas estados, se tocaron dificultades que en la impericia de los pueblos i en el ardor de la lucha, no se habian calculado. La revolucion estaba terminada, el camino todo estaba andado, pero al llegar a la deseada meta, las señales se perdian, i no habiendo ido adelante nadie, no habia huellas que seguir, no habia antecedentes que consultar. La duda penetró en todos los ánimos, la sociedad se dividió en pareceres, estalló la division, i no habiendo autoridad establecida ni tradicion que seguir, nadie cedia de su opinion individual, i por todas partes asomaron los síntomas de la lucha intestina que debia ensangrentar la América, que ha amilanado a tantos espíritus cobardes, que se ha trasformado horriblemente en sus desvíos en algunas partes, i que ha hecho nacer dudas sobre la posibilidad de organizar la república que habian soñado nuestros padres.

Algunos espíritus medrosos quisieran que no se toque el polvo que empieza a acumularse sobre los aciagos acontecimientos de la lucha de los partidos que ha precedido a la calma presente, por temor sin duda de avivar algunas chispas mal estinguidas del pasado incendio, cuidadosos de no interrumpir el sueño que empieza a cerrar los ojos a algunas pasiones rencorosas. ¡Temor infundado! El medio de deshacer las prevenciones que aun existen, es esplicar las causas que las excitaron, como es el medio seguro de disipar los terrores supersticiosos de espectros, acercarse a los objetos mal comprendidos que alucinan a la multitud Acerquémonos, pues, sin temor a estos fantasmas que a la distancia inspiran tantas animadverciones, que cuando hayamos llegado a sus cercanías, veremos objetos naturales, desfigurados no mas por la ilusion de los sentidos. El mal estará, si hai alguno, en que el que se atreva primero a acercarse a ellos con paso firme, no sepa lo bastante para dar soluciones satisfactorias, a la manera de aquel que viendo vagar una luz siniestra en medio de las tinieblas de la noche, protestara contra la creencia supersticiosa que la considera como una vision sobrenatural, pero no supiera esplicar las causas naturales que producen los fuegos fatuos. Probemos.

La revolucion de la independencia despejó el suelo de la América de las cadenas que la España habia arrojado sobre ella; un hecho destruyó otro hecho; poco mas hizo la revolucion. Ahora se trataba de formar el nuevo gobierno, la nueva carta que debia echar los cimientos del edificio social; pero nadie estaba de acuerdo sobre este punto, ni podia ni debia estarlo tampoco. ¿Se trataba de asegurar la libertad de cada uno, de fijar los deberes i los derechos del ciudadano? Nada mas sencillo al parecer, nada mas claro. ¿Pero cuál era el tipo que iba a imitarse, cuál era la teoría que iba a reducirse a la práctica? Veámoslo; porque esto no solo importa para esplicar el pasado, sino que será útil para darse razon del presente, i acaso para conjeturar el porvenir.

Los hombres de pensamiento querrian realizar sin modificacion i sin miramientos las ideas que el siglo habia derramado en todo el mundo. Rousseau, Raynal, eran los maestros. Pero la revolucion francesa obrada por esas mismas teorías, ha probado que aquellas abstracciones no podian servir de guia para formar la constitucion de un estado. Los maestros estaban tristemente engañados ¿qué harian los discípulos?

¿Se queria imitar la democracia norte americana? Por toda contestacion diremos que aun hoi la mayor parte de nuestros políticos tiene nociones mui vagas sobre ella; en una palabra, no la comprenden, o mas bien no la sienten. La jeneralidad no tiene ideas ningunas sobre la materia, i nuestras costumbres sociales son el reverso de las de los pueblos del norte. ¿Se consultaba la tradicion? pero la tradicion en las leyes i costumbres era totalmente hostil a todas las nuevas ideas; la tradicion traia aparejada obediencia pasiva para los gobernados, poder sin límites para los gobernantes, intolerancia para todos, negacion de todo derecho primitivo, distincion de clases, apego en fin a todo lo que era retrógrado, porque eso era lo que estaba encarnado en los hábitos i en la conciencia pública.

Se trató de formar la constitucion que habia de rejir el pais, i la lucha principió por todos los puntos; la sociedad se dividió, se agrupó en partidos. Los unos querian la libertad constitucional, i la realizaban, sin adoptar temperamentos, por medio de constituciones *liberales* que reconocian libertades i derechos mal definidos que en la práctica eran irrealizables; los otros pedian tambien una constitucion, pero querian que se conservasen todos los hechos que habian sobrevivido a la revolucion. Se queria la libertad i las jerarquías,

la libertad i la intolerancia, la libertad i el poder absoluto, la libertad, en fin, i la negacion de toda libertad.

Habia, pues, anarquía en el objeto, en los medios, en los intereses, en las ideas. ¿Quiénes iban estraviados? ¿Quiénes llevaban razon? A nuestro juicio unos i otros en ambas cosas, segun el punto de donde cada uno partia. I esta anarquía digámoslo de paso, existe aun, i existirá miéntras la esperiencia no haya dado sus severas i costosas lecciones. Lo que es peor aun, es que no tenemos un solo modelo en el mundo que imitar, porque esta cuestion está viva en todas partes, i los hechos consumados no han dado hasta ahora una solucion completa. ¿Qué hai en Francia sobre la lei electoral, por ejemplo, que es la base de los gobiernos representativos? Anarquía de intereses e ideas. ¿Qué hai en Inglaterra i en España? Anarquía. ¿Qué hai actualmente en Chile? Anarquía.

La lucha de los partidos el año 29, era, pues, una consecuencia de los antecedentes que hemos apuntado, fatalmente necesaria, i a mas de necesaria útil, porque estas grandes cuestiones que discuten las ideas i los intereses que han de establecerse, i con ellos los hechos i los hombres que los representan, rara vez pueden resolverse sin que la espada venga a cortar bruscamente el nudo gordiano. Hemos entrado en estas investigaciones para trazar el cuadro en que estuvo colocado D. Manuel J. Gandarillas, porque en esta lucha sobre la organizacion, se le vió desplegar todas las fuerzas de su jenio, la enerjía de su carácter, i todos los resortes de su talento. Gandarillas tomó parte activa en la cuestion que dividia los ánimos; hizo mas todavía, se hizo el órgano de un partido, de aquel que a la marcha desembozadamente *liberal* del gobierno del jeneral Pinto, oponia las resistencias de las masas, las ideas dominantes, las preocupaciones, i los errores de la época; porque muchos hombres en el fondo liberales disentian de la marcha política adoptada. Gandarillas se lanzó en la lucha redactando el *Sufragante*, i colaborando en el *Hambriento.* Los dardos de la sátira, el razonamiento, el ridículo, el apodo, las personalidades mas amargas, los reproches mas severos, una lójica fulminante, un calor en la discusion que prendia fuego a todo lo que tocaba, tales fueron las terribles armas que blandió en sus escritos; verdaderos arietes revolucionarios que estaban golpeando periódicamente sobre el edificio social, para derrumbarlo, verdaderas bombas, que iban a reventar a los piés del gobierno establecido, i echar

por todas partes la confusion, el desórden i la alarma. Su espíritu templado en el yunque de las pasadas persecuciones, i su carácter acerado por la desgracia, lo constituian un terrible instrumento de ataque; i como escritor, pocos son los que han descollado en Chile que hayan penetrado mas adentro en las simpatías populares, ni hayan tenido mayor influencia en los acontecimientos de su pais. Sabia encarnar sus opiniones en el animo de los que necesitan ayuda ajena para adoptar una; sacudia la inaccion, sublevaba pasiones i producia hechos. Era en una palabra el tipo del escritor revolucionario, i en el *Sufragante* fué él quien mas pábulo dió a la contienda, por su lenguaje impetuoso, apasionado, por su actividad asombrosa; siempre alerta, hiriendo siempre, repitiendo sin cesar sus golpes, hasta desalentar i desconcertar a sus adversarios políticos, hasta dejar suficientemente desgajado el árbol robusto para que mejor penetrase en su tronco el hacha revolucionaria. Porque en las grandes crísis sociales, las deliberaciones de los cuerpos colejiados, i la envenenada polémica de la prensa, son solo el jemido de los vientos que preludian con siniestro acento la próxima borrasca. La revolucion aparece luego en varios puntos del horizonte; los gritos de la tribuna cesan, el fragor de los combates comienza, i los que ántes estaban divididos en dos facciones, opuestas en pareceres, se cambian en perseguidores i perseguidos, en verdugos i víctimas, segun el lado de donde sopla el viento de la victoria. ¡Ai entónces de los vencidos! ¡Solo para los cóbardes, para los ineptos, para los que no abrazan sus opiniones con calor, hai salvacion!

La revolucion de 1829, que sacudió la república por sus cimientos, trajo por fin la calma con el triunfo de uno de los partidos contendientes, i los vencedores se ocuparon desde luego, despejado ya el campo de toda oposision, de organizar el pais a su modo, segun las ideas, preocupaciones, errores e intereses que habian opuesto tantas resistencias a las ideas, preocupaciones, errores e intereses de los vencidos. Don Manuel J. Gandarillas tomó, como era natural, una parte mui activa en esta tarea. Por largos años ocupó un asiento en las cámaras lejislativas; trabajó en la constitucion de 33 que aun rije; por cerca de diez años desempeñó la majistratura en la Corte Suprema; cinco permaneció en el cargo del auditor jeneral del ejército, i tuvo otros tantos la direccion de la Academia de práctica forense.

Como escritor todavía se encargó de la redaccion del *Arau-*

cano, i despues del *Filopolita*, en ambos de los cuales trató con maestría los asuntos que mas preocupaban la atencion pública, ocupándose en el primero de afianzar el nuevo órden de cosas i el gobierno a cuya cabeza se hallaba el jeneral Prieto. Pero apesar de que sus escritos no carecieron nunca de interes por las ideas que emitia i correccion del lenguaje en que estaban vertidas, no poseia en estos últimos tiempos la animacion i el poder del *Sufragante* i el *Hambriento*. Su tarea era esplicar al gobierno, justificarlo, i desvanecer los cargos de sus enemigos; i su pluma no era un escudo, era una saeta, no tan útil para la defensa como era eficaz para el ataque. El órden habia renacido, i poco a poco a las vias de hecho se sucedian las vias constitucionales; i no habiendo ya enemigos con quienes combatir, al fin arrojó la pluma como un instrumento inútil, alejándose en seguida de la vida pública, desde que se hubo consolidado el gobierno en cuyo establecimiento habia trabajado tanto.

En estos últimos tiempos su nombre desaparece del todo de la escena política, la vida privada lo envuelve en un velo, cuyos estremos solo levantaban de cuando en cuando sus amigos íntimos, hasta que al fin la muerte viene a estinguir esta llama, medio apagada por la larga enfermedad que le precedió.

De su carácter personal se habla jeneralmente con elojio. A una honradez nunca desmentida, i a otras buenas cualidades que lo distinguian, reunia una que no es comun en la jeneralidad de los hombres, al ménos en el grado que él la poseyó. Hablamos del respeto i amor que profesaba a su anciana madre, con quien conservó hasta la edad madura la misma sumision, el mismo cariño de la infancia. Vivia para su madre, i sus menores deseos, eran cumplidos i acatados, como órdenes que no era permitido desoir. Muchos pormenores hemos oido sobre esta singular exaltacion de amor filial, pudiendo decirse que era un vástago que habia echado raices en la tierra sin separarse sin embargo del tronco de donde habia salido. Al aproximarse sus últimos momentos, todavía obedeció a un mandato que le imponia el cumplimiento de una cristiana obligacion.

Los periódicos en que escribió son: el *Sufragante*, la segunda *Aurora*, la *Gaceta de Chile*, el *Hambriento*, el *Araucano* i el *Filopolita*. Ha muerto a los 53 años de su edad, de una hemorrajia intestinal, que acaso era hereditaria, i cuya estagnacion produjo sin duda la muerte.

EL PRESBÍTERO

DON JOSÉ MANUEL IRARRÁZAVAL

(*Progreso* de 28 de marzo de 1844)

Sucede con las necrolojías en los diarios i en las oraciones fúnebres, lo que con los epitafios en los sepulcros. Id, os ruego, al cementerio en una apacible tarde de otoño, recorred sus monótonas i uniformes calles de lápidas; internaos en los bosquecillos de rosales i sauces llorones que a cada soplo lijero de la brisa derraman puñados de hojas marchitas sobre los mausoleos i urnas cinerarias que esconden, cual si quisieran recordar a los restos cuya nada aun engalanan, que cada momento que pasa, cada sacudimiento de la vida arranca del corazon de los que le sobreviven, una hoja de su memoria, hasta que el invierno del olvido consume i deseca las últimas reminiscencias. Echad una mirada por la lista de nombres que a cada paso que dais, atraen a uno i a otro lado la atencion. Tened la paciencia, os ruego, de leer una a una las palabras de encomio que los acompañan, la enumeracion de las virtudes del finado, las muestras inequívocas de la piedad de los deudos. ¿Dónde pues, yacen, exclamareis, los padres desapiadados, los desnaturalizados hijos, puesto que aquí solo están los que segun sus epitafios, fueron modelos de virtud o de piedad filial? ¿Dónde se esconden los restos de majistrados prevaricadores, del sacerdote indigno, del poderoso opresor? Fueron, por ventura, las jeneraciones que hallamos bajo las plantas, mas virtuosas, mas humanas, o ménos corrompidas que la presente? ¿Tanto hemos dejenerado de ayer a hoi? I estas voces heladas i sin eco que, adonde quiera que fijeis la vista, os están diciendo: "Aquí yace" .... un dechado de virtudes, aquí un buen padre, no pudieran ser sofocadas por otra potente, exasperada, que se arranca del fondo del corazon del espectador, por un grito de la conciencia que dice: "Aquí solo yace la verdad que bajo tanta mentirosa inscripcion está escondida!

1. Falleció en Santiago el 22 de marzo de 1844. *El E.*

"La verdad! la realidad, el hombre, la sociedad, mezcla informe de virtudes i vicios; de grandeza i mezquindad; de tarde en tarde una perfeccion moral; de vez en cuando una monstruosidad del crímen, por lo demas, la vulgaridad bajo todas sus faces. A fuerza de oir encomios i alabanzas prodigadas sin tasa a la memoria de los muertos, por solo el mérito de haber dejado de existir, se siente uno inclinado a medir con la misma medida de escepticismo, aquellas que se prodigan a la virtud ejemplar i austera de los esclarecidos varones que de tiempo en tiempo descuellan en la sociedad, como fanales luminosos que alumbran la parda noche de la vida colectiva de los pueblos. El mismo lujo de epítetos laudatorios cubre al relevante mérito i mediocridad afortunada. ¿Se quiere decir que hubo un modelo digno de ofrecer a la imitacion de los que le sobreviven, un reflejo de las virtudes celestes? Ai! que eso mismo se ha repetido cien veces con motivos ménos dignos; i las flores derramadas sobre la tumba de los que dejan la vida, solo prueban que la naturaleza ha sido pródiga de sus dones, i que cada cual tiene el derecho de cojerlos.

Pero hai, por fortuna, ciertos nombres que se abren paso por medio de la nube de incienso que de todas partes se levanta para encubrir con su espesura las pequeñeces humanas; nombres que desdeñarian los encomios, porque ellos mismos lo fueron para los que tuvieron la dicha de llevarlos; nombres de que un pueblo se envanece apropiándoselos; nombres, en fin, quo se perpetuan burlando a la muerte i al tiempo; cuyas guadañas se embotan al tocarlos.

A esta categoría pertenece el del ilustre sacerdote cuya vida nos proponemos, ménos que seguir en toda su laboriosa carrera, caracterizar por medio de lijeros rasgos. El presbítero Irarrázaval, ha llamado la atencion del público, su memoria está tan íntimamente grabada en el corazon de sus contemporáneos, i se liga tan inmediatamente a todos nuestros recuerdos, que nos parece materia digna de ocuparnos el esplicar, si es posible, esta vida consagrada al servicio público de una manera casi escepcional, i las peculiaridades que distinguieron al hombre, cuya palabra resuena aun en el oido de millares que se alimentaron de ella durante una larga série de años. El presbítero Irarrázaval es algo mas que un sacerdote piadoso, un hombre caritativo i ejemplar, es un hombre público, uno de esos hombres de accion que ejercen una grande influencia sobre su época, i dejan profundas huellas en el terreno que les cupo atravesar.

José Manuel Irarrázaval nació el 27 de Julio de 1788. Sus primeros años se deslizan silenciosos en una hacienda de campo, en la vecindad de Illapel, al lado de su padre el entónces marquez de Irarrázaval. Esta vida campestre en que recibe sus primeras sensaciones, i la intimidad doméstica con uno de aquellos personajes que representaban entre nosotros la antigua nobleza española, trae voluntariamente a la memoria las costumbre severas de la época que nos ha precedido, los sentimientos jenerosos que estamos habituados a atribuir a los hidalgos, la vida solariega de los señores feudales, i aquel temple de carácter que, a medida que nos civilizamos, pierde de su resistencia e inflexibilidad.

Se ha observado ya que las provincias apartadas de los grandes focos de civilizacion, producen con frecuencia esas voluntades enérjicas que saben abrirse paso por sobre las resistencias, que adoptando una línea de conducta, la siguen sin desviarse ni a derecha ni a izquierda; espíritus fuertes que piensan de un modo que les es propio i que espanta o repugna a los que han seguido toda la tramitacion ordinaria de la cultura, corazones enseñados a sentir por el espectáculo diario de una naturaleza vírjen, que les hace mirar con desden todos los vanos aparatos, todos los frájiles andamios de que se complace en rodearse una sociedad frívola i decrépita. Chateaubriand, La Mennais........

Estos dos hombres que han removido tan fuertemente los espíritus, salieron del fondo de la Bretaña, endurecidos con la vida i el espectáculo de la naturaleza. ¿Seria temeridad atribuir a la influencia que debieron ejercer sobre el ánimo del presbítero Irarrázaval, estos primeros años pasados en el campo, en contacto con el tosco pueblo de la comarca, presenciando su miseria de espíritu i de cuerpo, deplorando en silencio sus vicios i su ignorancia, aquella especie de vocacion que lo ha arrastrado a recorrer las provincias i los departamento rurales, para llevar a los hombres groseros del campo el pasto abundante de su predicacion, i sus socorros i larguezas que con mano tan pródiga derramaba por todas partes? ¿Tendria otro oríjen su menosprecio por las dignidades con que tantas veces quisieron condecorarlo, como si temiera que echasen sobre él un peso incómodo que cortase la movilidad que su simple i modesto título de presbítero le conservaba? ¿Adonde, si no es al hogar doméstico, a los sentimientos caballerosos de una edad que ya ha pasado, ocurriríamos para hallar el oríjen de esa largueza con que ha prodigado siempre

los dones de la fortuna, de ese desprendimiento que le hacia menesteroso en medio de las riquezas? Lo que podemos asentar como cierto, es que las inclinaciones del corazon i las dotes del alma preceden a la educacion adquirida, i que la vida entera del hombre se diseña en la infancia, a la manera de las plantas que ya viven en el jérmen que les sirve de feto.

El presbítero Irarrázaval principió a educarse al salir de la pubertad, i el grado de bachiller parece que dejó satisfechas todas sus aspiraciones, pues que sus estudios en filosofía i teolojía fueron rápidos i aventajados, habiendo llamado la atencion de sus catedráticos por la claridad de su intelijencia i su asídua aplicacion.

Aun ántes de recibir las órdenes sagradas, lo que no ocurrió hasta el año 1803, ya empezaba por crearse un teatro en donde abandonarse mas tarde al instinto que lo impulsaba a consagrar su vida a la prédica doctrinal, con el objeto de mejorar la moralidad de la jente del pueblo. La casa de ejercicios de Valparaiso fué fundada por él i a sus propias espensas.

Una amistad de colejio, una de aquellas íntimas uniones que la uniformidad, ya sea de caractéres, de ideas o inclinaciones, hace formar en los primeros años de la vida, i que suelen a veces atravesar todo el resto de ella, sin entibiarse ni perder nada de la ardorosa adhesion de los corazones jóvenes, le asoció desde mui temprano a otro piadoso sacerdote, cuyas dignidades no envidió, resistiéndose, por el contrario, a aceptar aquellas que estaba en su mano dispensarle. Hablamos del arzobispo Vicuña de piadosa memoria, de cuyos trabajos en las numerosas misiones que ambos emprendieron juntos, fué el alma el presbítero Irarrázaval, pues que él se encargaba siempre de la predicacion, que consideraba como su propiedad, su parte obligada. Los alrededores de Santiago, las provincias de Aconcagua i Coquimbo, los cortijos i pueblecillos de la costa, han sido largos años testigos beneficiados de estas correrías de los dos dignos amigos, que se prestaban mutua ayuda para prodigar beneficios a los campecinos, i hacer sentir la benéfica influencia de la relijion para la moralizacion de las costumbres, i la enseñanza del pueblo.

Pero nada ha acarreado al presbítero Irarrázaval mayor prestijio ni popularidad que sus predicaciones en el recinto de la capital, en esta grande congregacion de hombres, entre cuya inmensa multitud se aposenta mayor número de llagas

morales que las que pueden esponer a la inspeccion de las miradas del médico los sencillos habitantes de las campañas. Aquí se diseña ya con sus colores propios el hombre, el orador, el pastor; aquí toma un carácter que lo distingue de los demas sacerdotes i que nos parece referirse a los antecedentes de los primeros dias de su vida. El hijo de una casa que perteneció a la antigua aristocracia, el descendiente de los marqueses de Irarrázaval, se constituye en orador de la plebe; la alta sociedad no le interesa; cuando mas desde su cátedra establecida en San Lázaro, a la vista de la vejetacion de la próxima alameda que le recuerda acaso sus años juveniles, sus correrías campestres, rodeado de una inmensa muchedumbre plebeya, le dirijirá algunas burlas sobre sus vicios dorados, su lujo i sus disipaciones. Gusta de las grades masas de pueblo por auditorio, el espacio despejado i abierto por teatro, el estrellado i límpido cielo por docel. Desde aquella eminencia que él ha levantado a su dignidad de presbítero, hace caer a torrentes sobre el jentío atraido por su nombre, los dardos de una elocuencia cáustica, acerada, vengadora. La palabra que amonesta, la palabra que corrije, desciende llena de puas que hieren por todas partes la conciencia embotada del pueblo. Su lenguaje entónces abandona como impotente toda la fraseolojía mística del púlpito. Sus imájenes, sus locuciones son copiadas del idioma mismo de los que le escuchan; el oido de las jentes cultas se sentirá herido al oir la pintura de las debilidades plebeyas; de los desórdenes del vulgo; de sus pecados groseros; le vituperarán las sales rústicas que emplea para ridiculizar el vicio i hacerlo detestable, sus alusiones amargas i llenas de desden, a la molicie de los ricos, a su depravaciones aristocráticas i cultas; pero a merced de aquel lenguaje, de aquellas pinturas exajeradas i de estas sales amargas, logra mover su tosco auditorio, i desviarlo del terreno cenagoso en que se descarria; su palabra, pues, no cae en vano como el rocío sobre la tierra sin vejetacion; el arma con que combate está templada en relacion a la resistencia que encuentra i al material que elabora. La predicacion del presbítero Irarrázaval no ha sido infecunda, gracias a este lenguaje estudiado, i el epíteto de *Apóstol del pueblo* le será conservado por la gratitud nacional.

La muerte ha venido a sorprenderle en la época misma que era el teatro de sus afanes i de sus trabajos. Una voz se ha estinguido, la mas poderosa, la mas infatigable; una cátedra está desierta; un concurso disipado. La cuaresma de este

año tiene una mision ménos; un vacío que nadie llenará tan pronto.

Sus últimos momentos han sido dignos de su laboriosa vida; i es lástima que la muerte haya venido a sofocar en su jérmen una nueva manifestacion de la pasion que lo dominaba por la mejora moral de las masas. El presbítero Irarrázaval empezaba a participar del movimiento jeneral de nuestra época por la educacion pública. El espectáculo diario de las miserias populares, habíanle hecho sentir que la predicacion es impotente por lo comun; que es un paliativo i no un remedio; que cae sobre caractéres ya viciados, i que no alcanza su eficacia a enderezarlos completamente; que la educacion que forma la intelijencia i el corazon, previene contra el vicio; i que la predicacion se empeña en destruirlo cuando ya se ha manifestado. Al señor ministro Irarrázaval que le asistia en sus últimos momentos, recomendaba con voz apénas intelijible la ejecucion de sus disposiciones para fundar una escuela en Renca, para cuyo objeto dejaba los fondos necesarios.

Poco tenemos que añadir a lo que precede sino es algo que bastará a caracterizarlo. Los gobiernos de O'Higgins i Pinto, le ofrecieron en vano una canonjía; la mitra de obispo de Coquimbo fué por él desechada durante la administracion Prieto; i en la presente le llenaba de zozobra, i de alarmas, el rumor público que le designaba como candidato al arzobispado. Estaba mui bien hallado con su carácter de presbítero; i cierto que habia sabido elevarlo a un rango tan alto, que las dignidades de la iglesia no habrian logrado darle mas realce. Su manera de hacer limosna era para borrar de un solo golpe hasta el recuerdo de la pasada penuria. Poco ántes de su muerte ha dado a una familia que sufria i a quien no le ligaba ningun jénero de antecedentes, la cantidad de doce mil pesos para remediar sus urjencias. Este hecho escusa detenerse sobre otros de ménos importancia, pero que participan de esta munificencia.

El presbítero Irarrázaval ha muerto a los sesenta i seis años de su edad i cuando su semblante prometia mayor duracion a su existencia. Era alto de estatura, bien formado, aunque enjuto; i su carácter alegre i jenio festivo le hacian sobrellevar sin trabajo las privaciones que se imponia i las duras tareas a que se entregaba. Los que le han tratado de cerca pierden un amigo sincero, un compañero agradable, i todos un ciudadano ilustre, i un sacerdote ejemplar.

D. JOSÉ MIGUEL INFANTE

REDACTOR DEL "VALDIVIANO FEDERAL".

(*Progreso* del 26 de abril de 1844.)

El autor no existe esclama el editor del último número de aquel periódico singular por sus ideas, su duracion i sus tendencias. La prensa periódica tiene tambien sus obras póstumas; su palabra viva despues que la muerte ha puesto su sello de mármol sobre la boca de donde emanó.

El último número del *Valdiviano* ha sido consecuente a las ideas que preocuparon a su autor durante toda su vida; la España, la federacion, las ideas relijiosas como instrumento del poder. A combatir la influencia tradicional de la primera, inculcar la conveniencia de la segunda, i contrariar la tercera, dedicó el *Valdiviano* durante diez i siete años consecutivos toda la imperturbable fuerza de un raciocinio, que en nada pudieron modificar las diversas vicisitudes de la política, el cambio de interes que ellas traian, ni los hechos que estableciéndose i afirmándose, modifican necesariamente las ideas i aun los sentimientos de los pueblos. Es el *Valdiviano Federal* una manifestacion auténtica de lo que puede la educacion sobre las ideas, que amoldadas una vez bajo cierto tipo, los hechos vienen despues en vano a frotarse contra ellas, sin cambiar nada de sus formas; verdaderas rocas que permanecen inmóviles en medio del embate de las ondas; monumentos legados de un siglo a otro, que sobreviven a las doctrinas e intereses que los hicieron nacer.

En el *Valdiviano Federal* podríamos hacer la crítica del espíritu dominante del siglo pasado. Los hechos presentes combatidos siempre en nombre de una teoría abstracta; una forma de gobierno proclamada en despecho de toda circunstancia local, i en nombre siempre de una teoría abstracta;

1 Infante falleció en Santiago el 9 de abril de 1844; habia nacido en esta misma ciudad en 1778. Es uno de los políticos i periodistas chilenos mas singulares. El señor Sarmiento le juzgó en este último carácter, i su juicio nos parece mui exacto. *El E.*

últimamente el influjo de las ideas relijiosas, en cuanto producen hechos, combatido tambien en nombre de una teoría abstracta. La federacion fué su tema favorito durante tan larga serie de años; la federacion como manifestacion de la mayor suma de libertad que puede gozar el individuo, la familia, la ciudad, la provincia, el estado en fin; i en nombre de esta verdad, el *Valdiviano* acató a todos los caudillos populares de la República Arjentina que destruyendo todo sentimiento de libertad, tintas en sangre sus manos, establecian el despotismo mas brutal i el gobierno de uno solo sin otra lei que su voluntad. Así el *Valdiviano* abominando de corazon el despotismo, le prestaba su sancion con tal que se ejerciese en nombre de la teoría de la palabra federacion.

Así ha vivido el *Valdiviano* durante un largo período, diciendo su sentir libremente, exitando a los pueblos a cambiar de forma de gobierno, sin que sus ideas hayan encontrado ecos, i sin dejar huellas en los acontecimientos. Libertad de decir estéril para la sociedad, impotente para con el poder que combatia, porque no supo comprender su época, los nuevos intereses e ideas que habian surjido de la revolucion misma. En cambio, su pais no lo comprendió tampoco, i las verdades emitidas por el *Valdiviano* i las protestas contra los abusos, caian heladas i sin fuerza a los piés del poder que combatia, porque eran disparadas desde mui léjos; porque no estaban calculadas a la distancia inmensa de tiempo que mediaba entre las ideas del acusador i los hechos acusados.

D. JOSÉ POSIDIO ROJO

(*Progreso* de 11 de junio de 1844.)

La majistratura del pais acaba de sufrir una deplorable pérdida en el malogrado don José Posidio Rojo, juez de letras de la provincia de Aconcagua. Poco conocido este majistrado de Santiago, su existencia era cara, sin embargo, a los habitantes de aquella fraccion de la República, en la que durante diez años habia sabido ganarse las afecciones de todos, por su conducta circunspecta, sus conocimientos profesionales

como abogado, i por su rectitud intachable en el alto i espinoso destino que desempeñaba.

El señor Rojo pertenecia a una familia de la provincia de San Juan, en la República Arjentina, notable por los talentos que la distinguen, i que parecen una propiedad de familia que pasa de padres a hijos, La familia de los Rojo ha participado en una influyente escala en los acontecimientos públicos de aquellos paises, i su nombre se vé asociado a las letras, a las armas i al comercio, de un modo siempre honroso para los que lo llevan.

No nos detendremos largamente en hacer conocer los antecedentes de este hombre respetable. Habiendo hecho sus estudios de jurisprudencia en la antigua i célebre Universidad de Córdova, se incorporó a la práctica en Buenos Aires; de donde fué llamado de nuevo a Córdova, como diputado de la provincia de San Juan al Congreso Jeneral que se reunió allí en 1820, para tratar de constituir la República, i cuyas sesiones fueron interrumpidas por las revoluciones qué estallaron por todas partes, por la invasion de don José Miguel Carrera, i el motin del número 1 de los Andes, estacionado en San Juan.

Desde aquella época, Rojo permaneció en la vida privada en Buenos Aires dedicándose al comercio, hasta que el año de 1830 fué espulsado de Buenos Aires, con ciento i mas provincianos notables, por los temores que inspiraban al gobierno que se estableció despues de los tratados de don Juan Lavalle.

Vuelto a Córdova, donde residia su esposa, fué comisionado por el jeneral Paz para establecer en las provincias una grande asociacion para proveer al ejército que estaba en campaña. El pronto desenlace de la guerra civil de entónces lo trajo a Chile, donde se dedicó a su antigua profesion de abogado, incorporándose a la academia de práctica, i rindiendo los exámenes requeridos.

Desde aquella época datan los servicios rendidos al pais por el finado señor Rojo, primero en clase de abogado, despues como juez de letras interino, i últimamente en propiedad, que desempeñaba desde poco tiempo a esta parte, por no haber querido aceptar igual destino que se le ofrecia en Coquimbo, a donde parece que el gobierno queria hacer uso de la noble i simpática moderacion de su carácter, para establecer o preparar la creacion de una Corte de Justicia.

El señor Rojo habia venido a Santiago a buscar el ausilio

de los médicos contra una enfermedad del pecho que lo aquejaba de tiempo atras. Pero una inflamacion le asaltó repentinamente i lo llevó a la sepultura, no obstante la asiduidad i talentos de su médico de cabecera, el señor Ortiz, que requirió la ayuda de una junta de facultativos.

A su entierro han concurrido un gran número de deudos i amigos, entre estos muchos compañeros suyos de emigracion.

D. MANUEL RENJIFO.[1]

(*Progreso* de 3 de abril de 1845.)

Las exequias solemnes con que el Estado ha honrado ayer la memoria de uno de sus mas nobles servidores, han dejado en los ánimos una profunda sensacion. Lo mas distinguido de la capital se agrupaba ayer en torno de ese féretro que llevaba en su seno los restos de un ministro i de un padre. Esta vez, mas que otra alguna, las demostraciones oficiales del dolor público eran solo la espresion fiel del sentimiento privado.

Don Manuel Renjifo deja una de esas reputaciones pacíficas que no han envenenado los tiros de la envidia, que se asestan sin descanso sobre los hombres notables. Esta reputacion es todo el patrimonio que a su desconsolada familia deja como el fruto de una vida entera consagrada al servicio del pais, que le debe un sistema de hacienda, un crédito nacional, único en los estados americanos.

El respeto a la memoria de este ciudadano distinguido nos impone el deber de ser parcos en su encomio, cuando aun está fresca todavía la tierra que cubre sus cenizas. Mas tarde ofrecemos a nuestros lectores instruirles en los detalles de esta vida consagrada al servicio de Chile, i que desde sus principios se liga a los principales acontecimientos de la revolucion de la independencia, i a los rudos trabajos de la reorganizacion nacional. Aquí la tarea del biógrafo, si no es

1 Nació en Santiago el 31 de diciembre de 1793, murió en Talca el 16 de marzo de 1845. *El E.*

fácil, es por lo ménos noble, grata i eminentemente útil. Hai un sistema encarnado en un hombre, i este sistema, léjos de ser como tantos otros, una lucubracion del pensador economista, es una realidad compuesta de una larga serie de hechos, i cuyos desenvolvimientos se palpan aun.

El finado ministro ha tomado en el drama de la política, durante una larga serie de años, diversos papeles que nos proponemos examinar. Escritor orijinal i satírico, orador tranquilo i lleno de lójica, economista práctico i probo, todas estas manifestaciones diversas del individuo, merecen sin duda atraer la atencion del público, i ser pasadas por una vez en revista.

Los talentos i la integridad del finado ministro de hacienda han dejado llenas las arcas del tesoro; las suyas, empero, estaban exaustas, i sin la proteccion de sus deudos, su familia, aun no bien enjugadas las lágrimas que le arranca el dolor de su pérdida, podria continuar derramándolas por las angustias de la necesidad i la miseria. ¡Triste, pero elocuente elojio de un ministro de hacienda que ha manejado millones, i hecho con un simple aviso suyo, pasar en Lóndres miles de unas manos a otras en las alternativas de la alta i baja de la bolsa!

DON JOSÉ DOLORES BUSTOS

(*Crónica* de 11 de marzo de 1849)

La educacion primaria en Chile acaba de hacer una irreparable pérdida con la muerte de don José Dolores Bustos, alúmno de la Escuela Normal i visitador jeneral de escuelas. Este triste acontecimiento ha tenido lugar en Concepcion, miéntras que el malogrado Bustos desempeñaba su mision con la asiduidad que era uno de sus rasgos distintivos. Una carta del señor don Antonio Varas, visitador judicial, anuncia el suceso en estos términos: "Escribo a U. para darle una mala noticia. Bustos ha fallecido hace dos dias, de un ataque violento, en que sin duda ha tenido la principal parte el jénero de trabajo que le imponia su mision. Al principio se creyó que se habia roto una arteria, pero el facultativo que

lo ha asistido hasta el fin, cree que un depósito de sangre formado poco a poco ha buscado salida, i causado el ataque de que Bustos ha muerto.»

En otra carta el señor Varas se muestra profundamente afectado por esta pérdida, que atribuye esclusivamente a la fiebre causada por la ajitacion i el trabajo.

Bustos, el visitador de escuelas salido de la Escuela Normal, pertenecia a aquella escasa porcion de seres que nacen dotados de cualidades superiores, que desde niños se sienten hombres, i para quienes no hai injusticia de la suerte de que no apelen a su propia enerjía para repararla. La muerte ha venido a causar una desgracia irreparable para su familia, una pérdida para el Estado, i ademas a interrumpir inconsideradamente una obra de paciencia i de trabajo, cuya grandeza no habria sido apreciada, sino cuando, a la vuelta de los años, se hubiese presentado a las miradas del público, terminada. Los pocos amigos que seguian con la vista este trabajo de constancia, de sufrimiento, de intencion fija, esperaban un dia ver al jóven Bustos llegar a los mas altos puestos de la profesion que habia deliberadamente abrazado; la muerte, empero, los ha dejado burlados, i apénas pueden en obsequio de su memoria, mostrar la trama de aquella tela inacabada.

Don José Dolores Bustos era ahora doce años un niño que habia sido puesto en las aulas del convento de San Francisco, para que recojiese algunas migajas de la educacion que la caridad cristiana derrama aun a las puertas en aquellos claustros que en otro tiempo fueron el semillero de la ciencia. Bustos no tenia padre, ni madre, ni deudos; era un niño que apénas sabia de sí mismo lo único que le interesaba saber, cual era el que estaba solo en la tierra; i desde aquella edad la irreflexion de la niñez, la disipacion de espíritu, el placer frívolo que arrastra a todos los de su edad, lo hallaron humilde, pensativo, trazándose un plan para llegar a ser hombre, i devorando en silencio las privaciones anexas a su abandono. Bustos habia aprendido entre tanto perfectamente el latin, escribia bien, leia con facilidad todo lo que encontraba, i se sentia llamado a no se qué, pero que no era la vida monástica. Mas tarde pasó a Santo Domingo, despues a la Recoleta Francisca, en todas partes aceptando el hábito como beca de los estudios, i cuando los oficiosos reclusos, viendo su contraccion i moralidad, le ofrecieron enrolarlo en las filas del sacerdocio, lo rehusó decididamente.

Entónces salió del convento, i ante todo la necesidad de

vivir fué la punta aguda con que la sociedad lo recibió. Fué como tantos otros, escribiente de abogados, profesor de latin, de escritura, de algo en los colejios i escuelas. El señor don Agustin Palma, aficionándose de dia en dia a este jóven por su capacidad i su circunspeccion, apénas posible en su edad, le pagó primero veinte pesos, despues veinticinco, i últimamente treinta al mes.

Su subsistencia estaba asegurada, i el sentimiento de su propia dignidad satisfecho con la distincion del señor Palma; i sin embargo, un dia vino a anunciarle que se habia enrolado como alumno de la Escuela Normal, ganando media onza mensual! Pero aquella nueva carrera lo halagaba porque tenia un ancho horizonte, esperanzas, porvenir, que podrian conquistarse a fuerza de abnegacion i de estudio. El señor Palma le ofreció cuarenta pesos i abonarle por él los gastos hechos en la Escuela Normal. Cuando fué destinado a la escuela de San Fernando, este protector fué todavía a ofrecerle tres onzas mensuales, en lugar de los veinticinco pesos que constituian su honorario; pero Bustos habia comprendido su vocacion i abrazádola deliberadamente, contaba con sus fuerzas i aguardaba el tiempo.

Alumno de la Escuela Normal, no tardó en distinguirse, en ser el primero de todos. Comprendia rápidamente, razonaba la materia de los estudios, i sus discípulos, muchos de ellos mui aventajados, sintieron desde luego que era aquella una naturaleza privilejiada, creada para tomar la delantera.

Bustos concluyó sus estudios, i siguiendo el consejo del director de la Escuela Normal, se dedicó al frances, como medio de adquirir conocimientos en su profesion; i como una muestra de la tenacidad de aquella voluntad, baste decir que no recibió sino tres lecciones de frances, i con solo ellas presentó un libro traducido dos meses despues.

Antes de terminarse los estudios, don José Dolores Bustos fué destinado a San Fernando. Al finalizar el curso el director, dando cuenta al gobierno de las aptitudes de los alumnos, decia de él: "Educacion completa, sabe ademas latin i frances, estudioso, entusiasta, ambicioso i de carácter decidido. Es él el primero de entre los alumnos que pueda ser director de la Escuela Normal."

Dos años despues el ministro de instruccion pública don Antonio Varas, hubo de equivocarse sobre la naturaleza i la condicion de Bustos. Que se imajine cualquiera estos espíritus noveles, ardientes, satisfechos de sí mismos porque saben

conquistar la posicion que solicitan, rondando horas enteras a la puerta de un ministerio, que ven abrir para otros i no para ellos. El ministro habia encontrado en la fisonomía del solicitante cierto despecho insolente que se traicionaba en el acento de su voz i en lo brusco de sus respuestas. Pero el ministro, ántes de hacer sentir su indiscrecion al ofendido mancebo de una manera fatal para su porvenir, como puede hacerlo un ministro ofendido, quiso interrogar la buena fé del director, i de él supo que era necesario gobernar aquel carácter, reprimirlo i servirle de padre. Despues el señor Varas ha sido el compañero de viaje, el amigo en sus últimos momentos, i el amparo de aquella bella naturaleza que no pudo comprender de un golpe; pero que no tardó en apreciar. Bustos continuaba miéntras tanto sus estudios, silenciosos i severos. La enseñanza primaria era su blanco, i a él referia todos sus conatos. Es inaccesible, inconmensurable el trabajo que todo cuesta a los jóvenes cuando una posicion desventajosa los asedia. Tres años pasaron sin que Bustos pudiese proporcionarse de Francia una lista de libros, de entre ellos el *Eco de las Escuelas Primarias*, que debia ponerlo en estado de lejislar sobre la naciente educacion primaria en Chile.

Encargado de visitar las escuelas de Santiago, en una academia de maestros que reunió por algun tiempo, dando consejos a los maestros, uniformando los métodos, corrijiendo los vicios, se ensayaba en el ejercicio de aquella suprema autoridad en el ramo que hacia el blanco constante de los esfuerzos de su noble ambicion. Ensayóse en seguida con éxito escribiendo en el *Mercurio* de Valparaiso algunos artículos sobre educacion. Nótase en ellos cierta sobriedad de estilo, i la madurez de la refleccion. Tradujo despues, de cuenta del gobierno, un tratado de *pedagojia*, i compuso una *aritmética* elemental que lleva dos ediciones i fué unánimemente aprobada por la Universidad.

El ministro actual lo nombró visitador jeneral de escuelas, i los dos informes que han visto la luz pública, mas completo el segundo que el primero, muestran cuánto habria podido desenvolverse en adelante por el estudio asíduo, los viajes, la práctica de la inspeccion, el conocimiento de las necesidades de la enseñanza, i aquel andar por todas partes palpando la realidad, tropezando en los obstáculos i señalándolos al gobierno para su remedio.

Bustos ha muerto el dia en que su carrera empezaba a sonreirle, cuando el horizonte se abria delante de él. Contaba

con la afeccion del ministro, del señor Montt, del señor Varas, del señor Barra, i con la amistad íntima del que fué su director, a quien sometia todas sus dudas, i quien lo azuzaba a luchar con las dificultades, i a vencerlas con paciencia, con estudios, con trabajos i servicios. En el momento de salir para la espedicion de donde no habia de volver, habia principiado a estudiar el ingles. Chile, pues, tenia en él un director para su Escuela Normal, salido de su seno, obra de sus trabajos; un escritor competentemente preparado en materias de enseñanza, un maestro, en fin, que estaba llamado a ejercer una grande influencia en la mejora de la instruccion pública. Pero Bustos ha muerto en el servicio del Estado, i dejando una reputacion naciente, mil esperanzas frustradas, i una jóven viuda con cuatro niños; porque el malogrado jóven, por ese sentimiento de órden, de moralidad, de confianza en su porvenir, se habia casado cuando era alumno de la Escuela Normal.

¿Qué va a ser de aquella viuda i de aquellos niños? ¿El Estado no tiene nada que ver con ellos? La víctima de su celo, el primero de los alumnos de la Escuela Normal, nada tiene que esperar del ministerio de instruccion pública? La viuda de aquel soldado de la enseñanza muerto en la brecha ¿no debe alucinar su dolor, contando con un montepío para proveer a la educacion de tantos hijos? ¿No se ha de hacer en obsequio de la memoria de Bustos, una manifestacion que aliente a tantos otros jóvenes que siguen sus huellas, i que están encargados, cuan humilde es su posicion, de llevar a cabo la rejeneracion del pais, por medio de la instruccion primaria? Sabemos que la falta de una lei orgánica ata las manos al ministro que, tanto como otros, sabia avalorar i apreciar las altas cualidades de aquel hijo primojénito de los esfuerzos del gobierno, destruidas por su temprana muerte en el momento mismo que se veian coronadas; pero la buena voluntad i la justicia suplen a las disposiciones, i la aprobacion es en casos como este, una deuda mas bien que un requisito.

Don José Dolores Bustos deja ademas un hermano que habia recojido no hace dos meses para educarlo, i quedó enfermo en el camino de Concepcion, circunstancia que añade mas a la desolacion de aquella familia sin esperanzas como sin recursos. Deja aun algunas deudas creadas para cumplir con sus deberes de padre, hermano i esposo.

Algunos amigos del malogrado Bustos propónense correr una suscricion para formar un pequeño capitalito, si es posi-

ble, a fin de atender al sosten i educacion de sus hijos. Esperamos que el resultado justifique la esperanza que han concebido, de ver honrada así la memoria de un maestro de escuela, i que el público empiece a comprender cuánto estímulo se debe a aquellas virtudes que despues van a convertirse en dechados que han de imitar sus propios hijos.

BIOGRAFÍA DE

DON PEDRO IGNACIO DE CASTRO I BARROS

(*Crónica* de 13, 27 de mayo i 10 de junio de 1849)

INTRODUCCION

¡Cuán apacible es bajo el cielo azul de Chile el otoño, esa tarde del año en que la naturaleza, satisfecha de haber obrado bien, se retira lentamente i desnuda sus galas de estío para dormir el sueño del invierno! Ciertas flores inodoras, pero brillantes de colorido, le sirven entónces de sonrisas postreras, i de velo para ocultar a la vista el despojo de sus atavíos, que principia con lentitud i con gracia. Entónces los colores de la paleta, matizando de amarillo, ópalo i rojo el verde de la vida que se estingue, disimulan la desnudez de las formas, los síntomas de la decrepitud o de la muerte, como las delicadezas del estilo encubren aun por largo tiempo el vacío que dejan en el alma las ideas que desaparecen, los principios vencidos, las creencias muertas.

Cuando el sol pajizo de una mañana de otoño lanza sus rayos oblicuos sobre las avenidas de un cementerio cubierto de cipreses negros, de plantas anuales que se marchitan, de rosales que ostentan una que otra rosa o retardaria o rebelde contra las leyes ordinarias, se esperimenta entre esta mezcla de objetos que mueren i que sobreviven aun, un sentimiento de melancolía, i aquel malestar de la incertidumbre que nace de lo que no es decididamente algo, la muerte o la vida, malestar que aviva el continuo pasar del tibio ambiente de los

lugares bañados por la luz del sol, a la atmósfera que se hiela ya bajo las prolongadas sombras de árboles i matorrales; el invierno que viene agazapándose, el hielo de la muerte que principia a manifestarse por los piés.

En una de esas hermosas mañanas de otoño, la del 19 de abril, recorria apresurado las avenidas del panteon, buscando dónde se sepultaba en aquel momento un cadáver. Era esta la décima vez que a aquel lugar asisto en ocho años, siguiendo el carro fúnebre de otros tantos compañeros de destierro; jóvenes los unos que abandonaban la vida apénas saboreada, llevándose el molde roto de alguna intelijencia precoz, descompuesto el corazon en que se anidó un patriotismo sin esperanza i sin resfriarse aun. Pero esta vez solo yo no alcancé a incorporarme en la comitiva de amigos que seguian el triste convoi; apénas pude por retardos involuntarios llegar al borde de la fosa, cuando los primeros puñados de tierra hacian resonar sobre el hueco sarcófago el adios eterno. ¿El doctor don Pedro Ignacio Castro i Barros iba a desaparecer para siempre? I esta frase que un interrogante cambia, de afirmacion que era, en una pregunta de difícil respuesta, turbó en aquel momento el recojimiento que la tumba inspira. Pronunciaba un discurso patético uno de sus consocios de ministerio; sucediósele uno de sus compañeros de destierro, i cuando hubiera yo podido i debido decir algo, sentí que mis ideas no estaban allí ya fijas sobre el cadáver sin vida. La historia de lo pasado se habia levantado por diversos puntos en mi espíritu, como si hubiesen tocado a rebato; i las batallas de la guerra civil i los caudillos populares, la tribuna política del congreso, i el látigo i la cuchilla de los tiranos, todo estaba allí, de pié, visible, ajitándose. Una sola palabra no vino a mis labios, i mis miradas perplejas apénas pudieron fijarse en los grupos silenciosos que rodeaban aquella fosa, sacerdotes, i entre ellos, un canónigo arjentino emigrado; injenieros, poetas, publicistas, abogados arjentinos, i a mas algunos amigos del finado, i algunos grupos de pueblo.

El que era cadáver yerto habia sido ayer cadáver vivo, muriendo de vejez bajo el peso de dolencias acumuladas en una larga i laboriosa vida. Los que han conocido al doctor Castro Barros en Chile han conocido una sombra; su alta figura estaba ya encorbada por el peso de los años, descarnadas aquellas facciones fuertemente acentuadas como todas las naturalezas vigorosas, ronca i apocada aquella voz que habia tronado terriblemente en tribunas i púlpitos, mustios i

eclipsados aquellos sus negros ojos que brillaban con frecuencia animados por el fuego del entusiasmo, del éxtasis o de la cólera relijiosa.

Para trazar su biografía, es preciso si no queremos equivocarnos, olvidar el cadáver i restablecer al hombre; dejar el destierro i trasportarnos a la patria; cegar, en fin, la tumba para ir a buscar en algun punto ignorado la cuna en que se meció niño, el que fué despues representante del pueblo en los ejércitos, el tribuno popular, el insurjente contra el rei, el sacerdote infatigable en la predicacion de su doctrina. Los que bosquejan su biografía en Chile, toman el otoño por el estío, i corren riesgo de engañar a sus lectores engañándose a sí mismos. Por otra parte el doctor don Ignacio de Castro Barros es todo él arjentino, i a sus compañeros de infortunio final, a todos los que por diversos i aun por encontrados caminos vinieron a juntarse con él en la nada del destierro perpétuo, toca señalar la ruta que él trajo, i los senderos por donde anduvo. Cada uno de estos pobres desterrados que muere aquí, es una pájina de aquella epopeya de la República Arjentina, fecunda en lecciones que nadie escuchará, porque la historia, si bien enseña a los que viven de estudiarla, es inútil para las naciones, máquinas animadas que van a donde están destinadas a ir, sin que poder de hombre pueda detenerlas. Yo quiero, pues, estudiar este átomo de nuestra historia contemporánea llamado Castro Barros, revestirlo en espíritu de todos sus accidentes, i dar valor i carnadura a fechas, títulos, persecuciones i destierros que sin esto nada significarian.

En unos apuntes biográficos tomados al lado del lecho de dolor del doctor Castro Barros, apuntes en que sus deudos i amigos trataron de recojer de su fatigada memoria la cronolojía descarnada de su vida, leemos esta dolorosa reflexion: "La nacion arjentina ha caido desde la cumbre de la gloria, a donde la elevaron sus propios esfuerzos, al terrible precipicio de la ignominia. Presa horrible de convulsiones intestinas, de guerras civiles las mas desastrosas, i de un cúmulo de males inauditos, su historia sangrienta asustará sin duda a las jeneraciones venideras." ¿Como cayó en este abismo la República Arjentina? quiénes la empujaron incauta aunque inocentemente a él? He aquí una cuestion que puede ilustrar la biografía de los hombres que en los diversos partidos han tomado parte en las luchas arjentinas. Nosotros hemos ya desenmarañado algunos hilos de aquella madeja sin cuenda,

siguiendo a Facundo Quiroga i al apóstata Aldao entre el laberinto de los principios oscuros o desconocidos de aquel terrible drama. Pero Facundo Quiroga no era mas que el ejecutor ciego, el brazo armado de ideas arrojadas de antemano, de convicciones populares, tibias al principio, ardientes despues, activas mas tarde hasta producirse en actos, que reunidos forman el gran tejido de la historia. Yo he esplorado ya el terreno en que la batalla se dió, señalado los jefes que trajeron las huetes al combate; ¿por qué no entraríamos ahora a examinar las causas de aquella lucha i los resultados finales que los contendientes alcanzaron? porque las grandes luchas de las naciones, ni aun las conmociones populares, se enjendran a sí mismas. La lei inmutable de la naturaleza orgánica es que en la vida la simiente guarde i envuelva el jérmen, i que este jérmen sometido a cierto grado de temperatura, se desenvuelva i produzca el árbol fructífero i saludable, o la planta venenosa o herizada de espinas. Las ideas, ha dicho M. Lamartine, bajan siempre de lo alto. No es el pueblo, sino la nobleza, el clero, i la parte pensadora de la nacion, quien ha hecho la revolucion. Las preocupaciones tienen a veces su oríjen en el pueblo; pero las filosofías no brotan sino en la cabeza de las sociedades; i la revolucion francesa era una filosofía. I así sucede siempre, las luchas sociales están de largo tiempo ántes escritas en libros, o formuladas en oraciones; i el que quiera estudiar un hecho consumado, ha de ir a buscar sus causas jeneradoras en los deseos de antemano manifestados, en la conciencia que del bien o del mal tenian formada los hombres que descollaron en un tiempo a la cabeza de las naciones, representándolas por la ciencia, la relijion, las preocupaciones i las luces. Para saber cómo un pais ha caido en la ignominia, debemos ir primero al campo de batalla donde un sistema de cosas triunfó; i desde allí remontando la historia, seguir a los personajes i a las ideas hasta su fuente, que por lo jeneral se encuentra en un escritor, en un orador. En todas las épocas de la revolucion arjentina, la palabra del doctor Castro Barros suena poderosa i apasionada en los oidos populares. Sus acentos conmueven los ánimos, i los fenómenos políticos entran aun al lado de la parte dogmática en aquellos vehementes sermones de que queda hasta hoi memoria en las diversas provincias que recorrió. Un dia, empero, el doctor Castro Barros hizo alto en el camino que habia tomado, i como si se orientase de nuevo por el aspecto de los nuevos paises que venia descubriendo, estraños i selváti-

cos como no se los habia imajinado, se detiene, medita, vuelve atras, i se echa en el mismo sendero de aquellos a quienes llamaba descaminados. ¡Arrepentimiento tardío! Inútil i vano esfuerzo! La masa habia, cediendo a la impulsion, tomado la pendiente, i desde entónces datan los *pontones* en que sufre el tormento diario, las persecuciones i al fin el destierro, la peregrinacion i la muerte!

Sobre una tumba solitaria del panteon de Santiago de Chile, el curioso leerá un dia esta inscripcion:

Aquí Yace

El presbítero don Ignacio de Castro i Barros,
Doctor en teolojía, bachiller en jurisprudencia,
Rector i catedrático de la Universidad de Córdova,
Diputado a la Asamblea de 1813,
Representante del pueblo en el ejército del Perú,
Diputado al Congreso de Tucuman i su presidente en 1817,
Canónigo majistral de la iglesia de Salta,
Diputado (nombrado) por Córdova al Congreso de 1826,
Visitador eclesiástico en las provincias de Cuyo,
Provisor i vicario del obispo de Córdova,
Cura propietario de San Juan de Cuyo,
I muerto en Chile en 1849
En largo i perpetuo destierro.

CAPÍTULO I

Muévense los cuerpos celestes en órbitas trazadas por el compas infalible de leyes que el espíritu humano ha sorprendido, esplicado i reducido a fórmulas sorprendentes por su simplicidad i precision; i la vida engastada entre aquellas masas de materia, como el molusco en su cubierta calcárea, está tan íntimamente relacionada con las leyes jenerales, que cambiada o suprimida una de ellas, no sabriamos ya concebirla ni comprenderla. Verdes son los árboles, porque este rayo del espectro solar es el único que se adapta a la capacidad de nuestros ojos, i el aire que nos circunda, a tener un centécimo mas de azoe, viciaria la sangre que corre en nuestras venas. No se puede, pues, concebir un cuerpo, si no es

en relacion de aquel admirable conjunto que se llama Universo, i el hombre con sus instintos creadores i sus dedos de filigrana, seria un ente imposible o incompleto, si en las entrañas de la tierra no se encontrase en cantidades calculadas para proveer a todas las jeneraciones posibles, preparado el hierro que endurece sus manos, i el carbon de piedra que lo supone ya apto para servirse del fuego como de elemento de accion. I esta lei de relacion i de universalidad se estiende a las naciones en masa i a los individuos que la forman. El pensamiento humano, despues de haberse desenvuelto en una organizacion privilejiada, se derrama por la superficie de los pueblos, posa sobre las cabezas mas elevadas de una jeneracion, como aquellas lenguas de fuego que revelaban la presencia i la comunicacion del Espíritu, i despues se propaga, estiende i agranda sobre todos los pueblos de una familia.

Sin estas consideraciones, la vida pública de los hombres que han descollado en un punto aislado de la tierra, terminaria en la tumba como habia principiado en la cuna, i circunscribiéndose al espacio del tiempo i lugar que abrazó, apénas se alzaria por los carácteres individuales un poco mas arriba de la línea que separa lo moral de lo físico. Mas, si la naturaleza de las acciones humanas es de perpetuarse en el recuerdo de los hombres, segun la magnitud i estension de los resultados que produjeron, suponen antecedentes i elementos que existian en el caudal de la tradicion i de la historia que los hombres notables elaboran, desenvuelven, i estienden en mayor escala. ¿Cómo concebir la grandeza de Napoleon, sin la estratejia que habian perfeccionado Alejandre, César i Federico? sin las matemáticas cuyos rudimentos dejaron trazados Euclides, i avanzaron Pascal i los matemáticos posteriores? Qué habria hecho sin el cañon, cuyo poder de destruccion él empeoró; sin la revolucion nobilísima, cuyo candor él supo esplotar; sin aquellas miriadas de jénios, puestos en evidencia por la igualdad republicana, como Junot, Desaix, Kleber, Lannes, Murat, Ney i tantos otros?

¡Pobre doctor Castro Barros! ¿qué seria de vuestro humilde nombre, sin aquella grande atmósfera de ideas que estendiéndose hasta los confines de Tucuman i las tostadas montañas de la Rioja, no os uniese, aunque mas no fuera que con lijerísimas ataduras, a los grandes acontecimientos de que la familia cristiana ha sido actor i víctima en los tiempos de vuestra existencia? ¿En qué hogar se habria calentado vuestra palabra apasionada, si ántes de aquel concilio de próceres arjentinos que

lanzaron la declaracion de independencia a la boca de los cañones españoles, dejando turbado al que iba a aplicarles la fatal mecha, no hubiesen ya formulado otros pueblos i otros próceres los derechos del hombre, las leyes que presiden al gobierno de las naciones, i revelado la aptitud de las colonias a ser ellas mismas estados, con la presuncion de serlo mui poderosos, mui libres i mui felices?

Para volver a la vida aquella existencia terminada física i moralmente, tendré, pues, que ir llamando a su tiempo i lugar cada uno de los grandes principios que el doctor Castro Barros encontró a su pasaje; cada una de aquellas semillas que caida ya de árbol decrépito o fecundo, él sembró solícitamente i cultivó con toda la enerjía de la conviccion, durante una larga vida. Sin esta rehabilitacion del pensamiento universal, sin aquella cuenta llevada de los movimientos de la conciencia humana, el doctor Castro Barrros es para mí el cadáver descarnado i miserable que ví el último dia de su vida; una fraccion de la nada orgánica que vuelve al seno de la nada universal; un vaso roto i carcomido, acumulado entre los restos de otras existencias oscuras, como aquellos fragmentos que forman cerca de las murallas de Roma, al lado de la pirámide de Cayo Sestio, el antiguo monte Testacio.

La historia del mundo era despues de muchos siglos esclusivamente europea. Por los sabios griegos, el Ejipto revelaba sus misterios i su cultura; Maraton i Alejandro unen la Persia i el Asia al núcleo europeo; la africana Cartago sucumbe bajo el hacha romana, i el imperio de los Césares, llegando a las puertas mismas de los paises en que hierven enjambres de bárbaros, atrae hácia la Europa las tribus de los escitas, al mismo tiempo que las de los teutones i escandinavos se corren al medio dia a incorporarse en el movimiento europeo. Cruzadas, papado, conquistas, descubrimientos marítimos, colonias, todos los sucesos que señalan la historia de la edad media parten de Europa, se refieren a ella, fluyendo de aquella fuente, para volver a ella misma. La marcha del pensamiento humano es tambien europea en todas sus manifestaciones elevadas. Allí se desenvuelve el cristianismo i se organiza en poder moral i temperador; allí se levantan Lutero i los que contra sus últimas formas protestan; allí se desenvuelven las ciencias; allí la monarquía, el feudalismo, la nobleza, dan todos sus frutos; allí sé alza, en fin, la filosofía mas osada, la lójica que se vuelve poder, que se convierte en compas i en escuadra para alinear i regularizar todas las institu-

ciones humanas, despues de haberlas hallado abominablemente absurdas e irregulares.

Hai un momento, empero, en que aquella unidad i centralizacion de la historia, se rompe por la aparicion de una serie de fenómenos que una vez producidos, no vuelven a entrar mas en el receptáculo habitual de la historia, formando una categoría aparte.

Una de tantas guerras como la Europa habia sostenido en todos los mares i en todas las rejiones, dió oríjen a esta manifestacion de un mundo de cosas que no iba a ser ya mas europeo. Unas colonias lejanas se habian negado a admitir un derecho sobre el té, impuesto por la metrópoli. La Inglaterra armó escuadras para ir a someter aquellos colonos rebeldes, la Francia i la España prestaron su ausilio a los colonos, por celos i enemistad con la Inglaterra, i los colonos, despues de una larga i gloriosa lucha, conquistaron la independencia en que no habian pensado de una manera formal, brotando de aquel insignificante hecho, la mas fecunda i permanente variacion en la organizacion de las sociedades humanas.

La ciencia i la filosofía europeas habian llegado por este mismo tiempo a introducir en los ánimos una grande perturbacion, que en Francia se convertia en un nuevo criterio i en conciencia de lo justo i de lo injusto. Allí donde habia reyes disipados, crapulosos, i corrompidos por todos los vicios que pueden deshonrar al hombre, los sabios fundaban la moral, estableciéndola en principios que partian de la naturaleza humana i volvian a ella para hacer la felicidad de los hombres en la tierra; allí donde la voluntad del rei se habia consagrado en este axioma: *la nacion soi yo*, se habia escrito el *Contrato social* que enseñaba que el rei era ménos que nada, un mal i una perversion, i el *Espíritu de las Leyes* que distinguia poderes elementales que obraban bajo leyes independientes del rei, i entrando cada uno a ejercer su accion en la vida de la nacion, como los diversos elementos del aire que acababa de analizar la ciencia, entraba cada uno en la economía animal; allí en fin, donde el sacerdocio era la primera jerarquía social, i sobre el terreno en que habian sido esterminados los hugonotes para conservar la unidad católica, se levantaba un monstruo nuevo en la familia de las herejías, porque no tenia nombre ni cabeza; mas disolvente de aquella apetecida unidad que el protestantismo mismo, porque era a mas de la negacion de toda tradicion, la lójica aplicada a la creencia, la discusion de los hechos i de las doctrinas reci-

bidas a la luz de la razon pura, ausiliada de las ciencias naturales, de la historia, de las matemáticas, de la comparacion de los sistemas, i no pocas veces del error. A la sombra de aquella nobleza culta, artística, i heredera de la historia desde muchos siglos atras, se enseñoreaban como los nobles de la época, los sabios i los filósofos reclutados entre las clases nulas de la sociedad, pero gobernando por la palabra i por los libros, a pueblos, nobles i reyes, cuyas ideas cambiaban insensiblemente; i la palabra *igualdad*, como protesta de las clases desposeidas, se elevaba a doctrina, para convertirse mas tarde en principio, como consecuencia i corolario de la abolicion de la esclavatura antigua.

Para todas estas reprobaciones de cada parte del edificio de la sociedad, habia en teoría i en conciencia un *desideratum* que sostituirle; i cuando los espíritus inquietos andaban rondando en torno de aquella Bastilla de absurdos, de vicios, de usurpaciones i de injusticias que se llamaban el gobierno o la monarquía, he aquí que llegan centenares de guerreros que volvian de un pais lejano, donde quedaban en práctica no interrumpida aquellos principios mismos de justicia i de igualdad que la teoría habia revelado en Europa. ¡Cuánta novedad en aquel ideal realizado en los Estados Unidos, i al que habian prestado su cooperacion Lafayette i los demas nobles franceses!

Era aquella una tierra inmensa cubierta en sus costas atlánticas de ciudades risueñas, no como aquellos hacinamientos de casas en que las enfermedades, la miseria i el desamparo de los pobres, levantan un vapor fétido que ennegrece los artesonados de los palacios de los ricos, sino jardines con anchas veredas trazadas a cordel, pobladas de árboles i alineadas de casas, ascadas todas i respirando alegría, felicidad i abundancia. A lo interior del pais dilatábanse rejiones aun no esploradas, cubiertas de selvas umbrías, cuyo silencio turbaban solo los mujidos de los rebaños de búfalos, o el fragor de cascadas en que se despeñan rios navegables, i por sus masas colosales comparables solo con el canal de la Mancha o el estrecho de Gibraltar. En medio de aquella naturaleza grandiosa i solemne, habian visto unos labradores que agredidos en un derecho suyo, habian abandonado el arado, i reunidos en ejércitos de voluntarios, vencido las escuadras i los ejércitos de la Inglaterra, para volver a su trabajo ordinario en seguida, sin dejar jerarquías militares, ni esos héroes que son la gloria i el azote de la especie humana. Mandába-

los Washington, guerrero dulce i manso, que ganaba batallas a su pesar i en cuanto era indispensable para hacer prevalecer el derecho. Concluida la guerra habia lejislado con otros muchos sabios, lo bastante para que cada estado se considerase miembro de una nacion, sin quitarle a la familia i al individuo aquella libertad primitiva que solo parece conciliable con la vida de los bosques. Norte América, la colonia oscura, olvidada en un rincon del mundo hasta entónces, tenia sabios tambien como la Europa, pero sabios que practicaban un oficio para vivir, i no habian frecuentado las aulas de Oxford ni Cambridge. Franklin habia formulado una moral casera, práctica, aplicable i útil, en el *Buen hombre Ricardo*, i traido aquí, a la tierra, al dominio del hombre, encadenado, sometido, humillado, el rayo de que se armaban los dioses para terror de los hombres. Aquellos héroes de otra naturaleza que los antiguos, aquellos pueblos agricultores que se armaban un dia para hacer la caza a los tiranos, como los pastores suelen armarse para perseguir a los lobos, estos sabios sin títulos, sin tecnicismo i sin cátedras, habian sin embargo comprendido toda la elevacion teórica de lo que practicaban sin apercibirse. La Declaracion de Independencia de los Estados Unidos era no solo un acto de emancipacion, sino un credo de las leyes que rijen a las sociedades humanas, de lo que el hombre no debe, no puede sacrificar a ninguna forma de gobierno, porque abdicaria en ello su herencia de ser pensante, intelijente i libre. Desde la creacion del mundo hasta nuestros dias, sociedad alguna se habia reunido para declarar en presencia de Dios i a la faz de las naciones todas de la tierra, como lo hicieron los Estados Unidos en 1776 para declarar cuáles eran los principios orgánicos de las sociedades humanas, cuáles los *derechos del hombre;* i en adelante cuando una nacion se encuentre en el pleno goce de sus facultades, cuando por los esfuerzos humanos i la accion de las ideas pasadas ya en axioma a la conciencia pública, caiga una armazon de gobierno, los representantes de las naciones, como en otro tiempo los inspirados de Dios, harán su decálogo de los derechos del hombre.

Esta novela utópica que no alcanzo ni a diseñar siquiera, contada por las mil bocas de la fama, detallada por la historia contemporánea, exajerada por los odios nacionales que se complacian en Europa de ver humillada i apocada a la Inglaterra, referida menudamente por los compañeros de Lafayette, que ménos se gloriaban de sus hazañas militares que de

haber visto a Washington fundado una república, i presenciado atónitos la proclamacion de los nuevos principios; aquella simplicidad alegre i reposada del plantador; aquella humildad altiva que Franklin habia ostentado en la corte mas fastuosa de Europa, paseando sus zapatos herrados sobre el terciopelo de los tapices reales, llevando su vestido de paño burdo con mayor desenvoltura que los nobles sus cuajados de bordados; aquella ciencia nacida en la república fabulosa, que quitaba al rayo su carácter divino, penetrando la noticia de aquellos descubrimientos hasta la morada del labrador, porque él teme el rayo que ve hajo la bóveda turbia del cielo relampagueando sobre su cabeza; aquellos bosques, en fin, aquellos lagos i aquellos rios colosales, i todo puesto al alcance de todos, por leyes benignas, que abren las puertas de la nacion a todos los que quieran formar parte de ella, sin distincion de idioma, relijion, oríjen, ni clases sociales; todos estos bienes nuevos en la tierra, i anunciados de golpe i como si de repente se levantara un telon que dejase ver una sociedad nueva, tal como la lójica i la ciencia no habian alcanzado a consebirla, fueron a dar a las teorías de la filosofía francesa, el carácter de una verdad incuestionable, práctica, imperecedera. El espíritu habia obrado allí para establecer las verdades fundamentales, como Leverrier para descubrir un nuevo planeta en el cielo, por el cálculo, por la apreciacion de las fuerzas, de las gravedades i de las atracciones, i los Estados Unidos hacian como el astrónomo prusiano que mostraba en efecto la existencia del planeta buscado.

De aquí proviene a mi juicio que el nombre de Lafayette se encuentra al frente de todos los movimientos de libertad de la Francia, como si fuese necesario que el recuerdo del hecho conquistado en América, se incorporase en un hombre que fuese frances i norte-americano a un tiempo, con los resultados de la filosofía francesa, para que en adelante marchen juntos estos dos elementos rejeneradores, revolucionarios, destructores de todo lo que, socialmente hablando, no está fundado en los principios inmutables de la justicia. Estos dos cabos de la historia moderna, la independencia norte-americana i la filosofía, el hecho i la teoría, despues de haberse secundado el uno al otro, quedarán unidos en la conciencia de los hombres, i en adelante, los pueblos que sientan nacer en su seno la aspiracion a una condicion mejor, el anhelo por la libertad, no sabrán ya a cuál de aquellas dos impulsiones obedecen, siguiendo en esto las leyes universales

de la conciencia i de la intelijencia humana, que hacen que los pueblos mas avanzados trasmitan a los retardatarios los principios ya conquistados, acaso para la realizacion de alguna forma futura de la economía de la especie humana, que descendiendo el movimiento desde las razas i los pueblos mas adelantados, llegue hasta los estremos de la tierra, mejore o cambie los pueblos, i haga por la ciencia, la industria, el vestido, la moral i el gobierno, una sola i única familia de las fracciones de humanidad que hoi están aisladas, salvajes, pobres, ignorantes, despotizadas. ¡Qué sublime seria el Dios que entónces paseando sus miradas sobre el haz de la tierra, dijese, yo concebí esto en el seno de la eternidad!

Movimientos parecidos al que hoi presenciamos, nos ofrece la historia aun en sus tiempos mas oscuros. En la escasa porcion de pueblos antiguos que habian avanzado en la civilizacion, descúbrense indicaciones de esta propagacion del bien conquistado en unas partes, sobre otras que parecen desligadas i estrañas. En Atenas hai contra Pisistrato una revolucion que establecia la república, i ocho años despues Roma espulsa a los Tarquinos i proclama la república, si bien mediaban entre ambos pueblos un mar i diferencias nacionales. Así entre 1778 i 1789, hai tanta analojía que pudiera decirse que la atmósfera del mundo se va a cambiar, vaticinando incorporaciones sucesivas en el movimiento dado. En 1808 la España se conmueve, en 1810 toda la América española, en 1830 la Francia i la Polonia se ponen de nuevo en movimiento, en 1848 vuelve a levantarse aquella de la postrimera de sus caidas; i entónces se le siguen la Italia, la Alemania, i veinte pueblos oscuros de las orillas del Danubio, penetrando en el serrallo de la Turquía i en el claustro del Vaticano los principios proclamados por los protestantes de Norte-América o los filósofos franceses.

Ni esta idea de la irradiacion fatal de los principios conquistados por unos pueblos sobre los otros, es nueva, que hombres profundos la sintieron i espresaron, aun en la época misma en que los sucesos que hemos compendiado empezaban a desarrollarse. En 1783, cinco años ántes de la revolucion francesa, cuando todo el mundo dormia en una aparente calma, el conde de Aranda, ministro de Cárlos III entónces, susurraba al oido de su soberano estas proféticas palabras: " Las colonias americanas han quedado independientes; *éste es mi dolor i mi recelo.* La Francia, como que nada tiene que perder en América, no se ha detenido en sus proyectos

de que la España, su intima aliada i poderosa en el nuevo mundo, quede espuesta a golpes terribles. Desde el principio se ha equivocado en sus cálculos favoreciendo i auxiliando esta independencia, segun manifesté algunas veces a aquellos ministros.... Esta república federativa ha nacido, digámoslo así, pingüe porque la han formado i dado el sér dos potencias poderosas como la España i la Francia, auxiliándola con sus fuerzas para hacerla independiente; *mañana será un jigante*, conforme vaya consolidando su *constitucion*, i despues un coloso irresistible en aquellas rejiones. *La libertad de relijion*, la facilidad de establecer las jentes en terrenos inmensos, *i las ventajas que ofrece aquel nuevo gobierno*, llamará a labradores i artesanos de todas las naciones, porque el hombre va donde piensa mejorar de fortuna, i dentro de pocos años veremos con *el mayor sentimiento* levantado el coloso que he indicado. Engrandecida dicha potencia anglo-americana, debemos creer que sus primeras miras se dirijan a la posesion entera de la Florida, para dominar el Seno Mejicano. Dado este paso, aspirará a la conquista de Méjico, etc.»

Pocos años bastaron, en efecto, para que como lo habia previsto el sagaz consejero, se volviese un coloso la colonia independiente, merced a las ventajas que ofrecia aquel nuevo gobierno i la libertad de relijion. Poco tardó en adquirir la Florida, i nosotros hemos visto descomponerse el *poderoso imperio de Méjico* para adherirse por partículas a aquel foco de atraccion. Si algo mas debe citarse en honor de la penetracion de Aranda, es que al aconsejar al rei que dividiese sus posesiones de América en tres reinos, a fin de precaverse contra la influencia norte-americana, le señalaba Cuba i Puerto Rico como las únicas colonias que debia reservarse, siendo Cuba i Puerto Rico, las únicas, en efecto, que le quedaron a la corona de España en América. «Estos, señor, añadia, no son temores vanos, sino un pronóstico verdadero de lo que ha de suceder *indefectiblemente* dentro de algunos años, *si ántes no hai un trastorno mayor en las Américas.* Este modo de pensar está fundado en lo que ha sucedido en todos tiempos con las naciones que empiezan a engrandecerse.»[1]

1. *Dictámen reservado del conde de Aranda sobre la independencia de las colonias inglesas en 1783, despues del tratado de paz ajustado en Paris el mismo año.*

Preocupado Aranda de los medios materiales de obrar las naciones nuevas, no deja, como se vé, de apercibirse, aunque confusamente, de la posibilidad de la revolucion de la independencia de las Américas, que causará trastornos mayores.

Pero este último fué el primero en presentarse entre la familia de *males* que iba a producir la independencia norte-americana.

Ya en 1805 en el corazan de la América del Sur, en la mediterránea Chuquisaca, existia una sociedad de estudiantes, entre los que descollaban el doctor Moreno, el doctor Agrelo, el presbítero Medina, que fueron despues cabezas del movimiento revolucionario; Medina en la Paz, Moreno i Agrelo en Buenos Aires. En aquella reunion, estas almas vigorosas comentaban con crispaciones de indignacion la fórmula de las cédulas reales, que principiaban: *no obstante lo que prescriben las leyes en el particular, mandamos, ¡porque tal es nuestra voluntad!* "He ahí, decia el clérigo Medina, el mas exaltado de todos, he ahí el déspota insolente que hace alarde de su arbitrariedad; no dice porque así es justo, porque así es necesario, ni siquiera porque así lo creo i me parece conveniente; lo que dice es, mando lo contrario a las leyes, porque así lo quiero, porque así se me antoja, *porque tal es mi voluntad*; pero la hora de la reforma está por sonar i la revolucion se acerca; *audituri enim estis praelia et opiniones praeliorum. Videte ne turbemini. Oportet enim haec fieri, sed nondum est finis.* (*S. Math.*) Oireis guerras i rumores de guerras, pero no os turbeis; pues todas estas cosas han de suceder, mas el fin no ha llegado aun." [1]

¿Cómo se habia formado esta conciencia del ultraje hecho a la razon en aquella fórmula consagrada por la práctica entre los pueblos españoles, aceptada como parte del testo de la lei misma? Es que *por que tal es nuestra voluntad* era traduccion de aquella otra de la monarquía de Francia; *car tel est mon bon plaisir*, i sobre el principio en que estribaba habian escrito Montesquieu, Filangieri i Rousseau, i las obras de estos autores, como las de d'Aguesseau, Locke, Bacon i Jovellanos, andaban ya en manos del doctor Moreno en Chuquisaca en 1805, esto es, el código del pensamiento humano, los lójicos mas profundos de que la razon moderna puede vanagloriarse.

En 1807, la Inglaterra intenta apoderarse de Buenos Aires,

1. *Coleccion de arengas i escritos del doctor Moreno*, vol. I, páj. xxx i x.

dejando solo en su frustrada tentativa la gloria de las armas que la poblacion en masa de aquella ciudad saborcó por la primera vez, encontrándola deleitosa. En esta parte de la América quedaba, como en los Estados Unidos, la Inglaterra i las armas de un rei poderoso vencidas. ¿Seria mas feliz la España si el caso llegase, que no lo habia sido la Inglaterra en dos ocasiones? La revolucion está ya a la mano, la siente uno venir, estrañando que no aparezca todavía.

En 1808, la España en ausencia i cautividad del rei que encabezaba sus pragmáticas por la frase: *tal es mi voluntad*, se habia puesto en pié i reunídose en juntas gubernativas. "Las palabras eléctricas de *igualdad*, *libertad*, *filantropía*, dice el conde de Martiñac, hablando de la España, lo mucho que se habia hecho bajo su invocacion, los laureles que la Francia habia adquirido a la sombra de su nuevo estandarte, todo lo que la fama publicaba de un modo tan claro que a nadie era dado impedir que se la oyese, habia lenta e incompletamente atravesado los Pirineos, animado la antigua apatía, exitado la curiosidad i el interes, i hecho nacer en los espíritus algunas ideas nuevas."[1]

Estas ideas nuevas se traducian en lenguaje desusado en los actos gubernativos de la metrópoli para con sus colonias.

En las proclamas dirijidas a las colonias por la rejencia de la isla de Leon, formada de los restos de la Junta Central de Sevilla, se decia: "Desde este momento, americanos, os veis elevados a la dignidad de hombres libres, no sois ya los mismo que ántes, encorvados bajo un yugo mucho mas duro, miéntras mas distantes estais del centro del poder, mirados con indiferencia, vejados por la codicia, i destruidos por la ignorancia; vuestros destinos ya no dependen de los ministros, ni de los virreyes, ni de los gobernadores, están en vuestras manos. El diputado que envieis, es el hombre que ha de esponer i remediar todos los abusos, todas las estorsiones, todos los males que han causado en estos paises la arbitrariedad i nulidad de los mandatarios del gobierno antiguo."

La revolucion estaba, pues, en las ideas en España i en América, i en la Península era poder, era gobierno. En 1809 aquel clérigo Medina que veia acercarse la revolucion desde 1805 desde Chuquisaca, organiza en la Paz una junta gubernativa como las de España, i sucumbe mas tarde con otros

1. *Essais historique sur la revolucion d'Espagne.*

patriotas, fusilado por Cisneros. En el mismo año los españoles en Buenos Aires, intentaron derrocar el gobierno de Liniers por una asonada que fué sofocada por los patricios, la guardia nacional de Buenos Aires. Esta vez tambien los americanos vencian a los europeos; los españoles eran tan impotentes por lo visto como los ingleses. I sin embargo, aquellos españoles querian una junta gubernativa como la de España, porque todos están llenos de espíritu nuevo; la junta central en Cádiz, i los españoles en América, todos conspiran. El mal éxito de aquella tentativa trajo, sin embargo, una modificacion profunda en la condicion social de los americanos. Los españoles de la Península, habiendo querido rebelarse contra la autoridad, concluyen por ser sospechosos, entrando los americanos en su lugar a ejercer el poder. Ese año la municipalidad por convenio fué elejida mitad de españoles, mitad de porteños. Tiene, pues, el poder en las manos, en 1810 el ayuntamiento. Así formado, pedia al virrei Cisneros, a quien el *pueblo* no queria recibir por haber castigado con el último suplicio a los miembros de la junta gubernativa de Charcas i la Paz, que S. E., para evitar los desastres de una convulsion popular, "diese permiso franco para convocar por medio de esquelas lo principal de este vecindario, i que un congreso público esprese la *voluntad del pueblo.*"

En la reunion del congreso de 22 de mayo, se escapó de de los bancos de la asamblea una de aquellas palabras que deciden de una jornada, de una época, a la manera que a veces el tiro disparado al acaso de un fusil, suele comprometer el combate i hacer imposible toda negociacion. *Es tarde ya!* pronunciado no se sabe por quien en 1848, decidió de la monarquía de julio. En 1810 en Buenos Aires alguien dijo en los bancos de la asamblea: *la España ha caducado*, i esta frase echada a la ventura, iluminó súbitamente todos los espíritus, mostrando la nulidad de lo que se estaba haciendo, i el programa de lo que quedaba por hacer. El ayuntamiento, habia caducado; no tratándose ya de aceptar la libertad, sino de hacerla recononocer pura i simplemente. El 24 quedó dispuesto que se haria una *representacion* al ayuntamiento que espusiese con firmeza i legalidad cuanto exijia el interes comun i demandaba la *voluntad del pueblo.* Una reunion de americanos se tenia en la casa de habitacion de D. Nicolas Rodriguez Peña, el mas decidido republicano de la época. Una jabonería suya en los alrededores de la ciudad, servia a los clubs que preparaban la víspera los acontecimientos del dia

siguiente. El 25 de mayo *la guardia nacional* aparece formada en las calles. Un trozo de personas armadas de pistolas i de estoques, habia ocupado la Vereda Ancha apoyándose en una posada. Desde allí marcharon al *Hotel de Ville* a donde estaba reunida la municipalidad, pidiendo que sancionase la peticion del pueblo. El virei habia renunciado por la noche, los españoles estaban intimidados. El acta de aquella sesion dice: "que habiendo salido el ayuntamiento al balcon (como el pueblo lo pedia) i oido que el pueblo ratificó por aclamacion el contexto del pedimento o *representacion*, despues de leido por el secretario en altas e intelijibles voces, acordaba que debia mandar i mandaba, se erijiera una nueva junta de gobierno, compuesta de los señores espresados en la representacion, i en los mismos términos que de ella aparecian, miéntras podia formarse la junta jeneral o el congreso del virreinato."

Hoi está todo el mundo familiariazado con este lenguaje, i esta escena es mui normal en las revoluciones, para que necesite decir que la colonia habia desaparecido, adoptando el gobierno emanado de su propia voluntad i para su propio bien. La luz de las nuevas ideas habia derramado sus primeros rayos sobre Buenos Aires, siguiendo el curso mismo del astro del dia que asoma su disco en los horizontes lejanos del occidente, despues de haber creado el dia en los paises mas orientales, siendo tan sensible para todos esta semejanza que las Provincias Unidas adoptaron por divisa el sol que asoma en el horizonte sin haber del todo disipado las sombras de la noche; i tanta prisa se daban para jeneralizar las nuevas ideas, para disipar aquella noche, que el 12 de junio, treinta dias apénas despues de haber proclamado el gobierno propio, se erijia la biblioteca nacional, con cuyo motivo se decia en la alocucion pronunciada: "la junta se ve reducida a la triste necesidad de crearlo todo, i aunque las graves atenciones que la agovian, no dejan todo el tiempo que desea consagrar a tan importante objeto, llamará en su socorro a los hombres sabios i patriotas que reglando *un nuevo establecimiento de estudios adecuados a nuestras circunstancias*, formen el plantel que produzca un dia los hombres que sean el honor i la gloria de su patria."

Miéntras que una nueva jeneracion se educaba, era sin embargo preciso echar mano de los hombres que tan incompletamente habia podido preparar la educacion española, tan lamentablemente atrasada en la Península i en la América.

Buscábanse o se presentaban de suyo todos los que sentian palpitar su corazon por alguna de las múltiples atracciones que la revolucion ejercia. Los jóvenes bullian por lanzarse a los combates, los ambiciosos veian un mundo abierto ante sus ojos, quien se dejaba arrastrar por el odio innato a la dominacion estranjera, odio que ahora recaia sobre los españoles mismos, que en España habian a su vez iniciado la reforma de su gobierno absoluto, bajo la inspiracion de este mismo sentimiento.

Sea de ello lo que fuere, una vez conquistado directa o indirectamente el hecho del gobierno por *sí mismo*, todas las grandes pasiones, como las preocupaciones nacionales mismas, el brazo i la sangre hirviente de los unos, como la intelijencia i las luces adquiridas de los otros, todo entraba en movimiento para realizar aquel programa de los principios conquistados ya en Europa, ya en Estados Unidos, claro i determinado para los unos, exajerado aun para los otros, limitado a ciertas faces tanjibles para muchos, i a una aspiracion indefinida de elevacion, de movimiento i de dignidad para el resto. ¡Cuán instructivo es el candoroso lenguaje de las actas de aquellos tiempos de fe ciega en el porvenir, i cómo sonrie al espíritu contemplativo encontrar aquí i allí, en los discursos de los que dirijian el movimiento, incrustados fragmentos de principios, ideas i teorías que la ciencia social habia puesto entónces a la altura de dogmas políticos. "Aunque es cierto, decia en su preámbulo el reglamento de la Junta Conservadora, en 1811, aunque es cierto que la nacion habia trasmitido en los reyes ese poder, pero siempre fué con la calidad de reversible." ¿Quién no reconoce en esta frase la doctrina del *contrato social*, desenvuelta i hecha práctica por Tomas Paine? Estas doctrinas, pues, que habian obrado tan profunda revolucion en el mundo antiguo, venian en el nuevo a fundar la conciencia del derecho en pueblos novicios en el uso de los actos que de aquellos derechos emanan. Debieron, pues, evocarse todas las intelijencias conocidas, todas las reputaciones formadas en el foro i aun en la cátedra sagrada, por ser esta la mas alta espresion del pensamiento en la organizacion teocrática de los pueblos españoles. La revolucion pedia obreros, i los artífices idóneos, los maestros de la palabra se hallaban entre los doctores en jurisprudencia i en teolojía, i doctores i teólogos figuran desde los primeros dias de la revolucion. Entónces todos los que ya habian brillado por el uso de la palabra, los que por su profe-

sion habian arengado al público o a los jueces, debian sentirse fuertes, inspirados i competentes para la nueva cuanto gloriosa tarea; i si un exámen rendido en la universidad al recibir las borlas doctorales, traia ya reñalado a alguno en la opinion pública como persona dotada de ciencia i talento, si en la cátedra del evanjelio habia resonado poderosa i animada su voz sonora i penetrante, conmoviendo los espíritus por la viveza de las imájenes, avasallando la mente por la vasta erudicion ostentada, entónces, decíamos, este hombre, este fraile o este clérigo estaba llamado a hacer un papel importante en asambleas i congresos; como que allí se necesita intelijencia, saber, estudio, para que las poblaciones descansen en la obra que hacen los sabios; para que se someta a la voluntad individual, a la revolucion de los entendidos. Así aparece el nombre del doctor don Ignacio de Castro Barros, en las primeras asambleas de las Provincias Unidas del Rio de la Plata. ¿Quién era ese hombre que no era nuevo entónces, puesto que como hemos dicho ántes, la revolucion tomaba las reputaciones formadas de antemano para encargarlas de la propagacion i direccion del movimiento? Hé aquí los datos que hemos podido reunir de fuentes auténticas.

En la provincia de la Rioja, departamento de Arauco, en el lugarejo llamado Pinchos, árido valle formado por las ramificaciones orientales de los Andes, en un oasis de viñedos i árboles frutales, cuya vejetacion arranca a aquella naturaleza agreste el cultivo del hombre, vivia conservando las tradiciones nacionales por hábitos de simplicidad i prácticas relijiosas, un matrimonio al cual la providencia no habia acordado los goces i los consuelos de la paternidad. Sesenta años contaba, empero, doña Francisca Barros, de noble estirpe, aunque de modesta fortuna, cuando tuvo un hijo en 31 de julio de 1777. Esta fecundidad estemporánea, segun las leyes ordinarias, pero esplicable en una organizacion que resistió ciento cuatro años, que fueron los de la vida de aquella mujer, hizo, sin embargo, mirar al niño obtenido como un don especial del cielo, acordado a las plegarias de la devocion ferviente de la esposa; i desde entónces hubieron de seguirse con el ahinco entusiástico de la madre i de la devota, sus vacilantes pasos, escucharse con recojimiento sus palabras, anticiparse a sus inclinaciones, como que desde la cuna estaba consagrado al servicio de Dios; práctica i tradicion constante i popular de nuestros mayores, i que durante siglos hizo de la iglesia el mar a donde venian a sepultarse

los últimos ramos de las familias estintas, llevando no pocas veces caudales que nadie tenia derecho a reclamar.

El hijo de la vejez mostróse desde bien temprano, retoño vigoroso de cuerpo i espíritu; una intelijencia clara, imajinacion ardiente, costumbres moderadas, noble pasion por el estudio, que es a veces el instinto de las almas privilejiadas, hé aquí las dotes que descubre en casa de uno de sus deudos, encargado de iniciarlo en los rudimentos del saber, i que desenvolvió en edad mas avanzada en la universidad de Córdova, donde se doctoró recibiendo la uncion sacerdotal. El doctor Castro Barros habia, pues, llamado la atencion de la docta Córdova, por las muestras de intelijencia dadas en el umbral de la vida pública. ¿De qué pasto se habia nutrido aquella intelijencia? Esto lo veremos mas tarde, a medida que marche en el ajitado torbellino en que habrá de lanzarse. Hai ciertos gritos de la conciencia, sin embargo, que por lo mismo que salen del fondo del alma, sin relacion a la persona i en via de hechos reconocidos, no deben desoirse por temor de estraviarse voluntariamente. El doctor don Ignacio de Castro Barros, en la edad madura presidente del Congreso de Tucuman, firmando él solo el 25 de octubre de 1816, *el manifiesto dirijido a todas las naciones por el Congreso Jeneral, representando las Provincias Unidas del Rio de la Plata*, el doctor Castro Barros decia como uno de los cargos contra la España: "La enseñanza de las ciencias liberales estaba prohibida; no se nos permitia estudiar sino la gramática latina, la filosofía *de las escuelas*, i la jurisprudencia civil i eclesiástica. Era estrictamente prohibido enviar nuestra juventud a Paris a estudiar la química, cuyo conocimiento habria podido introducir entre nosotros a su vuelta. Una escuela de náutica establecida en Buenos Aires, con permiso del virei, ha sido suprimida por real mandato."

Hé aquí, pues condenada i estigmatizada su propia educacion, en uno de aquellos momentos solemnes de la vida en que atraviesan por el espíritu humano ráfagas luminosas que alumbran hasta las concavidades internas de la existencia de los hombres i de los pueblos. El doctor en aquella jurisprudencia civil i eclesiástica, sabe que no sabe nada; su filosofía de sacerdote católico i español, porque esto último es otra cosa, es la filosofía *de las escuelas*, filosofía vacía de ciencia i de verdad; la filosofía, hija de la libre especulacion del espíritu, la filosofía tal como la indicó Bacon, teniendo por base los hechos, la esperimentacion, aquella *química*

que solo se podia aprender en Paris, no la conoce él, no la conocerá nunca, porque un hombre maduro no renuncia fácilmente a su propia esencia, al sér moral que da la educacion, tan inherente al espíritu, como las formas al cuerpo. Si aquella filosofía se presenta en el curso de su vida, con sus errores, como que es la hija primojénita de la mente humana; con su espíritu de indagacion, como que esta es la madre que le dió el sér, el crisol que ha de depurarla; si niega lo que él cree, o cree de otro modo, no es estraño que el doctor Castro Barros la desconozca entónces, la insulte i persiga! Esta es al ménos la lei universal.

Don Pedro Ignacio de Castro habiendo atesorado la ciencia civil i teolójica de aquellos tiempos, con los grados de doctor en teolojía i bachiller en jurisprudencia, recibió las órdenes sacerdotales en 1800, i cuatro años despues, rico de luces, ardiente i apasionado de carácter, volvió a su patria, la Rioja, en donde aprovechando el local dejado vacío por la espulsada órden de los jesuitas, fundó un colejio en el cual daba lecciones de gramática latina i de aquella filosofía de las escuelas de entónces, que declaró despues una maldicion de la España, a una docena de alumnos que escuchaban sus lecciones. Su anciana madre vivia desde su alumbramiento aflijida por una enfermedad que la retuvo en el lecho durante 30 años, hasta su muerte sobrevenida poco despues, i el jóven doctor cuidó de su subsistencia estendiendo su solicitud hasta las familias de sus deudos menesterosos. A esta piedad ejemplar, acompañada de una santidad de costumbres que no se desmintió nunca, nada tendríamos que añadir, si algo del réjimen disciplinario de su colejio no nos descubriese mas que un rasgo de su carácter, uno de los vicios fundamentales de la antigua educacion paterna, i que mas tarde, levantándose la naturaleza española contra la revolucion, lo han elevado a sistema de gobierno. Todos recuerdan en efecto, i aun quedan sensibles rasgos en algunas familias, de aquella tiranía adusta del viejo padre para con los hijos; de aquel sistema de castigos cruentos usado en las escuelas, a donde el látigo pasaba del hogar doméstico a la clase, amenazando caer indistintamente sobre las faltas de moralidad, las travesuras de la niñez o las infidelidades de la memoria, o las distracciones del espíritu para retener lecciones estériles de atractivo, vacías por lo jeneral de instruccion real. El doctor Castro Barros fué el terror de sus alumnos, i una vez encendida su saña, no conocia límites aquella terrible cólera,

suscitada acaso por un esquisito sentimiento del bien, o por exajerada idea de su autoridad. Créese jeneralmente que un sobrino suyo, Mendoza, quedó desde entónces imbécil, en fuerza de los golpes dados por su tio i maestro el doctor Castro Barros. Anécdotas tristes de esa violencia conserva la tradicion de las familias de la Rioja, i nosotros hemos conocido en San Juan un presbítero Torres, manso como un cordero, que fué sin embargo, el terror de la escuela del rei en sus años juveniles; prueba evidente de que esta violencia pertenecia ménos al carácter individual que a un sistema de ideas, que desconociendo todo derecho al error, a la debilidad i a la falta misma, no niega límites a la autoridad tutelar del padre o del maestro. ¿Qué son, en efecto, aquellos gobiernos de terror o de tutela que se han alzado despues en la República Arjentina, sino la recrudescencia de nuestras antiguas costumbres, i el hábito tradicional de autoridad inmoderada?

En 1808, Castro Barros abandona su colejio, vuelve a Córdova, enseña filosofía en la Universidad, i vuelve segunda vez a la Rioja, revestido del carácter de cura párroco de la ciudad. Aquí hai oscuridades que no nos es dado aclarar; construye una nueva iglesia en tres años, i el dia en que hace su solemne consagracion, recibe de Córdova la órden del obispo de la diócesis que lo depone de sus funciones de cura, devolviendo el curato a su propietario, que era el párroco a quien él habia sucedido. ¿Habia habido injusticia en esta primera destitucion? ¿Se le deponia a él, a virtud de reclamos de sus feligreses, por celo inmoderado en el servicio de Dios, por su conato de hacer desaparecer los escándalos del concubinato, para lo cual no pocas veces hizo cesion de los derechos matrimoniales? Lo que hai de averiguado es, que desde sus primeros pasos en la carrera del sacerdocio, ejerció sobre las poblaciones aquella tirantez que raya en tiranía i que va hasta intentar modificar las costumbres sociales, penetrar en el hogar doméstico i crear el escándalo por el conato irreflexivo de suprimirlo. Por entónces negó el cura Castro la comunion a la esposa de un señor Andueza, oriundo de Chile, arrojándola del templo violenta i públicamente, por haberse presentado en aquel santuario con *camison* o vestido largo, i peinado a la *inocente*, que consistia en un estravagante fleco de risos cortados a la altura de las cejas, como se ve aun en los retratos de la época. Decia el doctor Castro, que aquel camison era herético, porque con él se habia revestido a la reina de Francia para guillotinarla. Lo mas prudente es creer que el

sacerdote *español* defendia i sostenia la práctica de la *mantilla* española, traducida en América con los nombres de *saya*, manton, vestido de iglesia, etc. Este es uno de los asuntos favoritos del celo de no pocos eclesiásticos, i en mi infancia he presenciado en mi pais la perturbacion de la paz doméstica, obrada por el cura Uribe en la parroquia de la Concepcion de San Juan, el cual llevaba su intolerancia hasta colocarse a la puerta de la iglesia, i negar desapiadadamente la entrada a las mujeres que no venian vestidas de negro, en una época en que los tejidos de algodon negros, no eran tan comunes como hoi, i en un curato compuesto de millares de pobres. La tenacidad indiscreta del párroco llegaba hasta negar sus ausilios a los que le desobedecian en este punto capitalísimo, i la exasperacion del pueblo, hasta hacer necesario separar al párroco, por cuyos dias habia que temer. En el año pasado una dama francesa que acababa de desembarcar, despues de un largo i penoso viaje se dirijia a la Matriz de Valparaiso a dar gracias a Dios por haber salvado de los peligros del mar, con toda la efusion de una alma cristiana; no bien hubo entrado en la iglesia, alguien se le acercó i en voz alta i con jestos i signos de disgusto, le decia cosas que ella no entendia por no conocer el castellano, pero que la alarmaban i llenaban de confusion, viéndose el blanco de las miradas de todos. Alguno de los concurrentes que entendia frances le esplicó entónces que no era permitido a las señoras entrar con sombrero a la iglesia; i la pobre dama, creyendo que por equivocacion le habian indicado un templo de otra creencia que la suya, salió apresurada diciendo a su intérprete: "perdone Ud. señor, yo soi católica, i no conozco los ritos de esta secta." Entendiendo quizá que aquí está prescrito dejar el sombrero a la puerta de las iglesias, como en los paises mahometanos, las babuchas a la entrada de mezquitas.

He oido predicar a Castro Barros sobre el mismo asunto, i prodigar los epítetos de su cólera contra las mujeres profanas que llevaban el escándalo de las modas al santuario de Dios. Cuánto mas blando es el lenguaje de Clemente XIV, que reprobando la práctica de algunas beatas de su tiempo, decia, en una de sus célebres cartas: "yo no me pago de la piedad que se publica con carteles. La modestia no estriba en los colores. Algunas personas creen, i no se en qué se fundan, que los colores oscuros agradan mas a los espíritus celestiales; sin embargo, yo veo que nos pintan a los ánjeles con vestidos blancos o azules." Cuánto mas bello no era el pen-

samiento del obispo frai Justo de Santa María de Oro, a quien haciéndole fijarse un dia en las flores i atavíos de una jóven en la iglesia, decia sonriéndose: "déjenlas, pobrecitas! que oculten con flores el vacío de sus cabezas."

Preocupado de estas ideas, he estudiado en mis viajes las prácticas del mundo católico. En Roma, en el gran colejio de los jesuitas, en San Pedro, en la capilla Paulina, en San Apolinario, en todas las basílicas e iglesias, jamás ví persona con vestido especial para ir a la iglesia. Las señoras allí, en Francia, en Alemania, en toda la Italia, oyen misa sentadas en sillas de paja, con sus sombreros recargados de flores i de cintas de todos los colores que la moda prescribe, i los vestidos que llevan en sus visitas, En España existe aun la *mantilla* desde los tiempos de la inquisicion; pero sirve aquel dominó tanto para ir a la iglesia como para asistir a los toros, siendo de regla entre ciertas jentes tambien para encubrir las escapadas galantes; uso primordial que tuvo la saya en Lima.

A mi regreso a Santiago de Chile en 1848, espantóme el espectáculo que nuestras calles presentan en la mañana. Grupos de mujeres envueltas en mantos espesos que caen de la cabeza hasta los piés. Un vestido inventado en el pais, una desviacion de las costumbres de los pueblos cultos; la moda, la lei universal violada, oprimida, desechada. Oh! Alguna idea inmóvil domina en los espíritus! La inquisicion impuso la mantilla negra; Rosas la cinta colorada; signos de avasallamiento, de alguna tiranía dominante. Sacerdotes! el *manto*, la *saya*, el *vestido especial oscuro* para asistir a la iglesia, no son católicos, puesto que no son *universales*; son esclusivamente españoles, pero de la España colonizadora. Damas que os envolveis en mantos mortuorios, vosotras que nacisteis para reflejar la belleza típica de la creacion! estos vestidos no son cristianos, son árabes en su oríjen, limeños en su aplicacion. La mujer debe presentarse siempre como la caoba barnizada. Aseo, brillo, i sobre todo nada de envoltorios que dan la idea de que debajo de ellos hai desaliño, trenzas cortadas, vestidos desajustados, i neglijencia chocante. Nuestros celosos, creyendo producir esterioridades relijiosas, nos darán al fin la *tapada* de Lima, i será preciso un dia revivir las pragmáticas reales que han perseguido este estravío.

El señor Anduesa, resentido, agraviado por el ultraje hecho a su mujer, llevó la queja hasta el señor Orellana, obispo diocesano; sin que sea posible decir hasta donde se satisfizo con

la desposicion del cura, esta queja i otras mil que tenian turbadas las conciencias. El manuscrito de su biografía que tenemos a la vista, dice moralizando sobre este caso, que un ser activo no es premiado por los hombres sino por Dios, añadiendo que esta leccion importante le sirvió no pocas veces para ejercitar su resignacion. Pero esta esplicacion un poco teolójica, no es aplicable a los negocios humanos; un cura removido lo es por una autoridad superior i en vista de causas fundadas o infundadas. [1]

EL JENERAL DON MARIANO NECOCHEA[2]

(*Crónica* de 20 de mayo de 1849)

¡Oh capitan valiente,
Blason ilustre de tu ilustre patria,
No morirás; tu nombre eternamente
En nuestros fastos sonará glorioso,
I bellas ninfas de tu Plata undoso
A tu gloria darán sonoro canto,
I a tu ingrato destino acerbo llanto.

OLMEDO, *Canto a Junin.*

Ayer no mas acompañábamos al cementerio de Santiago los restos mortales del doctor Castro Barros, i hoi tenemos que deplorar la muerte de otro arjentino ilustre que duerme para siempre en tierra que no le vió nacer

1 Tenemos el sentimiento de anunciar a nuestros lectores, que nos vemos forzados a suspender por ahora la biografía del Dr. Castro Barros. La multitud de hechos que tenemos que rejistrar, tomados de fuentes auténticas i de noticias manuscritas que nos hemos procurado de testigos, compatriotas i compañeros del Dr. Castro, exijen el desenvolvimiento de un volúmen, i la actividad de la curiosidad pública, atraida hoi por las importantes cuestiones políticas, mal puede distraerse a asuntos lejanos o de un interes que no se toca con el momento presente.

Tenemos derecho de creer que las palabras en que ha terminado la *Revista Católica* su necrolojía no se dirijen a nosotros. Tenemos derecho, decimos, porque mal sentaria en boca de sus RR. el epíteto de calumnia, a los hechos que aun no se han publicado, por quienes los conocen, como testigos oculares, i que otro que los ignoraria no puede tacharlos de apócrifos, sin pruebas i sin antecedentes. (*Crónica* de 1.º de julio de 1849.)

2 Nacido en Buenos Aires el año de 1791, muerto en Miraflores, cerca de Lima, en abril de 1849.—*El E.*

A mediados del último mes de abril una tumba del panteon de Lima se abria para recibir a uno de los guerreros mas bizarros de la independencia, al jeneral don Mariano Necochea.

Tantas cicatrices gloriosas tenia en su cuerpo como granos la tierra que le cubre.

El jeneral Necochea fué uno de los jóvenes que ciñeron la espada en 1810 para sellar con su sangre los principios proclamados por la revolucion. Nacido en Buenos Aires, siguió con los ejércitos de su patria el derrotero luminoso que trazó la bandera azul i blanca, desde las orillas del Rio de la Plata hasta las faldas del Pichincha,

La naturaleza habia dado al jeneral Necochea las formas i el valor de un héroe griego. Al frente de sus granaderos, sobre su caballo de pelea, habria sido digno modelo del cincel de Canova, así como lo fué de los versos de Olmedo, cuando cayó en Junin agobiado de heridas i de gloria.

Hasta la tumba es elocuente para protestar contra la tiranía. ¿Porque el capitan como el sacerdote que casi a un tiempo han volado al cielo, no exhalaron sus últimos suspiros en el ambiente de la patria?

Para trazar la biografía del jeneral Necochea, seria preciso escribir la historia militar de tres pueblos que son hoi repúblicas independientes.

Su mérito como guerrero fué tan grande que solo San Martin i Bolívar pudieron ser superiores en los campos de batalla. Los laureles que dan sombra a su tumba son los laureles de Chacabuco i de Junin; i el nombre de Necochea es digno de escribirse dentro del círculo inmortal que comienza i termina con tales nombres.

EL JENERAL DON EUSEBIO GUILARTE[1]

(*Crónica* de 14 de julio de 1849)

La América española marcha adonde fatalmente la conducen sus antecedentes. Hai un abismo delante de ella, adon-

1 El jeneral boliviano Guilarte fué muerto en Cobija, en una sublevacion de cuartel. *El E.*

de caen sucesivamente unos estados en pos de otros; i los que quedan en pié aun i contemplan caer a los que les preceden, se dicen para sí: caen ellos porque son ellos, si fuéramos nosotros, seria otra cosa; i al dia siguiente cae a su turno el que tal decia.

En Méjico se llama guerra de castas; en Buenos Aires, de la ciudad i las campañas; en Montevideo, de estranjeros i nacionales!

Todos los nombres tiene el mal, ménos el jenérico, el técnico, que es descomposicion i castigo de los errores que se perpetúan desde que nos dejó la España.

Ahora es Bolivia la que cae, mañana será el Perú. ¿Cuándo le tocará a Chile su turno? ¡Oh! En cuanto a eso, está mui remoto; pregúntenselo sino a las sesiones de las cámaras que lo demuestran de una manera concluyente!

Bolivia habia marchado con su mal largos años; i mal que bien, viviendo i muriendo, seguia adelante con paso vacilante; pero hubo un niño que por ambicion del momento puso la mecha a la mina, un jóven jeneral, un Belsú que descubrió el secreto del poder, i los diarios nos han contado demasiado, harto ya lo que ha resultado. ¿Cuándo detendrá Belsú el torrente que ha desbordado? ¿Podrá hacerlo si quiere? Ojalá que por el bien de la parte mas elevada de la sociedad de Bolivia, i por el nombre de Belsú, manchado de sangre hoi, la tarea fuese posible!

¡Pobre jeneral Gilarte! tan valiente soldado como era ciudadano tímido, su cabeza ha rodado sin provecho de nadie.

Cuatro meses de intimidad, de vida i de alojamiento comun, nos habian dejado penetrar hasta lo mas recóndito de aquella alma blanda, vacilante, débil, i solo temible para los soldados en los campos de batalla, segun aparecia de su hoja de servicios.

Algunas cartas suyas, i un recuerdo que cambiamos al separarnos hace tres años, he aquí cuanto nos queda de aquel amigo, a cuya memoria no podemos dejar de tributar el aprecio que se merecia de todos, i la lástima de verlo sacrificado, solo para añadir una vergüenza mas para la América.

EL MARISCAL FRANCES BUGUEAUD

(*Crónica* de 2 de setiembre de 1849)

El viejo soldado del imperio ha muerto, i creeríamos faltar a la gratitud si no le consagrásemos un recuerdo a su memoria, desde el confin de esta América de que hablamos largamente una vez, pidiéndome el viejo veterano noticias sobre la guerra a caballo que hacíamos en la pampa, i que él ensayaba con suceso en el Tell contra los hijos de Ismael.

Aquel mismo M. Lesseps que vemos figurar en los asuntos de Roma, nos habia introducido a la presencia del gobernador jeneral de Arjelia, i la munificente hospitalidad francesa, por el órgano del mariscal Bugueaud, espidió órdenes i circulares a jenerales i kadies para que un americano pudiese recorrer la tierra africana, seguro i escoltado en medio de los enemigos de los cristianos.

De uno i otro conservamos, a mas de gratitud, recuerdos.

Era el viejo soldado hombre vivísimo de espíritu, escritor sesudo, i mui dado a las cuestiones de poblacion i emigracion, de que nos ocupábamos entónces i formaban el asunto de nuestra espedicion a los estremos de las colonias francesas.

El cólera se ha llevado al que las balas respetaron.

Siquiera es esto ménos aflijente que el triste fin del jeneral Guilarte, nuestro compañero de viaje, suprimido por la mano del asesino.

NECROLOJÍA DEL JENERAL SAN MARTIN

(*Tribuna* de 22 de noviembre de 1850)

El vapor nos ha traido la triste nueva del fallecimiento de uno de los grandes protagonistas de la independencia americana. El nombre de San Martin resuena ahora de un estremo a otro de la América. La República Arjentina, su patria, Chile i el Perú le tributarán los honores debidos a sus eminentes

servicios, pues que su nombre mezcla i confunde en uno solo estos paises durante el período célebre de la independencia.

El nombre del jeneral San Martin no resuena por fortuna en los oidos chilenos como un reproche. Chile habia cumplido para con el grande hombre sus deberes. Hace diez años que sin reclamo, sin solicitacion alguna, el gobierno de Chile, obedeciendo a un sentimiento de justicia i de dignidad, reparando la injusticia, la necesidad o el error de las pasiones del momento, rehabilitó el nombre del ilustre guerrero, i puso su espada al frente del ejército de la República. Esta reparacion comun a O'Higgins i a los oficiales dados de baja, es uno de los actos mas nobles del gobierno de Chile, i le ha merecido el respeto i la aprobacion de todas las naciones de América, muchas de las cuales no han estendido las muestras de su gratitud hácia el hombre eminente, mas allá de un público i estéril reconocimiento de su mérito i de sus servicios.

Los diarios de Europa vienen llenos de recuerdos de la gloria pasada del jeneral San Martin. Su carrera es efectivamente una de las mas estraordinarias que se conocen. Principiada a la edad de doce años en los colejios militares de la España, terminada en Lima despues de haber recorrido victorioso la mitad de la América, parece que le hubiera sobrado un pedazo de vida que ha pasado voluntariamente en la espatriacion.

Su nombre fué borrado literalmente de la historia contemporánea de la América, i a la injusticia de su época respondió con un obstinado silencio, i una oscuridad de vida de cerca de treinta años. Si la jeneracion que le sucedia podia hacerle aun cargos sobre los medios de que usó para libertar la América de la dominacion española, en la plenitud del poder de las armas, en la impulsion que la necesidad imponia a la voluntad i a los hechos, este acto de abnegacion, de anonadacion, bastaria para hacernos cautos.

Lo que él ha hecho, nadie o poquísimos lo han hecho ántes que él. San Martin es una de las mas grandes fisonomías de la América del sur, i su nombre ocupa ya en la opinion de todos los pueblos del mundo, un lugar no inferior al de Bolívar, a quien cedió su título de libertador.

San Martin ha debido dejar *memorias* escritas. Así lo ha asegurado al ménos el mismo a algunas de las personas que han merecido su confianza. Lo que es indudable es que en su poder estaba una masa inmensa de documentos relativos a su época i a los diversos Estados en que sirvió.

BIOGRAFÍA DEL JENERAL SAN MARTIN

(*Galería de hombres célebres de Chile*. Santiago. 1854)

Durante la famosa guerra de la Península, que tan honda brecha abrió al poder hasta entónces incontrastable de Napoleon, la juventud española, desprovista de otro teatro de accion para desarrollar las dotes del espíritu o la enerjía del carácter, acudia presurosa a los campamentos improvisados por la exaltacion guerrera del pueblo, i probaba a cada momento cuanta sávia circula aun por las venas de aquella nacion, cuyo vuelo han contenido instituciones envejecidas. La cordialidad fraternal que une fácilmente a hombres que tienen que partir entre sí iguales peligros i esperanzas, aumentábala el entusiasmo que exaltaba las pasiones jenerosas, haciéndola mas espansiva la jenial franqueza del carácter castellano. Entre aquella juventud bulliciosa, ardiente i emprendedora, tan dispuesta a una serenata como a un asalto, tan lista para escalar un balcon como una fortaleza, partian de habitacion i rancho dos oficiales en la flor de la edad, i llegados a los grados militares, que son como la puerta que conduce al campo de los sueños de ambicion. Era uno el capitan Aguado, llamaban al otro el mayor San Martin.

Las vicisitudes de las campañas separaron los cuerpos en que servian los amigos; terminóse la guerra; el tiempo puso entre ambos su denso velo; trascurrieron los años i no se volvieron a encontrar mas en el camino de la vida. Quince años despues, empero, hablábase delante de Aguado de los famosos hechos de armas en América del jeneral rebelde San Martin. Es curioso, decia Aguado, yo he tenido un amigo americano de ese apellido, que militó en España. San Martin oyó nombrar al banquero español Aguado. Aguado? decia a su vez, he conocido a un Aguado; pero hai tantos Aguados en España!....

San Martin llegó a Paris en 1824, i miéntras hacia una mañana su sencillo i ríjido tocado, introdúcese en su habitacion un estraño, que lo mira, lo examina i esclama aun dudoso, San Martin!.... Aguado, si no me engaño! le responde el huésped, i ántes de cerciorarse, estaba ya estrechado entre los brazos de su antiguo compañero de rancho, amoríos i

trancachela. I bien! almorzaremos juntos.... Eso me toca a mí, respondió Aguado, que dejó en un *restaurant* pedido almuerzo para ambos. Dirijiéronse luego de la *rue Neuve-Saint-Georges*, hácia el *Boulevard*, i andando sin sentir i conversando, llegaron, en la plaza *Vendome*, a la puerta de un soberbio hotel, en cuyas gradas lacayos con libreas tenian en bandejas de plata la correspondencia para presentarla al amo que llegaba. San Martin se detuvo en el primer tramo, i mirando con sorpresa a su amigo, "pues qué," le dijo, "eres tú el banquero Aguado?".... "Hombre, cuando uno no alcanza a ser el libertador de medio mundo, me parece que se le puede perdonar el ser banquero."

I riendo de la ocurrencia, i echándole Aguado un brazo para compelerlo a subir, llegaron ambos a los salones casi réjios, en cuyos muelles cojines aguardaba la señora de la casa.

Desde entónces San Martin i Aguado, el guerrero desencantado i el banquero opulento, se propusieron vivir i tratarse como en aquella feliz época de la vida en que ningun sinsabor amarga la existencia. Establecióse San Martin en Grand-Bourg, no léjos de Paris i a solo algunas cuadras de distancia del Chateau-Aguado, mediando entre ambas heredades el Sena, sobre el cual echó el favorito de la fortuna un puente colgado de hierro, don hecho a la comuna, servicio al público, comodidad puramente doméstica para él, i facilidad ofrecida al trato frecuente de los dos amigos. Por largos años los paisanos sencillos del lugar vieron sobre el Puente Aguado, en las tardes apasibles del otoño, apoyados sobre la baranda i esparciendo sus miradas distraidas por el delicioso panorama adyacente, aquel grupo de dos viejos estranjeros, el uno célebre por aquella celebridad lejana i misteriosa que ha dejado léjos de allí hondas huellas en la historia de muchas naciones, el otro conocido en toda la comarca por el don inestimable con que la habia favorecido. Murió Aguado en los brazos de su amigo, i dejó encargada a la pureza i rijidez de su conciencia, la guarda i distribucion de sus cuantiosos bienes.

Tambien ha muerto San Martin! Pero su nombre queda aun viviendo en las tradiciones de la América, hasta que la historia lo recoja para esculpirlo en sus tablas de bronce.

No es esta la tarea que nos hemos impuesto en estas breves pájinas. Los grandes hechos en que él tuvo la parte mas notable, requieren para ser narrados con verdad i exactitud, las vijilas del historiador, pues seria lijereza indisculpable,

lanzarse a tientas a retrazar el camino que siguieron aquellos que tuvieron en sus manos el destino de las naciones, i que con una palabra suya, o un movimiento de su mano, en momento dado, desquiciaron mundos o echaron a rodar dominaciones por largos siglos cimentadas.

En la márjen derecha del majestuoso Uruguai, mas arriba de las cascadas que interrumpen el tránsito de las naves, está situada entre naranjales i palmeras, la villa de Japeyú, habitada principalmente por indios de los que la misteriosa ciencia social del jesuita redujo a la vida civilizada, en aquellas comarcas que aun llevan en su memoria el nombre de *Misiones*, i que hoi entran a formar parte de la provincia de Entre-Rios. Allí nació don José de San Martin por los años 1778, i habiendo su padre dejado el gobierno de aquella poblacion ocho años despues, se estableció en España a fin de proveer a la educacion de su hijo, quien, en virtud de los méritos de su padre contraidos en el real servicio, fué admitido en el colejio militar de Nobles de Madrid, en donde aprendió los rudimentos científicos de la ciencia de las batallas, con que tan bellos i codiciables dominios habia de segregar mas tarde a la corona de España.

La guerra de la Península le ofreció a poco escuela práctica en que ejercitar las raras dotes que le habian de asegurar lugar prominente entre los grandes capitanes del siglo. Maestros eran en el arte de la guerra los enemigos a quienes el denuedo castellano tenia por empresa que vencer, i mas que en las operaciones de los suyos, iba diariamente, espada en mano i con ojo escudriñador, a cosechar laureles i lecciones en las filas de las lejiones imperiales.

San Martin estrenó su espada el dia mismo en que la España obtuvo su primera victoria, en la famosa batalla de Bailen, en que Castaños rindió a la division imperial de Dupont, i la Europa concibió la primera vislumbre de esperanza, de contener la audacia siempre feliz i cada vez mas invasora del vencedor de las Pirámides, de Marengo, de Jena i de Austerlitz. Desde allí, de grado en grado ascendiendo, bajo las órdenes sucesivas de los jenerales De la Romana, Compigny i Wellington, continuando su carrera entre triunfos, laureles i fatigas, en las campañas de Andalucía, Centro, Estremadura i Portugal, llegó a obtener el grado de teniente coronel i reputacion de uno de los oficiales mas diestros para asechar al enemigo, envolverlo o hacerlo caer en un lazo, en aquella guerra de asechanzas i de guerrillas; i del mas impertérrito

sableador cuando era necesario terminar a filo de espada la victoria que habian comenzado hábiles maniobras i sagaces estratajemas.

Sorprendiólo en medio de los campamentos la nueva de la insurreccion de la America, i una revelacion súbita de sus futuros destinos en teatro tan vasto i en empresa tan sublime, le hizo comprender que la guerra de la independencia que hacia en favor de la España, debiera hacerla contra ella en favor de su lejana i esclavisada patria. Desde entónces su partido estaba tomado, i dejando el servicio de la España, estranjero ya para él, embarcóse para Inglaterra, púsose allí en contacto con los patriotas, i se hizo a la vela para Buenos Aires, dando casi desde su llegado principio glorioso a la jigantesca obra de asegurar la independencia americana. Su primer ensayo fué la creacion del rejimiento de granaderos a caballo, aquel brillante cuerpo de jinetes que en Riobamba hacia alarde de su pericia, i dejaba atónito al gran Bolívar, i desconcertados, estupefactos, a los españoles que escaparon al filo de sus sables. Mostró por primera vez el temple acerado de su organizacion aquel por siempre famoso cuerpo de caballería, en el combate de San Lorenzo, a las márjenes del Plata, bajo el ojo esperimentado de su jefe, quien, elevado al rango el coronel, se fué a dirijir las operaciones del ejército del Alto-Perú, i pasó a poco a establecerse en la provincia de Cuyo, para emprender la reconquista de Chile, que las civiles discordias de sus hijos habian librado de nuevo al yugo de los antiguos amos. Todos los grados de San Martin en la carrera de las armas hasta esta época, son apénas comparables a la fogosa juventud que desarrolla i ejercita sus fuerzas. San Martin, intendente de Cuyo i jefe del ejército de los Andes en cuadros, hallábase en la edad feliz en que la ardiente impetuosidad del jóven está ya templada por la prudencia de la edad provecta. Treinta i seis años cumplia el guerrero que debiera subordinar una juventud indisciplinada i turbulenta, contener caudillos hostiles entre sí, escapados de los últimos descalabros de Chile, iniciar masas bisoñas en las artes i disciplina de la guerra europea, improvisar recursos en el corazon de la América, burlar la vijilancia i la estratejia española, i con los Andes nevados i casi inaccesibles por delante, i los recuerdos de la guerra de titanes en que anduvo confundido entre las lejiones de Napoleon i de Wellington, trazarse campos de batalla en Chile, i por entre la nube misteriosa de hechos futuros que la prevision i el jenio evoca, soñar en escuadras

flotando sobre el Pacífico, para deshacer la obra de Pizarro i acaso llevar su nombre, sus armas i sus victorias hasta Méjico, fundar naciones a su paso, i eclipsar con su gloria la de todos sus rivales en esfuerzos. San Martin en Mendoza es el jenio creador, el Hermes trimejisto de los antiguos, político, guerrero, diplomático. Brotan lejiones a su soplo, fecunda la ciencia de aplicacion, para injeniarse contra las dificultades, imprime a los suyos la conviccion de su fuerza, i tiene a sus enemigos en Chile aturdidos i desconcertados, sin poder penetrar el misterio que cubre los planes del astuto soldado que por medio de parlamentos solemnes con los indios, por cartas escritas por la fuerza, finjiendo revelaciones importantes, por rumores hábil i misteriosamente esparcidos en Chile por ajentes chilenos, patriotas i denodados hasta el martirio, hace durar tres años aquella farsa de Dijon que solo pudo engañar quince dias.

El 24 de enero de 1817 daba a un amigo el detalle de su plan de campaña, con ese laconismo de la prevision que es peculiar al jenio: "El 18 empezó a salir el ejército i hoi concluye todo de verificarlo; para el 6 (de febrero) estaremos en el valle de Aconcagua, i para el 15 ya Chile es de vida o muerte." El 15 entraba en efecto el ejército victorioso en Santiago!

Tenemos a la vista una larga correspondencia íntima de San Martin, que principiando en 1816 en Mendoza, continúa en Córdova, en Chile i en el Perú con el mismo individuo, i en esta crónica que el acaso ha salvado, se encuentran aquí i allí los eslabones de una cadena de sucesos que la historia ha recojido ya dislocados i separados. La correspondencia íntima de los hombres que han impreso su accion a los pueblos, es el mas auténtico documento que pueda citarse para apreciar el espíritu que guió a los protagonistas. ¿Quién se imajina, por ejemplo, que San Martin haya influido en la osada declaracion de Independencia del Congreso de Tucuman en 1816? Sin embargo, basta recordar que el doctor Laprida fué el presidente que firmó aquella célebre acta, para dar todo su valor a la influencia que en aquel acto tuvieron los diputados de Cuyo, que lo eran los señores Maza i Godoi Cruz por Mendoza; Laprida i Oro, (despues obispo) por San Juan. Con este antecedente, reunamos algunos fragmentos de la correspondencia de San Martin con algunos de esos diputados.

"*Campo de instruccion, Mendoza 19 de enero de 1816....* ¿Cuándo empiezan Uds. a reunirse? Por lo mas sagrado les

suplico hagan cuantos esfuerzos quepan en lo humano para asegurar nuestra suerte. Todas las provincias están en espectacion esperando las decisiones de ese Congreso. El solo puede cortar las desavenencias (que segun este correo) existen en las corporaciones de Buenos Aires.... Espresiones a los amigos, el padre Oro, Laprida i Maza....ıı

ıı*Abril, 12 de 1816, Mendoza*.... ¡Hasta cuándo esperamos declarar nuestra independencia! No le parece a U. una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener el pabellon i cucarda nacional, i por último, hacer la guerra al soberano de quien en el dia se cree dependemos? qué nos falta mas que decirlo por otra parte? ¿Qué relaciones podremos emprender cuando estamos a pupilo, i los enemigos (con mucha razon) nos tratan de insurjentes, pues nos declaramos vasallos? Esté U. seguro que nadie nos ausiliará en tal situacion, i por otra parte el sistema ganaria un cincuenta por ciento con tal paso. Ánimo! Para los hombres de coraje se han hecho las empresas! Vamos claros. Mi amigo, si no se hace, el Congreso es nulo en todas sus partes, porque reasumiendo este la soberanía, es una usurpacion que se hace al que se cree verdadero soberano, es decir a Fernandito.... ıı

Mendoza, mayo 24 de 1816.... Veo lo que Ud. me dice sobre el punto de que la independencia no es *soplar i hacer botellas*. Yo respondo que es mas fácil hacerla que el que haya un solo americano que haga una sola (botella).ıı

ıı*Córdova, julio 16 de 1816* (ya se habia hecho la declaracion el 9). ııHa dado el Congreso el golpe majistral con la declacion de la independencia. Solo hubiera deseado que al mismo tiempo hubiera hecho una pequeña esposicion de los justos motivos que tenemos los americanos para tal proceder. Esto nos conciliaria i ganaria muchos afectos en Europa. En el momento que el director me despache, volaré a mi insula cuyana. La maldita suerte no ha querido que yo me hallase en nuestro pueblo para el dia de la celebracion de la independencia. Crea Ud. que hubiera echado la casa por la ventana.ıı

ıı*Córdova, julio 22*. ııAl fin estaba reservado a un diputado de Cuyo ser el presidente del Congreso que declaró la independencia; yo doi a la Provincia mil parabienes por tal incidencia.... Ya digo a Laprida (el presidente del Congreso) lo admirable que me parece el plan de un Inca a la cabeza: las ventajas son jeométricas, pero por la Patria les suplico no nos metan una rejencia de personas, en el momento que

pase de una, todo se paraliza i nos lleva el diablo. Al efecto no hai mas que variar de nombre a nuestro director, i quede un rejente; esto es lo seguro para que salgamos a puerto de salvacion.»

Este singular proyecto no era la obra de San Martin, sino la de todos los grandes e intachables patriotas de aquella época. Belgrano, Sarratea, Rivadavia mas tarde, todos con San Martin creian en la posibilidad i la necesidad de monarquias; pero bien entendido con *dinastías*, sin las cuales pueden hacerse tiranías, pero nunca monarquias. La atmósfera de las ideas cambió mas tarde, i los promotores de aquel pensamiento aparecieron despues como monstruosidades fósiles de un mundo anterior. Los que culparen despues a San Martin de ambicion personal i de querer hacerse monarca en el Perú, deben tranquilizarse sabiendo que era la idea comun desde 1816 erijir monarquías por todas partes, i que no fué por falta de voluntad que se abandonó la idea. No es esta la única ilusion que ha tenido lugar i tiene aun en América, i no pocos de nuestros desastres actuales vienen del empeño de los hombres públicos, por error de concepto, hábito i educacion, de creer imposibles las instituciones libres.

A principios de 1817 movíanse de Mendoza aquellas huestes intactas como arma no probada aun, i en las Coimas, en la Guardia Vieja, donde quiera que encontraron fuerzas españolas, abrieron brechas profundas con un arrojo candoroso, que ménos parecia hijo del humano esfuerzo, que efecto de una alucinacion estraña i comun a jefes i soldados, inespertos en la guerra. Los viejos tercios españoles eran compuestos, segun la creencia del soldado, de algo ménos que hombres, de *godos, matuchos*, i otros apodos sin sentido, i que traian sin embargo al alma bisoña del soldado del ejército de la patria, la idea de una inmensa superioridad de su parte, i de la ineptitud ridícula i desmañada de sus enemigos. I sin embargo, esos enemigos! esos enemigos hoi, eran ayer los amos; i el mezquino godo, apénas digno de darle una lanzada al paso, como a vicho nocivo i dañino, habia poco ántes contenido las soberbias águilas imperiales, i libertado a la Europa humillada, dándola entereza con su ejemplo! Chacabuco es menos una batalla que una sorpreza hecha a la luz del dia, i despues de tres años de amenaza continua. Realizaba allí San Martin el grande axioma de la guerra, ser el mas fuerte en un punto dado. Las divisiones españolas que ardides de San Martin habian hecho dirijir al sur, llegaron a Santiago demasiado tar-

de para evitar o reparar el desastre, i el ejército victorioso de los patriotar entró a la capital en medio de las aclamaciones entusiastas del pueblo que los aguardaba hacia años, como a sus libertadores, i por cuyo triunfo oraba de rodillas todos los dias, ante las imájenes de la Vírjen, en el apartado retrete del asilo doméstico.

San Martin fué proclamado jefe de la restablecida república, i aunque no aceptó el mando, compréndese bien que todo el poder i las fuerzas activas de la nacion quedaron desde entónces a su disposicion para llevar a cabo la obra comenzada. Con suerte varia la guerra continuó al sur, a fin de desalojar a los españoles que se hacian fuertes en Talcahuano hasta recibir refuerzos de Lima. Un año despues el jeneral San Martin abria la campaña con trece mil hombres de línea, equipos i trenes que solo la Europa pudiera presentar iguales. El viejo ejército arjentino, veterano con una batalla en su foja de servicios, i las nuevas huestes chilenas, ardiendo en deseos de mostrar su denuedo, recibieron, no obstante, en la noche fatal de Cancha-Rayada, un jaque a su petulancia i leccion severa para su inesperiencia. Es seguro casi siempre el éxito de lo absurdo porque la prevision humana nada tiene prevenido contra ello. El coronel Osorio sujirió en consejo de guerra a dos mil españoles que debieran rendirse a discrecion al dia siguiente en Talca, echarse, a merced de las tinieblas de la noche, en medio del numeroso ejército patriota, i ver lo que saldria de aquella estravagancia. Un minuto mas tarde los dos mil hombres habria quedado en aquel campo sábiamente dispuesto, como el avecilla incauta que entra en la jaula preparada para aprisionarla. Sucedio todo lo contrario; la confusion se introdujo en el campo patriota; trece mil soldados i diez mil caballos i bestias de carga se desbandaron amedrentados por la grita i el estrépito de las armas; i los dos mil valientes españoles, en lugar de la muerte o el cautiverio que aguarbaban, encontraron una victoria sin sangre, pero no sin gloria, hecha aceptable por el botin mas rico que dejó jamas ejército americano.

San Martin huia de aquel campo sin darse cuenta bien de lo que le pasaba, i es fama que a su habitual confianza en el éxito, se sucedió mortal abatimiento de que lo sacó una Juana de Arco chilena que le salió al paso en Maipú, alentándolo a nuevos esfuerzos i dejándolo preveer, con fatídica seguridad de Sibila, un próximo i final triunfo. Desde aquel momento el jeneral San Martin halló en sí mismo el antiguo jefe im-

provisador de prodijios; el jenio de la estratajema reapareció mas alerta i fecundo i su poder de fascinacion mas activo. Entró a Santiago, i el ausilio de patriotas animosos mediando, reanimó los espíritus, reorganizó los restos de su desbandado ejército, haciéndose una éjida i un baluarte de los que el denuedo del jeneral Las-Heras habia conservado intactos. Tomó de nuevo la iniciativa, ordenando a sus granaderos a caballo que fuesen con Lavalle i otros desalmados a sablear a los infantes que venian avanzando a marchas forzadas i a paso de vencedores, hasta que en el llano de Maipú, de entre nubes de polvo i torrentes de sangre, se alzó por medio de la humareda densa el jenio de la América radiante de nuevo, i coronado de laureles. Mas que el atronador estampido del cañon, en las concavidades de los vecinos Andes, resonó por todo el continente la batalla de Maipú, no ménos funesta a la denominacion española que la final de Ayacucho. Perdido Chile, las Provincias Unidas garantidas, el Perú no estaba ya seguro, i Bolívar invadiendo desde el norte, San Martin desde el sur, el poder español seria al fin reventado por la presion de estas dos fuerzas en que venia concentrándose la América.

San Martin repitió en grande otra vez lo que en pequeño habia hecho ántes en Cuyo. Hizo de Chile una maestranza; i de la fortuna pública i de la de los españoles sobre todo, su caja militar. Las madres no habian parido hijos robustos sino para llenar los cuadros del ejército, ni los antepasados acumulado bienes sino para servir a la causa de la independencia de sus hijos. Entusiasmo o terror no importa, godos o patriotas, todos, todos debian contribuir a la grande obra. Con tales recursos i tal sistema, Chile se sobrepasó a sí mismo, i dos años despues, lanzó a los mares una escuadra, i sobre las playas del Perú, al pié del trono de fastuosos vireyes, un ejército de ocho mil veteranos. Lima se dió bien pronto a su libertador; los españoles se refujiaron en las montañas; la guerra llevó sus estragos al interior; la peste de los climas tropicales hincó su diente en las constituciones de los hombres de los climas templados; los desastres se mezclaron a las victorias; el ejército español reincorporó las divisiones que hasta entónces habian estado obrando sobre Salta i Tucuman, miéntras que San Martin por su parte, se ponia en contacto en Pichincha con el ejército de Bolívar; i todas estas causas obrando, la prolongacion de la guerra i la magnitud del teatro, la accecion de nuevos personajes, las fatigas de la campaña i las voluptuosidades de aquella Capua americana, la distancia

del punto de partida del ejército, i las ambiciones que desenvolvian i estimulaban trastornos e incentivos tan poderosos, ello es que la unidad de accion i de mando que solo hace de los ejércitos un instrumento en manos del que los dirije, empezó a desmoronarse. Acusábase a San Martin de espoliaciones en beneficio propio, de pretenciones a colocar sobre sus hombros la púrpura real, de haber abandonado el pabellon arjentino, haciendo de su ejército *condottieri* sin otra patria que los campos de batalla. La historia dará a cada uno de estos cargos su verdadero mérito; pero no estará por demas apuntar aquí, que San Martin, colocado en Chile en la disyuntiva de continuar la grande obra, o regresar a las provincias arjentinas a sofocar la guerra civil, como se lo ordenaba el gobierno de Buenos Aires, optó por lo primero, i para cohonestar paso tan aventurado, hízose elejir jeneral en jefe por el ejército mismo, dejando desde entónces aguzada la sorda lima que habia de destruir su propio poder. No eran mui fijas entonces las ideas en cuanto a la futura forma de gobierno, i estando los jefes españoles divididos entre sí en partidos políticos, San Martin dejaba traslucir a los *constitucionales* la posibilidad de monarquías americanas con aquella garantía. Conferencias i armisticios se celebraron sobre esta base, i a punto estuvieron fuertes divisiones españolas de reunirse a los independientes. Otra causa, i acaso la mas influente en los acontecimientos de la época, fué la proximidad de Bolívar i sus esfuerzos para anular a un rival, que por lo ménos partiria con él la gloria de libertar la América. La ambicion de Bolívar era inmensa como su jenio, i no bien estuvieron en contacto ambos ejércitos, i cuando mas urjente era obrar de acuerdo, Bolívar se mantuvo en la inaccion, impenetrable en sus designios, frio en sus relaciones, i hostil en actos que exijian armonía i buena intelijencia, tales como la ocupacion de Guayaquil, i reintegro de las bajas de la division de San Martin, que a las órdenes de Sucre i Santa Cruz habia ayudado al triunfo de Pichincha.

Este estado de cosas i la aproximacion de la época de la apertura de la campaña, inspiraron a San Martin la idea de abocarse con Bolívar, i disipar las nubes que acaso la distancia solo levantaba entre ellos. Solicitó al efecto una entrevista en Guayaquil, i fijado el dia, tuvo el sentimiento de saber, al acudir a ella, que Bolívar estaba ausente. Diéronse nueva cita, i esta vez se encontraron las miradas de los dos grandes protagonistas americanos. Aquella escena no tuvo en la

realidad nada de dramático; pero la historia i la poesía, evocando los antecedentes de aquellos dos hombres famosos que venian personificando a la América española, libertándola sucesivamente, i arrastrándola tras sí, el uno desde el istmo de Panamá al sur, el otro desde Magallanes al norte, hasta encontrarse un dia en Guayaquil, punto céntrico del continente, le darán una grandiosidad que el tiempo hará cada vez mas solemne.

Bolívar no correspondió a la marcial franqueza de su rival. En este punto están acordes la tradicion, el testimonio de San Martin, documentos irrefragables, i los hechos posteriores. Uno de los jefes de Bolívar, repitiendo rumores de vivaque, pone en boca de Bolívar frases que a ser ciertas serian un reproche mas contra él. Lo que hai de cierto es que Bolívar se sentia personalmente embarazado por la presencia de San Martin. García del Rio, grande admirador de Bolívar i que se halló en la entrevista, hacia notar mas tarde el contraste de aquella noble figura, imponente, elevada i verdaderamente marcial, con las formas ménos aventajadas de Bolívar, su mirar esquivo e inquieto, receloso de ser comprendido por aquel que no venia a otra cosa que a comprenderlo. Nada tenia Bolívar que ostentar ante San Martin, en cuanto a disciplina, brillo i capacidad de su ejército; mas, en la persona de Bolívar mismo, en su ánimo esforzado, en la pertinacia heroica de sus propósitos, en la audacia de su vasta ambicion i en su sed de gloria celosa i vengativa como las grandes pasiones, habia todo lo que caracteriza a los varones fuertes.

Probólo el resultado de la entrevista. San Martin no obtuvo nada; no encontró siquiera hombre con quien discutir los graves asuntos de la América. Halló en cambio una voluntad fria i persistente, un partido tomado, i un velo que era no obstante fisonomía humana, i que so pretestos frívolos, apoyándose en sofismas insostenibles, encubria pensamientos inescrutables. San Martin salió de allí vencido i juzgado. Era hombre no mas, Bolívar era el jénio de la dominacion i del poder.

San Martin vuelto a Lima, halló destituido del ministerio a Monteagudo, el pensamiento político a quien él habia confiado la direccion de los negocios; desmayado el ardor de los soldados, insolentes los jefes, i amotinada contra él la opinion pública que un año ántes se mostraba fanatizada. San Martin abdicó el mando, i se impuso voluntariamente el ostracismo

mas duradero, mas absoluto, que haya ofrecido jamás hombre alguno a la admiracion de la historia.

Desde este momento supremo, San Martin recupera toda la altura de un héroe, sin que un solo acto de su vida posterior la desluzca. Aquella addicacion es un bautismo que lavó todas las faltas, que en tan azarosas i estraordinarias circunstancias pudo cometer el que tanto poder acumuló en sus manos; i todos los rencores han debido ceder ante aquella abnegacion, que eliminaba bruscamente un nombre de la América, que dejaba una pájina de la historia inacabada i una frase sin sentido,

Casi treinta años han discurrido desde la época en que San Martin dijo adios en Lima a la gloria i a la América, i en tan largo espacio de tiempo toda ella se ha revuelto en fracciones i partidos. Bolívar ha muerto en el entretanto, luchando con algo peor que el ostracismo, con la oscuridad de las tinieblas, que despues de tanta luz i de tantos proyectos de ambicion colosal, creaba en torno suyo la reprobacion de sus contemporáneos. Ni una queja, ni un esfuerzo, ni una palabra se ha escapado a San Martin, de manera que la historia añadirá a la pájina que sin terminarse concluia en 1823, la fecha de su muerte acaecida en Boulogne-sur-Mer en 1851....

Pero para la biografía del hombre de corazon, cuántas pájinas preciosas quedan i cuántas lecciones abraza aquel intervalo! Despues de vagar por varios paises de Europa, el ínclito varon se fija en los alrededores de Paris, se hace campecino, sin boato como sin ostentacion de pobreza i desvalimiento, cual, para hacer antítesis a su pasado esplendor i poner en accion una ironía, suelen los caidos de las alturas del poder. Es campesino en el verdadero sentido de la palabra, poniendo al servicio de flores i legumbres, los hábitos matinales adquiridos en la vida militar. En Grand-Bourg, rodeado de su familia, viviendo para ella como en otro tiempo para la independencia de América, ha dejado acumularse sobre sus hombros lentamente los años, i deslizarse quietamente la vida, como se deslizaban a su vista las tranquilas aguas del Sena que llevan su tributo al vecino mar. Allí le vieron los americanos, allí le ví yo, admirado de que varon tan preclaro fuese viejo tan jovial i comunicativo, huésped tan solícito, abuelo tan *chocho* con sus nietos, jardinero tan intelijente en flores i melones, i administrador de inmensos caudales ajenos tan próbido i desinteresado. De América hablaba con efusion, como de un recuerdo de la juventud i

de lo pasado; preferia siempre los lances chistosos a los sérios, sobre los cuales era parco en detalles. De los primeros, hai uno que por su orijinalidad característica de la época, merece recordarse. Miéntras la espedicion de los Andes se preparaba en Mendoza, los realistas no perdonaban medios de sublevar contra él las aversiones populares. Un padre Zapata lo maldecia desde el púlpito, i comentando su nombre, decia a sus oyentes: "San Martin! su nombre es ya una blasfemia! No lo llameis San Martin, sino Martin, para que se asemeje mas a Martin Lutero, su prototipo en impiedad i sedicion contra las leyes divinas i humanas, el altar i el trono."

Supo el caso San Martin a su llegada a Chile, e hizo comparecer ante sí al amedrentado padre predicador, i torciéndose los bigotes para darse espantables aires de maton, i clavándole sus ojos negros i centellantes, cual si intentara fulminarlo: "Cómo! le dijo, so godo bellaco, usted me ha comparado con Lutero, i adulterado mi nombre quitándome el *San* que le precede!!.... ¿Cuál es su apellido?—Zapata, señor jeneral, respondió su aterrada i goda reverencia—Pues le quito el *Za* en castigo de su delito, i levantándose encendido en finjida cólera, i mostrándole la puerta, "lo fusilo, añadió con énfasis aterrante, si alguien le da su antiguo apellido." Mas muerto que vivo el pobre fraile salió a la calle, i como acertase a pasar a la sazon un su *quondan* amigo realista, asombrado de verlo salir de casa del jeneral insurjente, "cómo! lo atajó diciendo, usted por acá padre Zapata!....Pero aun no habia acabado la frase, cuando el padre, aterrado i con voz ahogada, i volviendo los ojos a la puerta de donde salia, temeroso de ser escuchado, le cortó la palabra diciendo: No! no! no soi el padre Zapata, sino el padre Pata: llámeme usted Pata, i nada mas que Pata, que la vida me va en ello....!

Era alta la talla de San Martin i marcial en estremo su talante, i tan a prueba de fatiga su naturaleza, que para todos los climas i estaciones, para la noche en las crestas nevadas de los Andes, i para el dia en los tórridos arenales del Perú, tenia el mismo uniforme, severa i minuciosamente prendido, i escento de todo adorno o aditamento que saliese del rigor del equipo del soldado. Bajo esta cubierta férrea, abrigábase una alma elevada, un espíritu ardiente, templado por la prudencia astuta e impenetrable de quien sabe anticipar los hechos, inventarlos a su placer, distraer las pasiones ajénas, subyugar las voluntades i hacerlas concurrir diestramente a

sus fines. A estas raras cualidades que incuban por años enteros un proyecto, ocultándole a las miradas aun de aquellos destinados a realizarlo, añadia San Martin el arte difícil de administrar, inventando recursos, i empleándolos con esquisita parcimonia, a fin de hacerles producir mayores resultados.

Sabia inspirar al soldado el arrojo hasta la temeridad, i la constelacion de jefes i oficiales que le acompañó a Chile, tuvo largos años fatigada a la fama, pregonando por toda América las hazañas caballerescas de verdaderos paladines. La estricta disciplina era el bello ideal a que la tirantez i severidad de su carácter le hizo aspirar siempre, llevándola hasta hacer de ella una tortura constante. Un boton de la casaca manchado por accidente, tenia a sus ojos la gravedad de un delito igual al abandono no motivado de un puesto de importancia.

A estas dotes que abarcan toda la existencia de los hombres, tomada por horas i por minutos, a esta facultad de descender a todo, prepararlo todo, i hacerlo concurrir a un fin, añadia la rapidez de la concepcion, i aquel golpe de vista que distingue a los hombres de accion, i que en la infinita complicacion de los hechos humanos, les hace descubrir uno, del cual dependen todos los otros, i que una vez destruido, arrastra tras sí la suerte de las batallas i la caida de los imperios. Puede aun apuntarse, como complemento, aquel, no sé si llamar desprecio de la especie humana, que dejan traslucir en sus actos los hombres eminentes, cuando descienden al campo de los hechos, i que les hace mirar la justicia, las leyes ordinarias, las fortunas i las vidas, como instrumentos u obstáculos, sin otro valor que el que les dan las circunstancias.

Nada de particular presentan los últimos años de San Martin, sino es el ofrecimiento hecho al dictador de Buenos Aires de sus servicios en defensa de la independencia americana que creia amenazada por las potencias europeas en el Rio de la Plata. El poder absoluto del jeneral Rosas sobre los pueblos arjentinos, no era parte a distraerle de la antigua i gloriosa preocupacion de independencia, idea única, absoluta i constante de toda su vida. A ella habia consagrado sus dias felices, a ella sacrificaba toda otra consideracion, la libertad misma. Pocos meses ántes de morir, escribió a un amigo algunas palabras exajerando las dificultades de una invasion francesa en el Rio de la Plata, con el conocido intento de apartar de la Asamblea Nacional de Francia, el pensamiento de hacer justicia a sus reclamos por medio de

la guerra. A la hora de su muerte, acordóse que tenia una espada histórica, o creyendo i deseando legársela a su patria, se la dedicó al jeneral Rosas, como defensor de la independencia americana....! No murmuremos de este error de rótulo en la misiva, que en su abono tiene su disculpa en la inesacta apreciacion de los hechos i de los hombres que puede traer una ausencia de treinta i seis años del teatro de los acontecimientos, i las debilidades del juicio en el período septuajenario. En todo caso los hombres pasan i solo las naciones son eternas, i aquella espada quedará un dia colgada en el altar de la patria, i envuelta en el estandarte de Pizarro, para mostrar a las edades futuras el principio i el fin de un período de la historia de Sur-America, desde la conquista hasta la independencia. Pizarro i San Martin han quedado para siempre asociados en la dominacion española.

DON JUAN DE DIOS VIAL DEL RIO[1]

(*Tribuna* de 29 noviembre de 1850)

Ayer a las tres de la tarde se ha estinguido una de las antorchas de nuestra judicatura. El señor don Juan de Dios Vial del Rio, presidente de la Corte Suprema, senador i consejero de estado, ha dejado de existir.

Cuarenta años de administracion de justicia lo habian hecho un oráculo en la difícil ciencia del derecho.

El señor Vial del Rio pertenece al escojido número de hombres que han creado, por decirlo así, la reputacion de saber i de integridad que ha hecho de nuestra Corte Suprema un areópago ante cuyas decisiones se inclinan respetuosamente las opiniones casi siempre varias de los jurisconsultos.

Es opinion comun que la América del sur no tiene nada que oponer a la dignidad de nuestros altos tribunales, i la administracion de justicia en toda su pureza e integridad, es el mas claro de los progresos que el pais ha hecho despues de su reorganizacion política.

1 Nacido en Concepcion en 1779. *El E.*

Todas las instituciones son un vano simulacro donde la justicia sigue la impulsion de las pasiones, o cede al soplo de la política o a la influencia de los que mandan.

Al señor Vial del Rio se deben en la parte que le cupo, gran parte de los cimientos echados para preparar el esplendor de nuestra administracion de justicia.

El nombre de don Juan de Dios Vial del Rio se mezcla honrosamente a todas las faces de nuestra historia contemporánea, i su dictámen en el senado se ha convertido en gran número de las leyes que nos rijen.

DON MANUEL MONTT

CANDIDATO A LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA DE CHILE

(Santiago, mayo de 1851. *Imp. de Belin*)

I

Los cuatro años que sucedieron a la desastrosa derrota de nuestro ejército en 1814, fueron para Chile los mas aciagos que su historia recuerda. Antes de haber probado las dulzuras de la libertad, apénas entrado Chile en la vida de los pueblos independientes, la dominacion española volvió a reconquistar la capital, i establecer en ella su cetro de fierro. Los jefes españoles no venian esta vez a gobernar sino a comprimir; la violencia sucedia a las leyes coloniales, i la terrífica policía de San-Bruno ocupaba el lugar que habia dejado vacío la justicia. Ser chileno era por lo ménos un antecedente sospechoso, i haber mostrado amor por su pais un crímen que debia espiarse por los sufrimientos en los calabozos o en el desamparo de Juan-Fernadez. La delacion era la única virtud que los dominadores premiaban, i sus revelaciones eran el diario que daba direccion a los negocios. Mostrar un semblante triste era muestra de llorar en silencio la esclavitud presente, i si la animacion se dejaba ver en las fisonomías ante aquel tribunal de desconfianzas, era signo manifiesto de que al-

guna esperanza abrigaban los rebeldes de sacudir lo que ellos llamaban sus cadenas, i sus opresores simple obediencia debida al lejítimo señor.

Hacian mas azarosa esta situacion de los ánimos los aprestos militares que se hacian en Mendoza para recuperar la perdida libertad de Chile, los rumores de esperanza i de triunfo que hacian circular emisarios invisibles, las resistencias populares, que desafiaban con ventaja a los lejionarios castellanos, la amenaza continua de un levantamiento en masa. En este estado de cosas, el soldado adquiere en el seno de las poblaciones mayor importancia que sobre el campo de batalla. Siendo enemiga la tierra, i escondiéndose la rebelion en el corazon de cada habitante, el soldado es el gobierno subdividido en átomos de fuerza, para espiarla i comprimirla si osa manifestarse.

Los temidos cuanto odiados soldados españoles recorrian entónces el pais con la amenaza en los semblantes. Las poblaciones desarmadas huían a ocultarse de su presencia, los grupos se disipaban en las ciudades a su aproximacion, i las madres maldecian a veces de la beldad de sus hijas, que no siempre era posible sustraer a las codiciosas miradas de aquellos díscolos. Hácia el año 1816 tuvo lugar en los confines del llano de Maipo una escena que la historia no ha rejistrado aun en sus pájinas. El nombre de doña Paula Jara-Quemada ha ido a asociarse en la memoria de los pueblos al de las mas ilustres heroinas americanas. Su voz llena de la uncion de una profetiza, su mano apoyada sobre el hombro de San Martin, agobiado por las fatigas i el desencanto de la triste noche de Cancha-Royada, volvia a aquella alma enérjica la esperanza, i comunicaba el fuego de su entusiasmo a aquellas fibras aletargadas. La pintura histórica la representará un dia en aquella escena, seguida de sus hijos i de la pintoresca turba de campesinos chilenos, que venian bajo la inspiracion de la heroina a llenar los vacíos que en el ejército patriota habia dejado el pavor de una sorpresa nocturna.

Pero dos años ántes de aquel suceso, se revelaba la mujer fuerte en el seno mismo de la familia. A la caida de una de esas tardes apacibles i animadas que caracterizan la naturaleza de Chile, doña Paula Jara-Quemada habia llegado insensiblemente desde su casa de campo, sita en el llano de Maipo, i siguiendo la avenida larga que precede con frecuencia a estas antiguas casas, hasta el camino real que sirve de comunicacion entre Santiago i las campiñas del sur. A poco andar i pa-

seando a uno i otro lado sus miradas distraidas, reconoce entre los pasantes la figura bien conocida de un antiguo amigo, acompañado de un niño en la mas tierna edad. Era un patriota que iba a pedir a las fragosidades de las montañas circunvecinas asilo contra la persecucion de los españoles, ante quienes estaba señalado como conspirador. La circunstancia de ser perseguido era en aquellos dias calamitosos un título de hermandad para todas las almas jenerosas. Doña Paula modificó el plan de ocultacion, ofreciendo al fujitivo su casa, desde donde podria descubrir desde léjos a los que se acercaban, i a cuyo fondo estaba un estenso i tupido cañaveral inaccesible a las pesquizas. El dia lo pasaria el prófugo en aquella guarida, i las veladas pasaríanlas ambos huéspedes discurriendo sobre el porvenir de la patria oprimida, i comentando aquellas noticias siempre favorables, exajeradas hasta lo imposible por el deseo i que entretienen la esperanza de los oprimidos.

Ya habia algunos dias que gozaban de la escasa ventura que esta situacion ofrecia, cuando de improviso asomó en la avenida que da entrada a la habitacion una partida de soldados españoles. El prófugo ganó su escondite, el niño que lo acompañaba quedó atisbando, con la natural curiosidad infantil lo que pasaba, i doña Paula Jara, patriota conocida, madre de lindas hijas, i propietaria acaudalada, se preparó a recibir a los temibles huéspedes. Era costumbre entónces hacer requisiciones de víveres, de caballos, de forraje para las tropas, i ni la cantidad ni el título se discutian entre el que las exijia espada en mano i el que entregaba con la rabia en el corazon.

—Las llaves de la bodega, dijo el oficial por todo saludo al acercarse, i señalando un costado de los edificios.—¿Necesita Ud. provisiones? las tendrá Ud. en abundancia.—Las llaves pido.—Las llaves no se las entregaré jamás. Nadie sino yo manda en mi casa.

Estas escenas, en que el acento i la actitud de los personajes dicen mas que las palabras, no se describen; cada uno las siente.

Ciego de cólera, el oficial mandó a su tropa hacer fuego sobre la insolente mujer que pretendia poner coto a su voluntad soberana. Pero la exitacion habia sido recíproca; doña Paula, miéntras la tropa ejecutaba el movimiento precursor de muerte, habia avanzado desde el dintel de la puerta, i casi tocado con su pecho las carabinas tendidas horizontal-

mento. El oficial desconcertado i a punto de cometer un asesinato, paseó una mirada vengativa a su alrededor, i como si hubiese encontrado venvanza i castigo sin mancha para él, "incendien la casa" gritó con voz estentórea i ademan que no admitia réplica ni demora. Acertaba a encontrarse cerca del pié de la mujer indignada el tradicional brasero que mantiene el calor del agua caliente para el mate, tan frecuentado entónces, i haciendo rodar brazas i bracero hasta los piés de los soldados atónitos, "he ahí el fuego" replicó, señalándolo a los que iban a buscarlo.

Despues de un momento de silencio, el oficial se desahogó en amenazas, volviendo la brida a su caballo i fuése con los suyos, dejando escapar un torrente de maldiciones. El niño aquel de que hemos hablado, habia presenciado esta estraña escena, i tan profunda impresion debió dejarle, que hoi en la edad madura, la recuerda en sus mas mínimos detalles. Pero la direccion moral dada a su carácter, ha debido escapar siempre a su observacion. El ejemplo de las grandes virtudes es una semilla que jermina en el ánimo tierno de la infancia, como el escándalo es el peor de los tósigos que agotan su alma. Un niño ignora sin duda cuánto importan las bellas acciones que nosotros admiramos; pero en aquella que presenciaba, habia una leccion que desbarataba todas las ideas que a su edad se alcanzan. ¡Cómo! Hombres armados retroceden en presencia de una mujer! ¡En lugar de lágrimas i de súplicas, se puede dominar al fuerte con la entereza! ¿Hai entónces otra fuerza mayor que la de las armas i la de la violencia? El deber, el derecho, la justicia, podrán mas que el número?.... El niño aquel se llamaba Manuel Montt......

En 1837 pasábase en el palacio de gobierno otra escena análoga. No ya una partida de soldados, sino una parte del ejército de línea sublevado en Quillota, amenazaba sumir de nuevo el pais en el caos de que á fuerza de sacrificios habia logrado salir. La sangre de Portales, derramada por setenta i dos heridas, daba a la rebelion los prestijios del terror a que pocos saben resistir. La turbacion reinaba en los ánimos, i entre la primera impresion de pavor, i la resolucion que ha de conjurar la borrasca, median ordinariamente instantes de incertidumbre, cuya prolongacion puede ser fatal a los estados puestos en conflicto. Don Manuel Montt, oficial mayor de uno de los ministerios de gobierno, se presentó en los salones de palacio no bien supo la catástrofe de Quillota; i miéntras se tomaba una resolucion definitiva en los consejos

de gobierno, empezó a tomar las medidas que la prudencia aconsejaba, cual si obrase en las circunstancias ordinarias. Desde aquel momento supremo, el ménos sagaz pudo ver ya un ministro de estado en el jóven lleno de entereza i de discernimiento que ocupaba accidentalmente el empleo de oficial mayor de secretaría.

En 1849 vuelve a presentarse el mismo acto, bajo formas distintas, El pais ha dado un paso inmenso desde los desórdenes de Quillota; la fuerza numérica, la revuelta, la violencia han asumido otras formas. No ya los soldados, sino una mayoría parlamentaria, disciplinada bajo una inspiracion de partido, ha resuelto trastornar las instituciones, arrogándose un poder que no le compete, i falsificando por la base la constitucion. Puede admitirse en teoría i aun en la práctica la omnipotencia de una o de dos cámaras; la no injerencia del presidente en la formacion de las leyes, i aun la completa anulacion de la iniciativa del ejecutivo ante las mayorías parlamentarias. Puede aun admitirse la supresion de la presidencia misma como una rueda inútil o embarazosa de las que constituyen el poder público, i por tanto la eleccion directa hecha por los parlamentos de ministros ejecutores de sus voluntades soberanas. Pero estas novedades que las naciones pueden ensayar en la aplicacion de los principios, no pueden injertarse en las constituciones vijentes, contra el espíritu que las dictó, i en contradiccion abierta con el testo literal. Son sistemas distintos que se escluyen unos a otros, i no pueden amalgamarse entre sí sin que la sola tentativa de efectuarlo traiga la completa perturbacion en la economía de las funciones públicas.

En 1849, una coalicion de la municipalidad de Santiago i la mayoría de la cámara de diputados, habia concebido la idea de imponer al presidente de la República, que tiene el derecho de veto sobre ambas cámaras, como en los Estados Unidos, ministros de su color político, emitiendo la última de aquellas dos corporaciones un voto público de desaprobacion de los actos políticos del presidente bajo la máscara de los ministros. Si este designio hubiese prevalecido, nuestras instituciones habrian cambiado de hecho, alzándose la municipalidad en comuna, la cámara en convencion, i deprimida con este acto la presidencia, erijídose el ministerio en comision de salud pública, que a su vez podia traer al presidente a la barra de los acusados. Toda nuestra jerarquía política iba a ser trastornada. El diputado don Manuel Montt,

acompañado de una débil minoria en la cámara, acometió la árdua tarea de contener aquel avance de un cuerpo constituido sobre las atribuciones de otro. Nadie ha olvidado las emociones del público de Santiago en aquel dia solemne, ni la inquieta solicitud con que los ciudadanos permanecieron por centenares, rodeando el local de las discusiones, silenciosos desde que el diputado Montt, en nombre de la cámara, habia llamado al sentimiento de su deber a los exaltados que intentaban forzar las puertas. "Bajo estas impresiones" decia un diario de la época, "comenzó el debate mas memorable de que pueden honrarse los fastos parlamentarios de Chile. Media docena de diputados, sin otra arma que la palabra, la moral i la justicia, iban a luchar con una mayoría ligada entre sí por los vínculos de la familia. Estaban a puerta cerrada, i amigos i enemigos podian contarse, aun ántes de haber comenzado el debate. Oh! si los tesoros de elocuencia, de sentimiento i de dignidad prodigados a manos llenas en aquellas cinco horas de lucha parlamentaria, hubiesen podido llegar a los oidos de ese público inmenso que rodeaba silencioso el santuario vedado, el público i la cámara se hubiesen dado un abrazo ayer, prometiendo algunos años de ventura mas al pais. Don Manuel Montt tan parcimonioso en el uso de la palabra, Montt a quien hasta ahora se le habia visto en los anteriores debates silencioso viéndo azotarse en torno suyo las borrascas parlamentarias, Montt abrió el debate, vituperando al señor presidente la precipitacion con que se habia convocado a los miembros de la cámara, de manera que muchos diputados que no se hallaban en sus casas, no habian podido asistir al debate. Observábase en efecto que la mayoría misma no se componia de mas de veinte miembros, miéntras que en sesiones ménos interesantes, se habian hallado presentes veinte i ocho. Podia ser la mente del señor presidente sorprender al público que andaba rondando, ajitado i deseoso de conocer la hora de la apertura de las sesiones, precausion mui buena para evitar la alarma jeneral; pero este procedimiento era tachable por cuanto podia servir para desviar a los diputados que no marchan de acuerdo con la mayoría, dando al presidente que pertenece a ella aires de ceder a una parcialidad culpable.

"El diputado Montt, encerrado, estrechado, oprimido por la masa de votos, ha desplegado en aquella jornada poderes que sus amigos i admiradores no le conocian. Su semblante se habia transfigurado rebosando dignidad i calma solemne;

i en aquella fisonomía, pálida hasta parecer blanca, resaltaban dos ojos henchidos de afectos i de emociones, brotando chispas de entusiasmo i de coraje. Su alma estaba allí en sus ojos, su corazon en la voz, cuya enerjía templaba la blandura de los sentimientos. Era el leon acosado que defendia sus cachorros, la constitucion i el órden, que querian matarlos, i como aquel gran capitan agobiado bajo el peso aplastador del número en 1813 defendia la Francia, el diputado abria la terrible campaña maniobrando hábil i valientemente en el reducido terreno que le dejaba la mayoría con el reducido número de diputados desligados de todo pacto que se ha dejado penetrar en la cámara.

"Lo que el público ha perdido de emociones, de persuasion, de elocuencia, de sentido comun i de coraje en esta memorable sesion, no podrá recuperarlo en ninguna otra. Acaso el severo diputado recaiga de nuevo en esos períodos de silencio de cuya prolongacion se quejan sus amigos. Montt vencido en todos aquellos atrincheramientos que creyó encontrar en la conciencia de la cámara i en el reglamento, aceptó la batalla campal en que tenian que medirse uno contra cuatro, en el terreno escojido i preparado de antemano por sus adversarios. Ahora que estaban a puerta cerrada, el *delenda est Cartago* era "a la votacion, a la votacion." Volvia la réplica de hierro de Montt, i despues de alguna observacion superficial, concluia el uno o el otro con el favorito: "a la votacion, a la votacion."

Si este carácter político que nos proponemos diseñar no estuviese aun bastante definido, la sesion de la fecha en que se quiso negar la sancion de la lei de las contribuciones, o al ménos posponerla, como medio de ejercer intimidacion sobre el ejecutivo, lo mostró en toda su luz, como un poder moral, obrando sobre el ánimo de los demas hombres, por la influencia de la razon, i reteniendo las voluntades en los límites trazados a la accion de los diversos poderes por la constitucion.

El *Progreso*, su oponente político, rindióle en aquella ocacion este homenaje: "el señor Montt, dice, es indudablemente un buen orador, i dejando a un lado las prevenciones de partido, hace honor a Chile tener hombres parlamentarios de ese temple, que cualquiera que sea la bandera que siguien, pronuncian discursos elocuentes, dignos de ser oidos en cualquiera asamblea del mundo." Sus mas obstinados adversarios enmudecieron aquella vez, dominados por el senti-

miento del deber que nos impone sostener la institucion duradera, contra los embates del interes momentáneo.

No es necesario acudir a la relacion de aquella sesion, hecha por un actor en el drama i un testigo ocular. Estos actos esplicarán mas que todo razonamiento, la verdadera manifestacion del poder i de la influencia que ejerce, i de la enerjía pacífica que caracteriza a don Manuel Montt; poder que desarma la voluntad, convenciéndola; influencia que domina las resistencias, sin violentarlas; enerjía que detiene al mayor número en el camino estraviado. Estas fuerzas, mas que las de las bayonetas, son dignas de un pueblo libre i de hombres civilizados; don Manuel Montt *temible* en un banco de la cámara, al frente de una mayoría hostil o desafecta, sin otra arma que la palabra, sin mas apoyo que la constitucion i la lei, es sin duda el mas digno espectáculo que puede presentar Chile ante las naciones civilizadas. Nada tendria que envidiarle a los Estados Unidos, a la Inglaterra i a la Francia, i mucho tendrian por el contrario que aprender de él los estados americanos.

"Es una fortuna que en el seno de aquel cuerpo existan hombres de convicciones, de probidad i de estudios; hombres que aman la constitucion, que la comprenden, que la hayan visto vivir, por decirlo así, en las aplicaciones, mediante largos dias de observacion personal. I tambien es fortuna que se presenten ocasiones nuevas e imprevistas para que la razon avezada i la palabra convincente puedan esplicar la mente i el espíritu de las determinaciones constitucionales.

"El discurso del señor Montt ha sido una alta leccion de derecho público: cada uno de los puntos que aclaró en él, pudiera servir para testo de un libro en comentario de nuestras leyes constitucionales; todo iluminado con el resplandor de la lójica, todo dirijido al corazon i a la cabeza por medio de los estímulos de la verdad, que siempre convence, del patético que se apodera vencedor de la sensibilidad del que escucha.

"Cuando el señor Montt pronunció la última palabra de su discurso, la atencion de la cámara i del pueblo habia llegado a ese profundo silencio, tributo elocuente de admiracion i de emociones sentidas, que a veces se nota en el templo ante las mas alta verdades. Era en nombre del culto de la patria, en nombre de la salvacion del pais, que hablaba el orador con fé i con conviccion. La conciencia manchada de los conspiradores de esa noche, sentia en cada palabra

del señor Montt el diente roedor del remordimiento, i el despecho mismo de los vencidos sin réplica no encontró ni pudo usar de otra manifestacion que la del silencio. Profundo silencio. Nadie osó tomar la palabra; todos los gladiadores estaban vencidos, anonadados; la oposicion se habia medido i hallándose pigmea; los cedros de insolencia se arrastraban como hisopos en el silencio.»

Despues de estas escenas i de la conducta honorable que de parte del diputado Montt las habian caracterizado, el público le acordó la consideracion que nunca niega a los sentimientos elevados i al carácter. La cámara habia sido electa bajo inspiraciones que estaban mui léjos de ser favorables a don Manuel Montt. El debate perlamentario de dos años le atrajo lentamente a esos mismos miembros de la cámara, que tanta cruda oposicion le habian hecho a los principios, i seria necesario suponer un alto grado de degradacion en hombres como sus adversarios, si atribuyésemos a otro motivo el cambio en sus ideas, que a un sentimiento de justicia, i al convencimiento que trae al fin el contacto diario i el exámen detenido de las cuestiones que dividen los pareceres. ¡A qué servirian sin esto el talento, la virtud i las luces, ni qué importarian para la mejora i progreso de las sociedades, las instituciones parlamentarias, si al convencimiento que es el objeto del debate, hubiera de oponerse el propósito concebido de antemano, i hacerse un honor cada diputado de ser inaccesible i sordo a las desmostraciones de la razon victoriosa!

II.

En 1840, don Manuel Montt, jóven de treinta años, aparece por la primera vez en la escena política, ocupando un alto puesto i ejerciendo una influencia decisiva en los destinos del pais. Hoi que podemos volver la vista sin preocupacion, sobre aquella época que ya pertenece a la historia, trazaremos algunos de los principales caractéres que distinguen el período anterior, del que le ha sucedido.

Chile habia sufrido todas las convulsiones que acompañan a la formacion de los estados nuevos, i tan prolongadas en América que se las considera como su estado natural. A las tentativas frecuentes de conmocion, se habia sucedido un go-

bierno que aun no tenia hasta 1840 la sancion que dá el tiempo i el ejercicio regular de las instituciones. La constitucion no habia adquirido aun en los espíritus la fuerza de lei orgánica i de regla para la solucion de todas las dificultades que trae la vida social. El gobierno, luchando aun con las resistencias, habia tenido que armarse de severidad para subsistir, escluyendo de la administracion a un partido en masa, agriado por la persecucion, e inqueto por su seguridad.

El desarrollo de los intereses materiales de la sociedad en jeneral, no entraba sino como un deseo en el espíritu del gobierno. Los caminos públicos estaban en el estado de naturaleza, i aun el que el gobierno colonial habia abierto de Santiago a Valparaiso, yacia casi completamente destruido. La educacion pública no existia, si no es en el instituto, cuyo plan de estudios se resentia aun de la escasez de los medios i de la limitacion de la enseñanza. Basta hechar una ojeada por los presupuestos presentados a las Cámaras ántes de aquella época, i juzgar, por la exiguidad de las partidas consagradas a-la apertura de caminos i a la creacion i dotacion de escuelas, de la importancia que estos ramos esenciales de la administracion tenian entónces. La política absorvia la atencion de la sociedad i del gobierno; política de pasiones agriadas por la resistencia i por la represion, sin que ofreciese para lo sucesivo esperanza de entrar en un camino mas ancho.

Conveníale a Chile entónces calmar la exasperacion de los partidos, fomentar la industria por la viabilidad del pais, i educar las jeneraciones nuevas para prepararlas mejor a la vida política. Sin estos trabajos preparatorios, Chile habria seguido, como el resto de la América, dando vueltas en un círculo eterno de desórdenes, de constituciones juradas i derogadas por la violencia, de cambios sin término, de alarmas contínuas i de malestar perpétuo. Esto ha sido por lo ménos la suerte que cabe hasta hoi a la jeneralidad de las repúblicas hermanas, i no hai razon por qué escluir a Chile de la regla jeneral, si no queremos conceder a la ciega casualidad, lo que la intelijencia de los hombres públicos, favorecida por el buen sentido nacional, puede con justo título revindicar para sí.

Don Manuel Montt, acompañado de un gran número de ciudadanos, emprendió en 1840 sacar la política de Chile del camino en que los antecedentes la habian echado, i la candidatura del jeneral Búlnes, ligado a los hombres que estaban a la cabeza del gobierno, i simpático a sus opositores, fué el

resultado i la representacion de esa política de conciliacion que debia poner un término a las pasadas divisiones i comenzar una nueva época para el pais.

Sin romper con los hombres notables que habian fundado el gobierno en 1830, la nueva política se consagró a atraerse a los mas distiguidos ciudadanos de aquellos que hasta entonces figuraban a la cabeza de la oposision. El ministerio que inició el primer período del jeneral Búlnes, en realizacion de la mente de los que aconsejaban su política, tiene tales caracteres, que los mas obsecados se verian forzados a reconocer en él la sinceridad del propósito anunciado. Entraron a formarlo el mas jóven de los jenerales del partido llamado pipiolo; el mas jóven de los antiguos ministros del pasado gobierno, i el mas jóven de una de las familias llamadas pelueonas. El jeneral Aldunate, don Manuel Renjifo, i don Ramon L. Irrázaval, llenaban todos los requisitos que podria apetecer la opinion pública i el interes del pais. Moderados en sus ideas, llenos de patriotismo i de luces, sin enconos de partido, triste legado que habian dejado en los ánimos las pasadas luchas, estos colaboradores llenaban cumplidamente el cuadro que habia trazado don Manuel Montt a la política, i la promesa hecha a la nacion en la eleccion del jeneral Bulnes.

Desde que la direccion de los negocios públicos en los diversos ramos de la administracion quedaba puesta en manos tan competentes, los actos del gobierno no pertenecen a este o al otro individuo, sino que solo sirven para mostrar el espíritu jeneral que guiaba las deliberaciones del gobierno, mediando para ello la buena voluntad con que el presidente acojia toda idea de reconocida utilidad. Así fué el primer paso de la administracion borrar en las leyes todo rastro que acusase la malquerencia de los partidos, como se queria hacer desaparecer sus huellas en la sociedad. Propúsose al congreso i fué sancionada la lei de amnistía jeneral, sin esclusion de persona, por la cual fueron dados de alta en las filas del ejército, todos los antiguos servidores de la patria que la exijencia de la tranquilidad pública o las exasperaciones de partido, habian separado del servicio.

Este acto tiene tales caractéres de grandeza i de fuerza moral, que no debemos dejar pasar la ocasion de apreciarlo en todo su valor. Como principio de administracion era mostrar por la rehabilitacion de un gran partido en las filas del ejército, que la era revolucionaria i de revueltas americanas quedaba cerrada para Chile, principiando una nueva época eminente-

mente nacional, aceptando todas las tradiciones de la independencia, lavándolas de toda mancha como un legado sagrado. Como medida gubernativa, era la muestra de la fuerza moral con que el gobierno contaba para lo sucesivo, i la seguridad que tenia de la continuacion del órden, basado en las instituciones i en el respeto a las leyes. Al reincorporar en el ejército a los oficiales dados de baja, pudo hacerce esto por grados, llamando a los ménos influyentes, a los ménos exaltados, i haciendo excepciones que la necesidad habia justificado ante la opinion, como ha sucedido en todos los paises del mundo en iguales casos; pero la gloria de esta medida está en su universalidad, en la intencion de hacer una reparacion histórica, i en la confianza implícita puesta en la lealtad de los agraciados. Ninguna administracion anterior lo habia intentado, ninguna república americana ha precedido ni seguido a Chile en esta manifestacion de su fuerza moral ni de su imparcialidad.

Aun el consulado de Bonaparte, que se propuso reparar las injusticias de la república, anduvo con tiento en llamar a los proscritos; i en Inglaterra, España i otros paises, sábese que han muerto en el destierro los vencidos una vez en los grandes cambios políticos. Mas triste es aun la historia contemporánea de la América, i gobiernos hai en ella que tienen sembrada la tierra de sus hijos. Chile era hasta ayer el único estado americano, i acaso del mundo, si se exceptuan los Estado Unidos, que no tenia un solo desterrado, espatriado, ausente, o perseguido por causas políticas presentes o pasadas; i tan grande gloria es esta, que debemos aprovechar el momento feliz de poderlo decir sin temor de ser desmentidos. O'Higgins pudo recibir ántes de morir la noticia de la reparacion hecha a su nombre, i desear que al ménos sus huesos volviesen a la patria hasta entónces ingrata con él; i en el momento en que el viejo soldado de la independencia echaba en Bolonia de Francia, su mirada de despedida hácia el occidente donde están las Repúblicas que libertó con su espada, Chile debió presentarse a su imajinacion, digno de sus esfuerzos i de su gloria. Si Chile no ha tenido que esconder la cara cuando O'Higgins i San Martin espiraban en paises lejanos, débelo parte de esa gloria a don Manuel Montt, como uno de los consejeros de la política que rehabilitó sus grandes nombres.

Despues de esta grande iniciativa dada a la política del gobierno, no descenderemos sin repugnancia a los pequeños detalles administrativos que han caracterizado su marcha,

sin hacer un panejírico ciego de cuanto a aquel período se liga directa o indirectamente. Aquellos cinco años debieron ser para don Manuel Montt de aprendizaje penoso, de contemporizaciones con las dificultades, de errores involuntarios o inevitables i de estudio asiduo de los intereses del pais i de los medios de promoverlos.

En vano seria querer oscurecer este hecho: ¿cuál es el hombre público de Chile que pretenda estar mas iniciado, mas encarnado, si es permitido decirlo, que don Manuel Montt en la política administrativa del pais? Pertenecen a su época las medidas mas efectivas tomadas para el desenvolvimiento de los intereses del pais, refiriéndose a ellas como complemento i consecuencia necesaria, las que se han seguido adoptando para la consecucion de los mismos fines. Desde entónces data la apertura i recomposicion de las vias públicas, i la série de leyes que aun no han completado nuestro sistema de movimiento i de viabilidad, pero que están ya en la mente de todos los hombres prácticos.

La separacion del ministerio de don Manuel Montt en 1846, fué una condicion que él se impuso cuando se hubo convencido de la ventaja que la consolidacion de las instituciones reportaria con la reeleccion del jeneral Búlnes. Despues de haber aconsejado todas las medidas que creyó oportunas para asegurar a Chile contra las perturbaciones que hacen imposible en el resto de la America el progreso, se retiró a la vida privada, no llevando consigo sino las prevenciones con que el vulgo corresponde siempre a los grandes sacrificios. Los hechos posteriores acreditaron bien pronto la sinceridad de su conducta i de la prescindencia absoluta que se impuso en todo lo que concernia a la política. La segunda administracion del jeneral Búlnes pudo ensayar nuevos sistemas, introducir novedades administrativas, sin encontrar obstáculo de su parte. Sábese que el espíritu de algunos de los nuevos ministros le era enteramente hostil; pero sábese esto, por el conocimiento de las personas i las revelaciones de la prensa. Todos los gobiernos representativos presentan a cada paso, i casi sin excepcion, el triste ejemplo de ministros que al descender del gobierno, inician una cruda oposicion contra ese mismo gobierno de que no forman ya parte, naciendo de aquí las aberraciones políticas de que tan tristes ejemplos han dado los hombres públicos mas eminentes.

Don Manuel Montt, presidente de la cámara de diputados desde 1846 adelante, no abusó jamas de su situacion para

oponer obstáculos a la marcha administrativa que seguian ministros conocidamente empeñados en miras i fines que no le eran simpáticos. Frecuentes fueron las veses que proposiciones e interpelaciones hostiles a la política seguida con su apoyo o asentimiento, hubieran podido traer serios conflictos. La prensa se descencadenó a veces en recriminaciones en que él podia ver la espresion de propósitos que venian de mas alto, sin que obtuviesen de su parte ni justificacion ni represalia.

Su reaparicion en la política militante en 1849 no fué ménos franca ni ménos noble que lo habia sido su abstencion voluntaria en 1846. El ministerio que le habia sucedido se preparaba sin resistencias de la parte de la sociedad que no era afecta a su marcha política, a cimentarse de una manera estable por la renovacion del personal de los cuerpos constituidos, llamando a ellos personas que sirviesen a este fin. Tanto ha debatido la prensa estos puntos, que nos será, bien a nuestro pesar, permitido recordarlos. Sábese que las listas para la formacion de la nueva municipalidad de Santiago comprendian un gran numero de las mismas personas que entraban en las listas de la nueva cámara de diputados, i que a merced de vínculos de familia que estrechaban a unos diputados i municipales con los otros, se cometia el error de reducir el gobierno a un círculo estrechísimo de personas, vinculando en ellas todos los poderes influyentes del estado.

La alarma fué jeneral, i la opinion pública se preocupó con justicia de este encadenamiento de unos poderes con otros, que haria imposible introducir en la nueva administracion toda idea que no partiese del centro que se proponia imprimir el movimiento. Todas las miradas se volvieron a don Manuel Montt, i sus mas fervientes amigos deploraban el culpable abandono que hacia de los intereses públicos en momentos tan premiosos i decisivos. I en verdad, tal era este abandono, i tal su propósito de no oponer trabas de ningun jénero a la marcha que seguian sus adversarios políticos en el ministerio, que mui pocos dias ántes de verificarse las elecciones de diputados, no existian otras listas que las que habian formado los amigos políticos del ministerio Vial. Este es un hecho sabido de todos, i que por su evidencia nadie se atreverá a oscurecer.

Arrastrado por sus amigos, don Manuel Montt se decidió en los últimos momentos a acercarse al Presidente de la República para pedirle, a nombre de sus amigos políticos, le hiciese conocer las listas de diputados que habian

obtenido el asentimiento del gabinete. El exámen de estas listas hacia presentir los gravísimos inconvenientes que iban a surjir bien luego. No era el menor de ellos, la falsificacion de los objetos de la discusion, por la aglomeracion de personas en la cámara unidas entre sí por vinculos de familia, incompatibilidad que la constitucion no ha podido preveer, porque solo en nuestros paises puede ocurrir ejemplo de ellas. Formábanlas en gran parte hombres sin antecedentes conocidos, i escluíanse de ellas muchos otros que se habian formado por el trabajo constante de muchos años, i el estudio de los negocios. Don Manuel Montt propuso, pues, sin indicar la separacion de ningun individuo, que se incorporasen en las nuevas listas, a don Ramon L. Irarrázaval como senador, i a los señores García Reyes, Fernando Lascano, Manuel Antonio Tocornal, Antonio Varas, Pedro Palazuelos, como oradores de reconocidos talentos, versados ya en la discusion de los negocios públicos. Si el presidente hubiese creido posible aceptar tan lijera modificacion, que ningun interes personal aconsejaba acaso la inaccion de don Manuel Montt hubiese continuado hasta hoi, pues no es creible que cuatro diputados, independientes de la influencia de sus adversarios, bastasen para contrarrestar en la cámara la inmensa mayoría que quedaba siempre eslabonada con la municipalidad por la eleccion doble, i con el ministerio por toda clase de vínculos i de simpatías. Su ánimo debió ser, no dejar privado al pais en las nuevas cámaras, de las luces i talentos conocidos de hombres acreditados; su ánimo debió ser dejar espedito el camino para una discusion franca, completa i razonada de los diversos asuntos de interes público que debian someterse a esa cámara, calculada por el personal de que las listas se componian, para ser la espresion unánime de un solo i esclusivo modo de ver las cosas.

Deseoso el presidente de evitar todo conflicto con la política que habia iniciado su ministerio, defirió a sus consejos la resolucion del asunto. Don Manuel Montt, no habiendo obtenido su laudable objeto, le anunció con la franqueza que ha caracterizado sus actos, que se creia en el deber de hacer oposicion a las listas, en la parte necesaria para introducir en la cámara aquellos individuos que por ningun motivo debian ser escluidos de la representacion a que los llamaban sus conocidos antecedentes i su capacidad indisputables. I en efecto, la oposicion improvisada en el mes de mayo, i que forzó en junio al ministerio a dejar las carteras, se circunscribió a algunos departamentos solamente, i la lista de opo-

sicion solo se compuso de algunos de aquellos cuantos individuos.

Las tenaces luchas que siguieron en la cámara de diputados, i en las que se vió envuelta la municipalidad de Santiago, por el capital error de confundir en unas mismas personas intereses tan diversos, no produjeron otro resultado que hacer mas sensible la influencia moral que el diputado Montt ejercia sobre la opinion pública, i a poner de relieve las cualidades que lo distinguen, concluyendo por ofrecerle en las discusiones parlamentarias, un campo digno de sus talentos como orador, como hombre público, i como individuo particular, pues la rectitud de sus miras, la providad de sus actos, i la franqueza de sus opiniones, no han sido puestas en duda por ningun hombre serio, cualesquiera que por otra parte sean los puntos de disentimiento que lo separen de él en ideas políticas.

III

Despues de terminada la guerra de la independencia, los estado americanos quedaron largo tiempo oscilando bajo la influencia de los hombres de accion que la lucha habia suscitado. Este estado transitorio entre la antigua dependencia de un gobierno estraño, i la fundacion i afianzamiento de las instituciones nacionales, se ha prolongado indefinidamente en unos paises, i en otros producido resultados funestos que aun hoi, despues de cuarenta años, hacen problemática la subsistencia de instituciones regulares i permanentes. Era la obra de las nuevas jeneraciones, preparar por el estudio del derecho i de las ciencias políticas, hombres nuevos que imprimiesen a los negocios públicos la conveniente direccion. El sistema colonial de que habíamos salido repentinamente, era ante otra cosa, vituperable por la ineptitud en que mantenia a los colonos para la jestion de sus propios intereses, por la ignorancia jeneral a casi todas las clases. Las instituciones democráticas que nos dábamos, eran o una burla hecha al buen sentido, o un abismo cavado bajo nuestras plantas, si no se trataba desde luego de llenar el vacío que existe entre el derecho de espresar la voluntad del ciudadano por medio del voto, i la incapacidad de comprender los intereses de su pais, a causa de la estrema ignorancia.

Esta parte de los elementos que estimulan la prosperidad i sostienen la libertad de una nacion, por el desarrollo de la intelijencia del mayor número, era en Chile en aquellos tiempos la mas atrasada. Los hombres que presidian a los negocios, tenian mas bien aspiraciones al bien que ideas fijas sobre la manera de cimentarlo. Nuestros establecimientos de educacion estaban en la infancia, o lo que era peor todavía, eran ellos mismos, por su organizacion defectuosa i sus estudios incompletos, un obstáculo a la difusion de los conocimientos necesarios. De manera que seguir la marcha que la instruccion pública ha llevado en todos los ramos, seria seguir paso a paso la marcha de aquella trasformacion necesaria e indispensable que esperimentaba el espíritu que debia inspirar la política de los gobiernos; i mui notable circunstancia para el fin que nos hemos propuesto en este opúsculo, seria hallar en estos progresos i transformaciones, figurando de un modo trascendental al mismo individuo que mas tarde, elevado a la categoría de hombre público, debia ensayar los medios de hacer efectivas las instituciones democráticas, dando a la educacion pública todo el ensanche que las naciones mas adelantadas del mundo solo han logrado dar.

Si el sistema de educacion popular propuesto por don Manuel Montt llega a realizarse en la estension i con los medios por él propuestos, Chile se colocará bien pronto en este ramo a la par de las tres o cuatro naciones mas adelantadas de la tierra, i debe decirse en su honor, que las ideas emitidas por él, léjos de tener en vista una popularidad efímera, son el resúmen, por decirlo así, de toda su vida, i el resultado de todos sus estudios. Para hacerlo sentir, no necesitamos mas que recorrer los escalones por donde ha llegado pacíficamente hasta el punto que a los ojos de sus conciudadanos hoi ocupa.

El nombre de don Manuel Montt aparece en las listas de alumnos del instituto nacional desde 1822. Sus compañeros de estudio recuerdan desde tan temprana época, pues no debia contar mas de doce años de edad, los hábitos de circunspeccion i de sobriedad que le hicieron anticiparse en su entrada a la vida pública a la época ordinaria mas ejemplar.

En aquellos tiempos en que la instruccion dada en el instituto estaba circunscrita en límites reducidísimos i a fórmulas invariables, el alumno Montt emprendió, en despecho de la práctica comun, cursar a un tiempo las clases de teolojía i de derecho. Lo que hoi seria un hecho vulgar, era entónces

talvez único i espontáneo, a punto de poner a prueba la rijidez del rector, i no lograr el asentimiento, sino a fuerza de justificar por los brillantes resultados obtenidos, en ámbas clases, aquella acumulacion de estudios.

En 1828 fué nombrado inspector, i su celo i discrecion en el desempeño de funciones tan delicadas, le atrajeron bien pronto la atencion de todos los hombres interesados en el progreso i mejora de aquel establecimiento.

A principios de 1832, fué llamado a desempeñar las funciones de vice-rector del instituto, dejándose sentir desde luego en la administracion i en la disciplina interior, la presencia del asíduo jóven, que a costumbres irreprochables, instruccion superior i talentos reconocidos, reunia una asídua contraccion al desempeño de las funciones de su cargo, cualidades todas que hacen, no solo soportable sino grata, la sujecion i la obediencia.

La época en que se le encomendaba esta tarea era la ménos propia. Las conmociones políticas que desde 1829 tenian dividida la sociedad, habian infiltrado su mal espíritu hasta aquel recinto, donde parece que no debieran hallar asilo. La juventud ardorosa siempre, i ansiosa de ajitacion i de movimiento, remeda, digámoslo asi, las pasiones de la sociedad adulta, i ha habido una época comun a toda la América, a Venezuela, a Buenos Aires i a Santiago, en que los estudiantes, mal establecidos aun los institutos de nueva creacion, rompian con facilidad las lijeras ataduras de la disciplina escolar, sin la cual no puede haber enseñanza posible, i se abandonaban a actos de turbulencia, que no pocas veces han suscitado conflictos i dificultades. En 1833 tuvieron lugar en el instituto desórdenes que forzaron al gobierno a tomar medidas vigorosas, para restablecer la disciplina, i el vice-rector, ayudado de una comision nombrada al efecto, se propuso i consiguió en poco tiempo atraer a los jóvenes a sentimientos de órden, despertando en ellos el amor al deber, alejando de sus espíritus toda idea estraña a los objetos de estudio, e imprimiendo a la enseñanza una nueva i mas fecunda direccion. Desde entónces hasta el presente el instituto nacional de Chile ha sido un modelo digno de parangonarse con los primeros establecimientos de su jénero, por el buen espíritu que ha animado a las sucesivas jeneraciones de educandos, espíritu que se perpetúa como una tradicion que ha contribuido a darle la celebridad de que goza, i a inspirar la confianza a los padres de familia.

Poco despues don Manuel Montt abrió por la primera vez la clase de derecho romano, cuya falta habia hasta entónces dejado incompletos los estudios preparatorios para la carrera del foro. Estudios severos i seguidos con teson, lo habian puesto en aptitud de introducir este importante ramo de la jurisprudencia que puede considerarse como el fundamento de toda la lejislacion moderna.

Sus discípulos han tenido ocasion despues, de recordar aquella esposicion de las cuestiones mas árduas, en un lenguaje preciso i compendioso, que fijando claramente las ideas, aleja toda confusion i disipa toda duda, satisfaciendo al mismo tiempo las exijencias de los espíritus ménos perspicaces; cualidades que mas tarde ha mostrado como orador en la tribuna, i como escritor en la redaccion de documentos oficiales, en los que la ambigüedad de las frases, o la confusion en las ideas, puede dar lugar a embarazos i dificultades trascendentales.

En 1835, fué nombrado rector del instituto, tal era ya la reputacion de que gozaba i la consideracion i respeto que habia sabido conciliarse. Es escusado detenerse a indicar las mejoras i desarrollo que tomaria todo lo que al instituto nacional tenia relacion. Su organizacion recibió por entónces i durante los años subsiguientes la última mano, haciéndose efectivas por una práctica constante, todas las medidas i disposiciones indicadas de antemano, pero que necesitaban la accion del tiempo para cimentarse i robustecerse. Desde esa época, pasadas i olvidadas las fluctuaciones de los primeros tiempos, el instituto ha marchado de progreso en progreso, hasta llegar al grado de perfeccion a que ha alcanzado hoi. Tan nobles trabajos en la enseñanza del derecho i en la direccion del instituto, le habrieron el camino en 1839 a la Suprema Corte de Justicia, como fiscal, i a la administracion pública, en 1840, como ministro de gobierno; i sin duda que pocas carreras pueden presentarse entre nosotros tan temprano comenzadas, con tanta asiduidad i teson seguidas, i tan dignamente terminadas. Don Manuel Montt es el primer ciudadano que se ha elevado de grado en grado desde la modesta condicion de estudiante hasta el ministerio de instruccion pública, por el camino que han seguido Villemain, Salvandy i tantos otros en Europa, el profesorado i el rectorado de los institutos de educacion nacional. El ha dejado una carrera noblemente recorrida, abierta a las aspiraciones lejítimas del talento i de la laboriosidad. Llevaba al ministerio

el amor por la difusion de los conocimientos que le habia servido de escala, el estudio práctico de las dificultades que aun embarazaban la enseñanza, i el deseo ardiente i el propósito firme de remediarlas. Bajo este respecto el ministerio de la instruccion pública desempeñado por don Manuel Montt, es un grande acontecimiento que ha hecho dar un paso inmenso a Chile, adelantándose a los demas estados americanos.

Dos grandes medidas administrativas encierran como en dos límites estremos toda la carrera abierta en Chile a la rejeneracion nacional por las ideas. La Escuela Normal de Profesores de enseñanza primaria i la creacion de la Universidad de Chile. Por la primera se echaban los cimientos de la educacion popular, jeneralizada a todas las clases de la sociedad, creando el instrumento de propagacion de la enseñanza, que es el maestro de escuela. Esta medida, tomada sin aparato, sin ostentacion, i llevada a ejecucion con solicitud i perseverancia, respondia a todas las exijencias de nuestras instituciones democráticas; i el proyecto de lei presentado a la cámara por don Manuel Montt en 1850, para jeneralizar la educacion popular, cuyas bases habia echado en 1842 por la creacion de la Escuela Normal, será para su autor en todos tiempos la profesion de fé política de su manera de comprender i practicar las instituciones democráticas. Los que de mas liberales blasonan, i los que se hacen un mérito de su consagracion a los intereses del pueblo, hallaron demasiado liberal, demasiado democrática, i demasiado anticipada, la lei que establecia la *igualdad* de educacion para todos los habitantes de Chile, i la *igualdad* de contribucion, en proporcion de los haberes de cada uno.

La creacion de la Universidad tenia por objeto poner en evidencia i en actividad todo lo que en luces i talentos puede ostentar el pais. Poco podia esperarse obtener directamente de una institucion puramente honorífica, pero los resultados indirectos han sido grandes i han dejado plenamente justificado el pensamiento que inspiró su creacion. La difusion de los conocimientos se hacia por ella mas activa, abriendo i ensanchando la carrera de las letras, dándole aplicacion, estímulos, gloria, únicas recompensas que pueden ponerse al alcance del talento.

Miéntras se trazaba así el plan de un sistema jeneral de progreso moral e intelectual, don Manuel Montt se ocupaba de estudiar el sistema penitenciario, a fin de introducir en el pais las mejoras que la civilizacion ha hecho prácticas, lle-

vando así la moralidad i el progreso a los focos mismos de corrupcion, proponiéndose curar la parte gangrenada de la sociedad, i preparándose, por la creacion de nuevos medios de represion i de castigo que trajesen la enmienda i la rehabilitacion de los delincuentes, para la abolicion i mejora de nuestra penalidad defectuosa en su esencia i sus medios, llevando a efecto la construccion de la cárcel penitenciaria. Los que han conocido lo que era la prision llamada los carros, la dura condicion de los que la sufrian, i la imposibilidad de introducir en ella ningun jénero de réjimen moralizador, podrán apreciar cuan bien calculada era la construccion de la penitenciaria, i cuan propia del mismo hombre que con tanto teson se consagraba a mejorar la condicion de la sociedad rejenerándola por medio de la instruccion. Se empleaban diversos medios, pero se marchaba al mismo fin. La educacion debia mejorar, moralizar las nuevas jeneraciones, ponerlas a cubierto de los jérmenes del crímen, i el sistema penitenciario debia tambien mejorar, moralizar las jeneraciones ya formadas, castigando al criminal i abriéndole al mismo tiempo el camino a la rehabilitacion, para que vuelva a ser miembro útil a la sociedad.

Uno de los grandes obstáculos que se oponen a la difusion de los conocimientos es la escasez de libros, i Chile es desde 1840 adelante la seccion americana que los ha producido en mayor número, sobre mayor variedad de materias, i con mayor aplicacion a la enseñanza de la juventud.

Los pocos pero capitales hechos que hemos espuesto a la consideracion de nuestros compatriotas, bastan a nuestro juicio para fundar las predilecciones que nos hacemos un honor de tener por la candidatura de don Manuel Montt. Si aquellas grandes medidas no bastan para caracterizar el hombre de estado, el administrador intelijente, el patriota ardoroso, el obrero infatigable, confesamos que no comprendemos cuáles son las cualidades que hayan de buscarse en los ciudadanos para encargarlos de rejir los destinos del pais, en un período sobre todo que no requiere sino pulso para mantener la tranquilidad, voluntad para abrir las fuentes de la riqueza, i perseverancia para terminar la obra ya comenzada. ¿Qué es en efecto lo que a Chile falta hoi? Tiempo i continuacion de la paz interior. Sus costas estan surcadas por el vapor, habilitados todos sus puertos, i asegurado un mercado inmenso para sus productos.

Están ya en actividad, trazadas o en via de ejecucion, las

vias principales de comunicacion que han de llevar el movimiento a todas partes. Un ferrocarril en vísperas de ser abandonado al público, i otro mas fecundo en beneficios, a punto de quedar delineado. Líneas de telégrafos eléctricos han sido ya concedidas por el gobierno, a empresarios que han habituado al pais a creer realizado todo lo que proyectan. La educacion pública tiene ya espedito su camino para descender hasta la cabaña del labrador, por los numerosos establecimientos que la distribuyen, por los maestros competentes que la dan, i por los libros numerosos que contienen sus preceptos. La alta enseñanza cuenta con un instituto permanente, que ha merecido para su complemento, que se construya el mas vasta edificio levantado en Santiago i hoi apenas suficiente para contener los millares de estudiantes que cursan sus numerosas aulas, sin que haya precedido a Chile otro pueblo americano, en consagrar sumas enormes, como la piedad solo pudo hacerlo, a este primordial objeto de un gobierno ilustrado. El soldado tiene hoi sus colejios. donde aprende las ciencias que hacen efectivo e intelijente el valor en la guerra. Repletos están nuestros almacenes de todos los elementos de defensa, en que la dignidad i el interes nacional pueden reposar tranquilos, contra agresiones esteriores, i la ciencia que nuestros jóvenes injenieros no podian encontrar en el país, han ido a buscarla a Europa, i puéstola ya al servicio de nuestros ejércitos.

La prensa se ha hecho el órgano poderoso de la discusion de los intereses nacionales, i el bien, el mal, la tranquilidad como la ajitacion, el error como la verdad, circulan por ella, i con mas estension que la que pueblo ninguno del mundo ha alcanzado, sino son los Estados Unidos, donde las costumbres públicas hacen las veces de leyes represivas. En Chile no ha habido en diez años diez acusaciones de escritos periódicos por causas políticas, ni tres condenaciones definitivas; i éste hecho, luminoso como el sol, desvanece los cargos de represion hechos a cada momento.

A tantas ventajas reales adquiridas o en camino de realizacion, añadamos la emigracion europea que invade, cual fertilizante aluvion, las hermosas campiñas del sur, i que traerá en breve para el adelanto de la industria por la práctica, lo que la escuela de Artes i Oficios se propone introducir por la enseñanze, las artes, las máquinas, los procederes i los amaños con que la ciencia ha habilitado a las naciones

industriosas para llegar al grado de opulencia que hace su grandeza. El hecho se deja ya sentir.

Nuestro crédito está elevado en Europa a la par i aun mas alto del de las mas grandes i poderosas naciones de la tierra; nuestro nombre, repetido por todos los ecos del mundo, como la honrosa i duradera escepcion a la comun instabilidad de los gobiernos de América; la paz cimentada con todas las naciones, ménos por la ostentacion de una descortez i quisquillosa susceptibilidad, que por el sentimiento de la dignidad i de la rectitud de intenciones i de propósitos, templada por una buena voluntad constante i sincera para con todos los otros gobiernos.

En fin, como si la Providencia premiara tanto esfuerzo, la industria minera sigue echando de las entrañas de la tierra, torrentes de metales preciosos que llevan la vida a todas partes. ¿Qué es lo que nuestros ojos presencian en Santiago a la hora que esto escribimos? La vieja ciudad colonial demoliéndose para ceder el lugar a cien palacios que la prosperidad levanta, delineados por el arte, embellecidos por el buen gusto i adornados por la opulencia. No parece sino que la capital a la víspera de una gran fiesta, se engalana i transforma para presentarse digna de la nueva época que va a abrirse para Chile. La nueva presidencia es el complemento de las que la han precedido, la realizacion de lo que está ya en proyecto, la perfeccion de lo que se está ejecutando. Trasportémonos con el pensamiento al año 1855, i demos por realizado lo que solo la guerra civil puede estorbar:

La capital embellecida, reedificada por la riqueza que se desenvuelve;

Dos caminos de hierro en pleno ejercicio;

Dos grandes líneas de telégrafos eléctricos ya concedidos a Wheelwright;

La moneda dotada de poderosas máquinas e inundando el mundo con los millones de la plata de nuestras minas;

Nuestras costas llenas de vapores;

Nuestros terrenos baldios poblados por colonos europeos;

Nuestros diarios, los mas instructivos, noticiosos, i estensos de la América del Sur;

Realizada por completo la lei de instruccion pública que señala una escuela de hombres i otra de mujeres para cada dos mil habitantes;

El comercio de tránsito establecido;

Las leyes de aduana simplificadas i reformadas;

El estanco abolido;

Las rentas públicas aumentando de medio millon por año;

Un presidente ciudadano, elevado al poder por el estudio del derecho, por la elocuencia en la tribuna, por la firmeza en el gobierno, por la rectitud en las intenciones, por la probidad en las costumbres. Imajinemos todo esto, i habremos hecho el programa de la candidatura de don Manuel Montt, sin promesas engañosas, sin pomposa ostentacion de principios democráticos que se despiertan como de un sueño cuando se acercan las elecciones, i vuelven a dormir inactivos, egoistas, cuando no hai interes personal en hacer alarde de ellos.

Tal es la candidatura que proponemos a nuestros compatriotas, candidatura de progreso, de órden, de afianzamiento de las instituciones, de trabajo en la cosa pública, de distincion i estímulo para el talento i la integridad; candidatura que traen ya los hechos consumados i que piden los trabajos, leyes, i mejoras que están en via de ejecucion; candidatura pacífica, ciudadana, apoyada por la propiedad, como por la intelijencia; candidatura verdaderamente nacional, porque sale de lo íntimo de nuestros antecedentes, de nuestras instituciones, de nuestros progresos realizados, i de nuestros proyectos de mejora; candidatura, en fin, sostenida por todas las influencias lejítimas que cuenta el pais, por el comercio nacional i estranjero, por la propiedad, por la juventud ilustrada, por el clero, por el gobierno, por el ejército, por la prensa, por todas las ideas i por todos los intereses.

ANECDOTA

SOBRE DON MANUEL MONTT

(*Tribuna* de 27 de junio de 1851)

Ayer se paseaban por las calles de Santiago grandes grupos de hombres victoreando al jeneral Cruz, desde la hora temprana de la mañana en que los que votaban en su favor creyeron oportuno protestar. Aquellos grupos marchaban en

órden, mezclados de niños animados por la vivacidad del espectáculo i la irritacion de las pasiones. En la calle de la Bandera se encontraron con una gruesa partida de granaderos a caballo que venia en marcha en sentido opuesto. Un momento de vacilacion hizo aflojar el paso; pero como viesen que los viejos veteranos no tenian intenciones hostiles, continuaron animándose con la voz: *adelante, ciudadanos!* Gusta el pueblo de esta clasificacion honrosa i republicana, i la repite para darse la conciencia de su importancia. Esta procesion, dirijida por algunos jóvenes entusiastas, no salió en todo su tránsito de los términos prescritos por la lei.

De regreso otra escena mas importante les aguardaba en la calle de los Huérfanos. Cuando la cabeza de la procesion entraba en dicha calle, don Manuel Montt, acompañado de don Cirilo Vijil, venia al encuentro. Detúvose en la librería de Yuste, parado en la puerta, para dar paso a los grupos. El momento era solemne. Alguno lo señaló a la multitud, que empezó a detenerse en la vereda de enfrente para conocerlo, por que visiblemente, la mayor parte no lo conocian personalmente.

Estábamos vueltos hácia los grupos, acertando a pasar en aquel momento, i podiamos estudiar el juego injenuo de las fisonomías. La primera impresion era la de la sorpresa mezclada de admiracion i de respeto. Largo rato prevaleció el silencio mas completo. Algunos jóvenes vestidos de levita que iban intermezclados con los grupos, guardaron el mismo silencio decoroso. Al fin la escena se prolongaba, la masa de espectadores se iba aumentando a medida que llegaban los que mas atras venian en marcha.

Un muchacho con una cara de risa gritó tímidamente *viva Cruz*! que era el grito del grupo, i una docena de voces bien llenas lo secundaron. Entónces hubo un grito jeneral *viva Cruz*! dirijido como un reto o un reproche al candidato adversario; pero sin ninguna otra espresion descomedida.

Alguien aconsejó a don Manuel Montt entrar a la libreria a fin de sustraerse a la excitacion; pero parece que el objeto de esta solicitud tiene un poco de acero en los nervios. Púsose en movimiento, i siguió su camino, abriéndose paso por entre la muchedumbre que se apartaba sin hostilidad a su encuentro, miéntras que los que lo veian de atras marchar, se mostraban llenos de admiracion i casi complacidos de ver su entereza. Creimos que entrara a la vecina casa de don Custodio Gallo, donde habia reunido un gran número de sus

amigos; pero cuál no fué la sorpresa de los que lo seguian a corta distancia, al verlo pasar de largo, i arrostrar el torrente de la procesion que continuaba desembocando de la calle de la Bandera!

Hé aquí un hombre a la medida del pueblo! No se quedó corto, ni evitó el contacto de sus adversarios políticos; al mismo tiempo que aquellos grupos, elevándose a la altura de un pueblo culto, no desmerecieron por ningun desman medirse con su digno rival. Viendo el pueblo su entereza i paso seguro, gritó a su espalda: *viva Montt*! i un prolongado aplauso siguió a su marcha.

NECROLOJÍA DE DON MANUEL MONTT

(*Nacional* de Buenos Aires de 23 de setiembre de 1880)

Ha muerto, segun lo comunica un telegrama, don Manuel Montt, a la edad de setenta años, por veinte años presidente de la Corte Suprema, diez presidente de la República, i por diez ántes ministro o director de la política del gobierno de su pais.

Si hubiéramos de buscarle prototipos, no los hallariamos en las repúblicas, sino en Perícles, de la democracia de Aténas, aunque el jénero de su accion se asemeja mas a la de Richelieu o de Mazarino, que echaron los cimientos de la nacion francesa; pues los Pitt i los Palmerston, por mas años que ejerzan su influencia sobre la política inglesa i los sucesos humanos, no tienen por incumbencia constituir una nacion, como ha sido la piedra de Sísifo de los hombres de estado de la América española, durante setenta años de tentativas de todos, desde Bolívar el primero, hasta Rivadavia el último; escepto para don Manuel Montt, poco acariciado i ménos aclamado por sus contemporáneos; pero que habiendo constituido el gobierno i la administracion política de Chile, en veinte años seguidos de trabajo, sobráronle todavía veinte para sentarse tranquilamente bajo el docel de supremo juez, del *Chief Justice* de la Suprema de Chile, a juzgar las causas pendientes por los códigos con que habia dotado a su pais, con la ciencia del derecho romano que habia como pro-

fesor del Instituto difundido, con la probidad, que desde sus primeros pasos adquirió en la tradicion de la rectitud i en el respeto debido a los tribunales que la administraron recta i ajustada a la lei.

El señor Barros Arana, juez mui competente en nombres históricos i en achaque de eminencias políticas, precavia a un presidente arjentino, contra los juicios exajerados de Sarmiento; Montt, decia, es un hombre notabilísimo de Chile, pero no es tan grande hombre como él lo supone.

Cuando divisamos en espíritu flamear punto ménos que sobre las fortalezas del Callao, la bandera del estado que sacó del caos colonial la política de Montt hace cuarenta años, preciso es concederle la palma en materia de organizacion.

Los chilenos de hoi se olvidan que colocado Chile al respaldo de los Andes (*ab oriente lux!*) seria absurdo suponer que, desde 1840, brotasen allí de sí mismas i como planta nativa o araucana, ideas de gobierno, viabilidad que acabó por ferrocarriles i telégrafos, codificacion de las leyes, educacion primaria, aclimatacion, universidades, academias militares, etc., etc., miéntras toda la América colonial seguia bajo la rutina del pasado. Si bien todos estos elementos de gobierno i de desarrollo se habian o se iban manifestando en Europa, a Chile cupo la iniciativa de ensayo i adopcion, i esa iniciativa fué el patrimonio político de Montt.

Igual cargo puede hacerse a los políticos arjentinos, muchos de los cuales ayudaron a Montt en su laboriosa tarea de dar formas a una sociedad, tal como la habian constituido sus antecedentes coloniales.

¿Qué tienen que oponerle los arjentinos? ¿Rivadavia? Pobre hombre de estado que inicia algo, mucho, todo, dada su época de 1820 a 26, i nada asegura sino la tiranía de Rosas por veinte años, como los liberales franceses crearon imperios de soldados, en lo trascurrido de este siglo, cada vez que creyendo servir a la libertad, derrocaban incompletos, pero posibles gobiernos.

El *Nacional* trascribe, traducida de un diario de Lóndres, la noticia que allí se da de la reciente pacificacion de nuestra República Arjentina, que "estuvo a punto de volver a las andadas, dice el diario, con la antigua querella resucitada de porteños i provincianos, cuando el buen sentido del pueblo trajo la calma, etc."

Nuestra política es ya tan vergonzosa, tan indigna, que aun

la crónica se encarga de ocultar nuestras miserias, para que no se conozcan a lo léjos, i va a verse luego el fenómeno que solo en los tiempos de exaltacion relijiosa se vió, de pueblos en masa, mintiendo milagros i prodijios de que todos se dan por testigos. No es cierto que un dia de julio se dió una sangrienta batalla en nombre de la libertad en los alrededores de Buenos Aires. Chit! Mentira que su gobierno municipal haya estado sublevado contra el de su pais. Chit! Calumnia que haya sido gobernador Moreno, en un interregno sin nombre. Chiton! ¿Quién va a contar a fuera de tales historias increibles a fuerza de ser absurdas, i pueriles los hechos? Si álguien los cree, cállelos, que tales hechos son como reyertas de pulperia, o escapadas de ganados bravíos!

I aun así podemos consolarnos los arjentinos. Si echamos una mirada sobre el majestuoso rio cubierto de naves hasta donde la vista alcanza, entrando i saliendo los vapores diariamente de todos los cabos del mundo; si contemplamos los magníficos edificios que por millares decoran la gran ciudad; si vemos el vestir de las jentes afanadas como negras hormigas en las aceras; si nos dejamos llevar por el torrente de jentes que se engolfan en tres teatros i óperas, nos sentimos ciudadanos de una gran ciudad, pueblo culto, rico, laborioso i artístico. Nadie, fuera de esta lonja de tierra en que están Montevideo, Buenos Aires, Santiago i Valparaiso, puede en América decir otro tanto, i nadie mas alto que Buenos Aires.

El resto de la América española es un tremendo, terrible naufrajio! Perú i Bolivia, Ecuador, Venezuela i Méjico, son nombres jeográficos que no representan nada como naciones, como gobiernos. ¿Estamos constituidos nosotros? ¿Por qué esperar que lo estén mejor ellos? Las razas indíjenas, dan, en casi todas aquellas porciones de habitantes, el mayor contingente de ciudadanos nominales; i como la minoría mínima, culta, blanca i fijadalgo, lo es sobre los resabios de la antigua colonia, i con la incapacidad política, injénita a la raza que estropeó Felipe II i aterró la inquisicion, cada seccion americana se entrega a ensayos de gobiernos de libertades *sui jéneris*, que dan una Bolivia, trasmitiéndose el poder por el asesinato regular i constituyente, como lo era ántes en Rusia; un Paraguay que se estingue abrasado por el fuego del patriotismo salvaje en defensa del aislamiento i el despotismo asiático; una Venezuela con mil cuatrocientos jenerales; un Méjico con medio millon de salteadores en los caminos. ¡Olvidemos al Perú, i no hagamos al Uruguay los feos de la olla a la sarten!

Don Manuel Montt constituyó el gobierno de Chile bajo el plan de una república lo ménos democrática posible, a fin de conservar a la clase mas culta i rica, su lejítima influencia en el gobierno.

El ejército venia de antemano dejando de ser, como en el resto de la América, juez supremo de elecciones, i creando la escuela militar, fuélo trasformando en fuerza intelijente, un poco aristocrática i mui conservadora.

Con estos elementos emprendió la mas ingrata tarea en América, que era hacer que se cumplan las leyes; i lo mas imposible todavía, que por quítame allá estas pajas, se dejara de apelar a la revolucion. Si álguien oye a un diario indicar un abuso, es seguro que el remedio está ahí indicado: una revolucioncita; i si la revolucion se consuma, el gobierno se cuidará de darle su sancion moral, dejando creer que es un pecado tener razon con la fuerza, lo que prepara otras i otras revoluciones.

Veinte años duró aquella tremenda lucha, hasta que al fin se crearon hábitos de órden, de respeto a las leyes, i aun al sentido comun; i cuando el resultado estaba obtenido i la obra terminada, el gobierno pasó a manos de sus adversarios políticos, sin sacudimientos; i estos adversarios, el partido que gobierna en Chile hoi, encontró una fábrica de gobierno que obedecia en efecto al gobernalle; un pueblo libre hasta donde pueden serlo los nuestros, i costumbres de órden que hacen a los chilenos creerse los ingleses de América.

Otra cosa descubrieron los detractores de la política de don Manuel Montt, al dejar el gobierno, i es que en veinte años de infiuencia omnipotente, teniendo en jaque partidos irreconciliables, sofocando quince motines i revoluciones, poniendo a cada momento la capital bajo el estado de sitio i no economizando las medidas enérjicas, ningun ciudadano fué ejecutado, ninguno despojado de su fortuna, ninguno desterrado fuera del pais, con lo que podia responder riendo con desden, el cargo de tiranía, etc.

Este mismo descubrimiento hicieron en Europa al terminarse la guerra de secesion de los Estados Unidos, i consistia en que, sin hacer concesion alguna a los insurrectos, como es nuestra práctica de pactar con las resistencias i no estatuir ni acabar nada, el gobierno de Washington no habia necesitado ejecutar otros revolucionarios que los asesinos de Lincoln.

Lo que ha dejado don Manuel Montt, al otro lado de los

Andes, es un gobierno, un organismo político que hace de Chile la única nacioncilla (perdónennos el diminutivo, el orgullo de estos nuestros heroicos estados, la mayor parte de dos millones de hombres, o de cuatro si son indios) que haya pasado la época de la accion volcánica que atraviesa todo el resto de la América.

Sale de los límites de un tributo a la memoria del único hombre de gobierno que haya fundado un estado en América, hacer en pais estraño su biografía. Era un jovencillo de Petorca, villa pequeña de Aconcagua, que distinguiéndose en el instituto universitario por su seriedad i aplicacion, fué creado bedel, secretario i mas tarde rector. Como resultado de sus estudios, teníasele por un gran jurisconsulto; pero su gran cualidad como político, era la entereza de su carácter, que es lo que constituye el hombre público. El fondo de sus ideas era liberal, como lo han mostrado todas las instituciones que creó, pero huia de remodelar la sociedad, como lo pretendian hasta ahora poco los publicistas europeos, nuestros guias i mentores. La constitucion de Chile no admitia la libertad de cultos, porque la masa de los habitantes es católica i la emigracion no acude al Pacífico; pero en Valparaiso, donde hai estranjeros, hai capillas de diversos cultos tolerados i un grande oriente masónico.

Como un título de estimacion personal para los arjentinos, debemos recordar que aquel político chileno, al parecer tan chileno, tuvo especial cuidado de aprovecharse de cuanta aptitud descubrian los emigrados arjentinos, para mejorar la administracion o realizar innovaciones. Fueron secretarios de intendencias, que tanto valia ser intendentes de provincia, don Juan Godoy, el doctor Delgado, el doctor Aberastain i el doctor Alberdi; jueces de letras los doctores Rojo, Ocampo; secretario de marina don Demetrio Peña; director de escuela náutica el doctor Gutierrez; de educacion, D. F. Sarmiento, i la prensa oficial, i aun la de los partidos opuestos, sirvió de tribuna, escuela i pasar, a un gran número de arjentinos, hoi o ántes distinguidos en su patria.

La amistad personal con el que estos recuerdos escribe, ha durado hasta el borde del sepulcro, conservando ambos la estimacion que los unió en despecho de la diversidad de situaciones, justificada cuando se igualaron, pero siempre de acuerdo en los principios liberales prácticos que harán de Chile el primer ensayo feliz de constituir gobierno en esta

América, quedando nuestra República a las eventualidades de un porvenir oscuro.

Montt ha podido decir al morir: *nunc dimittis servum tuum Domine.*

DON ESTEVAN ECHEVERRÍA

(*Sud-América* de 1° de mayo de 1851)

La República Arjentina acaba de perder en don Estévan Echeverría uno de sus mas célebres bardos. El suelo estranjero ha recojido sus restos, como los de tantos otros arjentinos esclarecidos en las armas, en el foro, en la tribuna, o en las letras, que han quedado sembrados por la tierra por la desgracia, sin ver abrirse las puertas de la patria que habrian honrados con sus talentos.

El 20 de enero acompañaron sus restos mortales al lugar de descanso, cuántas personas notables encierra Montevideo, i el Instituto con su presidente, el señor Herrara, a la cabeza.

Echeverría es el autor de la *Cautiva*, poema americano cuyo teatro es la pampa solitaria. Esta composicion bastaria para conservarle un lugar distinguido en las letras americanas. Varias otras han ayudado a su celebridad, entre ellas *Recuerdos, el Anjel Caido,* i *Avellaneda,* su última composicion literaria.

Como ocupacion útil de su mente, se habia consagrado al estudio de la enseñanza pública, i como manifestacion de sus ideas políticas, ha dejado el *Dogma socialista* i la *Revolucion del Sud,* interesante episodio de la lucha arjentina.

Esperamos de los amigos i compañeros de trabajos de Echeverría, algunos datos que nos faltan, pues solo le hemos conocido en 1846, de paso por Montevideo, en que pasábamos algunas horas del dia reunidos, sirviéndonos de punto a la conversacion la suspirada patria i los medios de reorganizarla.

Su retrato ha sido publicado por la *Ilustracion* de Paris.

DON MARTIN ORJERA

(*Sud-América* de 9 de junio de 1851)

Un incidente ha venido a entristecer estos dias, la muerte del doctor don Martin Orjera, nuestro compatriota, santafecino de oríjen, i ciudadano chileno de adopcion.

Un gran concurso acompañó sus restos mortales al cementerio, i muchos jóvenes dijeron, al borde de su tumba, mui bellas cosas en su honor. Esta escena presentaba a nuestros ojos un espectáculo consolador. El jóven comandante del Yungai, su hijo adoptivo, encabezaba el duelo, i una docena de oficiales de su cuerpo, de los que tan brillantemente habian llenado su deber el 20 de abril, lo acompañaban. En presencia de ellos, i oyéndolos con la tolerancia e induljencia que se deben a las opiniones, pronunciáronse discursos i versos llenos de calor i algunos de amenaza, en honor del *Tribuno* popular, mártir de la libertad, etc. Rodeaban la sepultura hombres de todos los partidos, i nadie creyó oportuno retirarse hasta que todo fué dicho, no obstante que la palabra iba descendiendo en años hasta la infancia, lo que ganaba en violencia hasta la impropiedad,

Ligados a Orjera por recuerdos de una antigua amistad, presenciábamos esta escena de recojimiento, de libertad i de cordura.

El doctor Orjera habia ocupado en Chile un lugar prominente. En la batalla de Maipo, jóven casi imberbe, se distinguió por su entusiasmo i su valor, i en la época de la primera constitucion del pais, ejerció como escritor i parlamentario, su parte de influencia. Pero una vida pública tan temprano comenzada, fué por grados debilitándose i oscureciéndose, i ya en 1840, Orjera contaba entre los hombres públicos de tercera fila.

Tenia las virtudes i las flaquezas de los caracteres jenerosos, neglijente hasta olvidarse de sí mismo, exaltado, inconsistente, bueno en el fondo, i dejándose arrastrar por la primera impresion o por los amigos. En 1841 escribió el *Tribuno*, al principio por el jeneral Búlnes, i a poco andar en favor del jeneral Pinto su adversario de candidatura. Este periódi-

co fué ya el hijo de la vejez del espíritu, no obstante sus cincuenta i seis años[1]. Desde entónces el doctor Orjera descendió a la oscuridad política, de donde no salió sino por momentos i por puertas vedadas.

DOÑA PAULA JARA-QUEMADA DE MARTINEZ

(*Civilizacion* de 1° i 2 de octubre de 1851)

Hai en la historia de las naciones un espectáculo magnífico i solemne, pero que requiere largas distancias de tiempo para que pueda el observador encontrar, entre la multitud de los hechos ocurridos en una época, el punto de vista adecuado, desde donde resalta aquel con toda su belleza artística i toda su grandiosidad. Parecen así vistos los pueblos desde léjos, cuerpos animados a quienes se ve marchar, hacer alto, meditar, obrar en seguida, i en estos actos posteriores realizar la idea emitida anteriormente, hasta con las contradicciones i los errores de juicio que mas tarde se reconoce en el pensamiento dominante de un siglo. Por eso se dice el siglo XVIII, cuando se quiere abrazar con una sola frase el pensamiento de todos los hombres notables que, sin proponérselo, produjeron los hechos históricos que han conmovido las sociedades en el inmediato siglo, actos verdaderamente emanados de aquella meditacion colectiva que habiamos apuntado al principio. Así los grandes pensadores i los grandes guerreros son miembros de una sola familia; padres aquellos, hijos estos, que reciben un legado i son los ejecutores testamentarios de las grandes ideas.

Pero aun hai otra manifestacion de aquella unidad del sentimiento del corazon del pueblo, que encuentra de tarde en tarde personificaciones en naturalezas esquisitamente organizadas para sentir, las cuales se ajitan con todas las sensaciones de la época, i reconcentrándolas en su corazon, las devuelven a la masa de la sociedad, como el faro que señala

1 Correjimos la edad del orijinal, 36 años, que evidentemente es un error, poniendo la que dejamos apuntada, segun indicacion de persona que conoció a Orjera i que nos asegura que en 1841 tenia esa edad. *El E.*

al navegante la proximidad de los escollos, iluminando los mares con luces que, sin la esquisita organizacion del aparato reflector, apénas habrian bastado a alumbrar una habitacion humana.

Esta funcion pública, digámoslo así, esta aptitud de espresar el sentimiento nacional en las grandes épocas, es esclusiva de la mujer, aunque a veces participan de ella poetas como Jeremías. Pero el corazon de la mujer es siempre el espejo ustorio que reconcentra las partículas de sentimiento que emana de todos los corazones, i a veces el reparador de los errores de la intelijencia de los hombres, o de la suerte de las batallas. Cuando Colon mendigaba en las cortes europeas, en su patria i en el estranjero, un socorro para descubrir toda la tierra que Dios habia creado i no conocia nuestra raza, la ciencia de los sabios, la prevision de la política, i el sentido comun de entónces, le dieron con las puertas en la cara en todas partes. No hai que culpar de ello ni a un hombre, ni a un gobierno; era el siglo, era la humanidad culta, quien corrió el riesgo entónces de cometer un error de que se avergonzaria mas tarde; pero que habria retardado los progresos de la civilizacion. Isabel I estaba en un trono, i ella, la mujer sensible, pudo sola comprender lo que a la ciencia humana se ocultaba todavía. Si la posibilidad del viaje de Colon no era cosa demostrable para la razon, la imajinacion femenil podia abrazarlo en todos sus detalles, seguir las carabelas a traves del océano, i gozarse en su arribo a playas desconocidas, risueñas i ricas. La imajinacion i la sensibilidad dieron las carabelas para que el jenio probara su poder.

En las grandes desgracias es, empero, donde el fenómeno se muestra en toda su sublimidad. Juana de Arco, es la Francia entera gobernada por un rei inepto, ocupada en su mayor parte por los ingleses, pobre, derrotada donde quiera que osa resistir a su mala estrella; i sin embargo, cualquiera que la suerte de las batallas fuese, ¿qué rudo paisano de los campos habia entónces que no sintiese que, en despecho de todo, la Francia era superior en fuerza, igual en valor, i mayor en número que los enemigos que la vencian? Si la Francia quisiera! si la Francia alzara su brazo!... Hé aquí la sucinta historia de Juana de Arco, la pobre *huacita* del campo, que cuidando sus vacas comprende la situacion de su patria, penetra los secretos de la política, i traza el plan de unas cuantas batallas necesarias para restablecer la fortuna de la Francia; i no sabiendo cómo llamarle a aquello que siente en sí, i la torna en guerrera, di-

plomática i política, le llama aparicíon de la Vírjen, mision celeste, algo de divino i femenil a la vez que está revelando el sentimiento del corazon sin la participacion de la intelijencia; las entrañas de la mujer, donde el brazo i la cabeza del hombre se han mostrado impotentes.

En la historia de todas las sociedades está Isabel *sintiendo* el porvenir, o Juana de Arco esperando con fé, cuando toda esperanza ha sucumbido en el ánimo de los fuertes. El 19 de marzo de 1818 sucedió en Chile una de esas grandes desgracias que amenazan de tarde en tarde sepultar para siempre a las naciones. Era peor que una derrota, era como el incendio fortuito de un inmenso almacen de pólvora, accidente de que nadie tiene la culpa, i del que sin embargo, son víctimas poblaciones enteras. Un ejército de trece mil hombres, en cuyo equipo se habia agotado la fortuna de Chile, mandado por jefes aguerridos i que inspiraban una confianza sin limites, se disipa sin combate, i se entrega a la fuga. Los valientes huian mas aprisa que los tímidos, i el desaliento nacional, al ver rotas i desbandadas aquellas lejiones que eran ántes sinónimo de victoria, entonaba ya el *vœ victis!* siniestro como aquella cancion africana que dice: "Boo-Calloum ha muerto! quién nos defenderá ahora? No confies en el mosquete ni en la espada. Las flechas i lanzas de los infieles triunfan! Boo-Calloum ha muerto! quién salvará a nuestros hijos?"

En ménos de veinte horas, el jeneral San Martin habia recorrido, despues del desastre de Cancha Rayada, el espacio que media entre Talca i Paine, en los límites del llano de Maipo en que está Santiago. Quedaban en poder de los españoles artillería, tesoro, bagaje, trenes, i mas que todo el prestijio de invencible i la moralidad del ejército patriota. San Martin huia, no ya como un jefe desgraciado, ni como un militar cobarde, sino como un ente ridículo para quien la altanera seguridad de sus primeros pasos se convertia en fanfarronada e ineptitud. ¿Qué iba a responder ante el gobierno de su patria, ante la historia i ante Chile, sobre esta derrota de Cancha Rayada? ¿En qué venia a terminar la espedicion de los Andes, la reconquista de Chile i las amenazas a los vireyes del Perú?

A la altura de Paine venia el camino del sur, que conduce a Santiago, lleno de una multitud polvorosa, sedienta i deshecha; San Martin, rodeado de algunos jefes i edecanes precedia aquel tumulto de caballos jadeando de cansancio i estenua-

cion; pero el San Martin que venia no era el que la poblacion de Santiago habia visto entrar triunfante, erguido e infatuado por la batalla de Chacabuco; era un cadáver, un reo, sobre cuya frente se diseñaban los signos de la humillacion i de la vergüenza. Un grupo de paisanos obstruia al parecer el camino a cierta distancia, i los veteranos del ejército de los Andes temblaban ahora al divisar grupos de paisanos. El mayor O'Brien, edecan del jeneral fujitivo, fué destacado con algunos soldados para practicar un reconocimiento. San Martin aguardó el resultado en frente de un bodegon, a donde algunos soldados i asistentes apagaban la sed. A poco se avanzó el mayor O'Brien seguido de los paisano, i todos formaron un solo grupo. La fisonomía de aquel cuadro era en estremo curiosa i significativa. En torno de San Martin veíanse coroneles de diversos uniformes, cubiertos sus vestidos i charreteras de manto de polvo; la sangre de las heridas de algunos convertida en barro sangriento, daba solemnidad i tristeza al grupo que habrian hecho risible jefes sin morriones, i negros del 8, montados en monturas sin estribos, i en caballos flacos i estenuados de fatiga. Hácia esta masa inerme, por la resistencia que los caballos oponian a toda tentativa de moverse, se avanzaba doña Paula Jara-Quemada, seguida de sus hijos, domésticos, capataces e inquilinos en toda la pintoresca variedad de trajes de los campesinos chilenos. Montaba doña Paula un hermoso caballo oscuro, que ajitado por la presencia de tantos caballos, caracoleaba con gracia al frente de los otros. Vestida como para una fiesta, acercóse al jeneral San Martin, a quien habia conocido i admirado en dias mas felices, i golpeándole afectuosamente el hombro, le dijo con el acento profundo del corazon: "hemos sido desgraciados, jeneral, pero aun hai medios de defensa todavía; vamos a triunfar." Omitiremos las palabras harto aliñadas que la tradicion ha puesto en boca de la dama[1]. El sentimiento no es mui cui-

1. Véase en la *Flor Colombiana* páj. 37.—Despues de la dispersion de Cancha Rayada, acaecida el 19 de marzo de 1818, entró el jeneral San Martin, mui enfermo, a descansar en un rancho que se hallaba sobre el camino de la capital. Aun no hacia muchos momentos que estaba recostado, cuando la señora de una hacienda inmediata, doña Paula Jara Quemada, se le presenta con el semblante animado, los ojos despidiendo rayos, i le dice con vehemencia. «¿Con que ha sido Ud. desgraciado, querido libertador de mi patria? ¿le han batido los españoles? ¿volverán a dominarnos sus armas? ¿hai algun remedio? cuál es?...... Dígame Ud. por Dios, ¿puedo servir de algo? Disponga Ud. de mis bienes, de mis criados i peones, de mis hijos, de mi propia persona, todo lo sacrificaré

dadoso del jiro i pulcritud de la frase. Pero doña Paula Jara hacia caracolear su caballo como una mariposa en torno de una luz; ofrecia a sus dos hijos que la seguian, i enseñaba el denso grupo de servidores fieles que solo esperaban órdenes; hablando con calor i derramando de sus ojos negros torrentes de entusiasmo, moviendo siempre su brioso caballo, ya para saludar a un valiente del ejército de los Andes que la máscara de polvo le impedia al principio reconocer, ya para dar órdenes a los suyos a fin de procurar refrescos, caballos i carne a los fujitivos, ya en fin, para reanimar el coraje abatido de todos, con chistes, sonrisas i gracias. La fascinacion ejercida por aquella inesperada aparicion de mujer, su entusiasmo, su seguridad en el triunfo final, i la abnegacion de que daba tan alta muestra, trajeron poco a poco la serenidad a los semblantes, la esperanza al corazon, i por una de aquellas revoluciones frecuentes en nuestro ánimo, la derrota fué olvidada, disipóse el estupor, i por primera vez, despues, de veinte horas, rieron hombres que hasta entónces reian en medio de los combates.

La derrota de Cancha Rayada puede decirse que terminó en Paine. San Martin se detuvo allí durante cuatro horas; los que le seguian se reposaron en el seno de la abundancia, i el jeneral en jefe, disipadas las sombrías preocupaciones de su espíritu, dató desde Paine las primeras órdenes que impartió para la reorganizacion del ejército. El hijo mayor de doña Paula Jara-Quemada, recibió allí mismo el título i el

gustosa en las aras de la patria.» San Martin, atónito con la súbita efusion de los jeneroso sentimientos de aquella señora, logra al fin calmarla un poco, persuadiéndola que fiado en la proteccion de la Providencia, esperaba escarmentar al enemigo en breve. Algo calmada, prosiguió: «Antes mandé el resto de mi ganado en ausilio del ejército; ahora traigo cincuenta de mis inquilinos, patriotas a toda prueba, para que los incorpore Ud. a sus filas. Tambien le presento aquí mis dos hijos con igual objeto;» i volviéndose a ellos les dijo en un tono decidido i varonil: «Hijos mios, sabed que si no cumplis con vuestro deber, dejareis de llamarme madre; acordaos de que la muerte es preferible a la ominosa esclavitud que nos quieren deparar los españoles. Yo os daré el ejemplo, seguidme i vereis que sé olvidarme de mi sexo, vereis que arrostraré los peligros hasta el último estremo, ántes que doblar la cerviz a los europeos.» I dirijiendo la palabra a San Martin: «Buen amigo, mi jeneral, el reves que Ud. mismo ha sufrido hará ver que somos dignos de ser libres; pronto acreditaremos a los invasores que merecemos tener una patria.» Aquel jefe tuvo que valerse de toda su afabilidad i destreza para persuadirla que se retirase a Santiago. por ser este el punto de reunion para reorganizar el ejército.»

empleo de capitan, no obstante ser apénas un adolescente, i su madre, ayudándole i dirijiéndolo todo, los huazos que le obedecian fueron organizados en escuadron de milicia, i cuáles a recolectar caballos i ganados, cuáles a cortar el valle estrecho para impedir las comunicaciones, cuáles en fin avanzando hácia el sur para recojer armas i dispersos, aquella milicia improvisada hizo durante ocho dias, el servicio mas activo, miéntras que la hacienda de doña Pabla Jara se habia convertido en cuartel jeneral, almacen de víveres, hospital para heridos, i punto de reunion, desde donde los grupos de dispersos eran remitidos en órden al campamento jeneral, i en cargas las armas reunidas, hasta que avanzando el ejército español, la heroina se replegó sobre Santiago, dejando en Maipo, a manos mas fuertes que las suyas, ya que no a mas esforzados corazones, la gloriosa tarea por ella iniciada de volver la patria a la vida, despues de que se pudo creérla muerta i perdida para siempre.

Terminada la guerra de la independencia, en el seno de la paz o entre las ajitaciones políticas, doña Paula Jara abandona las cúspides de la sociedad en que habia aparecido un dia como un meteoro luminoso, i desciende a las profundidades de las miserias del pueblo, tan poco sentidas i esploradas entre nosotros. El terrorismo de la guerra de un instante se convierte en una opinion permanente de caridad, que como una fuente, derrama todo el resto de su vida, socorros, ausilios, consuelos i favores sobre las partes doloridas de la sociedad, las cárceles, los presidios, la casa de correccion, los hospitales, la muchedumbre menesterosa i los mendigos. Entre los pocos papeles que ha dejado despues de su muerte, figuran en voluminoso catálogo cartas de presidarios de Juan Fernandez, de condenados a muerte que la imploran, i de centenares de aflijidos, en las cuales i en caractéres de presidio, están los vestijios de muchos de esos dramas terribles de la vida humana, tan estraños i sorprendentes que nuestra época ha apellidado *misterios* en las grandes ciudades. Pero hai un documento público que resume la vida de esta mujer singular. Hasta ahora poco estaba fijado en las alcaidías de las cárceles un decreto del Presidente de la República, ordenando que estuviesen, sin *escepcion alguna,* abiertos los calabozos a doña Paula Jara, i comunicados todos los reos, pues en esta triste i odiosa seccion de la administracion pública, aquella mujer habia conquistado una posicion intermediaria entre el juez i el verdugo, que la lei hubo de sancionar. Ha-

bíase apoderado de las cárceles i de todos los lugares de espiacion i de padecimiento. En la cárcel principal de Santiago tenia establecida una fiesta mensual el 19 de cada mes, en la que convirtiéndose en templo la mansion del crímen, se admiministraban los ausilios espirituales a los reos, adoctrinándolos ella de antemano, i predicando con fervor i uncion delante de aquellos siniestros congregados. Celebraba el 19 la conmemoracion de San José, el santo de su devocion, i por una coincidencia que pudiera no ser mas que un mismo suceso, dia de la derrota de Cancha Rayada, el recuerdo mas grato a su memoria, por cuanto habia sido el oríjen desgraciado de su glorioso renombre. Los reos sentenciados a muerte quedaban desde ese momento entregados a ella, i sus cuidados, sus exortaciones i su piedad ilustrada, les hacia prepararse al duro trance, si es que no podia apartar la cuchilla de la lei pendiente sobre sus cabezas. Entre muchos otros casos recuérdase la historia de la Caroca, mujer del pueblo que con detalles espantosos habia asesinado a su marido, i condenada a muerte, se esperaba su desembarazo, pues estaba en cinta, para llevar a cabo la ejecucion. Cuando la mujer criminal se hubo restablecido de su enfermedad, doña Paula Jara interpuso apelacion o demanda de indulto, i tomando la criatura en sus brazos, se presentó ante los jueces, cuya sensibilidad puso en tortura, haciendo intencionalmente llorar al niño, miéntras que sus sollozos, verdaderos i espontáneos, hacian imposible negar el perdon; elocuencia de madre, ardides femeniles, baterías acestadas al corazon, a las que nadie sin ser un monstruo puede resistir.

Avisáronle una vez que un preso blasfemaba, i como si la cárcel se incendiase, corrió por las calles hasta llegar al calabozo donde tamaña desgracia ocurria, El infeliz maldecia en efecto, dando alaridos espantosos, i negándose a oir ni exortaciones ni consuelos. Apaciguado por doña Paula Jara, supo i pudo verlo con sus ojos, que los grillos le habian dividido la carne de los huesos i el carcelero implacable se negaba a poner remedio. Una órden del gobierno vino bien pronto a suspender esta brutalidad que deshonra la ejecucion de las leyes.

En la casa de correccion de mujeres habia introducido mejoras morales de igual jénero, i organizando entre las señoras de Santiago una suscripcion de víveres, vestidos de desecho, i otras limosnas, héchose la administradora de socorros, a mas de la predicacion de la doctrina de que por largos años se

constituyó en sacerdotiza. Para entregarse con mas holgura al sentimiento de caridad cristiana que prevalecia en su ánimo sobre todas las afecciones del corazon de la mujer, tuvo por muchos años compañía con el señor Vicuña, despues obispo de Santiago, hombre sencillo i piadoso con quien dividia las tareas de la administracion de ejercicios espirituales, sin escluir la prédica i la doctrina, en cuyas dos funciones sacerdotales habia doña Paula Jara adquirido talentos e instruccion que realzaban aun mas las emociones del corazon i la sensibilidad esquisita de mujer que le envidiaban sus compañeros de trabajo. Ultimamente en sus viejos años veíasela por las calles seguida de muchedumbre de pobres, dirijirse a la iglesia de la Merced, hacer allí coro en alta voz a la oracion durante la misa, volver a su casa rezando por las calles, i distribuir limosnas entre todas aquellas jentes, a quienes habia reconciliado con Dios para merecerlas.

Las prácticas relijiosas i la caridad dejeneraron en hábito maquinal en sus últimos años; pasaba el dia rezando el rosario, i a las visitas importunas para sus oraciones, sin distincion de personas, salvo aquellas por quienes conservaba afecto, les alargaba una moneda de limosna indicándoles que la dejasen.

Esta abstraccion de todo sentimiento mundano, no estorbaba que a la edad de ochenta i tres años, se sentase por complacencia al piano i cantase con voz insegura, pero con sentimiento esquisito i rara fineza de tono, una de esas cancioncillas amorosas, que caracterizan el jenio nacional de cada una de las secciones americanas.

En un panfleto político, publicábase no ha mucho el siguiente trozo que tiene relacion con doña Paula Jara,

"A la caida de una de esas tardes apacibles i animadas que caracterizan la naturaleza de Chile, doña Paula Jara-Quemada habia llegado insensiblemente desde su casa de campo, sita en el llano de Maipo, i siguiendo la avenida larga que precede con frecuencia a estas antiguas casas, hasta el camino real que sirve de comunicacion entre Santiago i las campiñas del sur. A poco andar i paseando a uno i otro lado sus miradas distraidas, reconoce entre los pasantes la figura bien conocida de un antiguo amigo, acompañado de un niño en la mas tierna edad. Era un patriota que iba a pedir a las fragosidades de las montañas circunvecinas, asilo contra la persecucion de los españoles, ante quienes estaba señalado como conspirador. La circunstancia de ser perseguido era en aque-

llos dias calamitosos un título de hermandad para todas las almas jenerosas. Doña Paula modificó el plan de ocultacion, ofreciendo al fujitivo su casa, desde donde podia descubrirse desde léjos a los que se acercaban, i a cuyo fondo estaba un estenso i tupido cañaveral inaccesible a las pesquisas. El dia lo pasaria el prófugo en aquella guarida, i las veladas pasaríanlas ambos huéspedes discurriendo sobre el porvenir de la patria oprimida, i comentando aquellas noticias siempre favorables, exajeradas hasta lo imposible por el deseo i que entretienen le esperanza de los oprimidos.

"Ya habia algunos dias que gozaban de la escasa ventura que esta situacion ofrecia, cuando de improviso asomó en la avenida que da entrada a la habitacion una partida de soldados españoles. El prófugo ganó su escondite, el niño que lo acompañaba quedó atisbando, con la natural curiosidad infantil, lo que pasaba, i doña Paula Jara, patriota conocida, madre de lindas hijas, i propietaria acaudalada, se preparó a recibir a los temibles huéspedes. Era costumbre entónces hacer requisiciones de víveres, de caballos, de forrajes para las tropas, i ni la cantidad ni el título se discutian entre el que las exijia espada en mano i el que entregaba con la rabia en el corazon.

—"Las llaves de la bodega, dijo el oficial por todo saludo al acercarse, i señalando un costado de los edificios.—¿Necesita Ud. provisiones? las tendrá Ud. en abundancia.—Las llaves pido.—Las llaves no se las entregaré jamás. Nadie sino yo manda en mi casa.

"Estas escenas, en que el acento i la actitud de los personajes dicen mas que las palabras, no se describen, cada uno las siente.

"Ciego de cólera, el oficial mandó a su tropa hacer fuego sobre la insolente mujer que pretendia poner coto a su voluntad soberana. Pero la excitacion habia sido recíproca; doña Paula, miéntras la tropa ejecutaba el movimiento precursor de muerte, habia avanzado desde el dintel de la puerta, i casi tocado con su pecho las carabinas tendidas horizontalmente. El oficial desconcertado i a punto de cometer un asesinato, paseó una mirada vengativa a su alrededor, i como si hubiese encontrado venganza i castigo sin mancha para él, "incendien la casa," gritó con voz estentorea i ademan que no admitia réplica ni demora. Acertaba a encontrarse cerca del pié de la mujer indignada, el tradicional brasero que mantiene el calor del agua caliente para el mate, tan frecuentado entón-

ces, i haciendo rodar brasas i brasero hasta los piés de los soldados atónitos, "hé ahí el fuego" replicó, señalándolo a los que iban a buscarlo.

"Despues de un momento de silencio, el oficial se desahogó en amenazas, volviendo la brida a su caballo, i fuése con los suyos, dejando escapar un torrente de maldiciones. El niño aquel de que hemos hablado, habia presenciado esta estraña escena, i tan profunda impresion debió dejarle, que hoi en la edad madura, la recuerda en sus mas mínimos detalles. Pero la direccion moral dada a su carácter, ha debido escapar siempre a su observacion. El ejemplo de las grandes virtudes es una semilla que jermina en el ánimo tierno de la infancia, como el escándalo es el peor de los tósigos que ahogan su alma. Un niño ignora sin duda cuanto importan las bellas acciones que nosotros admiramos; pero en aquella que presenciaba, habia una leccion que desbarataba todas las ideas que a su edad se alcanzan. ¡Cómo! hombres armados retroceden en presencia de una mujer! ¡En lugar de lágrimas i de súplicas, se puede dominar al fuerte con la enteresa! ¿Hai entónces otra fuerza mayor que la de las armas i la de la violencia? El deber, el derecho, la justicia podrán mas que el número?.... El niño aquel se llamaba Manuel Montt".......

....

Este hecho se liga a los últimos momento de la vida de doña Paula. El rumor de las discusiones políticas que preceden a las elecciones de presidente, penetraba a su morada entre los asuntos varios de la conversacion de las familias. Supo así que el jeneral Cruz era uno de los candidatos, i don Manuel Montt el otro. Su partido estaba tomado. Manuel debia ser el presidente, por la razon que tienen siempre las madres i las esposas; Manuel era su hijo adoptivo.

A consecuencia de los sucesos de abril, la interesaron para que fuese a interponer su influjo con el poderoso candidato, en favor de alguno de los suyos comprometido. El resultado de sus empeños no debia ser dudoso; pero hai algo de orijinal en la descripcion de la entrevista hecha i comentada por ella misma. "Fuí, decía, a casa de Manuel, i le dije, aquí vengo, hijo, a pedirte un favor, por Dios, no por mí, porque a mí no me debes nada.... " "Lo tuve en mi casa i le dí de comer mas de un año, añadia riéndose la vieja de su arte de esponer su asunto, pero esto no se lo dije a él."

Hablaban en su presencia del jeneral Cruz, a quien habia tenido ocasion de conocer mui de cerca en otras épocas; pero

como los viejos sacan partido de sus achaques para ocultar sus sentimientos, no viendo ni oyendo cuando no quieren ver ni oir, doña Paula Jara preguntaba: "¿quién es ese jeneral Cruz?" I como no pudiese negarse a reconocerlo, añadia con mal disimulado desden: "pero ese, cómo se ha de comparar con Manuel!" Ultimamente, el jeneral Cruz vino a visitarla, i ella le puso crudamente la cuestion de la candidatura en estos términos llenos de hostilidad: "Me han dicho qué tú quieres ser presidente. Si Dios te tiene preparado ese puesto, te encargo, pues, la conciencia i que no me desconozcas." Don Manuel Montt vino mas tarde, i la parcialidad de la célebre vieja se traslucia por las imperceptibles inflexiones de la frase: "Sé que vas a ser presidente, Manuel; Dios guie tus pasos; gobierna, hijo, en Dios i por Dios, i sé bueno para los pobres!"

Despues de un paroxismo en que los facultativos desesperaron de prolongarle la vida, volvió en sí doña Paula Jara-Quemada para principiar aquella lucha lenta i tranquila entre la vida i la muerte, que termina de ordinario las largas existencias. El estampido del cañon llegó a sus oidos el 31 de agosto. "¿Que es eso?" preguntó la moribunda. Es, la dijeron, la salva que hace el fuerte de Santa Lucía para celebrar la proclamacion de su hijo don Manuel Montt para Presidente de la República. Una lijera esclamacion de aprobacion, mas bien que de sorpresa, puso de manifiesto su contento, como todos los viejos que no gustan de ser contra dichos, i miran la realizacion de sus propios deseos, cual si fuera la realizacion de las leyes ordinarias de la naturaleza.

Al evaporarse esta alma sublime por el patriotismo i la caridad cristiana, se inauguraba un nombre en la historia política de Chile, nombre que por incidentes singulares se liga al de aquella mujer célebre. ¿Será don Manuel Montt la encarnacion del espíritu de la que llamó siempre su madre? La enerjía del carácter de la mujer que no vé la borrasca sino para augurar la bonanza, i que depuesto el aparato bélico, consagra su vida entera a la mejora social, se habrá hecho hombre, gobierno i poder en aquel llamamiento a la vida pública del hijo adoptivo, a la hora de la muerte de la heroina? ¿Querria don Manuel Montt otra gloria que aquella con que comenzó la mujer célebre de Chile, i llevar otro camino que el que ella siguió durante toda su vida? Porque el pobre es el pueblo; la democracia i la caridad convertida en política, se llaman igualdad, libertad, educacion pública, prosperidad,

riqueza, justicia, traquilidad, i todas las demas bendiciones de un gobierno.

Murió doña Paula Jara–Quemada el 9 del mes de setiembre de 1851, a los ochenta i tres años de su edad, habiendo nacido un año despues de la espulsion de los jesuitas, de familia nobilísima i acaudalada.

D. NICOLAS RODRIGUEZ PEÑA

(*Crónica* de 10 de diciembre de 1853)

El tres del presente mes de diciembre falleció en esta capital don Nicolas Rodriguez Peña, oriundo de la provincia de Buenos Aires, i uno de los hombres que mas influencia tuvieron en preparar la revolucion del 25 de mayo de 1810. Ha residido treinta i cinco años en Chile, a donde le siguieron dos de sus hijos, don Demetrio i don Jacinto Peña, i ha muerto a la edad avanzada de 77 años, 8 meses. Don Nicolas Rodriguez Peña, pertenecia a una familia notable en la época de la dominacion española. Su padre, don Alonso Rodriguez de la Peña, fué durante muchos años comandante jeneral de la frontera del norte de San Juan, i fundó una colonia militar i un fuerte en lo que es hoi Valle-Fértil. Durante su mansion en aquella provincia, que fué larga, casóse con doña Damiana Funez, de la familia de este apellido establecida en Córdova i San Juan. Su hijo estaba destinado a desempeñar un papel importante en la revolucion de la independencia, preparando los elementos que habian de asegurar el éxito de empresa tan delicada. Don Nicolas Rodriguez Peña, pues él suprimió el *de la* aristocrático del apellido de su padre, era de entre los promotores de la revolucion, el único que poseia una fortuna considerable, la que fué prodigada en la ejecucion de la obra. El resto la comprometió mas tarde en el armamento de la espedicion de San Martin al Perú, en virtud de un contrato que estipulaba el reintegro de los capitales invertidos para despues de ocupado el Perú; i aunque tuviese este acto toda las formas de un negocio, no se embarca en tales especulaciones quien no tiene ni plena fe en el éxito, ni deseo vehemente de asegurarlo. El resultado fué que no se reintegraron jamas los capitales, i el señor Peña perdió el resto de su for-

tuna. Despues de consumada la revolucion, don Nicolas Rodriguez Peña no apareció en los puestos oficiales, sino en rarísimas i solemnes ocasiones. Tal fué la ejecucion de Liniers, Concha, i los demas jefes españoles, ordenada por la junta gubernativa, i encomendada a Castelli i a Peña. Torrente ha dado algunos detalles apasionados de este grande acontecimiento, i atribuido a la enerjía del carácter de Peña el habérsele confiado tan terrible comision. De una cualidad de Torrente como historiador, dió alguna vez testimonio el señor Peña. Preguntándole ¿qué juzgaba de su libro? dijo con simplicidad, los hechos son ciertos, pero la apreciacion es falsa.

De las causas que aconsejaron aquella terrible medida, tenemos en Funez una justificacion. "El puerto, dice, bloqueado por los marinos de Montevideo, los manejos ocultos, pero vivos de los españoles europeos; en fin, el sordo susurro a favor de Liniers entre unas tropas que habian sido consortes de sus triunfos, no dejaban ya otra opinion que la muerte de estos conspiradores o la ruina de la libertad." Liniers era en efecto el hombre de mas prestijio en todas las clases de la sociedad, a causa de la defensa contra la invasion de los ingleses, i aunque el gobierno español, fiel a la política que cargó de cadenas a Colon, lo hubiese depuesto del vireinato por ser frances de oríjen, él con el obispo Orellana, Concha, gobernador de Córdova, i otros, se declararon contra la junta gubernativa, esponiendo a Buenos Aires a quedar asediada i bloqueada por los partidarios de la corona.

La junta gubernativa, aunque revolucionaria en sus disimulados propósitos, era autoridad legal, por cuanto su poder le venia del cabildo abierto tenido el 24 i el 25 de mayo, con motivo de la dislocacion del gobierno de la metrópoli i el cautiverio de Fernando VII. Liniers, por el contrario, era un simple particular, puesto que Cisneros habia sido nombrado en su lugar virei de Buenos Aires.

Como se dispersasen las tropas contra-revolucionarias al aproximarse el jeneral Ocampo, enviado por la junta gubernativa, Liniers, Concha, Allende, Orellana i Moreno, fueron tomados presos, i bajo la autoridad de Vieites, miembro de la junta, se ordenó su ejecucion en Córdova; pero los ruegos del doctor don Ambrosio Funez, instigado por el dean a interponerlos, haciendo valer el temor de que se ofendiesen tantas familias patriotas heridas con aquellas muertes, hicieron suspender la ejecucion, dirijiendo los reos a Buenos Aires e instruyendo de ello a la junta.

El nuevo gobierno comprendia que la presencia de Liniers en el seno de la capital, preso, traia los mismos peligros que en Córdova a la cabeza de un ejército. Tenia poderosos ausiliares en las familias acaudaladas, catorce mil españoles residentes, centenares de jefes i oficiales depuestos, mayor número de empleados cesantes, i los hábitos de respeto i sumision del pueblo. Cediendo a estas razones, la junta persistió en su resolucion, pero ya no bastaba ordenarlo, era preciso encontrar ciudadanos bastante consagrados a la causa de la libertad para que no cediesen, como Vicites, a consideracion alguna, i los ojos de todos se fijaron en Castelli i en Peña, cuya firmeza i patriotismo eran a toda prueba. Daban a esta eleccion mayor valor la circunstancia de ser Liniers i Peña amigos mui íntimos.

Los comisionados de la junta encontraron a los reos entre la posta de la cabeza del Tigre i Lobaton, i dieron al jefe que los escoltaba, la triste órden de que eran portadores, sin acercarse a los reos, a fin de ahorrarse angustias que pusiesen a prueba su entereza.

Hasta ahora tres años vivia en las inmediaciones el postillon del coche que condujo al comisionado Peña, que estaba o está aun de maestro de posta. Don Mariano Sarratea, sobrino de Liniers, habiendo querido trasladar sus cenizas a Buenos Aires, se hizo acompañar del anciano maestro de posta al lugar de la ejecucion. Desgraciadamente ninguna reminiscencia, ninguna señal pudo guiarle para precisar cuál era la sepultura de Liniers, i hubieron de abandonar la empresa. Lo mas seguro i lo mas propio seria erijir en los lugares mismos, un monumento a la memoria de Liniers i sus compañeros, poniéndoles por epitafio aquel anagrama tan célebre i significativo de una gran desgracia, que formaron de las iniciales de las ilustres víctimas de la independencia americana: *Clamor*! Así, pues, a la abnegacion de don Nicolas Rodriguez Peña, que habia forjado la revolucion, tuvieron que acudir para que apartase los escollos en que iba a fracasar infaliblemente.

Todavía un hecho mui significativo i que merece recordarse, por cuanto muestra como distinguia una revolucion social i una de las muchas revueltas que en nuestra época se decoran con el nombre de revoluciones. La primera de este jénero que ocurrió en Buenos Aires, es la de abril de 1812, contra la junta gubernativa; tan hondo recuerdo ha dejado la aparicion de esta segunda faz de todas las grandes revolu-

ciones, que hasta hoi la tradicion la llama là revolucion de abril, en un pais en que tantas del jénero han ocurrido.

Hablando de esta insurreccion, Torrente, el hostil historiador de las cosas americanas, dice: "tres rejimientos cívicos pidieron el destierro de Larrea, Peña, Posada i otros de los *llamados* patriotas. La fuerza se hizo superior a toda reflexion política, i salió triunfante en aquella conmocion, aunque con escándalo de las personas mas sensatas, que veian en tamaño atentado el jérmen de nuevos alborotos, capaces de sepultar en las ruinas aquel naciente estado." La pluma mas parcial a la causa americana, no habria rendido mayor homenaje a la justificacion de los patriotas que eran el blanco del odio de los revolucionarios. Peña se hallaba en el fuerte, i allí increpó en los términos mas amargos a sus autores la impropiedad de aquel acto. "Un dia llegará, dijo a don Martin Rodriguez, que los que han deshonrado la revolucion, atropellando a las autoridades i abriendo la puerta a la anarquía, no sepan dónde poner la cara de vergüenza perseguidos por la execracion pública." Don Martin Rodriguez figuró honorablemente despues en la organizacion del pais; pero en los últimos años de su vida, le habian alcanzado, en efecto, aquellas maldiciones del indignado patriota. Un 25 de mayo, varios jóvenes asilados en Montevideo desplegaban al viento la bandera nacional, i al colocarla en la azotea, se habian quedado moralizando sobre la tiranía de Rosas, i las revoluciones que habian traido a aquel monstruo al poder. ¿Quién seria el malvado, decia uno, que hizo la primera revolucion, para maldecir su nombre? Pues en aquel dédalo de nuestra revolucion, ninguno de los jóvenes sabia ni cuál habia sido la primera. Por casualidad mira alguno hácia abajo, i divisa al anciano don Martin Rodriguez paseándose cabizbajo en el patio de la casa, i se proponen ir a interrogar sus recuerdos. ¿Quién fué, don Martin, el primero que hizo revoluciones en Buenos Aires? le preguntaron con ese espíritu de reprobacion que los animaba. Rodriguez, atormentado por muchas desgracias, decaido de su antiguo valimiento, pobre, asilado como ellos en Montevideo, sintió este nuevo puñal que venian a clavar en su corazon jóvenes indiscretos. ¡Quién fué el primero! repitió desconcertado.—Sí, ¿quién fué el malvado?—Yo! contestóles con voz terrible, i dándose vuelta, encerróse en su pieza, desde donde no lo vieron salir hasta el dia siguiente.

Don Nicolas Rodriguez Peña, fué desterrado despues de

aquel movimiento, como Moreno habia tenido que ausentarse a morir en el albor de aquella revolucion a quien habian dado el ser. Peña fué confinado a Guandacol, en San Juan, i allí permaneció hasta 1814, en cuya época, habiendo regresado a Buenos Aires, los celos de sus adversarios lo hicieron desterrar de nuevo el mismo dia que llegaba. Desde aquella época data su estrañamiento de la República Arjentina que solo ha finalizado con su muerte.

FIN.

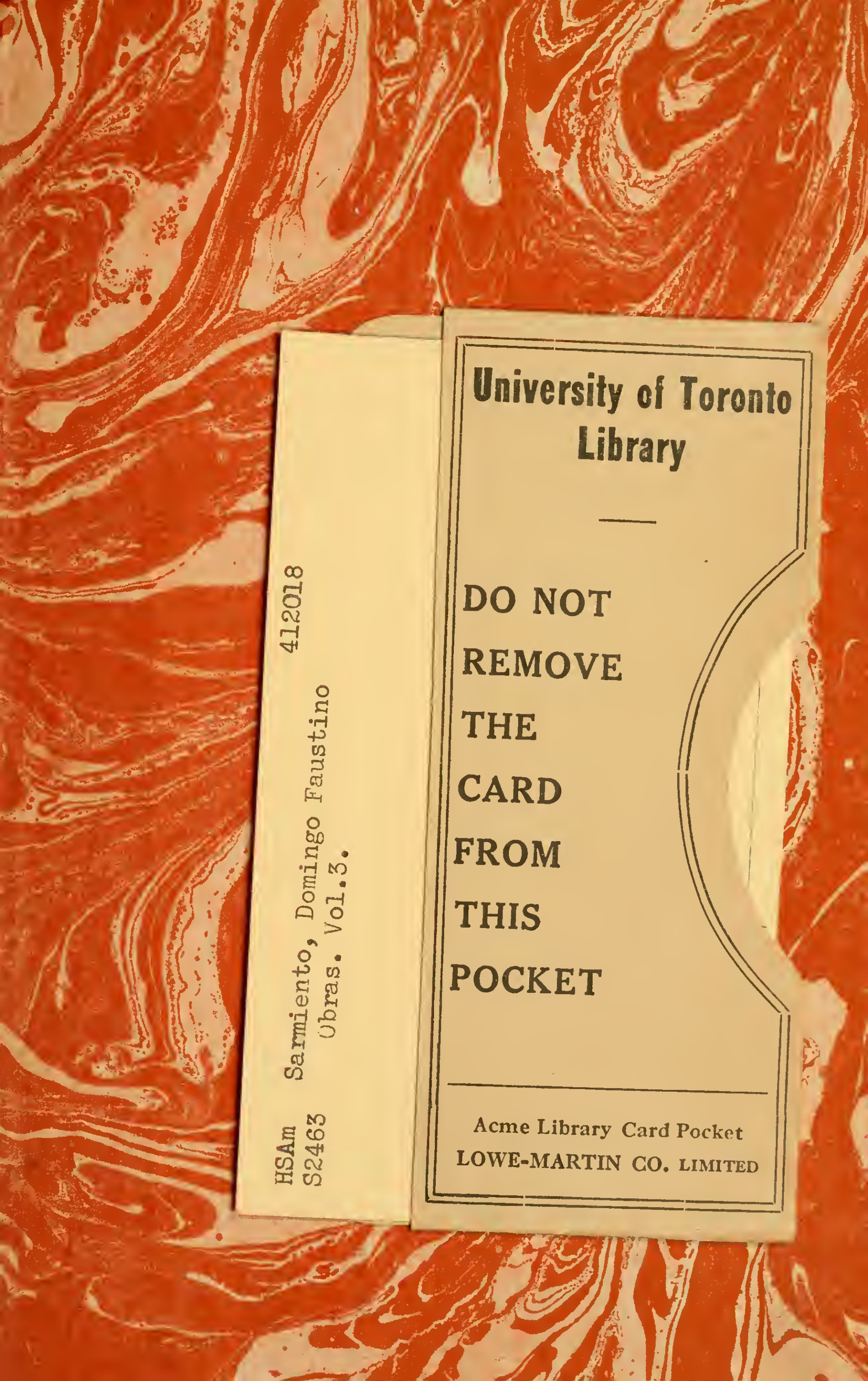
ÍNDICE DEL TOMO TERCERO

MI DEFENSA

RECUERDOS DE PROVINCIA

NECROLOJÍAS I BIOGRAFÍAS




HSAm
S2463
Sarmiento, Domingo Faustino
Obras. Vol.3.
412018
University of Toronto
Library
DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET
Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

